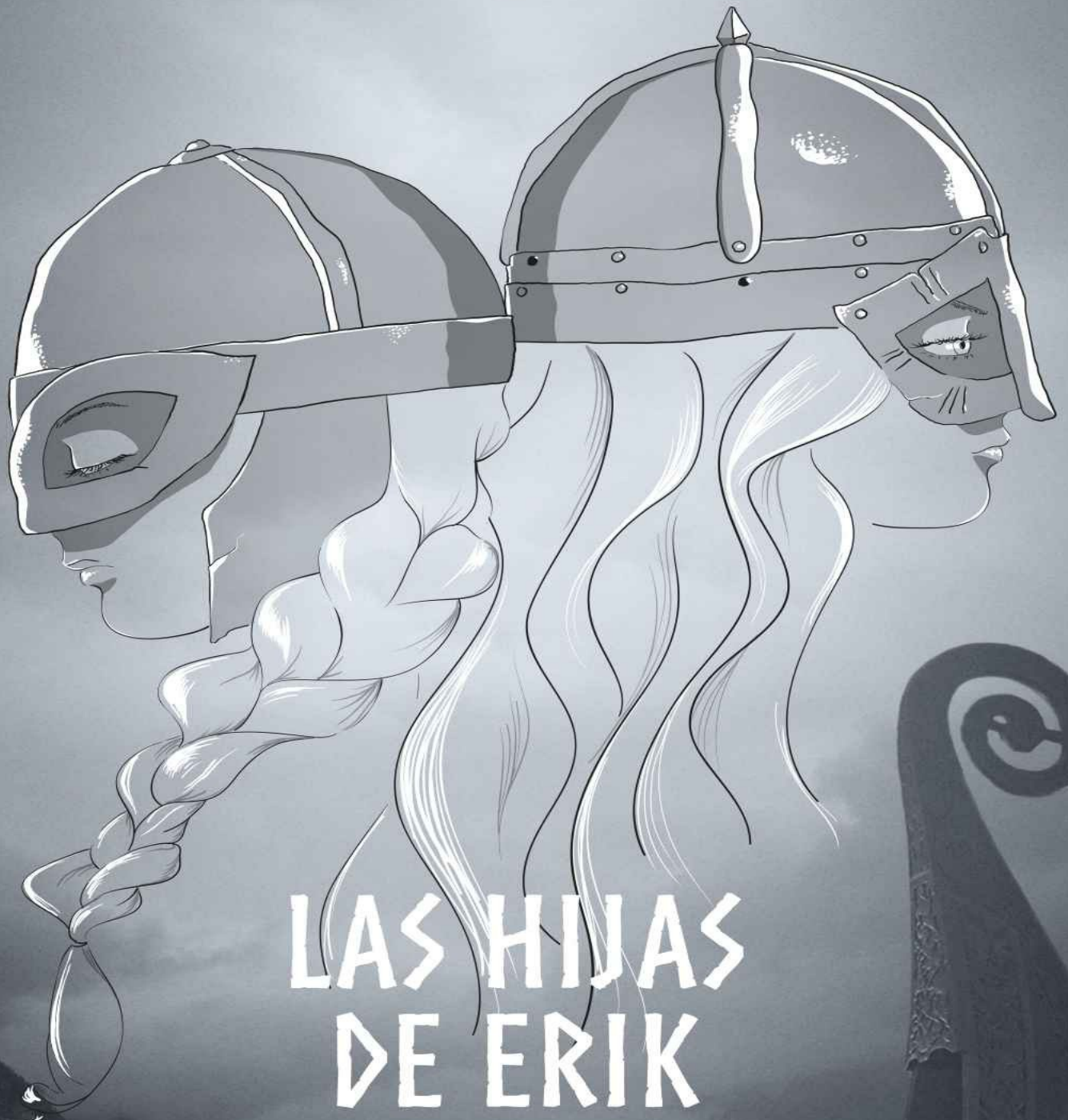


L
H D
E



LAS HIJAS
DE ERIK

MERCEDES MARTÍN

Las Hijas de Erik

MERCEDES MARTÍN

Copyright © 2018 Mercedes Martín
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781079423006

Ilustración: Kike Bravo

Oración Vikinga

*He aquí que veo a mi padre,
he aquí que veo a mi madre,
a mis hermanas y mis hermanos.*

*He aquí que veo el linaje de mi
pueblo*

hasta sus principios.

*Y he aquí que me llaman,
me piden que ocupe mi lugar entre
ellos,*

*en los atrios de Valhalla,
el lugar donde viven los valientes
para siempre.*

Coenwalh, Norte de Kent, Inglaterra
Primavera de 916

Liam detuvo su quehacer y observó a su hermano sin saber que lo hacía. Apenas entraba luz en la gran sala, y debió encender las velas de un candelabro de pie, junto a la mesa de trabajo que utilizaba. Se estaba dedicando a desmenuzar las hierbas que tiempo atrás puso a secar, y que ahora guardaría en pequeñas bolsas para después colocarlas cuidadosamente en su caja de medicinas. Hakon estaba sentado en su silla y con un vaso de cerveza en la mano, observaba riendo a sus dos pequeñas de siete y cinco años, quienes intentaban recitar un poema para él. Aparte de algún criado deambulando por allí, y la dama Maida que cosía junto al hogar, no había nadie más acompañando a la familia. Liam miraba a su hermano danés y los ojos se le entornaron, pero ni él mismo se dio cuenta de aquel gesto. Quería a su hermano y amaba a sus sobrinos, y ellos le querían a él. Si le hubieran dicho que por un momento odió a su hermano con la mirada, ni él mismo lo habría creído. No odiaba a Hakon, jamás tendría razones para ello, y sin embargo, existía una razón para estar tremendamente disgustado con él. Muy cerca de cumplir el cuarto de siglo de vida, Liam tenía edad suficiente para decidir el camino que deseara seguir, pero se veía obligado a obedecer aún a su hermano como si se hubiera tratado de un niño. En realidad, él mismo no se veía más independiente que aquellas dos niñas que entre risas recitaban un poema.

Liam fue instruido en el arte de las armas. Pero su mano jamás empuñaba otra cosa, que no fuera un pequeño cuchillo que utilizaba para cortar hierbas, y muy pocas veces usaba un arco para cazar. Huérfanos a la edad de dieciséis y siete años, el mayor se hizo cargo del pequeño y a pesar de las reticencias de Liam en cuanto a ser instruido, Hakon hizo lo que estuvo en sus manos por convertirle en un hombre de armas. Pero perdió el tiempo, pues el niño se interesó únicamente por seguir las enseñanzas de su madre irlandesa, quien de esclava había pasado a ser la esposa del señor del lugar, ejerciendo además de curandera. Liam heredó el interés por el arte de la curación, el conocimiento de las hierbas medicinales, y la devoción por los dioses celtas de su madre. Hakon habría deseado ver a su hermano armado como un hombre que era, cada vez que debían enfrentarse sobre todo a las incursiones vikingas,

tan frecuentes cada primavera y verano. Sin embargo, mientras que él mismo se vestía para la guerra y disponía sus armas para salir, Liam preparaba su caja de instrumentos y medicinas, pues acudía al campo de batalla únicamente como sanador.

Coenwalh era un pequeño señorío cercano al mar, y próximo también a Anglia Oriental, territorio perteneciente a la zona ocupada por señores daneses, lo que se llamó el Danelaw. Lo cual lo convertía en blanco fácil para los hombres del norte, que cada año visitaban la isla en busca de fortuna, e incluso para aquellos nórdicos que residían de forma permanente en el Danelaw. Más de veinte años atrás, el señor del lugar hastiado y abatido por tener que soportar los diferentes ataques que cada año sufría, finalmente se vio obligado a tomar medidas muy distintas a la defensa de sus posesiones ante los demonios del Norte. Aquella vez el señor de Coenwalh, ofreció a su propia hija en matrimonio al capitán danés que pretendía atacar su propiedad. Aquel danés era el padre de Hakon y Liam. Con seis años, el mismo Hakon acompañaba a su padre en la incursión, y ya empuñaba una espada. El nórdico entonces se convirtió en dueño y señor del lugar, y todos sus hombres recibieron tierras en propiedad, y aquella medida desesperada libró a Coenwalh de las sanguinarias incursiones vikingas por unos años. El danés y su esposa tuvieron una hija, pero ambas murieron durante un largo parto. El nórdico volvió a casarse entonces y lo hizo con una de las esclavas de la casa, una mujer de cabello rojizo que ejercía de curandera y que a veces tenía visiones y premoniciones. Esta mujer irlandesa era la madre de Liam.

Liam apartó la mirada de su hermano, pero no tan rápido como hubiera querido. Y Hakon que alcanzó a ver ese gesto que logró borrarle la sonrisa, se mostró como si no lo hubiera advertido y volvió a reír ante sus hijas. Sabía muy bien qué era lo que se removía en la mente de su hermano, y lo cierto era que le comprendía. Liam quería irse, abandonar la isla y viajar hasta la tierra que vio nacer a su madre. Según había sabido tenía familia en Eire, gente que aún hablaba con los antiguos dioses rechazando al Dios único, y que había logrado unos conocimientos increíbles en el arte de la curación. Pero Hakon no se lo permitía, y como si se hubiera tratado de un muchachito de apenas diez años, le impedía marcharse, vigilando sus movimientos y capturándole para traerlo de vuelta a casa, cada vez que Liam había conseguido escapar. No podía permitir que lo hiciera, por más que él mismo estuviera de acuerdo en que Liam tenía edad suficiente para hacer su santa voluntad, fuera cual fuera el resultado de aquel viaje que tanto le atraía. Pero el más joven no sabía nada

de la promesa que Hakon le había hecho a la madre de su hermano, el día en que ella murió. La irlandesa Niamh, había tenido visiones sobre el resultado del viaje de su hijo a su propia tierra, e hizo jurar al mayor que impediría al más joven realizarlo.

Allí la muerte le tomará por la espalda, y un hacha separará su cabeza del cuerpo. No dejes que mi hijo, tu hermano, abandone Coenwalh. Y recuerda... Cuando la loba descubra que no parirá más cachorros, el mío estará a punto de abandonar este mundo. Si consigues retenerle aquí, una mujer con pieles de lobo se cruzará en su camino, y aceptará la maldición de mi hijo. Entonces Liam no se irá...

La mujer terminó entonces con su predicción, y tuvo aún aliento para hacer saber al joven Hakon, cual era la maldición que acompañaba al hermano desde su nacimiento. El muchacho podía creer que la premonición de la mujer se haría realidad, pues su don estaba más que probado, pero no quería ni podía confiar en la veracidad de la supuesta maldición que le confesó. Tan aberrante le pareció, que tardó varios años en asumir que la mujer no había hablado disparates propios de una cabeza trastornada en los últimos momentos de vida. Le advirtió también que Liam no podría conocer su verdadero destino si llegaba a presentarse en Eire, y Hakon cumplió. Pero era ya tan desesperante y cansado...

Conocía el motivo de la mirada que recibió, y de nuevo, como tantas otras veces, se tragó sus sentimientos. Estaba harto de retenerle, de perseguirle por los bosques como si se hubiera tratado de un jovenzuelo desobediente... Estaba cansado de enviar siempre a alguien tras sus pasos, de cabalgar desesperado hasta los puertos más próximos en busca de su hermano, cada vez que éste se escapaba. Se sentía odiosamente contrariado consigo mismo, siempre que debía capturarlo como a un ladrón, y utilizar la fuerza para traerlo de regreso a casa... ¡Liam era ya un hombre! Y para Hakon no solo resultaba odioso, sino más bien vergonzoso, ocuparse de su hermano como si este no fuera más que un niño. Se preguntaba por que debía cargar con aquella pesada cruz. Por que razón su madrastra había decidido impedir que la vida de Liam siguiera su curso, fueran cuales fueran las consecuencias. Cada día morían cientos de hombres en batallas o torturados de las formas más sangrientas. Niños enfermos fallecían dejando desoladas a sus madres... Esposas e hijas eran violadas brutalmente ante los ojos de esposos y padres... Y si debía sufrir porque ese era su sino, ¿por qué no dejar que la vida siguiera su curso? Hakon cumplía porque así lo había prometido, pero eran muchas las veces en que

contemplaba la idea de romper su promesa y permitir que su hermano pudiera decidir por su vida, como un hombre que era.

Unos días después de aquel momento, apenas habían terminado su desayuno cuando un siervo del señorío cercano, apareció enviado por su señor pidiendo ayuda militar. No fue necesario preguntar la razón, y es que los primeros rayos de sol primaverales siempre traían la misma desgracia con ellos... Demonios vikingos. Tratándose de un danés de nacimiento, a Hakon no siempre le agradaba el calificativo con el que solían dirigirse a sus compatriotas, aunque reconocía que eran una auténtica y horrorosa plaga, que él mismo como señor de una propiedad inglesa, se veía obligado a sufrir. Como era habitual, sobre todo en esta época, Hakon reunió a todos sus hombres, quienes se colocaron cotas de malla y tomaron sus armas dispuestos a apoyar al vecino atacado. Liam tan solo llevaba una cota de malla para amortiguar los posibles golpes que recibiera, porque no iba hasta el lugar para luchar, sino a atender a los heridos.

Después de una época de descanso entre campaña y campaña a las órdenes del rey Eduardo, contra los daneses del Danelaw, se agradecía un poco de movimiento que ejercitaría las armas relajadas.

I

Poblado de Erik Ojos de Hielo, Dinamarca

Se asomó a la pequeña y única ventana por quinta vez en menos de media hora. Anochecía, y aun así el barco de mercancías seguía siendo visible navegando sobre el horizonte. Se esperaba el regreso de dos naves knorr, pero por más que su mirada intentara encontrar la segunda entre la inmensidad, ésta no aparecía. Sonrió esperanzada, maliciosa y sin cargo de conciencia por el malvado pensamiento que se alojó en su mente. El mes pasado partieron dos naves del poblado, y ahora tal vez una de ellas se habría hundido para siempre en el mar. Si ésta fue la knorr capitaneada por Erik *Ojos de Hielo*, su propio padre, y a aquel hijo de perra de ojos grises como el cielo de invierno, se lo había tragado el mar, ella empezaría a creer en la existencia de los dioses. No sentiría lo mismo, sino todo lo contrario, de haberse tratado de la otra nave, dirigida por el mayor de sus hermanos, Erik *el Compasivo*. Sus ojos grises, heredados del padre, escudriñaron la vasta extensión de oscuro mar que se presentaba ante ella entre las rocas que formaban la playa del poblado. Solamente una knorr... Tal vez el maldito Erik *Ojos de Hielo* había acabado sus días en lo más profundo del agua oscura. Si fue así, no solo Odín, sino el mismísimo dios de los ignorantes cristianos, serían venerados por ella. Se quedó apoyada contra la pared de barro y paja, junto al reducido hueco que formaba la única ventana de su casa, deseando con todas sus fuerzas que la segunda nave no apareciera.

Aunque por otro lado, temía que el hermano mayor de los veintidós que tenía, hubiera sido quien desapareció en el fondo del mar. Pasaba el tiempo y desde su ventana era incapaz de encontrar el otro barco. Se hizo de noche y la nave encendió sus lámparas, convirtiéndose en una pequeña estrella bañándose en el agua. Érika suspiró inquieta y se apartó de la pequeña ventana. Ojalá haya muerto..., suspiró para sus adentros. Odiaba profundamente a su padre, tal y como lo hacían varios de sus hermanos. Sabía que pasarían horas hasta que la knorr llegara a la playa, e intentó relajarse.

Dónde y qué demonios estaría haciendo su madre en esos momentos...

Ingunn, su madre, no había sido más que una hermosa y joven esclava de la

que Erik *Ojos de Hielo*, se aprovechó por un tiempo, y de aquella relación nació una de todas las Érikas, hijas de Erik. Érika *Ojos de Hielo*, odiaba a su padre y despreciaba a la esclava de su madre. Ahora Ingunn no era más que una pobre mendiga recogida en la casa de su propia hija, la única que le dio a Erik.

Érika *Ojos de Hielo* no tomó el camino de sus hermanas, aquel que podría esperarse de cualquier mujer. No se casó ni tuvo hijos, sino que aprendió a luchar con espadas, y se enroló en un barco de piratas a la edad de dieciséis años. Era una experta en el combate a espada, y había participado en decenas de expediciones de piratería que le fueron muy bien pagadas, lo que le proporcionó la libertad suficiente para construir su propia casa, y no estar obligada a tener que rendir cuentas ante nadie.

La vivienda que compartía con su madre era reducida y simple. Se trataba de una pequeña construcción a base de barro y paja, con un hogar en el centro y dos bancos adosados a las paredes, que servían de camas para las dos mujeres. Una única mesa y dos taburetes para comer, un arcón para la ropa limpia, y unos cuantos huecos en una pared que servían de alacena, eran el resto del mobiliario. Además de una necesaria tina para el baño, pero incómoda dado al mínimo espacio del que disponían en la vivienda, y que solían arrinconar a un lado. Puede que Ingunn fuera reacia a utilizarla demasiado, pero la costumbre nórdica de al menos un baño semanal, la hacía indispensable. El techo era de paja, pero recio y resistente, con una abertura en el centro para dejar salir el humo del hogar.

Dónde estaba su madre...

Aquella que una vez fue una hermosa muchacha, que sirvió de divertimento a su padre durante un tiempo. El suficiente hasta quedar embarazada y que su estado comenzara a ser evidente. La joven y delicada figura tan apetecible al principio para Erik *Ojos de Hielo*, perdió todo interés para él cuando la barriga comenzó a hincharse. Y eso añadido al mal genio de la indomable chica, consiguió que Erik terminara por arrojarla de su lado olvidándose completamente de su existencia. La desdichada Ingunn vivió durante años de la caridad de la esposa principal de Erik, quien era una mujer dulce y piadosa, y ahora vivía de su propia hija.

Ahora Ingunn se ocupaba de comprar el pan o la harina para elaborarlo ella misma, de cocinar cada pieza que su hija cazaba, de salar o ahumar cada trozo de reno que compraban, de coser cada prenda que su hija rompía... Madre e hija se habían convertido en algo parecido a un matrimonio. Ingunn

desempeñaba las labores de la esposa y Érika era como un esposo, quien hacía llegar el dinero a casa y cazaba animales para ambas.

La madre salió en la tarde para comprar algo de pan, y aún no había vuelto. Y fue poco después cuando a Érika le llegó el sonido del revuelo formado por la gente en la playa, que esperaba impaciente el regreso del barco. Tal vez estuviera su madre por allí... Quizá rezando a sus dioses para que Erik *Ojos de Hielo*, hubiera muerto.

La puerta de madera se abrió chirriando.

Ingunn fue una hermosa mujer rubia veinte años antes, y ahora no era otra cosa que una gorda caricatura de aquella jovencita. A falta aún de algunos pocos años para cumplir la cuarentena, cualquiera habría dicho que se trataba de una vieja abuela. Irrumpió en la reducida vivienda con un hato contra su pecho, en el que portaba tortas de pan horneadas esa misma mañana.

—¿Dónde estabas, vieja tonta?

Ingunn miró a su hija con desprecio, y soltó cuatro tortas de pan sobre la mesa que utilizaban para comer. No hizo aprecio a la pregunta de la joven, y fue directa a informarla de los acontecimientos.

—Solamente aparece una knorr. ¿Lo sabías? —Preguntó. —Tal vez tu malnacido padre se haya quedado en el camino.

Érika *Ojos de Hielo* la miró con desdén, a pesar de que ambas tenían el mismo deseo, y no hizo aprecio a la noticia.

—Pon algo de comer, tengo hambre.

—Si ese hijo de puta ha muerto... ¿qué haremos? Has de pensar, hija. No eres más que un pedazo de despreciable basura para él entre todos sus hijos.

La joven resopló. No iba a darle vueltas a la cabeza cuando la desaparición del padre no era más que una posibilidad, o más bien un anhelo de ambas. Tenía hambre. Miró por última vez por la ventana, y se dejó caer en el banco junto a la pared que le servía de cama.

La madre entonces se puso manos a la obra, pero no se mantuvo en silencio, como parecía ser que deseaba su hija. De un hueco en la pared tomó un plato en el que había un trozo de queso, cubierto con un paño.

—Si es tu hermano Erik quien regresa, esta noche tal vez haya peleas. —Dijo mientras partía unas lonchas de queso. —Todos querrán hacerse con el mando del poblado...

—¿Queso otra vez? —La interrumpió la hija sin demostrar interés por las especulaciones de su madre. —Me desesperas, madre. Te has pasado toda la tarde cotilleando por ahí, y ahora no tienes otra cosa que ofrecer que ese

asqueroso queso.

La mujer no respondió. Colocó unas lonchas sobre dos tortas de pan y fue a por otro plato, en el que había un trozo de carne salada de reno. Se mostraba muy inquieta. Si el padre había muerto, estaba claro que no todos los hijos varones respetarían al mayor de ellos, e intentarían hacerse con el mando del legado del padre.

—Si Erik *el Compasivo* gobierna todo esto... —Continuó mientras cortaba unas tiras de carne. —No tendremos problemas porque él te quiere. Pero si ese malnacido de Snorri, hijo de una puta, vence a tu hermano... Snorri te odia, hija, ya lo sabes...

Érika suspiró cansada y miró molesta a su madre, antes de poner sus ojos en las tortas de pan en las que la mujer había colocado lonchas de queso y carne salada.

—¿Por qué te adelantas siempre a todo, madre? —Preguntó. —Hablas y hablas, y gastas saliva de forma innecesaria...

Ingunn tomó asiento en un taburete para comer, sin apartar la mirada de su hija. Por primera vez desde que regresó a la casa, la mujer abandonaba sus propios pensamientos y escuchó a la joven.

—Siéntate a comer. ¿No tenías tanta hambre?

Ella se sentó frente a la madre sin rechistar. Era demasiado alta para un banco de patas tan cortas, y las rodillas se le doblaban hacia abajo.

—No te hablo de algo que pueda ocurrir dentro de unos días. —Insistió Ingunn. —Sino de algo que sin duda, sucederá esta misma noche, si no es tu padre el que regresa. Snorri estará preparándose para enfrentarse a tu hermano Erik, justo en el momento en que este ponga un pie en tierra firme.

Érika había oído desde pequeña que su madre fue una princesa capturada en el Rus. Y ahora que observaba aquella boca llena de pan y queso, que hablaba mientras masticaba, y sin preocupación por las migas que escupía, se preguntaba si las princesas fueran de donde fueran, podrían resultar tan desagradables a la hora de comer. Ni ella misma, quien no era más delicada que una mula, se alimentaba de forma tan desagradable a la vista. Miró hacia otro lado y no dijo nada, pero a la madre no le molestó en absoluto el desdén de la hija y continuó.

—Después vendrá a por nosotras, y tendremos suerte si se conforma con echarnos de aquí... A nosotras dos, y a esa borracha de Bersk y su hijo...

La joven cerró entre las manos el pan sobre la mesa, y sus ojos se clavaron en la mirada azul de la madre, quien no mostró ningún temor ante la

amenazante mirada de su hija, aunque sí detuvo sus palabras.

—Apenas le tengo aprecio a mi hermana Bersk. —Dijo irritada la joven. —Pero sabes que quiero a Harald como si fuera mi hijo, y que él ama a su madre a pesar de todo, y odia que habléis así de ella. Te advierto que si vuelves a hacerlo en presencia o no del niño, te golpearé, madre... Lo haré.

Por un momento, la madre odió aquella mirada amenazante, que iba acompañada con la promesa de unos golpes. La visión de su hija volvió a recordarle a Erik *Ojos de Hielo*, y eso era algo que no soportaba. Tanto le afectaba a la mujer el recuerdo amenazante de aquel hombre, que perdió el apetito. El monstruo que la violó siendo apenas una muchacha, que la preñó y abandonó a su suerte, dejándole como recuerdo de su maltrato a aquella hija que la despreciaba. Y aun a pesar de que en los últimos casi veinte años se había convertido en menos que una sombra, a la que él ignoraba, ella seguía temiéndole tanto como le odiaba. Así que se levantó de la mesa, y se ocupó de recoger las sobras que le servirían de desayuno para el día siguiente. La joven se relajó entonces, y suspiró con la mirada puesta en la espalda de la madre. Tampoco tenía ya hambre, y abandonó la mesa para ir de nuevo a la ventana.

Bersk sólo era un apodo, también se llamaba Érika. Ambas nacieron con un mes de diferencia y eran tan parecidas a su padre, a pesar de haber nacido de madres distintas, que podrían parecer gemelas. Eran mucho más altas que sus otras siete hermanas adultas, de clarísimo cabello rubio, y ojos de un gris metálico la una, y del color de las violetas la otra. Eran las únicas de todas las hijas de Erik, que no se habían casado, y que en cambio, dedicaron su vida a los barcos de pillaje y otras correrías como soldados a sueldo. *Mis dos hombrecitos...* Solía decir el padre refiriéndose a sus hijas, aunque lo hacía con un claro dejo de desprecio y burla. No amaba a ninguna de las dos, puesto que eran hijas de esclavas de las que se había cansado muy pronto y que le habían complacido en muy pocos sentidos. Habrían sido dos hermosos presentes nórdicos, que ofrecer a los príncipes extranjeros con los que el padre comerciaba. Y, sin embargo, pensaba Erik, tras varios años dedicadas a la espada, sus dos bastardas portaban demasiadas cicatrices y todo tipo de marcas no sólo físicas, que reducirían considerablemente su valor. Pero a pesar del poco interés que el hombre sintiera por estas dos hijas, Érika había heredado el apodo de su padre, sin que él pusiera objeciones. Ella y Snorri... Tal vez porque no solo habían heredado el color de sus ojos, sino la misma temible mirada.

A Bersk jamás le habían llamado Érika, a pesar de que fue aquel nombre el

que se le dio al nacer. Nació con una leyenda que le valió el apodo, y más tarde fueron su comportamiento y temperamento los que terminaron por dar vida a la leyenda. En la misma noche en que su madre gritaba mientras la traía al mundo, el tío Harald, hermano de Erik *Ojos de Hielo*, moría tras una corta enfermedad. Un guerrero nórdico no temía a la muerte, sino que esperaba que esta llegara de la forma más honrosa, en medio de la batalla. Solo así uno podría presentarse ante Odín. Pero este hombre no murió en batalla, ni siquiera por una herida de arma, y la muerte se lo llevó por unas fiebres. Tras una vida dedicada a la guerra y con el deseo de acabarla alcanzando el Valhalla, Harald *El berserker*, murió de la forma más patética que podría esperar un hombre como él. Si los guerreros nórdicos eran tan temidos por su audacia y temeridad en la lucha, pues dado al escaso miedo que le tenían a la muerte, se enfrentaban terriblemente al enemigo, aquellos a los que llamaban berserkers eran dignos del miedo más atroz. A veces eran usados como guerreros mercenarios por su fiera y encarnizada lucha contra el enemigo, y su sola presencia podría atemorizar incluso a sus compañeros de batalla. Tal vez aquella fiereza animal les viniera del consumo de hongos alucinógenos, lo que les convertía en verdaderas fieras que cargaban salvajemente contra el enemigo. Así había sido el tío Harald, un loco al que todos temían, que pasaba grandes temporadas en lugares extranjeros, y que regresaba cargado de monedas para pasar el invierno en el poblado. Y a pesar de que había puesto su vida en peligro en cientos de batallas, Harald acabó muriendo por unas simples fiebres. Aquella noche, mientras la madre de Bersk chillaba por los dolores del parto, el tío Harald emitió el último de sus horribles bramidos antes de morir. Se le había negado el Valhalla.

La niña a la que llamaron Érika, y cuya madre murió en el largo y difícil parto, no tardó en demostrar a todos aquellos que habían asegurado que Harald se negó a abandonar el mundo de los vivos, poseyendo con su alma el cuerpo del bebé, que la sospecha podría ser cierta. Erik *Ojos de Hielo* no apreciaba a la nueva bastarda, y además su madre había muerto, por lo que tendría que obligar a alguna otra mujer a criarla. De modo que para ahorrarse su propia molestia y la de otros, habría entregado a la niña al monte sin ninguna consideración. Pero la gente decía que su hermano Harald había vuelto a nacer en ella, y aquello aunque no lo creía cierto, detuvo sus intenciones de deshacerse de la niña. Bersk ya pegaba a sus hermanos y se defendía de ellos, cuando aún no había dado un solo paso sin ayuda, demostrando con su comportamiento que tal vez fuera cierto que el alma del

tío Harald había poseído su cuerpo. Ahora que contaba con poco más de veinte años de vida, Bersk era una mujer brutal, cuya altura y musculatura le permitían competir contra cualquier guerrero masculino. Hacía unos tres años que recorría los mares en campañas primaverales de piratería, e incluso había sido contratada como mercenario. Lamentablemente tenía la misma costumbre del tío Harald, lo cual terminaba por confirmar que Bersk era el mismo hermano de Erik reencarnado. La primera vez que bebió aquel caldo a base de hongos, fue por simple curiosidad. Los hombres a los que había visto hacerlo, se convertían en auténticos salvajes de apariencia invencible, que aterrorizaban con sus gritos a todo aquel que se atrevía a ponerse en su camino. Quizá también por miedo a la batalla a la que se enfrentaba todavía sin ser una experta combatiente, y tras haber comprobado su buen resultado, terminó por convertirse en una costumbre, y finalmente en una adicción. Los hongos alucinógenos le habían dado valor para enfrentarse al peligro en un principio, pero llegó un momento en que necesitó de sus efectos para vivir. Bersk bebía aguamiel como si fuera agua, consumía alucinógenos y era una pésima madre. Nunca quiso tener un hijo, pero enrolarse en barcos de piratas siendo una mujer, a veces tenía graves consecuencias. Fue violada en tres ocasiones cuando era muy joven, pero en este momento ningún hombre se atrevería siquiera a lanzarle una mirada lasciva que ella no consintiera. Su hijo Harald nació de la segunda violación, y cuando Bersk regresó a casa con el vientre hinchado, Erik intentó deshacerse de ella. Fueron los ruegos de su piadosa esposa principal y madre de la mayor parte de sus hijos, los que lograron detener sus intenciones. Aunque como decía el hombre, aquella bastarda y su hijo se convertirían en dos inútiles bocas que alimentar.

Y nunca se quisieron demasiado y fueron desde pequeñas, más rivales que aliadas ante todos aquellos que las despreciaban. Sin embargo, en aquel momento Bersk comprobó que su hermana Érika sería la única que al menos tendería una mano amiga. No quería a su hermana, o quizá era así como lo sentían ambas, pero Érika no dudó en ofrecerle un lugar en su casa y la ayuda de su madre hasta que Bersk pariera a su hijo, a quien no tardó mucho en abandonar para regresar a sus correrías. Harald tenía diez meses cuando a su madre, ebria se le cayó de los brazos. Aquella caída le había costado al pequeño la rotura del brazo izquierdo que ahora, con cuatro años, le era prácticamente inútil. Quizá fuera aquel accidente lo que provocó en Érika un rechazo mayor hacia su hermana. Tal vez por ello, Érika era casi una madre para Harald. Bersk amaba a su hijo y no se había perdonado aquel accidente,

aunque eso no le impedía seguir abandonándole en las campañas de primavera, y cuando estaba con él en el poblado, beber hasta emborracharse.

Ingunn terminó de recoger la mesa, cuando la hija se volvía desde la ventana. La madre la miró en silencio, tal y como se había mantenido tras la advertencia de Érika y comprobó por el gesto sin emociones de su hija, que como ya había esperado, seguía avistándose solamente un barco.

—No has comido nada. —Observó pareciendo sosegada, y como si nada la hubiera importunado antes. —Si hay problemas necesitarás estar fuerte. ¿Por qué no duermes un poco? ¿Quieres que afile tus armas?

—Ay... madre... —Suspiró cansada. —¿Qué vas a afilar tú? Apaga las luces y durmamos. Pasarán horas hasta que sepamos algo.

Se quitó el pantalón y la camisa blanca, para ponerse otra más larga que utilizaba para dormir. Hoy apenas se había vestido, pues no salió de la casa nada más que para contemplar unos débiles rayitos de sol primaverales, que aparecieron entre las nubes al mediodía. Pasó parte de la jornada tumbada y dormitando, y es que despertó enferma por una terrible resaca. La noche anterior la dedicó a beber junto con Bersk, y uno de los hermanos más jóvenes, Erik al que apodaban *el Pecoso*, y los tres vieron amanecer completamente borrachos.

Ingunn se quitó el delantal que la acompañaba durante todo el día y apagó las velas antes de desnudarse. Tumbadas en sus camas adosadas a la pared, una a continuación de la otra, y la de Érika cercana a la puerta, permanecieron en silencio cubiertas con pieles, pero ninguna cerró sus ojos. Quizá era tarde para tanto jaleo como les llegaba desde el exterior, pero muy pocos se acostarían hasta que la nave hubiera arribado en el sencillo puerto. Aquel murmullo lejano llegaba sobre todo de la casa del padre, la más grande del poblado y que albergaba a un grupo de tres familias. Era una larga vivienda de al menos treinta metros de largo y seis de ancho, de paredes construidas con tablones de madera, y techo en forma de barco invertido a base de barro y ramas. No existía la intimidad en el interior, pues los únicos dormitorios ocupados por tres matrimonios, se separaban del resto de la casa por medio de cortinas. Erik *Ojos de Hielo* disponía de la alcoba más espaciosa junto con la principal de sus dos esposas, y no siempre permitía a la segunda que les acompañara. Mientras que adoraba y amaba a la primera, por la otra no sentía más que indiferencia. Según le parecía al hombre, una seguía siendo una mujer adorable que le había dado diez hermosos hijos atractivos y admirables como ella misma. Mientras que la otra se había convertido en una vieja bruja

chismosa y malévola, cuyos tres vástagos entre un varón y dos mujeres, eran las feas copias de ella. Y si seguía manteniéndola en su hogar, era sólo por la ayuda que esta mujer podría prestarle en sus tareas, a su querida señora y madre de los únicos hijos a los que él amaba. Las otras dos alcobas eran ocupadas por sus dos hijos mayores, primogénitos de cada una de sus dos esposas. Erik *el Compasivo*, hijo de la bondadosa esposa y el más querido por su padre; y Snorri, nacido de la segunda mujer y tan poco apreciado por el hombre como lo era su madre. El resto de miembros que habitaban en el hogar del padre, dormían con sus progenitores si eran niños, o fuera de aquellos dormitorios se repartían por la zona utilizada como salón y cocina si eran mayores, junto con esclavos y otros sirvientes.

Ahora Snorri estaría bebiendo junto a sus hermanos y otros hombres tras la cena, haciendo sus conjeturas sobre las razones de que sólo regresara un barco. Nadie lo mencionaría, pero tanto él como los demás, estarían pensando en la posibilidad de que fuera el hermano mayor quien capitaneara el barco, y sus consecuencias.

Pasaba el tiempo sin más novedades que el mismo alboroto de antes, fuera de la pequeña casa en la que madre e hija, se hallaban acostadas. Cerraban los ojos y dormitaban, pero de pronto se despertaban sobresaltadas y regresaban al sueño cuando lograban tranquilizarse.

La puerta se abrió de repente. Ingunn se incorporó bruscamente, pero no dejó escapar un solo sonido de su garganta. En cambio, Érika permaneció tumbada en su cama y sin mover la mirada de la alta figura masculina que apareció tras la puerta. No le había dicho a su madre que la espada dormía con ella bajo las pieles, igual que el puñal que no se apartó en ningún momento de su mano cerrada, y que pensaba lanzar contra el intruso si era necesario. Vieron que el inesperado visitante se agachaba un poco para entrar. Era una figura corpulenta pero esbelta, de modo que no se trataba del gordo Snorri. Habló en voz baja y ella reconoció la voz de uno de sus hermanos, aunque contando con más de seis hermanos adultos, la voz podría haber pertenecido a cualquiera de ellos.

—Érika... Antes de que lances algo...

Sabía que aunque la hubiera sorprendido durmiendo, ella se habría despertado con el rumor de la puerta abriéndose, por más que este hubiera sido silencioso. Como hombre dedicado tiempo atrás a la guerra, estaba seguro de que el sueño de su hermana sería ligero, siempre con el oído atento a cada sonido desconocido. Y sabía también que tal vez dormía acompañada

de algún arma que pudiera arrojar, si se daba el caso de sentirse amenazada.

—Soy Erik...

La madre se llevó la mano al pecho y suspiró aliviada, casi tanto como su hija, quien por fin se incorporó y salió lentamente de la cama. No era el único Erik entre sus hermanos, pero aquella voz pertenecía claramente al mayor de todos ellos. Si durante la tarde y parte de la noche, ante la evidencia del regreso de un solo barco, las dos mujeres habían dudado, temido y hecho sus cálculos sobre las consecuencias que aquello podría traerles, ahora parecían haber llegado las respuestas a todo con la presencia de Erik *el Compasivo*. Si él estaba allí, estaba claro que si alguno de los dos barcos realmente había sufrido un accidente, este fue aquel en el que su despreciado Erik *Ojos de Hielo* viajaba.

Érika estaba a punto de abrir la boca para expresarle su alivio por verle con vida, pero él la interrumpió.

—No hay tiempo... —Vio que Ingunn se disponía a encender una vela. —Deja las luces, mujer. No quiero que nadie sepa que Érika sigue aquí. Vístete, hermana y abrígate porque la noche está fría. Ingunn, prepara dos hatos para tu hija, uno con comida y otro con ropa limpia.

—¿Qué dices?

Miró hacia la alta figura de su hermano en la oscuridad, y apenas distinguía algo de su rostro aparte de la clarísima barba, y la corta melena rubia que aparecía suelta. Las pieles sobre sus hombros, le hacían parecer un hombre más corpulento.

—¡Obedeced, por todos los dioses! —Exclamó en voz baja, y con mucha inquietud miró un momento hacia la puerta cerrada. —No tenemos demasiado tiempo. He venido directamente a buscarte, como debía, mientras el resto de los hombres saludan a sus familias. ¡Vamos!

—Al menos explícame qué ocurre. —Protestó Érika sacándose una camisa para ponerse otra. —¿Qué ha sido del barco de padre?

—Tienes que irte, hermana, esta misma noche.

Érika se detuvo en su afán por vestirse, y la madre también dejó su rápido quehacer.

—Padre me envía a buscarte... ¡No os detengáis! Va a cambiarte por una de las hijas del príncipe árabe con el que comercia, y se ha visto obligado a hacerme venir hasta aquí para llevarte...

—Maldito sea el danés... —Suspiró Ingunn con odio en la voz.

Érika la miró importunada por la interrupción.

—Date prisa, madre y cállate tus maldiciones.

Ingunn miró molesta a su hija y la observó un momento, mientras ella ya vestida, iba a por su coraza de cuero y las pieles con las que se cubriría

—Tú has viajado lo suficiente para saber que las mujeres árabes, se sienten atraídas por la altura de los hombres nórdicos y su cabello rubio. Padre quizá sea demasiado mayor para conquistar a una cría, pero consiguió seducir a una de las hijas del príncipe... ¡Sólo tiene catorce años...! —Explicó Erik y dejó escapar un suspiro lleno de inquietud. —Cuando el padre lo descubrió, el cielo ardió y creímos que nos matarían a todos. Pero parece que el príncipe tiene tantas hijas como nuestro padre, y la idea de hacer un trueque, hija por hija, terminó por atraerle. Padre le habló de ti y tu belleza, de tu dulzura... De tus dieciséis años...

—Soy más mayor... ¡Maldito cabrón! Y... ¿Qué dulzura y belleza? ¿De veras cree que podrá engañarle?

—Piensa recibirte él mismo, antes de presentarte ante el príncipe. Ya sabes... Unos cuantos golpes de los que no quedan rastro, un vestido de seda y unas cuentas en el cabello... Piel blanca, ojos claros y cabello rubio... Ni se dará cuenta de que en lugar de una joven y virgen dama danesa, le están ofreciendo un mercenario. Sabe perfectamente que no te someterías a tu dueño, y le importa un cuerno si el príncipe decide entonces eliminarte. Sólo necesita escapar del apuro en el que se ha metido por desvirgar a una muchachita, que no era ni más ni menos que la hija de un príncipe, y no pondrá en venta a ninguna de sus propias hijas, a menos que se llamen Érika *Ojos de hielo*, o Érika *la Berserker*, a las que detesta. Y según él, Bersk es lo último que ofrecería a cualquier hombre. Así que me ha enviado a buscarte a ti.

—No podría esperar menos de mi padre. —Dijo con ironía. —Pero me sorprende que pretenda venderme como a una dulce muñeca.

La joven terminó de anudarse el cabello y se calzó unas botas de cuero.

—¿Cuándo has salido de la casa por última vez?

Ella miró un momento a su hermano y luego se quedó pensativa. Fue uno de esos días de enfermedad, que uno pasa dormitando sin preocuparse por el paso del tiempo. Ingunn respondió por ella.

—Salió sólo al mediodía, pero apenas se movió de la puerta.

—Bien... —Erik asintió pensativo, mientras el plan se urdía rápidamente en su cabeza. —Ahora iré directamente a saludar a mi esposa, y una vez la envíe a la cama, explicaré este regreso inesperado a nuestros hermanos. He venido a tu casa a buscarte, pues ese era mi cometido, y diré que Ingunn me ha

dicho que te marchaste después de comer en busca de un barco, y que no espera que regreses hasta el final del verano.

La mujer asintió deprisa comprendiendo, y Erik miró a su hermana.

—¿Tienes un caballo? —Preguntó.

Ella meneó la cabeza con una cierta tristeza que su hermano no advirtió en la oscuridad.

—Lo mataron los lobos no hace mucho...

—Ve a las cuerdas de padre entonces, eres una ladrona excepcional. Es necesario que nadie te vea por aquí. Luego cabalga hacia el Oeste siguiendo la costa. Al amanecer zarparán barcos, así que busca lugar en uno de ellos, vaya a donde vaya y para lo que vaya. Yo saldré en tu busca como me corresponde, pero para ese momento, tú ya tendrás que encontrarte en alta mar. Recuerda, no permitas que te encuentre, porque si lo hago tendré que obedecer las órdenes de padre. No dejes de alejarte hasta que encuentres un barco en el que te acepten.

—¿Qué ocurrirá si te presentas sin mí?

Erik *el Compasivo* se encogió de hombros.

—Me envió a buscarte a sabiendas de que abandonas el poblado en estas fechas. —Respondió—. Que ya no estuvieras por aquí, es lo menos que se podía esperar. Tranquila, he hecho planes en el viaje de vuelta porque jamás estuve de acuerdo con las intenciones de padre. Regresaré con una de esas esclavas rubias de la casa de padre, y engañaremos al príncipe.

Ella pareció tranquilizarse entonces y asintió con tristeza, mirando a su hermano en la oscuridad. Estaba preparada para salir. Las pieles sobre los hombros, la espada a la espalda, y sus dos puñales, uno a la cintura y otro en la pantorrilla.

—Te lo agradezco mucho, hermano.

Le abrazó y él la encerró entre sus recios brazos. Érika sintió la espesa barba contra su mejilla. Era reconfortante y agradable saber que alguien entre su familia la quería tanto como para desafiar al padre. Se volvió después hacia la madre. Eran muchas las veces que abandonaba el poblado, y siempre se despedía de ella con un simple adiós. Ahora apenas veía a la mujer entre la oscuridad, quien temblaba con las manos entrelazadas. Entonces la oyó, y se sorprendió al advertir que la mujer se tragaba un sollozo. Simuló no haberlo oído.

—Madre... Bersk dejará pronto el poblado y Harald se quedará solo. ¿Cuidarás de él?

Ingunn asentía, pero la voz de Erik atrajo la atención de su hermana.

—Mi esposa y yo nos ocuparemos de él y de tu madre. No te preocupes y márchate ya de aquí.

Érika asintió y tomó de la mesa los dos hatos que su madre le había preparado. Iba a salir tras su hermano, pero de pronto oyó claramente el sollozo de la mujer. Se volvió y observó confundida a la negra figura junto a la mesa.

—¿Madre...?

Ingunn lloraba. En lo más profundo de su ser, sabía que jamás volverían a verse. Érika dejó caer su equipaje en el suelo y corrió hacia su madre para abrazarla. Qué agradable y placentero fue para ambas, quienes habían pasado media vida sin dedicarse apenas un gesto de cariño. Érika reprimió unas palabras de despedida, y le costó apartarse de aquel abrazo cuando Erik volvió a apremiarla tomándola de un brazo para sacarla de la casa.

II

Estaba amaneciendo cuando presentándose como un muchacho, se ofreció a acompañar al grupo de navegantes. Aseguraban dirigirse a una zona de Inglaterra muy desprotegida, defendida por inútiles guerreros demasiado ocupados en los ataques de los daneses del Danelaw, como para poder cuidarse de las incursiones que venían de alta mar, y que ofrecían importantes botines. A ella le importaba muy poco la clase de defensa inglesa que les esperaba, pues no era la primera vez que se veía en una de esas expediciones, y aunque sabía que los ingleses eran guerreros bien protegidos con cotas de malla, también le había parecido que siempre encontraban más campesinos que verdaderos combatientes. El asunto del botín era interesante, aunque su principal interés fue escapar de las intenciones de su padre.

Pero a pesar de tanta seguridad con la que abandonaron Dinamarca, el drakkar fue avistado horas antes de que hubiera llegado a tierra y por lo tanto, aquellos *inútiles* ingleses tuvieron tiempo para prepararles una bienvenida. Antes de poder atravesar la arboleda hacia el pueblo que pretendían atacar, fueron sorprendidos por un ejército de hombres que les superaba dos veces en número. ¿Desprotegidos? ¿Inútiles? Érika se preguntaba entonces por que habría tenido que unirse a aquellos verdaderos ineptos con los que viajó a Inglaterra. El grupo de vikingos de cascos y corazas de cuero, fue arrinconado en un claro del bosque por hombres a caballo. Y como si se hubiera tratado de un grupo de lobos amenazados, los hombres del Norte se enfrentaron en círculo a los jinetes. La idea era desmontar a todos los que pudiera ser posible, tomar sus caballos y enfrentarse al resto de los ingleses.

Viéndose amenazada por uno de aquellos jinetes, Érika logró herirle en el muslo. Le oyó gritar ante el golpe de su espada vikinga, entre los alaridos de otros hombres. Entonces sintió el doloroso impacto de la espada que chocó contra su propio hombro, y que le arrebató el arma. Gritó dolorosamente y antes de recibir el siguiente golpe, encorvó la espalda y trató de salir de entre el barullo de hombres y bestias. Por primera vez en su vida no trataba de recuperar su arma, o desenvainar uno de los puñales para matar a su contrincante. Esta vez sabía que la herida recibida terminaría llevándola a la muerte, y que la batalla no merecía más del poco tiempo que podría quedarle.

La idea de que iba a morir, le dio fuerzas para correr y hacerse paso entre los combatientes para escapar, mientras que con el brazo sano trataba de sujetar el otro. Otro golpe en un brazo y cayó al suelo. Cuando luchaba por ponerse en pie, un jinete llevó al animal hasta su cuerpo vacilante, y tuvo suerte porque uno de los nórdicos atacó en ese momento al inglés que pretendía pasarle el caballo por encima. Arrastrándose dolorosamente sobre el codo del brazo sano, logró salir del barullo sin ser pisoteada y sin que nadie tuviera tiempo de advertir su desesperada y dolorida figura. Qué muerte tan poco honrosa, *Érika Hija de Erik Ojos de Hielo*, pensó. Pero ella no esperaba ningún Valhalla, no pretendía ascender a ningún Cielo, y en ese momento en que iba a morir deseaba poder hacerlo tranquila y alejada de la batalla. Se arrastraba con el dolor de su hombro y brazo heridos, cuyos huesos no se habían partido quizá por la dureza de las pieles que la cubrían. El terreno acabó en una pendiente por la que cayó rodando entre matorrales, hasta que el tronco de un árbol detuvo su descenso con un fuerte impacto. Ya había sangrado mucho, estaba débil y tras el golpe que recibió en el casco perdió el sentido.

A pocos pasos de allí y a salvo de las espadas nórdicas, Liam observó la batalla tras los matorrales. Los demonios del Norte, cubiertos con pieles de lobo y cascos de cuero, caían como corderillos indefensos ante los ingleses a caballo. Y aun así, él no habría querido verse frente a uno de aquellos fieros guerreros. Chillaban como animales rabiosos y daba la sensación de que no habría nada que pudiera detenerles. Aún heridos, seguían luchando como el lobo al que se ha herido de muerte, y aun así continúa con la férrea idea de vengarse de su adversario. Hakon estaba ileso, o eso le parecía a la vista, porque no era del todo cierto. Una vikinga le había abierto una buena brecha en el muslo, pero seguía a caballo y luchando. Liam apenas apartó la mirada de su hermano danés, quien empuñaba su espada inglesa contra aquellos hombres venidos de su propio país de nacimiento, sin imaginar nada de su herida.

Liam sabía que no era el momento más oportuno, pero a la vez no habría mejor oportunidad para escapar como era su deseo. Sus conocimientos como curandero, fueron siempre vitales para Hakon, quien recibió decenas de heridas en su vida, a veces de máxima importancia y de las que no habría salido airoso de no ser por las habilidades de Liam. Era un buen momento para alejarse, pero si Hakon resultaba herido, él no estaría allí para ayudarlo. Liam cerró la mente ante aquella posibilidad, y es que su deseo por escapar pudo más que el cariño que sentía hacia su hermano mayor. Esta vez no iría a

ningún puerto cercano en busca de un barco, pues el mismo Hakon o alguno de los hombres que enviaba a distintos puertos, siempre lograban encontrarle. Lo había estado preparando durante meses, y esta vez tendría que conseguirlo. No buscaría un barco todavía, sino que permanecería escondido en una gruta cercana entre aquellos bosques, y la abandonaría semanas después, cuando por fin Hakon ya se hubiera dado por vencido en su búsqueda. Había acondicionado la gruta para poder sobrevivir durante al menos toda la primavera; leña, ropa, comida y todo lo necesario para poder ocultarse en su guarida hasta el verano. Miró por última vez al gran guerrero danés que siempre le había parecido su hermano, y luego cerró los ojos y pidió a la diosa que le protegiera. Colgó a un hombro su preciada caja de instrumentos y hierbas medicinales, y abandonó el lugar. Escondido tras los matorrales, corrió hasta la pendiente que bajaba hacia el río, con el corazón en un puño y recitando sofocado oraciones en nombre de su hermano. Aún los gritos de guerra de los hombres, los alaridos dolorosos de los heridos, mezclándose con aterrorizados relinchos y golpes de espadas y escudos, llegaban a sus oídos. Sus pies se agarraban a la tierra descendiendo por la inclinada pendiente, ayudándose de la corta vegetación del suelo para no resbalar. Y entonces lo vio. Algo había rodado por la ladera, y en su caída dejó un rastro de sangre en la tierra. Se detuvo sofocado y olvidó sus peticiones a la diosa, mientras observaba el rastro de sangre y buscaba con la mirada el paradero del dueño de aquellas huellas. Más abajo logró distinguir entre pieles y matorrales, un bulto que parecía ser un animal herido y agazapado. Liam volvió la mirada hacia un lado, hacia el lugar que debían seguir sus pasos para llegar a su escondite en la gruta, y estuvo a punto de seguir su camino. Sin embargo, aspiró hondamente y bajó cauteloso hacia el bulto inerte. Sabía que debía dejarlo y continuar con su huida, pero pudo más la curiosidad, y a pocos metros se acercó sigiloso. Por un momento le pareció que estaba viendo un lobo, pero entonces distinguió el casco. Se trataba de uno de esos demonios daneses, inmóvil y acurrucado contra un matorral. Se acercó despacio, sabiendo que más le valía alejarse, y dejar aquel cuerpo a merced de las alimañas. Cuando lo tuvo a sus pies, decidió que el guerrero vikingo estaba muerto, pues no parecía respirar. No era su forma de actuar, pero en este momento en que debía buscar su propia forma de vida, pensó que las armas y el casco que llevaba aquel extranjero tal vez pudieran venderse a buen precio más adelante. Los vikingos eran fieros animales, ladrones y asesinos, pero a la vez extraordinarios artistas trabajando el metal. Tanto el casco, que era de

metal, como los dos puñales que llevaba el muerto, podrían convertirse en un buen puñado de monedas en cualquier mercado más adelante. Liam se agachó despacio, y con cuidado sacó primero el puñal que el nórdico caído llevaba en el cinturón, y luego aquel que le descubrió sujeto al tobillo. Los guardó en su caja de medicinas, y se inclinó de nuevo hacia el cuerpo para tomar el casco. Cuidadosamente, como si la bestia extranjera pudiera despertar en cualquier momento, le hizo volver la cabeza. Continuaba inerte, lo cual le tranquilizaba mucho. Pero no pudo sacar el casco, y sus ojos del color de la miel, se abrieron con curiosidad. En el rostro que apareció ante su vista, al menos la parte que no estaba cubierta, desde la nariz hasta la barbilla, no vio un rastro de barba, ni ningún otro rasgo masculino. Al contrario, se trataba de un semblante delicado que jamás se había afeitado, y no precisamente porque fuera un muchacho. Cuando retiró el casco del todo, una mata de largo cabello se desparramó en el suelo como un dorado manojo de trigo. El demonio dio señales de vida por fin, y gimió dolorosa y tan dulcemente como sólo podría hacerlo una mujer. Liam se enderezó con el casco entre las dos manos. ¡Era una mujer! Lo cual viniendo del mundo vikingo, no debería haberle sorprendido, pues era un experto conocedor de leyendas sobre mujeres guerreras nórdicas. Pero aun así, no podía creer lo que veía. Todavía había vida en aquella joven mujer, quien parpadeó suavemente y poco a poco abrió unos ojos del color del cielo en invierno. Liam se retiró un paso y a la defensiva, sabiendo que aquel demonio aún desarmado y moribundo, todavía sería capaz de saltar sobre él. Aquellos ojos se sorprendieron un momento al verle, pero luego como si estuviera dispuesta a relajarse, suspiró y lentamente esbozó un leve sonrisa burlona. Los ojos grises se cerraron y la cabeza cayó suavemente a un lado. ¿Por qué habría sonreído ante la muerte? De pronto incluso llegó a sentir compasión por aquella desdichada mujer, y se arrodilló a su lado. Una de sus manos se acercó temblorosa y muy despacio hacia el cuello vikingo, y lo palpó suavemente hasta que consiguió encontrar palpitations. No estaba muerta, al menos todavía. Liam levantó con cuidado la piel gris que cubría el hombro femenino, de donde le pareció que podría proceder la sangre, y comprobó la herida. Una espada le había abierto una escandalosa brecha, y tal vez le dislocó el hombro, pero el cuero y la gruesa piel le habían librado de una herida más seria. No había muerto, y no moriría si alguien la ayudaba. Solamente había perdido el sentido por un posible golpe en la cabeza, a pesar del metal que la había protegido. Con el casco abollado en su parte frontal sujeto por una de sus manos, Liam se enderezó dispuesto a

alejarse de allí. Tomó su caja de medicinas, y con ella al hombro, se volvió y caminó apenas unos cinco metros. Pero oyó esa voz en su cabeza, esa imprudente conciencia o lo que fuera, que le impedía marcharse como era su deseo.

No está muerta, y los lobos se la comerán viva.

Ya mí qué me importa..., pensó. *No es más que un demonio del Norte que ha venido a hacernos daño.* Se volvió para mirar el bulto en el suelo, suspiró y meneó la cabeza descontento consigo mismo. A veces pensaba que no era su conciencia, sino la voz de su propia madre, cada vez que le ocurría algo así. Masculló iracundo unas palabras, y regresó junto al ser rubio. Aquella mujer debía ser casi tan alta como él, y calculó que su cuerpo sería una masa de pesados músculos, y no el leve cuerpecillo de una doncella. Cargarla al hombro hasta la gruta, por aquel escarpado terreno, sería una dura y pesada prueba. Pero la voz no permitiría que la abandonara allí.

Con la caja de medicinas a un hombro, el casco atado al cinturón, y la mujer cargada al otro hombro, Liam hizo el dificultoso camino hacia su escondite. Se vio obligado a detenerse varias veces, librándose del peso de aquel demonio danés y descansar, lo cual retrasaba su huida. Se sintió tentado de abandonarla más de una vez, pero sabía que la insistente voz en su cabeza, le perseguiría de por vida si lo hacía. La carga pesaba como un maldito saco de legumbres, y el descenso por la pendiente resbaladiza se hacía cada vez más insoportable. Liam terminó resbalando y sin haber soltado su lastre, patinó y cayó al suelo recibiendo sobre su cuerpo, todo el peso de la danesa. La oyó quejarse débilmente junto a su cara, pero no se agitó siquiera, y con un rápido movimiento la hizo caer junto a él apartándola de encima. Con la espalda dolorida por la caída, Liam tomó aire profundamente y miró al cielo en el que ahora lucía levemente el sol. Ya no llegaba a sus oídos ninguno de los sonidos procedentes del enfrentamiento, pues se había alejado lo suficiente, y sólo algunos pajarillos cantaban cerca. Volvió a tomar aire, miró a la mujer inmóvil y trató de incorporar su propio cuerpo magullado. Una vez en pie, sacudió sus ropas polvorientas sin apartar la mirada de la danesa, y trató de recomponerse. Quería abandonarla allí, pero la misma voz en el interior de su mente, seguía insistiéndole para que la llevara consigo. Suspiró molesto, y esforzándose para encontrar fuerzas suficientes, logró cargarla de nuevo al hombro.

La cama era un mullido colchón de lana, cubierto con pieles para combatir la humedad de la cueva. Durante dos noches con sus días, Liam se vio

obligado a dormir en sacos de legumbres, porque no tuvo valor para dejar a la vikinga en el frío suelo. No era que sus heridas la hubieran mantenido tanto tiempo durmiendo, en realidad habría despertado poco después de haber sido llevada a aquel lugar, pero él prefirió mantenerla sedada a base de pequeños sorbos de un potente brebaje sedante, porque no se fiaba de ella. Aún así le había atado los tobillos uno contra el otro, y la muñeca del brazo sano, la unió con una cuerda a una afilada roca cónica cercana que emergía del suelo. Había perdido mucha sangre, y se mantendría débil durante unos días. Ahora sus heridas estaban debidamente desinfectadas y cosidas, y el hombro colocado en su sitio. Fue más profundo el corte en el brazo, y quizá el más peligroso, pero Liam confiaba en la fortaleza de aquella mujer. Le había dado caldos para alimentarla, ayudándola a incorporarse, pero estaba tan sedada que apenas se daba cuenta de nada y gran parte del líquido solía resbalarse desde su boca. Alguna vez había mascullado algo en una lengua que Liam conocía como la lengua danesa de su padre, y aquella en la que su hermano hablaba a veces a sus hijos.

Sintió un tremendo dolor de cabeza, como si hubiera tomado una jarra entera de aguamiel. Intentó llevarse una mano a la frente, pero algo la mantenía fuertemente sujeta y no pudo moverla. Cuando quiso mover la otra mano, sintió dolor en el hombro y gimió. Sin abrir los ojos todavía trató de mover sus piernas, pero estas estaban unidas en los tobillos. Lentamente sus párpados se separaron y la suave luz de unas velas cercanas, le hicieron daño en los ojos. Movié la cabeza muy despacio para mirar a su alrededor, tumbada sobre su espalda, pero no reconoció el oscuro lugar. No sabía donde estaba, ni por que, tampoco la razón de que sus piernas estuvieran atadas, y uno de sus brazos retenido por algo. Apenas recordaba nada de lo ocurrido, pero poco a poco le llegaban las imágenes de la lucha contra los ingleses, de su escapada... No podía moverse y era imposible ver algo tras las luces de las velas, colocadas cerca de ella en lo que parecían ser húmedas rocas... Aquel rostro de ojos del color de la miel, de cabello corto castaño del que pendía una finísima y larga trenza cayendo desde la sien hasta el hombro... Eso también lo recordaba, como que había huido de la lucha para morir en paz. Y no debía estar muerta pese a lo que podría haber esperado, porque era imposible sentir tanto dolor si uno había muerto. Oyó entonces unos pasos lejanos y agudizó el oído. Aquel sonido estaba cada vez más cerca, y entonces la luz de las velas formó una enorme sombra contra la pared. Una figura humana se agachó para dejar dos cubos en el suelo, y en una lengua extranjera suspiró algo. Érika cerró los ojos

y no se movió, ni siquiera cuando aquella sombra se detuvo a su lado. El desconocido plantó suavemente una mano en su frente, y fue entonces cuando ella trató de incorporarse, lo que le costó un terrible dolor en su brazo herido. El hombre, al que ahora veía y reconocía como el desconocido de ojos color miel, apartó bruscamente la mano, y con un gesto de preocupación dijo algo en una lengua que ella no conocía.

—No te muevas, o romperás las costuras. —Advirtió Liam intentando tranquilizarla. —Sólo quería saber si había vuelto la fiebre. Tranquila, si hubiera querido matarte, no habría cosido tus heridas... ¿No crees?

—¿Qué...? —Le costaba hablar después de tantas horas de sueño, y tuvo que aclararse la garganta. —¿Qué hago aquí?

—No te molestes. No entiendo nada de lo que dices, como seguro que te ocurre a ti conmigo.

Liam se volvió dándole la espalda, había traído dos cubos de agua que pensaba calentar para asearse, y asear también a la vikinga. Mintió. Cuando la oyó hablar tuvo la seguridad de que la extranjera era danesa, pues él mismo hablaba la lengua de su propio padre. Pero por el momento, prefería hacerle creer que no le era posible comunicarse con ella.

Érika siguió sus movimientos con una desconfiada mirada.

—¿Por qué estoy aquí? —Preguntó.

Liam se volvió para mirarla y trató de explicarse con gestos.

—¿Tienes hambre? Apenas has comido algo en dos días... Te quitaría las ataduras, ahora que aún estás demasiado débil, pero no me fío de ti... —Se quedó pensativo un momento. —Está bien, liberaré tu mano y te traeré algo caliente para comer.

Le vio alejarse hacia un caldero que había retirado del fuego poco antes de adentrarse en la profundidad de la cueva para traer el agua, y cómo tomaba algo caliente con un cazo para luego llenar un cuenco. Después le vio regresar a su lado, y dejar el cuenco en el suelo. Le explicaba algo mientras que con un cuchillo en la mano, se acercaba más a ella. Érika se movió bruscamente para defenderse, y volvió a gemir por el dolor en su brazo lastimado. Él señaló con el cuchillo la mano atada a la roca, y ella se tranquilizó aunque no se fiaba del extraño. Su intención era desatarla, o eso pretendía explicar. Se apartó de ella en cuanto hubo liberado su mano, sólo los dioses sabían cómo actuaría aquel demonio del Norte. Ella intentó incorporarse entonces, pero se hacía daño, de modo que él la ayudó a hacerlo. Y la danesa le miró confundida por el cuidadoso y suave trato, que le dispensaba el desconocido. Luego él le acercó

el cuenco, mientras decía algo. La vikinga miró el cuenco de ardiente caldo, luego le miró a él, y de nuevo regresó su impaciente mirada al cuenco. Y sus gestos debieron delatar sus intenciones

—Te advierto, que si se te ocurre lanzarme el cuenco a la cara, te mato... No me entiendes, ¿verdad? —Sin acercarse más le mostró el puñal. —No me he molestado en curar tus heridas y mantenerte con vida, para que termines haciéndome daño.

Parecía haberle entendido por que asintió lentamente, y alzó las manos para tomar el cuenco. Él volvió a mostrarle un gesto de advertencia antes de acercárselo. Después se volvió tranquilo para tomar su baño mientras la vikinga se alimentaba por si misma, algo de lo que se había estado ocupando él desde que llegaron allí.

Había un hueco en el suelo entre las rocas, lo suficientemente hondo como para dar cabida a unos cuantos cubos de agua, que le había servido de bañera. Arrojó el agua dentro y se quitó la ropa para entrar en su rústico baño, aunque no dejó lejos el cuchillo. Si la vikinga quería atacarle, tendría que hacer un esfuerzo enorme para levantarse con las dos piernas unidas por los tobillos, y los dolores de su brazo herido, de modo que no se preocupó demasiado. Ella terminó el estofado que había comido con avidez, y le observó mientras él se lavaba con un paño. Sintió un ardiente dolor en el hombro, y se miró para descubrir la sangre que había mojado la venda que cubría la herida.

—Mierda... —Suspiró en voz baja. —Estoy sangrando.

La miró entonces él y chasqueó la lengua molesto.

—Has abierto las costuras... —Dijo resoplando. —Debería haberte mantenido más tiempo dormida.

Ella apartó su dolorosa mirada del vendaje, y le miró con interés. Por un momento tuvo la sensación de que él había comprendido sus palabras, pero se olvidó pronto y se llevó una mano a la venda.

—¡No lo toques!

Ella se sobresaltó por el grito.

—¡No entiendo nada de lo que dices, mierda de perro inglés! —Protestó.

Liam suspiró molesto, habría sido mejor no entender nada de que ella también decía. Intentó ignorarla y tomar su baño tranquilo, apenas se había lavado mientras se dedicó a cuidar de ella, y quería quitarse el hedor animal de encima. Aunque era cierto que la perra vikinga olía aun peor, pues la mayor parte de las micciones se las había hecho encima, y aunque se ocupó de mantenerla más o menos limpia, apestaba igual que si se hubiera tratado de un

cerdo salvaje.

No quedaría del todo limpio, pero era un gran placer tomar aquel modesto baño. La observó mientras se frotaba bien los brazos. La mujer tenía un largo cabello rubio enmarañado de salvaje, y todo el cuerpo ennegrecido, no solo por los golpes que sufrió. Las pieles que antes la cubrían habían caído hasta los muslos, y le pareció extraño que ella no sintiera ningún pudor por su cuerpo desnudo ante el desconocido. A él, quien se había ocupado de desnudar aquel cuerpo, y que debió dedicarse a su cuidado durante dos días, ahora apenas podría llamarle la atención. Era delgada, pero fuerte y sin un gramo de grasa en ningún lugar de su cuerpo, y eso sí le había asombrado tratándose de una mujer. La oyó mascullar algo con molestia en la voz, tal vez se quejaba de su propio olor y suciedad. Vio que intentaba sacar las piernas del lecho, apoyándose sólo en el brazo sano, pero se hizo daño y emitió un doloroso quejido, que acompañó con una maldición. Liam detuvo su quehacer.

—¡No te muevas! —Chilló.

—¡Quiero mear, imbécil!

Ahora Liam no supo qué hacer. Aspiró hondamente, y pidió paciencia con un gesto que ella comprendió. Deseaba tomar su baño tranquilamente. Erika masculló una maldición dejando de mirarle, y continuó relatando algo en voz baja muy airada, encogiéndose contra el vientre. Estaba segura de que aquel inglés enclenque y bajito, conocía su lengua.

—¡Deja de insultarme ya! —Exclamó él molesto. —¿Crees que no te oigo por más que susurres? Me has tenido dos días pendiente de ti y tu salud, y no eres más que una bárbara sangrienta y ladrona... Deja que al menos pueda tomar un baño tranquilo.

Ella le había estado observando muy atenta, mientras escuchaba aquella lengua desconocida sin entender ninguna palabra, pero comprendiendo bien el significado de sus gestos. Gruñó para sus adentros. Le miró de nuevo y vio que él se secaba tranquilamente con la camisa que había llevado aquel día, y tanta pasividad la enfureció.

—¿Quieres darte prisa, mamón inglés? ¡Me va a explotar la tripa, desgraciado!

—¡Pues háztelo encima, como has estado haciendo todos estos días, zorra vikinga, y déjame en paz!

Sintió tanto bochorno al saberlo, que tardó en darse cuenta de que le había entendido perfectamente. Y él advirtió tarde, que el agobio que le había hecho sentir la extranjera, le llevó a responderle en una perfecta lengua danesa. Ella

volvió la cabeza de nuevo para mirarle con los ojos muy abiertos.

—Hablas mi lengua...

Liam suspiró molesto y terminó de colocarse una camisa limpia. Le había llevado unos meses disponer su huida, había esperado el momento justo para escapar durante demasiado tiempo, y cuando todo estaba a punto, apareció ella... Nunca debió ocuparse de esa mujer, y es que se trataba de alguien que zarpó un día en un barco vikingo, con la desagradable intención de robar y matar a cualquiera que se pusiera en su camino. Fue herida y habría muerto de no ser por su ayuda, pero se trataba de una mujer con malas intenciones, y no de una inocente doncella. Había recogido a un ser que tarde o temprano le pagaría su ayuda tal y como lo haría una serpiente; cuando sus heridas estuvieran curadas, le mordería. No la habría recogido, la habría dejado a merced de los lobos, pero aquella voz se lo impidió...

No se puso más que la camisa que le llegaba hasta los muslos, tomó el cuchillo y miró a la mujer, quien no volvió a decir una palabra, aunque la urgencia de su vientre era más que evidente. Ella le miraba con un gesto de sospecha, y miraba también el cuchillo. No decía nada. Ya no hablaría, ahora que había descubierto que él podría entender cada palabra que dijera. Liam se acercó a los pies descalzos de la mujer, y antes de acercar el cuchillo a las ataduras, clavó su mirada en ella con un gesto de advertencia.

—Puedes salir ahí fuera con toda libertad y escapar. —Le aclaró. —En realidad, no eres más que una molestia para mí... Pero mi conciencia me obliga a avisarte.

Liam cortó las ataduras, y con una delicadeza que ella jamás había recibido de nadie, él la ayudó a sacar las piernas del lecho. Volvió a mirarla directamente a los ojos.

—Esas heridas necesitan aún de mi cuidado, y no tendrás fuerzas para escapar muy lejos. Las costuras se abrirán, volverá la fiebre y morirás... Además, te conviene saber que me estarán buscando probablemente por esta zona, y que si te encuentran a ti... No puede negarse que eres una vikinga. Ya ves... si no mueres por tus heridas, morirás colgada. Yo de ti no trataría de escapar, aunque a mí me aliviaría mucho que te fueras.

Él se apartó entonces, y ella se ayudó del brazo sano para incorporarse. Se sintió mareada tras tantas horas de sueño, y buscó una pared en la que poder sostenerse para salir al exterior. Liam sintió compasión al verla tan desvalida, pero no iba a hacer nada por ayudarla, de modo que prefirió dejar de mirarla y ahorrarse aquella visión. A parte de las vendas en su brazo, estaba totalmente

desnuda e indefensa, tanto que apenas era capaz de caminar sin ayuda. Pero Liam sabía que aquel cuerpo recuperaría no solo su salud, sino todo su vigor, y entonces la mujer se convertiría en un ser muy peligroso.

Érika regresó lentamente, ayudándose de la rugosa y fría pared, pero ahora caminaba con algo más de soltura. Volvía cabizbaja y con algunas lágrimas aún, que él no vería a la luz de las velas. Había llorado amargamente, agachada en el suelo, y tratando de tragarse el llanto. ¿A dónde creería ese inútil inglés que iba a escapar? Desnuda y herida, sin armas y sola... Las alimañas olfatearían la sangre de sus heridas y por la mañana habría sido devorada, o tal vez la encontrarían los ingleses y la colgarían de un árbol. ¿Por qué no había muerto, si le había llegado la hora? ¿Por qué tuvo que salvarla ese condenado idiota?

—No. —La detuvo la voz de Liam cuando ella iba a acostarse de nuevo. —Vas a bañarte y veré esas heridas. Después quitaremos ese jergón sucio de ahí, y... Esta mañana robé uno para mí en una granja cercana, pero veo que hoy también me tocará dormir en los duros sacos...

—Yo dormiré en los sacos.

Era como un dócil perrillo cuando la llevó hasta el improvisado baño de agua, ahora turbia tras haber sido usada. Con el brazo sano, trató de enjabonarse bien para librarse de los pútridos restos de su cuerpo. Se sintió sorprendida por el suave trato de aquel desconocido que la ayudó a salir y a secarse, y que luego la condujo al nuevo colchón. En silencio, él se arrodilló para apartar el vendaje reseco de su brazo, y ella sintió unas punzadas de dolor por las que apenas se quejó. Le miró a la cara y vio aquellos ojos en los que las velas se reflejaban, mostrando un gesto de preocupación, mientras colocaba vendas limpias.

—¿Se curarán, inglés?

En su voz no había un solo rastro de preocupación.

—Eres fuerte, saldrás de esta si escuchas mis consejos, vikinga.

Ella suspiró con tristeza.

—Debiste dejar que muriera... ¿Por qué me ayudaste, si no soy más que una carga para ti, y además no te fías de mí? ¿Qué harás conmigo cuando me cure?

Él detuvo su tarea y la miró a los ojos. Había oído decir que los vikingos eran como demonios a los que nadie podría mirar a los ojos sin sentir pánico. Ese dicho para el hijo de un vikingo danés, no resultaba más que una simple leyenda. Y aun así, mirar aquellos ojos tristes y vencidos, no supondría ningún

miedo para nadie.

—Alguien... Algún alma o alguna diosa me habló, y me pidió que lo hiciera. ¿Hay algún ser o alguna diosa que te proteja? Yo, por mi parte, no lo habría hecho. En cuanto a lo demás...

Liam se enderezó, tomó aire y después de observar la nueva venda, volvió a mirarla a los ojos.

—Debes saber que no te quiero aquí para nada, que no voy a venderte ni a entregarte a nadie. Cuando te encuentres bien, puedes irte... Puedes hacerlo ahora mismo. Yo no te retengo.

Se quedó mirándola, tal vez esperando una respuesta, pero ella asintió y bajó la mirada. Él le dejó una camisa limpia a su lado, y ella levantó la mirada tal vez para agradecerse. Pero él no esperó, y se alejó para apagar cada una de todas las velas que recorrían la espaciosa estancia natural, excepto la que iluminaba a Érika, en un hueco abierto en la pared junto al lecho. Liam dormía cada noche a medias, no solo por aquello que pudiera entrar en su refugio desde el exterior, sino más bien por la mujer a la que vigilaba bajo la vela.

—Yo dormiré en los sacos. —Insistió ella.

Se había vestido por fin para descanso de Liam.

—Quiero que duermas de manera confortable, vikinga. Así te recuperarás antes y podrás irte. —Dijo acomodándose entre los sacos.

Ella suspiró con tristeza y asintió antes de acostarse. La voz del inglés no dejaba de despreciarla, y sin embargo, no solo le había salvado la vida, sino que además cuidaba de ella de la forma más delicada. No pudo sentir ningún desprecio por él.

Pasó un buen rato en que los dolores, y ya la falta de sueño atormentaron a Érika. Liam tampoco dormía, apenas lo había hecho en dos días, y ahora que sabía que la vikinga estaba despierta, le era todavía más difícil.

—Inglés...

Oyó su voz entre el silencio de aquella estancia, en la que tan solo se oía el rumor del agua corriente cercana y una gota golpeando la piedra cada varios minutos. No respondió y ella pensó que se había dormido. De todas maneras, le habló.

—No me gusta que me llames vikinga... Puedes llamarme danesa, si no te interesa mi nombre.

Liam sonrió en la oscuridad, pero no había alegría en su rostro. No solo fue aquella protesta, tan inesperadamente dulce en una mujer como ella... En este momento le costaba mucho creer que la extranjera, hubiera llegado a las

costas inglesas con la misma intención que aquella banda de saqueadores y matones que atacaron el poblado vecino. Apenas durmieron en toda la noche.

III

La danesa era una mujer fuerte y sana, y en dos días más demostró una rápida recuperación. Esto solía ser un alivio siempre que Liam dedicaba sus cuidados a un herido, pero en este caso no resultaba del todo aliviador. Por el momento, la mujer parecía agradecida e intentaba comportarse de forma amable y dócil, pero Liam desconfiaba de ella. Siempre que sentía una mínima simpatía por la mujer, recordaba de qué forma podría responder una serpiente después de haberla sanado. Intentaba convencerse de que en el momento en que la joven pudiera valerse por sí misma, tendría que deshacerse de ella, antes de que agradeciera el gesto de haberla librado de la muerte, haciéndole algún daño. Se sentía admirado por su dócil comportamiento, pero no olvidaba cómo la había encontrado.

Érika se encontraba perdida, sola en una tierra desconocida, y totalmente desamparada. No siempre agradecía que le hubiera salvado la vida, pues sabía que en su situación tal vez habría estado mejor muerta. Y el inglés resultaba un ser demasiado extraño para tratarse de un hombre, tan delicado y amable a veces. Quizá porque él era el único ser que tenía cerca, empezaba a tomarle simpatía. Ay... Érika Hija de Erik... qué sola y desamparada has de encontrarte para ver a un inglés de forma tan agradable.

Ya no llevaba vendas en el brazo ni cabestrillo, y podía utilizar la manga de la camisa, lo cual la aliviaba bastante. Trataba de prestarle su ayuda al inglés, en lo que para ella eran sus inútiles tareas. Pero él no se lo permitía, por lo que pasaba la mayor parte del día muerta por el aburrimiento. Tampoco le permitía salir al exterior durante el día, porque aunque no había querido comentar nada al respecto, él también debía tener alguna cuenta pendiente fuera de aquella cueva, y no quería llamar la atención de cualquiera que pudiera transitar aquel lugar perdido. A veces se conformaba con salir hasta la abertura que daba paso a la cueva, y tras los matorrales que la cubrían, contemplaba el cielo y aspiraba el aroma fresco del bosque. Se sentía cautiva cuando en realidad, aquel lugar era su refugio, ya que fuera de allí podría esperarle un auténtico peligro. No hablaban demasiado a pesar de las horas de encierro que pasaban juntos, y es que él no se sentía muy dispuesto a practicar la lengua de ella, a pesar de haber demostrado dominarla. Y tanto silencio, a

veces conseguía exasperar a ambos. Sin embargo, ella estaba dispuesta a hacer lo posible por no suponerle más molestia de lo que ya lo era, reconociendo que lo que él había hecho y seguía haciendo por ella, era mucho más de lo que ningún ser humano estaba obligado a hacer. En tantas horas de encierro y silencio, era cierto que alguna vez había contemplado la idea de aprovechar una de las ausencias matutinas del inglés, para robarle y escapar una vez estuviera recuperada. Tenía tanto tiempo para pensar y planear, para observar todo lo que la rodeaba... El inglés tenía armas, y tal vez dinero... Si lograba dejar de lado ese tonto sentimiento de honradez y lealtad, su vida daría un vuelco y ya no estaría tan sola y perdida. A veces, después de darle vueltas a aquella idea, le miraba. Él quizá estaba cocinando algo, o enfrascado en sus hierbas, sin prestarle ninguna atención a la nórdica. Y de pronto, Érika sentía rechazo de sí misma por haber siquiera llegado a pensarlo. Quizá de repente, él levantaba la mirada y aquellos ojos del color de la miel, parecían intentar averiguar todo lo que rondaba bajo la enmarañada y larga cabellera rubia. Y ella llegaba a pensar que él era capaz de oír sus pensamientos.

Despertó al amanecer tras seis días de encierro. Entre tanta oscuridad, era imposible saber qué hora del día era, pero estaba segura de haber dormido más horas que nunca desde que recobró la conciencia en aquel lugar. La vela que la iluminaba siempre en la noche, seguía encendida y sintió algo de frío cuando se movió para mirar hacia el nuevo colchón que Liam robó unos días antes. Estaba vacío. Con una piel contra su cuerpo para abrigarse, Érika se incorporó y le buscó por toda la estancia con la mirada. No había rastro de él. Generalmente volvía antes de que ella despertara, así que nunca sabía cuanto tiempo pasaba fuera. Solía salir a cazar, a hacer rondas por los alrededores para asegurarse de que no le estaban buscando por allí, o que alguno de los amigos de la vikinga, también hubiera conseguido escapar y rondara por la zona. Érika se preguntó qué pasaría si aprovechaba para rebuscar entre las cosas del inglés... Puede que la estuviera espiando. Quizá nunca salía, sino que se quedaba cerca para controlarla y así asegurarse de que ella no le haría la canallada de robarle y escapar. Suspiró y volvió a tumbarse. Dormiría otro rato y le esperaría, todavía tenía sueño. Apenas durmió en la hora que pasó en la cama, no le tranquilizaba nada que él no estuviera. Terminó abandonando el lecho y se vistió. Él le había prestado parte de su ropa y era un alivio poder vestirse de nuevo. Comió algo y luego buscó una ocupación que la mantuviera tranquila, y sin las preocupaciones que rondaban su cabeza. Fue a por agua al interior de la cueva en donde corría un arroyuelo. Algo que no le agradó nada,

pues la luz de la vela que portaba, dibujaba extrañas e inquietantes figuras danzantes en las paredes, que no eran otra cosa que su propia sombra reflejada. Era una mujer de armas, qué gran disparate asustarse, pensaba. Y es que tal vez el inglés la estaba convirtiendo en una blanda paloma como parecía serlo él. Había planeado lavar algo de ropa, y es que aunque Liam se había provisionado bien de todo, nunca contó con que tendría un huésped que haría disminuir sus existencias, y la ropa limpia se estaba acabando. Sabía que era un estorbo para él, y que hiciera lo que hiciera, no lo haría más fácil, pero no iba a quedarse de brazos cruzados a esperar que el inglés terminara por reprochárselo.

Encendió el fuego, y es que él siempre lo apagaba antes de acostarse. Ingunn solía calentar agua para lavar la ropa en invierno, y aunque su hija jamás se había ocupado de esa labor, sabía bien cómo lo hacía su madre. Lavaría algunas camisas que habían usado en esos días y luego las sacaría al exterior. El inglés se daría cuenta de que Érika no era solamente un estorbo. El caldero de agua estaba a punto de hervir, y ella arrojó unos trozos del jabón para deshacerlos y formar espuma, antes de apartarlo del fuego y poner la ropa en el agua. Oyó rápidos pasos entonces, alguien estaba entrando a toda carrera, y se sobresaltó cuando le vio corriendo hacia ella.

—¿Qué demonios haces, vikinga! —Gritó.

Ella se apartó del caldero, mirándole con tanta sorpresa como inquietud. Liam agarró el asa del caldero con una de las camisas a punto de lavarse, y arrojó el agua a la hoguera. Respirando ahogadamente la miró lleno de furia.

—¿Quieres gritar a los cuatro vientos que estamos aquí escondidos? —Preguntó furioso. —¿Qué intentabas hacer?

Ella se encogió de hombros y miró al suelo.

—Quería lavar la ropa...

—¿Y enciendes un fuego para ello? —Respiró hondamente intentando calmarse. —¿Cuándo me has visto encender el fuego durante el día? ¿No entiendes que el humo atraerá a todo aquel que ande buscando algo por aquí?

De pronto su ilusión por ser útil en aquel lugar se derrumbó, y ella asintió aceptando la reprimenda del inglés. Luego musitó una disculpa sin mirarle y se alejó caminando hacia el exterior. Se sintió hundida y con ganas de llorar. Sentada ante los verdes matorrales que camuflaban la abertura en la piedra, miró hacia lo poco que podía distinguirse de cielo con los ojos húmedos. Todo esto le ocurría porque sus momentos de vida acabaron aquel día, y él detuvo su marcha. A partir de ahora, nada saldría bien para ella porque su vida

debería haber acabado y continuaba viviendo cuando no debía. En ese momento echó de menos no tener ningún dios al cual encomendarse.

Pasó algún tiempo hasta que Liam apareció por allí. Le oyó llegar, pero no le miró y continuó sentada sobre una roca, abrazada a sus rodillas y con la frente apoyada en ellas. Él llegó en silencio, y con pasos sosegados, se acuclilló cerca de ella. Le oyó suspirar.

—No quería asustarte...

Érika levantó la mirada, pero no la volvió hacia él. Había llorado y no quería que lo supiera.

—Nunca enciendo fuego durante el día, porque estos bosques tienen dueño y una chimenea de humo, sería suficiente reclamo para que enviaran hombres a investigar. Me asusté y me puse furioso cuando vi el humo, y tuve que correr un largo trecho para venir a apagarlo.

Ella por fin se volvió para mirarle. Los ojos grises se clavaron en su mirada con un gesto de tristeza.

—Ese día había llegado mi hora... No debiste salvarme...

Liam la miró con el ceño fruncido. Ella asintió muy segura de lo que había dicho y continuó, volviendo a apartar la mirada.

—Debería estar muerta, pero estoy viva cuando no me corresponde. Ahora seré una carga para ti, y tal vez incluso te busque la ruina... No entiendo por que eres tan compasivo con alguien como yo, que vine a tu tierra para robar y matar. No merezco nada bueno de ti.

Liam se dijo lo mismo para sus adentros, y no era la primera vez. Sin embargo, era cierto que también había pensado mil veces que la mujer que le acompañaba, no tenía nada que ver con el guerrero que encontró unos días antes moribundo entre matorrales. A veces, incluso había llegado a pensar que una vez fue obligada a vestirse de hombre y a acompañar a todos aquellos piratas, cuando no había sido su deseo. Debía obligarse a pensar así, para olvidar que tal vez ella se dedicaba a interpretar un papel para mantenerle engañado, hasta que lograra encontrarse totalmente recuperada.

—¿Por qué subiste un día a ese barco, si sabías que venían a robar y a matar inocentes? —Preguntó. —¿Era la primera vez y no sabías bien qué te esperaba?

Él mismo no entendía por que hacía esa pregunta, cuando sabía que la única respuesta que deseaba oír, no sería más que una mentira. Érika emitió una suave risa llena de tristeza.

—Sólo estoy herida y hundida en mi interior, inglés. —Respondió—. No

pienses que no sabía a donde y a qué venía, ni que no lo he hecho antes... No es la primera vez que piso esta isla, y he segado más de una vida en ella.

No le había dicho nada que no supiera o imaginara ya, pero sí le había sacado de la ignorancia en la que a veces se sumía sin ayuda. Se enderezó y miró hacia el exterior con las manos en las caderas. Sentía desprecio por ella, y a la vez se negaba a sentirlo.

—Si eres ese tipo de ser... ¿qué me espera por haberte salvado la vida y mantenerte aquí conmigo? —Preguntó. —A veces tengo la impresión de que eres un ser dulce y hasta compasivo...

La miró entonces. Ella mantenía su rubia cabeza inclinada hacia el suelo, y no dijo nada.

—Tal vez debería matarte ahora. —Continuó él. —Yo dedico mi vida a salvar otras vidas, y nunca he matado a nadie. Pero no puedo arriesgarme a cuidar de una serpiente que tarde o temprano me morderá.

Le miró para descubrir que no habría lanzado al aire una posibilidad, sino que podría hablar muy decidido a hacer algo para deshacerse de ella. A pesar de que la idea de matarla, parecía estar muy lejos de sus pensamientos.

—Tú salvaste mi vida, ahora es tuya. —Dejó de mirarle y suspiró. —Al fin y al cabo, no me sirve de nada estar viva. No existe para mi ningún dios por el que pueda jurarte que te seré leal, y tal vez la palabra de una saqueadora asesina no te sirva de nada... Aun así, quiero que sepas que aunque es cierto que mi medio de vida es levantar la espada casi siempre contra inocentes, que robo y que mato, no por placer sino para ganarme el sustento, tengo sentido del honor. Y no morderé nunca la mano de aquel que me devolvió a la vida.

—Robar y matar para vivir... —Masculló él incrédulo.

Se volvió porque no pudiendo comprender que hubiera declarado aquello con tanta indolencia, le resultaba imposible mirarla. Érika se levantó entonces, y ese simple gesto hizo que él se volviera bruscamente, dando a entender lo poco que se fiaba de ella. Dio un respingo asustada. Él la miró a los ojos declarando que seguía sin poder asimilar lo que había oído. Pero resultaba tan desamparada y débil a la vista, que le era imposible creer que fuera la misma mujer que había hablado antes.

—¿No tienes otra forma de vivir? —Preguntó Liam.

—Prefiero alistarme como mercenario, pero esa posibilidad no siempre aparece...

—En mi vida había oído algo semejante... ¿Por qué no te has casado y has

criado hijos?

Ella se encogió de hombros y miró al suelo. Ni ella misma lo sabía. Ante el silencio de él, volvió a mirarle, y se encontró con una mirada que mostraba un leve dejo de desprecio.

—Debes pensar que te molestaste en salvar lo más despreciable que se ha cruzado en tu camino. —Le dijo. —Lo siento, pero eso es lo que soy... Y como compruebas, no te he engañado. Como no te engaño al asegurar que jamás te haré ningún daño. No encendí el fuego para crearte ningún mal, sino para corresponder a tus atenciones lavando tu ropa.

Liam contempló aquel rostro sumido en la tristeza, y sintió tanta compasión como ternura. Hakon solía decirle que era demasiado blando, y tal vez esa observación se comprobaba en ese momento. Pero las palabras de la mujer le habían convencido, y conmovido aún más. El ser más despreciable por lo que ella hacía, podría haberlo sido su propio padre, Leif Hakonsson, quien se había dedicado a la misma profesión que la vikinga antes de convertirse en el señor de Coenwalh. Y a pesar de ello, Liam recordaba a un padre amable y cariñoso. No dudaría que ella era despreciable por lo que hacía, pero se preguntaba cómo siendo una mujer carecería de los sentimientos piadosos propios de su sexo. Su hermano Hakon la habría matado en ese mismo momento, pues sería la única forma de sentirse seguro y sosegado. De hecho, Hakon no sólo no se habría molestado en salvarla en su momento, sino que la habría rematado.

—¿Cómo te llamas?

Ella le miró a los ojos buscando algún sentimiento que estuviera recorriendo el interior de su mente. Iba a matarla, pensó, si es que preguntaba su nombre. Y en ese momento no estaba muy segura de poder aceptar la muerte.

—Érika *Hija de Erik Ojos de Hielo...*

—Bien... Érika, hija de Erik. No deseo matarte, pero te advierto que un simple movimiento por tu parte que me haga sospechar, será suficiente para que te corte el cuello. —Se volvió para caminar hacia el interior. —Dormirás atada a partir de ahora, y así seguirás cada vez que yo tenga que salir.

Debía reconocerlo. Aquel hombre cuya espalda veía alejarse, era el ser más compasivo y confiado del mundo. Debería haberla matado... En qué estaría pensando... Jamás se cruzó en su vida alguien como él y ni siquiera creía que pudiera existir, lo cual le hacía sentir un profundo respeto y aprecio.

Tras dos días más durmiendo atada, y recibiendo miradas de profunda

sospecha, Érika despertó una mañana alertada por los gritos de Liam. Se incorporó súbitamente para verle entrar a toda carrera en el refugio. Tenía los tobillos unidos, desde los que una cuerda iba a atarse a una barra de madera hincada en el suelo, y las manos unidas por otra cuerda. De modo que alertada por sus gritos y su carrera, únicamente pudo limitarse a observarle medio incorporada en su lecho.

—¡Corre como si fueran a matarte, que es lo que va a ocurrir si no me escuchas!

Muy inquieto sacó un cuchillo y cortó las ataduras de las que cada noche se ocupaba, sin que ella opusiera resistencia alguna.

—Creo que nos han descubierto... —Explicó precipitadamente, y se apartó de ella para recoger cosas con la rapidez de un rayo. —He visto que vienen hacia aquí al menos una docena de jinetes... ¡Vístete, Hija de Erik!

Ella obedeció de la misma forma que semanas atrás hiciera ante la orden de su hermano Erik, y no hizo preguntas, pues Liam se explicó sin detener su rápida faena. Metió ropa en un hato, y luego corrió hacia un lado oscuro de la estancia, de la que desenterró una bolsa de piel que sonó a monedas. Ahí era donde había estado el dinero, pensó Érika mientras se colocaba las botas. Luego Liam preparó un hato con comida, se colocó al hombro un cinturón con la espada, y le arrojó a ella su capa de pieles de lobo.

—¿Te encuentras con fuerzas? —Preguntó él sin detenerse. —Habrás que correr... Entrarán aquí y tal vez nos busquen en el interior de la cueva, pero no tardarán en descubrir que hemos abandonado el lugar poco antes de que ellos hayan entrado. El camino que debemos tomar está cerrado de vegetación, por lo que dejaremos un rastro que seguirán.

—¿Por qué no nos adentramos en la cueva?

—No hay salida. Al menos no puedo asegurar que no nos perdamos para siempre si lo intentamos. ¿Estás lista?

Ella asintió deprisa. Era un alivio contar con una mujer así en un momento como aquel. Una mujer que no mostraba su inquietud, que no hacía un millón de preguntas desesperadas, y que colaboraba sosegada. Él le arrojó el hato de ropa, y colocó en su hombro aquel en el que había puesto la comida. Con un gesto la instó a seguirle hacia la salida.

Abandonaron la cueva, y cuando Érika salió al exterior, la claridad del sol le hizo daño en los ojos. Se detuvo un momento tratando de adecuar su vista a la luz, y él se volvió para mirarla muy inquieto.

—Hija de Erik... no puede negarse qué eres y de dónde has venido... Corre

y no se te ocurra detenerte, porque si nos cogen te colgarán.

Con los ojos entornados, ella asintió y siguió aquella espalda de la que colgaba un arco inglés. Bajaron la pendiente cubierta de helechos y troncos de árboles en dirección al río, y apenas habían descendido unos metros, cuando les llegó el rumor de los cascos de los caballos más arriba. Habían estado a punto de ser descubiertos, y aún no estaban a salvo, pues sus pasos habían abierto un camino entre los helechos que delataría su huida, al menos durante un largo trecho hacia abajo. Cerca del lecho del río oyeron los gritos. Tal vez aquellos hombres consiguieron descubrir el camino que tomaron para huir.

—¿Sabes nadar?

Habló sofocado y tremendamente inquieto, cuando se volvió para mirarla detenido en la orilla. Ella asintió deprisa, y él entonces se adentró en el jardín de juncos. Con las manos iban apartando la vegetación, y luego se hundieron en el agua que era fría como hielo a aquella hora tan temprana. Debieron nadar para cruzar el río, sosteniendo en lo alto los sacos de provisiones que llevaban para evitar que se mojaran. Una vez ella se volvió para mirar hacia atrás, y entre la vegetación de árboles y helechos, distinguió la batida de hombres a caballo que les perseguía. No podrían cruzar con los animales, y no lo harían a menos que supieran nadar. Descubrió entonces que Liam no solo había preparado su refugio durante un tiempo, sino también su posible huida. Una vez llegaron a la otra orilla poblada también de juncos, caminaron sobre piedras y fango para abandonar el agua. Cuando se volvieron a mirar entre la vegetación que habían atravesado, distinguieron a los hombres a caballo que les observaban al otro lado del río. Jadeantes y empapados se miraron, y luego sus miradas regresaron a los jinetes. Alguien daba órdenes a gritos, tal vez habían encontrado la forma de cruzar cerca de allí, o quizá iban a enviar hombres a nado. Liam volvió a emprender la huida, y seguido por la vikinga, esta vez ascendieron por la pendiente. Érika sintió que se le quemaba la garganta, y las heridas que ya estaban casi cerradas, ahora le dolían, pero no dejó de perseguir al inglés. Continuamente tropezaban y caían contra el suelo, y es que los pies embarrados y la ropa mojada, no ayudaban nada en la carrera. Sólo un momento se detuvo Érika y soltó su carga para deshacerse de las pieles que la cubrían, pues se habían vuelto pesadas por el agua, aunque actuaron de impermeable mientras nadaba. Tomaron un camino en mitad de la pendiente y corrieron por él. Poco después Liam se detuvo ante una maraña de matorrales, apartó unas ramas y señaló a Érika una entrada. Ambos se introdujeron en el interior de los matorrales, en donde existía un pequeño

espacio suficiente para poder ocuparlo ambos tumbados.

Uno junto al otro se tendieron sofocados tras la carrera y no hablaron, tratando de recuperar el aliento. Liam se había estado preparando para una posible escapada, de eso ya no había duda, pero... ¿de qué o quién huía? No habría abandonado su refugio solo por el peligro que podría correr ella ante los ingleses. Todavía jadeando, volvió la mirada hacia él, quien continuaba tratando de tranquilizar su pecho sofocado. No era momento para preguntar, y además, sabía que él no le daría nunca una respuesta.

— Hay un puente más abajo que cruza el río. —Dijo volviendo la mirada para encontrarse con los ojos de la vikinga. —No tardarán en pasar por aquí. Así que será mejor que estemos quietos hasta que se vayan, y no movamos una sola hoja ni rama. Tenemos tiempo para quitarnos la ropa mojada y tal vez volver a vestirnos. ¿Mantuviste el hato de ropa fuera del agua?

Ella asintió muy segura. Por suerte la ropa iba envuelta en una pieza de cuero, lo cual la preservó del agua.

—Bien, pues quitémonos esto cuanto antes.

Apenas recuperados del esfuerzo, comenzaron a desnudarse y Liam volvió a pensar en la falta de pudor de aquella mujer. Supuso que era comprensible si había pasado parte de su vida navegando entre hombres, pero él sí se sentía incómodo. Cuando ella se arrodilló y puso entre ambos el fardo de ropa para desliarlo, Liam no pudo evitar una rápida mirada hacia ese cuerpo desnudo que ya conocía bien. Era una mujer de figura muy distinta a lo que él estaba acostumbrado a ver. No había un mínimo de barriga o pechos generosos, sino un vientre duro y liso hasta parecer tirante, y unos pequeños pechos que parecían de duro mármol. Aunque el manejo de la espada tal vez, lo había moldeado como el cuerpo de un hombre, poseía unas serpenteantes cintura y caderas totalmente femeninas. No era que tuviera ante sus ojos ese cuerpo desnudo por primera vez, en realidad ya lo había visto cuando tuvo que desnudarlo mientras su dueña permanecía inconsciente, lavarlo e inspeccionarlo en busca de heridas, pero cambiaba del todo cuando se había tratado de una moribunda, a ese momento en que estaba llena de vida.

Érika tomó una camisa y se la arrojó, sin que él se hubiera movido y luego buscó un pantalón. Cuando levantó la mirada, le sorprendió observándola y por un momento frunció el ceño, pero luego sonrió. Cuando él se vio descubierto, apartó la mirada avergonzado y tomó la camisa para vestirse. Ella continuó mirándole. No era la primera vez que le veía desnudo, pero sí la primera que le tenía tan cerca. No era el típico hombre barrigudo o musculoso

que ella estaba acostumbrada a ver. Se trataba de un cuerpo delgado, que delataba la falta de práctica con las armas. Parecía a la vez tan masculino como delicado, y por lo que fuera, logró alegrar a sus ojos. Sonrió y comenzó a vestirse.

No tardaron en retumbar cerca los cascos de una docena de caballos, y poco después las voces de los hombres les llegaron muy próximas. Se tumbaron bajo los matorrales, y se miraron con los ojos muy abiertos cuando advirtieron que la patrulla se había detenido. Les llegó una sola voz, pero estaban lo suficientemente lejos como para no haber conseguido entender qué decía. No sabían que un hombre descubrió la capa de piel que Érika había dejado abandonada, que eso les detuvo e intentaban buscar más señales que les ayudaran a averiguar el camino tomado por los fugitivos. Más voces, investigaban y deliberaban. Otra voz y de nuevo se oyeron los cascos retumbando en la tierra. Habían tomado el camino acertado y cada vez estaban más cerca. Liam dejó de mirarla y aspiró profundamente, rezando para que no hubieran dejado ningún rastro hacia los matorrales que les ocultaban. Ya estaban cerca... Érika volvió su mirada hacia el sendero que les había llevado hasta allí, y los ojos de Liam siguieron el mismo camino. Ambos retuvieron la respiración y no hicieron un solo movimiento, mientras los caballos les pasaban al lado. Uno... dos... Trotaban cerca de sus cabezas, uno tras otro, pero afortunadamente no se detenía ninguno. Los corazones en sus pechos retumbaban con tal fuerza, que sentían cada latido en el interior de sus cabezas. Solo cuando el trotar se fue alejando deprisa, ambos dejaron escapar el aire contenido en sus pulmones y abrieron los ojos para mirarse. Una sonrisa nerviosa asomó a los labios de Liam, y ella correspondió con un suspiro de alivio, y quizá un asomo de alegría en su boca. Comenzaron a respirar sofocados, y ella iba a incorporarse, pero él la detuvo tomándola de un brazo.

—Todavía no... —Dijo. —Tu cuello aún está en juego, vikinga. Más adelante desaparece la vegetación y les sorprenderá no vernos corriendo por los campos de cultivo. Estoy seguro de que volverán, así que no vamos a movernos en un buen rato, y no abandonaremos este escondrijo hasta la noche.

Érika suspiró y se llevó una mano al cabello enmarañado, con un gesto de preocupación.

—Sorprende y a la vez asusta ser la presa y no el cazador, ¿verdad? — Preguntó burlón.

Ella le miró sorprendida de que aún le quedaran ganas de bromear en un

momento así, pero podría ser comprensible si, era cierto que la única que se estaba jugando el cuello era ella. Pero quizá era a él a quien buscaban.

—¿Soy la única que tiene algo que perder si nos encuentran? —Preguntó.
—Hablas como si me estuvieran buscando a mí, cuando tú también estás huyendo. Además, estoy segura de que habías preparado este escondite, contando ya con la posibilidad de que te descubrieran en la cueva. ¿Tú de qué huyes? Porque lo haces...

Él había dejado de sonreír y apartó la mirada de ella.

—Me buscan. —Dijo muy serio. —Si, tal vez esa batida sea por mi causa, y a la vez den contigo. Pero te aseguro que a mí no van a matarme. Pero más bien me temo que el motivo no seamos ni tú ni yo. Tal vez al hacer el recuento de los vikingos muertos, les faltó uno, o tal vez uno de tus amigos consiguió escapar y únicamente estén buscando demonios del Norte. Quizá no tenga nada que ver conmigo, pero no he podido averiguarlo y no quiero arriesgarme.

—¿Por qué te buscan?

—No necesitas saberlo. Sólo te diré que pienso tomar un barco dentro de unas semanas, y que ahora que han descubierto mi escondite, tendré que vagar por aquí escondido como una alimaña, hasta que pueda acercarme a un puerto. —Ahora si la miró. —¿Qué harás tú?

Ella le miró un momento pareciendo completamente perdida, luego apartó la mirada y se encogió de hombros como única respuesta.

—Supongo que no tienes a donde ir, y que este lugar es el menos indicado para encontrar amigos que te echen una mano...

Érika no dijo nada, y él se volvió para apoyarse sobre el costado y mirarla.

—Ya estás fuerte para poder viajar. —Continuó. —Puedo darte algo de dinero que te permitirá llegar a la zona del Danelaw... Supongo que no conoces a nadie allí, pero estoy seguro de que zarpan muchos barcos hacia tu país...

—No puedo volver a casa.

Le interrumpió suavemente con una voz que no podía ocultar cierto tono de inquietud.

—¿Tú tampoco? —Preguntó casi rozando el tono de broma. —¿Por qué?

Ella volvió la cabeza entonces y le miró largamente a los ojos. Por un momento pareció molesta, pero luego le miró a aquellos labios generosos, moldeados quizá por su diosa del amor, y apartó la mirada.

—No necesitas saberlo. —Dijo devolviendo la misma respuesta que antes

había recibido de él.

Liam aceptó la réplica con un asentimiento de cabeza, y sonrió levemente, volviendo a apoyar su espalda contra el suelo para mirar hacia el cielo de hojas verdes que les cubrían.

—Me dirijo a Eire...

Un leve rumor le obligó a callar. Como había advertido antes, los caballos regresaban en su busca tras haber descubierto que los fugitivos no habían tomado el camino esperado. De nuevo sufrieron la terrible tortura de mantener incluso la respiración contenida, mientras les pasaban al lado, y volvían a alejarse. Poco después pudieron oírles al otro lado del río. Habían vuelto para cruzar el puente, y de nuevo entraban en la cueva para investigar. Apenas hablaron o se movieron durante las dos horas que los hombres tardaron en volver a montar para alejarse, fracasados en su búsqueda. Finalmente se rindieron al sueño y cuando despertaron hambrientos, ya caía la tarde.

Liam despertó primero y se dedicó a escuchar cada sonido que les rodeaba. Los pájaros que habían cantado durante el día, daban paso ahora a las aves nocturnas, e incluso se podía reconocer el inquieto piar de sus crías en los nidos. Supo entonces que nada ajeno al bosque rondaba por allí y se tranquilizó. Comprobó que la vikinga había recuperado su perdido instinto de guerrera, cuando al incorporarse, ella despertó. Comieron algo de carne salada y pan rancio y húmedo con avidez, pues estaban hambrientos.

—Tendremos que esperar a que anochezca para salir de aquí. —Informó él mientras comían. —Yo voy hacia el oeste. Tú... ¿qué has decidido?

Érika tragó con dificultad la comida antes de responder, no tenían agua para beber y eso complicaba la ingestión. Antes de caer rendida bajo el cielo de hojas y ramas, le había dado muchas vueltas a la cabeza buscando una salida a su repentina ruina. El generoso ofrecimiento de Liam era una posibilidad, la única con la que podía contar. Pero le era imposible regresar a casa hasta el final del verano, y aunque quizá podría buscar un medio de vida en el Danelaw, lo único que sabía hacer requería de la presencia de su espada, algo que también había perdido y que Liam no podría ni quererle pagarle. Ya le había ofrecido más de lo que se podía esperar de un desconocido extranjero. También llegó a la conclusión de que no iba a regresar a casa hundida y sin dinero para pasar el invierno, de modo que por un momento le atrajo la idea de acompañar al inglés a Eire con planes de riqueza. Su cabeza funcionó mucho y demasiado bien hasta que se durmió, y ahora sí tenía planes. Se limpió la boca con el dorso de su mano y apartó el desagradable y tardío

almuerzo.

—¿Qué piensas hacer en Eire? —Preguntó. Él se encogió de hombros, no es que no lo supiera, Érika supo que no quería hablar de ello. —Lo digo porque si piensas empezar una nueva vida con esa mísera bolsa de monedas que llevas al cinturón, me temo que no tardarás mucho en andar mendigando por ahí...

Se detuvo porque él empezó a reír. También se había hartado de comer algo tan desagradable, así que lo echó a un lado.

—No voy a prestarte mi espada para que vayas asaltando a la gente por ahí. —Dijo sin sentirse molesto. —Una cosa es robar uno o dos colchones, y algo de ropa en una granja... Pero lo que tú haces, no se va a hacer con mi espada...

—¿Por qué opinas antes de haberme escuchado? —Le interrumpió ella un poco molesta. —Te estoy ofreciendo un negocio, mucho dinero a cambio de simplemente acompañarme a un lugar.

—Un negocio sucio, vikinga, de eso estoy seguro. —Ahora la miró muy serio. —Hace unas horas no sabías en donde caerte muerta, y te has despertado con un plan perfecto que nos resolverá la vida a ambos. ¿Qué ha pasado en esa cabeza? Me temo que la dulce y desamparada muchacha que me has mostrado en estos días, ha volado de ti para traer de nuevo a la hija de Odín.

—Siempre he sido la misma, inglés. —Protestó. —Y no me llames vikinga... Yo a ti no te llamo perro inglés. Sólo escucha...

Él asintió y con una burlona sonrisa se tumbó de nuevo, apoyando la cabeza en sus manos cruzadas.

—No sería lo mismo. —Dijo.

Erika frunció el ceño sin comprender, y él la miró para explicarse.

—No es lo mismo decir vikinga, que decir perro inglés.

—Es lo mismo y suena de igual forma, cada vez que tú empleas la palabra.

Se miraron y había un gesto divertido en ambos, que no gustó finalmente a ninguno. Apartaron las miradas y Erika continuó con lo que había empezado antes de que él la interrumpiera.

—Mi padre tiene tierras en el Danelaw. Las ganó en una guerra y las aceptó porque le convienen, pero apenas las ha recorrido alguna vez. Las dejó a cargo de su hermano Balder, y cada verano, mi padre envía a uno de mis hermanos para recoger los beneficios del año....

La suave risa de Liam pasó de un simple murmullo a un estallido, y ella se

detuvo y le miró molesta.

—¿De qué te ríes?

Él dejó de reír con un profundo suspiro, como si la diversión hubiera terminado de pronto, y finalmente la miró muy serio.

—Así que has llegado a la conclusión de que para salvarte de tu ruina, no irás asaltando por ahí, sino que vas a robar a tu propio padre. Dios Santo... — Suspiró y se incorporó. —Por un momento pensé que a pesar de ser un demonio vikingo, tenías corazón... Pero... ¿qué clase de ser piensa en robar a su padre? Te ofrezco mi dinero para que tomes un barco de regreso a casa, y me entero de que tienes familia cerca de aquí que puede ayudarte a volver, y que en lugar de eso, piensas robarles... Ve tú sola y no vuelvas a contarme ninguno de tus planes, antes de que me arrepienta de no haber dejado que te convirtieras en carne para lobos.

Ella le miró molesta. ¿Qué le ocurría a ese imbécil? Pasaron un buen rato en silencio, mientras ella pensaba irritada en el hecho de que él viera a su padre como un pobre inocente, al que su malvada hija pensaba robar.

—Escapé porque mi padre quería cambiarme por una de las hijas del príncipe con el que comercia... ¿Que pensabas? Mi padre es una alimaña a la que la mayor parte de sus más de veinte hijos, desprecia.

Él se enderezó para mirarla, y ella continuó en su postura y comentando sus planes.

—Tomamos los beneficios del año y nos marchamos... —Continuó ella. — ¿Qué hay de malo en robar a un hijo de puta?

Él volvió a tumbarse.

—No me extraña que seas como eres... Pero... ¿por qué tengo que acompañarte? Haz tú lo que debas y deja que siga mi camino.

—Quiero compensarte, inglés. Salvaste mi vida y has cuidado de mi como una madre. Quiero repartir el botín contigo, y de esa forma estaremos en paz. Será muy fácil y solo te retendrá unos pocos días más.

Ella se quedó mirándole esperando una respuesta, y él tardó en responder, pero únicamente movió la cabeza de un lado a otro. No dijo nada.

—Bien... —Suspiró Érika tumbándose a su lado. —Tu te lo pierdes, inglés, lo haré yo sola...

Entonces él se enderezó bruscamente y ella se interrumpió. Cuando le miró, se encontró con aquellos ojos del color de la miel, que la miraban con un gesto muy cercano al desprecio..

—Realmente... Lo único que pierdo es a ti de mi vista.

Ella suspiró molesta y se volvió de costado para darle la espalda.

—No te acomodes. —Advirtió Liam. —Tenemos que preparar la marcha.

Apenas quedaba un rayo de sol sobre el horizonte, cuando Liam ya había dispuesto dos fardos de comida correosa. Sacó de su cinturón los dos cuchillos robados a la vikinga y se los devolvió, lo cual ella agradeció sinceramente. Según le hizo saber, no tenía corazón para dejarla desarmada a merced de cualquiera de los peligros que encontraría en su camino. Pero era cierto que esos puñales tal vez no servirían del todo como una verdadera defensa.

Ya había oscurecido totalmente cuando salieron al exterior, y abandonaron su reducido escondite. Ella apenas había vuelto a hablar. En la oscuridad se miraron uno al otro con sus hatos de comida colgados al hombro, y él aun trató de disuadirla de su loca aventura.

—Tal vez corras tú más peligro que yo, inglés. —Le respondió muy segura y con cierto tono de ironía. —Al fin y al cabo, yo me gano la vida luchando. Pero tú... ¿qué harás ahora sin tu caja de remedios y vendas?

Con un gesto apesadumbrado que ella no vio en la oscuridad, Liam miró un momento hacia lo alto del monte pensando en ello. Allí había quedado su preciada caja de herramientas de trabajo, que en la huida le había sido imposible transportar. Pero suspiró suavemente y sonrió antes de responder.

—No tardaré mucho en volver a reunir lo perdido. Espero que el tío Balder sea lo suficientemente ignorante, como para creer que esta vez te enviaron a ti para recoger la recaudación.

—Iré a buscarte algún día para mostrarte mis riquezas, inglés. — Respondió burlona.

Extendió una mano hacia Liam sonriendo, y él la estrechó entre las suyas.

—Cuida bien ese cuerpo. —Aconsejó él en tono de broma. —Me costó mucho sacarlo adelante para que permitas que vuelvan a lastimarlo.

Ella sonrió y se soltó de sus manos suavemente. Le sorprendió que mientras que la mayoría de los hombres tenían las manos callosas por el uso de la espada, este era dueño de una palma suave y delicada. Sonrió para sus adentros, el inglés era casi como una mujercita.

—Te agradezco mucho lo que has hecho por mí. —Dijo ella. —Aunque no me has dado la oportunidad de agradecértelo como quería.

—Agradécelo convirtiéndote en una mujer, deja de robar y entierra la espada. Y... ten hijos y un hombre que te cuide.

Aquel inglés hablaba como esos malditos hombres cristianos de Dios...

Sonrió de todas formas y asintió, pero no pensaba seguir su consejo ni por asomo.

—Que tus dioses te cuiden, inglés.

—Lo mismo digo.

Ella se volvió entonces para tomar el camino del Norte, y Liam se quedó observándola en la oscuridad con cierta tristeza. Cuando ya no podía verla, movió la cabeza disgustado. Estaba seguro de que la vikinga no llegaría muy lejos, y tal vez antes de que hubiera puesto un pie en tierras del Danelaw, habría muerto. Suspiró y tomó el camino del Oeste.

IV

Se sentó al abrigo de unas rocas en la ladera del monte, cuando empezaba a amanecer. Se sentía terriblemente cansada tras haber viajado durante la mayor parte de la noche. Aunque debía reconocer que había podido descansar un buen rato, mientras llenaba su estomago con sabrosa carne de conejo recién asada, y una cerveza fresca que consiguió animarla. Desde donde se encontraba en ese momento, tendría controlado cualquier movimiento humano o animal, y la zona a su espalda, tras el grupo de rocas que le servirían de apoyo y abrigo, sería vigilada por los dos caballos que la acompañaban, quienes la alertarían ante cualquier presencia incómoda y desconocida. De modo que a pesar de que no dormiría plenamente, sí lograría descansar lo suficiente para continuar su camino más tarde. Bostezó largamente dejando a un lado el nuevo hato de buena comida fresca, y cerró bien el cuello de su recién adquirida chaqueta de rica lana inglesa. Movi6 una de sus recién adquiridas botas de cuero, y la observó satisfecha. El calzado era nuevo y por suerte, el inglesito usaba más o menos la misma talla que ella. Reconocía que el muchacho aun no había crecido suficiente, por lo que las mangas y las piernas de su ropa, podrían resultar algo cortas para ella, pero había sido un placer tomar también sus prendas limpias y de reciente confección.

Cerró en torno a su cuerpo, la capa que había pertenecido a otro inglés más grande, y sonrió con un gesto de placer. Sin embargo, la espada inglesa no terminaba de complacerle tanto, por muy bien venida que fuera. Y es que fue una auténtica pena haber perdido la suya en el último enfrentamiento, pues se había tratado de una joya más cara que su propia casa, que unos años antes su querido Erik *el Compasivo* le había regalado, para ir a perderla en aquel tonto y desafortunado asalto, que casi le cuesta la vida. Aún así cerró el puño sobre el pomo del arma en sus muslos, se cubrió con la capucha de la capa, y dejó que sus ojos se cerraran. Había viajado durante dos noches, y hoy mismo entraría en tierras del Danelaw, por lo que no tardaría en llegar a la propiedad de su padre. Se relajó un poco con los primeros rayos de sol calentándole el rostro, y suspiró satisfecha. Trató de dormir mientras le venían imágenes a la mente de la primera noche en que comenzó su andadura en soledad. De cómo se encontró el pequeño campamento formado por un inglés y su joven

escudero, y cómo les sorprendió cuando estaban a punto de tomar su cena. Una larga sonrisa asomó a sus labios. Encontrándose armada con solamente dos cuchillos, el inglés la habría destrozado tal vez, pero la idea de tomar al muchacho por la espalda y ponerle un puñal en el cuello, la convirtió en un poderoso adversario. Ante la idea de que degollaría al muchacho, reconoció la angustia en los ojos del inglés mayor, quien más bien y a pesar de la oscuridad, le había parecido un danés como ella. Qué gran tonto, o qué importante resultaba el más joven para él... Pensaba ella. El hombre acabó entregándole su espada, su capa y permitió que el muchacho se quedara desnudo y descalzo, para proporcionarle nuevo vestuario a la ladrona. Después el jovencito se vio obligado a amarrar al mayor al tronco de un árbol, mientras ella apoyaba la punta de la espada inglesa en su cuello. Y solo una vez el inglés de aspecto danés, trató de luchar contra aquella desconocida. Sentado contra el árbol que le iba a servir de apoyo, y antes de que el muchacho lograra dar una primera vuelta a su cuerpo con la cuerda, el hombre apartó al joven del arma, tomándole entre sus brazos para rodar con él por el suelo, y alejarle así de la ladrona. Pero Érika *Hija de Erik*, persiguió con rápidos pasos aquel revolcón y finalmente plantó la punta de la espada en el rostro del chico, mientras aquel que ya no había duda, tendría que haber sido su padre para protegerlo de aquella manera, lo mantenía todavía entre sus brazos, ambos en el suelo y sin tiempo para haberse incorporado como pretendían. Ella le advirtió muy segura que mataría primero al muchacho y luego haría lo mismo con él, y que eso le costaría menos esfuerzo que obligarles a atarse al tronco de un árbol. No habría sabido decir por que, pero supo que a pesar de ser ingleses, comprendieron claramente sus palabras. Una vez atado el mayor, fue Érika quien amarró al muchacho contra el mismo tronco de árbol, y después de comprobar las ataduras, se dedicó a cenar tranquilamente, se vistió con sus nuevas ropas y tomó los dos caballos para alejarse cabalgando. Aquellos dos incautos le habían resuelto la vida, al menos por unas pocas horas, y ella pensó en cuanto le gustaría volver a encontrarse con su salvador inglés, y así relatarle su hazaña y poder mostrarle lo fácil que le resultaba sobrevivir sin ayuda. Recordaba las palabras del desconocido al que había robado, y aunque no había podido comprender ninguna, aún era capaz de repetir la última frase que le oyó decir entre sus dientes apretados.

—Putá pordiosera... te voy a colgar cuando te encuentre y te sacaré los intest...

Con dificultad y no de forma muy clara, ella misma repetía ahora esas palabras sin conocer su significado, aunque estaba segura de que le habían prometido una seria venganza. Sonrió tranquila y con la certeza de que no volvería a encontrarse con aquel inglés. De pronto abrió a medias los ojos, y agudizó el oído. Los caballos amarrados muy cerca de ella, no estaban tranquilos y por un momento la hicieron ponerse en guardia. Pero en realidad, si lo pensaba bien, aquellos animales no lo habían estado en ningún momento, desde que se vieron arrebatados a su dueño por la vikinga. Con los ojos entornados y sin sentirse alarmada, levantó lentamente la mirada para mirar a los animales, y se relajó comprendiendo que simplemente se encontraban a disgusto con su nueva dueña.

Entonces algo que apareció tras las rocas que le servían de apoyo, saltó frente a ella, sobresaltándola. No lo había oído y no lo vio hasta que lo tuvo a su lado. Ella casi voló para incorporarse y levantó la espada contra la cara de aquella figura. Todavía respiraba alterada por el susto, cuando sus ojos desmesuradamente abiertos, reconocieron al inglés que la había devuelto a la vida. Érika intentó relajarse entonces, suspirando aliviada a pesar de que las palpitaciones de su corazón alterado, tardarían en recobrar su ritmo normal. Apartó la espada del también sobresaltado inglés lentamente, y ahora parecía más irritada que asustada. Soltó el arma para dejarla apoyada contra las rocas a su espalda, y le miró furiosa con las manos en las caderas.

—¿Eres idiota, inglés? —Le gritó. —Podría haberte matado... ¿Qué haces aquí?

Liam también se relajaba tras el susto provocado por él mismo. Y ya en pie, pues casi llegó a tocar el suelo con las rodillas tras el salto, miró un momento a los caballos, y observó la nueva ropa y la espada de la vikinga.

—Veo que no te ha ido mal en tan poco tiempo... —Dijo asintiendo. —Sabía que terminarías haciéndolo...

Mostraba una divertida sonrisa, a pesar de que le desagradaba descubrir que ella había terminado robando. Pero la sonrisa se esfumó bruscamente, y sus palabras se detuvieron. La mirada de Liam regresó a los dos animales, y sus ojos se clavaron muy abiertos en ellos con sorpresa. Luego miró a Érika tan preocupado como furioso. Y ella le miró a él confundida por aquel extraño cambio de humor.

—¿Los has matado? —Preguntó alarmado y señalando a los dos animales. —¿Qué has hecho con los dueños de esos caballos?

Ella se encogió de hombros desconcertada, e incluso retrocedió un poco

instintivamente, ante el gesto de amenazadora furia del inglés. Un momento volvió la mirada hacia los caballos, y de nuevo le miró a él. Tenía la sensación de que su vida iba a depender de aquello que respondiera, que Liam temía la respuesta que pudiera recibir, y que necesitaba obligatoriamente y con urgencia que ella hablara.

—¡Responde! —Chilló él furioso. —¿Los has matado?

—Pues no... ¡Y no me chilles, inglés! No los maté, los dejé amarrados a un árbol.

Liam pareció relajarse inmensamente entonces, aunque seguía mirándola furioso y no del todo convencido.

—No me engañes, hija de Erik. —Advirtió. —¿Cómo te las apañaste para reducir a un hombre que te dobla en fuerza y destreza con la espada?

—Y... ¿tú qué sabes...?

La expresión que mostraba el rostro del inglés, dio a entender que sabía perfectamente de quien estaba hablando.

—Los conoces... ¿Sabes a quién se los robé?

—Dime la verdad... —Exigió él sin poder ocultar tanto como deseaba sus temores. —Si no les hiciste daño, ¿cómo conseguiste reducir a ese hombre?

Ella se encogió de hombros con un gesto de indolencia total.

—Amenacé al muchacho con la espada y prometí matarlo. El otro simplemente me obedeció. Te aseguro que no te engañaría nunca. No les hice daño.

Él pareció sosegar un momento, como si después de haber retenido el aire en sus pulmones durante largo rato, ahora pudiera soltarlo. Pero de nuevo se mostró muy inquieto, y la miró de forma inquisitiva.

—Dime donde están...

Ella suspiró cansada.

—Cuando quieras llegar al lugar en el que los dejé, ya estarán muy lejos. El mayor... el que parecía nórdico, no tardaría mucho en librarse de sus ataduras. Yo sólo quería sus cosas, y no deseaba hacerles daño. Además... me enterneció la forma en que se dejó vencer con tal de proteger al más joven. Sé que tenía fuerza suficiente para deshacerse de las ataduras sin ayuda, y que ahora tal vez se encuentren muy lejos de donde les dejé, poco antes de cruzar el río que atraviesa Londres.

Liam dejó de mirarla. Era evidente que confiaba en las palabras de ella, pero daba la sensación de sentirse de pronto indeciso. Érika le miró preocupada.

—¿Quienes son esos dos? —Preguntó.

Él levantó una mirada preocupada y absorta en algo desconocido. Luego aspiró con fuerza y se movió lentamente. Ella le siguió con la mirada mientras él se dejaba caer junto a la roca, que momentos antes había sido el lugar de descanso de la vikinga. Liam enterró la frente contra una mano abierta y se mantuvo en silencio pensativo. Había seguido a la vikinga cuando decidió que la idea de ir a la propiedad del padre y robarle, por muy mala que fuera, a él le serviría para mantenerse escondido un tiempo y alejado de los puertos que su hermano recorriera en su busca. Pero ahora se encontraba con algo que no habría esperado... Hakon con la única compañía de su hijo, viajando hacia el Norte por alguna razón que él desconocía. ¿Habría formado su hermano pequeños grupos de hombres, para enviarlos en todas las direcciones posibles en su busca? No, Hakon le habría buscado en las costas cercanas o en caminos en dirección al Oeste, nunca de otra manera. Entonces, ¿qué era lo que le llevaba hacia el Norte? Era cierto que en las últimas semanas, su hermano no había parado de movilizar a sus hombres de un lado a otro, con la intención de prestar ayuda militar a los vecinos cercanos, cada vez que estos sufrían ataques vikingos. Y también era cierto que aunque por el momento y porque era más necesario en las costas del Este, Hakon no había sido llamado a la guerra que el rey Eduardo mantenía contra los daneses del Danelaw, era de esperar que tarde o temprano debería unirse a las filas del monarca. Pero Hakon no acudiría a la guerra sin sus hombres, a menos que hubiera dejado su ejército en Coenwalh, con la intención de detener los posibles ataques en casa.

Miró hacia arriba desde el suelo, y sus ojos se detuvieron en el rostro de la vikinga. Ella aún le observaba desconcertada, y con los ojos algo entornados por la falta de sueño. Era una bruta salvaje, pensaba él, pero estaba seguro de que no le habría engañado. ¿Por qué demonios la siguió?, se preguntaba a sí mismo, sin advertir que Érika empezaba a hartarse de su silencio, y de esa mirada pensativa y preocupada que mantenía clavada en ella.

—¿Quienes son esos dos que tanto te preocupan? —Intentó saber ella saber de nuevo. —¿Y cómo me has encontrado? ¿Me has estado siguiendo?

Él tardó en salir de su abstracción, y ahora la miró de forma distinta, y no como a un ser que no se sabe observado.

—He venido para acompañarte en tu loca aventura, mujer bárbara. — Declaró. —Y no te he seguido. En realidad, creo que en algún momento te adelanté, y que tú seguiste mi camino hacia el Norte. Pasaste cerca de donde

yo dormía agazapado, hace al menos una hora, y luego... luego sí te he seguido.

—¿Qué dices? —Le miró incrédula, y apoyó las manos en las caderas para inclinarse un poco hacia él. —Yo he hecho la mayor parte del trecho a caballo, y tú a pie... ¿Cómo ibas a ir por delante de mí?

Él suspiro molesto y bajó la mirada, nada dispuesto a responder.

—Imposible. A menos... a menos que...

Liam asintió molesto, aceptando la segura sospecha de la joven, y la interrumpió.

—Si... A menos que también hubiera hecho el camino a lomos de un animal... —Confesó sin mirarla ahora. —Pero el viejo bicho, una mula que robé en una granja, terminó por romperse una pata y tuve que matarla. Debí ser a partir de ese momento, cuando conseguiste adelantarme.

Primero interesada, luego sorprendida y finalmente divertida, Érika rió a carcajadas claramente burlándose de él.

—¡Basta ya, zorra vikinga!

No habría querido soltarle aquello y se arrepintió casi antes de haberlo dicho. La miró con un suspiro y se le pasó por la cabeza una disculpa, pero supo que la vikinga no se había ofendido lo más mínimo, porque aunque ya no reía mostraba una irónica sonrisa. Entonces ella se le acercó tranquila, y tomó asiento a su lado, apoyando la nuca contra la piedra. Suspiró cansada y masculló algo.

—Y luego soy yo la ladrona...

—Lamentablemente así ha sido... —Suspiró él. —Había pasado mucho tiempo cuando me decidí a seguirte, y no te habría alcanzado de no ser por el animal.

—No dudas en criticarme por robar, mientras tú te dedicas a hacer lo mismo cada vez que necesitas un jergón, ropa limpia, o incluso... una mula.

Y ahora la vergüenza por haber censurado algo que él mismo había hecho en más de una ocasión, le resultaba muy desagradable. Y era aún peor si pensaba en el tono serio que había tomado la voz de ella. Tenía motivos para reprochárselo, si quería... Eso iba a decirle, cuando oyó que emitía aquel leve sonido junto a él. ¿Lloraba? Volvió una incrédula mirada hacia la vikinga. Ella se agitaba, con la cara encerrada en la palma de una de sus manos. Y Liam era incapaz de entender qué le ocurría, hasta que ella dejó escapar la carcajada.

—¿De qué te ríes?

Érika rió con ganas como jamás la había oído reír, y no se explicó hasta que logró tranquilizarse.

—¿Una pata? ¿Se rompió una pata? —Preguntó mirándole, y estalló de nuevo entre risas. —Qué maldito patán estás hecho, inglés.

—Vete al infierno. —Masculló él. —Soy un patán, pero conseguí adelantarte.

Ella por fin se relajó y dejó de reír con un hondo suspiro. Liam la miró.

—¿Cómo lograste reducirle? —Preguntó muy serio. —Me cuesta mucho creer que no intentara luchar, a pesar de que tuvieras amenazado a su hijo.

Ahora ella no reía.

—De hecho lo intentó, y tuve que dejarle claro que mataría al muchacho. Entendió que cumpliría la amenaza, y no volvió a hacerlo. Pero estoy segura de que de no haber sido por su preocupación por el chico, lo habría intentado de nuevo, y conseguido. ¿Quiénes son? Por un momento, creí que eran daneses del Danelaw, pero hablaban tu lengua.

Tan daneses como ella. Al menos, Hakon sí lo era de nacimiento, pensó Liam. Y sin embargo, por lo que decía Érika, en ningún momento utilizó la lengua materna de ambos para dirigirse a su compatriota. Liam le echó una mirada a la capa de rica lana roja que cubría a la vikinga, y luego se detuvo en la punta de la espada que sobresalía de ella, sobre las piernas.

—No creo que te importe saberlo. —Dijo respondiendo a la pregunta de ella, que ya se le hacía eterna. —No buscará esa capa que te cubre, y tal vez pueda admitir que dejaras desnudo y descalzo a su hijo. Pero si alguna vez te encuentra, no perdonará lo del caballo y la espada.

Érika se encogió de hombros.

—No creo que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. —Contestó muy segura. —Y si así fuera, tampoco espero que pueda recordar mi cara. Era de noche, y la luz de la lumbre demasiado tenue.

Liam apartó la mirada de la despreocupada joven, y la luz del sol le obligó a entornar los ojos. Estaba cansado y rendido por el sueño, y tal vez por esa razón no tenía ánimos para pensar en la situación. Esa mujer había amenazado a su sobrino con una espada, y le había dejado sin ropa y desprotegido ante el frío de la noche. Dejó a su hermano sin espada, sin abrigo y sin caballos. Y a pesar de ello, él permanecía a su lado, como si todo aquel daño, se lo hubiera hecho a unos desconocidos para él. A aquellos pensamientos se les unía la preocupación, por no saber la razón de que sus dos seres queridos, se hubieran encontrado tan apartados de casa y sin la compañía de hombres de armas. Liam se abrazó a sus rodillas y enterró la cabeza en ellas. Un momento volvió la mirada hacia la joven. Ella había cerrado los ojos y sus labios se habían

separado levemente, por lo que supo que ya se había dormido. Él también tenía sueño...

Hakon le mataría de haber sabido que ahora él estaba junto a aquella ladrona, impasible ante el daño que les había hecho, y que podría llegar a hacer, al haberles obligado a viajar sin montura y sin armas. En su lugar, Hakon la habría colgado por ello, para luego ir en busca de su hermano y socorrerle. En cambio, Liam cerró los ojos y apoyó la nuca contra la piedra rindiéndose al agotamiento.

Nunca había estado en la propiedad de su padre, pero conocía bien aquella parte de la isla y no tendría demasiados problemas para encontrar el lugar. Ya en terrenos pertenecientes al Danelaw, solo tuvieron que cabalgar unas pocas horas más hasta encontrar el mar, y luego dirigirse hacia el norte siguiendo la costa. Dejaron atrás algunos poblados en los que después de preguntar a los aldeanos, descubrían que no eran aquel que buscaban, y poco después del mediodía, llegaron a un lugar que a Érika le resultó familiar. No por lo que hubiera visto, sino por todo aquello que había escuchado desde pequeña. Sobre una loma ante el inmenso mar, se erigía un pequeño pueblo tras una empalizada de troncos de madera. El día se había puesto gris, y tal vez terminara lloviendo. El mar oscurecido por el reflejo del cielo, lanzaba inmensas olas contra las rocas con sus potentes rugidos.

Balder Haraldson, frotó con satisfacción su discreta barriga, y se reclinó en su alto sillón de madera trabajada con complicados relieves. Nunca necesitaba hablar para hacer saber sus órdenes y deseos, y ese simple gesto, fue suficiente para que dos jóvenes sirvientas volaran para satisfacerle. El señor había terminado de comer, y deseaba que corrieran a apartar las sobras de la comida, y a adecentar la mesa. El tablón compartido por otros seis comensales, sería vaciado y limpiado rápidamente. Y todo aquel que todavía tuviera hambre, tendría que dar por finalizado su almuerzo, porque a Balder no le agradaba ver comida en su mesa, cuando él ya estaba plenamente saciado. Su nueva esposa, una chiquilla rubia y pecosa que su hermano Erik le envió unas semanas atrás, dejó caer con fastidio el pedazo de queso que no había terminado de comer, y miró a su esposo de reojo y con el mismo sentimiento. Tendría algo más de quince años, y aunque Erik la había enviado acompañada de un mensaje que aseguraba que se trataba de una princesa de la zona del Volga, Balder no necesitó ver más que la sorpresa de la chica cuando por primera vez fue servida por otras, para descubrir que no era más que la hija de un campesino o un criado. Aun así Balder aceptó sin reticencia alguna,

el presente enviado por su hermano, ya que su esposa había muerto poco tiempo atrás y la rebelde jovencita le resultaba muy apetecible. No sabía Balder si su hermano le había enviado este regalo para mantenerle satisfecho, y que de esa forma se ocupara de regentar sus tierras inglesas de forma eficaz y honrada, o si por el contrario, se burlaba de él enviándole una simple campesina rusa para convertirla en su esposa. La muchacha era hermosa pero rebelde, y aunque se cuidaba mucho de enfurecer a su esposo tras haber probado varias veces su potente mano, todavía no era sumisa del todo.

Junto a la chica se hallaba sentado el pelirrojo Olaf, primogénito de Balder, que era dos o tres años mayor que su madrastra. Sin mostrar un mínimo gesto de disgusto, ya que estaba acostumbrado desde pequeño a las manías de su padre, el chico engulló el resto de la loncha de carne en su mano, y se dio prisa en beber antes de que le hubieran retirado el vaso. Cuatro de los hombres de armas con los que contaba el lugar como defensa, y que hoy ocupaban un lugar en la mesa junto a la familia, terminaron su comida mucho antes que el hombre al que servían, nada dispuestos a tener que abandonar tan apetecible almuerzo sin poder acabarlo.

Ahora que el padre había terminado de comer tranquilo y sin jolgorio, dos niñas y un niño de entre diez y cinco años, volvieron a sus juegos en la gran sala. Permanecieron sentados en el suelo y en silencio, durante el tiempo que Balder necesitó para comer, y ahora se les permitía corretear y chillar cuanto quisieran. Entre risas y gritos, corrieron para rodear el hogar encendido en el centro de la sala, ante la divertida mirada de su padre y el gesto desdeñoso de su nueva madre. Sin mirar a su marido, la joven esposa preguntó si podría retirarse. Él apenas la miró tampoco, pero pudo observar que a pesar de no haber obtenido todavía una respuesta, ella ya estaba preparada para abandonar su asiento. Las pecosas y delgadas manitas apoyadas en el tablón de la mesa, y casi a punto de despegarse del banco que compartía con su hijastro Olaf. No solo había evitado una mirada a su esposo, sino que además ya contaba con poder alejarse de la mesa antes de haber oído su respuesta. Decidido a contrariarla y divertido por ello, Balder plantó una de sus recias manos sobre los delicados dedos de su esposa, y la apretó suavemente.

—Quédate un rato más, esposa. —Pidió intentado resultar agradable a la joven. —Y observa a mis hijos pequeños... ¿No son hermosos?

Sintió que se ponía rígida en su asiento, seguramente tragando y encerrando en su interior, una furiosa protesta. Él sonrió satisfecho de haber conseguido su propósito, que no era otro que enfurecerla, y hacer que se

tragara su furia. Estaría deseosa por apartar aquella manaza de la suya, saltar del banco y decirle que se metiera a sus odiosos niños por donde le cupieran... Pero se mantuvo aparentemente impasible, aunque Balder sabía que la chica tendría la boca llena de sangre por haberse mordido la lengua. Él giró apenas la cabeza para observar a su esposa, con una maliciosa sonrisa que ella no podría ver, porque aun evitaba mirarle. Acarició tiernamente aquella manita. Pero bien sabía ella la poca ternura que realmente existía en esa caricia, pues no buscaba otra cosa que hacer que se irritara, hasta el punto de ser abandonada por la cordura que la obligaría a enfrentarse a él, lo cual la llevaría a ser castigada. Balder se relamía pensando en unos azotes en el joven trasero desnudo, que ella misma habría provocado por su indomable carácter. Pensó también en el salvaje revolcón que llegaría después, y en la merecida siesta que le llevaría a perder el resto de la tarde. La chica siguió soportándolo a pesar de sus dientes apretados, y a él casi se le escapa una risa. Ya que no hacía movimiento alguno y tampoco decía nada, Balder abrió la boca para decir cualquier cosa que acabara con el aparente sosiego de la chica. Pero algo le apartó de su irritante broma, atrayendo toda su atención hacia la puerta principal. Un hombre irrumpió en la gran sala con noticias.

—Balder... —Le llamó sofocado por la carrera que le había llevado hasta allí con urgencia. —La expedición de tu hermano Erik está aquí.

El hombre soltó la mano de su esposa como si esta le hubiera quemado, y su gesto divertido se derritió.

—Cada año se presenta antes... —Se quejó en voz baja. Luego miró a los niños que seguían correteando y chillando. —¡Niños, id fuera a jugar!

La esposa dio un respingo ante aquel grito, y rechinó los dientes molesta. Los pequeños se asustaron sin comprender qué era lo que había enfurecido a su padre, y obedecieron rápidamente y sin rechistar.

Balder esperaba cada año aquella expedición que se llevaba a Dinamarca, todos los beneficios que a su hermano le correspondían como dueño y señor, aparentemente conforme. Al fin y al cabo, la propiedad era de Erik, no suya. Y tal vez debiera agradecer a su hermano el hecho de haberle apartado del pillaje y las guerras, para convertirle en un señor en el Danelaw. Sin embargo, le costaba admitir que los beneficios que resultaban de su trabajo anual, fueran a parar a manos de un hermano a quien no le preocupaba aquel pequeño rincón junto al mar. La única ganancia que Balder obtenía en apariencia, era la de vivir como un auténtico señor a cambio de las labores que realizaba, administrando y cuidando el lugar. Aunque no considerándolo del todo justo,

siempre se quedaba para sí con una buena parte de monedas que no le correspondían.

Aparecieron poco después de su hombre de confianza, atrayendo la curiosidad del nórdico señor de ojos grises como el cielo de invierno. Se trataba de una rubia mujer, cuyas dos largas trenzas comenzaban en las sienes para caer hasta el pecho. Además iba armada y vestida como si se hubiera tratado de un hombre, y acompañada por un joven de aspecto inglés. Balder les observó con atención, dejando de hacerlo solo para mirar alguna vez hacia la puerta aún abierta, pues esperaba que alguno de los hijos mayores de su hermano, apareciera tras aquellos dos desconocidos. Pero les vio cruzar la gran sala hacia su mesa, y sin nadie más que les siguiera. El joven perdió rápidamente su atención, y fue la mujer quien realmente atrajo su mirada. Los ojos grises de la joven de larga estatura, le miraban directamente, y cuando la tuvo cerca, el desconcierto dio paso a la sorpresa. Los ojos frente a los suyos, le eran tan familiares como los que podría ver reflejados en una palangana de agua. Y entonces lo tuvo claro, esta vez Erik envió a una de sus hijas. Entre la corta barba de Balder apareció una leve sonrisa.

Érika no apartó la mirada de su tío, al cual no recordaba, que era el vivo retrato de su propio padre. Algo más joven, cercano a las cuatro décadas de edad, pero con aquellos ojos que miraban igual que Erik *Ojos de Hielo*. Cabello rubio sobre los hombros y una corta barba que dibujaba una perilla, era una copia exacta y más joven de su propio hermano Erik.

Balder frunció levemente el ceño sin ser consciente de ello, cuando la mujer se detuvo a pocos pasos de su mesa, pero no abandonó la sonrisa.

—¿A quién envía esta vez mi hermano? —Preguntó. —¿Debo esperar más tarde a Erik o a Snorri?

—Te saludo, tío Balder. —Fue la respuesta de Érika. —Esta vez me ha enviado a mí.

—¿Y quien eres tú?

La miró de los pies a la cabeza. Le sorprendía ver a una mujer vestida de hombre, y a la vez le hacía sentir cierta desconfianza. Pero no había olvidado a aquellas dos hijas de su hermano, quienes eran como dos hombres sin verga.

—¿Bersk? —Preguntó.

—Érika. —Aclaró ella.

—Se decía que mi hermano Harald había vuelto a nacer en ti... Por esa razón te llamaban Bersk... ¿Ya no aceptas tu apodo?

—A Bersk seguimos llamándola así. Yo soy Érika, la hija de Ingunn.

Balder asintió pensativo.

—Aquella esclava rusa, cuyo nombre era tan complicado, que mi hermano terminó cambiándolo por Ingunn. —Asintió de nuevo. —Sé quien eres, Érika.

Balder abandonó su asiento, sacudiendo cuidadosamente sus ropas para hacer desaparecer las migas de pan, que quedaron adheridas a la lana. Luego hizo que todos abandonaran la mesa sin miramientos, y con un gesto invitó a su sobrina a tomar asiento en el lugar que su joven esposa había dejado libre. Érika asintió tranquila y fue a sentarse. Balder entonces le sirvió un vaso de cerveza y se quedó en pie junto a ella. Mientras, Liam lo observaba todo desde el mismo lugar que había ocupado desde que se detuvieron. La tensión que se observaba era tan evidente, que se puso nervioso, pero intentó mostrarse sosegado. Vio desaparecer a la jovencita que había ocupado un lugar junto a Balder en la mesa, y a los hombres de armas acercándose al hogar encendido. El alto hombre rubio atrajo entonces su atención, cuando este apoyó una mano en la mesa, y miró a su sobrina.

—Siempre viene alguno de tus hermanos, ¿por qué no han venido en esta ocasión? —Preguntó.

Liam tembló interiormente ante la respuesta que pudiera dar Érika. Ella tomó el vaso que antes había sido usado por otro comensal, bebió con tranquilidad, y tras depositarlo vacío sobre la mesa, levantó la mirada para fijarla en su tío.

—Mi padre no ha salido esta vez a comerciar. Está atontado por una nueva esclava, y ha enviado a mis dos hermanos al Rus para que sean ellos quienes se ocupen.

Balder asintió aparentemente convencido, aunque algo le decía a Liam que aquel desconocido no confiaba nada en su sobrina.

—¿Y ese quién es?

Con aquella pregunta, el nórdico señaló directamente a Liam, haciendo un simple gesto con la cabeza. El joven contuvo la respiración y a la vez, trató de mostrarse sosegado ante la mirada inquisitiva, y la directa pregunta de aquel hombre. Pero la vikinga parecía tenerlo todo controlado, porque no tardó en responder con total seguridad.

—¿El inglés? —Preguntó con un dejo muy cercano al desdén. —Es uno de esos hombres del dios cristiano. Mi padre confía tanto en él, que me obligó a traerlo conmigo.

Balder rio suavemente.

—¿Mi hermano se fía más de uno de estos que de su propia hija? —

Preguntó.

Con total tranquilidad y casi pereza, Érika se encogió de hombros. Balder asintió lentamente sin abandonar la sonrisa, y luego clavó su clara mirada en los ojos de Liam.

—Ven a sentarte entonces junto a mi sobrina, hombre de Dios. —Invitó haciendo un gesto con la mano.

Liam obedeció con un inquieto asentimiento de cabeza, y fue a sentarse en el mismo banco que ocupaba la vikinga. Balder entonces tomó asiento en su sillón, sirvió un vaso más para su sobrina, y otro que ofreció al inglés.

—Qué curioso... —Observó. —Mi hermano Erik siempre ha dicho que aquellos hombres que cuelgan en su cuello una cruz junto al martillo de Thor, no son más que cobardes...

Incluso algunos reyes nórdicos, incapaces de abandonar a sus dioses pero a la vez temerosos del dios único, no sólo llevaban un cordón al cuello del que pendía la pequeña figurilla representando al martillo de uno de sus dioses, además añadían otro con una cruz de madera, con la intención de vivir en paz con ambas creencias. Y esa era una actuación que Erik *Ojos de Hielo* siempre había criticado y de la que se había burlado abiertamente, asegurando que no tenía pensado abandonar a sus dioses por el dios cristiano, pero tampoco compartirlos. Y ahora le hacían creer a Balder que su hermano, confiaba en un hombre de ese dios...

Como su sobrina se encogía de hombros, aparentemente sin darle importancia alguna, Balder decidió olvidar el tema. Al menos por el momento.

—Acabamos de comer... —Dijo. —Imagino que tendréis hambre...

Balder no esperó una respuesta y con un solo gesto y en silencio, ordenó que sirvieran a los dos visitantes. Liam intentaba mostrarse calmado, y si daba la sensación de estarlo fue porque sus manos temblorosas se mantenían ocultas bajo la mesa. Aquel hombre les observaba con una cierta desconfianza que le ponía nervioso, y esperaba que Érika estuviera segura de tenerlo todo bien amarrado, porque estaba claro que al primer paso en falso que terminara con las dudas del vikingo, este no tendría reparos en matarles a ambos.

Con gran celeridad, dos muchachas sirvieron la mesa de nuevo, y ante los ojos de los recién llegados, se colocaron platos de carne, queso, huevos y pan. Érika no esperó demasiado para tomar una torta de pan y algo de carne. No se detuvo a observar sus manos roñosas, que no pasaron inadvertidas para la desconfiada mirada su tío, tanto como la ropa inglesa que la cubría. Liam tardó algo más en servirse, todavía intentando parecer seguro y tranquilo,

mientras pensaba en la forma de sacar sus temblorosas manos debajo de la mesa. Balder sirvió cerveza para los tres.

—¿Cuándo piensas zarpar de regreso, sobrina? —Preguntó. —Los carros de mercancías tardarán en ser dispuestos.

Ella tragó con dificultad la comida que devoraba, y no le miró para responder.

—Antes de que termine este día. —Respondió—. Mi padre me advirtió que no debía demorarme.

Balder asintió y se relajó en su sillón de madera. Observó de nuevo las sucias manos con las que su sobrina se llevaba la comida a la boca, y dio un largo trago de cerveza.

—¿Dónde están los hombres que os han acompañado en el barco? —Preguntó. —Tus hermanos siempre traen a unos cuantos, para custodiar los carros de camino a la playa.

En la mesa había un trapo sucio, y ella lo utilizó para limpiarse la boca y las manos. Le había entrado un hambre feroz cuando tuvo las ricas viandas ante los ojos, a pesar de la inquietud que le hacía sentir aquello a lo que se estaba dedicando. Pero la cercanía de su tío y sus preguntas, en las que se detectaba una ligera sospecha, terminaron por encogerle el estómago. Dio un largo trago de cerveza y se relajó en su incómodo asiento, mostrándose aparentemente segura, hasta el punto de mirar a los ojos de Balder.

—Vaya... —Suspiró—. Creí que de eso te ocupabas tú, y los dejé a todos en la playa para custodiar el barco. Puedes prestarme a unos cuantos que me acompañen, supongo...

Liam no quería o más bien, no podía comer más. Imaginaba que Érika no había contado con el detalle propuesto por su tío, lo cual significaba que se les presentaba un inconveniente inesperado... Otro más, añadido a tan dificultosa y peligrosa labor. No habría un barco esperándoles en la playa, ni junto a él, todos esos hombres enviados por el padre de ella. De modo, que ahora se preguntaba si la vikinga encontraría una solución que les librara de una muerte segura.

Balder asintió en silencio, pareciendo aceptar la respuesta de la joven. Dejó su cubilete de barro sobre la mesa, y apoyó sus enormes manos en los brazos del sillón para levantarse.

—Bien... —Suspiró—. Iré entonces a disponerlo todo. No quiero que mi hermano te castigue por unas cuantas horas de retraso... Le conozco bien.

¿Había una clara advertencia en aquellas palabras, o es que a Liam se lo

pareció? El hombre apartó la mirada de la joven, aquellos ojos grises que se clavaban intimidatorios en cualquier mirada que se les cruzara, y fue hacia el hogar central, donde sus cuatro hombres conversaban, aparentemente ajenos a todo lo que no fuera su propia conversación. Dijo algo a uno de ellos, y este asintió en silencio, siguiéndole después al exterior. En ese momento ya les resultaba imposible comer, y cuando vieron desaparecer a Balder junto a su hombre, ambos se miraron. No necesitaron hablarse para saber cuales eran los pensamientos de cada uno. Liam se sentía muy inquieto y asustado, y esperaba que ella contara ya con algún plan de última hora, si es que algo no salía bien. Érika le miró ocultando su propia zozobra, demostrando que lo tenía todo perfectamente atado y controlado, cuando no era cierto. No tenía ni idea de cuantos hombres les acompañarían hacia el falso barco como custodia de los carros, pero estaba segura de que tendría que ocuparse de matarlos ella sola y sin la ayuda del inglés, antes de que descubrieran el engaño.

Balder se detuvo en la plaza junto a un establo, y su hombre se quedó frente a él expectante, porque adivinaba ya la razón por la que su señor le había llevado hasta allí. Floki también había nacido en las frías tierras nórdicas, resultaba más que evidente si se observaba su larga estatura y sus rojos cabellos trenzados y las barbas.

—¿Qué te parece, Floki? —Preguntó Balder.

—¿La muchacha y el inglés? Ella se parece mucho a ti...

—Sé que es mi sobrina. No es eso lo que me preocupa. —Le interrumpió Balder. —Pero no me fío de ella.

Floki se encogió de hombros y miró el gesto pensativo de su señor. Este se había desviado un momento de la conversación, para observar a su joven esposa. La chica cruzaba la puerta de la empalizada hacia el exterior sin compañía, algo que mil veces le había repetido que podría resultar peligroso. Pero por lo que se comprobaba una vez más, ella no atendía a sus advertencias y debía importarle muy poco lo que pudiera ocurrirle tras aquella muralla. Balder se encogió de hombros mentalmente, olvidándose de su esposa. Allá ella... Miró de nuevo a Floki.

—Cabalga hacia la playa y busca ese barco. —Ordenó. —Cuando lo encuentres, averigua si pertenece a mi hermano, y si esperan a mi sobrina.

—¿Crees que pretende robar a su padre?

Balder miró al cielo que mostrando un oscurecido gris, amenazaba con traer la tormenta, y de nuevo miró a su hombre.

—Erik no enviaría a cualquiera para esta misión. Sus dos hijos mayores

son la única prueba que tengo de que han sido enviados por él. Y si hubiera algún cambio, habría enviado para acompañar a su hija, algo muy distinto a ese hombre de Dios, que además es inglés, y no lleva una sola maldita cruz en el cuello. Por muy atontado que esté por una mujer, mi hermano no habría confiado en otro de sus hijos que no fueran Erik o Snorri, y mucho menos, me habría enviado a una de esas dos machos a las que desprecia.

Cuando Balder apareció de nuevo en la sala, ambos se disponían a abandonar sus asientos junto a la mesa. Daba la sensación de estar tranquilo, tal vez un poco inquieto por los preparativos. Y resultaba interesante que tras haberles dejado durante unos minutos, le hubiera abandonado el gesto de cierta preocupación y desconfianza. Se acercó a ellos con pasos rápidos y les pidió que volvieran a tomar asiento, ya que debía darle a Érika algunos recados para su padre. Se sentó cerca de su sobrina, mientras Liam ocupaba el mismo lugar junto a ella, con las manos entrelazadas esta vez sobre la mesa. Balder sirvió cerveza para los tres, y el inglés desconfió de la repentina despreocupación del nórdico.

—Ya se están disponiendo los carros, y los hombres que os acompañarán a la playa.

Bebió lentamente, soltó el vaso y su mirada se clavó en Érika, quien no daba muestras de la terrible impaciencia y la horrorosa preocupación que sentía. Una mínima sospecha, y él no le entregaría la mercancía, a base de cereal, lana, animales y algunas monedas obtenidas de las rentas. Y eso no era lo más preocupante, sino el hecho de que no tendría reparos en matarla si era descubierta.

—¿Cómo está todo por Dinamarca? —Preguntó él.

Ella seguía mostrándose sosegada a pesar de la inquietud que la recorría en su interior. Balder se había relajado en su asiento, y ella volvió la cabeza para mirarle, intentando parecer también relajada. Liam no les miraba, pero estaba seguro de que entre aquellos dos nórdicos se movía una delirante tensión.

Érika respondió a las preguntas de su tío sobre la familia en Dinamarca, y a veces lo hacía de forma tan escueta, que Liam pensó que estaba más preocupada de lo que se debería esperar. En realidad, apenas pensaba lo que decía mientras en su cabeza bullía la impaciencia por que alguien entrara por fin en la sala, y anunciara que todo estaba listo para salir. Otro vaso de cerveza, y Balder pasó a comentarle asuntos de interés para su padre, ante los que Érika asentía con la cabeza a pesar de no haber prestado ninguna atención.

No quería dejarse llevar por el pánico. Pero era ahora cuando empezaba a asumir que había emprendido una misión tan peligrosa y delicada, que de no salir bien terminaría costándole la vida, no sólo a ella, también al inglés. Si lograba salir de allí con los carros, aun debía ocuparse de asesinar a aquellos hombres que la acompañarían, y estaba segura de que su desconfiado tío enviaría a los mejores, lo cual le haría más complicado este nuevo y último paso.

El pelirrojo asomó a la puerta desde el exterior, reclamando con una simple mirada, la atención de su señor. Érika no tuvo tiempo para sentirse aliviada, creyendo que por fin podría despedirse de aquel lugar. Y es que el gesto del nórdico de cabello rojo, daba a entender que había aparecido algún tipo de problema. Ella no miraba a Balder, pero le sintió a su lado, enderezándose súbitamente en el sillón. Lentamente sus cabezas se giraron, hasta que ambas grises miradas lograron encontrarse. Estaban lo suficientemente cerca como para haber estirado los largos brazos hacia su sobrina, y terminar estrangulándola. Érika no sabía en qué punto había fallado su artimaña, pero estaba segura de haber sido descubierta. Y en ese momento no pudo pensar en otra cosa que en buscar protección. Saltó de su asiento para apartarse de Balder, quien no hizo movimiento alguno, excepto el rápido camino que hicieron sus ojos para seguirla. Liam hizo lo mismo, y junto a ella, les miró a uno y a otro sin comprender qué ocurría.

—¿Qué está pasando?

No pudo evitar hacer aquella pregunta. También había advertido la mirada de Floki, pero no entendía cómo había llegado Érika tan pronto a la conclusión de que habían sido descubiertos.

Balder se relajó en su asiento, con las grandes manos entrelazadas en su regazo. Era obvio que si no tenía prisa por hacer nada, era porque sus presas estaban totalmente a su merced. En pie junto a la vikinga, Liam vio que Balder sonreía con total tranquilidad, aunque sus grises ojos mostraban un gesto de furia contenida hacia su sobrina. Podían darse ya por muertos, pensó. Ambos miraron al pelirrojo, quien se hizo paso hasta la mesa sin apartar la mirada de su señor. Tal vez esperaba sus instrucciones, la orden de matarlos sin más dilación, sin haber dicho una sola palabra y con un simple gesto.

—Así que el inglés no era mudo...

Tras aquel comentario, Balder rió aunque no parecía contento. Luego miró a su hombre, y asintió para darle la palabra.

—No había barco, Balder. —Informó Floki. —He recorrido la zona, y te

aseguro que no ha sido una nave, lo que les ha traído hasta aquí.

Sin abandonar la sonrisa, Balder volvió la mirada hacia Érika.

—¿Cómo explicas eso, sobrina?

Érika apartó rápidamente, y muy inquieta su mirada del pelirrojo, para mirar a su tío. No pensaba en dar una respuesta, simplemente calculaba cómo hacer para evitar que los mataran, algo que no iba a tardar en ocurrir. No dijo nada, solo miraba a uno y a otro de los dos hombres.

Balder se puso en pie de un salto, lo cual les hizo retroceder alarmados, pero no dio un solo paso hacia ellos. Se le veía muy seguro de sí mismo, como si supiera cuándo y de qué forma les iba a quitar la vida. La sonrisa abandonó sus finos labios, y aquellos ojos hicieron daño con su mirada.

—¿Habías creído que soy un idiota? —Preguntó furioso ahora. —¿Qué clase de estúpida loca eres? Tu padre habría hecho bien en abandonaros a vuestra suerte a las dos, el día en que nacisteis. Las dos malditas bastardas que llevan su nombre.

Soltó con desprecio la última frase, refiriéndose a ella y también a Bersk. Hizo un leve gesto con la cabeza, que Floki entendió sin problema. El pelirrojo se dispuso a dar un paso hacia el inglés y la nórdica, con la intención de apresarles, como le habían ordenado. Pero Érika desenvainó la espada colgada a su espalda, y la levantó hacia el hombre, retrocediendo unos pasos y haciendo que Liam la siguiera tomándole de un brazo. El inglés sacó entonces su propia espada, sabiendo de antemano que no serviría de mucha ayuda a la vikinga. Floki se detuvo entonces, también desenvainó y miró a su señor esperando instrucciones. Balder rió echando hacia atrás la cabeza.

—¿Vas a luchar, gatito acorralado? —Pregunto realmente divertido, a pesar de la ira que le recorría en su interior.

—Voy a salir de aquí si me lo permites, y jamás volverás a saber de mí. —Respondió ella asustada, pero con la firme determinación de luchar por su vida. —Si no, tendré que luchar.

Balder volvió a reír, pero su risa se esfumó muy pronto. El pensamiento de lo que habría sido de él, si aquella zorra hubiera conseguido engañarle, le enfurecía. No estaba armado, pero no esperaba necesitar armas para acabar con aquel monigote con espada, a la que superaba en fuerza y altura. No miró el banco de madera que tenía delante, pero centró toda su atención en él. Sólo tenía que agarrarlo con una mano y enfrentarse con él a la espada de su sobrina, quien perdería el arma al primer golpe y se vería acorralada. Así de sencillo le resultaría, aunque decidió de todos modos, mantenerla entretenida.

—Mira tus ropas y tu arma inglesa... —Dijo con desprecio. —¿A cuántos incautos has estado asaltando, antes de aparecer por aquí para desvalijar a tu propio padre?

—Mi padre es el mayor hijo de puta que pisa este mundo... —Dijo escupiendo las palabras con un profundo rencor. —Y tú mismo le odias...

Dejó de hablar no porque no tuviera más odio que escupir, sino porque detectó algo en aquellos ojos grises que la puso en guardia. Sabía que Balder iba a atacarla, y a pesar de estar desarmado, Érika no tuvo dudas de que planeaba hacer algo contra ella.

Las dos muchachas que habían estado sirviendo por allí, regresaban en ese momento a la sala, pero salieron despavoridas cuando descubrieron las armas en alto. Aquella aparición y seguida huída, atrajo la atención de todos, y fue ese el momento que Balder aprovechó para inclinarse y agarrar el banco. Érika reconoció el ataque que iba a recibir entonces. Cambió la espada de mano, sacó el puñal que llevaba a la espalda y lo lanzó justo cuando su tío volvía a enderezarse con el banco sujeto por su gran mano. El arma se clavó certeramente en el ancho cuello vikingo, y Balder gimió tambaleándose hasta caer lentamente de rodillas, soltando el arma de madera que había pensado utilizar. Arrodillado, el hombre se llevó una mano al cuello y arrancó el cuchillo ensangrentado, para después mirarlo horrorizado, como si durante los segundos que tardó en descubrir que fue un arma lo que se había hundido en su carne, hubiera creído no haber sufrido más que un simple golpe. Luego y mientras la sangre se le escapaba a borbotones, miró a Érika quien había retrocedido junto a su estupefacto acompañante, y se preparaba para enfrentar al nuevo contrincante. Balder se desplomó del todo sin haber soltado el arma.

Floki miraba consternado y sorprendido hacia el lugar tras la mesa, por donde había desaparecido Balder, y luego miraba a la mujer. Con la espada fuertemente agarrada, dio unos pasos hacia ella, y Érika le esperó, apartando a Liam de su lado.

El inglés se apartó pero la miraba atemorizado, sabiendo que aquel enorme pelirrojo la despedazaría de un solo golpe.

—Márchate de aquí y ahórrate la lucha, no quiero matarte. —Advirtió ella.

Floki rio aunque lo hizo sin alegría, burlándose de ella. Con el pomo de la espada entre los dos puños cerrados, se lanzó al ataque contra la joven, y ambas espadas chocaron en un estrepitoso sonido. Ella detuvo el duro golpe no sin dificultad, y estuvo a punto de caer de espaldas por la fuerza de su contrincante, pero consiguió detener el siguiente. Y cuando esperaba otro más,

Floki gritó dolorosamente, y ella tuvo que apartarse para dejar que el hombre cayera de bruces. Y tras la caída del enorme vikingo, Érika se encontró con la figura del inglés, espada en alto. Los ojos grises se abrieron inmensamente, recorriendo la figura de Liam y luego su espada ensangrentada. Érika parpadeó incrédula ante lo que se presentaba a sus ojos, y jadeante tras la lucha y con una insegura sonrisa, apoyó su espalda en la pared para descansar. El inglés había golpeado al pelirrojo en el cuello, y este se había abierto hasta el hueso sin llegar a separarse del tronco. Floki se desplomó muriendo al instante. También jadeante, y tal vez aliviado antes de tiempo, Liam limpió la hoja en la ropa del nórdico y no se atrevió a mirar el cuello abierto y sangrante. Luego alzó su mirada de color miel hacia la vikinga sonriente, que seguía apoyada en la pared recuperándose del esfuerzo, y la miró con un gesto de reproche. Era esta la primera vez que segaba una vida y lo había hecho para salvar a aquella loca ladrona. Envainó la espada y miró hacia la puerta abierta al exterior.

—Te debo por segunda vez la vida, inglés.

Él se volvió para mirarla con el mismo gesto. Iba a decir algo, pero de pronto se hacían paso en la sala, el resto de los hombres de armas que habían acompañado a Balder en su comida.

—¡Quietos ahí! —Chilló Érika enderezándose y levantando la espada. — Ahora soy yo quien manda aquí.

Liam la miró tan sorprendido como los otros tres. Aquellos hombres desconcertados observaron los dos cuerpos vencidos, cuya sangre encharcaba los juncos que desperdigados por el suelo servían de alfombra. Luego miraron a la hija de Erik. Un muchacho entró tras los hombres, seguido por los tres hijos pequeños de Balder. Vio a su padre en el suelo, bajo la mesa y abandonó el lugar llevándose con él a sus hermanos. Nadie les prestó atención. Érika envainó su espada y con una tranquilidad pasmosa tras lo ocurrido, se acercó a la mesa para servirse cerveza, ante la atónita mirada no solo de aquellos hombres, también del mismo Liam. El inglés observó las botas de la vikinga junto al rostro ensangrentado, aun con un soplo de vida de su tío, y le costó comprender su indiferencia. Tras el trago de cerveza, no porque tuviera sed, sino con la intención de calmar la tensión sufrida, ella dejó el vaso bruscamente y miró a aquellos tres hombres, que no sabían cómo conducirse ante lo ocurrido.

—Os conviene saber que todo aquel que no obedezca mi mando, acabará como estos dos. Esta vez mi padre no envió a uno de sus hijos por la

recaudación, sino a un asesino. Por eso estoy aquí. Me mandó a quitar de en medio a su hermano, pues va a ceder estas tierras a uno de sus hijos, y no sabía cómo hacer para deshacerse de Balder sin protestas y luchas innecesarias. De modo, que ya sabéis quien manda ahora en este lugar, hasta el momento en que aparezca mi hermano, vuestro nuevo señor. El pelirrojo no dio tiempo a explicaciones. Por eso está ahí.

Aún tan desconcertados como incrédulos, los nórdicos asintieron sin apartar las miradas del cuerpo desplomado, de quien momentos antes había sido el hombre al que obedecían. Érika fue a sentarse en el sillón de su tío, para lo que fue necesario saltar sobre el cuerpo inerte. Se acomodó muy segura de lo que estaba haciendo, o eso daba a entender y miró a los hombres. No había duda de que ya los tenía a su merced, pues la explicación que había dado a los asesinatos, era suficiente para mantenerlos atados de pies y manos, al menos por algún tiempo. Quién iba a atreverse a vengar la muerte de Balder, o a tratar simplemente de detenerla, sin averiguar antes si realmente había sido el mismísimo señor del lugar quien la envió a eliminarle.

—Que se organice un funeral por ambos hombres. —Ordenó. —Ocuparos de hacer que todo el pueblo sepa lo que ha ocurrido por orden de mi padre, y que todos y cada uno, acudan para honrar a mi tío.

Asentían inseguros, se miraban y luego la miraban a ella, pero eran incapaces de moverse.

—¡A qué esperáis! —Exclamó ella molesta. —¡Id a hacer el mandado!

Liam vio que asentían deprisa, para terminar obedeciendo igual que si se hubiera tratado de corderitos, y desapareciendo del lugar. Luego miró a Érika con los ojos desafortunadamente abiertos. Ella suspiró aliviada, y ahora que estaban a solas, de su rostro desapareció el gesto de seguridad que mantuvo ante los desconocidos. Deseando descansar de tanta tensión sufrida, se apoyó en la mesa y enterró la cabeza en sus brazos.

—¿Qué... qué es lo que hemos hecho? —Preguntó, o más bien reprochó Liam en un inquieto susurro.

Se acercó a Érika deprisa, y ella levantó hacia él una mirada totalmente perdida.

—Vayámonos cuanto antes. —Apremió Liam. —Creo que ya hemos hecho más de lo que veníamos a hacer a este lugar.

—¿Crees que después de todo lo que hemos pasado aquí, voy a marcharme con las manos vacías? —Preguntó ella. —No estamos muertos de milagro... Y mi padre va a buscarme de por vida para hacérmelo pagar. De modo que voy a

llevarme lo que me he ganado.

—Estás loca, y me has arrastrado a mí con tu locura.

Ella levantó una mirada gris y la clavó en los ojos de color miel.

—¿Quién te pidió que vinieras conmigo? Fuiste tú quien me siguió. No lo olvides.

—Empiezo a pensar que eres el castigo que merezco por algún pecado cometido... —Suspiró—. De no haberte seguido, no habría tenido que matar a ese hombre.

Ella se puso en pie bruscamente, y saltó de nuevo por encima del cuerpo de su tío para alejarse de Liam.

—Qué gran tragedia... —Suspiró irónica.

Liam hizo caso omiso a su burla.

—¿Qué es lo que piensas hacer ahora? —Preguntó él en voz baja.

Érika le miró con mucha seguridad. Daba la sensación de que había conseguido recomponerse del todo, para empezar a controlar de nuevo la situación.

—De momento descansar... Comeremos en condiciones y dormiremos en verdaderas camas. Nos quitaremos toda esta roña y vestiremos ropas limpias. Tenemos tiempo para permanecer sosegados. Luego tomaremos esos carros e iremos a donde tú quieras. Tienes tu parte, puesto que te la has ganado.

—Mira, vikinga... ya has tentado demasiado a la suerte. Tenías un gran plan, pero debía ser tan absurdo que no tardaron en descubrirte. Pensaste que podrías salir airosa cuando el asunto se pusiera feo, y has estado a punto de verte como esos dos que están tendidos en el suelo. Creo que lo mejor será que nos marchemos de aquí cuanto antes, y que te olvides de robar a tu padre. Ya has oído el primer aviso de la muerte, no esperes a oír el siguiente.

—Avisos... —Se burló ella. —Confía en mí...

—Ya lo hice, y mira el resultado.

Érika echó una despreocupada mirada a su tío, quien ya había dejado de respirar, y luego miró a Liam.

—Yo tomaré un baño, voy a dormir un rato, y luego me prepararé para el funeral de estos dos. Tu puedes irte si quieres, o dedicarte a disfrutar de estas comodidades que se nos ofrecen, antes de comenzar un largo viaje.

—¿Dormir tranquilamente? ¿Cuánto crees que tardará alguno de estos en intentar matarte?

—¿No has oído lo que les he dicho? Es mi padre, quien me ha enviado a asesinar a Balder. No me harán daño, solo esperarán la llegada de mi

hermano, quien por supuesto, vendrá... No para tomar el mando, sino como lo hace cada año, en busca de las mercancías debidas a mi padre. Y yo sé que para ese momento, aún queda algún tiempo.

La casa era de estilo vikingo, construida en madera, de una sola planta y suelo de tierra apisonada. Se componía de una enorme sala en el centro, y tres dormitorios, uno de gran tamaño y dos más reducidos, separados del resto simplemente con cortinas. En la misma gran sala, un hogar central con una gran abertura en lo alto del techo, a modo de salida de humos, actuaba tanto de cocina como de fuente de calor. La alcoba más espaciosa fue ocupada de inmediato por la recién llegada sobrina y asesina del señor, que ordenó a las dos criadas que prepararan un baño caliente junto a un brasero. También mandó cambiar las sábanas, mantas y pieles de la gran cama. Mientras las muchachas iban y venían con calderos de agua caliente, que transportaban juntas hasta la tina de madera, o revestían con gran celeridad la cama, Érika las observaba pacientemente y sin prestarles demasiada atención, despatarrada en una silla. Cubrieron la ventana con un pergamino encerado, y encendieron velas ante la considerable pérdida de luz en la estancia. La vikinga movía sus grises ojos lentamente, persiguiéndolas, pero en realidad no las veía pues sus pensamientos estaban muy lejos de todo lo que ocurría a su alrededor. Era consciente de la gravedad de sus hechos, de la temeraria forma de actuar que podría llevarla a la más ruinosa pérdida de su propia vida, y a veces preocupada se dejaba llevar por el miedo. Encogía los hombros en silencio cuando aquel sentimiento la aquejaba, y suspiraba suavemente. Colgó una pierna en un brazo del sillón y apoyó el codo en el mismo, para descansar su mentón en un puño cerrado. En pie junto a la ventana cubierta y de brazos cruzados, Liam la observaba pensando que ella era lo menos femenino que había visto en su vida. También miraba a las muchachas en silencio, y de cuando en cuando sus ojos regresaban a la vikinga, y era en ese momento cuando su semblante se volvía agrio. Estaba seguro de que ni ella misma podría garantizar el éxito en esta imprudente aventura, y que quizá sentía incluso más temor que él mismo. El agua humeaba sobre la tina y las muchachas colocaron un banco al lado, en el que dejaron toallas limpias, paños y jabón. Luego una junto a la otra y con las manos entrelazadas, inclinaron sus cabezas ante aquel gañán de formas femeninas. Érika salió de su abstracción y las miró.

—¿Está todo listo? —Preguntó.

Ellas asintieron y la vikinga abandonó el sillón de un salto.

—Pues id a buscar ropa de mi tamaño y también para mi amigo.

Ambas asintieron, se miraron y con las manos apretadas parecieron interrogarse la una a la otra.

Érika no les prestaba atención, había comenzado a desanudar su cinturón y de pronto la inactividad de las chicas, atrajo su mirada. Dejó caer al suelo el cinturón de cuero, y volvió sus inquietantes ojos hacia ellas.

—¡Vamos...! ¿Qué demonios os retrasa, mozas?

Dubitativas y sin valor para mirarla, ambas temieron abrir la boca.

—¿Qué ocurre? —Preguntó Liam.

Fue tal el alivio que sintieron hacia la suave y amable voz masculina, que las chicas levantaron su mirada hacia el hombre, y una de ellas se atrevió a hablar.

—¿Serán faldas o pantalones para la señora?

Érika suspiró molesta, más que nada porque miraban y preguntaban a él, cuando en realidad, se referían a ella. Liam la miró esperando su respuesta.

—Cuando habláis de la señora... ¿acaso os referís a él? —Preguntó Érika.

Las mozas movieron rápidamente la cabeza en un gesto negativo, sin atreverse a mirarla.

—Entonces preguntadme a mí directamente. Serán faldas.

Prácticamente escaparon de allí a la carrera para hacer el mandado. Érika sonrió satisfecha por el terror que causaba en las muchachas, y se desnudó con rapidez, impaciente por sumergir su cuerpo en aquella tina de limpia y humeante agua. Tal vez estaba demasiado caliente, pensó cuando la tocó con los dedos de un pie, pero aun así no quería esperar, y se introdujo lentamente en el agua. Suspiró de placer y luego sumergió la cabeza, mientras Liam miraba hacia las cortinas cerradas, que les separaban de la gran sala. Advertía movimiento en el exterior, y eso le ponía nervioso. Sus ojos regresaron a la mujer, que con gran placer se enjabonaba el largo cabello. Se acercó a ella, miró sus largos dedos rascando el cuero cabelludo cubierto de espuma grisácea, y luego sus ojos bajaron hacia el escote que el agua formaba sobre sus pechos. Apretó los párpados un momento, y se apartó un poco, esperando a que ella enjuagara su cabello enjabonado para hablarle. La vio frotar sus brazos, manos y axilas con un paño enjabonado, y volvió a acercarse. Estaba muy inquieto.

—Estás demasiado relajada. —Dijo. —Los pocos hombres de armas que hemos visto, no serán los únicos que defiendan este lugar. ¿Qué pasará si no todos están dispuestos a aceptar lo que ha ocurrido?

Ella no le miró mientras se afanaba en frotar un pie que apoyó en el muslo contrario.

—De hecho son cuatro o cinco veces más de lo que has visto. — Reconoció. —Estos viven en las casas cercanas y en tiempos de paz, se dedican al campo y a sus animales. Pero te aseguro que en este momento, están dedicados a la preparación de los funerales que van a celebrarse esta misma tarde, piensen lo que piensen al respecto. Quiero deshacerme de mi tío cuanto antes, y la forma la decidirán sus hombres, pero será esta tarde.

Las muchachas entraron con ropas limpias que dejaron sobre la cama.

—Decid en la cocina que ha de prepararse un banquete en honor a mi tío. —Ordenó Érika.

Ellas asintieron tan rápido, como abandonaron de nuevo el lugar.

Liam la vio incorporarse entonces. Su atlético cuerpo había ganado algunos kilos tras la convalecencia, lo cual lo hacía más atractivo. Él no tardó en apartar la mirada, porque le parecía que la mujer sentía cierto placer en mostrarle su cuerpo desnudo. Cuando Liam ya se desnudaba para tomar su baño, ella terminaba de secarse el cuerpo, y fue a revisar las ropas que le habían dejado, sin prestarle atención. Eran ropas danesas compuestas por una larga camisa, un vestido de lana, un delantal, calzones y medias. Tan solo se puso la camisa, mientras Liam apreciaba placenteramente su baño, y luego peleó por peinar su enredado cabello, por lo que mascullaba un sin fin de maldiciones.

Érika se tendió lentamente en el mullido lecho y suspiró de placer. Se volvió de costado cuando Liam se incorporaba del baño, y le observó mientras él secaba la humedad de su cuerpo. Sonrió maliciosamente al descubrir que el miembro masculino, había sido mínimamente tocado por el placer, y se preguntó si habría sido la visión de ella en plena desnudez, o simplemente se sintió deleitado por el agradable baño caliente. Cerró los ojos cuando él levantó la mirada, y su sonrisa se difuminó. Le oyó acercarse y rebuscar entre la ropa, y entonces abrió los ojos para verle con la toalla en torno a su cintura.

—¿De veras piensas dormir tranquilamente? —Preguntó él poniéndose una camisa.

Ella dio unas palmaditas en el colchón a su lado y asintió.

—Te aseguro que podremos dar una cabezadita con total confianza.

—¿Y esperas que durmamos juntos en la misma cama?

—¿Por qué no? Ya hemos formado demasiado desbarajuste en esta casa,

como para sacar a alguno más de su lecho. Compartiremos esta, es lo suficientemente grande para los dos.

Liam se puso unas calzas, meneando lentamente la cabeza.

—Buscaré mantas y pieles y dormiré en el suelo. Y ahora mientras descansas, me sentaré a tu lado y velaré tu sueño. Yo no me fío.

Érika sonrió y se encogió de hombros, antes de rodar por la cama y volverle la espalda.

Tal vez fuera demasiado pronto para celebrar el funeral, pero nadie se atrevió a llevarle la contraria a la asesina... Así se había presentado ella misma, la asesina enviada por su padre. Los cuerpos se habían preparado para su viaje final en la gran sala, mientras Érika intentaba descansar, y Liam aguzaba el oído ante los rápidos movimientos y las silenciosas conversaciones tras las cortinas.

Fue un entierro cristiano, y tras la ceremonia, hombres, mujeres y niños disfrutaron de una abundante merienda en el patio a pesar de la gravedad de lo ocurrido. Se había organizado todo de forma rápida, muy satisfactoria y sin necesidad de demasiadas instrucciones, lo cual hizo pensar a Erika que su tío Balder había tenido a su gente muy bien aleccionada. La gente comía y bebía con ganas, evitando hacer comentarios que no fueran acerca de la grandeza de aquellos dos hombres a los que acababan de despedir. Aunque no había nadie que conociera bien a Balder, que opinara realmente lo que estaba manifestando. No supieron en un principio, si era bueno o malo hablar bien de Balder, si es que su hermano le había hecho asesinar, hasta que fue su propia ejecutora quien les hizo saber que su tío debía ser honrado por todos, pues si Erik *Ojos de Hielo* le hizo matar, fue sólo para ahorrarse un enfrentamiento con su hermano, cuando decidiera cederle el mando del poblado a su hijo. A pesar de la aparente aceptación ante la muerte del señor a manos de la hija de Erik, era evidente que nadie estaba tranquilo, y que en realidad daban a entender su conformidad, cuando realmente estaban confundidos e inquietos.

Érika y Liam, permanecieron inseparables y apartados de todos durante el funeral. Nadie se atrevía a acercarse a ellos. Nadie quería ser el nuevo ajusticiado, y desde luego, temían que el padre hubiera enviado a la sanguinaria hija con más encargos de muerte. Liam comía no solo porque tuviera hambre, y además añorara los ricos y jugosos asados de cerdo, sino porque llegó un momento en que consiguió serenarse un poco. Aun así, seguía pensando que permaneciendo más tiempo allí, no hacían otra cosa que tentar a la vengativa muerte.

Durante el funeral las miradas de ambos, habían buscado entre los asistentes a la esposa de Balder o a alguno de sus hijos, pero ninguna viuda lloraba y ningún niño buscaba el consuelo de su madre. No se molestaron en preguntar, y creyendo que Balder no tendría hijos legítimos ni esposa, disfrutaron ávidamente de la comida sin preocuparse por ello. Muy pocos fueron los que vieron huir a toda carrera al primogénito de Balder, junto a la joven viuda y los tres pequeños. Y esos pocos no lo comentarían, ni lo harían saber a los demás, y mucho menos a la hija de Erik. Quizá huyeron por miedo a acabar de la misma forma que el padre, y nadie quería ser responsable de la muerte de dos jovencitos y tres niños inocentes.

Se marcharon pronto a dormir, y Érika lo hizo con su espada inglesa cerca, algo que pensaba cambiar muy pronto por una espada danesa, más manejable y aceptable para ella. Cuando apagaron la última vela, ella permaneció con los ojos abiertos, escuchando los suaves sonidos en la gran sala, de aquellos que dormirían en ella. Liam entre pieles y mantas junto a la cama, se quedó tumbado de espaldas y con el arma cerca. No dormiría en toda la noche, y es que temía que finalmente terminarían atacándoles. Durante la comida había observado a los rubios y pelirrojos daneses, que les miraban de cuando en cuando, con evidentes gestos de desconcierto y falta de confianza.

Érika suspiró entre suaves mantas de lana. No temía a nada, aunque su arma dormiría con ella. Y por primera vez desde que abandonó su hogar, se sentía plenamente complacida y tranquila. Recordó con una sonrisa la incipiente erección del inglés, y de pronto sintió que sería agradable compartir unos momentos de caricias con él. Era atractivo, sensible, amable y de tiernas maneras, lo cual le hacía más deseable para una mujer que solo había conocido a rudos y desagradables patanes. Lo pensó más de dos veces, sabiendo que era de suponer que sería rechazada, pero decidida a intentarlo se movió hasta el borde del lecho y le miró desde arriba.

—¿Que haces ahí? —Preguntó él.

De los labios de la vikinga, escapó una silenciosa y juguetona risa, y movió una mano hasta llegar a tocarle levemente el hombro.

—¿Qué demonios quieres?

—¿Quieres venir a la cama... conmigo?

Él no rechazó la mano que con sus dedos, bajaba suavemente hacia su pecho.

—¿Me invitas a fornicar? —Preguntó, y ahora tomó aquella mano que le acariciaba. —¿No te da vergüenza, mujer? Pareces un auténtico macho, y

tengo la sensación de que si me niego, me forzarás...

—Basta... —Ella liberó su mano, y se tumbó de espaldas alejándose de él.

—No era necesario humillarme.

—No es eso lo que pretendía...

—No quiero explicaciones, es suficiente. Duérmete, y déjame en paz.

—Eso intentaba cuando tú...

—Cállate, inglés. Eres tú quien me hace parecer un macho, ante una damita pudorosa, que es lo que realmente eres.

Liam no hizo más comentarios, comprendiendo que el orgullo de la guerrera se había visto herido, por lo que no atendería a explicación alguna. No es que no le resultara atractiva, y realmente podría resultarlo para cualquier hombre, de no ser porque era más macho que hembra.

V

La gente de Erik *Ojos de Hielo*, continuaba su vida en el lugar como si nada hubiera ocurrido, aunque desconfiaban de la hija de su señor, y esperaban con impaciencia que alguno de los hermanos, o el mismo Erik aparecieran por allí, de forma que la extraña situación a la que se habían visto sometidos acabara. Érika y su acompañante disfrutaron durante casi dos semanas de una vida de total relajación y placer, mientras los aldeanos finalmente se iban acostumbrando a tenerlos allí. Liam se quejaba de que ya se habían relajado durante demasiado tiempo, y la apremiaba para abandonar el lugar cuanto antes, en vez de seguir tentando a la muerte, como parecía gustarle hacer a la vikinga. Y Érika que no encontraba momento para abandonar aquella vida que la había vuelto perezosa, y sin ninguna prisa porque no esperaba la visita de ninguno de sus hermanos todavía, intentaba soportar con paciencia la inquietud del inglés. Para tranquilizar también a los aldeanos y no darles motivos para sospechar, aunque ellos procuraban no entrometerse en nada, les había hecho saber que su padre la envió en un barco de mercaderes ajeno, y que pronto le enviaría otro de su propiedad para poder regresar con las mercancías a Dinamarca. También había dicho que ese barco sería capitaneado por su hermano, el heredero y nuevo señor del lugar. Aquello les permitió vivir tranquilamente, sin temor a que la gente se preguntara la razón de que ningún barco les esperaba en la playa.

Con el paso de los días, los hombres de armas de su tío parecieron olvidar cualquier tipo de rencor o desconfianza hacia ella, y se convirtieron en compañeros con los que pasaba algún que otro rato. Mientras Liam en su interior sentía los mordiscos de sus temores, temiendo que la bebida le soltara la lengua a la vikinga, y terminara por confesar sus verdaderas intenciones. Hubo momentos en que el inglés creyó que ella se llevaría a la cama a uno de los jovenzuelos entre aquellos hombretones, pero nunca lo hizo y eso le tranquilizó.

Una mañana disfrutaban entre risas de su desayuno, alegría que Liam nunca compartía, cuando un hombre atravesó la puerta del exterior y vino a darles una noticia, que heló la sangre de la vikinga y congeló su sonrisa. Liam advirtió que las manos femeninas agarraban entonces con fuerza el tablón de

madera que les servía de mesa, y supo que como ya había predicho en más de una ocasión, estaban de nuevo en peligro. Un enviado de Erik *Ojos de Hielo* llegaba reclamando verla, y Érika supo ahora que sus cálculos no habían sido tan exactos, si es que uno de sus hermanos se presentaba como cada año, para llevarse la recaudación. Se mordió el labio, clavó las uñas en la mesa, y Liam la miró preocupado, consciente de la inquietud que la había dejado totalmente inmóvil. Sabía que ella se temía lo peor, y sabía que su cabeza estaba dando mil vueltas, buscando una forma de escapar del nuevo peligro. Ella pensaba, claro que pensaba... Sobre todo... En quién sería aquel que la reclamaba, cuando nadie fuera de aquel poblado, sabía que estaba allí. Snorri la mataría sin esperar a la opinión del padre, y Erik... Su hermano Erik no podría hacer nada por ella, y a falta de valor para matarla, la llevaría hasta el padre para que fuera él quien decidiera su merecido castigo. El hombre que había traído la noticia esperaba la orden de hacer entrar al visitante, mientras Érika le miraba paralizada. No podía moverse, ni hablar, ni pensar...

Entonces Liam descubrió al misterioso visitante atravesando la puerta, antes de haber sido llamado y sus ojos se abrieron desmesuradamente. A pesar de su gran altura y atuendos masculinos, no se podía negar que era una mujer. Llevaba calzas, chaleco y botas de cuero, y una capa de pieles grises sobre sus hombros. Un casco de cuero cubría su cabeza sobre el cabello suelto. Y bajo aquella protección, lucían dos grandes ojos violáceos, y una hermosa boca de gruesos labios enrojecidos, y cortados por el frío. Tras unos instantes de expectación provocada por la desconocida, Liam volvió a la realidad cuando sintió a su lado el brusco movimiento de su acompañante, quien se puso en pie de un salto y se llevó la mano a la espalda, lugar donde guardaba uno de sus esos cuchillos que ya la había visto utilizar. Volvió la mirada hacia Érika y luego miró la mano en el cuchillo. Después sus ojos se volvieron hacia la altísima guerrera, que lentamente se hacía paso, acompañada de una sonrisa muy cercana a la burla. Era como una gran loba blanca... Como un animal carnicero que poco a poco, se va acercando a su indefensa presa, relamiéndose de gusto antes de haber probado su sangre. Y Liam comprendió muy pronto la alarma de Érika. Esta vez sí era cierto que Erik había enviado a una asesina.

La loba blanca se detuvo a pocos pasos de la mesa, inclinó lentamente la cabeza ante ellos, y cuando volvía a mirarlos, su sonrisa se hizo aun más amplia. Érika apretaba el mango del cuchillo, todavía sin haberlo sacado de su vaina.

—Deja el cuchillo, hermana. —Dijo la voz de la desconocida, que por lo visto conocía perfectamente los movimientos de defensa de la otra. —Vengo en forma de salvadora y no de enemiga.

—Bersk... —Musitó Érika sin apartar la mano del cuchillo.

Sin abandonar su sonrisa, Bersk hincó una rodilla en el suelo con la cabeza gacha, como queriendo hacer demostración de sus palabras. Luego se enderezó con una altura que superaba a la de su hermana. Dirigió una lenta mirada a la gente que observaba la escena, y mostró un rápido saludo con la cabeza, que resultó un tanto burlón. Sus grandes ojos volvieron a los de su hermana.

—Querida mía, vas a amarme infinitamente, cuando sepas por que estoy aquí. —Dijo sin abandonar su burlona sonrisa. —He viajado durante días de la forma más desastrosa, con tal de llegar cuanto antes, y estoy cansada y hambrienta. De modo que ten piedad de tu hermana, y ofrécele comida y bebida. Luego quiero hablar contigo.

Érika la miró desconfiada. Solo podía esperar que la noticia de su fechoría, habría llegado a Dinamarca, y que Bersk fue enviada por el padre como cazadora o directamente como asesina. Y aunque era prácticamente imposible que Erik hubiera podido enterarse, lo cierto era que no había ninguna razón que justificara la presencia de su hermana allí, quien según sus palabras ya esperaba encontrarla.

—Bersk...

La vikinga no la miraba. Se había vuelto hacia el exterior y levantaba una mano, haciendo señales a alguien que esperaba fuera. Fue por eso por lo que Érika sacó por fin el puñal, imaginando ya lo que habría tras la puerta. Liam se puso en pie de un salto, sospechando que de nuevo estaban en peligro, y lamentándose en su interior y prometiéndose a si mismo, que si salían airosos de esta, abandonaría por fin a la vikinga. Y sin llegar a relajarse, abrió mucho los ojos cuando lo que vio aparecer fue un niño. Era un pequeño de unos cuatro años, de cabello rubio ceniciento, que sonreía tímidamente a pesar de la inquietud que parecía sentir al adentrarse en aquel lugar desconocido, en donde le esperaban una docena de personas a las que jamás había visto. Caminaba lentamente, mirando a todos con aquella sonrisa, que se agrandó y llenó de seguridad y alegría, cuando sus ojos azules encontraron a alguien junto a la mesa. No pasaba inadvertido su brazo izquierdo, que colgaba deformado y era de menor tamaño que el derecho. El niño corrió hasta la mesa, pasando por delante de la enorme loba. Liam había oído la exclamación ahogada de Érika a su lado, cuando el niño apareció tras la puerta. Ahora la

vio soltando el cuchillo en la mesa, aunque su mano no se apartó demasiado del arma.

—Harald... —Musitó ante el niño que se le acercaba con el brazo sano extendido. —Harald...

Érika se arrodilló para abrazar al pequeño, le besó varias veces en las mejillas, y luego miró a su hermana. Bersk sonreía tiernamente ante el reencuentro, lo cual la alejó por un momento de su apariencia salvaje y lobuna.

—¿Qué es esto, hermana? —Preguntó Érika enderezándose con el niño abrazado a sus caderas. —¿Qué haces aquí y por qué has traído a tu hijo?

Bersk perdió su tierna sonrisa, y de nuevo regresó el salvaje animal que llevaba dentro. Recorrió la silenciosa sala con la mirada, mirando a todos y a cada uno de los presentes, exceptuando a su hermana, y agitó una mano enguantada.

—Vamos... todos fuera de aquí. —Ordenó. Y no sabiendo a quien debían obedecer, todos miraron a Érika, lo cual molestó a Bersk —¿A qué esperáis para obedecer a la hija de Erik *Ojos de Hielo*?

Las dos muchachas que habían sufrido a la otra hija de Erik durante días, no necesitaron más órdenes ni presentaciones, y corrieron hacia el exterior evitando acercarse demasiado a la enorme mujer cuando pasaron a su lado. Los hombres esperaron a saber la opinión de Érika antes de obedecer a la desconocida, que era su innegable hermana. Como esta asintió, aunque era obvio que desaprobaba las órdenes de la otra, todos obedecieron y abandonaron el lugar lentamente.

Los ojos de la loba se clavaron en Liam, cuando le miró por primera vez.

—Y tu, chico... ¡Fuera también!

El inglés frunció el ceño molesto por el trato de la mujer, y miró a Érika.

—Él se queda, es de mi total confianza. Y tú, dime qué estás haciendo aquí.

Bersk sonrió de nuevo, pero era su sonrisa como una eterna burla sin alegría. Se sacó el casco, y sacudió la cabeza para colocar sus cabellos. Luego se quitó la capa de pieles, demostrando que fue la prenda lo que la había hecho parecer tan grande. En realidad y a pesar de su altura, era una mujer delgada. Lo dejó todo en un banco, y ante su primer paso hacia la mesa, Liam reconoció la desconfianza que aun había en Érika.

—Bien, hermana, déjame sentar y te contaré mientras me alimento. En realidad no tenemos demasiado tiempo, te advierto... —Miró a su hijo. —

Harald, siéntate a comer.

El niño obedeció gustoso y tomó asiento en uno de los bancos, junto a la silla que antes había ocupado su tía, y esta se apartó lentamente de allí sin dejar de mirar a la madre, quien se acercaba para sentarse con su hijo. La desconfianza que Érika mostraba hacia su hermana, inquietaba a Liam, que instintivamente se apartó despacio cuando la nueva vikinga pasó a su lado. Tanta cautela ante su cercanía, arrancó una perezosa sonrisa burlona a Bersk cuando pasaba junto al inglés.

—Deja de temerme, Érika. —Se quejó Bersk perezosa mientras tomaba asiento. —¿Crees que habría traído a mi hijo si viniera a hacerte algún daño? Él te quiere y jamás me lo perdonaría.

¿Desde cuando te importan sus sentimientos?, pensó Érika injustamente quizá, y sin atreverse a decirlo. Miró al niño, cuyo brazo izquierdo permanecía inservible sobre la mesa, y correspondió a su sonrisa.

Bersk demostró sus rudos modales en la mesa alcanzando dos tortas de pan, para dejar una frente a su hijo, y otra frente a ella. Luego con un hambre voraz, comenzó a engullir todo lo que ponía sobre aquel pan, mientras su hermana y el inglés la observaban desde ambos extremos de la mesa. No duró mucho el silencio de la mujer de largos cabellos rubios. Dio un buen trago de cerveza, y sin dejar de masticar habló a su hermana aunque no la miraba.

—Reconozco que tienes arrojito, Érika. —Dijo asintiendo. —Yo misma he sentido alguna vez el deseo de hacerlo. Pero el temor a padre es más grande que mi codicia, y no me habría atrevido. Y ahora que tú has dado el primer paso, y que ya no hay marcha atrás... Si te conviene, lo haremos juntas... Creo que me merezco ser tu socia, después de haberme embarcado en un espantoso viaje con la intención de salvar tu vida.

Érika miraba a su hermana con una suspicaz atención. Entendía perfectamente sus palabras e intenciones, pero le sorprendía sumamente que Bersk estuviera al tanto de todo lo ocurrido allí. Bersk había hablado sin dejar de comer y sin dirigirle una sola mirada, con una pasmosa tranquilidad.

—¿Cómo sabes tú...?

Se echó hacia adelante para preguntar, con las manos sobre la mesa. Pero Bersk interrumpió aquella pregunta, moviendo una de sus grasientas manos por la comida.

—Eres buena planeando y calculando tus ideas, hermana. Tengo que reconocértelo. Pero... —Bersk se interrumpió para limpiar con el dorso de la mano sus labios grasientos. Luego frotó sus manos con un paño usado y sucio,

y bebió de un trago la cerveza que quedaba en su vaso. Le hizo una señal a su hermana para que lo rellenara, y continuó. —Pero, querida, tu problema es que no sabes rematar y por muy buenas ideas que tengas, nunca te saldrán bien. Y aquí me tienes a mí para remediar ese pequeño fallo.

Érika sirvió la cerveza, y tomó asiento lentamente sin dejar de mirar a su hermana. Ya se había tranquilizado, reconociendo por fin que si Bersk hubiera estado allí para matarla, lo habría hecho antes de sentarse a comer. Además, ya no tenía dudas sobre el motivo de su presencia en aquel lugar. Vio que Bersk daba por terminada su comida, porque se echó hacia atrás en el asiento que había pertenecido al tío Balder, y cubrió con su mano un silencioso eructo. Harald comía tranquilo junto a su madre, y a Érika le pareció que el niño era feliz de tener a la madre a su lado.

Como Érika no dijo nada, Bersk continuó con su discurso. Ahora la miró con aquellos grandes ojos violáceos.

—Lo hiciste muy bien... —Admitió asintiendo con la cabeza. —Pero no tuviste en cuenta que el tío Balder tenía familia... Un muchacho, tres niños, y una mocosa que se presentó en casa como esposa de Balder.

Los ojos de Érika se abrieron enormemente entonces al comprender su error, y lentamente se puso en pie.

—Tranquila... tranquila. —Calmó Bersk con un gesto de las manos. —No tenemos mucho tiempo, pero no es necesario que empecemos a correr como dos locas. Si, querida... Los hijos de Balder presenciaron el asesinato, oyeron tus órdenes... Parece que el muchacho es todo un valiente... Con toda la familia a su cargo, buscó un barco y no se detuvo hasta presentarse en casa de padre para denunciarte.

Los ojos de Érika no podrían abrirse más según iba escuchando las palabras que Bersk relataba con una molesta parsimonia.

—Necesitaron tomar al menos tres barcos distintos, pero finalmente aparecieron una noche, harapientos, muertos de hambre y agotados...

Bersk continuó con su relato. Decía que los fugitivos cuya existencia había pasado inadvertida para Érika, llegaron una noche y se presentaron en la casa principal del poblado. Allí todo el mundo dormía, excepto la misma Bersk, quien se había entretenido un tiempo tras una cena familiar, bebiendo con Erik *El pelirrojo* y otro de los hermanos más jóvenes.

—El muchacho dijo que una de las hijas de Erik, que como tal se había presentado, asesinó a su padre y luego se hizo con el mando del poblado. Que él había conseguido escapar y poner a salvo al resto de la familia... —Bersk

se mostró seria y chasqueó la lengua como si reprobara la falta de eficacia de su hermana. —Debiste contar con que el muchacho podría ir a denunciarte, y haberlo matado. O al menos, haber dado una razón convincente... Algo así como que padre te había enviado para hacer desaparecer a Balder...

—Fue exactamente lo que hice. —La interrumpió Érika. —El muchacho debió escapar antes de haberlo oído. Nunca le vi, o al menos, no lo recuerdo.

Puede que hubiera cometido el error de no advertir que Balder tenía familia, por lo que durante los días que pasó allí, jamás los echó en falta. Pero como bien aclaró a Bersk, realmente dio una buena razón para haber matado al hombre.

—Le dije a Balder que padre me había enviado a mí esta vez. —Continuó. —No me creyó y consiguió descubrir el engaño... De modo que lo maté para evitar que él hiciera lo mismo conmigo, y dije a sus hombres que padre quería muerto a su hermano para dejar aquí a uno de sus hijos como señor.

—Debiste matarlo sin más y ahorrarte tanto cuento, hermana. Era de esperar que sospechara de ti, sabiendo como sabía que tu padre nunca te ha aceptado como hija, y que habría confiado en cualquiera de todos sus hijos varones, antes que enviar a la bastarda. ¿Contaste con ello?

—No, lo admito. Pero trato de ahorrarles a mis manos, tanta sangre como sea posible.

Bersk no la miró, pero sonrió como si se burlara de la inútil sensibilidad de su hermana.

—Y además cometiste el error de quedarte aquí. Debiste cogerlo todo después de matarle, y marcharte. Desde luego, ya sabía yo cuando salí de casa, que te encontraría aquí, contando con que padre no se enteraría de nada hasta que enviara a nuestro hermano, algo que no esperabas todavía.

Erika no dijo nada, porque admitía que su hermana tenía razón. Y Bersk suspiró y se puso en pie lentamente. Miró un momento a su hijo, que aún seguía comiendo, y a Érika le pareció ver un gesto maternal en su brutal hermana.

—Como te decía... —Continuó Bersk. —Aquella noche... y como casi todas, el cabrón de Snorri había bebido hasta explotar su enorme barriga, y aunque dormía cerca, no se enteró de nada. Sólo algunas mujeres y niños que dormían en la sala, se despertaron cuando aparecieron los cachorros y la zorrilla de Balder. El muchacho nos hizo saber lo que habías hecho y entonces yo, simulando una borrachera, les hice creer que me importaba un cuerno tu hazaña y que me iba a dormir.

Pero Bersk que había pasado varios años maquinando aquel negocio, y que como ya había dicho, nunca encontró el valor necesario, no fue a dormir la borrachera. Los dos barcos de Erik eran como dos estrellas lejanas en el inmenso mar desde hacía unas pocas horas, y se le esperaba en la playa con los primeros rayos de sol. Contaba con que su hermana Érika ya estuviera muy lejos de poblado inglés de *Ojos de Hielo*, disfrutando de su nueva fortuna y a la vez, buscando el lugar más recóndito de la Tierra, a sabiendas de que el padre no descansaría hasta encontrarla para descuartizarla como castigo. Pero Bersk también sospechaba que quizá su hermana estaría disfrutando de su nueva posición como señora del lugar, confiando en que el padre tardaría en regresar a casa, y que mientras no lo hiciera, no habría barcos para ir a vengar su delito. Además, tuvo tiempo de escuchar al muchacho de Balder, cuando este dijo que la ladrona no había advertido la presencia de la familia. Por lo tanto, Érika viviría ignorante y sin imaginar que su fechoría sería conocida en Dinamarca muy pronto. Bersk lo tuvo claro en aquellos momentos. Preparó un sencillo equipaje y despertó a su hijo. Iba a salvar a su hermana de una muerte terrible... Aunque la idea de llenar de oro sus propios bolsillos, era lo que la motivaba realmente. Como hizo Érika semanas antes, también robó un caballo a su padre, y con el cuerpecillo de su hijo sujeto contra su pecho, cabalgó hacia el Oeste en busca de un barco de mercancías, piratas, o cualquier tipo de embarcación que encontrara. No habría llevado al pequeño Harald con ella, si no tuviera la certeza de que no iba a regresar jamás.

No iba a salvar a Érika por amor, ni mucho menos. Si su hermana encontraba la muerte por haber desafiado a *Ojos de Hielo*, era asunto suyo. Lo único que movía a Bersk era la codicia. Estaba segura de encontrar a su hermana aposentada en el lugar de Balder, y tenía pensado proponerle un negocio. Ella le salvaba la vida anunciándole que en Dinamarca se había conocido su fechoría, poco antes de que el padre regresara a casa, y Érika repartía el botín como pago. Era un trato justo según pensaba Bersk, aunque... Sabía bien que su hermana se negaría a hacer reparticiones. No deseaba matarla, pero si no aceptaba el trato, Bersk no pensaba irse con las manos vacías.

Bersk no se atrevió a tocar con su mano grasienta la cabellera de color platino de su hijo, así que le rozó en el hombro para llamar su atención. El niño plenamente satisfecho, no tanto por haber comido, sino por encontrarse junto a las dos mujeres que más quería, y dichoso por haber podido acompañar a su madre en este último viaje, levantó una risueña mirada hacia

la mujer.

—Basta ya de comer, pequeño. —Dijo ella con una ternura que llamó la atención de Érika. —¿Quieres verte explotando como tu tío Snorri?

Ambos se sonrieron el uno al otro cariñosamente. Harald no hablaba mucho, y normalmente le bastaba con un simple gesto para comunicar sus sentimientos.

—Ve afuera para lavarte esas manos y la cara. —Continuó la madre. —Y di que busquen ropas para ti.

El niño asintió con una dulce sonrisa entre churretones de grasa, y corrió hacia la puerta cerrada.

Los tres adultos siguieron con sus miradas la carrera del niño, y Érika volvió la cabeza rápidamente hacia su hermana, antes de que Harald hubiera desaparecido. De pronto comprendía que Bersk se había deshecho del niño, y eso solo podía tener un motivo. Pero vio que Bersk se sentaba tranquilamente y relajada contra el respaldo del sillón.

—Bien, hermana... —Bersk la miró y se interrumpió a sí misma al detectar un gesto de desconfianza en la otra. Suspiró cansada. —Relájate, Érika, no voy a hacerte daño. He venido para salvarte la vida, como te he dicho. Ahora, escucha esto: Tomé un barco que zarpó esa misma mañana... Al mismo tiempo, padre debió llegar a tierra. Calcula cuanto tardaron en comunicarle tu travesura, cuanto en descargar uno de los barcos para hacerlo zarpar de nuevo... Y réstale el tiempo que tardé en cabalgar hasta este lugar, porque a mi no me dejaron cerca de esta playa. Sin embargo, padre navega directamente hasta aquí. ¿Puedes calcular el tiempo que le saco de ventaja a padre? Porque estoy segura de que salió en tu busca en cuanto le fue posible. De modo, que más vale que empecemos a prepararnos, y nos alejemos de aquí cuanto antes.

Érika se mordía el labio. No iba a molestarse en calcular los datos que Bersk le había dado, pero estaba segura de que apenas tenían una hora para escapar. La miró directamente a los ojos.

—Y bien... ¿Cuál es el precio que tiene mi vida para ti? —Preguntó. —¿Cuánto piensas pedirme por haberla salvado, si...? Si es que es cierto que padre está cerca y viene a por mí.

Bersk asintió despacio y se puso en pie.

—Eso lo discutiremos cuando estemos a salvo. Ahora, dime... ¿Tienes todo el dinero preparado?

—¿Qué dinero?

—Bueno... ¿Mataste a Balder por nada? —Preguntó comenzando a

sospechar un posible engaño. —Te advierto que no me di este maldito viaje en un barco de cerdos sangrientos para nada...

—Hay dos carros de mercancías preparados desde hace unos días. Solo faltan algunos...

—¿Mercancías? ¿Carros? —Preguntó sorprendida y golpeándose la frente con el dedo índice. —Hermana... ¿eres estúpida? ¿Qué piensas hacer con fardos de lana y sacos de cereal?

Érika suspiró molesta y miró un momento a Liam, quien desde hacía un buen rato se sentía como un fantasma en aquella sala. Suspiró también, cansado de la escena familiar que no le concernía. No había suficiente con una demonia del Norte, y ahora aparecía esa otra, que desde luego, resultaba tan temible que incluso su sanguinaria hermana parecía un dulce gatito asustado.

—La gente aquí aun cree que padre me envió por el pago anual. —Respondió—. He de llevármelo, si no quiero que sospechen y me detengan. Además, dos carros de mercancías pueden venderse fácilmente en un mercado, por lo que sacaré una buena suma. Desde un principio, ese fue mi plan.

—Si, pero ahora somos dos a repartir. —Aclaró Bersk. —Esas mercancías se quedaran en una miseria.

—Somos tres. —Aclaró también Érika. Y señaló a Liam con la cabeza. —Le prometí una parte a él. Y en cuanto a ti...

—Discutiremos eso cuando estemos a salvo. —Cortó Bersk. —Pero no quiero imaginar por que repartes con ese inglés. Y tampoco me importa. Ahora dime... ¿Dónde dormía Balder?

Érika la miró sin comprender.

—¡Vamos, hermana! —Apremió Bersk. —El bastardo de tu padre debe estar cerca, y yo quiero estar muy lejos para cuando él aparezca por esa puerta.

Bersk entró en la alcoba señalada, y sus ojos de cazadora se movieron rápido de un lado a otro. Se acercó inquieta hasta un arcón que había junto a la pared, y tras levantar la tapa, comenzó a sacar ropas que estaban colocadas en rollos. Se desnudó deprisa, y Érika comprendiendo que su hermana iba a cambiar su ropa sucia por otra limpia, se apresuró recogiendo todo aquello que Bersk desechaba, para meterlo en un hato que se llevarían. Ambas hermanas se pusieron sus chalecos de cuero, y capas de pieles y se armaron. Una vez preparada para salir de viaje, Bersk apartó el arcón de una patada y con el pie tanteó el suelo que antes había cubierto el rico mueble de madera y remaches. Desenvainó su espada a la espalda, y Érika se volvió

instintivamente y se llevó la mano a su propia arma. Descubrió al mirar a su hermana, que no era ella el objeto de su interés, sino el mismo suelo. Bersk apartó la tierra, y una risa silenciosa escapó de sus gruesos labios. Apoyó la punta del arma en el madero que había descubierto bajo la tierra, y lo levantó con una sonrisa de satisfacción. Luego la vikinga se agachó para introducir una mano en el hueco del suelo, y cuando volvió a sacarla, agarraba una bolsa de piel más grande que su propio puño. Dejó la bolsa a un lado y continuó sacando más, hasta contar diez. Érika la miraba estupefacta, y Liam que había entrado a recoger sus cosas no daba crédito.

—¿Cómo sabías...?

Bersk no dejó acabar la pregunta de su hermana, mientras iba por una sábana de la cama, en donde amontonaría todas las bolsas de monedas.

—Soy una saqueadora, *Ojos de Hielo*, y tú misma deberías haberlo encontrado antes que yo. ¿A qué demonios te has estado dedicando todos estos años? —Dijo haciendo un nudo en la sábana. —Por cierto... qué ricas telas cubrían a Balder en su sueño. Y si padre hubiera sabido cuánto dinero produce su poblado inglés... —Miró burlona a Érika. —Le habría matado antes que tú. Salgamos de aquí.

Érika se quedó parada y siguió con la mirada a su hermana que iba hacia la puerta, cargada con el fardo lleno de bolsas de monedas. Bersk había tomado el mando desde el momento en que puso un pie en aquel lugar, inmiscuyéndose en su propio negocio y dando las órdenes, mientras Érika únicamente la observaba. Se dio cuenta de que primero la impresión al verla, y luego la sorpresa al saberse descubierta, la habían mantenido inactiva demasiado tiempo. No dio un paso tras su hermana y la llamó. Bersk se volvió con su fardo al hombro.

—Yo tomé el lugar. —La advirtió. —Yo tengo el mando y tú me sigues a mí.

—Tienes tus carros, yo he encontrado el dinero.

Érika meneó lentamente la cabeza, y sus ojos de hielo mostraron a Bersk una clara advertencia.

—Los carros son demasiado lentos, y tenemos prisa por escapar de padre. Repartiremos el dinero.

Pareció vacilar la mujer de ojos como violetas. De no haber sido por ella, su hermana habría salido de allí con esos míseros y lentos carros, dejando las preciadas monedas... Terminó asintiendo. Por el momento aceptaba el trato porque no había tiempo para negociar o pelear directamente. Más tarde y lejos

de aquel lugar, aceptaría o terminaría matando a su hermana, y al inútil inglés para quedarse con todo.

Los hombres de Balder vieron alejarse a las hijas de Erik junto al inglés y el niño, que viajaba con su madre. Aquella nueva nórdica vestida de hombre que llegó esa mañana, había aparecido para anunciar que el barco ya les esperaba en la playa. Eso habían dicho antes de salir todos de allí cabalgando, con hatos de provisiones. Pero daba la sensación de que se alejaban para no volver, mientras los carros de mercancías esperaban ya preparados en el patio. Los hombres se miraron unos a otros suspicaces, y algunos se encogieron de hombros. Tras la muerte de Balder no habían hecho otra cosa que obedecer a las hijas de quien realmente era el señor de todo, y ahora que las veían alejarse, solo deseaban que el nuevo señor, si es que este ya estaba en la playa, apareciera para hacer regresar de nuevo el sosiego.

VI

Liam había planeado cabalgar hacia el Oeste en busca de la costa, en donde unos días después podría tomar una embarcación para cruzar a la isla vecina. Érika pretendía seguirle, pero Bersk les hizo saber que aquella era la peor de las ideas. El barco que la había traído desde Dinamarca, era un transporte de hombres de armas que se le enviaban al rey danés de York para la campaña contra el rey anglosajón Eduardo. La zona de Mercia que debían atravesar, estaría plagada de ejércitos de los dos bandos, y resultaría peligroso para viajar. Bersk propuso tomar el camino del Sur, hacia el Támesis y cruzar Kent hasta llegar a la costa como una opción más segura.

Érika asintió ante la propuesta de su hermana, y miró al inglés para saber su opinión. Liam pensó que aunque la vikinga tuviera razón, el lugar que menos le convenía a él atravesar, era el propuesto por ella. No se había jugado el cuello tantas veces desde que abandonó a su hermano, para ir ahora directamente hacia él. Los animales se movían inquietos con sus jinetes sobre ellos, que les mantenían detenidos mientras deliberaban. Liam miró a Erika pensativo. Ellas podrían tomar los caminos que desearan, él jamás buscó la compañía de nadie en su viaje, y no se vería obligado a seguir a ninguna vikinga. Érika temió entonces la respuesta del inglés. Bajó la mirada pensativo, impacientando con ello a Bersk, y cuando sus ojos regresaron a Érika asintió lentamente, haciendo que ella respirara aliviada. Continuaron su camino.

Viajaron sin hablar durante al menos una hora, y luego relajaron el paso. Fue entonces cuando Bersk rompió el silencio. Llevaba a su hijo con la espalda apoyada en su pecho, y con una mano tomaba las riendas y con la otra, sujetaba al pequeño. Pocas veces había mostrado gestos de amor hacia Harald mientras el niño crecía, y aun menos se preocupaba por él si había bebido demasiado o ingerido los malditos hongos, cuyos efectos alucinógenos ya no necesitaba, tras haber sido encerrada por su hermano Erik durante semanas. El invierno pasado hubo momentos de lucidez en la mujer, en que logró darse cuenta del amor que sentía hacia ese pequeño y dulce ser, que tanto la amaba a pesar de su reprochable comportamiento como madre. Bersk besó la cabecita rubia y apretó el cuerpecillo delgado contra su cuerpo. Fue un momento de

amor y ternura, antes de dar paso a su naturaleza depredadora. Ahora se mostraba como una loba dulce y protectora con su cachorro, y una loba salvaje ante su presa. Volvió la cabeza hacia Érika, que cabalgaba en silencio cerca de ella.

—Hermana, ¿cómo sugieres que repartamos el botín? —Preguntó.

Érika la miró y ambas se midieron con sus miradas durante unos segundos. No había dejado de pensar en ello durante todo el viaje, y es que aunque ella solía comportarse como un ser justo y honrado, conocía bien a su depredadora y codiciosa hermana. En su caso, Bersk la habría matado para quedarse con todo, aun a pesar de haberle salvado la vida con el anuncio de la llegada del padre. Pero Érika asumía su deber de pagarle la ayuda prestada, y eso es lo que haría a pesar de todo.

—Hay más que suficiente para todos. —Respondió—. No sugiero, ordeno. Repartiremos a partes iguales, ya que cada uno hemos puesto algo de nuestra parte para conseguirlo.

Bersk asintió, pero no la miró. En cambio, Harald la observaba en silencio con un claro gesto de tristeza desde los brazos protectores de su madre. El niño detectaba la tensión que bullía entre las dos mujeres a las que más amaba, y aunque el rechazo y la desconfianza entre ellas era algo habitual, ahora que eran fugitivos y estaban lejos del *abuelo malo*, el niño habría deseado verlas juntas y en paz.

Bersk volvió a mirar a su hermana.

—Tú tomaste el lugar, te deshiciste del tío Balder y yo encontré el dinero. —Admitió. —Pero... ¿qué ha hecho el inglés para ganarse su parte?

—Salvó mi vida cuando tenía heridas de muerte, y mató al hombre que trató de vengar a Balder. ¿Tienes aún alguna duda, o aceptas el trato y te olvidas de matarme?

Bersk aceptaba el trato por el momento, aunque en realidad no lo tenía del todo claro. Lo que sí sabía a ciencia cierta, era que su hermana sería honrada y cumpliría su palabra. En ese sentido, pensó sonriendo, eran totalmente distintas.

—¿Quién es y por qué estás con él?

Érika abrió la boca para hacerle saber que no respondería a sus preguntas a cerca de Liam. Pero él estaba cansado de escuchar y observar mientras ellas hablaban y actuaban, e incluso algunas veces lo incluían en sus conversaciones como si él no existiera.

—Me llamo Liam. —Dijo mirando hacia el frente y sin dirigir una sola

mirada a las mujeres. —No tengo interés en el botín, y aunque Érika me lo ha ofrecido, jamás le he mostrado ninguna intención de reclamar una parte. Podéis repartirlo entre ambas o pelearos por él, y dejar de incluirme en vuestras conversaciones. Nunca necesité ese dinero, y no va a hacerme falta ahora. Yo voy a Eire, y Érika me sigue por propia decisión. Quiero que quede claro que no soy uno más en vuestra banda de saqueadoras y asesinas, sino que simplemente me seguís hacia mi destino, y no por que yo lo desee.

—¿Por qué le sigues? —Preguntó Bersk a su hermana, y de nuevo pareció como si el inglés no existiera para ella.

Érika habría evitado darle tanta información a Bersk, pero ya no había remedio para eso.

—Padre no me buscará allí. —Dijo.

Bersk asintió coincidiendo con ella.

De nuevo reinó el silencio entre ellos, que duró hasta el momento en que Harald pocas horas después, despertó entre los brazos de su madre emitiendo sus primeras palabras desde que aparecieran aquella mañana.

—Madre, tengo hambre...

Al anochecer descansaron al abrigo de unas rocas, y retomaron la marcha cuando aún era muy temprano. Tanto como Liam sabía que se estaba exponiendo a ser sorprendido por su hermano, las dos mujeres ya no temían que el padre pudiera encontrarlas. Y es que sabían que Erik *Ojos de Hielo*, no tendría tiempo ni ganas para emprender una expedición tan larga y costosa como la de recorrerse los cuatro puntos cardinales en busca de sus hijas. De modo que juraría venganza, no antes de haber sacrificado a aquellos hombres de armas, que permitieron el asesinato de su hermano y el robo en su casa. Y con la esperanza de tener algún día a sus dos bastardas ante él, prometería todo tipo de horribles muertes para ellas.

Con sus mentes calmadas, sabiéndose a salvo, esa misma tarde vieron aparecer en la lejanía una alta empalizada ante sus ojos. Debía tratarse de una ciudad importante por el tamaño que se adivinaba, y era eso justamente lo que buscaban para descansar y pasar desapercibidos. Liam advirtió de la necesidad de no llamar la atención, sugiriendo a las dos mujeres que sus atuendos y armas, eran precisamente lo que más atraería las miradas de todos. Era necesario que cambiaran sus ropas masculinas por las faldas que habían tomado del arcón de Balder. Largas túnicas de buenas telas en colores rojos bordados, y costosas capas femeninas, cubrían ahora a las dos vikingas convertidas como por arte de magia en dos hermosas damas, cuando

aparecieron de detrás de los matorrales. Incluso habían recogido sus trenzas sobre la cabeza, y cuando Liam pudo verlas, tuvo la sensación de que las rubias valquirias habían sufrido un sortilegio que las convirtió en dulces princesas. Era obvio a la vista que esta no era la primera vez que vestían como mujeres, por la naturalidad con que manejaban las faldas. Antes de subir al caballo, los ojos de Bersk sorprendieron a la impresionada mirada del inglés, y sonrió burlona.

—Miras a mi hermana como si se hubiera convertido en un corderillo, lobo inglés. —Dijo.

Liam se molestó por el comentario que ni mucho menos podía tener atisbos de realidad. La vikinga no le atraía lo más mínimo, y sólo fue la impresión de verla convertida en una dama, lo que podría haber atraído a su mirada de aquella forma. Una mujer tan alta como él, quizá incluso más fuerte y que manejaba la espada como un hombre, le hacía sentirse como un ser indefenso a su lado. No le gustaba Érika. Miró a Bersk y por primera vez le mostró una sonrisa a la brusca nórdica, aunque más bien era una demostración de ironía.

—La he visto desnuda en más de una ocasión, y no he sentido el más mínimo interés como hombre. —Dijo.

Érika volvió la cabeza molesta por la declaración que según ella, no era de la incumbencia de su hermana, y que además podría llevarla a pensar cosas que no eran ciertas. Sabía cual iba a ser la impresión de Bersk ante eso. La vikinga también miró a Liam, y lo hizo sorprendida, pues no había advertido ni una pizca de afecto entre los dos que le hubiera llevado a averiguar que eran amantes.

—Vaya... —Musitó burlona. —Así que el inglés ha conseguido abrir tu corazón, hermana... ¿O solamente sois amantes?

Érika resopló molesta y azuzó al caballo para adelantarse, sin molestarse en responder a la curiosidad de su hermana. Bersk rió y miró a Liam, esperando una respuesta.

—Solamente curé sus heridas. —Respondió muy serio. —No es ella la clase de mujer con la que yo yacería.

Liam también se adelantó, con la intención de librarse de un interrogatorio al que no le apetecía verse sometido. Pero Bersk le siguió hasta tomar posición a su lado.

—¿Ah, no? —Preguntó. —¿Es que existen distintos tipos de vainas en las que meter o no tu espada? Creí que a un hombre le importaba muy poco la vaina, con tal de enfundar el arma...

La tenía a su lado como si fuera una maldita mosca fastidiosa, mientras Érika les adelantaba unos metros sin prestarles atención. Liam no pudo evitar su ceño fruncido, observándola incrédulo. Veía a una hermosa dama rubia sobre un caballo, con su hijo protegido contra el pecho, y le resultaba increíble que aquellas palabras hubieran salido de la visión que tenía ante sus ojos. No dijo nada como respuesta, y miró hacia el frente. Bersk rió de nuevo burlona.

—Me temo que le das tan poco uso a tu espada, que debe estar más oxidada que la de un anciano, si es que eres tan escrupuloso. —Dijo.

—Escrupuloso no. —Respondió molesto. —Es solo que me temo que yacer con cualquiera de vosotras dos, sería como hacerlo con un perfecto macho vikingo. Me cuesta creer que haya una flor, en lugar de una larga espada bajo esas faldas que ahora os cubren.

Bersk rió a carcajadas sin molestarse.

—Has dicho que la viste desnuda... ¿había espada?

Liam volvió la cabeza para mirarla irritado, pero no respondió.

—Es más, inglés... ¿quieres ver luego si lo que hay bajo estas faldas no te satisface?

Él frunció los párpados y resopló incapaz de creer lo que había oído. Qué clase de mujer... Su rostro enrojeció como si se hubiera tratado de un muchachito imberbe, y tuvo que apartar la mirada avergonzado, más que nada por aquella reacción involuntaria. Incapaz de mirar a la mujer, sus ojos bajaron hasta el rubicundo rostro del pequeño, que le observaba sosegado y muy cómodo entre los brazos de su madre. El rojo de su semblante desapareció de repente, y miró enojado a la nórdica.

—Tu hijo escucha, mujer. —La reprendió. —¿No te importa lo que dices ante sus infantiles oídos?

Bersk dejó de reír pero no cambió su expresión divertida, y acarició el rostro de su niño acurrucado contra su pecho.

—¿Por qué iba a importarme? —Preguntó. —¿Cuánto crees que tardará en tener una buena espada que envainar?

La cabeza de Liam se movió de un lado a otro, con un gesto de incredulidad y rechazo. No dijo nada más, y se adelantó para dar por terminada la conversación con aquella mujer. Érika cabalgaba tranquila por delante de ellos, ajena a lo que había sido una divertida charla solo para Bersk. Liam evitó también la compañía de esta otra vikinga, cabalgando justo detrás de ella. Le resultaba asombrosa la falta de decencia en aquellas dos,

que no era que le parecieran dos ramera, sino más bien dos guerreros de insaciables vergas. Ambas se le habían insinuado, o más bien, habían ido directamente al grano ofreciéndose a él. O quizá más acertado era pensar, que se habrían beneficiado de él como dos hombretones ante una doncella. Tal vez cualquier otro hombre no lo habría dudado, aprovechando tan grata oportunidad. Quizá cualquier hombre, pero no Liam. Estas dos le inspiraban tanto deseo como una anciana centenaria.

Aparecieron ante sus miradas al ascender la loma, y Érika detuvo al caballo. Eran tres hombres, y claramente les habían estado observando desde hacía rato. Los tres soldados anglosajones les cortaban el paso, y Liam se adelantó para ocuparse. Fue entonces cuando en lugar de sentirse aliviado porque eran soldados y no salteadores de caminos, supo que estaba perdido. No había reconocido a los otros dos, pero la altísima figura de Aldwulf le dio en la cara como si se hubiera tratado de un bofetón. El hombre de larga y negra cabellera, recogida desde las sienes con dos finas trenzas a modo de diadema, también le había reconocido y sonrió, aunque en sus ojos castaños se detectaba un leve gesto de ira. Liam respiró hondamente resignado, mientras las dos vikingas, cuyas espadas viajaban en los costados de sus monturas dispuestas a ser manejadas, esperaban que fuera el inglés quien se comunicara con los soldados.

—Tranquilo, Liam.. —Dijo perezosamente el alto soldado. —No tienes que echar a correr, porque no puedo ir tras de ti ahora. Aunque tu hermano ya me tuvo varios días cabalgando en tu busca.

La voz de Aldwulf no ocultaba un profundo reproche.

—¿Qué haces entonces por aquí? —Preguntó Liam.

El soldado dejó de observar con curiosidad a las dos rubias mujeres, y clavó sus oscuros ojos en quien para él no era en este momento, más que el caprichoso y malcriado hermano del hombre al que servía desde la infancia.

—Hay un campamento ahí, cerca de la ciudad. —Respondió—. Solo esperamos a estar todos reunidos para ir a servir al rey.

Liam se preocupó.

—¿Han llamado a Hakon a la guerra? —Preguntó. —Creí que era más necesario en la costa para retener las incursiones piratas.

Aldwulf asintió contrariado y cruzó sus largos brazos.

—Pues ahora descubres que hacen falta más hombres, y nos toca ir a la batalla. —Respondió—. Puedes viajar tranquilo, tu hermano se ha dado cuenta de que tiene mejores cosas que hacer que perseguirte por toda la isla como a

una doncella desobediente.

Era como si eso aliviara a Aldwulf, quien no se molestaba en disimular.

—¿Está en ese campamento? —Preguntó señalando con la cabeza la aglomeración de tiendas situadas junto a la empalizada.

—¿Quieres verle, o tienes miedo de acercarte y que te capture?

Liam no le censuró por la forma de dirigirse a él, nunca lo hacía. Miró indeciso al hombre pocos años mayor que él, considerando la idea de seguir su camino o si como Aldwulf decía, estaban cerca de entrar en batalla, ir a encontrarse con su hermano.

—¿Quiénes son? —Preguntó Aldwulf señalando a las mujeres con la cabeza. —El único danés que puede pisar estas tierras con la cabeza sobre los hombros es Hakon.

A pesar de la cantidad de mujeres rubias inglesas que uno podía encontrar por allí, estas no podían negar su procedencia, sobre todo por el aspecto nacarado que presentaba su piel tras un largo invierno nórdico.

Liam no respondió y se volvió para mirarlas. Afortunadamente Aldwulf no hablaba la lengua danesa.

—Voy a ir al campamento. —Les dijo. —Aquí acaba nuestro camino juntos.

Bersk se lo tomó con más curiosidad que sorpresa. Sin embargo, el gesto de Érika demostraba una alarmada preocupación, que por un momento desconcertó a Liam. Vio que ella abría la boca, aunque finalmente no pudo decir nada, y fue Bersk quien asintió con una sonrisa aceptando de buen grado esa decisión.

—Que tus dioses te cuiden, inglés. —Dijo la nórdica a modo de despedida, y miró a Érika. —Vamos, hermana.

Érika la miró, y de nuevo la inquietud de su mirada regresó a Liam.

—¿Qué hay de nuestro viaje a Eire? —Preguntó.

Liam la miró desconcertado y encogió apenas los hombros.

—¿Nuestro viaje...?

La voz del inglés interrumpió la pregunta que Bersk pretendía hacer.

—Puedes hacerlo igualmente. —Respondió—. No me necesitas para nada.

—Pero... pero tú... ¿sigues pensando en ir?

—¿Qué demonios te pasa, hermana? Balbuceas como un crío. Despídete de él y sigue tu camino.

Bersk estaba preparada para continuar, pero su hermana parecía reacia a seguirle. Era como si esperara una respuesta de Liam con desesperación,

como si la idea de dejarle allí la incomodara, e incluso llegara a dolerle. Él la miraba sin comprender.

—Claro que iré. Ese ha sido mi objetivo desde siempre. Pero no en un momento en que mi hermano está a punto de entrar en batalla. Eso me preocupa y no quiero dejarle ahora. Iré cuando todo esto termine.

Érika respiró hondamente con la mirada baja, y de pronto sus ojos regresaron a los de Liam.

—Está bien. —Dijo asintiendo con la cabeza. —Iré contigo.

Bersk se volvió para mirarla boquiabierta, y Liam meneó la cabeza desconcertado.

—¿Qué te retiene? —Preguntó. —Yo no tengo otra opción que retrasar mi viaje, pero tú...

—No te dejaremos...

—Hermana...

—Me has salvado la vida dos veces. —Explicó muy segura de lo que hacía. —El camino hacia Eire es peligroso, y tú no eres precisamente un experto con la espada. Te esperaré e iremos juntos. Te debo dos veces mi vida.

Liam no entendía tanta preocupación e interés. Puede que él le hubiera tomado algún cariño a la vikinga, pero desde luego, podría separarse en ese mismo momento de ella sin sentir apenas un mínimo de tristeza. De modo que no era capaz de comprender qué demonios le preocupaba a ella, si él debía retomar más tarde aquel viaje en soledad y sin esa protección de la que hablaba.

Importunada por tanta insistencia, Bersk masculló una maldición, y por un momento miró al alto caballero inglés moreno que también la miraba con curiosidad. La vikinga apartó la mirada con un gesto parecido al desprecio, y volvió a mirar a su hermana.

—No espero nada de ti a cambio, Érika, puedes irte tranquila. Me dirijo a un campamento inglés y ese no es el lugar más oportuno para vosotras dos. Además de mujeres, también sois danesas...

—Mi hermana y yo hemos estado en decenas de campamentos de soldados. —Insistió ella. —Y no creo que allí nos vaya peor que a las soldaderas que seguramente lo inundan con sus faldas. En cuanto a que somos danesas, estoy segura de que ese campamento cuenta con más de un mercenario de Dinamarca. Insisto en acompañarte.

—Por todos los dioses, *Ojos de Hielo*... —Protestó Bersk. —¿Puedes

dejarle ir?

Liam la miró pensativo durante unos breves instantes. Luego miró a Bersk y a su hijo, y finalmente asintió.

Bersk podría haber continuado su camino y alejarse de allí, en la dirección que le hubiera parecido mejor y más aceptable. Y sin embargo, finalmente les siguió a pesar de sus protestas. Al igual que Liam, no entendía que su hermana se negara a continuar sin él, lo cual les obligaría a permanecer en un campamento de guerra enemigo, durante quizá demasiado tiempo. Se habría marchado sola entonces, de no ser porque la presencia de su hijo le impediría sentirse segura, viajando sin otra compañía que pudiera hacerse cargo del niño si a ella llegaba a ocurrirle algo.

Aldwulf adelantaba la marcha hacia el campamento, situado en una hondonada bajo la colina que ascendía hacia la ciudad. Cientos de tiendas de campaña, carros, mesas de caballete, animales y seres humanos lo poblaban. Allí permanecían todos los jefes llamados a la guerra, en espera de estar reunidos para ir a la batalla junto a Eduardo *El viejo*. Traspasaron la guardia sin problemas, aunque los tres nuevos jinetes que acompañaban a Aldwulf, consiguieron llamar la atención de todos aquellos que los veían pasar. La gente detenía sus quehaceres para observarles interesados, e incluso algún conocido desconcertado por su inesperada llegada saludó a Liam. Una mujer de largo cabello rizado, suelto hasta la cintura, descalza y con la túnica demasiado abierta en el pecho, apartó su sonrisa y la mirada cautivadora del soldado al que pretendía seducir, para mirar a las dos mujeres rubias a caballo, con un gesto de molestia por la competencia que se le presentaba. Las únicas mujeres que poblaban el campamento, eran soldaderas que trabajaban por cuenta propia, siguiendo a los soldados allá a donde fueran. De modo que por muy buenas que fueran las ropas que cubrían a aquellas dos nórdicas, no podrían ser otra cosa que más rivales en su trabajo.

Liam le vio mucho antes de llegar, y sintió una fuerte inquietud que le encogió el estómago. No temía a su hermano. Y lo cierto era que Hakon ya no tenía autoridad para prohibir su derecho a abandonar Coenwalh, y mucho menos, podía enviar hombres en su busca y hacerle regresar por la fuerza, cada vez que se marchaba. Pero sabía que a pesar de ello, se vería obligado a escuchar nuevos reproches sobre cuanto desorden y disgustos le costaban sus escapadas.

Sin mover un mínimo la cabeza, el danés giró su mirada hacia los jinetes que acompañaban a Aldwulf, y sus ojos de color aguamarina, se abrieron

enormes al reconocer a su hermano. Un muchacho le estaba afeitando bajo el sol primaveral, y Hakon le atrapó de la muñeca para detener su quehacer, y apartar así la navaja de su mejilla. Sobresaltado por la inesperada interrupción, el chico dijo algo, pero su señor no le prestaba atención, y siguió sin hacerlo hasta que advirtió que aún mantenía su muñeca sujeta con demasiada presión. Le soltó bruscamente, y el muchacho se frotó la muñeca. Puede que la presencia de Liam fuera lo primero que atrajo su atención, pero cuando sus ojos reconocieron los dos valiosos animales robados semanas antes, la inesperada aparición del hermano pasó entonces a segundo plano. Hakon se levantó lentamente de su asiento con la mirada fija en los dos caballos. Miró a Liam, quien cabalgaba uno de ellos, y luego a la mujer que montaba sobre el otro, y sus cejas se fruncieron por el desconcierto de aquella escena, que se le acercaba más lentamente de lo que podían soportar su impaciencia y curiosidad. Estaban cerca cuando Liam le mostró una insegura sonrisa a modo de saludo, aunque esta se difuminó lentamente, preocupado por el extraño gesto que mostraba el hermano. Y del extraño gesto, Hakon pasó de pronto a algo muy parecido a la ira. No volvió a mirar a Liam, porque sus ojos estaban fijos en la nórdica que montaba su propio caballo. Y entonces Liam comprendió su error, el terrible descuido tal vez provocado por la emoción de saber a su hermano cerca. Érika nunca supo que el hombre al que robó aquella noche, era precisamente el hermano de Liam. Y él había olvidado que la llevaría directamente a Hakon, para que este pudiera descubrirla con las pruebas de su delito.

Érika se echó lentamente hacia atrás sobre el caballo, ante la mirada asesina de aquel desconocido que se le acercaba a grandes zancadas. No le recordaba, y no imaginaba quien era, de modo que no pudo hacer otra cosa que observarle desconcertada. Se sintió alarmada cuando le tuvo a su lado, y no tuvo tiempo para reaccionar y librarse de su ataque. De pronto una mano la asió del cinturón en su cadera, haciendo que desmontara bruscamente. Pero sus pies tocaron el suelo solamente un momento, antes de ser levantada por la pechera de su ropa hasta quedar de puntillas, y entonces sus ojos quedaron frente a los ojos de aquel demente desconocido. Tan apresuradamente ocurría todo, que ella se vio imposibilitada para reaccionar, mientras Bersk dejaba al niño sobre la montura y saltaba para sacar su espada. Y Liam comprendiendo tarde su error, gritaba el nombre de su hermano en vano.

Hakon echó la mano libre hacia atrás y gritó el nombre del muchacho que momentos antes le había estado afeitando. El chico comprendió que su señor

le pedía la navaja, y corrió para dejarla en su mano abierta. Érika se removió aún sin llegar a comprender, pero con la intención de librarse de aquel loco, mientras Liam gritaba asustado.

—¡Suéltala, Hakon! —Desmontó de un salto y corrió hacia su hermano.

Pero Hakon no le oía. Tanto había odiado a la indeseable ladrona que le dejó en aquellas condiciones esa fatídica noche, y tan agradecido se sentía porque la suerte la hubiera puesto en sus manos, que no hacía otra cosa que pensar en aprovechar tan grata oportunidad.

Bersk ya apretaba el pomo de su espada en la mano cerrada, pero Aldwulf la sorprendió antes de que pudiera desenvainarla, y la retuvo sujetándole los brazos a la espalda. Trató de ayudar a su hermana y librarla de aquel extraño demente, pero luchar contra la fuerza del gigante le resultó imposible.

Hakon dejó por fin que sus pies tocaran el suelo, y sin soltarla le puso el afilado cuchillo en el cuello, dispuesto a rebanarlo, a pesar los gritos de Liam. Ella intentaba luchar pero la maldita capa la envolvía de tal forma, que sus movimientos por intentar zafarse resultaron inútiles. Y entonces sintió el frío acero tan cerca de su piel, que llegó a abrirle una pequeña brecha de la que brotó una gota caliente. Dejó de pelear.

—¿Que la suelte? —Preguntó el danés con los dientes apretados y los ojos clavados en la temerosa mirada de ella. —Sonríe como lo hacías esa noche... ¿Ahora no te diviertes tanto, zorra vikinga? Sonríe...

—Hakon... Hermano... Por favor, escucha antes...

—¡Quién demonios me habla! —Exclamó sin mirar al hermano y con la mirada aún clavada en ella. —¿El hermano fugitivo?

Liam sabía que ya había ganado más tiempo del esperado. Iba a matarla primero, y luego tal vez se dedicaría a escuchar aquello que él tuviera que decirle.

Y la vikinga era la reina de los descuidos ajenos... Aquellos ojos como el cielo en invierno, advirtieron el despiste de su agresor. Supo que aunque la miraba y todo su interés parecía centrado en ella, aquel inglés de aspecto danés a quien ya había reconocido por fin, le prestaba más atención a las palabras de Liam que a ella misma. Levantó una pierna y la bota fue a parar con toda su fuerza a la entepierna de aquel animal que pretendía matarla. Aquello la separó del cuchillo, y también del hombre, que se dobló sobre sí mismo por el dolor. Ahora eran decenas de personas las que les rodeaban observando la escena. Érika aprovechó entonces y con ambas manos entrelazadas le golpeó en la barbilla, lo cual le obligó a enderezarse

dolorosamente, mostrando el labio partido. Con una rápida y desesperada mirada, ella buscó un camino entre aquellos que les rodeaban por el cual escapar. Y fue entonces cuando sintió el golpe brutal en su mandíbula, que la lanzó al suelo para caer inconsciente.

Jadeante por el dolor y encorvado, Hakon se llevó una mano al labio ensangrentado y miró a la mujer inmóvil en el suelo. Luego sus ojos descubrieron la reunión de curiosos, y solo con una mirada les obligó a dispersarse y desaparecer. Observó furioso a Liam, quien había corrido hacia la ladrona para arrodillarse junto a ella. Luego miró a la otra mujer, que ya había sido liberada por Aldwulf, y siguiendo el mismo camino de Liam, fue junto a la ladrona inmóvil. El dolor le hervía por dentro como miles de dientes devorándole el vientre, y no sentía apenas el golpe que recibió en la barbilla. Absorbió la sangre que manaba de su labio partido, y la escupió con un gesto de desprecio y mirando a la vikinga, como si lo hiciera sobre ella.

Liam consiguió reanimarla, y la tomó entre sus brazos. La mancha roja en el mentón empezaba a tomar un color más oscuro, y la sangre manaba de su boca acumulándose en la garganta, por lo que Liam la ayudó a incorporarse. De entre los brazos de Liam, Érika tuvo tiempo y valor para mirar a aquel hombre con un gesto de furia, a pesar de encontrarse aún a su merced, y con pocas o ninguna esperanza de salir ilesa de aquello.

Bersk hizo intención de enderezar su cuerpo, y Liam adivinó cuales serían sus intenciones. La loba planeaba ir a por su espada para atacar a Hakon. La agarró de un brazo, y una sola mirada de súplica fue suficiente para disuadirla.

—Tal vez... —Hakon escupió más sangre, aún vacilante en sus movimientos por el dolor. —Tal vez no sepas qué fue lo que me hizo esa rata a la que intentas socorrer, hermano. Y me gustaría saber por que apareces ahora, con ella y con mis caballos.

Liam le miró sin soltar a la nórdica. No podía decirle que conocía perfectamente los hechos que su hermano quería explicarle sobre ella, y que además lo había permitido sin ninguna intención de obligarla a reparar el daño producido. Ay... qué gran idiota era, se lamentaba ahora, que no supo de su despiste hasta que Hakon vio su caballo montado por la ladrona y fue directamente a por ella. ¿Por qué no cayó en la cuenta de que la estaba llevando directamente a la boca del lobo? Por el momento, sabía que Hakon no volvería a por ella, ahora que los golpes le habían enfriado la furia, y sólo pensaba en el dolor que le estaba atacando. Pero sabía que la ladrona tendría su merecido finalmente.

Liam la dejó junto a Bersk y se enderezó para acercarse a su hermano.

—Hakon...

El hermano mayor no le dejó continuar.

—Luego perderé el tiempo escuchándote, hermano. —Dijo. Luego miró a Bersk, y ahora habló en su propia lengua materna. —Tú... no sé quien eres, pero no te quiero aquí, y tú no querrás seguir la misma suerte de la alimaña esa. De modo que coge a tu hijo y márchate. Aldwulf... —Dejó de hablar en danés, pues el hombre no comprendía aquella lengua. —Átala contra ese árbol y que un muchacho se quede con ella para vigilar sus movimientos... Es más lista que una zorra, así que déjala en manos de alguien capaz.

Después de haber dejado claro cuales eran sus órdenes, Hakon caminó hacia su tienda. Iba palpándose el mentón, donde el dolor comenzaba a palpar con más intensidad que en la entrepierna. El muchacho había recogido el cuchillo del suelo, y le perseguía preguntando si seguirían con el afeitado, sin que su señor le prestara ninguna atención.

Liam ayudó a Érika a levantarse del suelo, y la acompañó hacia el árbol señalado por su hermano, mientras Aldwulf la conducía tomándola de un brazo. En voz baja iba rogándole que no se resistiera, pues intentaría librarla como fuera de un seguro y serio castigo. Ella asintió y dócilmente se sentó contra el tronco del árbol que le señalaron, confiando en él y en su capacidad para lograr lo que prometía. Aunque por el preocupado gesto que Liam era incapaz de ocultar, se diría que ya la veía colgada de las ramas que se alzaban sobre su cabeza. Él se quedó observando a Aldwulf, mientras este la rodeaba con una gruesa cuerda, nada dispuesto a dejar que le hiciera daño, y miró un momento a Bersk, quien era incapaz de calmar el llanto de su hijo en los brazos. Con un gesto, él le pidió paciencia y ella que todavía era incapaz de comprender la razón de lo ocurrido asintió.

—¡Liaaaaam!

El grito llegó desde el interior de la tienda de Hakon, y él se volvió para atender a la llamada de su hermano.

Hakon bebió de un trago el contenido de su vaso y caminó hasta la silla que el muchacho había traído desde el exterior. Liam detectó su cojera entonces y supo que no era debida al golpe recibido unos momentos antes. El danés tomó asiento, y levantó la cara para permitir que el chico continuara con su trabajo. La camisa blanca que le cubría presentaba unas pequeñas manchas de sangre reciente, y la barbilla comenzaba a hincharse tomando un color oscuro. El joven barbero entonces le tomó del mentón, y ese contacto por muy

suave que fuera, hizo daño al señor. Hakon soltó una exclamación dolorida y apartó la cara, asustando al jovencito, quien retrocedió unos pasos.

—Déjalo, niño. Esperaremos a que pase el dolor. —Le dijo agitando una mano. —Maldita zorra...

Entonces miró por fin a Liam.

—¿Y bien? —Preguntó. —Me interesa saber si es que me traías los caballos y a la ladrona, aunque finalmente te hayas puesto de su parte.

—He visto que cojeas.

No lo dijo para escapar del asunto, sino porque verdaderamente le parecía algo más importante que el tema de los caballos robados. Aunque era cierto que no sabía muy bien qué iba a inventarse para evitar decirle la verdad, y tratar de librar a Érika o rebajar lo suficiente el castigo.

—Si, me hirieron la última vez. —Había reproche en su voz y en su mirada. —Uno de esos malnacidos me pasó la espada por el muslo. Y me lo curó Maida, ya que mi buen hermano había escapado y no estaba para ocuparse de mí.

—Deja que lo vea. —Pidió acercándose. —Ya debería estar curado. ¿Te duele?

—Me molesta... —Dijo encogiéndose de hombros y miró al muchacho. —Niño, sirve cerveza y márchate. Me molesta, pero he sobrevivido hasta ahora, de modo que no creo que haya prisa por mirarlo. Explicame lo que he pedido saber.

Liam asintió con la cabeza.

—Puedo hacerlo mientras examino esa herida. —Respondió—. Quítate el pantalón y deja que lo vea.

Hakon respiró hondamente y se puso en pie para desnudarse, obedeciendo a su hermano. Liam tomó asiento para inspeccionar el muslo herido, y apartó la venda que lo cubría. El olor que despedía, no era excesivo pero sí suficiente para conocer el estado de la herida, sin necesidad de haberla mirado.

—¡Se ha infectado! —Exclamó poniéndose en pie. —No me digas que no te habías dado cuenta, y que no sabías curarte esto tú mismo.

—Esa bruja de Maida lo cosió mal a propósito. —Se quejó Hakon.

—Te he enseñado mil veces como hacerlo, patán. Y no depende de la costura de nadie, sino del cuidado que le has dado después... ¿Has traído las cosas?

Se refería a una pequeña caja que Liam le había preparado con todo lo

necesario para poder curarse él mismo y sin su ayuda. Hakon asintió y señaló el lugar.

—Maldito seas... ¿quieres perder la pierna? No... no te sientes, necesito que permanezcas en pie. Cielos... ¿cada cuánto tiempo te curas esto?

—Todos los días... —Suspiró harto de la regañina. —Pero la maldita no se cura...

—Lo has estado haciendo mal. —Respondió Liam mientras comenzaba a tratar la herida. —¿No te enseñé como hacerlo?

—¿No te enseñé yo a utilizar una espada, maldito? Deja de regañarme, pareces una mujer... Ay... ¡Qué demonios...! —Miró hacia abajo un momento, y vio que Liam arrancaba una costra blanquecina. —Primero esa zorra y ahora tú... Me matareis de dolor... Por cierto... ¿Vas a explicarme ya aquello que parece tan importante sobre ella?

Hakon advirtió que su hermano había detenido por un momento sus rápidas manos, y eso llamó su atención. Pero Liam se tranquilizó, levantó la cabeza para mirarle y después de asentir en silencio, comenzó a explicarse. Tenía claro que existía solamente una excusa o más bien, una mentira que serviría para al menos intentar salvar a la vikinga de una segura muerte, aunque para ello se viera obligado a mentir a su hermano. Liam se preguntaba ahora por que en lugar de pedir la sogá para atarla al árbol, no la pidió para colgarla de él. Y ese retraso en el ajusticiamiento le sorprendía, aunque no le hacía dudar que finalmente ocurriera.

—Me salvó la vida. —Comenzó Liam con su engaño.

Ya tenía la herida limpia y estaba aplicándole el ungüento con manos expertas, mientras Hakon estaba dispuesto a dejarse curar y a dejarse... engañar.

—Cuatro animales vikingos aparecieron en mi camino, me robaron y estaban a punto de matarme cuando ella apareció. —Continuó. —Mató a dos y los otros salieron huyendo. Claro que reconocí tus caballos, y tu espada... aquella con la que Érika me rescató... Como ves... al final sirvió de algo que te robara. Me salvó la vida.

—¿Érika? —Preguntó con una burlona sonrisa. —Un cuento precioso, hermano, pero prometí matarla y lo haré.

Liam se lamentó para sus adentros, aunque ya había esperado una respuesta así. No lo hizo a propósito, pero apretó demasiado la venda y Hakon se quejó por el dolor.

—No es un cuento, sino la verdad. —Insistió mostrándose sosegado

mientras anudaba la venda. —No esperaba encontrarte por aquí, pero regresábamos a Coenwalh para devolverte lo robado.

Liam se puso en pie una vez terminado su trabajo y miró a los ojos de su hermano. Este no le miraba, pero la sonrisa burlona había desaparecido y de nuevo parecía furioso. En silencio, Hakon fue hacia el arcón por ropa limpia. Sus movimientos eran inquietos, y el hermano menor supo que aunque trataba de digerir lo que le había contado, no pensaba dar marcha atrás.

—Bien... tal vez ella merezca un castigo para que puedas desquitarte del daño. —Aceptó Liam. —Pero ha salvado mi vida y yo le debo mi apoyo. ¿Y no sirve de nada que aceptara regresar para devolverte lo robado?

El rostro que salió por encima del cuello de la camisa, habría hecho correr a cualquiera asustado, pero no a Liam, que pretendía insistir ante el silencio de su hermano.

—Has debido pensar que soy idiota. —Le dijo tranquilo, aunque no lo estaba. —¿Crees que voy a creer que una mujer de esa calaña, sea por lo que fuera, me robó para luego venir a devolvérmelo? Vi lo que es cuando me sorprendió esa noche. Y hoy, después de haberla arrojado al suelo, he visto en sus ojos esa mirada... Hermano, cuando era un muchacho encontré a una loba con las patas machacadas por una trampa, y pretendía ayudarla... hasta que vi cómo me miraban aquellos ojos, y decidí darle el golpe de gracia. La maldita loba me miraba como esa mujer lo ha hecho hoy, abatida desde el suelo, pero a punto de morder a pesar de estar totalmente en mis manos. Admito que la sorpresa al volver a verla, me ha enfurecido de tal manera que la habría matado, de no ser porque lo impidió ella misma. Y que en este momento, al menos mientras no la estoy viendo, no me siento con valor para colgarla. Pero tendrá que hacerse, ya que he prometido hacerlo. Ahora no puedo volverme atrás.

Liam bajó la mirada abatido.

—Me harás daño, hermano. —Dijo. —Yo también prometí algo... Le dije que no le sucedería nada malo.

—Basta ya, Liam. Ya no eres un niño para venir a rogarme cosas que sabes que no pueden ser.

—¿Rogar? ¿Suplicar? ¿Qué otra cosa crees que puedo hacer ante un salvaje hermano que pretende matar a mi amiga?

Aunque había mantenido la calma, quizá mas bien por el hecho de que ahora se estaba obligando a si mismo a olvidar su ira hacia la vikinga, Hakon terminó por encolerizarse. Ya se había vestido, pero le era imposible calzarse

sin ayuda por el dolor que le producía su herida. Eso unido a la insistencia de su hermano, que no hacía otra cosa que obligarle a sentirse culpable, le enfureció. Arrojó la bota a un lado y desde su asiento miró a Liam.

—¿Salvaje? —Preguntó con los dientes apretados. —Yo soy un salvaje, y esa loba se ha convertido en un ser angelical. Hermano... regresa al mundo real de una vez, estoy harto de tus fantasías y tontos sentimientos. ¡Esa puta me causó un sinfín de contratiempos y problemas! —Se puso en pie y trató de relajar su respiración, con las manos en las caderas y la cabeza gacha. —Primero creí que degollaría a mi hijo, mientras ella sonreía indolente y parecía disfrutar del miedo que me hizo padecer. No tuve más opción que desistir de mis intentos por reducirla y desarmarla, del mísero cuchillo que portaba, porque estaba seguro de que terminaría por matar a mi hijo como amenazaba. Dejé que Sveinn me amarrara a un árbol, como ella ordenaba, y tuve que observarla impotente, mientras la zorra se desvestía para colocarse la ropa de mi hijo ya desnudo y atado al mismo árbol. ¿Sabes cómo me sentía mientras la veía comiéndose nuestra cena ante mis narices? Comía ávidamente, pero no parecía tener ninguna prisa, y de cuando en cuando, su mirada se burlaba de mí. Sonreía complacida de mi torpeza... Sólo podía pensar en agarrar su cabeza y machacarla contra el suelo. Pero tuve que conformarme con mirarla, y maldecir hasta el día en que nació, mientras reconocía que su rapidez y astucia, me habían convertido en un inútil atado contra un árbol. Luego se lo llevó todo, dejándonos impedidos ante el frío de la noche y los aullidos de los lobos.

Liam no dudó de la veracidad del relato de su hermano. Y siendo así, la posibilidad de convencerle de que aquel ser nórdico merecía una oportunidad, se le hacía inalcanzable. Decidió cambiar de tema, porque el recuerdo de aquella noche en la que Érika se cruzó en su camino, no ayudaría nada a sus propósitos. Aunque realmente tenía necesidad por conocer la respuesta.

—¿Por que estabas a solas con Sveinn?

—El suegro de mi hijo quiso que casáramos a los chicos antes de que comience esta campaña, que no se sabe si durará varios años. Pretendía casar a Sveinn y traérmelo de vuelta. Era un viaje de un solo día y me pareció que podríamos hacerlo sin más compañía.

—¿A qué vienen tantas prisas a pesar de la guerra? Sólo tiene quince años.

—Yo tenía solo dos más cuando tuve que casarme. Y ya te he dicho que tal vez pasemos varios años guerreando contra los daneses, y por esa razón convinimos adelantarlo. Pero no fue posible... No podía presentarme de

aquella manera ante la prometida de mi hijo, y tuvimos que volver a pie y de la forma más desastrosa. Sveinn desnudo y descalzo, y yo sin armas... Tu querida amiga nos dejó a merced de la voluntad de cualquiera... Están prometidos desde hace muchos años y eso no se puede romper. Pero el padre de la novia se tomó nuestra ausencia en el día de la boda, como un terrible daño a su nombre, y ya me ha hecho saber cuanto dinero me va a costar la afrenta. ¿Puede pagar eso tu amiga?

—Pretendes hacérselo pagar con su vida, lo cual es un precio demasiado alto y que finalmente no va a servirte de nada.

Al menos serviría para calmarse la ira y para hacer ver a todos aquellos que le servían, cual era su forma de actuar ante un agravio. Iba a responder así, cuando alguien entró en la tienda atrayendo su mirada. Liam se volvió hacia aquello que miraba su hermano, y luego sonrió ante el jovencito que se le acercaba para abrazarle.

Sveinn tenía el cabello castaño de su madre y los ojos de color canela, y su gran altura a los quince años, que superaba a su tío Liam, era lo único que señalaba su sangre danesa. Sabía que encontraría a Liam en la tienda de su padre, pues ya le habían llegado noticias de lo ocurrido. Y también había visto a la vikinga y consiguió reconocerla al primer encuentro, tal y como le ocurrió a Hakon. Jamás olvidarían el rostro del ser que tanto desastre les provocó aquella noche. Las explicaciones por la presencia de Liam en el campamento de guerra, podrían esperar para el muchacho, que después de saludar a su tío, quiso saber qué planes tenía su padre para la vikinga. Hakon chasqueó la lengua y miró a su hermano mientras respondía al hijo.

—Tengo pensado colgarla, pero Liam implora que le perdone la vida. ¿A ti qué te parece, Sveinn?

El chico se volvió para mirar a su tío con un gesto de incredulidad, y abrió la boca para explicarle cual había sido el ataque sufrido, y sus consecuencias por parte de aquella mujer, cuando Hakon se le adelantó.

—No podrás convencerle. Él siente aprecio por ella, y asegura que venía dispuesta a devolvernos los caballos.

—¿Aprecio? —Preguntó Sveinn. —¡Ja! ¿Tú sabes que es una loba cazadora?

Liam respiró hondamente y asintió mirando a su hermano.

—Te pido permiso, hermano, para revisar sus heridas.

—¿Heridas? —Preguntó el chico. —La mitad de su cara es una torta de pan quemada. Acabo de verla...

Se interrumpió ante del gesto de impaciencia con el que Liam miró a Hakon.

—¿Qué más da, Liam? —Preguntó Hakon. —Si va a morir...

Liam no estaba dispuesto a dejar que eso ocurriera, y por supuesto, no soportaba más la conversación con Hakon y su hijo, por lo que no esperó una aprobación y abandonó la tienda, con la intención de ocuparse de Érika.

Desde la cintura al pecho, la recorría una soga que la unía al ancho tronco de un árbol. Abrazaba sus piernas, y apoyaba en las rodillas su parte del rostro intacta, que le dolía menos, por lo que aquella hinchazón negra de la que Sveinn había hablado, era totalmente visible. Era de esperar que Bersk hubiera desaparecido inmediatamente del campamento, con su hijo y con todo el botín, por lo que verla sentada junto a su hermana y con Harald en los brazos, sorprendió enormemente a Liam. Aldwulf se movía cerca de allí, y aunque había dejado a dos muchachos junto a la condenada para tenerla vigilada, la curiosidad y el poco quehacer le mantenían allí. Liam se arrodilló junto a ella y levantó una mano a punto de tocarle el pelo. Ella no se movió. ¿Qué habría sido de la vikinga? ¿Eran las faldas lo que la habían convertido en aquella mujer dolorida y asustada, o es que quizá se daba cuenta de su verdadera situación y tenía miedo? La mejilla estaba amorata e hinchada, y en la comisura del labio partido se había secado una mancha de sangre. Liam miró a Bersk, quien abrazaba a su hijo y desafiaba con su mirada a todo aquel que las observaba al pasar y se burlaba de ellas. Él comprendió entonces la verdadera razón por la que Aldwulf permanecía cerca. Más que vigilarlas, las protegía. Pero eso no era nada alentador, pues si lo hacía era solo por mantener a la condenada intacta antes de recibir su castigo.

Hakon abandonó la tienda seguido de su hijo, y apartó la mirada cuando Liam le miró. Siguió su camino hacia sus recién recuperados caballos, ignorando lo que ocurría junto a aquel árbol, como si no le importara, y Liam dejó de mirarle con un gesto muy cercano a la ira.

Entonces Bersk se puso en pie, dejó al niño con ellos y se alejó de allí, sin que Liam tuviera tiempo para impedirlo.

Con sus faldas y las trenzas recogidas sobre la cabeza, que la convertían en una auténtica dama, Bersk levantaba el borde de su vestido para caminar sobre la tierra húmeda, hacia el hombre que acariciaba las crines de un caballo negro. Liam la miró con el niño asustado a su lado, y Érika levantó por fin la mirada para observar los movimientos de su hermana.

Una rubia y alta mujer se detuvo a su lado, cruzó los brazos y mostró una

sonrisa sin alegría, acompañada de una mirada fulminante. Hakon dejó entonces de hablar a su recuperado animal, le dio unos toquecitos en el largo cuello y se volvió del todo hacia la mujer.

—Tú eres aquella que debía haber abandonado este campamento, como te dije, ¿verdad?

Bersk se sorprendió de nuevo al oírle hablar en lengua danesa, pero no hizo gesto alguno ante eso y asintió.

—Pero ya que mi hermana va a ser colgada, señor... ¿Me permitirás al menos esperar para que pueda ocuparme de su cadáver?

Hakon apartó la mirada contrariado. Si había pretendido ablandar su corazón, o al menos hacer que se sintiera como un salvaje ante la idea de colgar a una mujer, lo estaba consiguiendo. Aunque tal vez, Liam había contribuido con su cháchara de amistad y buenos sentimientos, a hacer que ahora se sintiera así. No dijo nada y volvió a acariciar al caballo, mostrándose sosegado.

—Ya me ha contado lo que te hizo. —Continuó Bersk. —Está loca, y jamás podremos remediarlo. Pero la horca quizá sea un castigo demasiado severo para alguien que no es consciente de sus actos. Ha vuelto y te devuelve tus cosas. ¿Por qué no muestras un poco de misericordia?

Hakon se volvió para mirarla, y Bersk retrocedió un paso a la defensiva, aunque no se sintió intimidada.

—Te ofrezco un trato si le perdonas la vida. —Insistió ella a pesar de la fría mirada y el silencio del hombre. —Seguro que un par de hombres más entre tu ejército, no te vienen mal... Ofrezco mi espada y la de mi hermana, durante el tiempo que nos necesites y sin cobrar soldada alguna...

Se interrumpió a sí misma, porque ya había esperado oír su risa, antes de que acabara en carcajada. Y él reía aunque no le divertía en absoluto el parloteo de la danesa. Hakon dejó de reír, movió la cabeza incrédulo y la miró contrariado.

—Puedes quedarte hasta que debas ocuparte de su funeral. —Concedió. — Pero ve con tus faldas a otro sitio, mujer. Sin cobrar soldada... ¿Eso has dicho?

—Las faldas son sólo para evitar que nuestro atuendo consiga llamar la atención. —Le informó ella. —Somos guerreras, y de ello vivimos desde que éramos dos mozas.

—Vete al cuerno, dama vikinga. —Dijo acercándole su mirada. —Y déjame en paz.

—Luchemos a espada. —Le retó ella acercándosele también. —Y luego me dirás si no nos quieres en tus filas. He luchado como mercenario en más de una ocasión, y soy incluso más capaz que muchos de todos los ineptos campesinos que traes contigo.

Hakon aspiró hondamente pasándose una mano por el cabello de su frente. Ahora que descubría su espada colgada de la grupa del caballo, aquella que la vikinga le robó esa noche, perdió todo interés por aquel insecto rubio que le acosaba. Cuando la desenvainó para examinarla, Bersk dio un paso hacia atrás instintivamente, y se relajó al comprobar que el hombre no le prestaba atención alguna. Le vio desenganchar la vaina para luego introducir de nuevo la espada en ella.

—Sveinn. —Dijo ofreciendo la espada a su hijo. —Di al muchacho que la limpie. Parece que está en buenas condiciones.

El hijo asintió tomando el arma con un gesto de impaciencia y a punto de decir algo, que el padre no quiso escuchar. Miró a Bersk de nuevo, mientras acariciaba a su apreciado caballo.

—¿Sois hermanas, dices? —Preguntó, y Bersk asintió. —¿Y dices que ella está loca? ¿Y tú crees estar mejor?

Bersk no pudo protestar, porque Sveinn se le adelantó.

—Padre, deja que la pruebe yo. —Pidió impaciente. —Yo lucharé con ella.

Hakon frunció el ceño incrédulo y luego resopló disgustado.

—Hay bastante con estas dos locas aquí, hijo. —Respondió—. No creo que lo digas en serio, y no es eso lo que yo te he enseñado. ¿Quieres hacer daño a una mujer?

Bersk se adelantó con una sonrisa irónica, mirando fijamente al padre.

—Claro, niño... Tu padre te enseñó a cuidar de las mujeres y no a lastimarlas... A menos que lo hagas con el puño, como ha hecho él momentos antes con mi hermana.

Hakon se quedó mirándola con una fuerte ira retenida en su interior, mientras dudaba entre obligarla a abandonar el campamento en ese mismo momento, y luego colgar a la otra, o apartarse de su lado con indiferencia, no antes de haberle soltado un capón a su hijo por haber animado a insistir a la nórdica. Finalmente decidió que ella se lo había ganado y asintió. Llamó a Aldwulf, que observaba la escena muy cerca de allí con un gesto de diversión, y le pidió prestada la espada que llevaba a la cintura. De haberse tratado de otro motivo, Aldwulf habría puesto reticencias a la hora de prestar su arma,

pero tanto le divertía el acontecimiento, que la entregó gustoso directamente a la dama vikinga.

VII

—¿Qué demonios hace?

Desde su apoyo en el árbol y mientras Liam le aplicaba un unguento refrescante en aquel trozo de cara hinchada y ennegrecida, Érika observaba la insistencia de su hermana ante el hermano de Liam. Hablaba como si se le hubiera partido la lengua por la mitad, pero aunque la había mordido al recibir el golpe, todavía la conservaba intacta. La cuidadosa mano de Liam trabajando sobre su piel magullada, le hacía daño, pero no podía quejarse ante tanta delicadeza como le mostraba. Liam no respondió a su pregunta, y ni siquiera se volvió para mirar aquello que había atraído la atención de Érika.

—Me duele... —Se quejó sin apartar su mirada de la escena protagonizada por Bersk. —Si me ha partido algún diente, le mataré...

Liam sonrió con tristeza.

—¿Qué hace ahora? —Preguntó ella de nuevo, como si alguien pudiera darle una explicación a la escena que estaba viendo.

Vio que Aldwulf le entregaba la espada a Bersk. Que ambos hombres se apartaban y que el muchacho desenvainaba otra espada. Pero entonces la gente se arremolinó en torno a ellos, ocultando la escena totalmente de su vista. Cuando Liam se había vuelto por fin, apenas tuvo tiempo para ver que entregaban escudos a ambos contendientes.

Entonces les llegó el rumor de la gente ante el primer toque de espada contra escudo, primero uno y luego otro, antes de enfrentarse.

—Ahora vuelvo...

Liam corrió hacia barullo de gente, y cuando pudo adelantarse descubrió que lo que había intuido con verdadero pánico era cierto. Bersk luchaba con sus faldas, que imposibilitaban mucho sus movimientos, pero que no le restaban demasiada de la destreza adquirida en varios años de lucha. Espada y escudo en mano, era como una diosa de la guerra que no tardó en lanzar ataques al muchacho, acosándole hasta hacerle retroceder. Los ojos de Liam se abrieron desmesuradamente, buscando entre la gente a su hermano. Él jamás habría permitido que Sveinn luchara contra aquella mercenaria, por muy mujer que fuera, por mucha falda que llevara, pues sabía bien que no era precisamente una dama. Y de pronto, advirtió que Hakon no tenía ni idea de la

verdadera condición de la mujer, que era lo suficientemente diestra en el combate como para vencer a Sveinn sin problemas. De pronto encontró el rostro de su hermano entre la gente, y por el gesto que descubrió en él, supo que Hakon había advertido por fin su error. Vio miedo en sus ojos, e impaciencia quizá buscando la forma de acabar con aquel combate que nunca debió permitir.

Liam rodeó a la gente hasta llegar a su hermano.

—No sabes lo que has hecho. —Le dijo inquieto y preocupado. —Tienen espadas de acero, y Sveinn no va a rendirse nunca ante una mujer. Le matará.

—Lo sé ahora. —Alarmado, Hakon no apartaba la mirada de los movimientos de su hijo. —Pero ya no puedo detenerlo. Si lo hago, le convertiré en un niño ante los ojos de todos. Y esto que va a ocurrir, le enseñará a contenerse la próxima vez. Veo que esa mujer va a darle una buena lección.

—O le matará...

Hakon asintió como si no necesitara escuchar nada que él ya no supiera.

—Si le hace un solo rasguño, le cortaré el cuello.

—¿Y eso se lo has hecho saber a la nórdica antes de que empezara la lucha?

Había ironía en aquella pregunta, pero Hakon no dijo nada ni apartó sus ojos del combate. El chico estaba preparado para entrar en combate, él mismo se había ocupado de su adiestramiento desde que era un niño. Pero tenía tanto que aprender todavía, que a pesar de haberle llevado con él a la guerra, probablemente no le permitiera combatir en ella. Tenía miedo por el resultado de aquella prueba, porque aunque sabía que la vikinga solo pretendía demostrar su valía como guerrera y que no quería hacer daño al muchacho, tal vez fuera él mismo quien terminara buscándose ese daño. Cuando la rabia y la impotencia por la incapacidad de vencer a una mujer, le cegaran obligándole a luchar a muerte antes de soportar la vergüenza de la derrota.

El muchacho soportaba bien los embates de la mujer, pero estaba claro que únicamente era eso, soportaba imposibilitado para atacar. A cada acometida de la espada prestada por Aldwulf, Sveinn levantaba su escudo y lo detenía, sin tiempo para utilizar su propia espada. La vergüenza podía más que la ira en aquel momento, y el chico sentía una rabia en su interior, que le obligaba a lanzar chillidos cada vez que detenía un golpe. Pero la fortuna debía estar de su parte, porque cuando levantaba otra vez su escudo ante la espada de la mujer, de pronto le pareció que esta se le echaba encima y se apartó para

dejarla tropezar hasta que la vio caer de bruces. Las faldas le habían jugado una mala pasada, y Sveinn pudo ver así su honor protegido. Sonrió malicioso y antes de que Bersk pudiera recuperar la espada del suelo, él detuvo sus intenciones apoyándole la punta de su arma en la nuca. Lo que habría dado por clavarla ahí mismo, y resarcir su orgullo machacado por aquella estúpida que luchaba como un hombre. Y mientras ella esperaba que el niño terminaría haciéndolo, el grito de Hakon le hizo dar un respingo y volver la mirada hacia el padre.

Hakon se acercó y apartó la espada que su hijo parecía negarse a no terminar hundiendo en la mujer. Y viéndose libre del acero que amenazaba con clavarse tras su cabeza, Bersk se volvió desde el suelo y miró al padre y a su hijo, con los dedos como garras en el barro y las rodillas alzadas de tal forma, que de no ser por las faldas habría podido incorporarse de un salto. Vio que el inglés de aspecto danés sonreía, y que luego le extendía su mano para ayudarla a levantarse. Con cierta desconfianza y demora, Bersk aceptó aquella mano. Como si se hubiera tratado de una dama, la alzó delicadamente y asintió con una sonrisa, demostrando un comportamiento ante el cual ella no estaba preparada para responder.

—Mi hijo no va a admitirlo nunca... Pero de no ser por las faldas, habrías podido matarlo. —Dijo en voz baja, y luego aspiró hondamente antes de hablar en un tono más alto que los demás oírían. —Te has ganado tu sitio en mi ejército. Claro que necesito hombres, y claro que la mayoría son más campesinos que guerreros. Uno como tú, no puedo rechazarlo. Pero te vestirás como todos nosotros, y no habrá coqueteos con mis hombres. Esas son mis condiciones si quieres quedarte. Tu soldada diaria será la misma que la de cualquiera de mis soldados.

Bersk suspiró asintiendo agradecida, y el hombre se volvió para marcharse. Le vio tomar a su hijo del pescuezo suavemente, y mover una mano para hacer que la gente despejara el lugar. Bersk se llevó las manos manchadas a su pechera mojada de barro, aún sin saber si todo aquello habría servido para conseguir sus propósitos. Ella nunca había deseado unirse a las filas de aquellos ingleses, y sólo se había tratado de una medida desesperada para salvar a su hermana. Una forma de ganar tiempo hasta que vieran el momento de abandonar aquel ejército, olvidando el trato con el inglés. No le serviría de nada si él aún pretendía colgar a Erika. Liam estaba ahora a su lado y cuando la gente se apartaba, de pronto vio a su hermana, atada al árbol y custodiada por un muchacho. Miró impaciente hacia la espalda de Hakon

alejándose.

—¡Inglés...! —Exclamó para atraer su atención.

Cuando él se volvió lentamente y la miró, ella supo que no iba a escuchar más peticiones ni proposiciones. Aun así...

—¿Qué hay de mi hermana? —Preguntó. —Mi proposición era únicamente a cambio de su vida.

Hakon la observó un momento pensativo y luego miró a la otra vikinga. A pesar de la distancia, el gesto de loba herida decidida a morderle, no le pasó inadvertido. Sería un error no colgarla, o tarde o temprano le haría daño. Miró de nuevo a Bersk, asintió y se volvió para marcharse.

—¿Qué ha querido decir? —Preguntó ella a Liam.

—Nada, en realidad no ha dicho nada. —Respondió él preocupado.

Oyeron que llamaba a Aldwulf, quien había recuperado su espada y seguía observando la escena con un gesto de diversión.

—Saca a todas las putas que tienes en la tienda, y haz sitio para esa mujer y su hijo. —Le dijo, lo cual borró bruscamente la sonrisa del hombre.

El divertido gesto de Aldwulf se agrió, pero asintió en silencio de todas maneras. Luego miró a la nórdica con un evidente fastidio, y aún con la espada en sus manos, se volvió para hacer el mandado. Se preguntaba por que debía ser él quien recibiera y soportara a esa desconocida y a su hijo en su tienda, que era su refugio de soledad y descanso, y sobre todo, cambiar sus hábitos de convivencia. No era que poseyera un harén de rameras ahí dentro, sólo había ofrecido su protección a tres jovencitas soldaderas. Bueno... No iba a engañarse a si mismo, pensaba, en realidad les había ofrecido aquel refugio con miras a ahorrarse unas cuantas monedas a la hora de pasarlo bien con ellas.

Llegado el final de la tarde, Érika supo que al menos podría vivir una noche más, lo cual no la consolaba demasiado, pues la espera se hacía muy dolorosa. Tal vez aquel hombre pretendía castigarla aún más con aquella incertidumbre. Contrariamente a lo que habría sido de esperar por parte de Bersk, no se había marchado, y en cambio, se quedó junto a ella durante el resto del día. Harald se había subido a sus piernas, y abrazado a su tía, finalmente terminó durmiéndose. Quizá entendía perfectamente que iba a perderla, y trataba de pasar sus últimos momentos junto a ella.

Liam apenas se detuvo un momento más con las danesas, y pasó el resto del día junto a su hermano en el interior de la tienda.

—El trato que intentabas hacer con ese hombre, no va a ser posible. —

Dijo finalmente Érika tras un largo silencio entre ambas. —Coge a Harald y sigue tu camino, Bersk. Yo he llegado al final de mi destino, y te hago perder el tiempo.

Bersk había cambiado la falda manchada de barro por ropa masculina, y permanecía sentada junto a ella, abrazada a sus piernas. Miró a su hermana y mostró una irónica sonrisa.

—Si... Es buena idea porque yo no necesito trabajar para ese hombre. —Dijo. —Menos aun en este momento, en que parece que la fortuna me concede todo el botín que ya no podremos repartir...

—¿Por qué no te has ido, hermana? Esperaba que lo hubieras hecho desde el primer momento en que él te dijo que abandonarás su campamento.

Bersk apartó la mirada y uno de sus pies jugueteó entre la hierba húmeda.

—No lo sé. —Respondió encogiéndose de hombros. —Sé que te habría matado si me hubieras negado mi parte del botín... Al menos, así lo creía en su momento. Pero no tengo valor para dejar que ese hombre te cuelgue de un árbol, y permitir que te conviertas en un miserable esqueleto abandonado. Supongo que Harald no me lo perdonaría nunca.

Érika sintió el primer gesto de amor de su propia hermana, si es que realmente podía creer que lo fuera, y se le encogió el corazón. Asintió y dejó de mirarla, para posar sus ojos en la rubia cabecita que dormía contra su pecho.

—Te lo agradezco. —Dijo. —Pero si consiguieras que él aceptara tu propuesta, eso nos obligaría a enfrentarnos a una guerra. Yo ya estoy prácticamente muerta, pero tu aún puedes seguir en lugar de exponerte, y también poner en peligro a Harald. Vete y llévate el dinero.

Bersk no dijo nada. Sólo se abrazó con más fuerza a sus rodillas, y apoyó la cabeza en ellas. Su hermana tenía demasiada razón en lo que decía, y además, eso era lo que más le apetecía hacer a ella. Sin embargo, había algo que le impedía aceptarlo y permitir que ocurriera, porque sabía que la visión del cadáver pendiendo de una soga la perseguiría de por vida. Tal vez ese maldito Liam, que parecía una niñita en manos de su hermano, consiguiera algo.

Liam observó la cojera de su hermano con un gesto serio, que nada tenía que ver con lo que observaba. Hakon no quería ni hablar del asunto de la vikinga, y parecía aún decidido a colgarla, a pesar del daño que pudiera hacerle a su hermano. Pronto cenarían, ahora que apenas se asomaba un rayo de sol sobre el horizonte, y tras una nueva discusión se mantenían en un tenso

silencio. Hakon deambulaba por la tienda, como si en realidad tuviera tareas que hacer, y Liam le observaba desde el banco en el que estaba sentado. Sveinn les acompañaba en silencio, también sentado y observando a su padre, con un gesto que declaraba el bochorno que padecía tras el infortunado combate contra la mujer. Ya en privado, su padre le había reprendido por haber sido tan necio de aceptar la lucha sin saber realmente a quien se estaba enfrentando. Además le reprochó su intento de matar a la mujer cuando la tuvo en el suelo indefensa, cuando solamente se había tratado de un combate para probar su valía con la espada.

Liam estaba muy contrariado con su hermano, pero sabía que era más acertado intentar suavizarle que seguir hostigándole hasta enfurecerle. Sabía muy bien que toda la furia del primer momento se había enfriado, y que ahora quizá se lamentaba en su interior por tener que dar la orden de colgar a una mujer. Pero la marcha atrás era difícil. Mostrar clemencia ante una ladrona, a la vista de un ejército de hombres a los que llevaba a la guerra, le daría una imagen de hombre compasivo nada recomendable. Y resultaba aún peor si se consideraba el hecho de que era danés de nacimiento, si la mujer también lo era, y estaban dispuestos a ir directos a enfrentarse contra los daneses. Ya le había repetido Liam varias veces, que la idea de incluir a la vikinga en el ejército como pago por su fechoría, era justa y sería bien aceptada por todos. Y aunque quizá él lo veía de la misma manera, no se fiaba de aquella mirada de loba a punto de atacar. Deliberaba ante la idea. Eso estaba claro por su forma de recorrer el interior de la tienda, fingiendo estar atareado mientras tomaba un vaso de cerveza, o sacaba ropa de un arcón que luego no se ponía, y terminaba echándole un vistazo a sus armas.

—Aún cojeas. —Dijo Liam para romper el tenso silencio. —Pero curará pronto, ahora si...

Hakon detuvo su quehacer de repente y le mostró una irónica sonrisa.

—¿Y qué esperabas? Lo has curado hoy mismo, y eres un virtuoso pero no haces magia. —Perdió la sonrisa y su semblante se ensombreció por la ira retenida. —Me consuela saber que el cabrón que me lo hizo, ya debe estar criando malvas por ahí. Le alcance en el hombro y le abrí una buena brecha.

Liam asintió tranquilo, pero de pronto sus ojos se abrieron desmesuradamente, y su rostro perdió todo el color, de tal forma que fue visible a la luz de las velas.

—¿Qué te pasa?

Liam respondió a su hermano con un lento movimiento de cabeza y dejó de

mirarle, para ocultar sus miedos. No podía existir la fatal casualidad de que aquel hombro del que hablaba, fuera el mismo que ahora descansaba perfectamente curado junto al tronco de un árbol. No... ¿A cuántos de aquellos vikingos que aparecieron aquel día pudo tocar Hakon con su espada? Ahora sí que podría temer por la vida de Érika.

—Lo sabrás... —Dijo por fin, y su voz se entrecortó ante la mirada confundida de su hermano. —Sabrás si está criando malvas, digo. ¿Murieron todos?

—No lo sé... Alguien dijo que había visto escapar a uno de ellos, pero que no pudo alcanzarle. Le estuvimos buscando durante días, al menos su cadáver, pero no apareció. Supongo que terminó sus días desangrado y devorado por los lobos. ¿Qué te pasa?

Liam tragó saliva y sus labios esbozaron una entristecida sonrisa, que más que otra cosa trataba de ocultar sus tribulaciones.

—Ya lo sabes, hermano. No es un buen día para mí.

Hakon apartó la mirada molesto por el recuerdo del mismo asunto de nuevo.

La noche pasó tranquila y fría al aire libre, a pesar de las mantas gentilmente prestadas, gracias a la insistencia de Liam. Dos muchachos se ocuparon de velar el sueño de las nórdicas, aunque tan poco fiables resultaban, que siempre hubo alguien más vigilando a las mujeres. Bersk no se movió del lado de su hermana, rechazando su lugar en la tienda de Aldwulf, a pesar de que el caballero se tomó la molestia de ir a informarle que podría ocuparla cuando quisiera. El hombre no se tomó demasiado bien el rechazo, después de haber prescindido de la compañía de sus dulces amigas, por orden de su señor, para dar cobijo a esa mujer.

La noche pasó tranquila, aparentemente... Érika no logró vencerse al sueño, incapaz de dejarse dormir un solo minuto, cuando esta sería su última noche. Quiso descansar con Harald abrazado a ella, y se sintió impotente porque sus brazos impedidos por la soga no le permitirían rodearle con sus brazos. No volvió a ver a Liam, que fue quien les llevó la cena y se ocupó de alimentarla, con un gesto de preocupación y desánimo en el rostro que no pasó desapercibido para ella. Supo entonces o creyó saber, que él procuraría no volver a tener contacto con ella, ahora que estaba seguro de que en unas pocas horas iba a morir.

Con el primer resplandor de la mañana, el campamento, que no había dormido del todo comenzaba a moverse. De una tienda cercana, un hombre

salió a orinar entre risas adormiladas. Salió desnudo y con el cabello revuelto, y cuando regresó a la tienda se oyó un sonoro cachete y luego un chillido femenino de protesta. Una muchacha salió de allí entonces, protestando por el manotazo recibido en el trasero. Iba vestida con tan solo una camisa que le llegaba hasta los pies, y el resto de sus ropas las llevaba amontonadas en el regazo. Se detuvo a contar las monedas en su mano, y entonces las vio. Érika la miraba aunque no le prestaba atención, y Bersk dormía a medias con las manos entrelazadas sobre el pecho. La muchacha les dedicó una sonrisa burlona, a pesar del gesto de desprecio que mostraba, y satisfecha por sus monedas se alejó de allí.

Pronto se avivaron las hogueras para preparar el desayuno. Los hombres abandonaban sus tiendas bostezando, y aunque no había amanecido del todo, un nuevo día comenzaba en el campamento de guerra.

Érika sintió que su estómago encogido durante toda la noche, ahora se convertía en un manojo de nervios, y el dolor se convirtió en algo insoportable. Se acercaba la hora, y el miedo a ser ajusticiada la estaba matando antes de tiempo. Entonces le vio salir de la tienda del hermano danés. Ya le había visto deambular por allí, quizá durante toda la noche, vigilando como si la presencia de los dos muchachos no le hubiera parecido suficiente. Aldwulf se había levantado temprano y fue hasta la tienda de su señor. No pasó mucho tiempo allí, y ahora la abandonaba. La miraba directamente a ella mientras caminaba hacia allí, y dentro de sí, Érika sintió la necesidad de pedir clemencia, a pesar de que en su gesto no se detectaba ningún temor. Había llegado el momento...

Bersk también le vio y tuvo el mismo pensamiento. Poco a poco y lentamente, la alta guerrera se fue poniendo en pie, aguardando al caballero con miedo en los ojos.

—No temas, hermana. —Dijo Bersk con la voz entristecida e inquieta a la vez. —Te bajaré de ahí y luego te enterraré como a una princesa. Diré la oración tantas veces como haga falta...

Las largas piernas de aquel esbelto hombre, le acercaban con más rapidez de la que habría sido deseada.

—No te preocupes. —Continuó Bersk con las manos agarrando el grueso tronco del árbol a su espalda. —Te espera la vida eterna, y tú te has ganado un buen sitio...

Érika la oía, pero la recibía como una voz lejana que no podía detenerse a escuchar. La figura de Aldwulf era lo único que atraía su atención. El hombre

se detuvo frente a ellas por fin, y los dos muchachos se apartaron. Algo detectó Aldwulf en la mirada de Bersk que le puso en alerta, y con tan solo un gesto advirtió a la mujer que no hiciera nada que le obligara a detenerla. Ella asintió deprisa, no porque le temiera, sino quizá porque la inquietud que le provocaba aquello que estaba a punto de ocurrir, la obligaba a colaborar. Se agachó para tomar a su hijo dormido en brazos, y Aldwulf desenvainó un cuchillo que Érika miró con terror, a pesar de su silencio.

No quiero morir...

El hombre se agachó para cortar la soga y así liberar a la joven. Luego la tomó de un brazo y la ayudó a ponerse en pie, sosteniéndola hasta que ella logró recuperar el control de sus piernas entumecidas. No la soltó y la condujo hacia la tienda de su señor.

No quiero morir...

Había esperado que la soga le hubiera servido al hombre, para ajusticiarla en ese mismo momento, y sin embargo, se la llevaba de allí. Bersk les siguió con Harald adormilado entre sus brazos.

—No quiero morir...

Esta vez sus pensamientos hablaron, pero Aldwulf no hablaba su lengua, y no fue consciente de la súplica que en realidad no iba dirigida ni a él ni a nadie. La hizo entrar por delante de él en la oscuridad del interior de la tienda, donde una sola vela lucía débilmente. Sus ojos de cazadora buscaron y localizaron a todos aquellos que ocupaban el lugar, con la evidente inquietud del que está a punto de ser tocado por la muerte. El danés se apoyaba en una mesa a su espalda, y su hijo estaba sentado en un jergón, mirándola sonriente como si se burlara de su miedo. Liam... Liam no la miraba. Estaba sentado a la mesa tras la figura de su hermano, cabizbajo y con las manos entrelazadas sobre el tablón de madera. Liam debía estar lamentando ya su muerte. El muchacho rió atrayendo la atención de todos.

—Ahora sí que es fea, padre. —Dijo divertido. —¿Has visto como está su cara?

Liam ahora sí levantó la mirada, y lo hizo para dirigirla furioso hacia su sobrino. El padre apenas le rio la gracia al hijo, y por su gesto se diría que ahora comprobaba que tal vez no habría hecho falta tanta fuerza para defenderse de ella. La parte golpeada se mostraba ennegrecida, y parecía dos veces más grande que la mejilla sana. Hakon se llevó instintivamente la mano a su mentón, también amoratado e hinchado y que aún le dolía, y dejó de sentir compasión por la vikinga. El miedo de ella, el terror por saber que podrían ser

sus últimos momentos de vida, eran evidentes, y Hakon decidió disfrutarlo un rato más. Lo cual irritó mucho a Liam, que saltó de su asiento.

—Habla, hermano. —Pidió sin ocultar su molestia.

Hakon sonrió asintiendo y miró a Liam cuando este se colocó a su lado, de frente a la vikinga, aún custodiada y sujeta por Aldwulf.

—¿Has preparado la soga, Aldwulf? —Preguntó Hakon.

Liam resopló disgustado, y miró inquieto a Érika. Ella no podía ocultar el miedo que sentía, y sus ojos muy abiertos buscaron la mirada amiga del joven. Hakon sonrió divertido ante la risa de su hijo, cuando Aldwulf asintió a la pregunta.

—Y tú... hija de Odín, ¿estás preparada?

—No quiero morir...

La respuesta apenas audible apareció desde la cabeza inclinada de la nórdica. Sveinn rio echándose hacia atrás, pero a Hakon se le había borrado la sonrisa. De pronto no resultaba tan divertido, y el mismo Aldwulf pidió con un gesto que cesara la broma. Liam meneó la cabeza irritado.

—Le he prometido a mi hermano que pagarás tu agravio, pero no será con la horca. —Explicó él mismo, en vista de que Hakon no lo hacía. —Está dispuesto a perdonarte si le sirves en esta guerra...

—Pero también puedes negarte, y Aldwulf estará encantado de colgarte. —Le interrumpió Hakon. —¿Me aceptas como señor y me prometes fidelidad hasta que deje de necesitarte en esta guerra?

El cielo se abrió para ella en ese momento. Levantó la mirada, solo para mirar a Liam, y asintió sin haber pensado mucho en lo que aceptaba, pues cualquier cosa habría sido mejor que la horca, cuando momentos antes ya se había visto a sí misma colgada de ella.

—Liam me ha convencido de que serás leal. —Advirtió Hakon. —Pero a la menor señal que me haga dudar de tu lealtad, no esperaré a que me traigan una soga, y yo mismo te abriré el cuello.

Volvió a asentir en silencio, y ahora miraba a Hakon.

—Agradezco tu clemencia, señor. —Dijo e inclinó de nuevo la cabeza en un gesto de respeto.

Hakon la miró muy serio y pensativo. La idea de la muerte tan cercana tal vez había amansado a la loba, quien de pronto dejaba de mirarle con odio y le mostraba servidumbre. Suspiró sabiendo que tal vez regresara a aquellos ojos grises, la salvaje bestia que la mujer llevaba dentro. Algo le decía que no le sería fiel, y que si no intentaba hacerle daño de alguna manera, lo más

probable era que terminara escapando para librarse de su promesa. La vio mirando a Liam, y de pronto le pareció que ante su hermano menor, la bestia salvaje se convertía en un dulce cordero, y eso atrajo su curiosidad. Momentos después, cuando ambos abandonaron la tienda juntos, Hakon se quedó observando su espalda pensativo, y Aldwulf tuvo que llamar su atención.

—A mi no me gusta, Hakon. —Declaró. —Y además, me obligas a tenerlas a las dos en mi tienda. Se supone que es mi lugar de descanso. ¿Cómo voy a hacerlo si he de permanecer vigilándolas todo el tiempo? ¿Por qué no le perdonas y dejas que se vayan? Al fin y al cabo, volvió para devolverte lo robado.

—No pienso dejar sin castigo a esa mujer. Además necesitamos hombres, Aldwulf, si es que queremos regresar pronto a casa. Y que me pague con su espada, me parece muy justo.

—¡Son mujeres, Hakon!

—Pelean como hombres... Al menos la otra nórdica lo ha demostrado. —Dijo encogiéndose de hombros. —Me da igual lo que haya bajo esas calzas. Y no te preocupes por tenerlas en tu tienda. Liam te acompañará, porque he comprobado que al menos la salvaje le respeta y le tiene aprecio, por lo que no hará nada que pueda contrariarle o comprometerle.

Con el paso de los días el grupo de tiendas en el campamento se hizo más numeroso, conforme iban llegando y aposentándose, los distintos señores convocados junto con sus respectivos ejércitos. La mayoría de los guerreros que aportaba cada jefe, no eran más que campesinos y padres de familia, quienes no habían tocado una espada en su vida, y como único armamento contaban con sus propias herramientas de trabajo. Y tal vez por esa razón, y no solo con la intención de buscar entretenimiento, todos los días y a todas horas, se les veía ejercitándose con espadas de madera a las órdenes de verdaderos profesionales de la guerra, que trataban de prepararles para enfrentar a las sanguinarias hachas vikingas. Y a pesar de los temores que perseguían a aquellos hombres día tras día, pensando en la batalla en la que muchos de ellos se quedarían para siempre, los hombres intentaban divertirse. Los entrenamientos, la caza, los juegos, comida, bebida y mujeres, hacían más llevaderos aquellos momentos.

Las dos vikingas dejaron de llamar la atención de al menos, aquellos pocos que sabían que no eran hombres, pues siempre iban vestidas con ropa masculina inglesa. Hakon se habían encargado de procurarles ropa y armamento inglés, pues todo aquello con signos daneses que portaran, podría

poner nerviosos a los hombres.

Aldwulf se había acostumbrado a sus nuevos huéspedes, y se alegraba de poseer una tienda espaciosa, que les permitía moverse con facilidad. Sin embargo, la presencia del niño, que a veces lloriqueaba o correteaba por allí, solía ponerle enfermo. Tanto como la desvergonzada manía de aquellas dos, que se desnudaban ante sus ojos sin ningún reparo. Aldwulf era un gran amante de todo lo femenino, por lo que solía agradecer aquellas muestras de carne prieta ante sus ojos, aunque terminaba disgustándose por no poder aspirar más que a observarlas. A pesar de su aspecto de gigante fiero, Aldwulf era un gran adulator de féminas y un solicitado amante, que no siempre debía pagar para poseer a las más hermosas de las soldaderas. Durante los días que permanecieron en el campamento, antes de ser obligado a aceptar invitados en su tienda, pasó horas y horas de amor regalado hasta desfallecer. Pero ahora que no tenía intimidad, se veía obligado a comenzar sus juegos amorosos ante la presencia de sus huéspedes, hasta que estos decidían abandonar la tienda molestos por su desvergüenza. Aunque era cierto que las vikingas ni se habían ruborizado.

VIII

Después de una semana la inflamación había desaparecido por completo del rostro de Érika, y ahora solamente una ligera mancha de color azul, quedaba como prueba de la bienvenida recibida aquel día en el campamento. Ahora las dos hermanas vikingas ya eran prácticamente aceptadas por al menos la gente del señor al que servían, aunque era muy evidente que nadie se fiaba de ellas. Tal y como hacían el resto de los hombres, ellas dedicaban su tiempo a ejercitarse, luchando una contra la otra, y solían convertirse en un interesante espectáculo para gran parte del campamento. A Hakon le satisfacía mucho comprobar su valor como guerreras, aunque no le agradaba del todo que las luchas entre las dos distrajeran a sus hombres. A veces, él mismo detenía su propio ejercicio para observarlas, y sin advertir que lo hacía, asentía complacido. Comprobaba ahora que al menos en una cosa no le habían engañado, y es que eran mucho más capaces que algunos de los hombres que él había llevado consigo. Liam comenzó a experimentar un sentimiento de orgullo por ambas. Aunque nunca confió en Bersk ni tuvo razones para tomarle cariño, el último gesto de la mujer, que permaneció junto a su hermana mientras su vida estuvo amenazada y que además, se esforzó por salvarla de la ejecución, le obligó a empezar a sentir al menos cierto respeto por ella. Y mientras los hombres entrenaban sus armas, Liam se dedicaba a su labor como sanador, recogiendo todas aquellas hierbas que podrían ser necesarias más adelante, y reorganizando una nueva caja de ungüentos y herramientas.

Una vez comparecieron todos los hombres convocados, solo debían esperar a recibir las órdenes que no tardarían en llegar.

En cuanto a las dos danesas, daba la sensación de que habían aceptado la proposición del señor de Coenwalh, Érika ofreciendo sus servicios a cambio de su manutención, y Bersk como cualquier otro caballero, por una soldada diaria. Sin embargo, las hermanas ya habían hablado sobre los planes que realmente tenían. Contaban con suficiente dinero para alejarse y abandonar Inglaterra y construir una vida acomodada. De modo que la idea de unirse a aquella guerra que no les incumbía y que no necesitaban para ganarse la vida, solo podría significarles la ruina y quizá la misma muerte. Por ello habían planeado escapar antes de que el ejército de Hakon recibiera órdenes de

destino. A Érika le dolía dejar a Liam, y más aún de manera tan desleal, pero no tenía otra opción que escapar de aquella guerra como fuera.

Hoy se habían bañado en el río cercano, aprovechando aquel momento para jugar con Harald en el agua y lavar sus ropas. Fueron unas horas agradables, mientras Liam se dedicaba a la búsqueda de sus hierbas, y ellas se aseaban y divertían con el niño, quien aceptaba todo feliz de estar con las dos mujeres de su vida. Aquel día durante la comida a base de gachas, apartadas de los demás como solía ocurrir siempre, y mientras Harald había preferido la compañía de Liam para comer en la mesa del señor, se dedicaron a conversar sobre su huida del campamento.

—Ese gigante nos vigila como un halcón. —Observó Bersk, refiriéndose a Aldwulf. —Yo creo que apenas duerme por la noche, y si decidiéramos abandonar su tienda nos sorprendería. Las órdenes no llegan, y seguimos en este campamento. Quizá pudiéramos intentarlo ya, en un próximo baño en el río...

—Liam nos acompañará para vigilar y proteger nuestro baño. — Interrumpió Érika meneando la cabeza. —No nos dejará solas.

—He observado que te tiene cariño... ¿Crees que accedería a dejarnos escapar?

—No lo entendería. Le prometió a su hermano que cumpliríamos.

Bersk dejó la cuchara en el cuenco, pero no la soltó. Una idea le vino a la mente, un plan que serviría para liberarlas de aquel cautiverio de forma muy fácil y eficaz, pero que tal vez Érika no quisiera aceptar. De pronto volvió la cabeza para mirarla, y Érika supo que no le iba a agradar lo que su hermana se disponía a decirle.

—No le matamos... —Comenzó. —No nos costará mucho reducirle, y sólo se trata de impedir que nos siga o que regrese al campamento para denunciar nuestra huida. Le dejamos atado, hasta que alguien decida venir a buscarnos por la tardanza, y lo encuentren aquí. Para ese momento, ya será tarde y además no tienen tiempo que dedicar a perseguirnos.

Érika frunció el ceño y meneó la cabeza.

—No puedo hacerle eso.

—¿Por qué? Apenas le conoces. —Suspiró cansada y dejó las desagradables gachas a un lado. —Si no vamos a hacerle daño...

—No.

—Oye... ¿Qué te pasa con ese inglés? Por Odín... Jamás te he visto tan leal a nadie, y creo que cuando se ha tratado de tu propio interés, no has visto

amistad ni en tus propios hermanos. ¿Por qué con él es diferente?

—No lo merece. —Ahora la miró. —Confió en nosotras.

—De igual manera no vas a cumplir, porque tarde o temprano vamos a irnos... Porque piensas hacerlo, ¿verdad?

—Cuando él no tenga que ser responsable de nuestra huida... si.

Érika soltó su cuenco y se puso en pie para alejarse y dar por terminada la conversación. Pero antes de dar un paso, se volvió y miró a su hermana desde arriba.

—Tú no tienes cuentas pendientes con ese hombre, Bersk, no tienes razones para quedarte y servirle en la guerra.

Bersk soltó un suave suspiro y asintió levemente como respuesta. Érika por fin se alejó sin decir nada más, y Bersk hablando en un susurro, por primera vez se reconoció a sí misma la razón que la obligaba a no huir, si no era con la compañía de su hermana.

—¿Adonde iría con un niño tan pequeño? —Se preguntó.

Antes, cuando viajaba sola, su único temor y sus preocupaciones eran por ella misma. Pero ahora que llevaba a su amado pequeño, temía no ser capaz de protegerle, temía perder la vida y dejarle a merced de cualquier peligro. Y sin embargo, por más que se sintiera convencida de que esta fue la única razón, que la obligó a tratar de librar a Érika de la horca, en su interior sabía que lo habría hecho de todas maneras.

Si Hakon odiaba las gachas, su hijo las aborrecía inmensamente. Pero hoy no habría otra cosa que llevarse a la boca durante todo el día, de modo que las comían disgustados pero resignados. Junto a ellos dos y en la misma mesa, Aldwulf, que tampoco agradecía nada este dudoso manjar, las sorbió directamente del cuenco para llenar su estómago cuanto antes, sin tener que saborearlas demasiado. Luego sacó un paño de su cinturón, lo humedeció con el agua de una cantimplora, y limpió cuidadosamente su corta barba negra. Sveinn se rio de él por tanta delicadeza, y Aldwulf ni se molestó mínimamente por la burla del chico. Todo lo contrario, con socarronería le explicó que si era el hombre más besado de todo el campamento, no era precisamente por su apostura, sino más bien por el interés que ponía en mostrar una apariencia limpia y cuidada.

—Aprende de mí, chico. —Dijo orgulloso de si mismo. —Y tendrás tantas mujeres como yo.

—Liam ha vuelto a advertirte que tu continua fornicación con más de una ramera, te traerá serios problemas de nuevo. —Le recordó Sveinn con sorna.

—Aún recuerdo la última vez...

El chico rió a carcajadas y se dejó caer de espaldas, lo cual irritó seriamente a Aldwulf. No era un comportamiento aceptable. Soltar aquello de improviso para bajarle los humos a un caballero, cuando no era más que un muchacho insolente, y repitiendo en público lo que se había dicho privado, declaraba abiertamente la disciplina y educación que estaba demandando. Un hombre o un muchacho educado, con las mismas intenciones de Sveinn, jamás habría dado semejante respuesta.

Aldwulf miró al padre esperando que este reprendiera duramente a su hijo. Pero en lugar de eso, Hakon dejó sus gachas y apartó la cara para ocultar su sonrisa. Liam apretó los labios y bajó la mirada. No es que le divirtiera demasiado, pero no podía evitar la risa, cada vez que recordaba la desesperación de Aldwulf en aquella ocasión a la que Sveinn se había referido. El caballero había buscado a Liam, dolorido y desesperado, para suplicarle que se ocupara de sanar la enfermedad que le aquejaba en su entrepierna. Ciertamente era que no resultaba un asunto divertido, ni mucho menos digno de ser recordado, y aun menos por el mozo descarado. Pero más cierto era que a Aldwulf le perdía su amor hacia las mujeres, y por más desventura que esto le trajera y a pesar de los consejos de Liam, el hombre jamás aprendía la lección, y cuando no aparecía con el vello púbico lleno de piojos, se presentaba con doloroso escozores en el pene. De modo que podría sentirse ofendido por la insolencia de Sveinn, pero no así si los demás encontraban alguna diversión en sus *desventuras* amorosas.

—Tu verga estuvo a punto de caerse del sitio. —Insistió el muchacho riéndose, a pesar del semblante irritado del corpulento hombre. —Y de no haber sido por los conocimientos de mi tío, ahora serías una gigantesca mocita.

El chico rió a carcajadas, y a pesar de estar conteniéndose para no reír, el padre le dio un manotazo tras la cabeza que pretendía hacerle callar. Liam también aguantaba su risa. Y es que podía ser que el comportamiento del chico fuera reprochable, asunto que en ese momento ni advertían, pero el recuerdo del hombretón con el rostro lleno de lágrimas y pidiendo ayuda, mientras maldecía a todas las mujeres, no podía dejar de resultarles divertido. Aldwulf comprendió que no sólo no sería castigado como merecía el insolente, y que ya hacía suficiente esfuerzo el padre por tratar de ocultar su risa, como para plantearse siquiera un castigo. Así que más enfadado que ofendido, arrojó su cuenco al suelo y se puso en pie para marcharse molesto. Entonces Liam les

reprendió con la mirada por sus burlas, a pesar de que él mismo se estaba riendo. Entre risas silenciosas, y mientras el caballero desaparecía de allí con la segura esperanza de castigar al muchacho tarde o temprano, la mirada de Hakon se encontró con la figura de la vikinga. Lejos de allí, vio que se levantaba del suelo y se alejaba, dejando a su hermana en soledad. La risa desapareció de pronto por un simple atisbo de sonrisa, mientras sus ojos la seguían en su camino para alejarse. La escena que observaba y que interpretó de forma errónea, en realidad no era más que el deseo de Érika por evitar que Bersk, continuara tratando de convencerla para abandonar el campamento, olvidando el compromiso adquirido. Pero Hakon desconfiaba de Érika. Sospechaba que algo había ocurrido entre ellas durante la comida, algún asunto que las había enfrentado hasta que la nórdica ladrona, terminó por contrariarse con su hermana. Bersk le había resultado una mujer leal, mientras que la rata no era más que un ser oscuro y malintencionado. Seguro que intentaba convencer a su hermana para abandonar el campamento, mientras que Bersk se negaba a escucharla, pretendiendo cumplir con su palabra. La observó con un gesto hosco, olvidando la diversión anterior, y envió a su hijo a disculparse con Aldwulf, con la única intención de quedarse a solas con Liam y así poder conversar sobre las vikingas.

—Liam... —Apartó la mirada de la figura de Érika, y miró a su hermano. —¿Qué extraña amistad hay entre tú y esa mujer?

A Liam se le borró la sonrisa de repente. Miró a Hakon y negó con la cabeza, como si ese gesto fuera suficiente para desmentir lo que fuera aquello que pudiera preocuparle.

—¿Y ella qué siente por ti? —Preguntó de nuevo. —He observado cómo te mira...

—No hay nada importante, hermano.

Hakon suspiró y sus ojos regresaron a la figura femenina alejándose. Tras unos instantes de silencio, volvió a mirar a su hermano.

—¿Te fías de ella? He advertido que la otra es honesta, pero no confío en esta.

Liam frunció el ceño y meneó la cabeza.

—Érika es leal, de quien no me fío es de la otra.

—¿La rata es leal? —Preguntó incrédulo.

—No es ninguna rata, Hakon. —Protestó molesto. —Es un ser honesto y puedo demostrarlo. Le tengo aprecio, recuérdalo cada vez que me hables sobre ella.

Liam se puso en pie y se alejó importunado, dando por terminada la conversación. Hakon le miró apenas, y de nuevo volvieron sus ojos a la espalda de la vikinga, quien ya estaba muy lejos. Observó que los pasos de Liam le llevaban hasta ella, y desde luego, sintió que no le agradaba nada aquella amistad o lo que fuera, que hubiera entre los dos. Sabía bien que su hermano no sería embaucado nunca por ninguna mujer seductora, y sin embargo, presentía que tarde o temprano sucedería algo que terminaría desagradándole.

Hakon bajó la mirada pensativo, y cuando de nuevo volvió a levantarla, sus ojos miraron hacia el lugar en donde la vikinga que él creía leal, continuaba sentada. Ella le estaba observando. Los ojos de aquella mujer y su seductora sonrisa, le llevaron un mensaje silencioso que él no quiso recibir. Apartó la mirada, se puso en pie y se alejó.

Pronto llegaron los emisarios del rey, con las instrucciones esperadas. Algunos de aquellos hombres irían a encontrarse con Eduardo para aumentar el tamaño de su ejército, y otros serían destinados al refuerzo de ciudades importantes que podrían encontrarse amenazadas por el ejército danés. Hakon y sus hombres, junto con un gran número de otros señores y sus tropas, fueron enviados a la ciudad de Wigingamere, y tras recibir las órdenes del rey, el campamento se puso en marcha hacia el Norte.

Cabalgando lentamente y siguiendo el camino entre fresnos y suelos alfombrados de campanillas azules, las dos vikingas acompañaban a la larga caravana que formaba el ejército, al que llegado ese momento, ya deberían haber abandonado. Bersk cabalgaba contrariada, y con su eterno gesto huraño que rara vez la abandonaba. Llevaba a su pequeño abrazado contra el pecho, y arropado bajo su capa. Ahora que parecía que finalmente cumplirían con su palabra de servir al señor de Coenwalh, ya había acordado con quien le dejaría a buen recaudo, llegado el momento de la batalla. Había pactado el precio del cuidado de su hijo con una soldadera madura, que mantendría al niño a salvo en el campamento lejos del enfrentamiento. Y aunque podría haberse marchado libremente y dejar a su hermana cumpliendo con su propia condena, siempre tuvo claro que no se arriesgaría a viajar sin más compañía que la de Harald.

Eran apenas trescientos hombres preparados para luchar y defender la ciudad a la que les enviaban. El resto eran muchachos, soldaderas y artesanos reclamados por el monarca, que se dedicarían a construir la plaza fuerte en el lugar de destino. Se dirigían a Wigingamere, lugar cercano a Bedford junto a

la frontera con el Danelaw. El encargo para esta comitiva, a cargo de un general enviado por el rey, era el de construir una plaza fuerte en la ciudad y defenderla de los posibles ataques daneses, e impedir su avance hacia las tierras del soberano inglés. Podría resultar más cómodo que seguir al ejército de Eduardo, de campamento en campamento, batalla y batalla. Pero la idea de asentarse un año o quizá más, detenidos y hastiados en un lugar desconocido, deprimía profundamente a los hombres, y más aún a Aldwulf, quien había esperado participar en una dura y cruenta batalla. Además, no muchos habían acogido con placer al hombre que iba a dirigirles, Eadfrid de Sebbi, quien había desagradado a Aldwulf desde el primer momento en que llegó acompañado de sus órdenes. Eadfrid era un descendiente de galeses, un hombre de ojos oscuros y cabello castaño, muy apreciado por el rey Eduardo, por lo que tal vez se había vuelto demasiado vanidoso y autoritario. Hakon en cambio, acogió al hombre con paciencia, pues siempre tuvo claro que se vería obligado a acatar las órdenes de un hombre u otro, fuera como fuera este. Aunque tampoco se molestó en demostrar ningún aprecio por aquel general.

Durante tres días recorrieron el mismo camino que poco tiempo atrás, Érika y Liam hicieron para llegar a las propiedades de Erik *Ojos de Hielo*, acercándose peligrosamente al lugar de su delito. Se preguntaban las nórdicas si el padre habría ido finalmente a Inglaterra con la idea de castigar a sus hijas, ahora que se presentaba aquel duro enfrentamiento entre anglosajones y daneses, y estando sus tierras situadas tan cerca de territorio inglés. Quizá habría optado por dejar sus posesiones en manos de los aldeanos, dándolas por perdidas, en lugar de exponerse a una guerra que a él ni le convenía, ni apenas le afectaba, contando con que preferiría perderlas a participar en una guerra. En cualquier caso, ellas estaban seguras de que el padre no las encontraría nunca entre aquel ejército.

Tres días pasó Bersk insistiendo a su hermana en que debían buscar el momento para huir del grupo inglés, aunque sabía bien que durante el día y mientras viajaban era prácticamente imposible, y en la noche la vigilancia era extrema. Y esa solía ser siempre la respuesta de Érika, aunque su hermana no se dejaba engañar, sabiendo que la única realidad era que no quería separarse de Liam. La razón... impensable que se hubiera encaprichado de aquel que más que un hombre, era una pieza de suave y delicada seda.

Siendo el último día de viaje atravesaban a mediodía un bosque cerrado de verdes colores y alfombras azules, tan hermoso y sosegado, que apetecía detenerse y descansar para disfrutar del frescor primaveral. Era una larga y

estrecha caravana de jinetes, carros y peatones, encabezada por los jefes de los ejércitos y los hombres enviados por el monarca. El camino era angosto, por lo que tan sólo dos o tres hombres a caballo podían ocuparlo. Tras un centenar de hombres, las vikingas cabalgaban siguiendo a Liam y Aldwulf. Ya con la seguridad de que terminarían combatiendo en aquella guerra que a ellas no les incumbía, a Bersk no le quedaba otro remedio que seguir a su hermana con tal de no quedarse sola entre tanto conflicto, fueran cuales fueran las razones que la obligaban a negarse a abandonar al maldito inglés. El sol radiaba brillante aquel día tras las altas copas de los árboles, pero no llegaba a calentar demasiado entre tanta sombra y humedad, por lo que iban bien abrigados. Las dos mujeres cubrían sus cabezas con las capuchas de sus capas inglesas de lana, proporcionadas por el señor al que ahora y por desgraciadas circunstancias de la vida, les tocaba servir. Bersk llevaba a su pequeño profundamente dormido bajo la ropa de abrigo, y suspiró largamente antes de mirar hacia su hermana, que cabalgaba en silencio. Por el rabillo del ojo, Érika detectó aquel movimiento, y acostumbrada a soportar la insistencia de Bersk por abandonar a los ingleses, esperaba que de nuevo volviera a importunarla. Así que no esperó un momento y habló antes de haber oído la voz de su hermana, aunque no la miró.

—Abandona tú, antes de que sigamos avanzando. —Le dijo en voz baja.

—Ya me he hecho a la idea, hermana. —Suspiró Bersk de nuevo. —Sólo quiero saber qué es lo que te impide abandonar a la *mujercita inglesa*.

Ahora sí la miró y lo hizo totalmente desconcertada. Bersk sonrió burlona.

—Vamos... *Ojos de Hielo*... No me digas que te has fijado en ese hombre. —Rió silenciosamente, echando hacia atrás la cabeza. —No solo no puedo creer que tu alma de dulce dama, que seguro que la tienes, se haya visto encandilada por un ser tan delicado. Sino que además, me cuesta hacerme a la idea de que mi nada apasionada hermana, se haya visto tocada por los efluvios amorosos de Freya, hasta el punto de ser incapaz de separarse de un hombre. Además... él a ti no te quiere. Ni siquiera le gustas, hermana.

Los ojos de hielo se entornaron y los labios se apretaron, mientras Érika era incapaz de responder a las burlonas observaciones de Bersk. Aspiró hondamente y de pronto sonrió maliciosa.

—Eres tú quien anda ronroneando como una gata en celo tras el otro. —Soltó y de nuevo la miró. —¿Crees que no me he dado cuenta? ¿Crees que él mismo no se ha dado cuenta?

—De eso se trata, hermosa mía, de que se dé cuenta y responda a mis

deseos. —Respondió Bersk sin sentirse molesta.

—Pues ya se ha dado cuenta y no responde a tus reclamos, gatita. ¿A qué esperas tú para asumir que no quiere nada contigo? Quizá no sepas que tiene una soldadera para él solo, por la que ha de pagar cada día, la use o no, con tal de que no trabaje para otros... Y a pesar de eso no ha atendido a tus dulces caderas gratuitas.

Ahora Bersk sí estaba molesta. Era cierto que muy pronto se sintió atraída por Hakon, y que dejándose llevar por sus deseos, se le había insinuado con miradas seductoras y dulces sonrisas, que prometían un agradable momento de diversión junto a ella. Pero Hakon siempre huía de sus proposiciones, hasta el punto de evitar un mínimo momento de soledad junto a ella. Aun así Bersk no se rendía, o tal vez, tanto le atraía aquel hombre, que estaba ciega y no quería aceptar su rechazo.

—Hay una diferencia entre las dos, *Ojos de Hielo*... —Dijo irritada, aunque en su interior se sentía más bien herida. —De él solamente deseo su cuerpo y sus atenciones. No espero que me ame nunca.

Tras decir aquello, Bersk azuzó al animal y se adelantó unos metros para detenerse junto al caballo de Aldwulf. El hombre giró levemente la cabeza para mirarla, y de nuevo volvió a su lento y silencioso cabalgar junto a Liam. Sonrió divertido y sin volver a dirigirle la mirada. Había conseguido ver el gesto de furia contenida en la vikinga, y supo que habría discutido con su hermana.

Después de un tiempo compartiendo tienda en el campamento, el inglés y las danesas habían llegado a conseguir una forma de comunicarse, mezclando ambas lenguas.

—¿Quién te ha ofendido, hermosa valquiria, que buscas mi compañía? —Preguntó.

Bersk no le miró, pero habló muy seria.

—¿Es cierto que eres el hombre más varonil de todo el centenar que nos acompaña? —Preguntó.

La risa del hombre llenó el extenso lugar, y Liam se adelantó para dejarles a solas, advirtiendo ya el hilo de la conversación y las intenciones de la danesa. Aldwulf la miró divertido pero con un impaciente interés.

—¿Y quién ha sido tan necio para rechazar tus dulces atenciones, que vienes al más putero de todo el centenar? Al menos, más bien eso es lo que se dice sobre mí, ¿verdad?

Ella le miró muy segura, pero aún con aquel gesto de ira contenida.

—Me refería al más vigoroso, no al más fácil. —Respondió—. No sé qué es lo que se dice sobre ti.

Aldwulf podría rechazar un buen asado tras varios días sin comer, o una dulce y fresca cerveza en cualquier momento, si era necesario negarse a probar el ofrecimiento. Pero en lo que se refería a dos hermosas piernas abiertas para él, era sumamente débil. Algo palpitó entonces bajo sus calzas, y de haber sido posible, se habría detenido para calmar las pasiones de aquella mujer... Y las suyas. Dejó de mirarla porque tenía unos labios difícilmente rechazables, y asintió ahora muy serio.

—Esta noche calmaremos esos deseos, dulce valquiria, y esa ira hacia el hombre que te rechaza. —Ahora sí la miro y sonrió. —Desgraciado sea por ser tan ciego, que no ve a la mismísima Freya reclamando su amor. Y afortunado yo por tener la oportunidad de recogerlo.

Después de eso, Aldwulf se adelantó y la dejó a solas. Bersk suspiró con un gesto abatido. Sus deseos estaban dirigidos sólo hacia un hombre... Y no era precisamente ese que acaba de ofrecerle sus atenciones... ¿Por qué parecía tan complicado e imposible? Era la primera vez que se veía rechazada, y más que simplemente eso, se sentía herida.

Al gigante inglés no se le fue la sonrisa de los labios en casi ningún momento del día, pensando en su cita de la noche. La muchacha a quien el mismo Hakon mantenía a sueldo desde hacía unos pocos días, para evitar que Aldwulf fuera de una en otra y de venérea en venérea, ya había empezado a aburrirle. Y desde luego, jamás había estado con una mujer que manejara la espada como él mismo, y eso le atraía todavía más. Suponía que una mujer así cabalgaría como la mejor de las amazonas, y esa idea le estaba volviendo loco. Tan dedicado a las mujeres estuvo desde que era casi un infante, que sólo con mirarlas, adivinaba qué era lo que las enfurecía o divertía, halagaba o molestaba. Y no había duda de que esta, había sido rechazada por algún otro. Pero eso a él no le importaba o molestaba lo más mínimo, mientras fuera a sacar provecho de ello.

La extensa caravana llegó en la tarde a Wigingamere. Era una pequeña ciudad que parecía más bien un poblado por extensión y edificaciones. Una empalizada simple encerraba una casa señorial construida en madera, además de otras construcciones como pequeñas viviendas, corrales, cuadras y talleres de artesanos. El plan era construir una empalizada más alta y extensa que rodeara a la ya construida, y una vez hecho, llenar todo ese espacio de pequeñas chozas que albergarían al ejército durante el tiempo que durara la

guerra contra los daneses. Hoy el día se dedicaría al descanso tras el largo viaje, y después de montar de nuevo las tiendas ante la rudimentaria muralla, los recién llegados al lugar, quienes fueron recibidos por los habitantes con satisfacción, se dedicaron al reposo o la diversión. Los tres jefes y el enviado del rey fueron invitados para la cena en la casa señorial, y antes de que cayera la noche, el resto del campamento recibió víveres como bienvenida.

Los asados que llegaron desde la casa señorial, apenas dieron para un pellizco de carne entre tantos comensales, y la cerveza dio también para poco, pero se recibió con mucho agradecimiento. Pronto y a pesar del agotamiento por el viaje, el campamento fue invadido por una gran animación. Algunos hombres ebrios ya, reían, peleaban o buscaban compañía entre las soldaderas. Se oían risas y gritos ante los cientos de hogueras que iluminaban la noche.

El fuego alumbró la inusual y dulce sonrisa de Érika, que arropada entre su capa y con Harald acurrucado contra ella, escuchaba una voz que le llegaba como una canción de ángeles a su lado. Estaba cansada por el viaje y nada le apetecía más que ir a dormir, pero era uno de esos momentos en que la presencia de Liam a su lado, hacía que el corazón en su pecho bailara suavemente. Estaban sentados ante una hoguera, y él hablaba sobre el lugar en Irlanda donde nació su madre, explicándole a Aldwulf las razones de su empeño en viajar hasta allí, a pesar de las prohibiciones de Hakon. Érika cerraba los ojos y la suave voz masculina que llenaba sus sentidos, le hacía ver en sus pensamientos los ricos manantiales y bosques de verdes colores de los que hablaba. Y abrió los ojos, pestañeando para encontrarse con el rostro de Aldwulf al otro lado de la hoguera. Advirtió entonces que Liam estaba tan absorto en su narración, que no se dio cuenta de que el otro hombre ya no le prestaba ninguna atención, mientras sus oscuros ojos se dedicaban a observar con un creciente deseo en la mirada, a la mujer sentada junto a ella. Érika giró la cabeza para ver que la mirada de su hermana, permanecía clavada en la figura de Aldwulf.

La impaciencia del gigante no le permitiría seguir escuchando durante mucho más tiempo, y no tardó en hacer que concluyera la charla. Se levantó del suelo y se despidió después de dirigirle una mirada a Bersk, que en silencio le invitaba a acompañarle, y ella no tardó mucho en abandonar la reunión. Aunque habían intentado ser discretos, no lograron engañar a sus dos acompañantes, que se miraron y sonrieron burlones.

Se quedaron en silencio entonces. Érika abrazó más fuerte al pequeño, y sus ojos dotados de esa dulzura tan inusual en la mirada, siguieron el camino

de la ramita que Liam arrojó suavemente al fuego. Habría deseado que Liam la hubiera reclamado de la misma forma que hizo Aldwulf con su hermana momentos antes, aunque tal era su adoración por él, que se habría conformado simplemente con poder dormir entre sus brazos. Pero tal y como le había advertido Bersk ese día, debía recordar que Liam no sentía lo mismo por ella. Llegando al punto en que reconocía conformarse con un simple abrazo, debía empezar a percatarse de que sus sentimientos habían ido demasiado lejos en cuanto al inglés. No se trataba de buscar alivio para su cuerpo, ni tampoco de la necesidad de sentirse amorosamente acariciada por un hombre, sino de algo más. Algo que sentía por primera vez en su vida, y que por esa razón no estaba preparada ni tenía armas para combatirlo. Sabía que esos sentimientos la destrozarían, y además estaba segura de que nunca serían correspondidos, aunque era cierto que Liam la apreciaba. Sin embargo, era evidente que el cariño que sentía por ella, sería similar al que la misma Érika podría sentir por su pequeño sobrino. Algo le dolió en su interior en aquel dulce silencio entre los dos, mientras observaba sus delicadas manos masculinas trenzando unas ramitas. Jamás la amaría, y se preguntaba si alguna vez al menos conseguiría tenerlo entre sus brazos aunque no la amara, y si estaría preparada para soportarlo. Le dolía... Por todos los dioses, si es que existían... Cuánto dolía... Era el hombre más dulce y delicado que había visto en su vida. Era el mismo dios de la dulzura, y eso la había enternecido y conseguido derretir su frío corazón de hielo... Para nada. Sólo para sufrir por ello.

Liam rió suavemente, rompiendo el silencio. Y esa suave y masculina risa, dolió en el centro del corazón de la vikinga. Le miró. La luz del fuego iluminaba su delicado rostro, con la mirada puesta en la trenza a base de ramitas entre sus dedos.

—Aldwulf siempre tiene a la mujer que se propone. —Comentó divertido. —Hace días que Bersk le tiene encandilado, y Hakon le prohibió que se acercara a ella. Pero ha sido ella quien le ha reclamado, de modo que...

—¿Por qué? Me refiero a la orden de Hakon.

Liam se encogió de hombros.

—Le dijo que estabais aquí para otra cosa y no para calentar las camas de nadie.

—¿Y los hombres? ¿No están aquí para luchar y además comparten sus camas con mujeres?

Liam la miró a la luz del fuego, que se reflejó en aquellos ojos de color dorado. Su gesto dulce y su sonrisa, dolieron en el interior de ella. Érika

apartó la mirada incapaz de soportar aquella visión.

—Los hombres se acuestan con prostitutas, no con sus compañeros. Hakon pretende que sus hombres os vean como dos soldados más, y si os relacionáis con cualquiera de ellos, terminaréis por ser vistas como soldaderas.

Apartados del campamento y ocultos en la oscuridad de la noche, apenas se dieron tiempo a una palabra. Aldwulf deseaba a la vikinga, aunque en realidad, le habría dado lo mismo tener a una o a otra de las danesas, y este momento le parecía un agradable regalo. Además agradecía que Bersk no esperara o deseara un lento y aburrido cortejo antes de comenzar, sino que compartiera sus mismas ansias, y que además lo demostrara. No tener que levantar simplemente unas faldas y en su lugar, desabrochar unas calzas masculinas era nuevo para él, pero de ningún modo le hizo sentir incómodo. Apenas se habrían desnudado si se hubiera tratado de una mujer con una figura corriente, pero esta estaba provista de músculos duros, que ni mucho menos le recordaron al cuerpo de un hombre, y que desde luego, le apeteció explorar. El ardor de la mujer y su falta de pudor femenino, resultaron muy agradables para el hombre. Terminaron desnudos en el húmedo suelo alfombrado de hierba, y revolcándose para disputarse la posición dominante, lo cual le hizo arder como nunca. Aldwulf no se habría atrevido a ponerla a cabalgar, porque no era una soldadera, pero fue ella quien quiso probar sus dotes de buena amazona, cabalgándole salvajemente hasta llevarles a ambos a un intenso y delirante éxtasis. El hombre soltó un sonoro rugido, que Bersk cubrió con una mano. Extasiada, agitada y plenamente satisfecha, ella sonrió liberando la boca de su nuevo amante. La luz de la luna iluminó de azul sus cuerpos desnudos, ella aún sentada sobre él, que con sus grandes manos recogía los prietos glúteos femeninos.

—Tranquilo, soldado... —Bromeó con la voz entrecortada. —O vendrán para ver si te he hecho algún daño.

Aldwulf sonrió.

—Lo que yo decía... —Susurró tomándola del mentón para llevarse esos sugerentes labios a la boca. —Una valkiria.

La besó acariciando su estrecha espalda musculosa, y luego rodó con ella para tomar el poder.

—¿No estás ya saciado, inglés?

Aldwulf la miró desde arriba con una pícara sonrisa y meneó la cabeza.

—No hasta que muera en tus brazos, preciosa vikinga. —Suspiró—. ¿Quién sabe si mañana querrás seguir cabalgándome?

Bersk rió suavemente y de pronto pareció una tierna y dulce dama.

—Me temo que te recuperarás en el momento en que veas unas faldas moviéndose.

Él se encogió de hombros.

—Puede... Pero no será esta noche.

IX

En tan solo una semana la pequeña ciudad había dado un cambio notable. La nueva y más ancha empalizada ya cubría un cuarto de la anterior, y en su interior, lo que comenzó como un campamento de guerra, se había convertido en un extenso pueblo de tiendas de campaña, nuevas cabañas e incluso pequeños comercios ambulantes. Los nuevos habitantes ya estaban perfectamente instalados, y mientras unos seguían habitando en simples tiendas de lona, otros ya disponían de chozas de madera y paja que les darían cobijo durante el tiempo que durara la campaña. El trabajo de los constructores no cesaba durante todo el tiempo que duraba la luz del sol, y es que la empalizada debía estar terminada en tan sólo un mes. De que así fuera, y de que los hombres de armas dedicaran el día a entrenar sus espadas, se ocupaba Eadfrid de Sebbi, quien muy pronto se ganó el desdén de Hakon y el del resto de los jefes que estaban a las órdenes de tan petulante general. Aunque en un principio habían dedicado mucho tiempo a acompañar a este hombre, comiendo o cenando en la casa señorial, disfrutando de la hospitalidad del señor del lugar, llegó un momento en que desdeñaron su compañía hasta el punto de rechazar esas invitaciones con excusas. El autoritario y presumido Eadfrid era obedecido por los hombres, a la vez que soportado sin más remedio, mientras que era admirado por las mujeres por su atractivo físico y su posición de líder. Pronto advirtió que lo que en un principio le habían parecido dos rubios muchachos, eran en realidad dos mujeres vestidas de hombre, y no tardó en reclamar la presencia del señor que las lideraba para pedir explicaciones. Además, supo que no hablaban apenas más que las pocas palabras que habían aprendido de la lengua de los ingleses, y descubrió que eran danesas. La respuesta de Hakon al ser reclamado por este hombre, fue que las mujeres eran parte de su ejército y que, con todos sus respetos, solo a él le incumbían los asuntos de sus soldados. Eadfrid no encajó bien la respuesta, a pesar de que Hakon desplegó toda la cortesía de la que era capaz, sabiendo de antemano que terminaría teniendo problemas con aquel hombre. Finalmente le ordenó que se deshiciera de ellas lo más pronto posible, si es que no deseaba terminar disgustando a su monarca. El danés criado en Inglaterra había soportado demasiado a aquel petulante con aires de rey, y lo

había hecho porque era ese su deber, pero no lo era tener que atender a todas aquellas órdenes que al hombre se le antojara darle. Por lo que respondió de forma muy segura que únicamente se desharía de ellas, si el mismo Eadfrid las reemplazaba por otros dos hombres que pudieran igualarlas en la lucha. Al recuerdo de que eran danesas, compatriotas de los enemigos a los que se enfrentaban, Hakon señaló al enorme y rubio noruego, de dos metros de estatura, que siempre acompañaba a Eadfrid como escolta, y le recordó que tal vez un noruego tampoco era la compañía más apropiada para un inglés. Además añadió que él mismo nació en Dinamarca, que era hijo de padres daneses, y que si eso resultaba ser un problema para Eadfrid, tal vez él también debería abandonar el campamento. Eadfrid tuvo que guardarse su orgullo con un hondo suspiro, pero desde aquel momento, Hakon dejó de contar con su simpatía. Y probablemente tal y como le había advertido Aldwulf, tarde o temprano aquello le traería serios problemas.

Por fin Bersk había dejado de insinuársele, y eso le aliviaba inmensamente. No le habría hecho ascos a una mujer como ella, pero no era conveniente acostarse con alguien a quien había admitido como soldado. Puede que finalmente resultara tan poco comprometedor como ninguna otra mujer, y que nunca le hubiera traído problemas amorosos. Pero eso era algo que él prefirió no averiguar. Y aunque habría reprendido a Aldwulf por mantener relaciones con ella, decidió que se guardaría sus críticas y prohibiciones, ya que ese hecho le había aliviado de las constantes miradas seductoras de la vikinga. Así que prefirió callar, en lugar de entrometerse en lo que parecía estar convirtiéndose en algo más que una simple amistad de cama. En una semana no habían dejado un solo día de ausentarse por la noche para estar a solas, y le constaba que incluso dormían juntos en la tienda de Aldwulf. Por esa razón, Liam y Érika habían pedido una nueva tienda que compartir, para librarse de los constantes arrumacos de los dos amantes. Lo habían tomado con ganas, eso era cierto, y es que por primera vez, Aldwulf no cambiaba de mujer en tantos días... Una semana era demasiado tiempo para una abeja entre tantas flores. Era cierto que no sabía hasta qué punto podría llegar aquella amistad, y que eso preocupaba a Hakon, pero más le preocupaba advertir que después de todo, la vikinga no había cesado del todo en sus miradas hacia él. Ya no se le mostraba con una invitación amorosa en la mirada, pero había algo en sus ojos cada vez que los encontraba, que le hacía saber que de alguna forma él seguía en sus pensamientos. No le gustaba, y cada vez menos, ahora que el interés de Aldwulf por ella se hacía cada vez

más evidente.

En dos semanas la mitad de la empalizada estuvo construida, lo cual satisfizo enormemente a Eadfrid, cuyo único interés era agradar a su rey y ser reconocido por él. Hasta el momento no hubo señales de los daneses del Danelaw, ni de ningún barco procedente de Dinamarca, y las batidas que cada día se hacían por los alrededores no encontraron rastro de incursiones enemigas. Hakon ya disponía de su propia cabaña, que hizo construir algo más grande de lo acostumbrado para poder albergar a su hijo y a su hermano. Pero Liam no se instalaría allí, si debía abandonar a su eterna sombra y al pequeño danés. Sentía como si la nórdica y su sobrino dependieran de él, así que se negó a abandonarles y continuó utilizando la misma tienda junto a ellos. Como siempre que Bersk tenía algún interés por algo, en los últimos días había dejado a su hijo al cuidado de su hermana, y mientras ella compartía su tiempo y espacio con Aldwulf, Harald no se separaba un momento de Érika. Hakon seguía sin sentir ninguna clase de aprecio por aquella a la que aún llamaba *La rata*, y tenerla en su cabaña no le agradaba lo más mínimo, por lo que no insistió en invitar a Liam cuando este le dijo que seguiría con ella en la tienda. Se preguntaba qué demonios obligaría a su hermano a preocuparse tanto por aquella vikinga, y es que sabía muy bien que no existía ningún interés que le atrajera hacia ella. De pronto se daba cuenta de que como pensó en un principio, toda mujer que habitaba un campamento, excepto las soldaderas, no traerían más que problemas.

El sol brillaba radiante aquel día antes de la comida, cuando Hakon se dejaba afeitar ante la puerta de su nuevo hogar. Aún había hombres trabajando en la empalizada y las nuevas cabañas, llenando el lugar con el sonido de sus mazas y sus gritos, cada vez que lanzaban alguna orden. El martillo de los herreros que trabajaban en nuevas armas, todavía no había cesado, y cerca de allí un mercader y su esposa chillaban ofreciendo las mercancías de su carro repleto. Las espadas de madera con las que los hombres se ejercitaban, seguían golpeándose al otro lado de la empalizada. Y lo que dos semanas antes fue un tranquilo y silencioso lugar, de pronto se había convertido en una atestada y ruidosa ciudad.

Con el rostro ladeado mientras el muchacho pasaba la afilada hoja por su mejilla, Hakon les vio desaparecer por el ancho hueco que pronto se convertiría en la puerta de entrada a la ciudad. Caminaban juntos y dejando un espacio entre ellos, como si aún pretendieran ocultar al mundo lo que existía entre los dos. Les vio mirarse sonriendo, ya sabía que se habían convertido en

un par de enamorados, y esperaba que la mujer no sorprendiera a Aldwulf cuando este dejara de sentirse seducido por ella, para terminar entre los brazos de cualquier otra. No quería saber cómo sería la ira de una mujer como ella ante el despecho.

Una vez afeitado, él mismo se secó la cara y le entregó el paño al muchacho antes de caminar hacia el portón. No había visto a su hijo desde la mañana, y la nueva amistad que le unía a ese maldito Eadfrid le ponía enfermo. No era fácil ser padre sin la ayuda de una mujer que le guiase, pero creía haberlo hecho bien durante los seis años que pasaron desde la muerte de su esposa. Pensaba que Sveinn no era un mal muchacho, pero era cierto que a veces le sorprendía ver a su propio hijo convertido en un ser poseído por la ambición y la insolencia, hasta convertirse en un sujeto indeseable. Ahora, y a pesar de que sabía perfectamente que aquel general no apreciaba, ni era apreciado por su padre, el chico no dudaba en codearse amistosamente con él. Y Hakon ni había reprendido a su hijo, ni le había censurado de ninguna manera su comportamiento, creyendo que si lo hacía, finalmente le perdería. Tal vez debiera pedirle a Liam que hablara con él.

Al otro lado de la nueva muralla había hombres que todavía no habían terminado con sus ejercicios de lucha, y otros que ya se acercaban a las hogueras en las que hervían olorosos estofados de venado. Recorrió el lugar con la mirada, acariciándose el mentón recién afeitado. No vio por ningún lado a su hijo, en cambio sí consiguió ver a los dos nuevos enamorados, alejándose hacia el río. Tal vez iban a tomar un baño juntos, pensó. Un hombre y un niño se enfrentaban a cuatro patas, como dos lobos a punto de atacarse y sus ojos se detuvieron en la escena. El hombre terminó revolcándose en el suelo, y el pequeño corrió hacia él, terminando por montar sobre su espalda como si se hubiera tratado de un jinete a caballo. Por un momento aquella escena hizo sonreír a Hakon, pero luego se alojó una sombra de tristeza en sus ojos. Liam jugaba con el pequeño danés, como jamás podría hacerlo con sus propios hijos. Caminó hacia allí, aún con la intención de buscar a Sveinn entre la gente, y advirtió tarde que la rata ladrona estaba cerca de Liam, sentada en el suelo y riendo ante los juegos del pequeño. No se sentía bien a su lado, y sabía que el sentimiento era recíproco, pero ya estaba demasiado cerca y Liam le había visto. Se detuvo junto a ella, y Érika levantó una sonriente mirada hacia el recién llegado acompañante. Cuando descubrió a Hakon, la sonrisa se agrió de repente y apartó la mirada para devolver su atención a los juegos de su sobrino. El silencio y la cercanía les hacía sentirse incómodos, y aunque

Hakon podría haber saludado a su hermano y regresar por donde había llegado, finalmente decidió que no habría mejor momento para poder hablar a solas con aquella mujer, sobre sus preocupaciones por Aldwulf. Tomó asiento en el suelo, dejando algo más de un metro de distancia entre ellos, y entonces sintió que se apagaba de pronto la silenciosa risa femenina. No le preocupó porque ya lo había esperado, sin embargo, no esperaba que ella se pusiera en pie para rechazar su compañía. Sabiendo ya que iba a alejarse de él, Hakon trató de detenerla con unas palabras.

— No te vayas. Quiero hablar contigo. —Dijo.

— Tengo mejores cosas que hacer...

Aunque su voz fue apenas audible y sonó tranquila, había un poderoso rechazo en ella.

—Soy el hombre al que sirves. —Recordó él también sin mirarla. — Deberías demostrar un poco de respeto, al menos. No está bien que huyas de mí como si tuviera la peste, y mucho menos que me hables como lo haces.

—Yo no te sirvo. Soy una esclava que paga cada día por haberme librado de la horca. No me pagas por mi espada, y no estoy obligada a demostrar ningún respeto hacia ti.

—No te pago, pero lo haré cuando compruebe que tu espada me sirve bien, de la misma forma que pago a todos mis hombres. Ya no me afecta nada lo que me hiciste.

—¿Me pagarás cuando una espada danesa ya me haya atravesado? — Preguntó irónica. —Para cuando quieras compensarme por mis servicios, tal vez esté muerta y tu dinero sólo sirva para costear mi funeral.

—De momento no me sirves de ninguna manera.

—¿No? —Preguntó ella volviéndose del todo. —Dime entonces qué demonios hago en este lugar, esperando a que esos malditos vengan a destrozarnos.

—¿Destrozarnos? ¿Crees que tus compatriotas nos vencerán? Tal vez te moleste estar en el bando contrario. O es que quizá tienes miedo a enfrentarte a una batalla. Atemorizar con un cuchillo a un padre y a su hijo, no es ni mucho menos lo mismo, que enfrentarse a un ejército de daneses preparados para la guerra. Espero no haber cometido un error contigo, y si crees que no estás preparada, será mejor que me lo digas ahora. Perdonaré tu falta y te dejare marchar. No quiero ser responsable de la muerte de una inconsciente mujer.

—¿De verdad? Te recuerdo que era una mujer lo que ibas a colgar de una soga.

—Iba a colgar a una zorra ladrona. —La miró un momento y dejó de hacerlo como si rechazara esa visión. —Pero he olvidado lo que me hiciste hasta el punto de sentir compasión...

La risa sin alegría de Érika le interrumpió.

—No sabes lo que dices, inglés. —Le soltó con desprecio en la voz. —¿Compasión por permitirme actuar en tu guerra? Sé muy bien lo que tengo que hacer en ella. Si no me crees capaz, pruébame entonces, como hiciste con Bersk...

—Te probaría de mil maneras como mujer que eres, pero no con espadas. Dime si puedes con ello y a partir de hoy recibirás tu soldada diaria, y si no, coge tus cosas y márchate.

La estaba liberando sin mas, o más bien, le daba la posibilidad de elegir. Érika miró ahora a Liam, quien aunque seguía jugando con el niño, no les perdía de vista. *Marcharse y dejar de verle*, pensó con tristeza... Aunque sabía que jamás le tendría, no estaba preparada para dejarle y no volver a verle. Si Bersk supiera que a partir de este momento no tenían que buscar la ocasión de escapar para liberarse, sin duda la abofetearía por su tonta obstinación. O quizá, ahora que parecía deslumbrada por el gigante inglés con quien compartía todo su tiempo, ya no deseara abandonar el campamento. Quien realmente no quería marcharse era ella, y no lo haría, al menos de momento. Volvió a tomar asiento, ahora como si la cercanía de Hakon no le molestara tanto, y él la miró desconcertado. No podía decirle que deseaba seguir allí, y mucho menos hacerle saber sus razones. Pero el danés entendería que Bersk no quisiera abandonarles ahora, y que ella no tuviera otra opción que permanecer junto a su hermana.

—Si me aceptas sin probar mi espada, es asunto tuyo. Y como me das a elegir, me quedo. No puedo irme sola, y en este momento, mi hermana no me acompañará.

Él asintió comprendiendo a qué se refería ella. Y ya que el tema había sido mencionado, aprovechó para comentarlo.

—¿Sabes qué es lo que espera ella de Aldwulf? —Preguntó.

Le miró sin comprender, y por primera vez los ojos de hielo dejaron de parecerse a los de una horrible alimaña. Hakon apartó la mirada y se dedicó a observar a su hermano, aunque en realidad no le prestaba atención.

—¿Crees que espera que él la ame? —Preguntó ahora ante el silencio de ella.

Érika se encogió de hombros. También miraba a Liam, pero ella sí pensaba

en él mientras lo hacía.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella, si es que te interesa tanto? No sé si eso es asunto tuyo.

—Lo será cuando el hombre con el que me he criado y al que conozco tanto, vea otras faldas y su corazón se derrita por ellas. —Aclaró él. —Otra mujer le gritaría despechada por su abandono, pero no quiero imaginarme qué hará esa mujer cuando vea al hombre del que tal vez ya está enamorada, con otras mujeres. Aldwulf es incapaz de contenerse cuando ve a una mujer que le gusta, y no le será fiel, e incluso la abandonará por otras. No quiero pensar en esa mujer, enfrentándose a su amante con una espada. Es entonces cuando sí será asunto mío. Tengo a ese maldito Eadfrid detrás de mis pasos, y una de las razones sois tu hermana y tú. Si algo así ocurre, yo seré el responsable.

—Y si tienes un hombre tan desenfrenado, ¿por qué no le cortas la verga? —Las cejas de Hakon se alzaron, sorprendido por el inesperado comentario de la mujer. Ella se explicó. —Buscas mi opinión y mi consejo, como si yo pudiera hacer algo para contener a mi hermana, cuando sabes perfectamente que tienes en tus filas a un hombre problemático. Yo no puedo hacer nada. Ocúpate tú de solucionarlo. Córtales la verga o envíales a infierno... Te evitarás problemas.

¿Desde cuando debía censurarse el comportamiento de Aldwulf? Aquello consiguió divertirlo. No habría esperado que una mujer por la que sólo había sentido desprecio, le hiciera sonreír con sus observaciones. Pero terminó riendo suavemente y tratando de esconder su risa, miró hacia otro lado, aunque ella no hubiera pretendido resultar graciosa. Le miró muy seria.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Hakon se puso en pie con una sonrisa.

—Creo que esa mujer, tu hermana, tampoco es la pureza en persona. Ambos se han encontrado, pero me temo que Aldwulf se perderá pronto. Sólo quiero saber si ella lo encajará bien, y si no me dará problemas.

Ella le miró desde el suelo y se encogió de hombros. Quien sabía lo que podría haber en la cabeza de Bersk.

—Está bien. —Asintió él. —Si lo hace, tendré que deshacerme de ella y sus problemas, antes de que sea ese Eadfrid quien me los dé a mí.

Se marchó por donde había venido y Érika volvió la cabeza para mirarle. Recordaba que antes caminaba cojeando, en aquellos momentos en que le observaba ir de un lado a otro, mientras ella permanecía atada a aquel árbol. Observó que ahora sus piernas se movían correctamente al caminar, y supo

que el cambio se debía a los cuidados de Liam... Aunque no lo deseara ni mucho menos lo buscara, Liam siempre terminaba apareciendo en su mente. Y de pronto apareció también a su lado. Érika levantó la mirada hacia el hombre que se detuvo junto a ella, fatigado por el juego. El niño iba abrazado a una de sus piernas, y Liam se olvidó de él mientras miraba hacia la espalda del hermano alejándose.

—¿Qué te ha dicho? —Preguntó Liam.

Se mostraba visiblemente inquieto y no atendía a los ruegos del pequeño, que con torpes palabras danesas, pedía seguir con el juego. Dejó de mirar a Hakon, y siguió la mirada de ella que ahora se ponía en pie, levantándose del suelo. Ella también se volvió un momento para mirar a Hakon, y de nuevo sus ojos regresaron a la dulce miel de su mirada.

—Está preocupado por lo que ocurre entre Bersk y su hombre. — Respondió.

Él asintió comprendiendo, y regresó a sus ojos, y aquella mirada volvió a doler en el pecho de ella. Aunque en ellos solo encontró preocupación, y tal vez algo de hastío por la insistencia de Harald que pretendía seguir jugando.

—Aldwulf se cansará pronto. —Asintió él. —Y si Bersk se queda preñada, su estancia en este lugar dejará de tener sentido, a menos que él se haga cargo de ella y la mantenga como su mujer. Y eso no es probable... Vayamos a comer.

Podría ser preocupante, pensó Érika mientras regresaban, pero ella se sentía tan invadida interiormente por sus propios sentimientos y en el dolor que le producían, que no había cabida para la nueva relación de su hermana y las preocupaciones que esta podría causar a los demás.

Sveinn envió a un muchacho para que hiciera saber a su padre, que hoy comería junto a Eadfrid en la casa señorial. Hakon estaba a punto de sentarse a la mesa de caballete que compartía con varios de sus hombres, hoy al aire libre, cuando el chico le dio el recado, y la mirada que envió como respuesta hizo retroceder al mozo asustado. Hakon respiró hondamente para calmar la ira que le invadió de pronto, y miró hacia otro lado, porque de pronto odiaba al infeliz recadero como si este fuera el culpable de su molestia. Cuando volvió a mirarle con las manos en las caderas, inclinándose hacia él, el chico retrocedió un poco más.

—Di a mi hijo que...

—Hakon... —La voz de Liam detuvo a la furiosa voz.

—¡Qué!

Apenas se volvió Hakon para mirar a su hermano, y de nuevo miró al jovencito asustado.

—Ahora no. —Continuó Liam. —Permite que haga lo que ha deseado, y ya le explicarás más tarde.

Era admirable la forma en que Liam conseguía detener tanta furia, con unas simples palabras. Hakon volvió a respirar hondamente, asintió aparentemente conforme y tomó asiento. No volvió a mirar al chico para hablarle, y su voz sonó increíblemente sosegada.

—Di a mi hijo que me parece bien. —Dijo. —Y di a ese hijo de una... A Eadfrid, que agradezco la hospitalidad que le brinda a mi hijo.

El chico se alegró de poder librarse de aquel hombre furioso por fin. Asintió deprisa y se marchó a la carrera. Hakon entonces acercó su cuenco de humeante estofado, y tomó una torta de pan con una simulada tranquilidad, que desde luego no sentía, mientras Liam le observaba en silencio sabiendo muy bien todo lo que hervía en el interior de su hermano. Hakon tomó la cuchara pero finalmente, la dejó caer en el cuenco. Ya no tenía hambre, o al menos no tenía humor para ponerse a comer. Abandonó su asiento ante la atenta e inquieta mirada de sus siete acompañantes a la mesa, y pensaba alejarse cuando la voz de Aldwulf se adelantó a la de Liam.

—Hakon... —Le llamó con una voz que pretendía resultar tranquilizadora. —Sólo es un chiquillo, no se lo tomes en cuenta...

—Es un chiquillo a punto de casarse y preparado para entrar en batalla. —Respondió Hakon molesto. —Ya es lo suficientemente mayor para saber que el hombre al que acompaña, es enemigo de su padre.

—El enemigo estará pronto tras esa muralla, Hakon. —Intervino Oswald dirigiéndole una sosegada y sabia mirada. —Eadfrid es el general que ha enviado tu rey, y por eso has de atender a sus órdenes, tal y como tus hombres hacen contigo. Te guste o no, su autoridad prevalece sobre la tuya.

Oswald era quizá el hombre en quien realmente confiaba Hakon sin objeción alguna. Era el hombre de armas de mayor edad con quien contaba, y este ya había servido a su padre, y antes al anterior señor de Coenwalh. El mismo Oswald se había encargado de adiestrarle cuando era un niño. Tal vez era demasiado mayor para pretender entrar en batalla, aunque él se empeñara en asegurar que su espada seguía siendo útil. Y Hakon no le permitiría luchar si podía evitarlo, pues le había llevado con él únicamente como consejero.

Hakon miró al hombre de corta barba blanca, todavía con un gesto de ira que no pudo guardarse, aunque era obvio que había atendido a las palabras del

anciano. Aun así, le replicó.

—Es Sveinn quien me enfurece, no ese muñeco de trapo con aires de rey. Si ahora olvida quien es su padre, ¿qué puedo esperar de él cuando sea realmente un hombre?

Oswald asintió sosegado, se rascó distraído la barbilla y clavó sus negros ojos en el hombre más joven.

—Hablarás con él cuando sea pertinente, y le harás saber que el hombre a quien cree un amigo, es en realidad un rival para aquel a quien él llama padre. —Dijo. —Ahora siéntate a comer, te vendrá bien.

—Intentas tratar a mi hijo como si fuera un hombre, y a veces olvidas que yo mismo soy demasiado mayor para saber lo que tengo que hacer, sin que tú tengas que recordármelo. Tengo tres hijos y casi tres décadas de vida, y no tengo hambre.

Se apartó de la mesa para alejarse, mientras Oswald asentía, sabiendo que ya no podría hacer nada para detenerle. Como muy bien había dicho, ya era demasiado mayor para saber cómo conducirse en lo referente a sus hijos. Aldwulf refunfuñó en voz baja y también se puso en pie, aunque no abandonaría su comida, pues nada resultaba más apetecible que un succulento estofado tras unos días alimentándose a base de gachas. Con el cuenco y la cuchara en sus manos, siguió tras los pasos de Hakon.

—¿Quieres que choquemos un rato nuestras espadas? —Preguntó con la boca llena. —Eso siempre nos viene bien para relajarnos.

Hakon se detuvo y se volvió para mirarle molesto.

—¿A dónde vas con eso? —Preguntó señalando con la cabeza el cuenco de comida. —Vuelve y siéntate a comer.

Aldwulf tragó la comida y movió la cabeza de un lado a otro con un gesto burlón.

—Ah, amigo... Yo también soy demasiado mayor para saber lo que me conviene.—Respondió irónico, recordando la conversación con el anciano. —No me envíes a sentar, o pensaré que te has vuelto un viejo mandón como Oswald.

Hakon terminó sonriendo aunque no lo deseara.

—Está bien. —Dijo. —Pero déjame, quiero estar solo.

—¿Unas espadas? —Insistió Aldwulf.

Hakon suspiró cansado aunque no pudo dejar de sonreír. Aldwulf le conocía bien, pues se habían criado juntos, y aunque nadie le había pedido que abandonara su lugar en la mesa para seguirle, era como si supiera que ese era

su cometido. Ofrecerle una pelea para sosegar su ira, tal vez fuera acertado, pero en ese momento a Hakon no le apetecía. Eso iba a responderle mientras se alejaba con Aldwulf tras sus pasos, pero algo cercano llamó su atención. Volvió a un lado la mirada y la bajó hacia las dos mujeres. Las nórdicas comían sentadas en pequeños taburetes, con el cuenco y la cuchara en las manos. Aunque en realidad, en ese momento el único que seguía comiendo era el pequeño danés, mientras las dos mujeres dejaban de comer, para observar al inquieto hombre desde sus diminutos banquitos. Algo le vino a la mente entonces, y su mirada se clavó un momento en los ojos de hielo. Señaló a Érika y miró a Aldwulf.

—Deja la comida y ve a por espadas de madera. —Le dijo. —Luego tráela contigo, os espero en el río. No quiero que nadie nos vea.

Aldwulf mostró un gesto de confusión, aunque asintió lentamente antes de que Hakon se volviera para seguir su camino. Completamente turbada, Érika dejó de mirar a su espalda alejándose, miró a Bersk, y finalmente a Aldwulf con un gesto interrogativo.

—¿Para qué me quiere en el río? —Preguntó desconfiada.

Obviamente no había llegado a oír que él había pedido primero unas espadas, porque de lo contrario no habría hecho esa pregunta. Aldwulf y Bersk se miraron divertidos cuando llegaron ambos a la misma conclusión, y él decidió divertirse un rato.

—Bueno... le he ofrecido un choque de espadas y no le apetece. —Dijo rascándose la cabeza dubitativo, simulando no saber cómo responder sin molestar a la mujer. —Supongo que en este momento, no hay ninguna otra cosa que desee hacer para calmarse, y lo único que le apetece es que alguien cabalgue sobre él. Por una fatal casualidad tú estabas cerca, y...

Se interrumpió a si mismo cuando vio que Érika mostraba sus dientes apretados y los ojos entornados. La observó interiormente divertido y sin demostrarlo, mientras ella separaba sus rodillas con furia para dejar que el cuenco de comida se estrellara en el suelo, y luego se levantaba de un salto. Aldwulf entonces rió a carcajadas y Bersk se cubrió la boca para ocultar su propia risa, mientras Érika les miraba tan furiosa como perdida. El mismo Harald quien torpemente se llevaba la cuchara a la boca, les miraba sin comprender tanta furia por un lado, y risas por el otro.

Aldwulf se marchó en busca de las espadas sin molestarse en dar explicaciones por su broma, aun riendo.

—¿Y tú, de qué te ríes? —Preguntó Érika a su hermana.

—Sólo quiere probar tu manejo de la espada. —Aclaró calmado su risa.
—¡Ha pedido las armas claramente! ¿Qué pensabas?

Érika se relajó por fin, aunque ahora estaba furiosa hacia sí misma porque se sentía estúpida.

—¿Por qué? —Preguntó inquieta y en voz alta, aunque lo hacía para sí misma. —¿Por qué me elige a mí, cuando tiene a su gigante?

Bersk rio suavemente y dejó su cuenco vacío ya en el suelo.

—Supongo que Aldwulf no andaba tan desencaminado en su broma, y más que una lucha, lo que realmente le apetece es una cabalgada. Tal vez se haya cansado de su ramera, y te haya echado el ojo, hermana. Ten cuidado en el río... Desde aquí no oiré tus gritos y no tienes armas...

La miró como si ella misma hubiera llegado a la conclusión de que aquella idea podría ser cierta, y entonces se encontró con el gesto divertido de Bersk, que estaba bromeando.

Aldwulf ya regresaba con dos espadas, de modo que le respondió en voz baja.

—Zorra... La única que grita en el río, eres tú.

Lejos de enfurecerla, sólo consiguió hacer que riera a carcajadas.

El gigante de largo cabello negro no se detuvo cuando pasó junto a ellas, pero Érika supo que había lanzado una mirada a Bersk en su camino, porque esta respondió con unos apasionados ojos, cuyo gesto no pasó inadvertido para ella. Luego la hermana le hizo una señal para que siguiera al hombre, y ella se volvió dispuesta, no antes de clavarle una furiosa mirada a Bersk.

Ella misma le había pedido que probara su destreza, de modo que debería sentirse satisfecha, porque de pronto parecía haber conseguido su interés como parte de su ejército. Sin embargo, sabía bien que la había estado observando en algunas ocasiones mientras se entrenaba con Bersk, y que por ello no necesitaría asegurarse de que era plenamente capaz de ganarse su soldada. Pero no se sentía segura, ni mucho menos satisfecha del todo.

Les estaba esperando junto al río, lejos del campamento, porque no deseaba que el resto de los hombres le viera luchando contra una mujer. Cuando llegaron a su lado, Hakon parecía de pronto sosegado, como si el simple paseo en soledad le hubiera hecho recapacitar. Se volvió lentamente cuando escuchó unos pasos acercándose, y aunque sólo podría ser un atisbo, se diría que sonreía. Se detuvieron cerca y Aldwulf repartió espadas y escudos.

—No te fíes, Hakon. —Aconsejó Aldwulf. —He luchado contra su

hermana y he comprobado que tienen métodos que no conocemos. Se sirven de su peso menor al nuestro para moverse más ágilmente, y buscan huecos vacíos en nuestros movimientos...

—¿Vas a contarle cual será mi primer movimiento también? —Le cortó Érika molesta. —¿O vas a dejar algo para que pueda sorprenderle y demostrar que puedo vencerle?

Aldwulf se disculpó con un gesto burlón, y se apartó unos pasos para dejarles espacio. Hakon rió por la molestia de la vikinga y miró al otro divertido.

—Así que... ¿es a luchar a lo que venís por aquí lo dos? —Preguntó al gigante.

Jamás habría hecho esa pregunta ante una dama, refiriéndose claramente a temas sexuales, y se dio cuenta tarde de que aunque estuviera armada y vestida como un hombre, era una mujer quien les acompañaba. También utilizó un simple gesto para disculparse con ella, visiblemente avergonzado. Pero era tarde para Aldwulf, quien ya había reído y respondía antes de encontrarse con el gesto de ira de la nórdica.

—Ay... nos encantan ambas cosas a los dos...

—¡Basta! —Cortó Érika. —¿También vas a darle ese tipo de detalles? A Bersk le encantará saberlo...

—Si, basta. —Interrumpió esta vez Hakon.

Retrocedió unos pasos para alejarse de ella, y golpeó dos veces la espada contra el escudo. Ella todavía clavaba su mirada en Aldwulf para expresarle todo su reproche, por lo que no dio la respuesta a su contrincante, golpeando también su propio escudo.

Aquella demora entonces, dio tiempo a Hakon para advertir quien era su adversario esta vez. Generalmente se encontraba ante un pecho quizá doblemente más ancho, y sin apenas curvas que se alzaran bajo la camisa o la armadura. Pero en esta ocasión, tras la camisa blanca se advertían dos formas, quizá sujetas con una tira de lino alrededor del torso, que eran evidentes pechos de mujer. Se preguntaba si esa era otra de las armas que aquellas dos utilizaban, cuando de pronto, ella dio su respuesta golpeando dos veces el escudo. Cuando los ojos de hielo dejaron de mirar a Aldwulf, lo hicieron a tiempo de encontrar la absorta mirada de Hakon sobre su pecho.

—¿Qué demonios estás mirando?

Hakon parpadeó molesto por haber sido sorprendido, y meneó la cabeza. De nuevo golpeó el escudo, abandonando sus pensamientos, y ella respondió.

Hakon se puso en guardia, pero no se movió del sitio, dejando que fuera ella quien comenzara el ataque. Se le hacía sumamente difícil pelear contra una mujer, ahora que se veía en la situación, y cuando recibió el primer golpe contra su escudo, supo que como ya había esperado, vencerla sería cuestión de apenas unos toques. La fuerza que empleaba era menor a la que él estaba acostumbrado a enfrentar, y aunque reconoció su destreza, se preguntó si sería capaz de resistir las acometidas que él le enviaría.

Aldwulf les observaba sonriente y atento. Intuía que Hakon se daría cuenta pronto de que la vikinga no sería tan fácil de vencer como esperaba, y que terminaría resultándole lo mismo que un resbaladizo pececillo entre las manos. Los toques sobre la madera golpeada, cada vez eran más fuertes y seguidos, y de pronto se detenían cuando las espadas se mantenían enfrentadas, y la fuerza del hombre lograba abatir a la mujer, obligándola a apartarse para escabullirse. Era entonces cuando la espada de ella se deslizaba bajo la otra, y con un rápido movimiento giraba sobre si misma y evitaba su cercanía hasta volver a enfrentarle. De nuevo los escudos paraban las acometidas, hasta que las espadas volvían a chocar, y Hakon se mostraba como un claro vencedor dado a su fuerza superior. Aldwulf rio silenciosamente cuando vio la sonrisa triunfal entre el esfuerzo de su amigo. Él mismo ya se había visto en aquella situación con Bersk, y sabía que a pesar de las apariencias no todo estaba ganado. De pronto aquella sonrisa desapareció frente a la escena, y ahora Aldwulf les miró preocupado. Ante la dura defensa que encontraba, Hakon comenzó a tratarla como a un verdadero rival, y esta vez sus acometidas se lanzaron con la fuerza habitual. Al primer toque en su escudo, Érika cayó de espaldas al suelo. Él lanzó otro ataque antes de que la vikinga pudiera levantarse, y ella lo detuvo con el escudo. Hakon entonces se apartó unos pasos, y rió satisfecho de verla tendida en el suelo y respirando sofocada.

—En una pelea amistosa puedes seguir descansando, muchacha. —Le dijo divertido. —Pero yo te quiero para una batalla. Has caído al primer toque serio que te he envidado, y ahora dejas tu cuerpo en manos de tu adversario. ¿Cuántos ataques al cuello o al vientre, podrías detener en esa posición y hasta que el escudo se partiera por el golpe del metal?

Érika le miró con los ojos entornados, aún en el suelo y con el escudo entre las dos manos cubriéndole el torso.

—Inténtalo y lo veremos. —Le retó.

Hakon rió de nuevo. Arrojó su escudo a un lado y sin previo aviso, lanzó la espada contra la cara de ella. Érika logró salvarse del golpe, deteniéndolo

con el escudo. Lo que ocurrió a continuación, y de qué forma lo había hecho, sólo podría saberlo ella, pero de pronto Hakon se vio de rodillas en el suelo. Con todo su cuerpo deslizándose como el de una serpiente, Érika se movió hasta introducir una de sus piernas entre las de su adversario, y de esa forma le hizo caer al suelo. Entonces ella se incorporó de un salto, alcanzó la espada perdida, y se lanzó contra Hakon. Como era de madera, él logró detener el golpe agarrando el arma con las dos manos, tiró de ella aún arrodillado, y luego la soltó haciendo que ella cayera otra vez de espaldas. De pronto desapareció la demostración amistosa, si es que en algún momento lo había sido, y es que verse en el suelo por la obra de una mujer, a Hakon le había encendido la ira. Se levantó y fue a por ella, con la intención de atacarla. Sólo iba a darle un toque con el arma, un simple toque que demostraría que habiéndose tratado de un arma de acero, ella habría sido vencida. Pero Érika no iba a dejarse derrotar, y se defendió como si realmente hubiera estado en peligro de muerte. La espada de Hakon no llegó a tocarla, y es que una de las piernas de la vikinga se levantó justo hasta su entrepierna, obligándole a detenerse ante de haberle tocado. No le golpeó esta vez, pero sí logró detenerle y hacer que retrocediera. Con la espada en alto preparada para enfrentarle desde el suelo, y sin apartar su pierna, ella sonrió.

—Si hubiera querido, te habría pateado, habrías caído al suelo y tu dolor te habría impedido detener con toda tu fuerza el ataque de mi espada.

Hakon la miró molesto. Ambos jadeaban por el esfuerzo, y mientras que ella sonreía, él mantenía su gesto irritado. Aspiró profundamente, aún pensando en arrebatarse de las manos y de un solo golpe, aquella espada que mantenía todavía en alto. Pero terminó asintiendo por muy poco que le convenciera, y agarró el arma de Érika para tirar de ella, con la intención de ayudarla a levantarse del suelo. La miró fijamente muy serio cuando la tuvo delante.

—La próxima vez no serán de madera, tus adversarios serán más de uno y atacarán con la firme determinación de partirte en dos.

—Te agradezco tanto consejo de maestro, pero no lo necesito. — Respondió ella muy segura.

Hakon asintió muy serio y se volvió para mirar a Aldwulf, quien ya se acercaba a ellos.

—¿Cuándo es día de paga? — Preguntó a Aldwulf.

—Dentro de dos días.

—Ocúpate de que ella reciba también la suya.

Aldwulf abrió la boca incrédulo para preguntar, aunque no llegó a articular palabra. Hakon se volvió para mirar a la vikinga sorprendida y mostró un atisbo de sonrisa.

—Me dolería ser el culpable de la muerte de una mujer por una espada danesa. —Dijo. —Pero es cierto que sabes manejarte y que yo necesito hombres en mi ejército, lleven lo que lleven bajo las calzas. Bienvenida, danesa.

X

—¡Mierdaaaa! ¡Me cago en las putas zorras que os parieron, hijos de perra!

El hombre golpeó repetidas veces el tablero de la mesa con un cubilete de barro, y como este no se rompía, terminó por lanzarlo contra una pared. Dicha pared era de madera, por lo que el vaso tampoco se rompió esta vez, y esto le enfureció aún más. Lanzó un alarido con los brazos extendidos hacia atrás y los puños cerrados. Luego sacudió la cabeza y con una furia más que evidente, recorriendo cada parte de su cuerpo, sus ojos grises fulminaron a todas las personas que le acompañaban en la sala. Era un danés de rapado cabello rubio, y rostro pulcramente afeitado excepto por la corta trenza que colgaba de su mentón. Estaba dotado de unos ojos de hielo que lograrían congelar la sangre en las venas, y todo el atractivo de su boca de generosos labios, desaparecía en una fina línea cuando la furia transformaba su rostro. Se encontraba de pie ante la mesa de la gran sala de su propiedad en el Danelaw, rincón de donde no se había movido tras la partida apenas unos segundos antes, del emisario que había llegado desde York. No le había dado tiempo a asumir la traición de sus dos bastardas, y ahora le traían aquel desesperante mensaje. Estaban en guerra contra el rey Eduardo, y si se negaba a ofrecer su apoyo, todas sus posesiones pasarían directamente a manos de alguno de los hombres importantes del rey danés de York. Esa era la noticia que le habían traído aquella mañana, justo cuando estaba a punto de abandonar la maldita isla para regresar a Dinamarca. Nadie le obligaba a luchar, pero perdería su poblado inglés si no lo hacía. Seguía rondando por su cabeza la idea de encogerse de hombros y retornar a casa, aun perdiendo su provechoso poblado. Qué demonios le importaba a él aquella maldita guerra, ahora que después de haber quemado su juventud en batallas y pillajes, se dedicaba únicamente al comercio, lo cual hinchaba sus arcas y le mantenía toda la primavera felizmente ocupado. Pero aun pensando que su vida podría ser igualmente plena sin ese pequeño lugar alejado de su hogar, se negaba finalmente a renunciar a él. Iría a la guerra, pero no antes de patear al mundo para demostrar su furia.

Quien demonios le habría lanzado una maldición... Primero el robo y el

asesinato de su hermano a manos de sus propias hijas. Y cuando había llegado a la conclusión de que no las buscaría más, porque tal vez la vida terminaría por ponerlas a sus pies un día, y así poder castigarles hasta hacer que vomitaran sangre, se encontraba con esto último. Bersk dijo que el padre saldría a buscarlas de inmediato, y es lo que hizo. Durante un tiempo las estuvo buscando por los alrededores, hasta que advirtió que no iban a ser tan inocentes de haberse detenido cerca, y abandonó la idea de colgarlas en la plaza de su poblado, como habría sido su deseo. Cuando regresó de su búsqueda de dos días, sacó la espada que colgaba a su espalda y seccionó los cuellos de dos de los hombres de armas que habían permitido la fechoría de sus hijas, aterrorizando al resto de las personas que en ese momento poblaban la plaza. Ante ese castigo, que en definitiva no logró hacer que se sintiera satisfecho, su hijo Erik se apartó de él para entrar en la casa y así demostrar su rechazo, ante tan innecesaria ejecución. En cambio, el pelirrojo Snorri rio a carcajadas divertido, hasta que su padre le ordenó silencio con una sola mirada de frío hielo. Aquellas dos muertes que pretendían dar escarmiento, no sólo no le sirvieron de nada, sino que ahora advertía la pérdida de esas dos espadas en la guerra, en la que se veía obligado a participar.

Recorrió la estancia con su fría mirada. Había traído de regreso a la familia de su hermano, y ahora ese grupo de niños se mantenían en un rincón de la gran sala acobardados. Y es que si en algún momento se habían visto obligados a temer a Balder, este hombre era infinitamente más aterrador. Las dos muchachas que servían allí, se mostraban cabizbajas y cerca de la puerta por si en algún momento, era necesario echar a correr. Erik, el hijo se mantenía apoyado en un poste de madera, aparentemente tranquilo ante la furia de su padre, al cual no temía, pero sumamente insatisfecho por las acciones del hombre. Mientras que Snorri permanecía sentado cerca de la mesa, con un vaso de cerveza en una mano, quizá algo molesto por los gritos de su padre, aunque le divertía bastante el terror que este solía causar en la gente cuando estaba tan furioso. Sigurd, segundo hijo de Erik *Ojos de Hielo* con su esposa principal, algo más joven que Snorri, permanecía impassible ante la furia de su padre, acariciando la larga trenza rubia que caía sobre su hombro derecho, sentado en el suelo junto al hogar central encendido. Erik *el Pelirrojo*, el tercero de los hijos, tomó asiento en el suelo junto a Sigurd, y deseó que el padre dejara de gritar y lograra tranquilizarse. No le temía, pero odiaba sus momentos de furia. Dispersos por la sala, también se encontraban algunos de los hombres que les habían acompañado desde Dinamarca, de pronto

preocupados por lo que la orden recibida por el hombre al que servían, significaría para ellos.

—¡Y me cago en todos los dioses...! ¡Todoooooooooooooos! —Miró hacia el cielo de maderos de la casa. —¡Me oyes, Odín! ¡Me cago y me meo en ti! ¡Y en ese Cristo también!

Aquel hombre era un auténtico bárbaro, pensaron aquellos que apenas le conocían. Había que ser muy valiente para blasfemar contra los dioses vikingos, y si eso no era bastante, también acordarse del dios cristiano. Mucha gente reparó entonces en los dos cordones que rodeaban el cuello de Erik *Ojos de Hielo*. De uno de ellos colgaba el martillo de Thor en metal, y del otro una cruz de madera. Como muchos otros nórdicos, no quería olvidarse de ningún dios, por si en algún momento uno u otro le eran necesarios, a pesar de que siempre se había burlado de tal costumbre. Y por lo que parecía, este hombre tampoco dejaba atrás a ninguno de los dioses a la hora de blasfemar.

—Padre...

Ojos de Hielo no quiso escuchar a su hijo mayor Erik. Apenas le miró con su gesto furioso, que ni mucho menos iba dirigido a él y continuó chillando.

—Si estos idiotas no hubieran permitido que las dos zorras se salieran con la suya, yo no habría venido hasta aquí, y ahora estaría libre de todo esto. —Explicó como si hablara para si mismo. —Todo es culpa de estos perros, que permitieron la muerte de Balder a manos de esos dos pedazos de mierda que tengo por hijas.

A Erik no le agradaba que su padre hablara de tal forma sobre sus hermanas, menos aún de Érika, pero jamás se molestaba en contradecirle o censurarle pues no habría servido de nada.

Ojos de Hielo dio un largo trago de cerveza directamente de la jarra, eructó sonoramente y tomó asiento. Luego paseó su temible mirada por la sala y con un simple gesto de la mano, hizo que mucha gente desapareciera. Tan solo sus hombres y sus hijos se mantuvieron en el mismo lugar.

Snorri se levantó de su asiento para servirse más cerveza de la jarra que antes había usado su padre, y Erik se acercó a la mesa.

—Padre, no sirve de nada que te enfurezcas. —Aconsejó el joven. —Tenemos dos opciones y se trata de decidir cual de ellas nos interesa más. Nos vamos a casa y olvidas que una vez te perteneció este lugar, o nos quedamos y cumplimos con lo que esta decisión nos demanda. Tal vez sólo se trate de pasar aquí el verano, y quien sabe si hasta la próxima primavera. Puede que simplemente nos mantengan en este lugar, con la misión de detener el avance

del rey inglés.

Ojos de Hielo levantó una mirada de profunda irritación, esta vez dirigida a su hijo.

—¡Maldita sea, Erik! —Exclamó. —¿No has oído lo que ha dicho ese idiota que nos han enviado? Ha dicho entrar en batalla, no oponer resistencia. Creo que está bastante claro que van a llamarnos a luchar.

El padre abandonó furioso la silla de un salto ante la mirada abatida de su hijo, quien tal vez había tratado inútilmente, de convencerse a si mismo de sus propias palabras. Erik *el Compasivo* habría abandonado el lugar, librándose sin problemas de aquella absurda guerra que no les incumbía. Pero sabiendo que su padre se negaba a perder su propiedad inglesa, comprendía que no tendrían otra salida que participar en la lucha. Tratar de convencerle para regresar a casa, sería una pérdida de tiempo. Intentar que asumiera el riesgo sin tener que castigar al mundo por ello, sería lo mismo. *Compasivo* aspiró hondamente y decidió que no volvería a hablar.

Erik *Ojos de Hielo* paseó sus fríos ojos por la estancia y mostró una irónica sonrisa.

—Quiero una mujer... ¡Ya! —Declaró extendiendo los brazos a cada lado de su cuerpo. —O mejor aún... ¿Dónde están esas dos mozuelas que andaban por aquí antes?

—Padre, son dos terneras asustadas... —Le reprendió su hijo mayor.

Snorri rió burlándose abiertamente de la sensibilidad de su hermano. Estaba claro que eran dos crías, asunto que a Snorri no le enternece en absoluto, pero la realidad era que habría reído y alabado cada paso que hubiera dado su padre con tal de halagarle. Y Sigurd odiaba que su gordo hermano se pasara la vida tratando de adular al padre, con la intención de lograr su afecto, propósito que jamás conseguía. Sigurd miró con desprecio a Snorri, y luego miró al padre para dar su opinión.

—Son niñas, padre. —Dijo. —Busca mujeres que estén hechas. Normalmente no te cuesta ningún esfuerzo conseguir que se vuelvan locas por ti. Y creo que es más satisfactorio cuando ellas desean complacerte, y no cuando debes obligar a dos crías.

Ojos de Hielo se sorprendió por la intervención de Sigurd. Tanto reparo podría haberlo comprendido viniendo de parte de Erik *el Compasivo*, pero de este le cogía por sorpresa. Miró a Sigurd impresionado, pero no abandonó su sonrisa.

—¿Voy a tener que pedir permiso a mis hijos cada vez que me apetezca

una mujer? —Le preguntó. —¿Tendré que informarme sobre su edad antes de probarlas? Entiendo que tu hermano Erik me censure, porque todos sabemos que la generosidad le precede igual que a vuestra madre... Pero tú, Sigurd...

Sigurd volvió lentamente la mirada hacia su padre. Sentado en el mismo suelo, con una pierna estirada y otra recogida, acomodaba su espalda contra un poste. Dejó de atusar su adorada trenza rubia, y sus manos se entrelazaron sobre los muslos.

—Erik y yo tenemos hijas, padre... —Explicó. —Mataría a cualquier cabrón que osara tocar a una de ellas.

Parecía realmente seguro de lo que decía, mientras los hombres de su familia, incluido *Compasivo*, le miraban confundidos por semejante interés por unas muchachas desconocidas. *Ojos de Hielo* miró a su hijo por un momento sorprendido. Le observó en silencio verdaderamente interesado, con los pulgares sujetos al cinturón, mientras Sigurd le sostenía la mirada, aparentemente seguro y cómodo en su lugar en el suelo. Erik el padre de pronto mostró una breve sonrisa, que poco a poco se fue convirtiendo en risa, cuando llegó a una conclusión. Conocía perfectamente a todos sus hijos, y sabía muy bien qué les movía a dar un paso en la vida, cada vez que lo hacían. Nadie entendió la risa del padre, y todos le miraron desconcertados.

—Muy bien, pequeño Sigurd... —Comenzó. —Vete a la mierda, hijo mío y deja de importunarme. Cuando de verdad te moleste alguna de mis decisiones, censúrame. Pero no lo hagas simplemente por molestar y ridiculizar a tu hermano Snorri.

Sigurd asintió admitiendo las palabras del padre. En realidad le importaban un cuerno aquellas dos crías, en las que no podía ver reflejadas a sus pequeñas. Tenía claro que si alguna vez se le ocurría a algún cerdo como su padre, tocar a sus hijas, él les sacaría el corazón para comérselo mientras aún palpitará. Pero si su padre decidía mancillar aquellos dos cuerpecillos, a él se la traía al fresco. Si trató de censurar la idea, únicamente lo hizo porque odiaba que Snorri se dejara la vida tratando de halagar al padre.

Snorri rio tras las palabras de Erik padre, porque esta era una de las veces en que de sus palabras recogía solamente lo que habría podido entender como una defensa de su progenitor hacia él mismo. Eso animó al gordo pelirrojo, por lo que se vio resuelto para seguir alabando las incorrectas acciones de su padre.

—Llévate a la esposa de Balder. —Sugirió Snorri. —Ahora que se ha quedado tan solita...

Sigurd le odió por el comentario, aunque le importaba muy poco lo que su padre hiciera con la joven viuda. Ante la sonrisa del padre, que buscó a la chica entre el grupo que formaban ella y sus hijastros, Erik el mayor de los hijos, llegó a la conclusión de que finalmente el padre podría animarse a escuchar aquella sugerencia, que podría ser fácilmente evitable. La insaciable e irrespetuosa verga de Erik *Ojos de Hielo*, podría ser satisfecha sin llegar a cualquier estropicio familiar.

—¡Por todos los dioses, hermano! Vete al cuerno de una maldita vez. — Erik miró al padre entonces. — Vas a casarla con su hijastro, así que olvídate de la chica y sigue con tu interés en esas dos pobres mozas, padre.

Las airadas palabras de Erik y su gesto de incredulidad, ante la idea de que el padre pudiera pensar siquiera en beneficiarse de la chica, para después casarla con su sobrino, hicieron reír de nuevo a *Ojos de Hielo*. Era cierto que los sentimientos compasivos de su hijo mayor solían contrariarle, no sólo porque le molestara su naturaleza bondadosa, sino además porque de esa forma, le demostraba que su madre había conseguido influirle más que él mismo como padre. Aun así, a veces lograba hacerle sonreír divertido, porque odiaba su bondad, pero le amaba como a ninguno de sus hijos.

Erik *Ojos de Hielo* hizo buscar a las dos mozas entonces, tal y como había deseado. Y momentos después, las niñas que luchaban resistiéndose a su suerte, fueron llevadas en volandas al dormitorio por un enorme hombretón. Erik no prestó atención a la resistencia de las chicas mientras bebía satisfecho. Durante su juventud había tomado por la fuerza a más de una mujer, pero ahora no le satisfacía nada tener que luchar. Y no lo haría. Tenía sus métodos para hacer que las mozas fueran con él, si no complacientes, al menos, sumisas.

—Seguro que puedes disfrutar de cualquier mujer, en lugar de violar a esas niñas, padre. — Insistió Erik molesto.

Erik *el Compasivo* hizo honor a su apodo, tratando aún de evitar que aquel hombre sin escrúpulos les hiciera daño. No lo soportaba, y es que en ningún momento de su vida, ni aún cuando sólo era un adolescente, forzó a ninguna mujer.

El padre soltó la jarra suavemente en la mesa y miró tranquilo a su hijo. Iba a decir algo cuando la risa de Snorri resonó en la sala. Estaba repantingado en un banco y sujetaba un vaso de barro sobre su muslo. Miró a su hermano mayor con evidente burla en los ojos, aunque nunca le abandonaba un leve gesto de odio cada vez que miraba directamente a Erik. Tal vez fuera la diferencia física entre los dos hermanos, lo que Snorri odiaba tanto. Él era

un gordo hombretón de barba roja, que había dejado crecer para tratar de cubrir la cantidad de hoyuelos que poblaban sus mejillas, mientras que Erik era más alto y esbelto, y además había heredado el apuesto rostro de su padre. Pero no sólo era el detalle de ser menos agradable a la vista, un hombre poco agraciado ante la belleza de su hermano. La razón por la que Snorri envidiaba y odiaba a Erik, venía más bien por el trato que cada uno recibía del padre. Mientras que a Erik le consentía casi todo desde niño, y demostraba su adoración por el hijo, a Snorri solía humillarle por su aspecto y lo único que le enorgullecía de su gordo retoño, era su carácter de tirano.

—Ve a salvarlas, Erik *El Compasivo*. —Dijo Snorri burlón. —Eres un héroe... ¡Demuéstralo entonces!

Después volvió a reír a carcajadas y Erik *El Pecos*, de apenas dieciséis años le acompañó en su risa, desde su asiento en el suelo. Este tampoco soportaba demasiado a Snorri, y sentía adoración y respeto por Erik. Pero era un muchacho que disfrutaba de las demostraciones de poder de su padre, y no pudo evitar sentir diversión.

El padre sonrió por el comentario y se disponía a marcharse, cuando la voz de su hijo mayor le detuvo.

—Estoy cansado de ti, maldito Snorri. —Soltó Erik con los dientes apretados. —Te he soportado durante demasiados días en ese barco hasta llegar a este maldito lugar, y no pienso permitir que sigas mofándote de mí. Vuelve a hacerlo y...

Snorri saltó de pronto del banco. Los ojos de hielo del gordo hombretón, clavados en su hermano, se entornaron y una leve sonrisa triunfal se dibujó entre sus rojas barbas.

—Y... ¿qué? —Preguntó dispuesto a aceptar el enfrentamiento. —¿Me darás una paliza, dulce Erik?

—Basta, chicos... —Intentó mediar el padre, sin molestarse ni tampoco inquietarse demasiado. —Ya tendréis tiempo de lucha.

Pero ambos hermanos seguían enfrentados, como si no le hubieran oído hablar. Erik sabía que Snorri no iba a detenerse si podía conseguir la pelea que deseaba, y esperaba en guardia el próximo movimiento de su hermano. Entonces el padre chasqueó la lengua molesto, suspiró hondamente y se volvió del todo hacia sus hijos.

—¡Me cago en vuestras putas madres! —Chilló. —¿No me habéis oído? He dicho que ya habrá tiempo de lucha y que no será entre vosotros. ¡Por Odín, Snorri...! Has tenido años para hacerte a la idea de que tu hermano Erik,

me satisface cien veces más como hijo que tú. Así que acéptalo, demonios... Por más que lo intentes, siempre serás una gorda y roja copia de mí, y en nada podrás superar a tu hermano. Ahora quiero tranquilidad, dos dulces vírgenes me están esperando.

Se estaban mirando los hermanos, aún enfrentados. Pero quizá comenzando a calmarse su ira, como siempre había ocurrido durante años. Era como si nada ni nadie pudiera hacer que rompieran su obediencia hacia el padre. Erik *Ojos de Hielo* debía saberlo, porque ya caminaba hacia la alcoba donde pretendía relajarse. Desapareció el hombre tras una cortina, y su hijo Erik miró hacia allí molesto olvidándose del hermano. Sin embargo, Snorri aún tenía sus fríos ojos grises clavados en él. Cuando el sollozo asustado de las chicas se hizo más evidente al otro lado de la cortina, Erik miró a Snorri, escupió al suelo y se marchó de allí.

El silencio se apoderó de la gran sala mientras los hombres se miraban inquietos, y Snorri observaba sonriente la puerta por la que desapareció su hermano, a pesar de la furia alojada en sus ojos. Las risas divertidas del padre en la alcoba contigua, los gritos de alguna moza atrapada por él, y los sollozos de la otra, el sonido de una camisa salvajemente rasgada, ni siquiera hicieron que los hombres se inmutaran, pues sus mentes sólo podían pensar en el enfrentamiento de los dos hermanos. Un hombre de edad avanzada, de largos cabellos blancos y barbas en dos largas trenzas, dirigió sus clarísimos ojos azules hacia la figura del gordo pelirrojo, y le despreció con la mirada. Pensó este hombre, que el odio de Snorri hacia el hermano mayor no se calmaría, y que tarde o temprano haría algo que todos lamentarían. El anciano Keitel sentenció mentalmente que Snorri jamás regresaría a Dinamarca, y que no sería una espada inglesa la que terminaría con él.

Erik *El Pecoso* se hartó de oír los gritos de las mozas y los bramidos del padre penetrando a la pobre muchacha, y se levantó de su asiento para seguir los pasos del hermano mayor.

—¿A dónde vas, Pecoso? —Le detuvo Snorri con voz burlona. —¿Tú también eres un sensiblón como tu hermano Erik?

Erik *El Pecoso* detuvo sus pasos, pero no se volvió a mirar a su hermano.

—Me canso de oírle berrear. —Dijo refiriéndose al padre, y entonces se volvió sonriendo irónico. —Y me canso de ver cómo se folla a fulanas que luego tienen hijos como tú, a los que debo llamar hermanos...

—Mi madre es su segunda esposa, pequeño. —Le interrumpió Snorri sin apenas demostrar molestia por el insulto del muchacho.

—Mi madre sí es su esposa. —Continuó el pecoso. —Y la tuya es sólo una gorda que le sirve...

Snorri dio un paso hacia el chico y este salió corriendo entre risas, satisfecho de haberle hecho enfurecer. En realidad sólo había sido una travesura por la que sabía que no tendría que pagar finalmente.

Erik *el Pecoso* bajó unos peldaños de madera y apareció en la plaza, aún con una traviesa sonrisa en sus finos labios, aunque había olvidado ya a su gordo hermano. Sus ojos azules recorrieron el lugar poblado de gente en sus quehaceres, y se rascó la cabeza de rojiza y revuelta melena hasta los hombros, pensativo. De pronto su mirada captó a su objetivo, desapareció esa sonrisa involuntaria y caminó hacia su hermano mayor. Erik el mayor aparecía de entre una reunión de hombres de armas, llevando a su caballo de las riendas. Las rubias cejas fruncidas y los labios apretados, demostraban que no había olvidado su molestia por la insensibilidad del padre y el obstinado y molesto comportamiento de Snorri.

—¿A dónde vas, hermano? —Le preguntó el pecoso acompañándole en su paseo.

Erik no respondió y continuó su camino hacia la salida del recinto amurallado, con el caballo a su lado. Y el más joven insistió.

—Deberías matarle. —Dijo refiriéndose a Snorri. —Un día él no controlará su rabia y te atacará... Y sabes que será cobardemente y por la espalda. Si padre muere, Snorri no esperará un momento para matarte, te lo advierto. Aunque puedes siempre contar con mi lealtad, porque pienso cubrir tus espaldas...

El más joven se interrumpió a si mismo cuando por fin parecía haber conseguido la atención de su hermano, quien volvió la cabeza hacia el chico de menor estatura con una irónica sonrisa.

—Me agrada saber de tu lealtad hacia mí, pequeño. —Le dijo burlón. —Y agradezco tus consejos, pero ya debes saber que estoy cansado de oír tantas veces que tengo que matarle. Lo haré en su momento, cuando levante su espada contra mí... Pero no cuando lo único que ha hecho hasta ahora, ha sido protestar como una muchacha caprichosa. De momento no ha hecho nada que me obligue a matarle.

—Pues yo ya le habría hecho una buena brecha en su gorda tripa...

—Paciencia, pequeño. —Le interrumpió con una sonrisa divertida. —Creo que ser el mayor de todos, me convierte en una presa para hermanos más peligrosos aún que el gordo Snorri, que sólo sabe hablar y protestar.

—Yo siempre estaré de tu lado, quiero que lo sepas... Y Érika también, si no hubiera desaparecido.

El pecoso se detuvo de pronto pensativo, y Erik también lo hizo y se quedó mirando al más joven con atención, ahora que parecía repentinamente entristecido por algo.

—¿Crees que está viva? —Preguntó el pecoso mirando fijamente a su hermano.

Erik alzó la mirada al cielo y su mirada perdida regresó al más joven para responder. Aunque finalmente se encogió de hombros y no dijo nada. Y el muchacho continuó.

—A veces pienso que esa zorra de Bersk la mató para quedarse con todo el botín...

—*Ojos de Hielo* no se dejaría. Me apuesto lo que quieras a que siguen juntas.

El pecoso se rascó la cabeza y miró a Erik con un gesto incrédulo, como si pensara que su hermano era demasiado inocente si pensaba así, o tal vez tratara de engañarle confiando en su inocencia. La codicia y la falta de sensibilidad de Bersk eran conocidas de sobra por todos, y pensar que estuvo dispuesta a compartir el botín con la hermana era una clara equivocación. Iba a replicar, pero de pronto el lejano trotar de un caballo y las exclamaciones de la gente que deambulaba tras la empalizada, atrajo la atención de los dos.

En lo alto de una torre de vigilancia, un vigía advirtió de la llegada de un correo, y muy poco después, la gente se apartó para dejar entrar a un hombre a caballo que apareció bruscamente y de la misma forma frenó al animal, gritando para atraer la atención de todos.

—¿Quién es el responsable aquí? —Chilló recorriendo el lugar con la mirada.

Erik pasó las riendas al pecoso y caminó hacia el hombre. Asintió con la cabeza como respuesta, y esperó a saber las noticias que tan urgentes parecían.

—Avance inglés. —Informó el correo. —Un ejército se está acercando demasiado, y es preciso detenerlo. Debéis ponerlos de acuerdo los jefes de la zona hoy mismo, porque se ha planeado una emboscada para impedir su avance antes de dos días. Sin más dilación, que el jefe y dos hombres de confianza, acudan ahora mismo al lugar que voy a llevarles para recibir órdenes del rey de York.

Erik asintió asumiendo el mando, volvió a por su caballo y miró hacia la entrada de la casa en donde varios hombres habían salido para informarse.

Entre todos ellos no vio a su padre, quien debía seguir entregado a la cerveza y sus atenciones hacia las dos mozas. Probablemente Erik Ojos de Hielo se encontraría demasiado indispuerto para asumir el mando, y agradecería que el hijo mayor se encargara. De modo que el hijo no se detuvo a pensarlo un momento. Llamó al anciano Keitel y ordenó al joven pecoso que fuera a buscar los caballos de ambos. Snorri entornó los ojos furioso mientras contemplaba a su hermano, quien asumía el mando sin haber siquiera consultado con el padre, como si estuviera plenamente seguro de estar haciendo lo correcto en un asunto de tan suma importancia. Le irritaba pensar que Erik no hubiera contado con él para acompañarle en aquella importante misión, y en lugar de eso, hubiera elegido al anciano y al muchacho pecoso. Pero era más cierto que desde luego, no le apetecía nada cabalgar hacia los dioses sabían donde, para escuchar las órdenes de un estúpido general del rey de York. No quería ni le apetecía, pero no podía dejar de enfurecerse por haber sido ninguneado.

XI

—Da asco tanta carantoña...

Habló para sí misma en voz alta y sin saber que lo hacía. Pero ya era tarde para rectificar. Érika cabalgaba al paso de la larga caravana de jinetes y carros, muy cerca de Liam, quien apenas la miró un momento en silencio, para mirar después hacia el objeto de su molesto comentario. Bersk y su amante montaban el mismo caballo, ella sentada de lado como una dama, y con el hombro apoyado en el pecho del hombre que la abrazaba tiernamente. Cabalgaban a pocos metros por delante, y fuera del camino que seguía el largo y extenso grupo. A veces se les oía reír, o se besaban sonoramente como si sintieran que se encontraban a solas en aquel lugar llano y desprovisto de árboles. Había pasado un mes quizá desde la primera vez que estuvieron juntos, y ya no ocultaban su pasión al resto. No lo habían hecho en los últimos días de campamento en Wigingamere, y menos lo hacían ahora, de camino hacia la zona danesa que pretendían atacar. Érika se preguntaba si su hermana era la misma mujer brutal que había conocido siempre, ahora que la veía amorosamente abrazada a aquel hombre. Y si se había convertido en semejante amorosa dama... ¿Sería capaz de comportarse como una guerrera llegado el momento? Vestía faldas, y el largo cabello rubio iba suelto y perfectamente peinado, y adornado con unas flores en forma de diadema. El pequeño Harald se había quedado en el fuerte, al cuidado de una soldadera, pues no habría resultado seguro llevar a un niño a la batalla. Pero era cierto que en las últimas semanas, la madre no le había prestado demasiada atención, pues sólo parecía tener ojos para Aldwulf. Érika observó la tierna imagen molesta. Le sorprendía el cambio que se observaba en su hermana, pero no era aquello lo que le hacía sentirse irritada cada vez que la miraba. En realidad no soportaba verla tan enamorada y entregada a Aldwulf, cuando sospechaba que Bersk seguía encaprichada de Hakon. La había sorprendido mirándole ensimismada más de una vez... Liam se quedó mirándola tras aquel comentario involuntario. Y Érika volvió la cabeza y le miró un momento, antes de volver a mirar de nuevo hacia el frente. A veces pensaba que él era capaz de leer sus pensamientos...

Tras varias semanas de construcción defensiva en Wigingamere, y cuando

habían esperado que permanecerían allí para defender el fuerte, llegó la orden de avanzar hacia la zona danesa. Eran cientos de hombres yendo al encuentro de otros aliados, en un lugar cercano a la frontera con el Danelaw.

La risa de Bersk le hizo chasquear la lengua molesta. Eran la burla de todo el ejército y ni siquiera se daban cuenta, o tal vez no les afectaba lo más mínimo.

—Tu molestia no viene a cuento, Érika. —Susurró Liam. —Disfrutan de su pasión... Y hacen muy bien, porque no durará mucho más.

Érika giró la cabeza para mirarle. En realidad, no llegó a asumir el significado de las palabras el joven.

—No sé en qué está pensando. —Continuó ella refiriéndose a Bersk. —Está aquí para servir en la guerra, y probablemente ya esté preñada...

—No lo está... —Susurró él interrumpiéndola.

—¿Cómo lo sabes?

Liam meneó la cabeza gacha.

—Lo sé, y no sé cómo. Tanto como sé que no estarán mucho más tiempo juntos. A veces sé cosas que aún no han sucedido, pero no entiendo por que.

—¿Y qué es lo que sabes? —Preguntó ella interesada. —¿Va a dejarle por Hakon? ¿También sabes que sigue más interesada en tu hermano que en ese hombre? O quizá... ¿Sabes si no volveremos ninguno?

Liam meneó lentamente la cabeza con los ojos entornados. Algo le había llegado a la mente, pero la conversación con Érika lo había hecho desaparecer. De pronto la miró fijamente y no fue dueño de las palabras que escaparon de sus labios.

—Tú sí volverás...

Érika sintió un escalofrío y dejó de mirarle. Respiró hondamente después y miró hacia la tierna escena a caballo entre Bersk y su amante, y sintió compasión por ellos.

No volvieron a hablar durante el resto del trayecto. Se detuvieron horas después llegado el principio del ocaso, formando un extenso campamento en una zona arbolada. Estaban muy cerca de la frontera, y este lugar empezaba a convertirse en terreno peligroso, quizá recorrido por rastreadores enemigos. No encendieron hogueras, y procuraron ser todo lo silencioso que podría serlo un campamento poblado por cientos de hombres y animales. Se enviaron hombres para controlar la zona desde altos árboles, y así prevenir posibles ataques y controles daneses. Sin embargo... Ninguno de estos llegó a su destino, cayendo bajo flechas o puñales enemigos mucho antes de haber

cumplido con su cometido. Pero esto no llegó a saberse en el campamento.

Reinaba un extraño silencio mientras dormitaban bajo el cielo poblado de estrellas. Suaves ronquidos, susurros de algunos sonámbulos y algún caballo que pateaba el suelo nervioso. Hacía poco que las estrellas habían empezado a desdibujarse sobre el negro infinito, que lentamente comenzaba a aclararse, cuando los aterradores bramidos desde cientos de gargantas, rompieron el silencio. Gritos de bestias sangrientas, aparecidas de la nada, y luego el golpeteo de hachas y espadas contra todos aquellos que no tuvieron tiempo para reaccionar. De pronto los centenares de figuras recortándose a la luz del amanecer, se duplicaron según iban incorporándose los hombres que fueron brutalmente despertados, y las armas comenzaron a chocar unas contra otras. Gritos de guerra, alaridos de dolor y el relinchar de los caballos rompieron el antes inquieto silencio.

Hakon se encontraba en el interior del grupo junto a otros jefes, y saltó del suelo empuñando la espada que había dormido junto a él. Aún con la poca luz del alba era difícil distinguir algo entre las figuras que se movían a su alrededor, y comenzó a dar órdenes a sus hombres mientras se colocaba precipitadamente una pechera de anillos de acero. Miró un momento a su hijo, quien ya se armaba sin haber recibido antes el consejo de su padre, y tuvo tiempo para ver el gesto de impaciencia y emoción del muchacho. Era la primera batalla para Sveinn y el padre pensó pesaroso, si no sería mejor mantenerle alejado de ella. Aunque por lo que veía, los atacantes iban avanzando deprisa y pronto sería imposible evadirse del ataque.

—Sveinn, quédate junto a Liam y encárgate de protegerle. —Le ordenó.

Hacerle creer al muchacho que sería el protector de su tío, quien no estaba allí como soldado, sería una buena forma de mantenerle fuera de la lucha contra aquellos salvajes. Pero vio que el mismísimo Liam ya empuñaba una espada, y le miraba con un gesto de resignación.

—Hoy ninguno de nosotros escapará de esta emboscada sin armas, hermano. —Le dijo.

Hakon asintió.

—Id ambos cerca de mí. —Dijo antes de adelantarse hacia el grupo de atacantes.

Érika se ató el cinturón que ajustaba su pechera de cuero observándoles, y una vez hecho, salió tras la espalda de Hakon por delante de los otros dos.

—Seguidme a mí. —Aconsejó. —Hakon y yo os serviremos de barrera.

—¿Quién demonios te crees que eres para dar órdenes a dos hombres? —

Preguntó el muchacho.

Pero Érika no le hizo el menor caso, y Liam le instó a obedecer.

Bersk se había deshecho de las faldas al primer alarido de los atacantes, descubriendo las calzas masculinas que llevaba, y tuvo tiempo para guardarse la melena bajo la camisa, y colocarse una pechera de cuero. Mientras que Aldwulf se armaba a su vez, sin dejar de insistirle en que no participara en la batalla.

—¿Para qué crees que me pagan? —Respondió la mujer.

Ya armado y con la espada aferrada por su enorme mano, Aldwulf se olvidó por un momento de su cometido y la aferró por la cintura.

—No lo hagas, mi amor. —Casi suplicó entre los gritos de guerra. —No deseo perderte, y mucho menos perder a nuestro hijo. Quizá estés ya preñada...

—Ay... ¡Suéltame, Aldwulf! —Protestó Bersk deshaciéndose de él. —Se acabó tu dulce damita, y ha vuelto Bersk. Apuesto a que abro más tripas que tú.

Salió corriendo tras decir aquello sin amilanarse, ni siquiera le había parecido inquieta o mínimamente temerosa. Y Aldwulf corrió tras ella con la firme determinación de únicamente protegerla.

Gritos, exclamaciones, golpes de armas contra escudos o huesos, y relinchos de los caballos, inundaban el lugar mientras llegaba la luz del día. Amanecía ya con cientos de cuerpos ensangrentados poblando el suelo, y aún chocaban las armas, aunque ahora los gritos de dolor y agotamiento eran más evidentes que los primeros alaridos de guerra con los que comenzó aquel amanecer. El ataque por sorpresa había favorecido en un principio a los daneses, que sin haberlo previsto no superaba en número a los ingleses, y en este momento se encontraban prácticamente superados. Llegaba el momento de decidir si ya habían conseguido suficiente y más de lo esperado, haciendo que disminuyera el número de hombres en el ejército inglés, que ya no podría continuar su camino hacia dominios daneses, y abandonar la lucha antes de seguir perdiendo más hombres. Las órdenes de retirada empezaron a retumbar entre los gritos y poco a poco, los daneses iban abandonando el lugar, algunos llevándose armas inglesas arrebatadas a los caídos. La orden de no seguir tras su huida, resonó desde voces distintas, y agotados, ensangrentados y con las respiraciones entrecortadas, se dedicaron únicamente a verlos desaparecer. Desaparecieron entre gritos de victoria, algunos a caballo y muchos de ellos a pie, dejando abandonados a sus compañeros muertos o heridos, y dejando sobre todo, un extraño silencio que se apoderó del lugar.

Aliviado, Hakon miró a su hijo que con algún rasguño sin importancia, y el rostro lleno de sangre ajena, se mostraba orgulloso de sí mismo tras su primera batalla, sin llegar a imaginar cuantas espadas se habían dedicado a protegerle. Rodeó sus hombros y apenas le abrazó orgulloso sobre todo de su valentía, pero el chico rechazó aquel gesto, sintiendo que era demasiado mayor para recibir el abrazo del padre. Liam no les miraba. Habiendo echado un vistazo entre los hombres que en pie aún se recuperaban del combate, y todavía sujetando su espada con la mano ensangrentada, buscaba entre los caídos cercanos que se movían pidiendo ayuda. Hakon reconoció entonces la inquietud de su hermano menor. No estaba buscando posibles vidas que salvar, sino que buscaba a alguien en concreto. De pronto Liam alzó la vista pareciendo desesperado, y se encontró con la mirada de su hermano.

—¿Dónde está Érika? —Preguntó.

Antes de que Hakon pudiera siquiera asimilar la pregunta, un grito desgarrador escapando desde una garganta femenina, les llegó para helarles la sangre. Se volvieron bruscamente hacia el lugar desde el que les había llegado, temiendo ya lo que iban a encontrar, y echaron a correr hacia allí. Era Bersk quien había dejado escapar aquel doloroso grito. Estaba arrodillada ante una figura acostada en el suelo, y hundía su rostro en él. Las largas y fuertes piernas estiradas del caído tras el cuerpo de la mujer, revelaron su identidad antes de haber llegado a su lado. No era Érika como habían pensado en un primer momento.

Estaba tumbado con los ojos entornados y apenas una triste sonrisa en sus labios. Una de sus manos sujetaba la mano de Bersk sobre su pecho, y parecía que le costaba respirar, aunque no deseaba apartar el cuerpo de la mujer sobre él. Liam se arrodilló al otro lado junto a un agonizante Aldwulf, y consiguió levantar la cabeza de Bersk, separándola del cuerpo del hombre y revelando la mortal herida en el costado que había ensangrentado a los dos. Reconociendo que su arte esta vez no serviría para curar a su amigo, Liam dejó que la mujer volviera a proteger con su propio cuerpo la herida, y apretó los ojos dolorosamente. Aún en pie, Hakon miró al cielo con los puños apretados, y respiró hondamente antes de volver a mirar al hombre que había sido como su hermano, y que ahora se debatía entre la vida y la muerte sólo por conseguir un segundo más para poder tocar a la mujer que le lloraba. Sveinn ahogó un sollozo caminando lentamente hacia atrás unos pasos, hasta alejarse lo suficiente como para que la figura de su padre le impidiera ver la agonía del hombre caído, y se volvió limpiando con rabia unas lágrimas por

las que se sentía demasiado mayor para mostrarlas a los demás.

Bersk sintió la suave presión de la mano de Aldwulf en las suyas, y su mirada de oscuros ojos azules inundados de lágrimas, ascendió lentamente para mirarle al rostro y encontrar la esforzada sonrisa que le mostraba.

—Qué agradable fue esta noche contigo, dulce vikinga... Y todas las noches... Y todas las mañanas...

Bersk llevó suavemente sus dedos a la boca del hombre, como si pensara que el esfuerzo por hablar se lo llevaría antes. Pero Aldwulf besó ligeramente aquellos dedos para hacer que ella los apartara, y así poder seguir hablándole.

—Sabía que tanta dicha finalmente tendría su precio, y ahora... ya he descubierto cual es. Eres la primera y única mujer a la que he amado sinceramente, y nada mejor podría esperar que morir entre tus brazos...

—Aldwulf...

—Déjame hablar, pequeña loba del norte... —Aldwulf se interrumpió un momento sintiendo la falta de aire en sus pulmones. —Dime que esperamos un hijo, que llevará mi nombre, y dime... Dime que jamás arriesgarás tu vida en una batalla... Hakon se ocupará de ti, ya lo sé aunque aún no haya aceptado mi última voluntad... Dímelo antes de irme...

Bersk con los ojos llenos de lágrimas sin llanto, apretó la mano del hombre y asintió aceptando todo lo que él le había pedido, aunque nada de ello terminaría siendo cierto. No estaba embarazada, no colgaría la espada y no dejaría que nadie se hiciera cargo de ella. Sin embargo, no le negaría nada ahora mientras sus ojos se cerraban lentamente con una satisfecha sonrisa en los labios. Cuando la cabeza de Aldwulf se dejó caer hacia un lado y la presión de su mano desapareció en la de Bersk, ella le besó y sin apartarse de sus labios, comenzó a llorar desconsoladamente ante la mirada de los hombres que la acompañaban en pie abatidos.

Al mediodía cuando el sol en lo más alto intentaba hacerse ver entre cúmulos de nubes blancas, docenas de muertos yacían ya bajo la tierra, los heridos habían sido atendidos, y todo estaba perfectamente preparado para abandonar el lugar. El ejército que se disponía a reunirse con otros enviados al lugar desde el que se había planeado ejecutar el ataque, ya no podría avanzar hacia su destino, por lo que necesitaron planear nuevas decisiones de última hora. De momento debían abandonar el lugar y buscar algún otro, en el que ocultarse hasta que el correo que habían enviado regresara con nuevas órdenes.

Bajo un árbol centenario, un túmulo de piedras con pequeñas florecillas de

colores esparcidas, se había convertido en el lugar donde el cuerpo de Aldwulf reposaría para siempre. Bersk seguía mirándolo en silencio y no había dejado de hacerlo, desde que vio que colocaban la última piedra. Ya no lloraba, pero sentía desgarradora la primera pérdida que realmente había sentido en toda su vida. No se había engañado nunca, se había dejado querer por Aldwulf y desde luego, disfrutó de su amor durante el corto tiempo que lo tuvo, pero jamás dejó de sentirse más atraída por Hakon. Aun así lloraba al hombre que yacía bajo aquel túmulo, como al único amor de su vida, y quizá el primer hombre que la había amado. Sintió a su espalda el lento paseo de los cascos de un caballo, pero no se movió ni dejó de mirar el montón de piedras. El animal se detuvo tras ella, bufó y la golpeó suavemente con el morro en un hombro. Apenas se volvió para mirar al enorme caballo negro que quizá buscaba consuelo en la mujer, y le acarició el cuello acercándose para buscar apoyo en él. Era el caballo de Aldwulf.

—Yo cuidaré de ti. —Le dijo.

Tal vez habría acabado dejándose llevar por el llanto de nuevo, pero unos rápidos pasos atrajeron su atención. Hakon se detuvo a su lado. Con las manos en las caderas el hombre miró con tristeza la tumba de su amigo, y habló sin mirar a Bersk.

—Tu hermana no aparece. —Le dijo. —Ni entre los heridos, ni los muertos, ni siquiera por los alrededores.

Bersk asintió, se volvió hacia el animal y no dejó de acariciarle en el poderoso y negro cuello.

—Imagino que descubrieron que era una mujer y se la han llevado. — Respondió indolente, como si no hubiera otra posibilidad que esperar. — Probablemente se hayan hartado ya de ella unos cuantos y esté muerta, lejos de aquí o donde quiera que se escondan los daneses.

Hakon respiró hondo y asintiendo se volvió por fin para mirarla. La visión del lugar en el que había dejado descansar a su amigo le hacía daño, y de pronto advirtió que debía olvidarlo y sacar sus fuerzas para otras preocupaciones.

—Liam se niega a abandonar el lugar sin ella.

Bersk le miró directamente a los ojos, y por un momento olvidó lo que había oído, y quizá por un breve instante, su dolor por el amor perdido tuvo cierto consuelo, perdiéndose en la inmensa tristeza que le mostraban aquellos ojos. Y advirtió entonces que no habría soportado de la misma manera la pérdida de aquel hombre al que miraba. Quizá y sin quererlo, había dejado

que sus sentimientos se mostraran, porque reconoció de pronto el desconcierto en los ojos de Hakon. Dejó de mirarle, tratando de abandonar aquellos pensamientos.

—Liam debe hacerse a la idea... —Le dijo. —No podremos recuperarla.

—Yo voy a quedarme con él a pesar de ello. No podré convencerle.

Bersk no pensó demasiado en aquella respuesta, que le habría llevado a pensar que un hombre con las obligaciones de Hakon, se estaba preocupando más por los deseos de su hermano menor, dejando de lado las órdenes de guerra que tuviera. Lo único que ocupaba su mente, era el afecto que su hermana había sentido por Liam, y que según sus pensamientos, habían sido en vano. Ahora y por la determinación que parecía embargar a Liam por tratar de salvarla, hasta el punto de arrastrar a su hermano hacia sus planes, se daba cuenta de que tal vez había estado equivocada.

Apartó la mirada pensativa y casi llegó a dibujarse una triste sonrisa en sus gruesos labios.

—Siempre le dije a Érika que sus sentimientos hacia él eran inútiles. —Susurró. —Y veo que me equivoqué... Él debería habérselo hecho saber cuando aún estaban a tiempo. Ahora es tarde.

Hakon la miró con interés.

—¿Ella quería a Liam? —Preguntó.

Bersk asintió aún con aquella sonrisa triste y le miró a los ojos.

—A veces no nos damos cuenta que la vida puede cambiarnos en un solo segundo y que no habrá otra oportunidad, ni habrá más tiempo...

Él no entendió el verdadero significado de aquellas palabras, o al menos lo que significan realmente para ella. Respiró hondamente y pareció inquieto. Luego miró a la mujer, que no dejaba de mirarle fijamente y negó con la cabeza por fin.

—Él no la quiere de la misma forma. —Aseguró. —Supongo que ella lo sabía.

—¿Por qué parece que te han preocupado los sentimientos de mi hermana? ¿Y por qué estás tan seguro de los sentimientos de Liam? Y... ¿Por qué...?

Se detuvo a sí misma y un gesto inquisitivo se alojó en su rostro, apartándose del animal para buscar la mirada de pronto esquiva del hombre.

—Tú no te quedas con tu hermano por él y sus preocupaciones. —Dijo muy segura. —Tú... Esa dolorosa mirada no es sólo por el hombre que yace bajo esas piedras... ¿verdad?

Hakon la miró pero no dijo nada. Y Bersk de pronto parecía tan

sorprendida como herida, mirándole como si esperara poder leer sus más íntimos pensamientos.

—Hakon de Coenwalh, es más evidente la preocupación en tus ojos que el dolor por la pérdida de tu amigo.

La miró sin entender la aflicción que demostraba, y no tuvo tiempo a dar unas explicaciones que desde luego, nunca habría dado, porque ella se volvió y se alejó de allí.

Cuando el ejército partió hacia un lugar incierto, cinco figuras quedaron deambulando por el campo de batalla aún ensangrentado, y con evidentes marcas de lo ocurrido esa misma mañana. Bersk se había quedado con ellos. Permanecía sentada y con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol, y envuelta en una piel, a pesar de que el tiempo era aún cálido al final de la tarde. Desgreñada y todavía con la sangre seca en su piel y en sus ropas, mantenía el cuello erguido y los ojos cerrados. A veces dormitaba, y otras despertaba y con los ojos entornados miraba silenciosa hacia la reunión de sus compañeros. Sus ojos de color violeta, habían perdido la dulzura que a veces los iluminaba mientras se dejó amar por Aldwulf, y de pronto parecía haber vuelto a ellos aquella loba salvaje. Había perdido al hombre que la quiso, y definitivamente perdió la esperanza de tener alguna vez al hombre al que realmente amaba. Si en algún momento en todo aquel tiempo transcurrido desde que abandonó Dinamarca, su corazón se había abierto y desprovisto del duro escudo protector, ahora se había cerrado para siempre. La pérdida de Érika podría haberle preocupado si no hubiera sentido tanto dolor en su interior. No se había quedado por ella, ni siquiera esperaba poder recuperarla con vida. Probablemente esperaba noticias de su hermana antes de abandonar aquel ejército, en vano, porque jamás aparecería ni viva ni muerta, para regresar al lugar en donde su hijo la esperaba, junto con la fortuna de ambas hermanas que yacía enterrada.

El anciano Oswald movía inquieto sus pasos junto a sus compañeros sentados en el suelo. No entendía la absurda idea de Liam, y mucho menos podía entender que Hakon se quedara acompañando al hermano, para intentar recuperar a una insignificante vikinga. Su propia presencia allí, que se quedó por decisión de él mismo, le parecía estúpida.

—Y estamos aquí para ocuparnos de rescatar a una simple bárbara a la que ni siquiera conocemos... —Continuó el hombre con sus quejas sin detener su lento y furioso paseo. —Cuando además sabemos que no podremos conseguirlo. Liam, no entiendo qué demonios te obliga a esa estúpida

determinación, pero menos te entiendo a ti... Hakon.

Hakon levantó una cansada y entristecida mirada hacia el anciano, apenas le miró un momento y de nuevo miró al suelo como si no tuviera nada que decir. Oswald se detuvo frente al hombre más joven, y casi inclinó un poco la espalda hacia él. Bersk no les perdía de vista. Tenía a Hakon al frente y sus ojos tristes se centraron en el hombre.

—Puede que tu hermano haya perdido la cabeza, pero su presencia en esta guerra no será echada de menos por nadie. Sin embargo, tú deberías estar al frente de tu propio ejército, esperando las noticias que no tardarán en llegar, en lugar de perder el tiempo en esta absurda idea de recuperar a una mujer insignificante. Eadfrid de Sebbi está deseando sorprenderte en un error para difamarte, y tú te empeñas en darle motivos.

Hakon asintió como si admitiera todo aquello, pero no volvió a levantar la mirada y tampoco respondió. Sveinn asintió con energía como si sintiera que era el único capaz de comprender que Oswald, era el verdadero hombre sensato entre todos ellos. Luego miró a su padre y se sintió contrariado por su silencio. Miró a Liam un momento antes de que este por fin dijera algo.

—La razón por la que quiero recuperar o al menos saber de Érika, es asunto mío. —Dijo y se puso en pie. —No he pedido a nadie que me acompañe...

—No puedo creer que por primera vez hayas perdido la cabeza por unas faldas...

El anciano interrumpió las palabras de Liam, y se interrumpió a si mismo, cuando el joven se volvió para mirarle. Sus ojos de color miel se clavaron en el hombre. Había un aire de molestia en ellos, pero era más fuerte el gesto cansado y preocupado que mostraban.

—No lo he hecho, ni lo haré. —Dijo. —Érika es mi amiga y le tengo más aprecio del que podáis imaginar. Sé que está viva y que corre peligro. Y sé también que estará viva mientras yo siga respirando, y que su vida estará siempre ligada a la mía... Por eso la encontré, curé sus heridas y seguí su camino... No lo he sabido con certeza hasta esta mañana, cuando he descubierto que había desaparecido.

En ese momento Liam había conseguido el interés de los hombres, que le miraban impacientes y todos, a excepción de Bersk que no conocía su don, supieron que el joven había hablado de una de sus visiones.

Hakon de pronto dejó de mirarle. Sus ojos azules se clavaron en la hierba pisoteada, y de nuevo volvió a levantar la mirada hacia su hermano. Habló

musitando, como si pensara que nadie podría oírle.

—La mujer con pieles de lobo... —Dijo.

Todos le miraron con interés, incluido Liam. Y en ese momento Bersk decidió que necesitaba estar cerca de ellos para saber qué era lo que estaban hablando en realidad. Sin soltar la piel que le servía de abrigo, se puso en pie y se acercó a los hombres.

—¿Qué es lo que has dicho? —Preguntó a Hakon.

Hakon meneó la cabeza como si hubiera recibido la peor de las noticias, se puso en pie y se alejó caminando.

—¿Qué ha dicho? —Insistió ella mirando a todos.

Nadie respondió, porque no habían comprendido las palabras de Hakon. Liam se olvidó de Bersk y fue tras su hermano. El hermano danés se había detenido junto a un árbol no muy lejos de allí. Suspiró molesto y abatido, golpeó el tronco con la palma de la mano y se volvió para apoyar su espalda. Miró a Liam que se acercaba a él, quizá durante un leve momento con desprecio, y terminó por cerrar los ojos para borrar aquel sentimiento de su mente.

—¿Qué significa eso que has dicho? —Preguntó Liam levantando la mirada hacia su hermano.

Hakon suspiró, miró hacia un lado para librarse de la mirada de Liam y habló con un dejo de tristeza en la voz.

—Ella es la loba que no parirá más cachorros... —Dijo. —Es la mujer con pieles de lobo que aceptará tu maldición... Es la madre de al menos un hijo tuyo.

De nuevo Hakon volvió a mirarle, y casi se dibujó una triste sonrisa en sus labios. Había guardado aquellas palabras durante años y por primera vez las dejaba salir. Liam le miró sin comprender, y sacudió la cabeza incrédulo.

—¿De donde te sacas eso? —Preguntó. —Sabes que es imposible... Sabes que eso jamás ocurrirá...

—Son las últimas palabras de tu madre, hermano. La mujer con pieles de lobo ha aparecido por fin y yo ya puedo descansar...

—Nooo. Yo jamás tendré hijos y lo sabes...

Se interrumpió a sí mismo por el violento movimiento con el que Hakon se apartó de allí, para detenerse muy cerca dándole la espalda.

—¿Tú crees? —Preguntó sin mirarle porque de pronto no soportaba a Liam. —Tú mismo has dicho que vuestras vidas siempre estarán ligadas... Quizá la visión de tu madre fue más profunda que la tuya, y haya cosas que tú

eres incapaz de ver.

—No sé qué vio mi madre, pero tú sabes bien que no podría siquiera amar a una mujer... He visto que siempre estaremos juntos, pero no como tú lo crees. Hakon, por todos los dioses... ¿Qué es lo que te pasa?

Se detuvo muy cerca de la espalda de su hermano, y de pronto su voz masculina sonó para Hakon como la voz de una mujer. Una pequeña e indefensa mujer a la que había protegido durante toda su vida. Dejó de odiarle de pronto y se volvió para mirarle.

—No podría esperar que te enamoras de ella. —Dijo con tristeza en la voz. —Pero de pronto he recordado las palabras de tu madre, y ahora adquieren sentido. Liam, la quiero para mí y había decidido cortejarla aunque ella no me soporta. Por eso estoy aquí contigo, porque deseo recuperarla...

Liam le miró sorprendido.

—¡Pero si la odias!

—Y probablemente lo haga con más intensidad cuando me dé cuenta de cómo esos dos ojos grises, me han hecho olvidar mis obligaciones.

La mirada de Liam se perdió en la amargura de los ojos azules de su hermano, quien de pronto se apartó.

—No, no mires mis ojos. No quiero que busques visiones sobre mí.

—No vienen cuando quiero, sino cuando ellas quieren venir a mí.-
Respondió Liam.

XII

Esa misma mañana, el ejército danés regresó a su campamento victorioso y satisfecho de su hazaña. Tal y como estaba planeado, consiguieron reducir a los ingleses hasta el punto de haber perdido tantos hombres, que seguir avanzando les resultaría imposible si no recibían ayuda. Este grupo preparado para detener a los ingleses, entró en el lugar amurallado que les servía de cuartel, cabalgando al trote, chillando y riendo sin cuidado por los transeúntes, que debieron correr para ponerse a salvo del regreso de los guerreros. Algunos incluso alzaban por los pelos las cabezas inglesas que trajeron consigo como trofeos, para balancearlas chillando y luego arrojarlas lejos. Una cabeza de largos cabellos negros ensangrentados, cayó a los pies de una niña pelirroja que gritó aterrorizada haciendo reír divertido al guerrero que la lanzó.

Erik *el Compasivo* entró cuando los primeros y más escandalosos hombres ya desmontaban, dispuestos a aceptar los cuernos llenos de cerveza que se les ofrecían. Durante el camino de regreso de unas dos horas no lo advirtió, pero ahora sus ojos se encontraron con el bulto que su hermano Snorri transportaba sobre sus gordos muslos, envuelto en una capa. Llevando a su caballo sin prisa y sin dejar de mirar aquel bulto, Erik intentó llegar hasta su hermano. Pero el camino estaba obstaculizado por otros hombres a caballo que le impedían el paso, y a veces la visión. Para cuando quiso llegar a donde había visto a Snorri, tan solo encontró a su caballo abandonado. Erik miró a un lado y a otro, pero no encontraba a su hermano. Su animal comenzó a ponerse nervioso entre la multitud y se movió inquieto. Chasqueó la lengua molesto, desmontó y cogió las riendas para sacar a su caballo de allí. Tenía que encontrar a Snorri y averiguar qué era lo que había estado transportando hasta ese lugar.

Un cubo de agua fría la despertó sobresaltada, pero apenas pudo abrir los ojos. Un terrible dolor de cabeza se lo impedía, y se llevó lentamente una ensangrentada mano a la nuca. Gimió por el dolor y la reconocida risa silenciosa frente a ella, la obligó a intentar separar temblorosamente las pestañas. El amplio lugar estaba oscuro y alfombrado de paja. Era un establo convertido en dormitorio para los hombres que poblaban y defendían el

campamento. Necesitaba abrir los ojos y descubrir al dueño de aquella risa, aunque ya sabía bien de quien se trataba. De pronto empezó a recordarlo todo. Había caído de espaldas en medio de la batalla y el casco que la protegía, escapó de su cabeza. Su adversario, un hombre enorme casi llegó a inclinarse para mirarla con sus fríos ojos grises tras el casco, del que escapaban unas largas trenzas y barba pelirrojas. Vio su sonrisa mientras se inclinaba más hacia ella, hasta que la agarró del chaleco para levantarla del suelo, y un momento después sentía un fuerte golpe en la cabeza. Ya no lo recordaba, pero recibió uno más cuando despertó tendida sobre la grupa del caballo de Snorri y envuelta en una capa, de regreso al campamento. Ahora oía la silenciosa risa y esta se convirtió en algo molesto, por lo que chasqueó la lengua y por fin, ante su mirada parpadeante apareció la gorda figura del pelirrojo Snorri que la miraba desde arriba.

—Bienvenida, hermanita. —Le oyó decir con sarcasmo. —¿Te ha gustado tu viaje de regreso a casa?

A Érika le costó pronunciar sus primeras palabras, mientras echaba un lento vistazo al lugar casi en penumbra.

—¿Estamos en Dinamarca?

Snorri rio.

—No, pequeña *Ojos de Hielo*. Estamos en el campamento en el que hemos debido quedarnos gracias a tu hazaña. Ahora deberíamos estar en Dinamarca y no luchando en esta estúpida guerra, para conservar la propiedad de padre que tú y tu zorra hermana saqueasteis. A padre le encantará saber que estás de nuevo con nosotros.

—Me va a matar, imbécil. —Dijo sin apenas inmutarse y palpándose la cabeza dolorida. —¿Te das cuenta de que eso es lo único que sacarás de todo esto?

Snorri dejó de sonreír y asintió lentamente.

—Quizá, pero tal vez me sirva para hacer méritos ante sus ciegos ojos, que sólo ven al pusilánime de Erik...

Se interrumpió a si mismo, cuando la mirada de Érika dejó de prestarle atención, para centrarse en un movimiento a la espalda del hermano. Unos pasos tras él, le hicieron saber que alguien había entrado en la oscura estancia. Snorri se volvió bruscamente para encontrarse con la figura de su hermano mayor, y respiró hondamente molesto por su presencia. Su enorme cuerpo tapaba prácticamente a la figura de Érika sentada contra una pared, y Erik quiso saber a quien pertenecían las botas que casi llegaba a distinguir a la

espalda de su hermano.

—*Compasivo...* tienes la molesta costumbre de aparecer cuando no se te quiere. —Dijo Snorri. —Márchate.

Erik no respondió y avanzó hasta que consiguió ver a la joven. Cuando la reconoció, sus ojos se abrieron enormes, y luego miró a Snorri.

—¿Qué es esto? —Preguntó preocupado. —Érika... ¿estás bien?

Snorri tomó aire y lo soltó molesto. Se movió en posición de defensa, haciendo que Erik detuviera sus pasos, y le miró con un gesto de advertencia.

—He dicho que te vayas de aquí, maldito fisgón.

—Padre va a matarla cuando la vea, y que la hayas traído no te hará mejor a sus ojos...

—¿Qué demonios hacen mis hijos aquí? ¡Os advertí que no quería veros enfrentados y...!

Erik *Ojos de Hielo* se interrumpió a sí mismo cuando Snorri se apartó a un lado lentamente, con la intención de mostrarle el trofeo sentado en el suelo, que le había traído a su padre. Comprobó con una inquieta sonrisa el sorprendido semblante, y luego satisfecho del padre. Erik cerró un momento los ojos, y luego miró a Snorri despreciando su insegura sonrisa, que buscaba la aprobación del padre. Los ojos de hielo se clavaron en la mirada gris de su hija, y de la sorpresa poco a poco fue pasando al desprecio mientras los ojos se entornaban para mirarla sin dar un solo paso aún. Érika sintió un doloroso nudo en el estómago, sabiendo que no pasaría mucho más tiempo con vida mientras el padre la odiaba con su mirada. De pronto comprobó que *Ojos de Hielo* tendría paciencia, porque sus labios se estiraron en una maliciosa sonrisa, que no tardó en convertirse en risa.

—¿Qué ha pasado aquí? —Preguntó casi divertido. Era como un lobo que pretendiera jugar con un corderillo antes de comérselo. —¿De dónde sale esta hija de una puta?

Snorri como el pequeño que desea satisfacer a su severo padre, se adelantó unos pasos para explicarse aún con aquella nerviosa e insegura sonrisa, que sus tres acompañantes odiaron.

—Estaba luchando entre los ingleses, padre. —Dijo. —La reconocí y la he traído hasta aquí.

El padre asintió sin mirarle, parecía no haberle prestado ninguna atención mientras su mirada no se apartaba de la hija. Ella a su vez, tampoco dejó de mirar al padre, y aunque trababa de disimular su terror pareciendo tranquila, era evidente su miedo.

—Vaya... vaya... La corderita vuelve al redil... ¿Dónde está tu hermana?

Ojos de Hielo dio un paso más y Érika recogió sus piernas estiradas, irguiendo la espalda. Y el padre detuvo sus pasos, satisfecho por el terror que era capaz de causar en ella, lo cual no la tranquilizó del todo.

—Esa zorra se lo llevó todo y me abandonó. —Mintió. —¿Qué crees que hacía prestando mis servicios en un ejército inglés?

—Que estúpida eres, hija mía. —Dijo con una sonrisa. —Tanto esfuerzo para que al final esa loba te dejará en la miseria.

Se dio cuenta Érika que su historia era perfectamente creíble, ya que de haber conservado el dinero robado, jamás se habría alistado en aquel ejército. Y el padre no lo dudó en ningún momento.

—Y además, no sólo eso... —Continuó *Ojos de Hielo*. —Además, ella disfruta el botín y tú pagarás por las dos. ¿Un águila sangrienta crees que servirá para pagar por la muerte de mi hermano, y el robo de mis pertenencias?

Érika se estremeció por dentro al oír esas palabras, y fue evidente el miedo en su mirada. Un águila sangrienta... Erik se refería al legendario castigo que consistía en abrir a la víctima desde la columna vertebral, cortando y abriendo las costillas de forma que parecían alas manchadas de sangre, y sacando los pulmones hacia afuera. La herida abierta se cubría con sal, y la víctima seguía sufriendo durante largo tiempo, hasta que terminaba muriendo.

Caminó de pronto hacia ella y Érika se encogió contra la pared encerrando su cabeza entre los brazos. Y Erik *Ojos de Hielo* de repente vio su camino obstaculizado, por la figura más alta de su hijo mayor. Le miró furiosamente sorprendido y con un gesto quiso que se apartara de su camino, pero Erik negó con la cabeza.

—Deja que sea yo quien lo haga, padre. —Pidió.

Erik levantó su cuidada cabeza rapada hasta encontrarse con la más alta mirada de su hijo y sonrió burlón, a pesar de la furia que le provocaba haberse visto detenido por él.

—¿Y que le des una dulce y rápida muerte? —Preguntó y negó con la cabeza. —Pretendo hacerle pagar con dolor lo que hizo, que es lo que nos ha obligado a permanecer en esta maldita isla, no hacerla desaparecer simplemente. Aparta...

—Es tu hija, no puedes mostrarte ante todos los extraños que nos acompañan aquí, como un carnicero salvaje. Nadie querrá presenciar a una

mujer castigada de forma tan cruel, y harás que te pierdan el respeto.

El padre sonrió sin alegría y volvió la mirada hacia Snorri, que aún mantenía aquella insegura sonrisa, como si todavía estuviera esperando a oír las felicitaciones por su hazaña.

—Snorri lo hará. ¿Crees que iba yo a mancharme las manos con la sangre venenosa de esta asesina ladrona? —Dijo. —Y no será aquí, ante la vista de todos.

A Snorri se le borró la sonrisa porque no estaba dispuesto a aceptar tal honor, aunque no dijo nada.

—Aparta, sólo quiero verla. Y tú, Snorri, busca una sogá para atarla de manos y tobillos, quiero que la llesves a otro lugar, en el que esté debidamente custodiada hasta mañana.

El lugar en cuestión fue un pequeña choza de barro y paja cercana a la que el padre ocupaba. Atada de manos y tobillos permanecía acurrucada contra una pared, tras varias horas de encierro hasta que llegó el ocaso. Había dos hombres custodiando la entrada, cerrada por una lona, a los que Érika oía conversar mientras no se dedicaba a dormir. Le llegó el olor a carne asada, pero no tenía hambre y sí mucha sed. Nadie le había traído comida o bebida, y tenía la garganta seca y la lengua se le pegaba al paladar. Apenas abrió los ojos al despertar de nuevo y los cerró, intentando volver a dormir. Pero el jaleo en el exterior, y el miedo que la atacaba profundamente, lo hacía imposible. Un poco de agua... Intentó mojarse los labios con la lengua, pero estaba seca. Suspiró tratando de acurrucarse de nuevo contra la pared...

Una mano retiró la lona que cerraba la entrada, y una conocida risa burlona precedió al hombre que se hizo paso. Érika levantó la mirada, y su cuerpo agotado trató de ponerse en guardia para recibir a la visita. El hombre se enderezó una vez dentro de la pequeña estancia, y ella abrió mucho los ojos. Las sienes rapadas y una larga y gruesa trenza rubia, que era peinada y trenzada con sumo cuidado diariamente, caía por el hombro hasta el vientre. Largos bigotes trenzados y mentón pulcramente afeitado. Si el hombre nórdico era conocido por el esmero que ponía en su apariencia física, y el cuidado que dedicaba a sus cabellos y barbas, este podía ser considerado el más presumido de todos ellos. La miró con aquellos ojos grises tan familiares, mientras reía con un gesto irónico. Llevó el cuerno que portaba en una mano a su boca, y bebió con placer un largo trago. Luego clavó sus grises ojos en ella, mientras se pasaba una manga por los labios mojados.

—Sigurd...

—Hola, hermana...

Sigurd dio unos pasos hasta acercarse un poco más, y sin abandonar aquella sardónica sonrisa, le ofreció el cuerno de bebida. Ella negó con la cabeza rechazando el trago que le ofrecían.

—¿Pretendes envenenarme? —Preguntó.

—He bebido antes yo, mujer idiota.

Érika se dio cuenta de la estupidez de su pregunta, miró con desprecio a su hermano y volvió a acomodarse contra la pared. Este segundo hijo de *Ojos de Hielo* con su esposa principal, era un ser hermoso a la vista, como su madre, pero a veces y dependiendo de sus intereses, tan malvado o más que su padre.

—Además... ¿Crees que te haría ese favor? —Preguntó él. —Sería una dulce muerte, y te evitaría lo que te tienen preparado.

Sonrió malicioso, mirándola con los ojos entornados y Érika le miró con desdén, a pesar de que en sus ojos se detectaba cierta impaciencia por oírle hablar. Sigurd disfrutó del tiempo que tardó en satisfacer la curiosidad de su hermana, paseando lentamente y volviendo a beber. De nuevo le ofreció el cuerno de bebida, inclinándose hacia ella y Érika lo aceptó esta vez. Alzó de prisa las manos unidas con la soga para alcanzar el cuerno, y se lo llevó a los labios para beber ávidamente. Pero apenas llegó a tragarlo y lo escupió con desagrado. Después levantó la mirada hacia el hermano molesta, y le devolvió el cuerno.

—Es aguamiel...

Sigurd rió y dio otro trago.

—Pues claro. ¿Desde cuándo no te gusta?

—Necesito beber agua.

Sigurd asintió.

—Te lo traeré. —Dijo. —Creo que soy uno de los pocos privilegiados que pueden entrar aquí. A Erik se lo han prohibido para impedir que intente liberarte. También están asando un enorme jabalí inglés. Te traeré un buen pedazo.

Érika le miró desconfiada.

—¿Por qué? —Sigurd iba a responder algo, pero ella no le dejó. —Me refiero a ti. ¿Por qué vas a molestarme en alimentarme?

Sigurd se encogió de hombros sin dejar de pasear por allí.

—Es lo menos que puedo hacer por mi heroína. —Respondió burlón. — Finalmente lo estropeaste todo, pero tuviste un buen par de esos que a otros nos han faltado... Yo mismo he fantaseado más de una vez con presentarme en

esta puta isla, para robar al tío Balder. Pero me faltó el valor.

Érika le miró un momento con interés. Pero luego se acomodó contra la pared, y dejó de mirarle como si rechazara la presencia de su hermano.

Él detuvo de pronto su lento paseo frente a ella y la miró muy serio.

—Será mañana al alba. —Le dijo y curiosamente daba la sensación de que no le agradaba el asunto. —¿Quieres algo más antes de ese momento?

—Agua...

—¿Un hombre?

Le miró incrédula y luego meneó la cabeza.

—Ni comida, ni mucho menos un hombre. Te agradeceré el agua...

Sigurd se sentó frente a ella cruzando las piernas y dio un largo trago. Luego la observó un buen rato en silencio, primero sonriente y después pareciendo incluso compadecido.

—Te van a colgar. —Soltó muy serio. —Erik quería rajarte el cuello sin previo aviso, quizá para que no sufieras esperando la muerte, y una vez hecho, ocuparse él mismo de tu cuerpo. Pero padre no se lo permite. Snorri te colgará... Padre dice que es su premio por haberte encontrado y apresado, pero yo creo que le ha otorgado ese honor, porque sabe que Snorri es un auténtico cabrón y te hará sufrir hasta que por fin mueras.

De nuevo esperando la muerte en la horca... Érika suspiró resignada.

—¿Quieres que lo haga yo? —Preguntó Sigurd. —Quizá me cueste un poco conseguir que me lo permitan, pero al menos te ahorraré el sufrimiento que ese cerdo querrá darte.

Érika levantó la mirada sorprendida.

—¿A qué se debe ese interés por hacérmelo fácil, hermano? Tú nunca me has querido, y tu trato hacia mí no ha sido mucho mejor que el de Snorri.

Sigurd se encogió de hombros y clavó sus clarísimos ojos grises en los de su hermana.

—Puede que me haya pasado la vida maltratándote por ser bastarda, pero eso no significa que quiera tu muerte, y mucho menos que me divierta que te torturen. Al fin y al cabo... Yo también habría querido hacer aquello por lo que van a castigarte.

Érika mostró una sonrisa irónica.

—No te creo... Pero no me importa quien lo haga, si finalmente voy a morir.

Sigurd asintió muy serio, se puso en pie lentamente y tomó aire.

—Está bien. Iré a por agua y algo de carne... Quizá te busque un atuendo

digno de una dama para mañana, aunque está difícil por aquí. ¿Quieres que me quede contigo esta noche? Será la última vez que estés con un hombre...

Si finalmente ella había dejado de mostrar interés por las palabras de su hermano, de pronto levantó la mirada desconcertada, y esperando haber escuchado una broma.

—¿Qué dices? ¿Te estás ofreciendo a mí para darme placer? —Como Sigurd asintió tranquilo y en silencio, ella continuó. —Estás loco... ¡Somos hermanos!

Sigurd sonrió.

—Sólo de padre... ¿Qué más da? A Bersk nunca le ha importado.

Érika se echó hacia adelante estupefacta, y su garganta seca trató de tragar saliva.

—¿Te has acostado con Bersk?

Asintió tranquilo.

—A mi esposa le place mucho... Bersk es fuerte como un hombre y suave como una mujer... ¿Qué quieres que haga si dos hermosas mujeres se mueren por darme placer?

Le miró un momento incrédula, suspiró resignada, y luego se relajó contra la pared.

—Sé un buen hermano y consígueme algo de agua.

Sigurd sonrió aunque no había alegría en su rostro, asintió y salió de allí.

Terminó dormida por el agotamiento, y apenas pasó una hora cuando las botas de Sigurd pisaron el suelo de tierra. No había dormido profundamente, despertándose a cada rato sobresaltada, cada vez que en sus sueños se colaban imágenes de sí misma colgada de una soga. Abrió los ojos asustada, quizá pensando que el momento había llegado, y sus dos esferas grises miraron expectantes al hombre que se acercaba decidido.

Sigurd se acuclilló frente a ella, pareciendo preocupado e inquieto.

—Hermana, un danés del Danelaw te está buscando. —Dijo casi en un susurro. —Dice que una mujer danesa a sus órdenes, estaba en el campamento de los ingleses esta mañana. Que no ha aparecido viva ni muerta, y que un espía que tiene infiltrado en el ejército inglés, ha negado que siga entre ellos. Que piensa que ha sido traída a este o a cualquiera de los campamentos daneses, y quiere recuperarla. Padre se ha mantenido en silencio, como si no tuviera información alguna que darle, y nos ha ordenado silencio a todos con la mirada. Pero está claro que es a ti a quien buscan. ¿Quién es ese hombre que tiene tanto interés en ti? ¿Y es cierto que te mantenía a sueldo como espía

entre los ingleses?

Érika le miró desconcertada y no tuvo tiempo para decir nada.

—Un hombre le ha preguntado la razón por tanto interés en esa mujer. Si un espía es descubierto por el enemigo, eso se convierte en su propio problema, y nadie se dedica a tratar de recuperarlo. —Continuó Sigurd. —Y ese hombre, Hakon Leifson, que se ha presentado como súbdito del rey danés de York... ha respondido que no tiene intención de dar explicaciones, pero que la mujer no está entre los ingleses, y que no tolerará que ningún danés se quede con ella.

—Maldito Hakon... —Suspiró tan preocupada como asombrada. —Se ha puesto en peligro y no sé por que...

—¿En peligro? ¿Por qué dices eso?

Érika sacudió la cabeza y con un gesto trató de hacerle olvidar el pensamiento que había declarado en voz alta. En peligro porque a la vista, Hakon era danés, pero realmente era un súbdito inglés apareciendo en medio de un campamento lleno de daneses para jugarse la vida de forma tan absurda.

Seguía desconcertada, sin comprender qué razón le había llevado a tratar de recuperarla, poniendo en juego su propia vida. Quizá porque Liam se había empeñado en liberarla, y Hakon temiendo que finalmente su hermano menor lo intentara en solitario, para terminar siendo apresado por los daneses, decidió ser él mismo quien tratara de hacerlo según sus propios planes, y como siempre, exponerse a cualquier peligro con tal de proteger a Liam.

Miró a Sigurd y le pareció que por primera vez veía a su tirano hermano, esperanzado y casi emocionado por tratar de prestarle su ayuda.

—El hombre se ha marchado, aunque no parecía convencido. Padre se ha ocupado de mantener vigilado a Erik, por si se le ocurría acercarse al hombre e informarle sobre ti. Pero a mí no me vigila, y al pecosito tampoco... He enviado al pequeño pelirrojo para que siguiera a ese hombre. Le hará saber que estás aquí y que *Ojos de Hielo* te mantiene apresada... Sólo tiene que esperar al alba y rescatarte entonces...

Érika le miró primero asombrada, y poco a poco fue apareciendo una leve sonrisa en sus labios. Luego levantó las manos unidas por la soga para mostrarlas.

—Te abrazaría si no estuviera atada. —Dijo. —¿Por qué lo haces? Te enfrentas a padre y a su ira, ¿lo sabes? Él confía en ti...

La boca bellamente formada entre unos bigotes cuidadosamente trenzados, formó una larga sonrisa. Sigurd tomó aquellas manos unidas con una sola de

sus manos, y les dio un suave apretón.

—No lo sabrá nunca, porque si te cogen, me protegerás y no dirás nada. — Respondió como si le advirtiera. —Él quería casarte con un hombre pequeño y tostado de ojos negros, que te habría encerrado de por vida entre un sinfín de mujeres... Así que ya estáis en paz. Además, no se puede tener semejante propiedad tan rica en oro a la vista de unos hijos tan codiciosos como él mismo. Yo habría hecho lo mismo que tú.

No había amanecido cuando las enormes botas de Snorri pisotearon el suelo, en el interior de la tienda. Antes de que pudiera abrir los ojos, una maloliente y raída manta le cayó encima, y envuelta en ella fue alzada para ser transportada sobre el hombro del hermano hacia el exterior. No se resistió en ningún momento. Snorri depositó su carga cubierta con la manta en la grupa de un caballo, tumbada sobre su abdomen, y montó a su lado. Érika sin moverse y sin protestar por la molestia de ser transportada en tan incómodas condiciones, cerró los ojos y agudizó el oído. Iban dos caballos y sus jinetes en silencio, se movían sin prisa. Envuelta totalmente en la manta, se encontraba a oscuras y sólo podía servirse de su oído. Sus dos acompañantes no hablaban, así que no supo quienes la llevaban a su fatal destino, aunque imaginaba que el otro jinete era el mismísimo *Ojos de Hielo*. Traspasaron el puesto de guardia también en silencio, y sólo uno de los guardias dijo algo y les detuvo un momento. Pero finalmente se les permitió el paso sin problemas. Se estaban alejando demasiado, cuando Érika empezó a temer que Sigurd no hubiera conseguido finalmente su propósito de informar a Hakon sobre ella. Sentía calambres en el estómago y no eran precisamente porque tuviera hambre, porque no pudo probar la carne que el hermano le había ofrecido horas antes. Cuanto más se alejaban del campamento, menos posibilidades veía de ser rescatada, si es que Hakon finalmente había decidido ocuparse de ello.

Había pasado un buen rato cuando se detuvieron, y las primeras luces del alba hicieron su aparición, acompañadas de las voces de cientos de pajarillos. Su acompañante desmontó, y ella le oyó mover sus pies en la tierra. Luego sintió dos manos enormes sobre su cuerpo, tomándola para dejarla caer al suelo, aún envuelta en la manta. Y antes de poder asimilar el golpe, de un brusco tirón de pronto se encontró liberada del recio paño. Érika se incorporó rápidamente a la defensiva, y con las rodillas clavadas en el suelo, sus ojos buscaron entre la poca claridad del alba. Entonces le vio, de pie frente a ella, y le pareció que el tirano de Snorri no parecía muy satisfecho con su misión. No se movió y su mirada corrió para reconocer al otro acompañante. Apenas

había luz suficiente para poder ver con facilidad el semblante del hombre, pero distinguió una cierta satisfacción en la expresión de su padre, aun sobre el caballo. De nuevo miró a Snorri, él parecía indeciso y nada dispuesto a moverse. Era como si viendo tan real y tan cerca el momento de torturarla y quitarle la vida, de pronto no le produjera ninguna satisfacción. Érika tenía sus ojos muy abiertos clavados en el vacilante hermano, expectante y temerosa, aunque todavía esperaba que alguien apareciera para ayudarla, algo que empezaba a parecer que no ocurriría nunca. *Ojos de Hielo* chasqueó la lengua molesto y su caballo se movió inquieto.

—Vamos, gordo pelirrojo... —Dijo entre dientes, y luego levantó la voz. —Ponle la soga al cuello y cuélgala. Le perdonaremos el vaciado de las tripas... Y sólo porque mi cobarde hijo tiene miedo de hacerlo.

Snorri miró al padre un momento, y luego sus ojos grises volvieron a centrarse en la mujer sentada en el suelo. Érika casi llegó a distinguir un gesto de compasión en su mirada. Entonces algo tras la figura montada del padre atrajo su atención. Los caballos no habían dejado de moverse nerviosos, pero nadie había prestado atención a esas señales, quizá por la inquietud que ciertamente embargaba a los tres en esos momentos tan desagradables. Erik *Ojos de Hielo*, no sentía realmente la satisfacción que mostraba ante la inminente ejecución de su propia hija, por muy bastarda y poco querida que fuera, y por grande que hubiera sido su atrevimiento y su falta al atreverse a robarle. Quería que muriera, pero tal vez habría sido mejor no verse obligado a presenciarlo.

Una sombra silenciosa apareció tras unos matorrales que la cubrían hasta la cintura, y Érika sin hacer ningún gesto que pudiera delatar la presencia de aquella figura, distinguió el arco cargado que apuntaba a su padre. Ella veía perfectamente aquella sombra, mientras que ninguno de los dos hombres era consciente aún de su presencia. Snorri aspiró profundamente ya con la soga en la mano y dio un paso hacia ella.

—¿Por qué no naciste muerta? —Preguntó molesto. —¿Y por qué me veo obligado a hacer esto ahora que no me apetece?

—Tú me capturaste. —Respondió ella. —Este es tu premio por haberme puesto en las manos de padre.

Érika no le habría respondido nunca, negándose a mantener cualquier tipo de conversación con su hermano. Si lo hizo fue por retener la atención de los dos en ella, y así facilitar el trabajo del oscuro arquero al que había descubierto a la espalda de los dos hombres. Pero no habría sido necesario, lo

supo cuando vio el gesto sobresaltado de su padre. Alguien había aparecido ahora tras la espalda de ella. Lo descubrió cuando a sus oídos llegaron los dos pasos que dio el desconocido, logrando con su aparición, sorprender a los dos hombres. Erik se llevó la mano a la espada, y Snorri dejó caer la soga, para ir hasta el caballo, en donde llevaba la suya.

—No vamos a luchar. —Dijo el desconocido en un perfecto danés.

Jamás Érika se había alegrado al poder escuchar la voz de Hakon. Se volvió para mirarle y descubrió que estaba muy cerca y acompañado de Bersk y algunos más.

—¿Quién eres?

—La cuestión es qué quiero. —Respondió Hakon al padre. —Deja a la mujer y desaparece, no creo que merezca la pena perder la vida aquí y ahora, cuando puedes hacerlo en el campo de batalla. A tu espalda hay un arquero con una flecha apuntándote.

Aún con los dedos rodeando el pomo de su espada vikinga y el caballo que montaba moviéndose agitado, Erik volvió a medias la cabeza para comprobar la presencia del arquero. Volvió a mirar al desconocido, chasqueó la lengua y casi llegó a sonreír a medias, aunque no había alegría en su rostro. Sin embargo, esa sonrisa desapareció de repente cuando su mirada, que observaba a las tres figuras que acompañaban a Hakon, reconoció a otra de sus hijas.

—Bersk... —Musitó entre dientes, tan sorprendido como furioso. Luego levantó la voz. —¿Tú también? Qué maravilloso reencuentro con mis dos retoños traidores... Siendo una asquerosa alimaña, no esperaba verte aquí, ocupándote del rescate de tu hermana...

Bersk no respondió, sólo se dedicó a mirarle fijamente con desprecio.

—Pues bien... —Suspiró Erik profundamente, y de nuevo sonriente, como si admitiera su derrota con total aceptación. —Me temo que va a ser imposible resistirse y luchar, menos aún si el arquero no me dará la oportunidad de dar un solo paso.

Hizo un gesto a Snorri para que montara y se olvidara de Érika, y esperó en silencio hasta que su hijo subió al caballo.

—Tú... —Dijo señalando a Érika, y luego hizo lo mismo con Bersk. —Y tú... No sé cuando volveremos a encontrarnos, pero por más que me cueste la vida, no olvidéis ninguna que vuestro padre no se detendrá hasta haceros pagar tanto cuanto me debéis.

Tras aquella sentencia, hizo un asentimiento con la cabeza a modo de

despedida, mirando fijamente a Hakon, y luego hizo volverse al caballo para alejarse. Hakon entendió perfectamente aquella mirada, en la que hubo un claro gesto de amenaza.

Todavía en el suelo, Érika les vio desaparecer al trote, y luego sus ojos se centraron en el arquero que ya relajado, saltaba de detrás de los matorrales. Los primeros rayos de sol iluminaron a la figura de Liam, quien se acercó a ella y le tendió una mano para ayudarla a incorporarse. Quiso abrazarle agradecida, liberada tras la tensión de haberse visto colgando de una soga. Sin embargo, la actitud distante de Liam no la animó a hacerlo.

—¿Estás bien? —Preguntó muy serio, quizá tratando de buscar daños en ella con una rápida mirada.

Ella asintió mirándole embelesada y aliviada a la vez. Sentía como si nadie más les acompañara en aquel lugar, y solamente él la hubiera rescatado sin la ayuda de nadie. Aquella actitud que ella no se molestó en ocultar, incomodó a Liam, quien se apartó para acercarse a los demás.

Desde un lugar cercano, y ocultos entre la vegetación, Erik *El Compasivo* y Sigurd asintieron satisfechos, se estrecharon las manos sonrientes y se alejaron de allí a pie sigilosamente. Habrían rescatado a su hermana si esos desconocidos finalmente no lo hubieran hecho. Y muy seguramente, habrían luchado para proteger a su padre de ellos, si hubiera sido necesario. Desde el momento en que abandonaron el campamento, siguiendo el camino de su padre, nunca supieron cómo terminaría aquello. Pero siempre tuvieron claro que Érika no colgaría de esa soga, y su padre tampoco correría peligro.

Amaneció por fin y el lugar resultaba peligroso para los seis miembros del ejército inglés, por lo que prepararon la marcha para regresar junto a los suyos. En un principio galoparon deprisa, y poco después, más relajados por haber dejado atrás a los daneses, disminuyeron la velocidad.

Érika se encontraba aliviada y agradecida, pero no lograba entender el desolador silencio de sus acompañantes. Estaba segura de que Liam se había resistido a abandonarla a su suerte, y que habría luchado hasta conseguir que los demás le acompañaran. No se equivocaba. Pero seguía sin comprender que Hakon se hubiera expuesto tanto, cuando suponía que no significaba nada para ella. Al menos, nada bueno por lo que arriesgarse. Se mantuvo en silencio todo el tiempo, como si sintiera que su voz podría llegar a incomodar a sus acompañantes, y aunque se sentía confundida, decidió mantener la paciencia. Se detuvieron poco antes del mediodía para descansar unos instantes, ya muy cerca del nuevo campamento aliado, y aún apenas alguien había hablado.

Érika desmontó y se acercó a Bersk, quien bebía agua de una cantimplora. Se detuvo frente a ella, y vio que se relajaba apoyando la cabeza contra el costado de su caballo. Parecía agotada, desanimada, e incluso apesadumbrada. Bersk le ofreció agua y cerró un momento sus ojos hinchados.

—¿Por qué ha permitido Hakon este rescate? —Preguntó devolviéndole la cantimplora a su hermana. —Era arriesgado y totalmente innecesario para él.

Bersk abrió perezosamente sus ojos enrojecidos, y la miró un momento en silencio. Suspiró profundamente y se enderezó.

—Crees que Liam se empeñó en ir a rescatarte, y que Hakon no tuvo otro remedio que atender al capricho de su hermanito, ¿verdad? Que ha desatendido sus deberes en esta guerra, yendo a liberar a un simple soldado a sueldo, porque su hermano pequeño no soportaba la idea de perderte... —Érika la miró confundida y Bersk se volvió para enganchar la cantimplora en las correas del caballo. —Pues sigue pensando así, hermana, mientras nadie te haga saber lo contrario.

—No entiendo...

Bersk la miró fijamente, y Érika por fin advirtió sus ojos hinchados y enrojecidos.

—Olvídate de Liam. —Fue la respuesta a sus dudas, que soltó con la voz áspera. —Fue él quien se empeñó en rescatarte, pero Hakon siempre estuvo de acuerdo, tanto... Tanto que arriesgó su vida entrando en ese campamento danés. Así que quizá con mis palabras, hoy hayas descubierto algo que tal vez aún no sabías...

Bersk se volvió y montó de nuevo, incapaz de poder seguir sosteniendo la mirada en su hermana. Su sola presencia la enfurecía, a pesar de su abatimiento. Érika insistió con las dos manos sobre el muslo de Bersk ya sentada, pero sin llegar a decir una sola palabra. Desde arriba, Bersk la miró con sus ojos tristes sin atreverse a demostrarle ese sentimiento de odio que la embargaba. Descubrir que Hakon estaba interesado en ella, no importaba hasta que punto pudiera llegar ese interés, mientras que Érika seguía sin reconocer la inexistente atracción amorosa que Liam sentía hacia ella, le provocaba un descontrolado sentimiento de rechazo.

—No entiendo nada, Bersk. ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué os ocurre a todos?

Bersk apartó sus manos de un suave manotazo y espoleó al animal sin responder, ante la desesperada mirada de Érika. Alguien frenó suavemente un caballo a su lado, y como esperanzada por recibir una respuesta, ella levantó la mirada. Hakon la observaba desde arriba, y a pesar de la tristeza que

mostraban sus ojos, un sentimiento que parecía invadir a todo el grupo, le mostró una sonrisa comprensiva.

—Sé paciente con ella. —Aconsejó. Miró hacia el frente entonces, por donde Bersk se alejaba cabalgando. —Ayer perdió a Aldwulf... Murió en sus brazos.

Érika le miró sorprendida desde abajo.

—¿Fue culpa mía? —Preguntó.

Hakon negó lentamente con la cabeza y apartó la mirada de nuevo.

—Fue en la batalla.

Todos se alejaban ya, mientras Érika seguía sin montar y Hakon permanecía detenido a su lado. Sólo Liam se detuvo más adelante con la intención de esperarles.

—¿Entonces por qué tengo la sensación de que soy una presencia incómoda para todos? Siento que os hayáis visto obligados a arriesgar vuestras vidas por mí...

Hakon seguía mirando al frente, y la interrumpió sin mirarla.

—No es por ti. —Dijo. —Todos sufrimos la pérdida de nuestro amigo, y nuestro duelo es tan doloroso que no estamos pensando en la estupidez de haber ido a buscarte, lo cual nos traerá serios problemas con mis superiores.

—¿Por qué entonces lo has permitido?

Hakon la miró de nuevo. En su semblante triste, de pronto pareció alojarse un sentimiento de alivio y tal vez comprensión hacia ella. Le habría encantado decírselo en ese mismo momento y terminar con sus dudas. Decirle que amparándose en su aspecto nórdico, y su perfecto acento danés, se había arriesgado a entrar en un campamento enemigo para rescatarla, porque no soportaba la idea de no volver a verla. Nunca estuvo seguro de poder conseguirlo, aún más, tenía muy claro que tal vez su plan fuera descubierto por los daneses, y terminara siendo capturado. Las advertencias del viejo Oswald, aunque no prestó apenas atención a la insistencia del hombre, podrían haber sido muy ciertas. Y sin embargo, no hubo nada que pudiera detener sus intenciones. Un mes antes, estuvo a punto de segarle el cuello con su navaja de afeitar como si se hubiera tratado de una alimaña, incluso la habría colgado de un árbol, y ahora no soportaba la idea de que alguien pudiera hacerle daño. Había dado el pretexto de intentarlo, porque su hermano Liam sufriría por ella, y es que nadie habría entendido sus intenciones de otra manera. Tal vez debía darle la misma respuesta a ella, porque si se atrevía a declararle sus sentimientos, estaba seguro de que aquella nórdica siempre fría y distante con

él, se atrevería a escupirle todo su odio y rechazo. No, no respondería nada, pensó finalmente.

—Monta y sigamos nuestro camino cuanto antes. Me ha parecido que ese padre tuyo, no ha quedado muy satisfecho con el resultado de su plan matutino. Y seguro que es muy capaz de aparecer, con todo un ejército para aplastarnos. —Aspiró profundamente y miró de nuevo hacia el frente. —Además, yo voy a llegar con demasiado retraso al encuentro con mi superior, y no sé aún cómo voy a explicarlo.

—¿Todo esto porque Liam se ha empeñado en rescatarme? —Insistió porque no era capaz de comprenderlo.

Hakon la miró desde arriba. Fue durante un breve instante, y hasta que él mismo advirtió que el gesto que mostraban sus ojos, terminaría por responder fielmente a esa pregunta. No diría nada.

—No. —Respondió simplemente.

Azuzó al caballo y ya sin molestarse en saber si ella le seguiría, Hakon reanudó el camino. Érika se quedó mirándole desconcertada mientras él se alejaba. Luego miró a Liam, que les esperaba a lo lejos y suspiró profundamente. No entendía qué razones habrían llevado a aquel hombre a poner en peligro su vida. Tal vez la pérdida de Aldwulf había llegado a trastornar su cabeza, hasta el punto de enternecer su corazón por ella, de igual manera que si se hubiera tratado de una pobre niña en peligro... Se encogió de hombros, montó de un salto y cabalgó hasta alcanzar al silencioso y cabizbajo grupo.

XIII

Varias semanas más tarde y tras haber defendido con éxito el fuerte al que fueron enviados, después del ataque por sorpresa de los nórdicos aquella mañana, hoy llegaban a su último destino. Eadfrid de Sebbi había hecho lo imposible por condenar el retraso de Hakon, que ese fatídico día en que perdieron a Aldwulf, llegó al anochecer con el grupo que había llevado al rescate de Érika, cuando el resto de hombres estuvo mucho antes del mediodía, en el lugar señalado como refugio a la espera de nuevos planes. El pretexto de haberse visto obligado a detenerse para satisfacer el rescate pedido por los daneses, a cambio de uno de los suyos, finalmente terminó por librarle ante el mismo rey, de la pena que Eadfrid estaba dispuesto a imponerle. Al fin y al cabo, no estaban en disposición de perder a más hombres, y menos aún a causa de castigos propios.

Finalmente la defensa del lugar terminó en victoria para los ingleses, y una vez puesto a salvo, el enorme ejército fue enviado a la frontera en donde cientos de daneses, les esperaban para impedir el avance.

Todos aquellos días de batalla mientras defendían el lugar, resultaron amargos para Érika. No deseaba seguir allí, y disponía de suficiente dinero enterrado cerca de donde habían dejado a Harald para mantenerle a salvo, como para no estar obligada a seguir vendiendo su espada, a riesgo de perder la vida en un asunto que para ella carecía de toda importancia. Con el tiempo dejó de hacerse la pregunta que tiempo atrás, le había insistido a Hakon, sin conseguir respuesta. Liam tampoco había respondido. Y llegó un momento en que logró descubrirlo, o al menos, intuirlo. Por esa razón y desde entonces, se alejó aún más de Hakon, aunque quizá nunca había estado demasiado cerca de él. También y cuando llegó a la conclusión de que su interés por Liam, nunca sería correspondido, y que quizá había estado completamente ciega en ese sentido como para no haberlo observado, comenzó a evitar su compañía, sin que Liam lograra entender la razón. Un día oyó decir que una de las nórdicas estaba calentando la cama de Hakon de Coenwalh, y descubrió que Bersk había logrado por fin el interés del hombre. Le sorprendía que ella no lo hubiera chillado a los cuatro vientos, o al menos, se lo hubiera hecho saber a su hermana. Y que lo mantuviera en secreto cuando sabía que Bersk debía

estar enamorada de aquel hombre, le resultaba extraño. No tardó mucho tiempo en descubrir las verdaderas razones de aquellos chismorreos, y del silencio de Bersk.

La tarde estaba fresca, nublada y gris a pesar del rojo de la sangre que teñía el horizonte. Pronto llegaría la noche en aquel maldito lugar, escogido como campo de batalla para enfrentarse a los daneses cuando llegara la mañana, y que pocas horas después del alba, mostraría su amplio suelo aún más rojo que aquel cielo del atardecer. Con una mano apoyada en el tronco de un árbol y en soledad, Érika observaba sin ninguna expresión en su rostro, el paisaje ante sus ojos. Estaba sola bajo la arboleda que daba paso a un corto terraplén, que descendía hacia la inmensa pradera elegida para la batalla. A su espalda en un claro del bosque, el campamento se movía inquieto antes de la cena. Al menos a unos trescientos metros de su vista, otro breve terraplén subía desde la pradera hacia el campamento enemigo, cubierto de árboles bajo el inquietante y quizá último cielo enrojecido para algunas de aquellas almas. Los ojos grises recorrieron todo aquello lentamente, apareciendo en ellos quizá, un leve atisbo de preocupación y abatimiento. El cielo rojo traía malos presagios, y el vuelo de un cuervo que pasaba cerca, y sus inquietos graznidos ayudaron a sentir más cerca y preocupante el peligro. Miró aquel pájaro negro, quizá fue por lo único que ella se molestó en levantar su cuello, y casi llegó a sentir desprecio por lo que parecía ser la burla del animal. El maldito pajarraco no era ninguna señal de los dioses, pensaba, simplemente se estaba relamiendo porque sabía que en pocas horas el lugar se vería atestado de cadáveres ensangrentados. Dejó de mirarlo y contemplar con desdén su vuelo, y su interés fue directo al otro lado de la pradera, allí donde bajo los árboles lejanos, se oían las voces de los daneses. Estaban lejos, pero no lo suficiente como para no haber podido distinguir sus movimientos y reconocer sus risas y sus gritos. Varios hombres agitaban sus manos riendo, parecían saludar al enemigo, gritaban insultos y hacían ademanes burlones hacia los ingleses. Se estaban mofando del enemigo claramente, si es que alguno de ellos a parte de los guardias, podía verles. Pero quizá ningún inglés prestaba atención a sus chanzas, y sólo una mujer recibía esas burlas, una danesa como ellos. Tal vez a Érika le habría parecido divertido en otro momento, lo suficiente para arrancarle una sonrisa. Pero ahora, encontrándose tan abatida, apenas tomó conciencia de lo que veía. Su padre y varios de sus hermanos estarían entre todos aquellos daneses, lo sabía con toda seguridad, y esta en la que estaba sirviendo, no era una guerra por la que ella quisiera luchar. Era aquello lo que

pensaba, mientras movía lentamente el pulgar sobre la dura y áspera corteza del árbol.

De pronto unos pasos a su espalda atrajeron su atención, aunque apenas movió únicamente los ojos hacia un lado, y sus dedos dejaron de acariciar la corteza del árbol. Su oído de cazadora reconoció pronto al dueño de las botas que se le acercaban, y aunque se relajó por un momento, terminó sintiéndose incómoda igualmente.

Liam se detuvo a su lado en silencio, y giró la cabeza para mirar el perfil de la vikinga, mientras ella parecía no haber detectado su presencia, o más correctamente no desearla. La pálida mejilla se veía ennegrecida, como el cabello rubio ahora ceniciento por la falta de higiene. Las vikingas se habían negado a cortarse el cabello, y para poder conservarlo, lo habían trenzando desde la frente y las sienes hasta la coronilla en varias pequeñas trenzas de raíz, y de ahí en una sola trenza que les caía hasta la mitad de la espalda. Estaba tan sumamente trenzado, que permanecía totalmente pegado a la cabeza y no necesitaban peinarlo en varias semanas, ni aun cuando lo mojaban.

De nuevo los ojos de Liam volvieron al frente, y observó indiferente las escandalosas burlas de los daneses. El silencio y el poco interés de Érika por su presencia le incomodaban, y no sabía de qué forma tratar de terminar con ello. Suspiró y de nuevo la miró, aunque dejó de hacerlo pronto. Le preocupaba la actitud de la nórdica en los últimos días, siempre huraña y solitaria, que únicamente parecía cobrar vida en la batalla para regresar luego a ese mismo estado de apatía.

—¿Por qué lo hacen y parecen divertirse tanto con ello? —Preguntó señalando con la cabeza a los daneses. —Será una carnicería...

Érika apartó por fin la mano que apoyaba en el árbol y enderezó su cuerpo, metiendo ambos pulgares bajo el ancho cinturón.

—Será la última. —Dijo sin ningún sentimiento en la voz y aún sin mirar a su acompañante.

Liam volvió rápidamente la cabeza para mirarla sorprendido.

—Ciertamente. —Admitió asintiendo. —¿Cómo lo sabes?

Érika no se molestó en saber la razón del asombro de Liam, quizá ni siquiera lo advirtió, mientras continuaba sin mirarle. Él había ido a buscarla para informarle de los últimos acontecimientos tras la reunión de los generales de ambos reyes, después de las noticias recibidas por ambos ejércitos unas horas antes. Ella como el resto del ejército todavía no había sido informada, y no podía estar enterada de nada.

—Acabo de saberlo por Hakon, que de momento no se lo ha comunicado a ninguno de sus hombres, y he venido a buscarte para hacértelo saber. ¿Cómo es posible que tú ya sepas que va a ser la última?

—Será la última para mí. —Aclaró.

Liam movió la cabeza sin comprender a qué se estaba refiriendo ella. Iba a preguntar, pero su boca abierta se quedó congelada ante la voz de la mujer, que seguía mirando al frente.

—Mañana y después de esta última batalla, recogeré las monedas que me correspondan como soldada, y os abandonaré para siempre.

Liam pareció relajarse de pronto, aunque aquella revelación no le agradara en absoluto. Hacer como si no hubiera escuchado tal decisión, tal vez consiguiera molestarla. Pero Liam trató de dejarlo a un lado, para poder terminar de hacerle saber las noticias que le habían llevado a buscarla por todo el campamento.

—Ambos bandos han luchado durante demasiado tiempo, y todos los ejércitos repartidos entre zonas inglesas y danesas, ya han sufrido más bajas de las que pueden permitirse. El invierno no tardará en llegar, y el frío lo hará todo más difícil e insoportable. Se ha decretado un descanso tras la batalla de mañana, aquí y en otros puntos, sea cual sea el resultado.

Érika por fin le miró, volviéndose hasta que su espalda quedó apoyada en el tronco del árbol, para mirar de frente al hombre. Él la miraba desconcertado por la pasividad que tras la importante noticia, recibía de ella.

—Esta guerra no me interesa en ningún sentido. —Le dijo. —Mañana, como te he dicho antes, me marcho. Tal vez pase por aquel campamento en el que dejamos a Harald, y lo lleve conmigo. Ahora que Bersk parece tan encariñada con Hakon, quizá quiera tener hijos con él, y este niño puede suponerle una carga.

Ahora fue él quien se negó a mirarla. Se resistía a creer lo que oía, y aunque no iba a preguntar razones, estaba resuelto a impedirlo.

—Obviamente Bersk vendrá con nosotros a casa, supongo, dadas las circunstancias... —Dijo. —Ella y su hijo. Y tú... Tú tendrás un lugar de honor entre nosotros, donde podrás pasar el invierno...

Se interrumpió a si mismo porque Érika dejaba de mirarle, y de nuevo se volvía hacia el campamento enemigo. Esperaba que ella dijera algo, al menos para negarse a aceptar su propuesta, pero parecía como si creyera que ya lo había dicho todo, y continuaba en silencio.

—En primavera yo abandonaré Coenwalh y esta vez, con el beneplácito de

Hakon, me dirigiré a Eire como siempre he deseado. —Insistió él. —
¿Recuerdas tu deseo de acompañarme? Podremos ir y comenzar una nueva
vida allí...

Si dejó de hablar de repente fue porque el rostro que se volvió para
mirarle, consiguió inquietarle. Érika se movió para apoyar su espalda contra
el tronco del mismo árbol, con las manos metidas bajo el cinturón, y no dejó
de mirarle. A pesar del gesto burlón y sonriente que mostraba, la abatida
expresión en sus ojos grises no había desaparecido. De nuevo y como tantas
veces, Liam sintió como si ante él tuviera a un temible guerrero, que le hacía
sentir como si no fuera más que una tonta y sensible damita.

—Lo que sentía por ti, está totalmente olvidado. —Dijo ella con cierta
sorna en la voz. —Mi tonta idea de ir a ese pequeño y oscuro lugar, era sólo
porque no deseaba separarme de ti. Ahora es distinto. Y me avergüenzo de
haber ido tras de ti como un perrillo faldero, mientras tú me rechazabas...

—No hacía eso... —Declaró bajando la mirada como avergonzado. —Tú
no lo entenderías...

—Basta. —Volvió la voz dura y desapareció el mínimo de sonrisa que
hubiera mostrado en algún momento. —Mañana nos diremos adiós.

Parecía decidida a marcharse zanjando ahí mismo la conversación. Pero
Liam que a veces temía la brusca forma con la que ella se dirigía últimamente,
se atrevió a tomarle de una muñeca para detenerla. Érika se detuvo en seco,
bajó la mirada hacia aquella mano que la mantenía retenida, y Liam la soltó
como si le hubiera quemado. Ella se volvió del todo hacia él, y ambas miradas
quedaron enfrentadas. Por todos los dioses... Cuánto había amado a aquel par
de ojos del color de la miel, y cuánto los despreciaba ahora... No, debía ser
sincera al menos consigo misma. No despreciaba a Liam, sólo se odiaba a sí
misma por no haber sabido reconocer a tiempo, que él la quería pero que
jamás la amaría.

—¿A dónde pretendes ir? No puedes volver a tu casa...

—No, no puedo volver a casa.-Admitió con una sonrisa llena de
melancolía. —Mi padre me mataría. Pero no tengo a donde ir y estoy más sola
de lo que jamás lo haya estado. Por eso quizá añoro tanto a mi madre, a pesar
de haberla despreciado siempre. Iré a buscarla y nos iremos a algún lugar
donde los inviernos no nos recuerden a Dinamarca.

—¿Por qué te empeñas en aislarte y aislarnos a los demás de ti? No estás
sola. Acepta mi plan de pasar el invierno cómodamente en Coenwalh, y luego
viajar a Eire. Si aún echas de menos a tu madre, enviaremos a buscarla. Y

deberías saber que tal vez debas esperar a Bersk...

Los ojos de color gris le inquirieron y él miró hacia otro lado un momento, antes de continuar para explicar aquello que había conseguido todo el interés de la vikinga.

—Es cierto que se ha metido en la cama de Hakon, y tú... o más bien ella, puede pensar que esta relación acabará después de la guerra en una boda. Pero te aseguro que poco después de haber regresado a casa, Hakon se deshará de ella. Ahora mismo no creo que él le haya hecho ninguna promesa de amor, y ella es incapaz de ver la realidad. Por esa razón, deberías esperar a Bersk, porque después del invierno, probablemente ella y su hijo deban abandonar Coenwalh.

—Bersk es una de las razones por las que os abandono. —Declaró. —Ya le cuesta soportarme aquí mientras está entretenida. No quiero pensar en cómo va a enfrentarlo durante un tedioso encierro invernal, y más aún... Si Hakon termina apartándola de su lado.

Érika sonrió ante el desconcierto de Liam, aunque no había alegría en aquella leve sonrisa. Su voz sonó con cierto pesar cuando se explicó tras un largo silencio que incomodó al hombre.

—Hakon ha admitido a Bersk en su cama, porque ella le recuerda a mí, y yo le rechazo. Me cuesta creer que no lo sepas, si conoces bien a tu propio hermano. Yo no tengo dudas porque jamás nadie me ha mirado como él lo hace. La misma Bersk es consciente y ya me odia demasiado.

Liam miró hacia otro lado. Maldita Bersk... Claro que Liam conocía aquello, puesto que el mismo Hakon se lo había declarado. Pero no esperaba que Érika o la misma Bersk lo supieran. Cuando volvió a mirarla, ella ya había comenzado a caminar para regresar al campamento. No la detuvo como habría deseado, porque en ese momento no se le ocurría nada que pudiera decirle para tratar de hacerle cambiar de idea.

Esa noche el campamento atestado de hombres era más silencioso de lo que se habría podido esperar. La batalla estaba acordada para la mañana, y no debía esperarse ningún ataque antes de ese momento por parte de los daneses. Pero tras las últimas sorpresas nocturnas con las que se habían presentado, los ingleses estaban preparados ante cualquier cambio de planes del enemigo. ¿Quién podía fiarse de un vikingo? Había grandes hogueras que iluminaban la oscuridad con potentes llamas, en torno a las cuales los hombres se habían reunido para pasar la noche, pues dormirían bajo el cielo raso. Apenas había alguna tienda montada, sólo unos pocos grandes señores descansarían bajo un

techo, y la gran mayoría difícilmente se abandonaría al sueño. Eadfrid de Sebbi, la eterna pesadilla de Hakon, se retiró pronto a su tienda con aquel estúpido porte de aprendiz de rey. Para ese momento había dejado de desconfiar de las dos nórdicas, y ya apenas les prestaba alguna atención, aunque no era lo mismo en lo que se refería a Sveinn. Como si supiera que mantener cerca de él al muchacho, incomodaba e incluso enfurecía al padre, Eadfrid disfrutaba solicitando su compañía a cada momento. Acababa de dar un último discurso ante el enorme ejército a su mando, para animar a los hombres antes de la lucha. Les recordó que debían descansar para el día siguiente, no debiendo abandonarse demasiado al sueño, y mucho menos a la bebida, conociendo ya la falta de palabra de los daneses, que podrían presentarse esa misma noche antes de lo acordado. Alguien desde un punto lejano, declaró a voces que ante ese consejo, no sabía si dormirse o no, y algunos rieron admitiendo lo estúpido de las palabras del general, lo cual enfureció a Eadfrid. Hakon sonrió divertido, pero miró hacia otro lado cuando descubrió que el hombre le había estado buscando precisamente a él entre la gente, para conocer su opinión ante la irrespetuosa broma. Sebbi insistió de nuevo en la necesidad de no abusar demasiado de la bebida, tal vez porque el bromista ya había tomado suficiente cerveza como para sentirse animado a bromear ante el general. Y entonces más de uno, escondieron a su espalda la jarra, cuerno o botella que en ese momento tuvieran en la mano. Sin mucho más que decir entre algunas más de aquellas estupideces innecesarias, el hombre les deseó una buena noche y suerte en la batalla, antes de retirarse a su tienda. Algunos pensaron en la necesidad de que una flecha terminara atravesando su cuello en unas pocas horas. La gente se movió con desgana para volver a lo que hacían antes de que Eadfrid les hubiera interrumpido, y muchos de ellos mostraron sus gestos de desprecio.

—Bah... —Soltó un hombretón entre sus compañeros, escupiendo después al suelo. —Maldito mamón con botitas de rey... Una buena hacha vikinga que te parta el cráneo, es lo que quiero.

Rieron y caminaron hasta una gran hoguera, como hicieron la mayoría.

Hakon que había permanecido cerca de aquel hombre durante el discurso, sonrió divertido y complacido, pues ese había sido su mismo pensamiento. Pero por respeto hacia su superior, no dejó que aquellos soldados descubrieran su diversión. Comenzó a encaminarse hacia la hoguera en donde pasaría la noche con varios de sus hombres, y la presencia de Bersk como una sombra a su espalda le irritó. Ella le había comentado aquella tarde que debía

hacer que montaran una tienda para ambos, y así poder pasar juntos y en intimidad esa noche que podría ser la última tras la batalla. Como él se negó con una simple negación de cabeza y sin explicaciones, Bersk se sintió contrariada e intentó insistir hasta que él la obligó a apartarse de su lado. Ahora Hakon habría esperado que ella estuviera indignada y evitara permanecer cerca de él, y sin embargo, le acompañaba hacia la hoguera. Bersk llevaba un cuerno de cerveza en la mano, y parecía encantada de hacerle ver que se estaba dedicando a beber, a pesar de las recomendaciones del general, y muy a pesar también de lo que debería ser su propio buen juicio. Quizá él lo habría dejado pasar, tomándolo como la simple e infantil provocación de una mujer que sin duda, se sentía rechazada. Pero si a ella se lo permitía, debería permitírselo a cualquiera de sus hombres o recibiría quejas por parte de ellos.

De camino hacia la hoguera, Hakon se detuvo y se volvió para mirarla. Ella sonrió y pareció mecer su cuerpo suavemente, con el cuerno de bebida en una de sus manos.

—Termina eso y no vuelvas a beber en toda la noche. Si es que vas a estar mostrándoles a todos que has decidido desoír las recomendaciones del general a quien tu señor, que soy yo mismo, sirve, mas vale que te escondas. —Le dijo.

Bersk sonrió juguetona, a pesar de que sus ojos como violetas le estaban retando directamente. Estaba furiosa y se empeñaba en no demostrarlo.

—Muy bien, mi señor. —Respondió con humildad fingida, para luego hacer una leve reverencia. —Terminaré esto y no volveréis a verme en toda la noche, que es precisamente lo que deseáis.

Hakon asintió y se volvió para continuar su camino. Entonces desapareció la sonrisa de Bersk, para aparecer un gesto de furia contenida mientras apretaba sus dientes, y los ojos fulminaban con rayos de ira la espalda del hombre que se alejaba de ella.

—Putra mierda de inglés...

Aunque no llegó a oír del todo sus palabras, Hakon supo que con ellas había escupido toda su ira hacia él. No le preocupó en absoluto. No estaba satisfecho por haber llegado a esa situación con ella, de la que se culpaba a sí mismo, pero estaba convencido de haber terminado cualquier tipo de relación que hubieran comenzado. La primera vez sucumbió finalmente a su seducción, tras varios intentos fallidos de engatusadoras miradas. Reconocía que tras varios días de lucha en la defensa del fuerte, no había nada más apetecible que una mujer desviviéndose por complacerle. Y era cierto que Bersk le recordaba

inmensamente a la mujer que realmente ocupaba sus pensamientos, y de la que no recibía otra cosa que indiferencia. Luego, aquellos momentos de caricias terminaron convirtiéndose en algo muy deseado. Pero finalmente Hakon llegó a la determinación de que no podría seguir sirviéndose de una mujer que tenía verdaderos sentimientos hacia él, que además encajaría de forma muy desagradable el momento en que él decidiera apartarla de su lado. Hacía tiempo que trataba de quitársela de encima, sin que ella quisiera advertirlo. Bersk se negaba a admitir que él deseaba terminar con aquello que hubieran comenzado.

Érika no pasaría la noche en la misma hoguera que Hakon o su hermana, incluso preferiría no pasarla cerca de Liam. Tras el discurso, se unió a un grupo de hombres a las órdenes de Hakon, y pretendía seguirles, cuando descubrió que en su camino se encontraría con Bersk. La vio mirar a Hakon con furia, incluso escupir al suelo antes de llevarse un cuerno de bebida a los labios. Érika bajó la mirada cuando ya estaba cerca del lugar en el que vio a su hermana, deseando que entre el grupo de hombres pudiera pasar desapercibida para ella y continuó su camino. Pero fue un intento fallido porque pronto sintió los largos dedos de Bersk rodeando uno de sus brazos, para hacer que detuviera sus pasos. Érika se detuvo abandonando el grupo con un gesto de fastidio, y se quedó con ella. Bersk sonrió y le ofreció el cuerno, que ella aceptó para dar un buen trago. Luego la miró molesta y extendió el recipiente para devolverlo.

—Duerme un poco, hermana. —Aconsejó. —Y no bebas demasiado.

Iba a alejarse, pero Bersk la detuvo de nuevo, cogiéndola del brazo.

—Obediente como un perrito, querida Érika... Quizá sea esa razón por la que él...

Se detuvo a tiempo de decir lo que pensaba, aunque Érika no habría necesitado más datos para saber a qué se refería. El gesto aparentemente divertido mezclado con su desdén desapareció de pronto, y Érika llegó a ver amargura en aquellos ojos. Iba a marcharse, pero Bersk cambió de pronto de actitud.

—Quédate conmigo esta noche, hermana. Mañana quien sabe lo que será de nosotras dos. Tal vez esos cuervos disfruten de nuestros ojos muertos, mientras nadie se ocupa de estos dos cadáveres daneses.

Érika suspiró cansada pero terminó asintiendo. Separó la manta que la cubría para ofrecerle un lugar bajo el abrigo, y Bersk lo aceptó de buen grado, agarrando la cintura de su hermana. Ahora ambas bajo la manta, caminaron

hacia la hoguera en la que descansarían juntas.

XIV

Una mañana de brisa fría y molesta se presentó ante los hombres y sus grandes hogueras convertidas en ascuas. No había amanecido cuando el campamento comenzó a moverse, lento, perezoso o más bien desgano ante lo que se les venía encima. Algunos reían mientras tomaban algo caliente, se sonreían unos a otros, e incluso hubo apretones de manos y largos abrazos con palmadas en la espalda. Sabían que muchos de ellos no verían el sol en su cenit aquella mañana, y la inquietud se iba convirtiendo para algunos en miedo, y para otros en simple deseo por que aquel día acabara.

Nubes negras... Llovería en medio de la batalla tal vez, las gotas de agua lavarían los cadáveres desperdigados por el suelo y la pradera se convertiría en un espantoso río de rojas aguas. Los cuervos graznaban nerviosos, volaban sobre las cabezas de aquellos que ahora se movían bajo sus diminutas y ansiosas miradas, y bajaban al suelo para recorrer en un lento paseo, la pradera que más tarde les serviría de mesa para su almuerzo.

Ya se oían las voces vikingas a lo lejos. Era como si estuvieran impacientes por bajar a aquella pradera para encontrarse cuanto antes con sus enemigos, con la seguridad de terminar pronto con ellos.

Érika se ajustó el chaquetón de cuero en la cintura. Era una prenda sin mangas, que le cubría hasta las rodillas, con un forro de piel que más que para abrigar le serviría para amortiguar los golpes que recibiría de parte de las espadas enemigas. Ajustó también unos cordones en el cuello de la misma prenda, y se atusó el cabello lleno de trenzas en las sienes. El escudo de madera y su espada inglesa, esperaban en el suelo junto a sus pies. Todo estaba listo para ser llamada a las armas. Miró a Bersk. Ella permanecía aún sentada sobre la manta que habían compartido esa noche. Con las rodillas flexionadas hacia arriba y sus brazos rodeando las piernas, se dedicaba a observarlo todo indolente, con una leve sonrisa sin alegría. Érika abrió la boca para quizá apremiarla, pero miró hacia el lugar que parecía haber captado la atención de su hermana y no llegó a decir nada. El gran caballo blanco pasaba cerca llevando sobre él a su dueño, aquel inglés que se empeñaba siempre en parecer un rey ante todos. Eadfrid de Sebbi ya estaba

preparado para conducir al ejército hacia la pradera, tan orgulloso como si él mismo fuera a participar en la batalla, aunque no haría otra cosa que gritar unas órdenes, para después observarlo todo desde un lugar seguro. Detuvo su lento paseo a caballo justo al lado de Hakon. Esa escena era lo que había atraído la atención de Bersk, y ahora también la de su hermana. No estaban demasiado lejos, por lo que pudieron oír sin dificultad la conversación entre ambos hombres.

—No he visto a tu cachorro por aquí, Hakon de Coenwalh... —Dijo mientras su caballo se movía inquieto muy cerca del otro hombre.

Hakon apenas miró un momento hacia arriba mientras ajustaba una cota de mallas.

—No me digas...

Aquella fue su simple respuesta antes de tomar la espada y el escudo que le ofrecía su escudero, y dar la espalda a su superior para marcharse. La mirada de Eadfrid demostró su ira por el desaire del otro, pero no se molestó en manifestarlo. Apenas faltaban unos minutos para verse sumergidos en una carnicería, y este desprecio carecía ahora de importancia.

Bersk por fin se puso en pie y comenzó a prepararse, aunque no había prisa y sí muy poco interés en lo que hacía, mientras Érika observaba la espalda de Hakon alejándose. Eadfrid tenía razón, Sveinn no estaba por allí esa mañana. Ese muchacho presumido y ávido de lucha, siempre se hacía notar con su presencia, pero no había rastro de él y su padre no parecía darle importancia. Érika recorrió la zona con la mirada sin éxito en lo que buscaban sus ojos, y entonces echó también de menos la presencia de Liam. De pronto lo olvidó porque Bersk atrajo ahora su atención. De nuevo se había convertido en aquella gran loba blanca ávida de lucha y sangre. Ya llevaba su escudo y empuñaba la espada, caminando para alejarse de allí sin preocuparse por saber si su hermana la seguiría. En su camino encontró a un pobre hombrecillo, que arrodillado y con las manos entrelazadas, debía estar encomendándose a Dios. Su cabeza desnuda excepto por la corona de rizos entre cobrizo y ceniciento que rodeaba su cuero cabelludo, permanecía gacha. Sus hombros temblaban, tal vez porque estaba llorando, temeroso por lo que estaba a punto de suceder. No debía ser más que uno de esos desafortunados campesinos, que los ingleses habían llevado a la guerra. Bersk se detuvo a su lado y le dio un suave puntapié en un costado riendo.

—¿Rezando a tu Dios? —Le preguntó burlona. —Pues deja de hacerlo porque ese al que rezas, no podrá librarte de esta, pequeño ratón cobarde.

El hombre aún con sus manos entrelazadas, levantó hacia la mujer una mirada llena de lágrimas, y la miró sin poder comprender su desdén y crueldad. Érika chasqueó la lengua molesta y la agarró de un brazo para llevársela de allí. No soportaba a la loba blanca, y ahora que lo pensaba, Bersk era más soportable cuando si al menos no se sentía querida por Hakon, era requerida para estar su lado.

Caminaba ahora tras ella, entre la multitud de hombres que se dirigían hacia la arboleda tras la que aparecía la pradera. Érika buscaba con su mirada entre todos ellos, seguía sin comprender por qué tanto Sveinn como Liam parecían haberse esfumado.

Silencio... Tanto silencio ante la pradera desierta aún, que la simple respiración de cada uno resultaba ruidosa e inquietante. Graznidos... Aquello era lo único que podía oírse porque los cuervos parecían ser los únicos seres que se atrevían a romper aquella quietud. El ejército esperaba en lo alto del terraplén para oír el grito de guerra, antes de echar a correr hacia el enemigo espada en alto. Hakon estaba a caballo como otros tantos señores de su clase, todos tras los hombres que lucharían a pie y que serían los primeros en avanzar hacia el campo de batalla. Las dos nórdicas junto a su caballo, sin montura, y que saldrían entre aquellos primeros hombres. Un solo momento la mirada del inglés de Dinamarca, cargada de desasosiego, descendió hacia una rubia cabeza de trenzas enmarañadas. Se acercaba el momento y los pechos de todos aquellos hombres, subían y bajaban con la respiración agitada, mientras el corazón palpitaba con fuerza. Nadie daba el primer paso.

—A qué demonios esperan...

La voz cargada de desdén e impaciencia de Bersk entre el silencio, fue suficiente para que su general, tal vez sacado bruscamente de su agitación interior, diera el grito de guerra. Ante ese grito, cientos de gargantas soltaron sus voces como aullidos desde éste y desde el ejército danés, mientras los hombres comenzaban su desesperada carrera, bajando por la pendiente hacia la pradera. Al menos una veintena de cuervos echaron a volar despavoridos abandonando la llanura, y sus graznidos fueron silenciados por los gritos de los hombres, que corrían a encontrarse en el terreno que antes había pertenecido a los negros animales.

—¡Arqueros!

A la orden de Eadfrid, los arqueros que con los arcos tensados, ya habían tomado su posición en primera fila, comenzaron a soltar sus flechas contra los daneses que avanzaban en una rápida carrera. Una lluvia de flechas ascendió

entonces hacia el cielo, ante las miradas de los hombres a caballo, para cruzarse con las flechas enemigas en el aire y caer después. La infantería de ambos ejércitos, detuvieron entonces su marcha, hincando una rodilla en el suelo con los escudos en alto, unidos para protegerse del ataque. Las flechas se clavaron fuertemente en los escudos, pasaron silbando, o entraron entre los huecos libres para hundirse en la carne. Silbidos inquietantes y luego gritos de los heridos que habían sido alcanzados, incluso el último gemido de algún desdichado cuya participación había acabado en ese mismo instante. Encogida tras su escudo, Bersk miró a Érika, y ambas tomaron aire aliviadas. Era el momento de continuar con su camino, antes de que de nuevo les enviaran otra lluvia de flechas asesinas. Cuando los ingleses retomaron el camino, esta vez despacio y recelosos, dejaron atrás y a la vista, el suelo poblado de hombres derribados y sus escudos. Algunos aún se movían. Hakon levantó el cuello y sus ojos abiertos y temerosos buscaron entre toda aquella maraña de hombres abatidos. Pero era imposible distinguir algo de aquello que estaba buscando.

—¡Arqueros!

Otra lluvia de flechas que detuvo a los dos bandos, parapetados y agachados tras sus escudos. Silbaban en el aire, golpeaban la madera y se hundían como agujones en la carne, mientras los hombres esperaban a tener la fortuna de no ser alcanzados. Un hombre por delante de Érika chilló y cayó de espaldas sobre ella, derribándola en su caída. Una de las últimas flechas entonces se hizo paso ante tan amplio espacio, y la alcanzó. Ella gritó por el dolor, atrayendo la atención de Bersk, que aún agachada y protegida se volvió para mirarla.

—¡Hermana!

Érika se llevó temerosa y lentamente la mano a la cabeza, allí donde notaba el fuerte y caliente escozor, con el temor de encontrar la flecha clavada. Pero no había más que una brecha y mucha sangre. Sólo la había rozado antes de clavarse en el suelo, a su lado. Suspiró aliviada como nunca, mostró un gesto despreocupado, y ahora Bersk le tendió su mano para ayudarla.

—Da gracias a cualquier dios al que adores, moza. —Dijo el viejo Oswald con una sonrisa.

No habría más flechas pues ya estaban demasiado cerca los dos bandos. De nuevo volvieron los gritos y las carreras. Desde su lugar privilegiado, Hakon respiró aliviado porque había podido distinguir a la vikinga caída y se sintió aterrado, hasta que la vio incorporarse con la ayuda de su hermana, y volver a correr ahora con la espada en alto. El primer encuentro con los

daneses fue duro, mientras todos conservaban sus fuerzas del principio. Érika detuvo el primer golpe de un hacha con el escudo en alto, se volvió y mientras lo hacía, su contrincante desprevenido, sintió el acero rozándole el cuello. Bersk encontró el momento para clavar su espada en el vientre de su contrario, levantó una pierna y se lo quitó de encima de una patada. Vio al viejo Oswald, quien se había empeñado en participar a pesar de las reticencias de Hakon, deteniendo el ataque de un danés enorme, y a duras penas consiguiendo alguna embestida por su parte. Corrió hacia allí con la espada en alto y otro danés sonrió malicioso, esperando a que ella pasara a su lado para cruzarle la espada por el vientre. Érika vio la escena tras haber hecho caer al último hombre y abrió mucho los ojos. Entonces corrió hacia la espalda del danés, levantó la espada y le partió el cuello. Cuando Bersk vio aquella espada esperándola, calculó que apenas tendría tiempo para detenerse y evitarla, pero el hombre cayó al suelo bajo el arma de Érika. Saltó por encima de él y corrió hacia el hombre que atacaba a Oswald, para rebanarle el cuello. Hachas y espadas vikingas golpeaban los escudos ingleses, mientras hombres de ambos bandos iban cayendo ensangrentados. Gritos de dolor, exclamaciones y gemidos que escapaban exhaustos de los guerreros por el esfuerzo.

Érika atravesó un vientre, gritó y sacó el arma del cuerpo de una patada. Se pasó una manga por la cara para limpiarse, porque la sangre manaba de su herida en la cabeza bajando hasta el ojo, y entorpecía su visión. Tenía el rostro, las manos y la ropa salpicada de sangre, no sólo de su propia herida sino de aquella que había escapado y saltado desde sus víctimas. Y entonces le vio. Sigurd acababa de partir un cráneo con su hacha y también localizó a su hermana. Sonrió y comenzó a caminar hacia ella. Un inglés echó a correr hacia él entonces con la intención de atacarle. Sigurd se agachó para tomar un escudo olvidado, y apenas miró al hombre cuando le golpeó con el. Consiguió derribarle sin esfuerzo, y una vez en el suelo, le abrió la cabeza con el hacha. Chilló enardecido con su boca de llena de sangre muy abierta. Érika se quedó mirándole, y le pareció que él disfrutaba cada vez que hacía caer a un víctima a sus pies. La rubia cabeza rapada en la sienes, se veía cubierta de sangre, y entre la oscuridad del rojo en su rostro, sus clarísimos ojos resaltaban como dos estrellas diabólicas. Érika le esperó sin saber muy bien cuales podrían ser las intenciones de su hermano. Entonces un danés se acercó a ella con una potente hacha que fue a parar a su escudo, una y otra vez. Sin que ella hubiera podido dar una respuesta al ataque, de pronto el danés cayó a sus pies con la cabeza abierta. Tras él, la sonriente figura de Sigurd y sus hermosos pero

maliciosos ojos. Él mismo había matado a un hombre de su propio bando, para impedir que siguiera atacando a su hermana. Érika le miró expectante sin imaginar aún qué debía esperar de Sigurd. Nunca se sabía qué podía esperarse de él, menos en un momento como aquel. Él se detuvo a pocos pasos y mostró una enorme sonrisa llena de sangre. Ella supo que no era sangre propia, sino toda aquella que había salpicado su cara.

—Hermana...

Érika mantenía sus armas alerta. Sigurd era una potente máquina de matar y no tardaría mucho en partirle el cráneo si se lo proponía.

—Cambia de bando. —Le dijo él señalando con la cabeza a los que combatían cerca de ellos. —No les debes nada a estos putos ingleses.

Ella le miró suspicaz. Pensaba que si se negaba a la proposición de Sigurd, vería su hacha levantándose contra ella. Aun así respondió como deseaba.

—No puedo.

Sigurd asintió con aquella sonrisa sangrienta alargándose. Un mínimo movimiento de sus manos la puso en guardia, y él rió. Un grito inglés y una espada corrieron hacia ellos. El hermano levantó el hacha para protegerse y esta se clavó en el vientre del inglés. Érika alzó una pierna hacia aquel vientre, y separó el hacha hundida del cuerpo. El soldado inglés se desplomó de espaldas en el suelo con un quejido, y Sigurd le miró con un gesto de furia y le escupió.

—¡Malditos hijos de esta puta isla! —Gritó. —No nos dejareis en paz...

Érika casi llegó a sonreír divertida. Pensó que Sigurd estaba aún más loco que Bersk. Pero continuaba en guardia a cada movimiento del hombre. Él la miró y volvió a sonreír, pero la sonrisa se congeló en sus labios. Sus cristalinos ojos detectaron la causa de aquel reguero de sangre que cruzaba el rostro de su hermana. El movimiento que hizo para cambiar el hacha de mano, provocó un gesto de recelo en ella, y retrocedió preparando sus armas. Sigurd sonrió burlándose de sus miedos, y con la mano libre se adelantó un paso hacia ella, para llevarla a la cabeza herida. Érika levantó su mirada con desconfianza, y sintió una punzada de dolor cuando el hermano presionó sobre la herida.

—Necesitas costura aquí, hermana. —Dijo moviendo la cabeza.

Ella se apartó de él y volvió a pasarse la manga por el chorrillo de sangre que le cruzaba el ojo. Le miró a la espera de la decisión que Sigurd tomara.

—Está bien. —Asintió él y señaló con la cabeza hacia lo lejos. —Ve hacia

allí y sigue con tus ingleses.

Ella afirmó con la cabeza y él la pilló por sorpresa. Cogió su mentón con una mano y la besó fuertemente en la frente.

—Buena caza, hermana. Y si no... Nos vemos en Valhalla.

Sigurd la soltó y se alejó adentrándose entre la maraña de hombres, escudos y armas.

Hakon se movió inquieto y apretó las riendas entre una de sus manos, observando con impaciencia la batalla. A esa distancia lo había visto todo, tal y como pudo verlo Eadfrid.

—Maldita perra vikinga... —Soltó entre dientes el hombre, y miró a Hakon. —¿Está con un danés?

Hakon apretó la mandíbula con el mismo pensamiento que el general, pero fue incapaz de decir nada.

—¿Esas putas cambian de bando! —Continuó Eadfrid. —¿No vas a decir nada, señor de Coenwalh?

Le miró furioso, pero incapaz de decir nada ni siquiera en su propia defensa, porque fue él quien había contratado a las danesas, que a la vista podrían estar cambiando de bando. Apretó más fuertemente las riendas, tenía el pensamiento de espolear al caballo y dirigirse a la batalla aún antes de haber oído la orden. Pero uno de los hombres de Eadfrid, atrajo la atención de los dos.

—Vuelven cada uno a sus bandos, señor. —Informó. —Mirad, ella ahora lucha contra un danés.

Hakon volvió la mirada hacia la maraña de hombres, entre la que la nórdica se perdía, y después de comprobar que habían estado equivocados, respiró aliviado y se relajó. Eadfrid no dijo nada, aunque parecía también relajado ahora. Y Hakon le miró.

—Han caído ya muchos hombres. —Le dijo. —¿A qué esperas para mandar caballería?

Eadfrid le miró con sus azules ojos llenos de furia, y apretó los dientes para responder.

—¿Me faltas así al respeto...?

No pudo terminar con su pregunta porque de pronto habló uno de sus hombres.

—¡Los daneses mandan caballería!

Todos miraron hacia el otro lado de la pradera, por donde aparecían hombres montados a caballo dirigiéndose al centro de la batalla. Hakon se

inquietó y esperó la orden de Eadfrid para salir. Le miró y vio que el hombre miraba hacia la pradera impassible y sin dar una sola orden.

—¿A qué esperas? —Preguntó en un grito.

Eadfrid volvió lentamente la cabeza hacia el otro hombre y mostró una leve sonrisa sin alegría.

—Querido señor de Coenwalh... —Comenzó con cierta sorna. —Lamento decirlo que mi decisión es no enviar caballería. Total, esta batalla no decidirá nada, y por más daneses que matemos, estos se verán multiplicados en la primavera cuando continuemos la guerra. El rey de York recibirá más y más barcos cargados de perros vikingos, totalmente dispuestos a luchar por un trozo de tierra inglesa. De modo que he decidido sacrificar quizá... Si, sacrificar unos cuantos soldaditos y guardar caballeros para cuando comience la próxima campaña.

No solo Hakon le miró asombrado, sus propios hombres de confianza parecían conocer en ese momento la decisión de su señor. El señor de Coenwalh le miró furioso, a punto de borrarle aquella estúpida sonrisa del rostro con un golpe de su espada, y aunque estaba a punto de decir algo, terminó por respirar hondamente y tomar sus propias decisiones.

—¡Que me siga quien se niegue a acceder a las decisiones de este hombre inepto! —Gritó.

Hakon azuzó al caballo y descendió por la pequeña pendiente, sin esperar respuestas. Sus propios hombres le siguieron, mientras los demás señores se miraban unos a otros sin saber cual sería la decisión más acertada, pero con pocas ganas de entrar en aquella cruenta batalla. Eadfrid les miró con una sonrisa de satisfacción y con ese mismo gesto, volvió la mirada hacia el hombre que cabalgaba cruzando la pradera, seguido por sus hombres a caballo. Seguro de haber decidido lo correcto y de que sus órdenes serían aceptadas por los demás, suspiró satisfecho. El gesto le cambió cuando uno de los señores, no esperó reacciones de los demás, después de haberles visto muy dispuestos a aceptar la decisión de Eadfrid.

—Yo tengo hombres ahí. —Declaró. —Y no pienso perderlos.

Con un gesto ordenó a sus caballeros que le siguieran y espoleó al caballo para alejarse. Avergonzado quizá, otro de los señores le siguió ante la asombrada mirada de Eadfrid, cuyas órdenes no eran acatadas. De esa manera uno tras otro, todos hicieron trotar a sus caballos por el terraplén, abandonando al general y desoyendo sus órdenes. Solamente uno de aquellos señores, junto con los cuatro caballeros que aportaba, decidió permanecer

junto al general.

Bersk gritó dolorida cuando un hacha le rozó el brazo. Levantó el escudo ante una nueva acometida y retrocedió sin tiempo para atacar al danés, hasta que cayó al suelo cuando sus talones tropezaron con un inerte cuerpo ensangrentado a su espalda. El enorme vikingo rió y la risa se congeló cuando una espada inglesa tras él, le abrió el costado. Bersk sonrió agradecida al inglés y se puso en pie. Se sacó el escudo y lo arrojó al suelo para tomar el hacha del danés, y con espada y hacha una en cada mano, volvió a la lucha.

Para aquel momento ya habían caído demasiados hombres de los dos bandos, y mientras los caballos daneses se acercaban galopando, no había rastro de caballeros ingleses. Érika miró aquella estampida de animales acercándose, y se pasó la manga por aquel maldito chorro de sangre que le cruzaba el ojo. No era capaz de detectar el olor a sangre propia y ajena en sí misma, pero sí sentía su sabor en la boca. Estaba exhausta y dolorida, y cada vez que levantaba sus brazos para defender o atacar sentía un terrible dolor. Se había quedado sola en un momento de descanso, respirando agitada, entre los hombres que continuaban luchando. Descubrió muy cerca a un corpulento danés pelirrojo, y sus ojos grises se abrieron sobresaltados. Le vio derribar a un hombre con el simple golpe de un escudo, y luego machacarle la cabeza con el borde del mismo tantas veces hasta que el hombre dejó de agitarse. El danés disfrutó con ello y se deshizo del escudo prestado, lanzándolo lejos. Érika no se movió y deseó más que nada en el mundo, que su hermano Snorri no la viera. Pero era tarde, la había visto mucho antes incluso de haber derribado a aquel hombre que le había cortado el paso hacia su hermana. Respiró hondamente y su gesto se endureció, mientras le esperaba. Snorri sonreía deleitado caminando hacia ella, reconociendo el leve gesto de temor que se detectaba en los ojos grises idénticos a los suyos. Se detuvo muy cerca y rió, agitándose los hombros y gruesos brazos musculosos.

—Dulce Freya... —Dijo. —Que acojan a esta zorra como merece, porque la fea historia de su vida, termina en este mismo momento.

Su gesto perdió todo rastro humano entonces, y sus ojos parecieron los de una bestia cuando levantó el arma asesina contra ella. Érika detuvo el golpe con el escudo, una y otra vez retrocediendo y sin tiempo para atacar. A veces oía el grito de esfuerzo y otras la risa de Snorri, quien disfrutaba enormemente golpeando la madera tras la que ella intentaba protegerse. Finalmente Érika cayó al suelo. Se deshizo del escudo, rodó sobre sí misma para impedir el ataque del hacha, y consiguió ponerse en pie para enfrentarle con la espada, lo

cual sería inútil. Snorri se le acercó sonriente y seguro de terminar con ella tras el primer golpe de su hacha. Tan convencido como la misma Érika, quien ya se veía partida en dos. Sus ojos de cazadora vieron entonces la larga lanza cerca de sus pies, y dejó caer la espada al suelo para tomar la lanza con ambas manos. Se enfrentó entonces a Snorri, quien rió largamente echando hacia atrás la cabeza, mostrándose poderoso con su potente arma entre sus largos y robustos dedos. Y Érika no esperó más tiempo sabiendo que con este gesto ponía su vida en manos de cualquier dios que existiera. Con la lanza cogida por ambas manos apuntando al vientre de Snorri, su cuerpo se balanceó suavemente como movida por el viento, con los ojos abiertos hacia su contrincante, la respiración agitada y los dientes apretados. Snorri la esperó sin prisas, sabía que iría a por él con la determinación de clavarle la lanza, y rió divertido blandiendo el hacha con ambas manos. Justo cuando la tuviera a punto de clavar la lanza, él la esquivaría y la dejaría seguir con su carrera pasándole al lado. Entonces lanzaría el hacha contra su espalda, y Érika estaría acabada. Ella se mantuvo en el mismo lugar, agitándose su cuerpo a la espera y Snorri soltó una larga carcajada. Érika chilló y comenzó a correr con la lanza entre las manos y Snorri se puso en guardia, difuminándose levemente su sonrisa, aunque sabía que ya la tenía vencida. El mismo ataque que supuso él que debía esperar, había pasado por la cabeza de ella y por esa razón Érika cambió a tiempo de estrategia. Corrió y a un metro de su hermano, clavó la punta de la lanza en el suelo y se apoyó en ella para levantar sus pies juntos hacia la cara de su contrincante. Snorri sorprendido por una ofensiva que no esperaba, cayó de espaldas al suelo con el rostro machacado, mientras su hermana le pasaba por encima y caía también a poca distancia más adelante. Érika separó sus rodillas del suelo y se puso en pie de un salto para volver hacia el cuerpo extendido de Snorri, sin tiempo aun para levantar su enorme osamenta. Se estaba incorporando aturdido, sentado y apoyando sus grandes manos en la tierra, cuando Érika apareció a su espalda. Clavó las rodillas en el suelo, deslizándose sus muslos separados para atrapar las caderas de Snorri entre ellos. Luego como un rápido y mortal felino, ella le tomó de los pelos, y él trató de quitársela de encima. Érika sacó el puñal de su cinturón y lo clavó en la aorta, una vez... Un torrente de sangre empapó su mano asesina cuando sacó el arma de la carne... Otra vez, mientras el cuerpo de Snorri se agitaba desangrándose. Otra vez, con la cabeza de él sujeta por el brazo de ella. Y la espalda del gran pelirrojo se dejó vencer sobre ella, aplastándola. Érika chilló, no sólo por el dolor de verse aplastada con sus piernas flexionadas,

también quizá porque era consciente de haber matado a su propio hermano con saña. Sollozando y sintiendo el líquido caliente derramándose sobre ella, empujó aquella enorme espalda hasta que consiguió librarse del desagradable peso. Se quedó tendida en el suelo llorando, junto al cuerpo de su pelirrojo hermano que aún agonizaba. Exhausta y agotada por el dolor, lloró amargamente mientras a su alrededor seguían oyéndose las exclamaciones y los gritos de los demás combatientes. Pasó una mano ensangrentada por su cara y luego se incorporó lentamente con el rostro perdido. Tal vez la tensión hizo que la herida en su cabeza comenzara a sangrar de nuevo, y su ojo encharcado de sangre parpadeó intermitentemente, hasta que volvió a pasar la manga empapada de rojo para secarlo. Envainó el puñal y su rostro, como una máscara roja observó el lugar donde seguían cayendo hombres. Con los ojos cerrados y soportando el llanto que había conseguido detener, su rostro ascendió hacia el cielo gris. Tronó fuertemente y ella se puso en pie lentamente y con dificultad. Miró a su hermano, su larga y enorme figura con la cara clavada en el suelo. De su cuello seguía manando sangre como un torrente, y sus recias manos temblaban con las palmas sobre la tierra. A lo lejos Érika distinguió la figura de Hakon, que saltaba del caballo, para correr hacia la batalla con espada y escudo en alto. Dejó de mirarle y no pensó en él, para terminar chillando dolorosamente, y se tambaleó. No muy lejos de allí Bersk era atacada por un hombre que la tenía cogida por el cuello, con los pies por encima del suelo. Érika parpadeó, limpió la sangre que inundaba su mirada, y sacó fuerzas de su cuerpo dolorido. Respirando agitada ahora, cogió con ambas manos el hacha de Snorri y caminó primero vacilante, y después con determinación hacia su hermana. En su camino el arma dañó cuerpos de combatientes, que no tuvieron tiempo para evadirse o atacar, a aquella máquina mutiladora que se movía con la rabia y el dolor con los que era empuñada. Luego se detuvo, limpió su ojo ensangrentado y respiró hondamente. Bersk fue arrojada al suelo y cayó de espaldas ante el mismo hombre que la había tenido cogida del cuello. Érika abrió mucho los ojos al reconocer a su propio padre. Gritó dolorosamente y con el hacha cogida de una sola mano, arrastrándola por el suelo corrió hacia ellos.

Bersk miró a su padre desde el suelo, y por primera vez desde hacía muchos años, demostró su temor hacia él, aunque no habría querido hacerlo. Se sabía ya perdida, mientras su cuerpo lastimado y fatigado se rendía, incapaz de sacar fuerzas para levantarse del suelo. Habría sido un movimiento inútil, pues estaba a merced del hacha del padre, y confiar en que sería

incapaz de matar a su propia hija, era un ilusión que Bersk veía muy lejos. Su espalda tendida sobre la húmeda y enrojecida hierba, no tendría tiempo para recuperarse y librarla del ataque mortal. Erik *Ojos de Hielo* sonreía con la respiración agitada tras el esfuerzo de la lucha, aunque no había rastro de alegría en aquellos claros ojos que se asomaban tras el casco de metal. Su hacha jugueteaba meciéndose suavemente en el aire, mientras parecía debatirse entre dar el sencillo golpe mortal, o darle un respiro a su propia hija, para que al menos intentara luchar un poco más y así tratar de defenderse, como un ratoncillo mordisqueado ante las afiladas uñas del gato. Su sonrisa se agrandó mostrando una larguísima fila de dientes teñidos de roja sangre ajena, sobre la rubia trenza que colgaba de su mentón, y Bersk reconoció el pensamiento del padre. No iba a esperar más, y no iba a sentir un mínimo de piedad por su propia hija. Fue entonces cuando sus ojos detectaron el movimiento tras la espalda del padre. Sus ojos se desviaron hacia un lado, y ese movimiento fue suficiente para advertir a Erik del peligro que se le acercaba. Él se volvió entonces alzando el hacha y descubrió aquello que había llamado la atención de su hija. Erika estaba muy cerca. Avanzaba despacio y con dificultad, cubierta de sangre y con un ojo a medias abierto. En una mano una espada y en la otra, un hacha que rozaba el suelo. Erik tuvo ganas de reír, burlándose del ridículo contrincante que avanzaba hacia él, como si el propio cuerpo le pesara más que las armas que portaba. Y tan miserable le pareció, que por un momento olvidó que había dado la espalda a su otra hija. Érika chilló entonces, ahora que su cercanía había sido descubierta por el hombre, pero no detuvo sus pasos. A duras penas podía transportar el hacha, y apenas disponía ya de fuerzas para seguir luchando, pero no se detuvo hasta que lo tuvo cerca. Alzó el rostro lleno de sangre para mirar al padre, y los dos pares de ojos grises se mostraron entornados. El hacha de Erik con el mango sujeto por ambas manos, esperaba instrucciones para atacar, y Érika aceptó el reto cuando su anterior pensamiento había sido atacar al hombre por la espalda. No podría luchar con ambas armas, así que se deshizo de la espada, dejándola caer al suelo y tomó el hacha con las dos manos. En guardia y decidida, sus piernas se separaron y el arma se alzó sobre su cabeza preparada para recibir el ataque.

—Maldita zorra... —Dijo entre dientes el hombre. —Debí abandonarte en el bosque cuando no eras más que un trozo de carne lleno de sangre y grasa recién nacido... —Érika escupió al suelo, pero no dijo nada. Y una maliciosa sonrisa asomó a los labios del hombre. —Ahora cumpliré, mandándote al

infierno. Pero, hija mía... No te vayas sin saber que la escoria inútil de tu madre, resbaló y se abrió la cabeza poco antes de que yo saliera a buscarte a Inglaterra...

Los ojos de Érika se abrieron inmensos. El hacha que portaban sus manos tomó algo más de rapidez en su balanceo, y a pesar de eso, Erik no se inmutó.

—Pobre Ingunn... Su hijita no estaba allí para ser castigada por la traición a su propio padre, y ella tuvo que pagar por ello...

Érika retrocedió lentamente unos pocos pasos, mirándole con odio y dolor a la vez. Chilló sin dejar de mirarle, y el padre rió. Volvió a chillar, sin que pudieran salir palabras de rabia desde su interior. Había planeado en ir en busca de su madre muy pronto, sin imaginar que Ingunn ya estaba muerta, porque él descargó su furia en la pobre mujer indefensa. Le odiaba... Maldito fuera... Levantó un poco más el hacha, y su balanceo tomó un ritmo cada vez menos sosegado. Estaba dispuesta a cargar contra el padre, a pesar de que ambos sabían que no tendría posibilidad de salir ilesa.

Pero nadie había reparado en la presencia de Bersk. Ni siquiera Erik, recordó que había dado la espalda a su otra hija. Bersk se había incorporado lentamente como un astuto animal herido, sin perder de vista la espalda del padre confiado. Ante las armas que se desperdigaban a sus pies, tomó interés por una larga lanza y se inclinó para cogerla. Miró la escena mientras retrocedía lentamente unos pasos. Su hermana iba a lanzarse sin miramientos hacia una muerte segura, como si ya no le importara nada. Como si el agotamiento y el dolor, no sólo físico, le hubieran robado el deseo por seguir defendiendo su vida. De la garganta de Érika escapó un doloroso y desesperado grito, y sus pies la pusieron en marcha, cargando contra el padre con el hacha en alto. La sonrisa sardónica abandonó el rostro de Erik, quien levantó el hacha esperando a tener cerca a la mujer que avanzaba segura hacia él. El hombre no recordaba a nadie por detrás de él, y Bersk comenzó su carrera. Se lanzó hacia la espalda cubierta de cuero del padre, y con todas sus fuerzas hincó el afilado metal en la protección de piel traspasándola. Soltó entonces un grito desgarrador, y Erik también chilló, pero lo hizo dolorosamente. El golpe del acero clavándose le hizo perder el equilibrio y su cuerpo se inclinó, sin que aún soltara su hacha. Bersk imprimió más fuerza, hasta que sintió que toda la punta del arma, se hacía paso entre la carne. Érika detuvo entonces su ataque sorprendida, y el padre se volvió hacia Bersk, levantando su hacha mortal. Desarmada y agotada, trató de desandar sus pasos para librarse de la embestida que se le acercaba. Erik estaba herido y

soportaba una larga lanza a su espalda, pero no era suficiente castigo en su cuerpo, como para impedirle una última acometida. Los ojos de Bersk miraron el hacha alzándose sobre su cabeza, y luego inesperadamente la vio volando de las manos del padre tras un grito de dolor, como si se hubiera tratado de un enorme pájaro, para ir a clavarse en el suelo. Fue Érika quien le había detenido, aprovechado el descuido, y su hacha se clavó en el costado del padre, con un sonido en el que se percibió la fractura de las costillas. Erik perdió su arma gritando por el dolor y la furia, y volviéndose hacia su atacante, se llevó las dos manos al lugar duramente lastimado por el que empezaban a asomar sus vísceras. Érika entonces dejó caer el hacha y se dedicó a observar sin sentimiento alguno la agonía del padre, quien se negaba a dejarse vencer por la muerte. Encorvado y con las manos en el vientre, miraba a una y a otra tambaleándose, paseándose dolorosamente, incrédulo por la suerte que finalmente le dio la espalda. Todavía con fuerzas a pesar de la gravedad de sus heridas, Erik desenvainó un puñal, y lleno de rabia en los ojos y vomitando sangre, se encaminó hacia Érika. Ella ya no le miraba, y tampoco reparaba en su presencia. Había dejado de sentir en esos momentos, mientras el padre agonizaba tras los ataques de sus propias hijas. Cuando quiso reparar en algo, Érika ya casi lo tenía encima con un puñal amenazando su cara. Fue cuando Bersk se abalanzó sobre él, haciéndole caer bajo su cuerpo. Y así, la hija sobre el cuerpo del padre, con el rostro enterrado en la nuca del hombre, hundió un puñal en el cuello del moribundo. Una y otra vez... Una y otra vez... Mientras la garganta del hombre, dejaba escapar extraños y desagradables sonidos. Érika observó aquella horrible escena sangrienta, deseando que la garganta del padre ahogada por la sangre, se silenciara por fin. Llegó un momento en que siendo incapaz de seguir soportando lo que miraba, Érika pareció reaccionar y regresar a la realidad. Se acercó a Bersk sin demasiada prisa, se inclinó y con una mano rodeando el brazo de su hermana, detuvo los insoportables ataques en el cuello del ya vencido padre. Bersk se dejó caer entonces, y quedó tendida en el suelo junto al cuerpo agonizante de Erik. Cerró los ojos exhausta. El puñal se deslizó lentamente de su lánguida mano, para caer sobre la roja y ensangrentada hierba. En pie, agotada y dolorida, Érika la observó un momento aunque de nuevo no la veía. Luego giró su rostro hacia el lugar desde el que momentos antes había corrido para enfrentarse a la lucha. Se inclinó para recoger su espada y comenzó su lenta y dolorosa caminata de vuelta.

XV

Érika pasó ente combatientes sin verlos, sin sentirlos, sin advertir el peligro que podría correr su vida, aunque en realidad no le importaba nada. Caminaba pausada, ensangrentada, como si estuviera arrastrando el cuerpo, con su ojo entornado y lleno de la sangre que manaba de la herida, a punto del llanto. Consiguió atravesar el campo de batalla sin que nada la hubiera detenido, y con un esfuerzo que era incapaz de saber que lo hacía, logró ascender por la suave pendiente hacia el campamento. No llegó exactamente a donde pretendía, y apareció en una zona alejada, quizá junto al mismo árbol que horas antes le había servido de apoyo mientras observaba al enemigo. Apoyó una mano teñida de sangre en un árbol, inclinó la cabeza y escupió el líquido de sabor metálico en su boca varias veces. Ahora daba la espalda a la pradera cubierta de cadáveres, heridos y hombres que luchaban desfallecidos. Entonces se dejó llorar amargamente. Soltó un sonoro y doloroso grito, y se olvidó de luchar contra la sangre que manaba desde su frente, para introducirse en su ojo, ya cerrado por la constante intromisión del líquido caliente. Agotada se dejó caer hasta que sus rodillas tocaron el suelo, y con las manos cubriendo su rostro, su cuerpo se balanceó hacia arriba y abajo llorando. Oyó los rápidos pasos de unos pies corriendo hacia ella y aunque pensó en el peligro, hizo caso omiso y continuó llorando. Inclinó el cuello, como si supiera que lo que se le acercaba era un hacha enemiga, y unas suaves palabras escaparon susurradas de su boca.

—Dulce Freya...

Alguien se arrodilló bruscamente a su lado, y una mano la tomó suavemente de la nuca, sin que ella se inmutara.

—¿Estás... herida? Déjame que te vea...

Era la voz de Hakon. Una voz temblorosa y aterrada. Ella siguió balanceando su cuerpo, y lloró como si no sintiera su presencia.

—Érika... deja que te vea...

La mano de Hakon se apartó de la cabeza de ella, y bajó hasta el mentón, intentando cuidadosamente volverle la cara. Ella lloraba desconsoladamente sin dejar de mecerse, y él sintió que el miedo a descubrir que estaba herida de

muerte, le dolía profundamente. Por fin, y sin que tuviera que obligarla, ella volvió el rostro para mirarle. Un rostro que logró impresionarle hasta hacerle abrir los ojos desmesuradamente. No sólo se trataba de la sangre que cubría aquella cara, el torrente de rojo que manaba desde la frente inundando su ojo entornado, parpadeando intermitente, consiguió sobrecogerle.

—¡He matado a mi hermano! —Exclamó entonces. —He matado a Snorri...

Hakon dejó por un momento de examinar la herida en la frente, y la miró con un gesto primero de impresión, para después terminar asintiendo y encogiéndose de hombros.

—Después de haberme visto obligado a tener que rescatarte, porque tu padre y tu hermano pretendían matarte, comprenderás que no entienda qué es lo que parece dolerte tanto. Entiendo que no has hecho otra cosa que defenderte y evitar tu propia muerte.

Ella no dijo nada, seguía llorando pero ahora daba la impresión de haberse sosegado. Él continuó con su examen, que pretendía buscar posibles heridas en ella. Pero Érika apartó suavemente la mano que él le acercaba, y se dejó caer de espaldas sobre la hierba. Sus dedos enjugaron el ojo encharcado, y esa misma mano cubrió el rostro, dejándose llorar.

Hakon la miró ahora tranquilizado porque no parecía haber más que aquella herida leve en el cuerpo de la vikinga, y finalmente se dejó caer junto a ella. Él también sentía el cuerpo agotado y dolorido tras la lucha. En su rostro se habían secado las salpicaduras de sangre, y a pesar de haber escupido varias veces, seguía sintiendo aquel desagradable sabor metálico en la boca. Tumbado, levantó la mano izquierda y observó la brecha abierta en el dorso. Sangraba demasiado, así que se incorporó. Rebuscó bajo su chaqueta y sacó una larga tira de tela limpia, cortó un largo trozo y se vendó la mano. Luego cortó algo más de tela, la dobló varias veces y volviéndose hacia Érika, la colocó sobre la herida en su frente.

—Sujeta eso un buen rato sobre la brecha para impedir que siga sangrando.

Érika obedeció sin objeciones, pero aún lloraba. Mientras él se dedicó a estirar y tratar de descansar sus músculos doloridos.

—Odio esto... —Dijo ella por fin con amargura en la voz. —Odio el sabor de la sangre, su olor en la ropa y en la carne ahora mientras todavía está húmeda... Su olor cuando se seca y se corrompe sobre mí... No puedo soportar esos gritos y alaridos... Ver esas figuras que caminan hacia ningún sitio, con los brazos colgando de un hilo de carne... Vísceras y miembros arrancados

desperdigados por el suelo a mi paso...

Se enjugó las lágrimas con una mano, mientras que con la otra presionaba la tela ya totalmente teñida, sobre su frente. Él la miró impasible y en silencio un momento. Luego asintió para sí mismo, comprendiendo. Al fin y al cabo era una mujer, pensó, qué otra cosa podía esperarse de ella tras una batalla.

—Ya no se oyen armas chocando. —Continuó ella. —Ni los gritos... Es como si todo hubiera acabado, o como si... como si estuviéramos muertos...

Aun se oían gritos, y también decenas de armas golpeando cuerpos y escudos. Los caballos liberados de sus jinetes, relinchaban y pisoteaban la hierba escapando del horroroso lugar. Era cierto que desde donde se encontraban ahora, todo parecía más relajado a lo lejos, pero no existía ese silencio que ella parecía apreciar. Hakon pensó que la batalla había conseguido traumatizarla, y no sólo no le sorprendía porque se trataba de una mujer. No sabía qué llegaba a sentir uno tras haber segado la vida de un hermano, y pensó que por mucho que se hubiera tratado de hacerlo por salvar la vida, no dejaba de haber matado a un miembro de su propia familia.

Alguien se acercaba arrastrando sus pies lentamente, sin que Érika prestara atención o más bien, sin que pudiera advertirlo. Pero Hakon que sí lo detectó, se incorporó lentamente y aún sentado, volvió la cabeza para descubrir al dueño de aquellos lentos pero seguros pasos. Se relajó al descubrir la figura de Bersk. El rostro cubierto de una salpicada máscara roja, en el que destacaban dos ojos como violetas, que le miraban entornados. El cabello rubio ahora era de un tono parecido al granate, pegado y apelmazado sobre la cabeza. Su larga y esbelta figura caminaba lenta y fatigada, aunque parecía tan digna como una loba tras haber cazado y devorado a su presa. Hakon la miró un momento, pero dejó de hacerlo incapaz de soportar aquella mirada llena de reproches sobre él.

De la mano que portaba su espada con el extremo apuntando hacia el suelo, chorreaba sangre propia. Un lento recorrido de líquido oscuro, iba desde sus dedos y ahí al pomo, para bajar hacia el final del arma. Estaba herida en el brazo, y ya lo había olvidado, aunque en ningún momento le había dado demasiada importancia. Y ahora que la herida en su corazón le dolía más profundamente, como un puñal clavándose una y otra vez, ni siquiera reparaba en la sangre que poco a poco escapaba de su cuerpo. Le había visto abandonar la batalla y salir tras los pasos de Érika, como si ella fuera el único ser que significara algo para él en aquel momento. Hakon nunca le había prometido su amor, y ella misma era consciente de que simplemente la había aceptado en su

cama, quizá finalmente incluso hastiado por su perseverancia. Conseguídos unos breves instantes de simples revolcones, en muy pocas ocasiones, había llegado muy pronto a la determinación de que Hakon no deseaba volver a compartirlos con ella. Por más que le doliera saberlo, era evidente que él se arrepentía de ella. Aún así, Bersk perseveraba, haciendo caso omiso no sólo a las claras negativas de él, además a su propio sentido común. Así recibió el rechazo y desdén del hombre al que amaba, y todavía había ocasiones en que era incapaz de aceptarlo. Ahora tras haberle visto correr para interesarse por Érika, decidió que sólo le quedaba apartarse de él. Sin embargo...

Odiaba lo que habían visto sus ojos momentos antes. Odiaba la espalda de Hakon mientras se le acercaba, y él regresaba su mirada al frente, tras haber comprobado que era ella quien caminaba hacia allí. Y odiaba, aún más profundamente a la figura tendida junto a él. Pero con todo el dolor de su corazón, detuvo su camino junto a aquellos dos, tomó aire profundamente, y trató de admitir que no tenía derecho a reprochar nada.

Hakon se puso en pie cuando la tuvo al lado y la miró largamente a los ojos, descubriendo que todo reproche parecía haber desaparecido de ellos. En su lugar apreció un gesto casi burlón, acompañado de una forzada sonrisa llena de dientes ensangrentados.

—El jefe abandona a su ejército cuando aún no ha concluido la batalla. — Le soltó con sorna. Luego y como si no esperara ni necesitara respuesta, bajó la mirada hacia Érika. —¿Estás bien, hermana?

Ella asintió lentamente como respuesta. Había dejado de llorar cuando consiguió detectar a la desconocida presencia que se les acercaba, pero los surcos que habían hecho sus lágrimas sobre las mejillas sucias, declaraban su llanto.

—Me has salvado la vida, Érika. —Dijo con sincero agradecimiento. — Padre me habría matado de no haber sido por ti.

Bersk volvió a mirar a Hakon. Él la miró entonces consciente ahora de que la muerte del hermano, no había sido la única en la familia de las nórdicas. Pero ninguno de los dos llegó a decir nada, Érika se les adelantó. Todavía sin cambiar su posición tendida en el suelo, su voz sonó carente de todo sentimiento.

—He matado también a Snorri. —Declaró.

Bersk pareció impresionarse por un momento.

—¿Has acabado con esa mole enorme sin ayuda?

Érika asintió sin mirarla, y Hakon se sorprendió por la reacción carente de

sentimientos de Bersk. Suponía que no iba a encontrarse con su desconsuelo por saber de la muerte de un hermano, menos si era el mismo, que tiempo atrás se disponía a colgar a su propia hermana de una rama. Pero ciertamente esperaba que se tratara de una noticia que pudiera conmover a Bersk de alguna manera, y no que simplemente, pareciera asombrada ante la victoria de su hermana tras haberse enfrentado a un hombre enorme.

Bersk suspiró. La sangre seguía manando y recorriendo su espada hasta el suelo, sin que ella lo hubiera advertido.

—Hemos matado a nuestro hermano, y lo que es peor, a nuestro padre... En una guerra contra ingleses... Olvídate de regresar a casa alguna vez, Erik no podrá permitirnoslo... Es más, si alguna vez nos encuentra en su camino, debería vengar la muerte de padre. Hemos cometido uno de los peores delitos.

—Ingunn está muerta. ¿Para qué iba a querer regresar ya?

Bersk asintió en silencio. Lo sabía, pues había podido oír al padre cuando este disfrutó haciéndoselo saber a Érika. Pareció como si Erik hubiera deseado que ella no muriera antes de haber descubierto, que él había matado a su madre. La triste noticia no fue algo que hubiera sorprendido a Bersk. En realidad, siempre esperó que *Ojos de Hielo* hubiera descargado su furia contra la madre, para vengarse de la fechoría de la hija en su propiedad inglesa. Lo extraño era que Érika hubiera confiado a esas alturas, en que su madre estuviera viva.

—¡Padreeeee!

La voz de Sveinn, en un grito furioso e impaciente, les llegó lejana desde el campamento. Hakon volvió el rostro hacia la voz de su hijo, y su gesto se ensombreció consciente del agobio al que con toda seguridad, se iba a ver sometido. Escupió para librarse del desagradable sabor de su boca, y dejó de mirar al muchacho que se acercaba corriendo. Liam le seguía a la carrera, cargado con su caja de medicinas e instrumentos, como si pretendiera detener aquello que su sobrino se estuviera proponiendo. Bersk no entendía la urgencia del chico, y tampoco sentía ningún interés por aquello que fuera lo que le llevaba hasta allí. Bajó su mirada y descubrió en el suelo el pequeño charquito de sangre que manaba desde su espada, como una pluma que perdiera su tinta. Frunció el ceño y levantó apenas un poco la punta del arma, buscando el motivo de aquel derramamiento rojo, y entonces descubrió el lento chorro que apareciendo bajo su muñequera, rodaba por su mano. De pronto y como si antes no hubiera sentido ningún dolor, comenzó a notar la molestia que se alojaba en su brazo lastimado. Apartó con urgencia la ropa

que la cubría, y así averiguar la gravedad de su herida, que por lo que ya le parecía, no se trataba de un insignificante corte. Se alejó unos pocos pasos, ajena a todo lo que no fuera descubrir qué era aquello que le hacía perder tanta sangre. Érika seguía abandonada al sinfín de motivos que la mantuvieran tendida en el suelo, y aparentemente sin mostrar interés por lo que ocurría a su alrededor. Mientras Hakon esperaba irritado a su hijo.

Sveinn detuvo su carrera a poco más de un metro de la figura de su padre y se enfrentó a él.

—¡Como has podido! —Le gritó. —¡Cómo! ¡Atarme y amordazarme como si fuera una simple muchacha, para impedir que fuera a la batalla!

Hakon masculló algo incomprensible y se volvió para darle la espalda. Aquel gesto debería haber convencido al muchacho para que guardara silencio y cesara en sus reproches. Pero no fue suficiente. En cambio, sí fue lo suficientemente convincente para Liam, que trató de detener al muchacho.

—Sveinn... —Comenzó con voz suplicante.

Pero el chico no escuchó a Liam, y más furioso por la aparente indiferencia del padre, se atrevió a tomarle de un brazo con la intención de obligarle a mirarle.

—No volveré a consentir que me trates como a un niño... ¿Me oyes, padre? ¿Me...?

Sveinn no pudo terminar su siguiente pregunta. Apenas había agarrado el brazo del padre, este se volvió y estalló el dorso de su mano contra la mejilla del chico. Sveinn cayó al suelo por la fuerza de la bofetada, y durante un breve instante, sus ojos abiertos de la impresión, se quedaron clavados en la figura del padre, quien se había vuelto de espaldas de nuevo incapaz de mirarle.

Liam no se sorprendió por la reacción de su hermano, y se mantuvo en silencio admitiendo que Sveinn tendría que haberlo esperado, o más bien evitado. Sí se asombraron las vikingas, quienes olvidaron de pronto sus

propias preocupaciones, y miraron atónitas, primero al muchacho en el suelo, y luego al padre que parecía esconder su furia vuelto de espaldas.

Solo el breve momento hasta que logró asimilar el sobresalto tras haber sido golpeado por su padre, mantuvo a Sveinn confundido en el suelo. Después dejó escapar el aire contenido, y con más dolor en su orgullo, que en la mejilla castigada, saltó para ponerse en pie. Hakon se volvió entonces para mirarle. Admitía por fin que su hijo había dejado de respetarle como padre, y supuso que el muchacho habría decidido devolver el golpe. No lo consentiría y si debía hacerle daño, se lo haría sin miramiento alguno. Así que esperó al

próximo movimiento de su enfurecido hijo. Sveinn le miraba con una poderosa rabia ardiendo por dentro, pero todavía sin saber muy bien qué hacer. Y Hakon sintió que la mirada de su hijo enfrentándose a él, le atormentaba profundamente. Por fin Sveinn abrió la boca para protestar quizá, pero Hakon se le adelantó.

—Tu temeraria conducta, hijo, sólo te llevará a una temprana muerte. — Dijo. —No me importa lo que vayas o no a consentirme tú. Pero quiero que sepas que yo no voy a tolerar que te enfrentes a la muerte, cuando aún no estás preparado para combatir contra hombres curtidos en la guerra. De no haber impedido hoy que nos acompañaras, ahora mismo estaría llorando tu muerte.

Sveinn entornó los ojos llenos de rabia. Le enfurecía que su padre le viera incapaz de enfrentarse a la batalla, cuando otros habían alabado sus cualidades a pesar de su corta edad. Eadfrid de Sebbi no había hecho otra cosa desde que pudo conocer las habilidades del muchacho con la espada. Quizá acertadamente porque Sveinn merecía esos halagos, o tal vez y más bien sin ninguna duda, consciente y deseoso de que ocurriera lo que acababa de ocurrir entre el padre y el hijo. Incapaz de comprender los sentimientos y miedos de su padre, Sveinn escupió al suelo y se marchó de allí.

Hakon observó sus pasos más apesadumbrado que enojado, y luego su mirada pasó rápidamente hacia la figura expectante de Liam, como si esperara oír reproches de parte de él. No fue como esperaba. En cambio, Liam huyó de aquel gesto hostil para interesarse por primera vez por el estado de Érika. Ahora descubría su rostro ensangrentado, y con urgencia se agachó junto a ella, olvidándose por completo de lo ocurrido.

Hakon se relajó entonces y miró a Bersk, quien no les prestaba atención desde antes de que el muchacho desapareciera, volviendo al reconocimiento de sus propias heridas. Estaba sentada en el suelo y desataba su chaleco con urgencia, lo cual atrajo el interés de Hakon. Pero ese interés de pronto desapareció, ante la voz del viejo Oswald, quien se les acercaba fatigado desde el campo de batalla. Cuando vio su lenta y agotada caminata llegó temer por el anciano, por lo que olvidó a Bersk y se encaminó hacia el hombre. Algo había dicho antes el viejo, pero nadie pudo entender a su jadeante voz. Oswald se detuvo cuando vio a Hakon acercándosele temeroso, levantó una mano para detenerle y sonriendo tranquilizador, se llevó esa mano a su pecho sofocado. Rió a carcajadas entonces, mientras el hombre más joven le miraba desconcertado.

—¡Mírame, joven incrédulo! —Exclamó alegremente. —¡Regreso entero y

sin un solo corte o golpe! Y querías impedírmelo... Te juro que habría muerto feliz en esta última contienda, aunque... Más feliz soy de regresar sano y salvo para repasártelo por las narices.

Más reproches... Pensó Hakon, recordando el desagradable momento con su hijo. Aun así, sonrió feliz por el anciano, palmeó su recia espalda, y de nuevo su interés regresó a Bersk. Se acercó a ella, justo en el mismo momento en que la mujer descubría su propia herida. Era una larga y profunda brecha que cruzaba su antebrazo. Los ojos de Hakon se abrieron al descubrir la herida, se agachó a su lado y tomó aquel brazo con sus manos para examinar los daños. Ante aquel gesto, Bersk se sintió dolorosamente complacida, y casi llegó a olvidar el temor por sus lesiones. Él la miró un momento a los ojos, luego soltó cuidadosamente su brazo y se puso en pie. Bersk le observó confundida, siguiendo a su larga figura que se alejaba para detenerse junto a Érika y Liam, quien ya había limpiado la herida en la frente de ella y preparaba utensilios para coser.

—Déjalo, Liam. —Vio que le decía a su hermano. —Lo haré yo.

A Bersk se le encogió el corazón y tuvo ganas de gritar desgarrada por su dolor interior. Miró su herida sangrante y sintió que preferiría dejarla tal y como estaba y morir finalmente. ¿De verdad Hakon la despreciaba tanto que a pesar de la gravedad del daño en su brazo, la abandonaba para ir a ocuparse él mismo de las curas de Érika? Aunque resultaba una idea tan absurda, el dolor la cegaba, y se dedicó a compadecerse de sí misma.

Liam se negó a obedecer a su hermano, mientras Bersk luchaba contra el dolor de su corazón. Fue entonces cuando Hakon dijo algo que logró sacarla de su ceguera.

—Obedece, hermano. Bersk necesita de tus conocimientos, mientras tú pierdes el tiempo con esta simple costura, de la que puedo ocuparme yo mismo.

Aquellas palabras complacieron tanto a Bersk, como llegaron a preocupar a Érika, sacándola por fin del aislamiento moral al que se había sometido ella misma. Sin decir una palabra, y sólo con una mirada preguntó a Hakon por la gravedad. Él no respondió, tomó el lugar de Liam y se preparó para hacer la sutura. Ella le agarró de la mano que pretendía coserle la piel, para impedirle cualquier movimiento antes de haber oído una respuesta. Hakon miró desde tan cerca aquel rostro que se le enfrentaba, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para ocultar las sensaciones que le dominaron por un momento. Fue una suerte que ella no fuera capaz de percibirlo, y que sabiendo que no encontraría una

respuesta, apartara entonces la mirada, tratando de volverse hacia el lugar en donde su hermana recibía los primeros cuidados de Liam.

—Va a doler. —Dijo él refiriéndose a la costura que iba a hacerle, y tratando de atraer su atención. —Pero te prometo que seré cuidadoso.

Ella de nuevo volvió a mirarle, clavando los ojos grises en su mirada. Todavía reclamaba la misma respuesta, que Hakon no podría dar con toda seguridad. Definitivamente advirtió que ella no se dejaría coser, hasta haber podido comprobar por si misma la gravedad en la herida de su hermana. Hakon hizo un gesto con el que pretendía asegurarle que podría estar tranquila, y entonces ella asintió. No apartó en ningún momento sus ojos de la mirada de él, y por un instante creyó detectar un sentimiento que no estaba dispuesta a aceptar. Érika hizo descender su mirada para huir de aquellos ojos, y asintió lentamente, haciéndole saber que estaba preparada para la costura.

Liam comprobó que Hakon no había exagerado cuando habló del brazo herido de Bersk, y comenzó con la limpieza de la herida. Le sorprendió la mansedumbre de la vikinga, quien se mantuvo relajada y tumbada como él le había pedido. Tenía el rostro vuelto hacia el lado opuesto, tal vez para esconder su preocupación y dolor interior.

De pronto les llegaron unas voces lejanas, a las que ni Liam ni ella misma prestaron atención. El viejo Oswald que había estado observándoles en silencio, se encaminó para ir en busca del muchacho que corría hacia ellos con una evidente urgencia. No tuvo que preguntar nada, pues el chico informó incluso antes de haber llegado a alcanzar al anciano.

—¡Dos daneses! —Soltó con la voz agitada por la carrera, y se volvió para señalar a dos hombres montados a caballo, que a lo lejos esperaban ante una barrera de ingleses a pie. —¡Esos! ¡Piden poder llevarse a dos danesas hermanas que luchan en este bando!

El chico se detuvo un momento para tomar aire sofocado.

—A cambio de rescate o lo que sea... —Continuó. —Quieren hablar con el hombre al que sirven.

Bersk no hizo movimiento alguno, pero sus ojos se apretaron fuertemente, y no fue por el dolor que la labor de Liam podía causarle en su herida. Érika hizo intención de moverse para volver su rostro hacia el muchacho. Hakon se lo impidió, y la miró con un gesto tranquilizador antes de continuar con la costura, que no detuvo en ningún momento a pesar de los acontecimientos. Oswald asintió lentamente, y se giró para conocer la opinión de Hakon.

—¡Muchacho! —Exclamó deteniendo un momento la costura, mientras

Érika apretaba los dientes por el dolor, que quizá se intensificaba por la tensión de los acontecimientos. —Di a esos hombres que las danesas están muertas, y que sus cadáveres son míos.

—Pero...señor... Eadfrid de Sebbi está con esos hombres y les ha asegurado que...

—Maldito Sebbi... —Susurró Hakon.

Se sintió tan furioso que sus manos perdieron su cuidadosa paciencia, dañando a Érika, que se quejó dolorosamente y estuvo a punto de apartarlo de ella. Tan suavemente como le permitió su ira, se disculpó y le pidió paciencia.

—Me estás matando de dolor. —Se quejó ella. —Déjalo ya y deja que... Esos daneses son mis hermanos y quieren que vayamos con ellos.

—Os matarán por lo que habéis hecho. Sintieran o no, algún tipo de afecto por vosotras, esto se ha convertido en una cuestión de honor. Y ese honor les obliga a vengar la muerte del padre.

—Ciertamente...

Había respondido muy segura, pero se detuvo antes de decir nada más. Sus ojos se quedaron clavados en el azul de los ojos que la miraban, y comprendió que él iba a protegerlas hasta el final.

—No voy a permitirlo. —Dijo él. —Y no existe ley alguna que me obligue a entregaros. Sois guerreros a sueldo contratados por mí, y habéis cumplido mis órdenes que eran precisamente esas... Matar daneses.

La miró en silencio sin que ella pudiera decir nada, y de nuevo volvió a hablar al muchacho.

—Ve y di lo que te he dicho, chico.

No estaban muertas y eso era algo que los hermanos sabrían con toda seguridad, pero era suficiente respuesta para hacerles entender que no tenía intención de entregarlas. Con una aparente tranquilidad que desde luego no existía, Hakon volvió a la sutura. Terminó y observó los puntos que había dado en la frente, asintiendo satisfecho como si nada preocupante estuviera ocurriendo a su alrededor. Poco después el griterío lejano le dio a entender que su respuesta a los daneses, no fue aceptada de ninguna manera.

El rostro desencajado de Érika, blanco y ojeroso, declaraba el terrible dolor que sentía. Se quedó sentada, sintiendo cómo el frío se apoderaba de su cuerpo, y cuando Hakon le ofreció una pequeña botella que había ido a buscar en la caja de medicinas, le miró sin comprender.

—Bebe. —Dijo él. —Te calmará el dolor.

Ella aceptó y tragó con dificultad el desagradable brebaje, devolviéndole

después la botellita con un gesto de repugnancia, que frunció su ceño y le hizo daño en su reciente costura. Maldijo en voz baja y luego miró a Hakon desde el suelo.

—Deberías estar con tu general y con los demás hombres de tu condición. —Le dijo. —Sin embargo, estás aquí... Curando las heridas de un guerrero a sueldo. Ese Eadfrid o como se llame, tendrá suficientes motivos para hacer que finalmente te amonesten.

Hakon sonrió pero no había alegría en su rostro, y asintió como si aceptara que era plenamente consciente de lo que había oído. Luego se volvió hacia Oswald, quien parecía muy interesado en la tensa reunión que aún se llevaba a cabo entre los dos daneses, y Eadfrid junto a otros ingleses, quienes actuaban como barrera para impedir que trataran de cabalgar hacia donde muy seguramente, sabían que se encontraban sus hermanas. El viejo a veces también miraba a Hakon desconcertado, porque no entendía su aparente despreocupación, mientras se esperaba algo más de él que la simple respuesta que dio para los daneses.

Entonces Hakon llamó a Oswald y este pensó que iba a actuar por fin, pero fue sólo para decirle que se encargara de que las danesas fueran llevadas al campamento, lo cual le dejó aún más confundido. Iba a decir algo, pero se dio cuenta de que no sería escuchado. Hakon se acercó para comprobar el trabajo de Liam en el brazo de Bersk. Érika se había sentado en el suelo y mantenía la cabeza de su hermana sobre las piernas, mientras esta sufría un terrible dolor que ocultaba con la mano libre sobre la cara. A pesar de la relajación que debería haberle proporcionado el líquido de la botellita probada antes por Érika, el dolor seguía siendo espantoso. Aunque Liam le había hecho beber una cantidad suficiente para conseguir que terminara durmiéndose, quizá aún sólo empezaba a sentir los efectos. Hakon tomó aire y empezó a alejarse con el mismo aplomo que había mostrado todo el tiempo.

—¿A dónde vas? —Preguntó Oswald preocupado. —Deja que te acompañe.

Hakon se volvió para mirarle.

—Como te he dicho antes, espera a que Liam termine sus curas y luego ocúpate de dejar a estas mujeres a salvo en el campamento.

—Iré contigo.

La voz de Érika le detuvo. Se volvió de nuevo y levantó una mano para detenerla. Entonces los gritos y la confusión de la lejana reunión, llamaron la atención de todos. Dos jinetes comenzaron a trotar salvajemente, obligando a

la barrera de hombres que les había impedido el paso antes, a apartarse antes de ser atropellados. Como dos bestias indomables, los caballos galopaban hacia ellos, seguidos por otros jinetes ingleses y hombres a pie. Hakon detuvo sus pasos, desenvainó con un lento movimiento, y comenzó a desandar el camino sin dar la espalda a los daneses que se acercaban en una cabalgada brutal, hasta que regresó junto a las hermanas. Oswald también desenvainó y tomó su lugar de defensa junto a Hakon. Érika acomodó la cabeza de su hermana en la hierba, se puso en pie y recogió su espada del suelo. Los caballos trotaban cada vez más cerca, ella levantó la mirada y a pocos metros ya, reconoció a sus hermanos. Erik y Sigurd no aminoraron el paso, y frenaron las monturas bruscamente muy cerca. Habían sido perseguidos por al menos media docena de jinetes ingleses, lo que podría suponerles la muerte, pero no fue algo que parecieran haber advertido, o al menos les intimidara.

Los hermanos sobre sus caballos agitados, que se movían de un lado a otro y resoplaban excitados, clavaron sus miradas en la hermana que sujetaba una espada con la punta mirando al suelo. Érika se sintió mareada. El dolor de las heridas, el dolor de su corazón, y quizá más bien, el líquido sedante que le habían dado a beber, le nubló la vista, y parecía a punto de desvanecerse, mirándoles como si estuviera muy cerca de perder el sentido. Érik y Sigurd parecieron desconcertados un momento, mientras observaban a su desfallecida hermana, cuya cara demacrada estaba cubierta de sangre seca, y esa costura en la frente que la desfiguraba aún más. Luego miraron el cuerpo inerte de Bersk, con el rostro vuelto hacia otro lado, mientras Liam continuaba con su trabajo aparentemente sin prestarles ninguna atención. Los ingleses rodearon a los dos daneses por fin, pero nadie hizo ningún movimiento. El caballo de Sigurd se agitó, luchando por levantar sus patas delanteras, resopló bruscamente y obedeció a su jinete cuando este le tranquilizó. Erik miró a Érika de nuevo, y luego sus ojos se volvieron hacia el inglés de aspecto danés que estaba junto a ella, pareciendo muy dispuesto a luchar.

—Estamos rodeados, hermano. Piensa qué vamos a hacer, pero hazlo ya.

Las palabras danesas de Sigurd urgieron a su hermano, mientras observaba a los ingleses rodeándoles, y a otros que se les acercaban deprisa. Erik volvió a mirar a su hermana.

—Mi padre yace en este suelo inglés, bañado en sangre y con las vísceras escapando de su cuerpo. —Dijo como si escupiera las palabras.

Érika le miró desde el suelo con sus ojos entornados medio desfallecida, y el cuerpo con apenas fuerzas para seguir manteniéndose en pie. Advirtió el

odio de su querido hermano, que le hablaba con la voz dura y como si se dirigiera a una mujer desconocida, y sintió dolor.

—Dos mujeres que luchaban en el ejército enemigo, hoy se han ensañado con su cuerpo, y lo han partido y agujereado hasta destruirlo...

Sigurd interrumpió el discurso de su hermano. Su voz sonó dolorosa, pero con un dejo de sarcasmo, mientras se inclinaba hacia adelante sobre su montura, entornando los ojos que parecían humedecidos.

—¿Qué llevaremos de él para poder ofrecerle a mi madre? —Preguntó a Érika. —¿Cómo llevarnos esa espantosa figura para que ella pueda llorar a su esposo?

—Nos habría matado...

—Ciertamente... —La voz de Sigurd la interrumpió con sarcasmo en la voz.

—Ciertamente. —Interrumpió esta vez Erik. —Por esa razón no vengaré la muerte de mi padre, que ha muerto en batalla. No pensaba hacerlo cuando pedí a estos hombres que me fuerais entregadas. Sólo quería deciros... a las dos, mis últimas palabras. Aunque veo que la pequeña berserker está a punto de seguir a su padre.

Dejó de hablar para mirar un momento hacia el cuerpo inerte de Bersk. Luego volvió a mirar a Érika.

—Érika... Ven aquí.

No pudo dar un solo paso, porque Hakon se lo impidió poniendo un brazo por delante de ella.

—No lo hagas. —Aconsejó en un susurro.

Erik se mostró como si no hubiera oído a Hakon. Extendió una mano hacia su hermana, y la movió para invitarla a acercarse. Érika entonces apartó suavemente el brazo con el que Hakon pretendía cortarle el paso, y se dispuso a encaminarse hacia el caballo de su hermano. El gesto de Erik había de dejado de mostrarse hostil y parecía haberse dulcificado, mientras mantenía su mano estirada hacia ella.

—¡No! ¡Érika!

Ella no escuchó a Hakon y cuando él intentó detenerla, ella se deshizo de él. Se sintió impotente por no poder hacer nada para evitar lo que sin duda iba a ocurrir. Consciente ahora de lo que ocurría a su espalda, Liam gritó entonces su nombre, dejando por un momento a Bersk. Pero ella no escuchó. Y Hakon no pudo hacer otra cosa que mantenerse donde estaba y esperar para muy seguramente, vengar la muerte de la nórdica.

Érika llegó junto al caballo de Érik y levantó la mirada confiada, ella no esperaba que él tuviera intenciones de hacerle daño. El hermano se inclinó sobre la montura hasta que su mentón afeitado, se apoyó en el rostro de ella. Hakon observó entonces las manos del vikingo, porque no esperaba otra cosa en ellas que un puñal. Y vio que una de ellas sujetaba las riendas, mientras que la otra se apoyaba tras la cabeza de la hermana.

La suave y susurrante voz de Erik junto a su piel, sonó dolorosa.

—Nunca debí enviarte a Inglaterra, hermana... Nunca debiste matar a Balder y robar a nuestro padre... Nunca debimos venir hasta aquí para vengar todo eso...

Los ojos de Érika se llenaron de lágrimas y una gota caliente escapó de uno de los azules ojos de él.

—Nos obligaste a permanecer aquí tanto tiempo, a luchar en esta guerra... Y has matado a nuestro padre... Él mató a tu madre, y te habría matado a ti... Por esa razón no vengaré su muerte. Siempre te he querido, y ahora ya no puedo sentir lo mismo...

Los ojos de Hakon siguieron aquella mano que se separó de la cabeza de Érika, y con el pecho agitado se adelantó unos pasos, movimiento que atrajo la atención de Sigurd. Pero se detuvo cuando ambas manos del danés tomaron la cara de su hermana, y enfrentó el rostro clavando sus ojos en ella. De los ojos del hombre escapó otra lágrima, a pesar de que en su gesto había más odio que dolor.

—Jamás quiero volver a verte.

Érika lloró amargamente sin dejar de mirarle. Erik tragó dolorosamente, y a pesar de lo que sentía la rodeó con un brazo. Para Hakon, este era el momento en que iba a matarla. La besó en la mejilla sin dejar de apretar su cuerpo, y luego la soltó.

—Honra el cuerpo de Bersk como el de la guerrera que siempre ha sido.

Tras decir aquello, dejó de mirarla para clavar una mirada carente de sentimientos en Hakon. Miró luego a Sigurd, y ambos hicieron volverse a sus caballos y los espolearon salvajemente para marcharse de allí.

Érika observó a sus hermanos alejándose con los ojos inundados en lágrimas. Luego y cuando ya no podía distinguirlos entre la maraña de hombres daneses a lo lejos, se volvió y con pasos abatidos llegó junto a su hermana, quien parecía dormir. Acomodó la cabeza inerte de Bersk sobre sus rodillas y miró a Liam. Él también la miró, deteniendo un solo momento la larga costura en el brazo que reposaba sobre sus muslos. Parecía aliviado tras

el temor de haber pensado que el hermano iba a matarla. Suspiró suavemente asintiendo como si comprendiera el dolor de ella, antes de regresar a su labor.
— ¡Coenwalh!

Todos se giraron hacia el grito de Eadfrid, quien llamaba a Hakon desde su caballo agitado.

— Quiero verte ahora mismo en mi tienda. —Ordenó.

Hakon asintió tranquilo atendiendo a la orden de su general, sin que nadie pudiera advertir la furia que comenzó a hervir de pronto en su interior. Eadfrid espoleó a su caballo y se dirigió trotando al campamento, seguro de que Hakon le seguiría como le había ordenado.

—Te dije que tendrías problemas por nuestra culpa. —Le advirtió Érika desde el suelo. —Si Bersk sobrevive nos marcharemos y...

—Lo hablaremos... —La interrumpió. —Ahora debo solucionar otro asunto.

Hakon se alejó aparentemente tranquilo. Mostraba un gesto apacible, pero Liam fue capaz de reconocer la furia que le recorría por dentro.

—Oh no... —Suspiró Liam preocupado, y levantó la mirada hacia la espalda de su hermano. —¡Hakon... no!

—¿Qué va a hacer? —Preguntó Érika.

—Hundir sus pies un poco más en el fango. —Respondió Oswald con un suspiro de resignación.

Cuando Hakon se introdujo en la tienda de Eadfrid, este le estaba esperando visiblemente irritado, aunque fue incapaz de esconder un leve gesto de satisfacción. Para su fortuna, Hakon le había dado suficientes motivos para sentirse obligado a amonestarle seriamente. La idea de hacer que le apresaran para llevarle ante su rey de la misma forma que si se hubiera tratado de un criminal, y sugerir un largo encierro que le mantuviera tras unas rejas subterráneas hasta que sus barbas se hubieran puesto blancas, le satisfacía plenamente. Él mismo era incapaz de comprender por qué odiaba tanto al danés, pero era cierto que la idea de hacerle sufrir y tener el poder para llevarlo a cabo, le complacía mucho. Tal vez odiaba a Hakon porque él, a pesar de haberle respetado al menos en el principio de su relación, nunca se había dejado someter del todo. Eadfrid necesitaba ser alabado como un príncipe por sus perros, y el danés que rara vez se le había revelado, en lugar de alabarle había mantenido siempre su mirada desafiante ante él.

Eadfrid ya se había deshecho de su ropa de guerra, y tan solo llevaba una camisa blanca y unas calzas oscuras. Portaba un vaso de cerveza, que terminó

de beber en su asiento, justo cuando el otro hombre apareció en su tienda. Dos de sus hombres le acompañaban, aquellos que siempre llevaba junto a él por su seguridad, situados uno a cada lado de la mesa. Los dos enormes guardianes noruegos, fueron lo primero que atrajo la atención de Hakon. Les miró a ambos, primero a uno, deteniendo su mirada de advertencia un solo momento, y después al otro. Se dirigió a ellos en danés, una lengua que entenderían sin problemas.

—Fuera. —Ordenó.

—¿Cómo te atreves...?

—No hablaré en presencia de estos dos. —Interrumpió Hakon al general. —¿Necesitas a tus perros guardianes para soltarme tus advertencias y promesas de castigo, sin miedo a que me canse de ti, y termine partiéndote la cara? ¿Temes que decida atacarte?

De Sebbi se sintió ridiculizado, tal y como Hakon había pretendido. Le había mostrado tal y como lo que era, un hombre que disfrutaba humillando a hombres inferiores a su condición de general, sirviéndose del poder que le otorgaba su cargo, y la presencia de dos grandes guardianes que siempre le protegían. Eadfrid de Sebbi, solía portar una espada como simple adorno. Hakon le había faltado al respeto, pero enviarle a sus protectores terminaría por confirmar las palabras del otro. Debía mostrarse impasible, como si las acusaciones del hombre no hubieran conseguido ofenderle, y mucho menos intimidarle. Sobre todo, debía ocultar que verdaderamente temía quedarse a solas con aquel hombre que a pesar de no portar armas, no necesitaría demasiado esfuerzo para partirle el cráneo con las manos. Maldito nórdico... Malditos fueran todos... Eran altos como torres y parecían haber nacido con una hoja de metal afilada en las manos. Eran capaces de matar desde su más tierna infancia, y tratar de someterles suponía un esfuerzo que rara vez daba sus frutos. Le temía, pero contaba con que al fin y al cabo, se trataba de un noble, y estos no solían arriesgarse a perderlo todo para acabar con la cabeza seccionada por un hacha sobre un madero sangriento.

Aspiró hondamente y luego pareció calcular la idea un momento. Hakon no iba a armado, y aunque no hubiera necesitado de armas para hacerle daño, esto era algo que en principio le tranquilizaba. Despidió a sus hombres con un lento ademán, mostrándose aparentemente seguro. Y lo cierto era que la cercanía del danés entre la oscuridad de aquella tienda, y sin la seguridad que le proporcionaría la presencia de sus guardaespaldas, le atemorizaba.

—¿Y bien? —Preguntó Hakon, adelantándose un paso, lo cual consiguió

que aumentara el temor del otro. —¿Vas a decirme que debo deshacerme de las danesas? ¿Que vas a denunciar mi conducta al rey? ¿Que piensas apresarme y llevarme hasta él para que decida mi castigo?

—Tu comportamiento...

Hakon se adelantó otro paso, consiguiendo que De Sebbi retrocediera un poco, lo mínimo aún a tiempo de conservar su orgullo intacto.

—Mi comportamiento no ha sido en nada reprochable. Mis dos mercenarios son mujeres, pero perfectamente válidas en la batalla. No he demostrado por ti ningún aprecio desde que te conozco, y nada me obliga a bailar ante tu música. He desplegado mis tropas, cuando tú ordenaste no hacer más movimientos, y hemos salvado a una cantidad considerable de nuestros hombres. Y he abandonado el campo de batalla sin haber esperado que tú lo ordenaras, sí, pero cuando mi espada ya no era necesaria. De haber seguido tus órdenes, ni siquiera lo habría pisado... Si tienes algo más para reprobar, aquí estoy para escucharlo...

De pronto fue como si Eadfrid hubiera recuperado su confianza, mostrándose con la dignidad de un general ante su subordinado, incluso llegó a mostrar una leve sonrisa.

—Sólo puedo reprocharte tu desafiante comportamiento hacia tu general. Suficiente motivo para hablarle a Eduardo sobre ti, y que sea él quien decida tu castigo.

Hakon sonrió también. Asintió admitiendo las razones del otro, y miró hacia un lado de la espaciosa tienda, como si entre sus pensamientos, buscara algo más que decir antes de desaparecer. Y debió llegar a algún tipo de determinación, porque sin haber dicho nada y en dos zancadas de sus largas piernas, llegó junto al general. Ante tan rápido movimiento, Eadfrid fue incapaz de hacer o decir algo, antes de verse cogido por la pechera de su ropa, y elevado hasta encontrar el rostro del danés sobre el suyo. Movié una mano hacia su cinturón con la intención de desenvainar un puñal, pero este le fue arrebatado antes, y de pronto lo tuvo apuntando bajo su mentón.

—Maldito seas... —Susurró la voz de Hakon. —No has dejado de importunarme desde el primer momento, hasta poner incluso a mi propio hijo en mi contra...

Eadfrid intentó luchar para desasirse. Pero sólo consiguió que el puño que le agarraba de la camisa, se clavara con más fuerza en su clavícula, y la punta del acero de su propio puñal se hincara levemente en su mentón. Hakon acercó su rostro de dientes apretados y ojos entornados, aún más al atemorizado

Eadfrid.

—Te rajaría el cuello ahora mismo... Y no lo haré, pero te advierto que si tengo problemas por tu culpa, tarde o temprano terminaré matándote.

Le soltó violentamente sin dejar de mirarle. Luego arrojó el puñal sobre la mesa a la espalda de Eadfrid, y se marchó de allí aparentemente sosegado y como si nada ni nadie le hubieran importunado.

Eadfrid le vio desaparecer todavía lo suficientemente acobardado, como para que su naturaleza perversa pudiera llevarle a verse invadido por la ira. Respiró hondamente y sus ojos azul oscuro, se entornaron una vez logró recomponerse. Pensó que el señor de Coenwalh no dejaba de ser un maldito vikingo, susceptible de ser acusado de traición a su rey... Era cierto que se había criado como un descendiente de nobles ingleses, y que su conducta había sido intachable hasta el momento. Pero no podía ser olvidado que finalmente se trataba de un condenado nórdico, cuyo padre, un tal Leif venido de Dinamarca, no había hecho otra cosa en su juventud que masacrar y destrozarse aldeas inglesas, hasta que se casó con la heredera de Coenwalh. Hakon era al fin y al cabo danés, y como tal acababa de comportarse con su superior. Le dio un manotazo a su vaso vacío, y este cayó al suelo de hierba pisoteada, para rodar durante un breve instante ante su mirada pensativa. De pronto le pareció que la cabeza de Hakon Leifson podría parecerse mucho a ese vaso.

Un día después y mientras el campamento se levantaba para regresar al hogar, Érika lo abandonó con la intención de volver al lugar en el que habían dejado tiempo atrás al pequeño Harald, al cuidado de una soldadera. Tras haberlo meditado durante la noche, terminó aceptando el ofrecimiento de Hakon para pasar el invierno en Coenwalh, y una vez hubiera recuperado al niño, se dirigiría al lugar junto a Liam, quien había insistido en acompañarla. Después de unas horas cabalgando entre caminos boscosos, apareció ante ellos la pequeña ciudad. Les pareció al traspasar la primera muralla, aquella que poco tiempo atrás se había construido ante sus ojos en muy pocos días, que la ciudad también parecía recoger sus bártulos para volver a la normalidad. Decenas de personas se preparaban para abandonar el lugar, y las puertas eran traspasadas sin descanso por jinetes, transeúntes y carros. Entraron en la ciudad con la inquietud de saber que era bastante probable que no lograsen encontrar al niño, y los ojos de Érika escrutaban el lugar entre la gente, a su paso desde el caballo ya agotado tras el largo y rápido viaje. Aunque Bersk había prometido un succulento pago más a la vuelta, para asegurarse de que la mujer cuidaría del niño honradamente, siempre había la

posibilidad de que hubiera terminado abandonándolo, perdiéndolo o quizá, incluso lo hubiera vendido. Érika nunca vio con buenos ojos la decisión de dejar al pequeño en manos de la soldadera. Berks confió porque aquella mujer aseguraba tener hijos al cuidado de su madre, y que ellos eran la razón por la que se dedicaba a seguir al ejército en cada campaña. Aquella soldadera algo madura ya, solía acercarse a Harald para dedicarle alguna amorosa carantoña, porque decía añorar a sus pequeños. La mujer se había hecho demasiado mayor para reclamar un precio aceptable a cambio de sus servicios, y se podía decir que estos eran rara vez demandados y siempre por hombres muy cercanos a la pobreza. Era más que evidente que malvivía en los campamentos, y que el negocio propuesto por Bersk, iba a procurarles una buena cantidad de monedas que la apartarían por un tiempo largo de la prostitución. Mintió al asegurar que se ocupaba del bienestar de sus pequeños, pues era más que obvio que sus pobres ganancias no llegaban ni para sostener sus propios y míseros gastos. Pero era cierto que adoraba a Harald, quizá porque veía en él a sus niños abandonados quién sabía donde y con quién. La idea de recoger una buena suma de dinero, cuando entregara el niño a la madre, debería haber sido suficiente para tratar de mantenerle sano y salvo...

El primer recorrido a caballo por las calles, la inspección de dos tabernas y una casa que según les había asegurado una joven prostituta, se utilizaba como burdel, no les dio una mínima pista. Érika empezaba a asustarse, se inquietaba y eso aumentaba el dolor de su costura en la frente. Sin querer dejar paso a la desesperación y con el deseo de no verse obligada a seguir escuchando las palabras de Liam, que intentaba sosegarla, bajó del caballo y comenzó a buscar a pie en cada calle, incluso entrando en las casas cuyas puertas encontraba abiertas. Preguntaba a la gente y sólo recibía respuestas de hombros encogidos, y desdén, o promesas de ayuda a cambio de monedas que desde luego no serían muy sinceras. Estaba desesperada, y se dedicaba a maldecir a su hermana por haber dejado al pequeño, cuando habría sido de esperar que algo así acabaría pasando. De pronto se detuvo y miró a Liam con determinación. Ambos iban a pie, seguidos de sus caballos tirados por las riendas.

—¿Dónde están tus poderes ahora? —Le preguntó. —¿Puedes ver el destino de mi sobrino?

Liam la miró desconcertado.

—No siempre veo cuando quiero ver...

—Bah... —Le interrumpió ella moviendo una mano con un gesto

desdeñoso, y continuó como si hablara para sí misma. —¿En qué estaría pensando para...?

Continuó su camino y Liam se quedó mirándola apesadumbrado. Ella se detuvo junto a tres niños, y vio que les ofrecía las riendas de su caballo y luego soltaba una moneda en cada una de las manos que ellos extendían. Llegó junto a ellos a tiempo de oírle prometer, que les daría otra moneda cuando regresara por el caballo. Los niños asintieron felices por el negocio propuesto, y Liam terminó haciendo lo mismo, antes de salir tras Érika. La vio caminar entre la acumulación de gente, chocando con unos y con otros, a veces apartando de su camino a cualquiera que le impidiera el paso. Con su capa de pieles y la espada a la espalda, se asemejaba a la vista a cualquier guerrero danés que hubiera quedado abandonado por su compatriotas en terreno inglés, y la violencia que demostraba al caminar, pronto conseguiría buscarle problemas. La siguió entonces con la intención de sosegarla, y consiguió sacarla de entre la gente, tomándola de un brazo tan suavemente como sólo podría hacerlo un hombre como Liam. Se detuvieron a un lado de la calle.

—Acabamos de llegar. —Le recordó él. —Es pronto para empezar a desanimarse y pensar en lo peor...

—¡Nadie conoce a esa vieja bruja en la que mi tonta hermana confió! — Exclamó ella sin dejarle continuar. Luego pareció tranquilizarse, o al menos su voz sonó más calmada a pesar de la desesperación que ya la embargaba. — Nadie a quien preguntamos la ha visto... Ni siquiera las putas... Desde luego, no tenía muchas esperanzas de encontrar al niño, pero empiezo a ver muy claro su destino...

Liam no dijo nada, porque de pronto, algo llamó su atención. Apartó la mirada de ella y sus ojos se dedicaron a rebuscar entre la gente que caminaba a la espalda de Érika. Aún sin haber dicho una palabra, Liam se apartó de su lado y se introdujo entre la maraña de gente tratando de cruzar al otro extremo de la calle. Aturdida, ella se volvió y siguió tras los pasos de Liam, atravesando la atestada vía.

Liam llegó hasta la figura que había llamado su atención al otro lado del trasiego de caminantes. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de una casa de barro y paja. Arrebujado en un trozo de tela raída y sucia, levantaba su ennegrecida manita, encogida por el frío. En su pequeña cabeza había crecido el cabello hasta más abajo de los hombros, y el platino original, se había convertido en un marrón ceniciento. Una sucia carita en la que relucían dos brillantes joyas azules, se elevó para mirar al hombre que se

había detenido frente a él.

—Una moneda, señor...

Fue entonces cuando Érika vio al pequeño y se le partió el corazón. Con una exclamación, se agachó para tomarlo en sus brazos y el niño, que no había tenido tiempo para reconocer a su querida tía, se revolvió gritando, temiéndose tomado por una desconocida.

—Harald... Harald... Soy Érika...

La suave y amorosa voz tranquilizó tanto como sorprendió al pequeño, que dejó de luchar y levantó la mirada hacia el rostro de la mujer. Como si jamás hubiera sentido tanto alivio, el niño rió y chilló de alegría, abrazándose a ella fuertemente, incluso tratando de estirar su malogrado bracito izquierdo. Érika sintió dolor en el pecho y los ojos se le humedecieron, sintiendo el cuerpecito del pequeño que se pegaba a ella como si tuviera miedo a ser separado. Le besó en la sucia cabeza y oyó el sollozo del niño. Cuantos males habría padecido, porque no era solamente la alegría de verla lo que parecía sentir, sino además el alivio de verse rescatado por fin.

—¡Eh, suelta a ese niño! ¡Es mío!

Ante la voz de la soldadera, que no había reconocido a Érika, el niño se agarró más fuertemente a su tía.

La danesa se volvió entonces hacia la mujer que había aparecido por un callejón, y esta al percatarse por fin de quién era la desconocida que había tomado al niño en sus brazos, se volvió como una exhalación y desapareció por el mismo lugar por el que había surgido.

Érika consiguió desasirse del niño, que se agarraba a ella desesperadamente. Le dejó en brazos de Liam a pesar de sus gritos y ruegos por que no le abandonara, y corrió tras la mujer. La gorda soldadera corría levantando sus faldas y casi estaba a punto de abandonar el callejón formado por varias casas humildes, cuando la danesa la atrapó, asiendo fuertemente su capa. Chilló la soldadera cuando se vio girada con violencia para después ser bruscamente golpeada su espalda contra una pared. Su aterrada mirada ascendió para mirar a la alta mujer, que se enfrentaba a ella mostrando unos grises ojos de furiosa loba salvaje. Se vio agarrada de la pechera de su ropa, y unos dolorosos sus nudillos se clavaron contra su pecho. Tembló la mujer aterrorizada, mirando el rostro de ojos de loba que se acercaban a su rostro. Iba a gritar para pedir auxilio, pero Érika sacó el puñal que llevaba a la espalda y la punta se clavó bajo el mentón de la mujer.

—Di algo y lo clavaré un poco más, vieja zorra. —Amenazó.

Se quedó quieta como si se hubiera tratado de una estatua, aunque no pudo controlar los temblores de su cuerpo. Sentía el aguijonazo del frío metal en su carne, y no supo que había entrado en ella, hasta que sintió la diminuta gota de líquido caliente resbalando desde la barbilla.

Érika no disfrutó del miedo de la mujer que apestaba a cerveza, y deseó rebanarle el cuello sin más oportunidad. Al fin y al cabo iba a matarla, y prolongar su agonía no le producía ninguna satisfacción. Odió sus oscuros ojos enrojecidos por la más que segura ingesta continuada de alcohol, pero no dejó de clavar su mirada en ellos.

—Aseguraste que cuidarías debidamente del niño. La madre te dio suficiente dinero para que ambos pudierais vivir cómodamente y... Te has bebido esas monedas y obligas al pequeño a mendigar por las calles, para seguir bebiendo... ¿Cuánto hace que mi sobrino no come algo más que un mendrugo de pan, mientras tú te has puesto gorda?

Intentó la mujer decir algo, pero la punta del puñal se hundió levemente un poco más.

—¿Y aún esperabas cobrar el pago final, al entregar al niño?

Sollozando aterrada, la mujer respondió sin saber lo que decía.

—Oh... Nunca esperé que la madre sobreviviera a la batalla...

Érika no quiso escuchar más de lo que la ebria soldadera tuviera que decir. Apartó el puñal de la barbilla, pero sólo lo hizo para pasar la afilada hoja por la garganta de la mujer, que se abrió suavemente con un rastro primero lento y después como un torrente de rojo. Los ojos aterrorizados antes, parpadearon intermitentes y luego las cuencas se perdieron entre los párpados a medias abiertos. Soltó el cuerpo casi inerte y sin fuerzas, y la mujer se desplomó en el suelo agonizado.

Liam miró la escena horrorizado. Tenía al niño tranquilo ahora entre sus brazos y le hizo volver la cara, apretándolo contra él, para impedir que continuara mirando la terrible escena. Sobrecogido su mirada siguió los movimientos de Érika. Con gran celeridad y totalmente impasible, ella se acuclilló junto a la mujer para limpiar el puñal y la mano cubierta de sangre en las faldas. Luego levantó aquellas faldas descubriendo los gruesos muslos de la mujer, y se dispuso a rebuscar entre las bragas. Las monedas resonaron ante los toques de su mano, y agarró una buena bolsa de la que tiró para después incorporarla a su propio cinturón.

—¿Era necesario? —Preguntó Liam, luchando aún para impedir que el niño pudiera mirar lo que estaba haciendo su tía.

Érika le miró sin comprender mientras envainaba su puñal.

—¿Matarla? —Preguntó mientras se le acercaba para recuperar al niño de sus brazos. —De no haberle servido para pedir limosna, le habría abandonado y ahora estaría muerto. No le ha alimentado, ni le ha cuidado, solo se ha servido de él. Merecía morir, si... —Detuvo su camino y le miró de frente. — Así que ahórrate tus malditos sermones, inglés.

Liam se daba cuenta de lo estúpida que podría haber resultado su pregunta para Érika, cuya forma de aplicar su justicia vikinga no tenía límites. Odiaba que ella a veces le viera como un auténtico imbécil, capaz de perdonar cualquier afrenta. Él habría buscado un castigo para aquella soldadera deshonestamente obvia, pero rajarle el cuello sin ningún tipo de miramientos, le resultaba un tanto desproporcionado. Aún así, decidió que no iba a molestarse en censurarle nada. Estaba harto de mostrarse como un ser demasiado compasivo y tolerante, y que ella terminara burlándose de él. Trató de hacerle creer que ella no había entendido el verdadero significado de su pregunta, y se explicó.

—Ante los ojos del pequeño, a eso me refiero.

Ella se encogió de hombros, y le miró como si fuera un idiota.

—Tú lo tenías en tus brazos. —Respondió indolente. —Podrías haberle tapado los ojos, si tanto te preocupaba. De todas maneras, no es la primera vez que ve un poco de sangre y una garganta rebanada. Ni es algo que no vaya a hacer él mismo en pocos años.

Liam se dio cuenta tarde de que sus intentos habían sido estúpidos y en vano. Dijera lo que dijera, ella siempre le daría una respuesta que terminaría convirtiéndole en un idiota. Pero no se dio por vencido.

—¿Y le robas? ¿Te hace falta el dinero, o es que no puedes abandonar tu naturaleza de saqueadora?

Érika con el niño abrazado a ella, volvió a detenerse y le miró. Ahora sonreía burlona.

—En esta bolsa no hay más que la primera soldada ganada por mi pequeño Harald. Le pertenece y por ese motivo... —Detuvo su explicación, miró al suelo un momento y levantó una mirada de claramente fingido remordimiento. Sonrió irónica. —No, tienes razón. No he podido evitarlo. Guarda bien tu bolsa, amigo... No vaya a ser que mi naturaleza de saqueadora de nuevo se ponga de manifiesto.

Se burlaba de él. Liam se apartó de ella molesto y comenzó a caminar.

—Démonos prisa en abandonar este lugar. Has matado a una mujer.

De pronto el niño dejó de abrazarse a su tía para mirarla a los ojos, y preguntó por su madre. Érika se detuvo entonces y miró a Liam, quien también había detenido sus pasos. Se miraron con un gesto serio e incómodo y ella se dio prisa en responder al niño. Le dio unas suaves palmaditas en la espalda y le abrazó fuertemente.

—Pronto, cariño, pronto. —Respondió.

XVI

Las mañanas ya amanecían gélidas, a pesar de los débiles rayos de sol que hoy lucían a principios del otoño. Las heladas permanecían hasta el mediodía, y el agua del arroyo que todavía corría limpia, pronto terminaría por convertirse en una dura capa de hielo. Maida detuvo su paseo entre los árboles que bordeaban el estrecho paso de agua, y sin dejar de mirar al suelo, se estremeció por el frío. La gruesa capa de lana azul que la cubría hasta la cabeza, no lograba calentar sus hombros lo suficiente, y es que debajo de ella no se había abrigado y además se olvidó de coger unos guantes. Bajó la capucha que le impedía ver con claridad el suelo helado que inspeccionaba, y descubrió una larga cabellera ondulada. Se agachó, dejó su cesta vacía a un lado y sacó de la vaina que colgaba de sus caderas, un viejo cuchillo bien afilado. Le había costado encontrarla, más ahora que las heladas congelaban y mataban las hierbas, pero por fin aparecía ante sus ojos. Se trataba de una planta que utilizaba para elaborar sus remedios contra enfermedades y heridas, ya escasa en esa época del año y que con seguridad necesitaría durante el invierno. Maida era tan despistada que no advirtió a tiempo que algunos de sus ungüentos empezaban a agotarse, justo cuando la época de la recolección de sus ingredientes estaba a punto de terminar. Se esforzaba por ser más eficiente pues dado a su despiste, cometía errores insalvables, y cuando no lo conseguía, se quejaba de haber sido obligada a llevar un peso demasiado grande sobre sus hombros. Dedicaba demasiado tiempo a soñar y a leer, y eso la alejaba de sus obligaciones, que por muchas que hubieran sido, otra mujer habría solventado con eficiencia. Era cierto que era la única en el lugar que había aceptado aprender las enseñanzas de Liam, y que aunque no siempre consiguiera hacerlo del todo bien, resultaba un alivio para todos que hubiera aprendido a sanar.

Hundió la punta del cuchillo en la tierra endurecida por la congelación, y sacó varias plantas de raíz. Sonrió satisfecha porque habría suficientes para sus preparaciones, y se llevó una mano de dedos ennegrecidos por la tierra, a su fría y enrojecida nariz para frotarla. Entonces lo oyó cerca, tras unos matorrales al otro lado del arroyo, y se sobresaltó. Maida se enderezó con el

cuchillo apretado en una mano, y se volvió para descubrir al causante de aquel barullo entre la maleza. Por un momento había creído que se trataría de un animalillo, y del sobresalto pasó al miedo, cuando descubrió al hombre que aparecía tras la vegetación. Un frío hielo de terror la recorrió por dentro, y ahora se daba cuenta de su error al haber abandonado la casa sin compañía, en lugar de haber esperado a que el caballero Sheldon pudiera acompañarla. Estaba perdida. Era un hombre de cabello oscuro, sucio y desgredado. Sus ojos negros se veían hundidos por el agotamiento y muy seguramente, la desnutrición. Sonreía a medias, de una forma que parecía querer transmitir una cierta tranquilidad, a pesar de la impresión que podría causar encontrárselo en aquella soledad. Llevaba una especie de capa de pelo gris sobre sus sucias y acartonadas ropas, que apartó lentamente para mostrar una camisa manchada de sangre seca en un costado.

Maida no atendió a aquel gesto, que tal vez pretendiera tratar de rogar su ayuda. Levantó un brazo y mostró el cuchillo, torpemente y temblorosa hacia el desconocido, y se preguntó si a pesar de la debilidad que parecía invadir a aquel hombre, sería capaz de correr tras ella y alcanzarla.

—No voy a hacerte daño, dulce señora. —Le oyó decir con un leve acento extranjero. —Mira...

Maida frunció el ceño mirando hacia el lugar que él le señalaba bajo su capa.

—¿Me muestras tu espada? —Preguntó aparentemente segura, a pesar del temblor en su voz. —Espada nórdica, por cierto...

—Estoy herido de gravedad. —Se explicó él. —¿Puedes ayudarme?

La joven entornó sus oscuros ojos verdes, y ahora consiguió advertir la negra y abundante mancha de sangre reseca que le mostraban, y que el miedo le había impedido atisbar antes. Luego le miró a la cara ennegrecida por la barba y la suciedad, quizá ahora algo recuperada del susto, y se mantuvo en silencio aún sin dejar de apuntarle con su cuchillo, mientras pensaba si este sería el mejor momento para echar a correr. La palidez y las profundas ojeras en aquel desconocido rostro, podrían explicarse por la abundante pérdida de sangre, pero Maida desconfió.

—Ha... ha... hay dos hombres que me acompañan cerca de aquí. —Dijo balbuciendo.

El hombre soltó su capa lentamente y sonrió casi burlón.

—No hay nadie, hermosa, porque te he visto abandonar el recinto amurallado que hay a tu espalda, y venías sola. —Respondió—. Yo sólo deseo

la ayuda de un alma caritativa. Y tu dulce mirada destila caridad y buenos sentimientos...

Dio solo un paso, y entonces ella no quiso pensarlo más. Se cogió las faldas y echó a correr, sin soltar su cuchillo. *Cielos...* se lamentó asustada. Por muy débil que pareciera aquel hombre, estaba claro que cada una de sus zancadas doblarían las de sus piernas. Corriendo hasta el sofoco, un solo momento se volvió para mirar hacia atrás y le vio caminando tras ella, aunque lo hacía a pasos rápidos y sin necesidad de correr, como si no tuviera prisa por alcanzarla. La muralla de madera que cerraba la casa señorial aún estaba lejos, aunque probablemente algún vigía que no estuviera haraganeando o durmiendo, la vería correr desesperada y alguien iría a rescatarla. Gritó, pero nadie la oiría desde allí, y nuevamente se volvió sin dejar de correr. Le miró de nuevo, y le pareció que estaba más cerca, y cuando dejó de mirarle, tropezó en un charco de barro y cayó. Maida quedó extendida en el suelo, sus ropas, manos y hasta la cara se ensuciaron de barro pegajoso, y sin soltar el cuchillo trató de incorporarse, pero las faldas embarradas se lo dificultaban. Cuando logró incorporarse y ya estaba en pie, el hombre apareció por delante de ella y sorprendentemente continuó caminando hacia la casa, quizá tan rápidamente como lo había estado haciendo mientras se dedicó a perseguirla.

—Vayamos deprisa. —Le oyó decir por delante de ella. —O te resfriarás, y sólo yo tendré la culpa por haberte asustado y obligarte a echar a correr.

Maida se quedó mirando impresionada la espalda del desconocido. Sacudió la cabeza, y luego miró hacia un lado como si no pudiera creer lo ocurrido.

—¡Vamos, dulce doncella, necesitas cambiar esa ropa sucia y mojada cuanto antes!

Volvió a mirarle entonces y descubrió que él llevaba en una mano su cesta de hierbas. Con dificultad por el barro que cubría sus ropas y atónita aún, Maida se recogió las faldas y caminó tras el desconocido, quien se detuvo cerca de las puertas abiertas de par en par, ante el grito de advertencia de un vigía en la torre.

—¡Alto! —El vigía dejó de mirar al desconocido, corrió hasta la pasarela por encima de las puertas, y entonces vio a Maida acercándose. —¿Maida?

Aquello fue una pregunta acerca del desconocido que la esperaba con su cesta en una mano. Maida pasó por delante del hombre con cierta precaución, se detuvo frente a las puertas y luego se volvió para mirarle. Extendió una temblorosa mano hacia su cesta, y sus ojos se clavaron en la negra y agotada

mirada del extraño, quien le devolvió sus hierbas con una tranquilizadora sonrisa.

—Os lo juro... —Dijo ahora dejando de tutearla como al principio. —No soy ninguna amenaza. Mirad...

Apartó la capa para mostrar de nuevo la mancha de sangre que cubría la parda camisa, y ese movimiento alarmó a la mujer, que retrocedió unos pasos.

—¡Eh, buen hombre! ¡Mira la flecha que está apuntando a tu cabeza y apártate de la mujer!

El extranjero levantó la mirada hacia el vigía que ciertamente tenía una flecha a punto de escapar de su arco, y junto a él, otros dos arqueros con la misma intención. Se sintió molesto y cansado y la sonrisa le abandonó un momento, mientras asentía y mostraba sus manos vacías a los hombres. Miró a Maida.

—Dulce señora, la herida que os he mostrado no es mía, lo admito. No estoy herido, y estas ropas tampoco me pertenecen. Fueron de un danés que como podréis deducir, murió desangrado. Si os he mentado respecto a mis *no heridas*, ha sido sólo para apelar a vuestra compasión. La guerra me apartó de mi residencia y hace días que no pruebo alimento. Únicamente os pido un poco de comida, y quizá un rato de buen fuego que caliente mi pobre y aterido cuerpo.

—¿Sois un ladrón de cadáveres? ¿Un carroñero dedicado a desvalijar a los soldados muertos? ¿En qué condiciones estaba vuestra ropa, que preferisteis la camisa de un danés desangrado?

—Vos misma llegareis a la conclusión sin necesidad de mi respuesta. Cómo había de encontrarse mi propia ropa, para verme obligado a llevar estas inmundicias vikingas encima... Mojada y embarrada por la lluvia durante días, señora.

—Vuestro nombre...

—Jack... Jack de Arran.

—Eso está muy lejos de aquí...

Maida no tenía ni idea de donde quedaba aquel lugar, pero el extraño no tenía por qué saberlo. Lo que sí había observado ella, y eso lo sabía con toda seguridad, es que su acento le situaba muy al norte. Se dedicó a examinarle lentamente y sin prisas. Las sucias ropas, botas de mayor tamaño que sus pies, y el aspecto de su rostro revelaba que realmente estaba hambriento y agotado. Finalmente y aunque quisiera convencerse de lo contrario, terminó por sentir compasión.

—Está bien, seguidme.

Respiró hondamente, y alzó la cabeza para mirar a los vigías, que en ningún momento habían soltado sus arcos tensados y apuntando al extraño.

—Viene conmigo. —Les dijo. —Pero cerrad las puertas cuando hayamos entrado.

—Maida...

Ella no atendió a la protesta del vigía y se hizo paso hacia el interior del recinto seguida por el desconocido.

—El lugar está bien provisto de hombres de armas, señor. —Le advirtió mientras caminaban con prisa. —Así que si entre vuestras intenciones se encontraba la de robar o traer a otros como vos, os advierto que deberíais cambiar de plan. —Él no pudo decir nada al respecto porque ella continuó hablando. —¿Qué hacíais en Arran?

—Allí nací, señora.

—Y... Alguna ocupación tendríais...

—Ciertamente... Trabajaba para los monjes como administrador...

Ella detuvo su caminata y le miró desconfiada.

—¿Los monjes no tienen su propio administrador?

—¡Maida!

La joven se volvió súbitamente hacia el hombre que la había llamado, lo cual alivió al desconocido Jack, quien no habría sabido cómo responder a esa última pregunta. Ambos se detuvieron a observar al hombre, que bajaba los pocos peldaños de la casa de piedra y se dirigía hacia ellos. El hombre de corto cabello pelirrojo y perilla del mismo color, tal vez cercano a la cuarentena de edad, caminaba con rápidos pasos acercando su larga y robusta figura amenazante. Jack le miró y tragó saliva sin saber que lo hacía.

—¿Quién es este pordiosero? —Preguntó el pelirrojo y miró a la mujer.

Jack se habría ofendido por aquello que para él resultaba un insulto, de haberse visto enfrentado a un hombre de su delgada complexión. Pero tratándose de un hombretón como aquel, prefirió pasarlo por alto. Además había tenido tiempo últimamente para aprender que el orgullo no le daría de comer, de modo que lo aceptó tranquilo. Sin embargo, no siempre podía mantener su boca cerrada.

—Milord... Permitid que os diga que lejos de ser un simple pordiosero, estáis ante un pobre soldado que quedó solo y abandonado tras una batalla contra los daneses. Veréis... Le he pedido a esta dulce dama un poco de compasión...

—¿Soldado? —Le interrumpió Sheldon con desdén. —Ropas nórdicas, espada danesa... ¿De dónde sales? Más bien me parece que no eres más que un ladronzuelo, que ha estado rapiñando entre vikingos muertos...

—Bah... Sheldon... —Interrumpió Maida esta vez. —Es evidente que no ha comido en varios días y desde luego, no es un danés...

—Tiene un acento raro...

Sheldon *Perilla Roja* inclinó levemente su potente cuerpo hacia el desconocido.

—Del norte, milord... —Se explicó Jack. —Veréis... os entregaré estas armas y si con eso estáis más tranquilo...

El gesto de desenvainar la espada normanda, puso en alerta al enorme pelirrojo por un momento. Sólo un breve instante hasta que se tranquilizó, tomó la espada y después el puñal que el joven le entregaba por los pomos.

—¿Crees que me preocupan estas armas que estoy seguro que no sabes utilizar? Con un simple movimiento que me haga sospechar, podría partir en dos tu corazoncito con esta amiga...

Acarició con su manota la daga enjoyada que descansaba envainada, colgando de su cinturón.

Maida suspiró cansada.

—Ocúpate de que las muchachas le den algo de comer, y di que busquen ropas y calzado de su tamaño. Yo iré a tomar un baño y a cambiar esta ropa.

Como si de pronto el hombretón hubiera advertido las desaliñadas y embarradas ropas que la cubrían, preguntó a qué se debía ese estado y si el extraño era el responsable. Maida volvió a suspirar.

—Encárgate de lo que te he pedido, Sheldon. Y si, no le pierdas de vista, aunque... —Se volvió para mirar a Jack. —Me temo que nuestro amigo no nos ha dicho la verdad, y no viene de ninguna guerra. Pero... No es danés y a nosotros no nos interesa su vida. Que coma, se vista y se marche.

—Gracias, milady.

Jack entró en la casa seguido muy de cerca por el hombre. El agradable calor que invadía la enorme estancia, proporcionado por una gran chimenea en la pared frente a la entrada, acarició su rostro y las manos ateridas de frío. Se despojó de la sucia capa de pieles, y ese suave calor le recorrió desde el cuello hasta los pies, produciendo en él un placentero alivio. Una gran olla colgaba sobre el fuego, en la que hervía potentemente un espeso caldo, donde chapoteaban trozos de verdura y carne, despidiendo un apetitoso aroma a estofado. Su pobre estómago vacío se encogió y rugió de impaciencia, y deseó

correr hacia la muchacha que removía con un cucharón, para apartárselo de las manos y comenzar a engullir el ardiente estofado. Tragó saliva, dejó de mirar hacia la comida y observó inquieto la gran sala. Era bastante espaciosa. Al frente la chimenea, a un lado una puerta que cerraba una estancia contigua, y a otro una escalera que subía al segundo piso. Muy cerca de la escalera, otras dos estancias cerradas con cortinas, y en el centro una gran mesa flanqueada por dos largos bancos, y presidida por un alto sillón. Dos ventanas, una enfrentada a la otra, permanecían cerradas con postigos de madera. Una muchacha se encargaba de la comida, otra cuidaba de dos niñas pequeñas cerca de la mesa, y todos esos pares de ojos observaban al desconocido con atención.

—Perdón, milord... ¿Sería posible probar un poco de ese manjar que cuece en el fuego? —Preguntó Jack con evidente ansiedad.

—Aún le quedan horas de cocción, creo. —Fue la respuesta del hombretón, mientras servía cerveza en un cubilete de barro. —Toma asiento y bebe un poco.

Jack obedeció agradecido y tomó el vaso para vaciarlo de un trago. Aquel líquido le produjo un dulce placer, y tuvo que encerrar un eructo con una mano. Sheldon le ofreció otro vaso. Jack no quería resultar molesto, pero el hambre le obligó a insistir.

—Sabed señor, que no necesito más cocción para encontrar ese estofado como el mejor de los manjares, y que si no es inconveniente, me gustaría probar un poco cuanto antes.

Sheldon asintió hacia la muchacha encargada del cucharón, y esta corrió a por un cuenco que luego llenó de humeante caldo, acompañado de carne y verduras. El desconocido observó atento y con los ojos muy abiertos, todo el proceso hasta que el cuenco llegó a la mesa y fue colocado frente a él. Sin preámbulo alguno, Jack hundió la cuchara que le ofrecieron en el caldo, y terminó quemándose al probar la comida, por lo que se quejó dolorosamente, y se dedicó a soplar con impaciencia. En cuanto le fue posible, y a pesar de las quemaduras en sus labios y en el interior de la boca, Jack devoró la comida con avidez olvidándose de los modales. La muchacha dejó una torta de pan a su lado, y con una mirada él lo agradeció, partió en trozos el pan y sumergió estos en el caldo. Cuando terminó de comer, ante la atenta y casi divertida mirada de Sheldon, su cuerpo fue invadido por un placentero calor, que casi llegó a adormecerle. Aún era incapaz de advertir que varios pares de ojos, no hacían otra cosa que observarle.

—Gracias, milord, gracias...

Sheldon rechazó con un gesto de la mano.

—Dáselas a Maida.

—Si... es encantadora vuestra esposa.

Los oscuros ojos del huésped escrutaron al pelirrojo tras aquellas palabras, que no eran más que una forma de averiguar si la dama pertenecía de alguna manera a aquel hombre. No engañó a Sheldon, al que además llegó a incomodar.

—Maida no es mi esposa.

Jack pareció complacido con esta respuesta, y tanto que ese sentimiento no pasó desapercibido para el otro hombre.

—Ah... vuestra hija... Lo supuse desde un principio, pero no quise ofenderos con mi ignorancia. Como sabéis, muchos hombres de vuestra edad, tienen esposas que podrían ser sus hijas...

Sheldon se echó hacia adelante en el sillón, y sus azules ojos clavaron una amenazante mirada en el joven.

—Ni es mi esposa... ni es mi hija... Ni tiene un esposo, o un prometido que amargue tu placentera digestión. Ni soy el señor de esta casa, ni ella lo es. Ni soy milord, como me llamas. Pero toda esta información que te he dado para que dejes de indagar sobre la dama, es innecesaria para ti, porque cuando el muchacho al que envié a buscar muda y zapatos, regrese... Te marcharás.

Jack asintió comprendiendo. El hombretón se puso en pie con un lento movimiento, y los negros ojos del joven siguieron sus pasos con un gesto desconfiado. Sheldon tomó la jarra de cerveza, se acercó para servir en el vaso del extranjero, y una vez hecho, no se movió de su lado.

—Y ya que eres un metomendoto indagador, permite que yo me tome la confianza de indagar sobre ti. Quizá tengas la cortesía de corresponder así a la hospitalidad prestada por esta casa.

El joven no bebió. Levantó la mirada hacia el hombre, y por primera vez desde que apareció, el sumiso y amable gesto desapareció de sus ojos por un momento. Tal vez el alimento, que ahora se revolvía molesto en su estómago tras haber engullido sin descanso, le había devuelto el orgullo perdido durante tanto tiempo. Los ojos azules se clavaron en aquella mirada que ahora no demostraba la misma docilidad, y un leve gesto de desconfianza se alojó en ellos. Finalmente Jack se convenció de que debía volver a la humildad anterior, deshaciéndose de nuevo de su orgullo, y dejó de enfrentar a la mirada del hombre. Asintió como respuesta. El hombretón se relajó entonces, y se

apartó de su lado para pasear cerca de la mesa.

—Vistes ropas robadas a los normandos muertos, y portas sus armas, aunque no hacen falta muchos conocimientos para saber que no fuiste instruido... No hay más que ver la forma en que desenvainas la espada. Aún así, no pasa desapercibido que tienes finos modales... Olvidándonos de que has devorado la comida como una alimaña, puesto que no has probado bocado en días... hablas como un noble, y sabes tratar con los nobles... —Se detuvo y sus ojos escudriñaron en la mirada del joven. —Tienes buena dentadura, lo cual que indica que fuiste bien alimentado en tu niñez... Pero si fueras el hijo de un noble, serías caballero, algo que ciertamente no eres... ¿De dónde sales entonces? ¿Puedes satisfacerme y darme la solución al acertijo?

Jack de Arran quedó sorprendido por la perspicacia, de quien le había parecido un estúpido hombretón lleno de músculos. Se había dedicado a escuchar muy atento, pero en ningún momento hizo gesto alguno ante cada palabra que oía, que hubiera llevado a Sheldon a descubrir sus pensamientos. Jack se mostró ahora muy seguro y dispuesto a responder.

—Como ya le dije a la dama, era administrador de los monjes. —Respondió—. Recibimos un ataque brutal de los daneses y ante eso, me sentí imposibilitado para defender nada y me vi obligado a escapar. Llevo días vagando y no sé de qué estoy huyendo. Lo único que tengo claro es que estoy solo, y que no tengo a donde ir...

Maida apareció en la escalera por fin. Se había bañado y los rizos de color castaño, que ahora estaban recogidos en una larga coleta, los había secado y cepillado junto al fuego. Llevaba una túnica de lana azul sobre una camisa blanca, y nuevos zapatos de fieltro. Su reaparición no solo alivió al huésped, también alegró sus ojos. Ella descendió por la escalera con una leve inseguridad, que se alivió o eso pareció, cuando llegó junto a la mesa. Había llegado a escuchar parte de la conversación.

—No necesitamos interrogar a nuestro invitado, Sheldon. —Reprobó ella. —Es evidente que ni es extranjero ni es soldado, y que no va a suponernos un peligro. Cuando el muchacho aparezca, os llevará al baño que acabo de utilizar, el agua aún está caliente y podréis lavaros. Imagino que lo estáis deseando...

—Maida...

La voz de Sheldon sonó con una advertencia, que ella calló con un simple gesto de su mano y sin mirarle.

—Después podréis contarnos por qué razón los monjes de los que habláis,

confiaban su administración a un hombre que nada tenía que ver con su orden.

—Es tan simple como lo habéis dicho. —Respondió Jack encogiéndose de hombros.

—Los monjes tienen su propio administrador, me imagino y no necesitan de ningún intruso que se inmiscuya en sus cuentas.

Jack se encogió de hombros de nuevo como respuesta. Esa era su historia, y si a ellos no les encajaba, él no podría hacer nada más.

Maida era ingenua por naturaleza, y era más de esperar que hubiera creído sin lugar a ninguna duda, la historia que el extraño hubiera querido contarles. Además era despistada y nada dada a la observación, y si se empeñaba en desconfiar del extraño debía ser porque su historia, breve y sin demasiado detalle, realmente no le encajaba.

Jack no era un hombre que perdiera fácilmente la facultad de hablar, pero en ese momento se sentía imposibilitado para decir algo más. Podría haber agradecido la sabrosa comida ofrecida y las ropas que iban a traerle, y luego despedirse y librarse de las preguntas de aquellos dos. Pero iban a ofrecerle también un baño caliente, y quien sabía si finalmente, le obsequiarían con un triste suelo en el que dormir junto al fuego esa noche, lo cual agradecería enormemente. Decidió que soportaría sus sospechas al precio que fuera.

Como miraba a Maida y no parecía dispuesto a defenderse de su desconfianza, ella continuó. Maida dejó de mirarle para mirar al pelirrojo.

—Como bien te he oído decir, Sheldon, es obvio que no es soldado, y tampoco un simple ladronzuelo, ni campesino. Habla como un noble, fue criado en la abundancia, y bajo toda esa mugre que le cubre, se evidencian unas manos delicadas, que en lugar de espada se han dedicado a empuñar claramente una pluma. Tiene además una mirada astuta, y me temo que aunque con nosotros ha errado al intentar engañarnos, no se trata de ningún patán. Más bien, señor, yo diría que el hambre adormeció a vuestro ingenio.

—Y todo eso que decís sobre mí... ¿no explica que realmente pueda haber dedicado mi vida a la administración de las propiedades de un monasterio? — Preguntó.

—Podría ser... —Admitió Maida pensativa. —Pero algo no nos cuadra del todo a ninguno de los dos... Tal vez solo sea que tan corteses maneras, resalten demasiado entre tanta mugre como portáis...

Por fin apareció el muchacho a quien habían enviado a buscar la ropa, interrumpiendo las observaciones en voz alta de Maida, para descanso de Jack.

—Bien, señor Jack, el joven os acompañará a vuestro baño.

Asintió el joven y parecía aliviado. Se sentía algo molesto porque había dado suficientes datos a aquellos desconocidos, como para que hubieran quedado satisfechos y dejaran de interrogarle. Pero no lo demostró, siempre con la intención de comportarse amablemente con ellos, y tal vez así, conseguir un poco más de su hospitalidad. Acompañó al muchacho en silencio hacia las escaleras, no antes de haber agradecido con un gesto el deseado baño, y Sheldon no esperó a que les hubiera dejado a solas.

—Bien, Maida, se bañará y se marchará de aquí.

Ella no dijo nada y fue suficiente para hacer saber al hombre que si en un principio esas habían sido sus intenciones, en este momento no lo tenía tan claro. Sheldon resopló molesto.

—Hazme caso por una vez, si no quieres que Hakon nos machaque la cabeza a ambos por una decisión que puede costarnos una desgracia. No sabemos quién es ese hombre, ni qué intención puede tener. Y las hijas de Hakon no deben verse sometidas a ningún peligro, ¿me oyes?

—¿Quién es Hakon?

La pregunta de Jack, quien de pronto se volvió desde el piso superior, sorprendió a ambos.

—El señor de Coenwalh. —Respondió Sheldon molesto por la curiosidad del otro. —El hombre al que ambos servimos y que en pocos días cruzará la puerta de su hogar, tras unos meses de campaña. Alguien que no aprueba la presencia de extraños en su casa, y que desde luego, no querrá verte por aquí.

Asintió comprendiendo.

—He disfrutado de más caridad de la que habría debido esperar. —Dijo. —No os preocupéis, me marcharé en breve.

Fue cuando desapareció que Maida tomó asiento tranquila y miró a Sheldon.

—Dejaremos que duerma en los establos que hay al otro lado de la muralla, allí no supondrá ningún peligro. —Dijo. —No es más que un hombre indefenso caído en desgracia, y que desde luego, puede servirnos de ayuda en Coenwalh.

—Maida... Maida... ¿Ves a esas dos pequeñas que ya no juegan porque toda su atención está puesta en lo que ocurre acerca del desconocido? Hakon las ha dejado a mi cuidado y al tuyo...

Maida miró a Audrey y Sibley, las rubias niñas que aunque aun mantenían sus pequeñas muñecas de trapo en las manos, sobre la mesa, ya no prestaban

atención a otra cosa que no fuera aquella conversación sobre el extraño. Miró entonces a la joven que cuidaba de ellas, una muchacha pecosa de no más de doce años, y con un simple gesto le ordenó que se llevara a las niñas a un lugar más apartado y se dedicara a entretenerlas. A pesar de que no hubo una sola palabra, la niña entendió perfectamente la orden y aunque tuvo que luchar un poco, consiguió llevarse a las pequeñas. Ahora Maida miró a Sheldon.

—No me parece que pueda suponernos ningún riesgo. —Dijo. —Llega el invierno y este hombre no tiene a donde ir. Puede que incluso sus conocimientos, nos sirvan de alguna ayuda.

Sheldon resopló y sus grandes manos se apretaron una a la otra sobre la mesa.

—No puedes recoger a cada alma que vaga por los bosques. Después de esta guerra, te aseguro que no será el único que aparezca rogando un plato de comida y un techo bajo el que dormir. Y no sé qué clase de ayuda se te ocurre que pueda prestarnos este hombre. Además, piensa que llega un duro invierno y en los almacenes que nos mantendrán mientras dure. Nadie mejor que tú misma, sabe con cuantas provisiones contamos para mantenernos, y si no nos beneficiará en nada tener que mantener una boca más.

—Nadie mejor que yo conoce el asunto de las provisiones, como bien has dicho. Soy la administradora de Coenwalh.

—¿Y en qué crees que puede ayudarnos? La mayoría de los habitantes, no haremos otra cosa que permanecer ociosos junto al fuego mientras ahí fuera se congela la nieve.

—Ha dicho que administraba un monasterio, y lo creo. Puede ayudarme en la administración, y así quitarme algo de todo el peso que han echado sobre mis hombros. Sabes que administro las cuentas de esta casa sin ayuda. Que también me ocupo de los deberes de la señora del lugar, hasta el punto de educar a las hijas de Hakon. Y que ahora además, actúo como sanadora y partera. —Suspiró cansada y sus ojos verdes miraron al hombre. —Estoy agotada, apenas encuentro un momento libre que dedicar solamente a relajarme.

El hombre asintió comprensivo.

—Tú misma te ofreciste a llevar todo ese peso...

—¿Qué otra cosa podía hacer? No había nadie en este lugar capaz de asumir esas responsabilidades. Y... y Hakon no ha vuelto a casarse... Una esposa me quitaría al menos el cometido de organizar esta casa.

La voz pareció invadida por un leve tono de decepción, que Sheldon

comprendió muy bien. Bajó esta vez la voz para hablar.

—Esperabas que Hakon te quisiera como esposa, y por esa razón asumiste esa obligación al enviudar...

—Nooooo...

Por más que tratara de negarlo, el hombre había llegado a conocerla lo suficiente. Estiró una de esas manotas y palmeó suavemente las manos entrelazadas de la joven.

—Maida, querida... Tu secreto está a salvo conmigo, no necesitas negármelo. Cuando tu esposo murió y Hakon se hizo cargo de ti como era su deber, quizá pensaste que él acabaría pidiéndote matrimonio. Al fin y al cabo, terminaste asumiendo las labores de la señora de la casa, y tal vez, incluso las de una madre. Es cierto que te ganaste con creces tu lugar aquí, porque además asumiste el cargo del administrador cuando este murió. Y me temo que te esforzaste al máximo por hacérselo ver a Hakon... Y él lo vio, pero solamente el hecho de que te habías convertido en una persona muy necesaria para él... Y nada más... Jamás se ha fijado en ti de otra manera, ni lo hará, puesto que fuiste la esposa de un hombre muy apreciado por él...

—¡No! Puede que antes fuera así, tendré que admitirlo. Pero en este momento mis sentimientos han cambiado.

—Y hasta tal punto, que mientras que en un principio quisiste ocuparte de todo, ahora reprochas a Hakon que tengas que estar obligada a hacerlo.

—No es del todo así. No se puede decir que quisiera asumir todas esas responsabilidades de por vida. Lo he estado haciendo mientras esperábamos la llegada de un administrador y una esposa, ya que él no ha visto en mí nada que le llevara a verme como su señora. Pero esas personas no llegan y yo asumo cada vez más obligaciones. Además, Liam terminó por desaparecer por fin, dejándome con sus cometidos, que no eran pocos...

—Bueno, ahora sabemos que Liam finalmente acudió al lugar en el que Hakon se encontraba, y que vendrá con él para pasar el invierno.

Maida miró sus manos sobre la mesa durante unos momentos de silencio, mientras en su mente se formaba una pregunta.

—¿Crees... crees que Hakon lo sabe? —Preguntó por fin. —Me refiero a mis sentimientos hacia él.

Sheldon calculó la respuesta, y no la miró mientras hablaba pues iba a engañarla. Lo cierto era que llegado el momento en que Maida no encontró respuesta a las dulces miradas que enviaba a Hakon, y creyendo que él necesitaba señales más evidentes para advertir sus sentimientos, ella trató de

hacérselo ver dulcificando aún más su comportamiento hacia el hombre. Habría estado ciego de no haber reparado en ello. Pero Sheldon decidió que no era necesario responder la verdad, menos aun si como ella decía, esos sentimientos se habían ido difuminando y desapareciendo por fin.

—No, no lo creo.

Maida suspiró aliviada, aunque creer en la respuesta de Sheldon no era más que una forma de hacerse sentir mejor a sí misma. Se quedó en silencio, y el hombre no tardó en desviar la conversación para volver al tema principal.

—Bien... ¿Qué haremos con el tal Jack?

—Por seguridad dormirá a otro lado de las murallas, aunque estoy segura de que no es ninguna amenaza. Si consigue nuestra confianza, quizá hayamos encontrado al administrador que Coenwalh ha estado necesitando durante tanto tiempo.

—Has necesitado apenas unas pocas palabras de conversación con él, para tomar esa decisión. —Movi6 lentamente la cabeza con un gesto de indecisi6n. —A m6 no me inspira ninguna confianza. Pero aceptar6 tu decisi6n, aunque te advierto que a la m6nima sospecha no esperar6 a explicaciones. Lo matar6.

XVII

Pasadas casi dos semanas, Jack de Arran continuaba sin admitir que había ocultado buena parte de datos en cuanto a su verdadera identidad. De pronto, el hecho de tratar de adivinar qué les ocultaba, pareció convertirse en la única ocupación de Maida y Sheldon, que además parecía divertirles. Cuando alegaban que era un noble caído en desgracia, y que se avergonzaba por ello, él se enfadaba. Y cuando llegaban a la conclusión de que era un monje que había abandonado a sus hermanos a su suerte, se reía abiertamente como si la idea le pareciera ridícula. Jack tan solo estaba dispuesto a admitir que había sido administrador como bien dijo en un principio, y soportaba más o menos las instigadoras preguntas. Dormía en unas cuadras junto a dos mozos, y solía ser invitado a la mesa en la gran sala para comer. Demostró en aquellos días que sabía leer y escribir correctamente, que tenía amplios conocimientos de cálculo, y que además poseía una extensa cultura. Lo cual no hacía otra cosa que evidenciar que si no había sido criado en un monasterio, pasó buena parte de su vida entre monjes. Ocupaba la mayor parte de su tiempo ganándose el pan que comía cada día, prestando su ayuda a Maida, en cualquiera de todas sus obligaciones. Incluso solía acompañarla a la aldea, cada vez que ella necesitaba desplazarse para atender enfermedades y curas, siempre escoltados por algún hombre de armas, pues Sheldon aún no se fiaba del desconocido.

Llegó entonces a Coenwalh un jinete que anunciaba la inminente llegada del señor con su ejército. Apareció antes del alba, y la casa señorial despertó mucho antes aquella mañana. Maida organizó a la gente rápidamente, y les puso manos a la obra en la bienvenida al señor. Hizo matar un cerdo, pollos y conejos, que serían asados sobre unas brasas en el patio. Sacó varios quesos guardados con celo en el almacén, y en una pequeña estancia construida junto a la casa, que se utilizaba como horno, comenzaron a hornearse tortas de pan y pasteles. Hoy mucha gente sería invitada a compartir la comida con el señor, hombres que le habían acompañado en la campaña y sus familias, por lo que se armaron varias mesas de caballete en la gran sala. Durante toda la mañana el trabajo y la inquietud por el regreso, mantuvieron a la gente moviéndose sin descanso. El sol apenas lucía alguna vez tras las blancas nubes que se

desplazaban sobre el azul del cielo con la brisa. Fue muy cerca del mediodía, cuando esas nubes permitieron unos suaves rayitos de sol, que la larga comitiva apareció a lo lejos, semejando a un hilillo de hormigas.

Todo estaba preparado para el gran acontecimiento, y Maida pudo permitirse unos minutos para cambiarse de ropa y recoger sus rizos para adornarlos con una diadema del mismo verde que su mejor vestido. Supervisó también el atuendo de las niñas, y como era de esperar ya habían manchado sus túnicas y echado a perder los bien desenredados cabellos rubios. Desde que comenzó a vivir en aquel lugar, Maida compartía unos aposentos con las niñas, y ahora junto a Wilda, la muchacha que cuidaba de las pequeñas y una doncella que ayudaba a la mujer a adecentarse, permanecían con la inquietud de no conseguir llegar al patio antes de que la comitiva cruzara el portón de entrada.

—Wilda, Audrey ha arruinado su peinado, ¿no te has dado cuenta? — Regañó Maida mientras una doncella formaba unas trenzas en su cabeza. —Y Sibley... Oh Sibley... ¡Esa túnica tuya! ¿Has estado revoloteando entre la harina? Ponles túnicas limpias, muchacha. ¿Por qué siempre he decirte todo aquello que ya deberías saber tú misma?

Wilda no replicó y ni siquiera se molestó en hacer un gesto, a pesar de que ya había tenido que cambiar a las niñas por segunda vez poco antes.

Ya se oían vítores, caballos relinchando y un tambor retumbando, cuando por fin Maida y las niñas bajaron al patio. Audrey y Sibley chillaron de alegría y apretaron las manos de Maida, cuando vieron la figura de su padre, atravesando a caballo el portón de entrada. A punto de salir corriendo para recibirle, la mujer tuvo que agarrarlas fuertemente y luchar contra sus inquietos saltos. Maida le vio aparecer... Aquel hombre de apariencia nórdica, que si en otras ocasiones su corazón saltaba en el pecho sin descanso, en este momento solo pudo sentir una alegría por verle, tan parecida a la que embargaba a las niñas cuyas manos sujetaba. Se convenció a sí misma entonces de que por fin, su corazón había volado a otro lugar, y eso le hizo sentirse complacida.

Liam cabalgaba junto a su hermano, sonriente y feliz, a pesar de que meses antes había escapado aprovechando la confusión de un ataque danés. No era la primera vez que lo había hecho, ni la primera que aparecía de nuevo, por lo que nadie se sorprendió por su regreso. Pero hubo algunos gestos de dolor, a pesar de la alegría que traía aquel ejército. Nadie olvidaba que cada vez que Hakon traía a su tropa de regreso, un hombre enorme destacaba siempre junto

a él. Un guerrero apuesto, sonriente y alborotador que esta vez no regresaba. Los hombres echaron de menos al compañero Aldwulf y algunas mujeres, jóvenes y maduras, lloraron en silencio su ausencia.

Sveinn, todavía contrariado con su padre y sin apenas dirigirle la palabra, se apartó pronto de su lado, sacando a su caballo de la comitiva para soltarlo y correr a abrazar a las dos pequeñas. Luego saludó a Maida, a quien había llegado a querer como a una hermana mayor. Abrazos y gritos de alegría, besos... llenaron el lugar. Hakon tomó a sus dos pequeñas, una en cada uno de sus brazos y cuando pudo soltarlas, besó la frente de Maida, algo que si tiempo atrás a ella le irritaba por sentirse tratada como una hermana, ahora aceptó acariciando levemente la mano con la que él le tomó de la cara. Los hombres habían desmontado, y se dedicaban a saludar a quienes les habían estado esperando en Coenwalh, mientras que una mujer vestida como un hombre, permanecía a caballo observándolo todo indolente y tal vez incómoda. Maida la vio por fin y frunció el ceño desconcertada, perdiendo su interés por los saludos. Aunque en un principio pensó que se trataba de uno de esos guerreros nórdicos a sueldo, pronto se dio cuenta de que era una mujer. Llevaba pieles sobre sus hombros, lo que le hacía parecer más corpulenta de lo que en realidad era. Una fina tira de tela le rodeaba la cabeza a la altura de la frente, demostrando que estaba herida. Aún sin llegar a creer que pudiera ser una guerrera, pero ya admitiendo que era una mujer, Maida vio el pomo de la espada que asomaba tras uno de los hombros de aquella mujer. Quizá porque era la única que no se dedicaba a abrazar y saludar entre todo aquel barullo, y se mantenía paralizada mientras se dedicaba a observarla, la desconocida de pronto tomó interés en ella y la miró. Aquella mirada de ojos grises consiguió turbar a la dama, que apartó la mirada y deseó que Hakon se viera libre de saludos y así, poder interrogarle sobre la presencia de aquella extraña nórdica.

—Después será presentada, Maida. —Fue la respuesta de Hakon a su pregunta, luego se dirigió a Liam. —Ocúpate de que bajen a Bersk del carro y la sienten a mi mesa. Harald comerá con mis hijas.

Maida sintió que la curiosidad la quemaba por dentro. ¿Quiénes eran esas personas a las que Hakon había mencionado? ¿Quién era aquella mujer que no la perdía de vista aún sin desmontar del caballo? ¿Hakon se habría traído una mujer? Y... ¿Por qué... Maldición, no había podido satisfacer cuanto antes su curiosidad? De pronto, Hakon dejó lo que hacía entre el barullo de gente, y la tomó de un brazo para llevarla con él.

—Tal vez quieras regañarme por traer extranjeros a casa. —Le dijo. —Sé que no te gusta tener a extraños, y que te alteras cuando has de buscar lugar en donde alojarlos...

Maida le miró desconcertada y de pronto se mordió el labio, y miró hacia otro lado huyendo de su mirada. *Hablando de extraños... Pensó. Hablando de Jack de Arran... del cual prefiero no hablarte...*

Sonrió tranquilizadora, y movió la cabeza en un gesto de restarle importancia a cualquier preocupación que pudiera tener por los extraños a los que hubiera traído.

—Estaré encantada de recibir a todo aquel que para ti haya sido importante. Lo sabes...

No, no lo sabía. Hakon la miró aturdido y casi desconfiado, por aquella respuesta que desde luego no era de esperar, y ahora sí que espero acontecimientos.

La mujer por fin desmontó y su gran altura se mezcló entre el barullo, para dirigirse al lugar por el que Liam caminaba llevando a Bersk cogida del brazo sano, pidiendo a la gente que le hicieran paso. Aquello llamó la atención de todos aquellos que no habían visto nunca a estas mujeres, y la algarabía se suavizó. Liam subió la escalinata conduciendo cuidadosamente a la mujer herida, seguido por la otra, que llevaba en sus brazos a un niño de unos cuatro años. Entonces Maida decidió seguirles, con la intención de averiguar por fin quienes eran. Liam ayudó a sentarse a la mujer en un banco, muy cerca del sillón de Hakon, lo cual dio a entender que era alguien importante para él, y la acomodó con un esmerado cuidado. La danesa clavó sus ojos de color violeta en la mirada de Maida, cuando la vio aparecer, haciendo que la joven se sintiera intimidada.

—¿Quién es? —Le preguntó a Liam, como si ella no estuviera allí y tampoco pudiera oírla. —¿La esposa de Hakon?

—Puedes preguntárselo directamente a ella, si tanto te interesa, hermana, y no hacer como si la dama no te oyera. —Fue la respuesta de Érika.

—No. Maida es una hermana para nosotros. —Respondió Liam. —Y no habla vuestra lengua.

Bersk, aquella mujer vestida de hombre y que a pesar de estar dolorida por lo que parecían unas graves heridas, tenía el aspecto de una bestia peligrosa, asintió con la cabeza a modo de saludo. Maida hizo lo propio y creyó haber distinguido un atisbo de alivio en sus ojos. Lo cual le hizo sentirse incómoda.

—Maida... —Liam se volvió para mirarla. —Son Bersk y Érika, y han participado en la guerra como parte del ejército de Hakon... Ya sé que te sorprende... Y este pequeño es Harald, el hijo de Bersk. Hakon les ha invitado a pasar el invierno en Coenwalh.

Pues qué fastidio, pensó sin decir nada, y mucho menos dejó que ese pensamiento se adivinara en su semblante. Asintió ante las dos mujeres, y mostró una insegura sonrisa, que no fue correspondida de ninguna manera.

El banquete se alargó hasta las primeras horas de la noche, en el que las bandejas de comida parecían interminables, y los barriles de cerveza se vaciaban sin medida. Sólo durante unos minutos se ensombreció la alegría, cuando alguien quiso recordar la ausencia de Adwulf, y todos brindaron por él. Aquel momento, Bersk que estaba cansada y dolorida, lo recibió con una cierta incomodidad. No soportaba que siguieran recordándose y parecieran esperar de ella que aún siguiera llorándole, cuando no fue más que su amante. Ella jamás olvidaría a aquel hombre, pero los momentos que compartieron juntos ya los había borrado de su mente.

Llegó el momento en que Maida decidió que era hora de acostar a las niñas, y aunque ellas se negaban a abandonar la fiesta y a su nuevo amigo Harald, finalmente consiguió llevarlas gimoteando protestas, hasta el sillón de Hakon para que pudieran despedirse de su padre. Audrey, de siete años, le abrazó y volvió a cogerse de la mano de Maida, mientras Sibley, de cinco, trepaba por las piernas del hombre. La pequeña se instaló en el regazo del padre, disfrutando de sus caricias, y deseando que le permitieran quedarse junto a él. Entonces Audrey hizo una pregunta a Maida.

—¿Dónde está Jack? No le he visto hoy... Y no hemos leído sus cuentos...

Maida apretó los ojos, incluso la mano de la niña entre sus dedos, y deseó que el griterío que inundaba la sala, hubiera sido lo suficientemente escandaloso como para impedir que Hakon hubiera oído a su hija. Abrió los ojos de nuevo, y como ya esperaba por más que hubiera deseado lo contrario, vio que Hakon la estaba mirando y que esperaba oírle decir algo al respecto. Tan azorada se mostraba por más que tratara de parecer segura, que él advirtió que estaba ocultándole algo.

—Si... Maida, ¿dónde está Jack? —Preguntó.

Jack... Pues había pasado todo el día al otro lado de la muralla, y allí donde Hakon no pudiera percatarse de que un nuevo miembro, se había instalado en su hogar. Tras dos semanas, si no se había ganado del todo la confianza de Sheldon, era cierto que se había hecho un lugar entre ellos, y que

dedicaba algunas tardes a escribir cuentos junto a las niñas, que si tiempo atrás leían torpemente con las mínimas enseñanzas de Maida, ahora eran capaces de tomar una pluma y escribir sus propios nombres. Jack de Arran se había convertido en un apreciado compañero de juegos para las pequeñas. Y Maida no estaba preparada para hablarle a Hakon sobre él.

Suspiró la joven y su gesto serio preocupó al hombre. Él soltó a la niña, tomó a Maida delicadamente de un brazo y la llevó hasta una de las estancias cerradas con cortinas. La mirada de Bersk les siguió hasta verles desaparecer. Allí la puso frente a él y no dijo nada, dedicándose a esperar simplemente, que ella confesara aquello que sin duda, terminaría desagradándole. Maida le miró enfrentando su mirada, y se acarició el lóbulo de la oreja. Este era un gesto que Hakon conocía muy bien, y que siempre le había visto hacer cuando algo le hacía sentirse incómoda.

De pronto advirtió que tal vez habría algo que la libraría de todos sus reproches, y la sería reprimenda, a la que muy seguramente la sometería. Él podría reprobar que hubiera aceptado a un extraño en su casa, hasta el punto de haber puesto en peligro la seguridad de sus hijas. Después se desharía de él sin contemplaciones, y Maida no volvería a verle... Sin embargo, y aunque no pensó demasiado en la idea, pues no había mucho tiempo, Maida llegó a la conclusión de que existía un asunto que por más que desagradara a Hakon, finalmente tendría que aceptar. Quizá era una mentira que debía ahorrarse, y que podría traerle graves problemas más adelante. No lo sabía... Pero de lo que estaba realmente segura era que ni mucho menos, deseaba verse sometida a tan seria reprimenda como le esperaba, para luego ver a Jack de Arran desaparecer de Coenwalh.

—Jack es mi... prometido. —Soltó y tragó saliva.

Hakon frunció el ceño incrédulo. Sonrió a medias y casi llegó a reír, pero el gesto serio de la joven terminó por convencerle.

—Maida... ¿Me estás diciendo que te has prometido a un hombre sin esperar a mi consentimiento?

Miró hacia otro lado y suspiró incómoda.

—Mi esposo murió hace años. —Le recordó. —Nadie me corteja y tú no buscas pretendientes para mí. Tengo la edad de Liam y soy como una mujer santa que se ocupa de tu casa como si fuera tu esposa, pero sin serlo... Me convertiré en una vieja bruja, si no lo remedio cuanto antes.

Hakon sonrió divertido a pesar de todo. Le reprochaba que la mantuviera a su lado, y tal vez también que no se hubiera casado con ella... De pronto pensó

que no era más que una forma de obligarle a que fuera él mismo quien pidiera su mano. Cuando dejó Coenwalh, era evidente que ella estaba enamorada de él, y en tan poco tiempo... ¿se habría enamorado de un desconocido?

—¿Estás segura de que quieres, o de que te conviene ese hombre? — Preguntó. —¿Dónde...? ¿Cómo le has conocido? Y... ¿cuándo decidiste prometerte sin antes contar conmigo? Y lo que es aún más importante... ¿Dónde está ahora y por qué no me ha sido presentado?

—Oh pues... —Apretujó sus manos una contra la otra, y se apartó de su lado para caminar a cierta de distancia. —No lo sé... Mañana te contaré todo.

Hakon se quedó pensativo. ¿Por qué le parecía todo tan extraño?

Para alivio de la joven, aceptó esperar y la dejó marchar, con la promesa de ser informado de todo al día siguiente. Maida acostó a las niñas, y no volvió a aparecer esa noche.

Todavía desconcertado, Hakon regresó a la gran sala y tomó asiento en su sillón. En bancos de madera, Sheldon a un lado, y el viejo Oswald al otro, ocupaban su lugar junto al señor. Recelosa, Bersk se preguntaba qué extraña reunión les habría llevado hacia el otro lado de la cortina, y el gesto azorado de la mujer cuando reapareció, no le pasó desapercibido.

Hakon se sirvió cerveza y se inclinó para hablar con Sheldon, quien no imaginaba lo que se le venía encima.

—Amigo... Entiendo que Maida evite darme algunas noticias que incumbiéndole solamente a ella, puedan desagradarme... Pero tú... ¿A qué esperabas para decirme que se ha prometido a un tal Jack?

Sheldon que mientras bebía imaginaba que la conversación le iba a incomodar, terminó por atragantarse y escupió la cerveza sobre la mesa. Miró a Hakon impresionado, y necesitó un buen rato de silencio hasta que logró recomponerse.

—¿Prometido? —Preguntó, y la inquietud terminó por hacerle reír.

—Eso me ha dicho... E imagino que es un hecho que no te ha pasado desapercibido. Por más que Maida te haya pedido silencio, creo que tu obligación era desoír ese tipo de peticiones.

Sheldon soltó el cubilete de cerveza sobre la mesa y miró hacia otro lado. Qué demonios estaba inventando Maida, y... Por qué... ¡Maldición! Tenía que verse implicado en sus enredos. Volvió a mirar a su señor, pero no se le ocurría nada qué decir y terminó por responder lo único que podría salvarle.

—Maida aquí hace lo que quiere. —Dijo. —Da órdenes como si fuera la señora, y me veo obligado a acatar todo cuanto a ella se le antoja. Y de eso,

amigo... Solamente tú tienes la culpa.

—Ella tiene sus responsabilidades. —Aceptó Hakon. —Pero cada vez que abandono mi casa, quien realmente manda aquí eres tú.

Sheldon volvió a apartar la mirada. Se preguntaba por que la estúpida chica había inventado semejante patraña, y si habría contado que con ello, terminaría implicándole a él mismo, hasta el punto de hacer que se viera sometido a una reprimenda por parte del Hakon.

—Como te he dicho antes... Ella hace lo que quiere. Puedes estar tranquilo en cuanto a la seguridad de tu casa, pues durante todo este tiempo... Quiero decir... Apenas dos semanas que la muchacha ha debido necesitar, para decidir que quería casarse con ese Jack, yo le he mantenido vigilado.

—Tan vigilado que no has advertido sus intenciones hasta encandilar a nuestra Maida... Está bien, ¿dónde está ese hombre ahora, que no comparte nuestra alegría por la vuelta? ¿Y qué clase de hombre es, si es que has tenido que mantenerlo vigilado porque no te fiabas de él?

Sheldon se exasperó por el interrogatorio al que siempre esperó que finalmente se vería sometido.

—¿Por qué no le has preguntado todo eso a ella?

Hakon asintió y bebió tranquilo admitiendo la respuesta del hombre. Mañana sería otro día.

En ese momento, Liam ayudaba a la quejumbrosa Bersk a levantarse del banco, y por lo que parecía, las nórdicas abandonaban la fiesta para ir a dormir.

Había pedido a Maida que buscara un lugar donde alojarlas, y esta les había asignado una cabaña fuera del recinto amurallado, que hasta ese momento había sido ocupada por hombres de armas, que fueron trasladados a otro lugar.

XVIII

Paso a paso y muy lentamente el otoño se fue instalando, y ya apenas se asomaba el sol en el cielo. El tedioso invierno, tan temido no tardaría en llegar. Y con el las lluvias se transformarían en nieve y el frío encerraría a las gentes entre cuatro paredes, junto a un buen fuego. Las copiosas comidas disfrutadas antes, se convertirían en la mejor de las veces en simples potajes, carnes y pescados en salazón, y el peor de los días en gachas y poco más. Las tortas de pan se racionarían, y los dulces apenas aparecerían. Tan solo habían pasado dos semanas desde que el ejército regresó a Coenwalh.

Jack de Arran fue presentado al señor de la casa, al día siguiente de haber conocido su existencia allí. Y Hakon decidió que si Sheldon no podía asegurar que confiara del todo en él, estaba lo suficientemente vigilado como para no suponer ningún problema. Además daba la impresión de ser inofensivo. Y sobre todo, si Maida lo quería allí y como decía, le había convertido en su prometido, Hakon no se atrevería a deshacerse de él, al menos sin motivos.

Ya casi recuperada de sus heridas, Bersk se había convertido en un ser enfurruñado que rara vez acudía a la casa señorial. La indiferencia de Hakon hacia ella, el hecho de que su propio hijo, Harald pasara tanto tiempo con las hijas del hombre, y que Érika soliera acudir a todas las comidas en aquella casa, conseguían exasperarla hasta el punto de hacerle sentir sola y defraudada. La cabaña asignada para las dos hermanas, era un lugar quizá demasiado reducido, pero contaban con todo tipo de comodidades para pasar el invierno. Un buen hogar, una mesa y varios taburetes, dos camas espaciosas... Eran bienvenidas a la hora de todas las comidas, por lo que no necesitaban aprovisionarse de alimentos ni mucho menos cocinar, aunque Bersk siempre se contentaba con las sobras que su hermana solía llevarle. Y seguía sin aceptarlo... Bersk no soportaba que Hakon no la quisiera, y el tiempo pasaba mientras ella acumulaba cada vez más odio.

Una noche de viento, Érika apareció en la cabaña tras la cena. El aire soplaba violentamente, y arrebujada en unas pieles, consiguió llegar a su hogar. Abrió con esfuerzo, se hizo paso hacia el interior y cerró la puerta con fuerza para después asegurarla con una tabla cruzada. Se volvió entonces

hacia el fuego hecho ascuas, que iluminaba tenuemente el lugar y encontró a Bersk esperándola. Estaba sentada en su cama, con las piernas cruzadas, tobillo sobre tobillo y un cubilete de barro en la mano. El cabello rubio enmarañado hasta la cintura, y una simple camisa blanca cubriendo su cuerpo. Érika se hizo paso hacia el interior y su mirada se centró en aquella figura inmóvil, cuyos ojos la miraban con un gesto de dudosa diversión. Se deshizo de la piel que la cubría y corrió para acercarse al fuego y calentar sus manos ateridas. Esperaba algún molesto comentario de Bersk, y trató de mantenerse en silencio para evitarlo. No llegó una sola palabra, pero a cambio escuchó una silenciosa risa. Los ojos grises se alzaron para mirar aquella figura sobre la cama. Observó la imagen y vio entonces el vaso de barro en su mano, y la jarra junto a ella. Los ojos vidriosos le dieron a entender que el líquido del que había estado bebiendo no era nada parecido al agua, y aunque habría evitado una conversación con ella, se dio cuenta de que no podría esquivarla. Empezó a desnudarse... Tal vez podría ir a la cama sin tener que escuchar nada de aquello que amargaba la vida de su hermana. Y se equivocó.

—¿No ha venido mi hijo?

La voz de Bersk con un claro acento de diversión, sonó alterada por el alcohol.

—Harald ha preferido quedarse con las niñas, otra vez. —Respondió Érika mientras se desnudaba. —No he podido negarme puesto que sé que son mayores las comodidades de la casa señorial... ¿Has bebido, hermana?

Bersk soltó una carcajada y volvió a beber, pero no respondió.

—¿De dónde sacas la cerveza? Liam te ha dicho que no mezcles esas bebidas con los brebajes que él te da para aminorar el dolor...

—Liam es estúpido. —La interrumpió. —Y... quizá si pasaras un tiempo más por aquí, te sorprenderías de lo fácil que es conseguir, que los muchachos te hagan llegar lo que te apetezca a cambio de unas monedas. Lo pido y me lo traen.

Érika suspiró y se sentó en su cama frente a la hermana. La miró ahora con interés, y descubrió que el semblante enfermizo que no la abandonaba desde hacía días, parecía haber empeorado. El rostro ceniciento y ojeroso, era evidente a pesar de la poca luz de que disponían.

—¿Has vuelto a vomitar? —Le preguntó. —El vientre... ¿te sigue doliendo? Tal vez deberíamos llamar a Liam.

Érika estaba segura de que la enfermedad de Bersk, no era otra cosa que su continua ingesta de alcohol y la falta de comida, pero repetírselo de nuevo, no

serviría de nada.

Bersk dejó de mirarla y no respondió, por lo que Érika decidió abandonar el tema. Suspiró simplemente.

—Mañana encargaré unos cubos, y una tina para el baño. Necesitamos bañarnos.

Se tumbó por fin en la cama, arropándose hasta la barbilla. Deseó que Bersk hiciera lo mismo y no dijera nada, pero apenas pasaron unos minutos cuando volvió a oír su voz.

—Han de trataros muy bien, a ti y a mi hijo, para que paséis tanto tiempo en esa casa. Y esa pequeña mujer... ¿Ya sabemos si duerme en la cama de Hakon?

Suspiró bajo la ropa que cubría su rostro, y lo hizo irritada. Desde el momento en que Bersk vio a Maida, toda su atención se centró en ella con la seguridad de encontrarse ante una rival, en sus inútiles intentos por conseguir el amor de Hakon. Y ahora, a pesar de que había quedado claro que la joven administradora de Coenwalh estaba prometida a otro hombre, Bersk seguía sospechando.

Érika no respondió, deseaba no volver a oír ningún movimiento y mucho menos algún comentario más, y sólo el leve sonido de los labios de Bersk bebiendo la puso en tensión. Eran tantas las veces, tantas las noches en que no se dedicaba a otra cosa que no fuera comentar con aquella ira retenida, todo lo que tuviera que ver con la indiferencia de Hakon hacia ella. Pasado el tiempo ya debería haber aceptado que él no la querría, ni aun solamente como compañera de cama. Y cuando quizá tendría que haber llegado a esa conclusión y dedicarse a olvidar, parecía que cuantos más días pasaban, más fuerte se hacía su indisposición para aceptarlo.

—¿De veras lo has creído?

Tal y como esperaba, Bersk no se mantuvo en silencio. Érika resopló, pero no se movió ni hizo comentario a aquella eterna pregunta. A Bersk no le importó, era como si no esperase ningún tipo de respuesta y como si tampoco la necesitara.

—A mí no me ha parecido que esté muy clara toda esa historia, sobre el prometido de esa Maida... Es más... pienso que es un invento para quitarse a Hakon de encima, que no hace otra cosa que perseguir a la damita...

El brusco movimiento con el que Érika se incorporó, detuvo las palabras de Bersk. Pero si esperaba que ella se sintiera sorprendida, o al menos advertida de que no conseguiría su atención, se equivocó. Bersk silenció todas

aquellas palabras que escapaban de su mente enfurecida y rabiosa, pero terminó soltando una suave risa que nada tenía de alegre.

—¡Déjame en paz! ¡Estoy cansada de ti!

Bersk rió echando hacia atrás la cabeza, y Érika saltó por fin de la cama.

—Olvida a Hakon de una vez, y asume que no te quiere. Admite ya tu obsesión por él, que no ha hecho otra cosa que obligarle a huir de ti como si tuvieras la peste. No tiene por que soportar todo esto, y terminará cansándose y echándonos de aquí a los tres... —Como toda respuesta, Bersk levantó su vaso haciendo ademán de brindar, y se lo llevó a la boca. —Has tenido tiempo para asumirlo, hermana. No te quieren...

La carcajada de Bersk la interrumpió. Érika sabía que el próximo movimiento o palabra que tuviera para ella, terminaría por enfurecerla. No se equivocó. Bersk soltó el vaso con furia, haciéndolo saltar hasta el suelo cubierto de esterilla, y enfrentó una furiosa y embriagada mirada.

—Eso lo dice mi tonta hermana. —Dijo con los dientes apretados. —Aquella que se empeñó en conseguir el amor de un idiota afeminado, y cuya respuesta al no encontrarlo, ha sido despreciar su presencia y echarlo de su vida, mientras que él no hace otra cosa que mendigarle para que ella le devuelva su amistad...

Soltó aquello como si no existiera otra cosa que más le hubiera gustado decir. Igual que si lo hubiera estado callando para evitarse problemas y disputas, y como si de pronto, no deseara otra cosa. Érika no dijo nada, y Bersk decidió que tenía más cosas que decir, ahora que le pareció que su intención de hacer daño podría satisfacerse.

—Claro que Liam te quiere. Pero igual que si fueras su hermana. Desde el primer momento en que os encontré juntos, fue más que evidente que te habías enamorado hasta el punto, de no advertir que el objeto de tu deseo no era más que uno de esos invertidos, que prefieren siempre a un hombre. Cuando por fin lo has descubierto, no has podido admitir tu torpeza, y te avergüenzas tanto de ti misma, que en lugar de aceptar la amistad que te ofrece le has enviado al cuerno. Parece un perrillo mendigando tu cariño, mientras tú no haces otra cosa que despreciarle... Y todo por que...

Érika terminó de vestirse, se puso una manta sobre los hombros, y Bersk se interrumpió un momento, mientras ella luchaba por abrir la puerta. Antes de que Érika hubiera salido, Bersk consiguió terminar su discurso.

—¡Le odias porque no ha aceptado tu amor!

La puerta se cerró tras una furiosa Érika, y ahora ya en voz baja, porque

nadie oiría o prestaría atención a lo que tenía qué decir, Bersk terminó.

—No eres capaz de admitirlo, y le castigas con tu indiferencia... —Suspiró largamente. —Dos hermanas para dos hermanos... Dos hermanas heridas de amor, que no han conseguido que sus amores las quieran... Y lo que es aún peor... Disparates de la vida, querida...

Se inclinó desde la cama para recuperar con cierto esfuerzo el vaso que había tirado antes al suelo, y volvió a llenarlo de cerveza. Tras un largo trago, continuó.

—A ti el marica no te quiere, y mientras que yo muero por el amor de Hakon, él se muere por el tuyo...

Arrebujada en una capa, Érika luchó contra el aire de la noche para llegar a la puerta de la casa señorial. Abriría y el viento se haría paso hacia el interior, despertando a una docena de almas que dormía desperdigada por el suelo. Tomarse la confianza de entrar en la noche para buscar un lugar caliente donde dormir, tal vez no fuera bien recibido, y aunque lo sabía, la furia a la que la había llevado su hermana, no le permitió pensar. Tal y como esperaba, el viento sopló entrando en la gran sala, y de forma perezosa, algunos de aquellos cuerpos envueltos en pieles o mantas, junto al hogar en el que ardían una buena cantidad de maderos, se incorporaron para reconocer al inesperado visitante. Solía ser habitual que alguno de los habitantes del lugar, hombres de armas, o criados aparecieran en medio de la noche para buscar un lugar más caliente que las cuadras o chozas que ocupaban para dormir, y las murallas estaban bien vigiladas, así que nadie que fuera despertado se sorprendería demasiado. El lugar estaba bien caldeado por lo que sintió un gran alivio, y si en un principio su idea había sido ocupar un lugar en el suelo, junto a todos aquellos que dormían, después pensó que estaban todos tan apretujados y cerca del hogar, que ella quedaría demasiado separada del calor y tendría frío. Además aquellas personas se levantaban antes del alba para empezar con sus labores, y ella no deseaba despertar tan temprano, y tampoco que la descubrieran durmiendo entre ellos. Finalmente decidió que se tomaría la libertad de ocupar la sala contigua, que de seguro, estaría vacía y además disponía de puerta, por lo que encontraría una cierta intimidad. Esta era una sala espaciosa que el señor de la casa, utilizaba sobre todo para sus reuniones privadas, y que se había construido apenas unos pocos años antes. Entró despacio y consiguiendo que la puerta no chirriara, lo que habría servido para que la gente que dormía por allí, desconfiara de su silenciosa entrada en la noche. Cuando cerró tras ella, suspiró tranquilizándose, segura de que nadie la

había visto, y sin imaginar que Sheldon, no perdió de vista todos y cada uno de los pasos que dio allí dentro. Él le permitió que entrara, pero estaría esperando a verla salir de la estancia, para detenerla y averiguar qué le había llevado a ese lugar en la noche.

Por suerte había un hogar, algunos maderos y material para encender el fuego, porque el espacioso cuarto estaba helado. A pesar de que podría haberse limitado a utilizar el lugar para simplemente dormir, no pudo evitarlo y encendió un potente fuego. Puso sus manos cerca de las llamas entonces y por fin se relajó, con el calor que invadió su cuerpo. Bostezó y estiró sus brazos. Hacía días que no dormía plenamente, y ahora que se sentía relajada se preparó para disfrutar de quizá un corto, pero profundo sueño. Colocó unas esterillas hechas a base de juncos cerca del hogar, y arrebujada en su capa de pieles, se tumbó como si fuera un ovillo, cerró los ojos y se abandonó al sueño.

No habría pasado más de una hora, en que durmió tan intensamente como hacía tiempo que no lo hacía Y a pesar de estar sumida en un profundo sueño, oyó el leve siseo de la puerta al abrirse, tan lenta y cuidadosamente como poco antes la había abierto ella. Apenas sus ojos se despegaron y se incorporó bruscamente quedando sentada. Su figura frente al fuego, tan inesperada para el visitante, le hizo dar un respingo deteniendo sus intenciones de entrar. Sólo un momento en que por fin reconoció al ser que veía sentado frente al fuego, se quedó mirándola desconcertado. Sabiendo que la había sorprendido en aquel lugar en el que no debería haber entrado, durmiendo únicamente, se relajó y para evitar que pudieran oírles fuera, entró y cerró cuidadosamente tras él.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó Hakon sin demostrar ninguna molestia.

Ella se puso en pie. Llevaba sólo una camisa que le cubría hasta los muslos, y Hakon observó más de aquella piel desnuda de lo que habría deseado.

—Bersk está insoportable y no me deja dormir. —Respondió ella azorada.
—Debería haber pedido permiso para esto, antes de tomarme la libertad...

—No. Vuelve a acomodarte.

Ella se disponía a recoger las esterillas para volver a ponerlo todo en su lugar, y pretendía vestirse y abandonar la casa. Pero la voz de Hakon la detuvo. Le miró. De pronto fue consciente de la poca ropa que la cubría y tomó la capa para ponérsela sobre los hombros.

—Quizá deberías haber informado de que pretendías pasar la noche aquí.
—Admitió él. —Pero imagino que no lo has sabido hasta que Bersk te ha

hecho abandonar la casa. Vuelve a acomodarte...

Con cierta agitación, pues se sentía avergonzada, ella volvió a colocar las esterillas que le habían servido de colchón y se sentó.

—¿Tú... tampoco podías dormir?

En realidad, no es que necesitara saber si algo le había perturbado en su sueño. Ni siquiera le importaba, pero por simple amabilidad, creyó estar obligada a hacer aquella pregunta. Lo cierto era que sentirse a solas y tan cerca de aquel hombre, la incomodaba sumamente.

Hakon fue hasta un arcón que había junto a una pared, metió una llave en la cerradura y tras levantar la tapa, sacó una botella. Luego dejó caer la tapa sin preocuparse por el ruido que hacía.

—Siempre que regreso a casa, tras algún tiempo de campaña, en el que he debido dormir bajo una simple lona, y con la inquietud de que el enemigo puede aparecer en cualquier momento, pasan días hasta que mi sueño vuelve a ser profundo. —Con una mano tomó dos cubiletes de barro y los puso en la mesa. —Suelo despertarme en la noche varias veces, y me tranquiliza descubrir que estoy en mi hogar, al calor de mi fuego y con la seguridad de una muralla vigilada. —Sirvió vino en los vasos. —Pero hay veces en que no vuelvo a recuperar el sueño en toda la noche, por más que lo intento. Entonces bajo a esta estancia, cojo una botella de vino y bebo hasta que el sueño se apodera de mí.

Érika asintió comprendiendo aquella sensación, pues era algo que solía ocurrirle también. Hakon se inclinó un poco hacia ella para ofrecerle un vaso, que Érika aceptó con cierta intranquilidad. Si la hubiera echado de allí por tomarse la libertad de haber entrado sin ser invitada, lo habría entendido bastante mejor. Pero se encontraba perdida y sin saber muy bien cómo actuar, si él no sólo se lo permitía, sino que además le ofrecía su vino. Significaba aquello que iba a quedarse allí dentro para inquietarla aún más.

Así debía ser, porque tomó asiento cerca en un banco junto a la mesa y dio un largo trago. Ella tomó un leve sorbo, y comprobando que el sabor era muy agradable, bebió un poco más. Le miró apenas un momento, y apartó la mirada rápido. Le vio sentado de perfil, con una camisa hasta las rodillas y una manta sobre los hombros. Él no la miraba, y tomó otro trago tranquilo.

—Puedes sentirte afortunada. —Dijo sin mirarla. —Es tan bueno, que no suelo compartirlo.

Érika sintió que aumentaba su inquietud. Sería distinto a pesar de las situaciones vividas anteriormente con aquel hombre, de no haber llegado a

descubrir que él sentía por ella algo más que un simple deseo de llevarla a la cama. Era una situación agobiante para Érika, y a pesar de ello, cuando él estiró el brazo con la botella, ella le acercó el vaso para aceptar más vino. El silencio entre ambos hacía que su angustia aumentara. De pronto, decidió decir algo que si no tenía demasiado interés, al menos podría sacarla de aquella situación tan embarazosa para ella.

—Hace algunos años, atacamos un monasterio en una pequeña isla cercana a esta. Apenas encontramos oro, en cambio, había tantas botellas de esto, que se nos pasó la furia cuando lo probamos. Jamás he vuelto a saborearlo...

Bebió y el silencio de él, que solamente rió silenciosamente como respuesta, hizo que ella se sintiera aún mas turbada. No volvió a hablar más, pensando que él no deseaba oírle decir nada, pues no estaría allí para mantener una conversación con nadie. Se sintió estúpida, y sólo un momento volvió a mirar el perfil de su figura. El vino calentó su cuerpo, pero no logró tranquilizar su angustia.

—Mañana haré que te instalen en otro lugar, para que no tengas que seguir soportando a Bersk. Me temo que sé perfectamente cómo puede llegar a comportarse esa mujer.

Se le abrieron sus ojos por la sorpresa, y cuando él la miró, ella apartó la mirada.

—No es necesario. —Rechazó muy seria.

—Para mí sí lo es. No quiero que porque ella te molesta y te impide dormir, deba mantener cada noche a un hombre vigilando mi casa, para ver en donde te metes... Menos ahora que ya conoces en donde guardo mi valioso vino...

Ella le miró desconcertada mientras le oía decir todo aquello, y tuvo ganas de protestar y defenderse. Hasta que él la miró por fin, y reconoció por su sonrisa que solamente había estado bromeando.

—Quiero que lo sepas. —Dijo ahora muy serio, su gesto había cambiado totalmente. —Si a Bersk no se le pasa la locura, tendré que hacer algo con ella. Sigue aquí porque temo que si la echo, tú también te irás. Y sólo por esa razón, continúa viviendo en mi casa.

En esas palabras había una clara declaración de su interés por ella, que no sabía muy bien si él había sido consciente de ello. Érika fingió no haberlo entendido. Como no dijo nada al respecto, él continuó.

—Le he soportado más barbaridades de las que cualquier hombre habría permitido. Y su demencia le impide verlo...

Aunque fuera cierto y él tuviera tanta razón, de pronto Érika sintió compasión por su hermana.

—Si no la hubieras metido en tu cama, y te hubieras deshecho de ella cuando dejó de interesarte, esto no estaría pasando. —Le soltó.

Él la miró con asombro primero. Después volvió a servir vino para ambos con cierta parsimonia, como si no tuviera prisa por responder para justificar su actuación con Bersk, que es lo que pensaba hacer.

—¿Es eso lo que ella dice? —Preguntó y la miró fijamente.

Érika no supo responder y él continuó.

—Aquello ocurrió en la intimidad de mi tienda, durante un tiempo. Y aunque es algo que sólo a ella y a mí nos interesa, quizá me apetezca mucho hacértelo saber. —Bebió y dejó el cubilete de barro entre sus dos manos estiradas sobre la mesa. —Por razones que únicamente a mí me conciernen, me negué a hacerle caso durante mucho tiempo, a pesar de cómo se me ofrecía, y finalmente sucumbí. Es una mujer apetecible, y más bien, es una mujer que se parece mucho a otra que a mí me apetece más que ella. La primera vez, ciertamente ocurrió algo. Y luego hubo alguna vez más, hasta que descubrí que aquella mujer tenía deseos más profundos hacia mí que un simple revolcón. Entonces decidí que no habría más de ese amor entre nosotros. Y ella lo aceptó y tan solo se dedicó a dormir en mi cama. Y volvió a dormir conmigo... Y volvió a dormir... Hasta que entendió que sólo compartiría mi cama con ella para descansar en la noche, y únicamente porque no tuve valor para impedirle que viniera a ella, esperando que fuera la misma Bersk quien admitiera que no la deseaba, y decidiera abandonar sus ideas conmigo. Puede que en un principio lo hubiera aceptado de buen grado, o digamos que más bien, me engañó. Terminó por enfurecerse, por reclamarme algo que no estaba dispuesto a darle, y finalmente la eché de mi cama y de mi vida. Tal vez tengas algo que reprocharme por mi comportamiento con tu hermana... —La miró y ella apartó la mirada incómoda tras un largo silencio, en que si Hakon esperaba que ella dijera algo, finalmente no lo hizo. —Yo creo que he sido demasiado generoso y comprensivo, puesto que debería haberme deshecho de ella hace tiempo.

Érika respiró hondamente y se mantuvo en silencio. Sentía que él tenía razones más que suficientes para haberse deshecho de Bersk, sin ningún tipo de consideración y explicaciones.

El silencio se apoderó de la pequeña sala, y sólo se oía el chasquido de los troncos ardiendo en el hogar, durante algunos segundos que fueron eternos

para ella. Cuando por fin él comenzó a hablar de nuevo, Érika se sintió aliviada de poder escuchar algo.

—He sabido que cuando acabe el invierno, piensas buscar un lugar donde construirte una granja...

Érika asintió con un gesto de desconfianza y casi molestia. Aquellos planes que solamente le incumbían a ella, no eran asuntos que quisiera comentar con Hakon.

—Quizá te interese saber que puedo ofrecerte un terreno lo suficientemente espacioso para ello, y además cercano a la muralla de Coenwalh. Esta zona a veces recibe ataques daneses, y es necesario estar situado cerca de la casa, en donde puedes buscar refugio rápidamente llegado el caso...

La miró para saber su opinión. Ella por fin se levantó del suelo y lentamente fue a sentarse al otro lado de la mesa. No se había sentido muy cómoda mirándole desde el suelo, y ahora que la conversación trataba de asuntos que tal vez pudieran interesarle, decidió que debía buscar una posición más adecuada para tratarlos. Le observó desconcertada, como si jamás hubiera esperado aquel ofrecimiento, y además lo tomara con desconfianza.

—¿Ofreces terrenos en tus dominios a todos aquellos que luchan para ti en la guerra? —Preguntó, y le acercó el vaso pidiendo más vino.

Hakon sirvió y comprobó la buena cantidad del precioso líquido que ya habían bebido, moviendo la botella en el aire. Sonrió.

—De haber sabido que lo beberías tan bien, quizá no te habría invitado. —Dijo divertido.

Aunque era cierto que aquel rico vino había empezado a afectarle, ella no hizo aprecio a la broma, lo cual le hizo saber a Hakon, que estaba esperando a recibir una respuesta rápida y no tenía ningún interés en bromear.

—No, no lo hago. —Respondió él.

La miró y ella bajó la mirada hacia su vaso. Aquellos ojos parecieron declararle sus sentimientos, y ella no estaba dispuesta a aceptarlos si es que realmente existían. Hakon comprobó que aquella noche había abusado demasiado de comentarios y miradas, que ella no deseaba ni aceptaba, y decidió regresar a su comportamiento siempre prudente.

—Pero... oí que esos eran tus planes. Quería que supieras que si decides instalarte en Coenwalh, aquí serás aceptada con agrado.

Ella asintió.

—Si decido aceptarlo... ¿seré libre? Me refiero a que deseo ser la única

dueña y señora de mis posesiones, si es que debo comprarlas.

—Pues... me convertiría en tu señor, pero podrás hacer lo que quieras en tus tierras, siempre y cuando pagues tus impuestos, como suele ser lo acordado.

—Lo pensaré entonces.

Hakon asintió, y su satisfacción por la respuesta recibida fue más evidente en el gesto de su semblante, de lo que habría deseado.

—Vuelve a tu cama improvisada entonces. Yo me iré y dejaré por fin que duermas.

Ella asintió con un gesto, era cierto que empezaba a notar los efectos del vino. Iba a ponerse en pie cuando Hakon dijo algo más. Lo más prudente habría sido marcharse por fin y dejarla dormir como ella parecía desear, y no agobiarla más con sus preguntas. Pero sintió que no volvería a tener una oportunidad como aquella, en que la vikinga le aceptaría tan cerca y en soledad.

—Cuando te conocí era más que obvio que apreciabas a Liam, y que él parecía sentir lo mismo por ti...

Detuvo sus palabras, el gesto de Érika le hizo saber que había entrado en un terreno demasiado íntimo para ella, que no querría compartirlo con nadie y seguramente aún menos con él. Hakon sacudió la cabeza, terminó el contenido del vaso y se puso en pie. Masculló una disculpa y se volvió dispuesto a marcharse. Ella se quedó mirándole y de pronto sintió que no teniendo derecho a invadir la casa de aquel hombre, hecho por el que él no le había pedido explicaciones, lo menos que le debía era la oportunidad de terminar aquello que fuera lo que él deseaba decirle. Sólo escucharle, aunque luego no quisiera responder.

—Espera... —Él se volvió lentamente. —Debes disculpar este comportamiento mío. Tú eres amable conmigo, y yo no siempre lo soy. Continúa...

Hakon tomó aire y cerró la manta alrededor de sus hombros. Ahora que se había alejado del fuego, el frío empezaba a apoderarse de su cuerpo. Vio que ella hacía lo mismo, y apreció sus pies descalzos sobre la frialdad de los maderos del suelo.

—Vuelve junto al fuego, o te resfriarás.

Érika asintió agradecida de poder sentarse de nuevo sobre las recalentadas esterillas, y su cuerpo se estremeció por el placer del calor. Quizá el fuego necesitaba ser avivado, y Hakon se acercó con esa intención mientras

continuaba con aquello que le había obligado a quedarse allí.

—Te decía que aprecié una buena y cariñosa amistad. —Dijo sin mirarla, ocupándose del fuego muy cerca de ella. —Y que sé que eso ha cambiado, y que mientras tú huyes de él, Liam no hace otra cosa que sufrir porque te echa de menos. No deseo saber qué es lo que lo ha cambiado, o al menos lo que te ha cambiado a ti, solo hacerte saber que Liam está sufriendo porque tú le has echado de tu lado.

Cuando él dejó el fuego, comprobó que ella se miraba las manos sobre el regazo, y creyó que no recibiría respuesta. Érika huía de su mirada, como deseaba huir de aquella pregunta. No podía decirle que se avergonzaba de sí misma y de su propio comportamiento, algo que ahora le recordaba a la forma en que Bersk se comportaba con Hakon. Que la vergüenza se apoderaba de ella cada vez que veía a Liam, por haberse enamorado de un hombre que jamás podría quererla como mujer, y por habérselo reprochado a él mismo aunque nunca tuvo el valor de decírselo. Que Liam no merecía ese trato, lo reconocía. Que no había hecho otra cosa desde que le apartó de su lado, que mendigar la vuelta a su amistad, también lo era. Pero no habría nada que pudiera hacer, ni siquiera el mismo Liam, para que ella olvidara el bochorno que sentía en su interior.

—No quiero hablar sobre esto.

Hakon asintió acucillado frente al fuego, que ahora ardía con potentes llamas.

—Aunque no quieras hablarlo, me gustaría que supieras que tal vez puedas considerar la idea de olvidar aquello que te perturba, y volver a aceptarle. Cuando acabe el invierno, se marchará a Eire y sé que allí no va a irle del todo bien. Es más... —Se detuvo un momento y Érika apreció un profundo pesar en sus ojos. —Quizá no volvamos a verle. No me importaría que no quisieras acercarte a él, que le despreciaras... Si no supiera que tu rechazo le está haciendo daño.

Érika sintió dolor en su pecho. Tanto como había sentido tiempo atrás cuando reconoció que su amor por Liam, un amor que jamás en su vida había sentido como aquel, no sería correspondido. Ahora ese dolor ya no existía, sobre todo porque lo había disfrazado con el desprecio, que desde luego no sentía sinceramente hacia él. Y más bien, porque había dejado de amarle, pero era cierto que no le despreciaba.

—Quizá y cuando pase un tiempo. —Respondió como lo único que se le ocurría decir.

—Te lo agradezco. Sé cuánto te echa de menos, y cómo sufre por ello.

Hakon se puso en pie para marcharse, y antes de que pudiera decir algo para despedirse, la voz de Érika le detuvo. No habría dicho esto, de no haber bebido tal cantidad de aquel vino tan fuerte.

—¿Por qué te preocupas tanto del sufrimiento de tu hermano, que ya es un hombre? —Preguntó.

Hakon se encogió de hombros, como si aquella pregunta no hubiera necesitado hacerse. A pesar de ello respondió.

—Quizá porque es mi hermano menor. Quizá porque he cuidado de él desde que era un niño, y porque si... Puede que sea demasiado protector con Liam. Lo cual siempre me ha parecido correcto, ya que su madre en el lecho de muerte, me rogó que cuidara de él y nunca he visto el momento de dejar de hacerlo.

—Te comportas con Liam como si se tratara de un niño pequeño, y si no pasa desapercibido que es demasiado delicado, con tu protección haces que aún lo parezca más. Es demasiado evidente que si en un principio da la sensación de que se trata simplemente de un hombre sensible, finalmente se termina advirtiendo que es un... un invertido.

Le costó soltar aquello, sin saber cómo iba a aceptarlo Hakon. Él alzó las cejas, pero luego estas se fruncieron en un gesto de molestia.

—¿Eso es lo que crees? —Preguntó. —Liam no es tal cosa.

Por la ira que habían provocado en el hombre sus palabras, Érika advirtió entonces que podría haberse ahorrado decir todo aquello.

—Pues... Quizá esté equivocada, pero es esa la sensación que da...

—Estás equivocada. —La interrumpió.

De pronto fue como si hubiera decidido que no iba a dar ningún tipo de explicación más, y se volvió hacia la puerta con la intención de marcharse.

Érika se arrepintió de haber sido tan sincera. De pronto se daba cuenta de que no tenía derecho a hacer sus conjeturas sobre la condición sexual de un hombre, que sólo había tenido bondades para ella. Y que mucho menos, podía estar satisfecha de haber herido a su hermano con ello, alguien que la había acogido en su casa de forma tan generosa y amable.

—Espera. —Pidió poniéndose en pie. —No tengo derecho a insultar a Liam. Lamento mucho lo que he dicho... Tampoco puedo tomarme la libertad de criticar tu comportamiento con él, y obligarte a defenderle. Liam me salvó la vida dos veces. Tú me acoges en tu casa y me ofreces tierras... De hecho, me he tomado la confianza de hacer lo que me ha venido en gana, y vengo aquí

a dormir como si no necesitara de tu permiso. Y además me dedico a insultaros a ambos.

Hakon se volvió para mirarla. Daba la sensación de que aceptaba sus disculpas, porque asintió tranquilo.

Érika dejó la piel que la cubría sobre la mesa, y cogió la ropa del suelo para vestirse.

—Volveré a la cabaña que con tanta generosidad me ofreciste, y no abusaré nunca más de tu confianza. —Dijo. —No tengo derecho a...

—No.

Tan solo dijo eso y ella detuvo sus movimientos para mirarle. El fuego doraba sus largas piernas, ahora que no había una capa de piel cubriéndola. La camisa con una abertura que se abría hasta el principio del canal entre los pechos, mostraba de forma generosa más intimidad de la que habría deseado. Hakon observó aquello que se le mostraba, consciente de que la oscuridad y la distancia ocultarían el objetivo de su mirada. Se quedó en silencio, mientras disfrutaba de la visión, que por un momento le había hecho olvidar lo anterior, y Érika que no tardó en advertir aquel interés, tomó la capa de nuevo y se cubrió. Hakon regresó entonces, y su voz sonó algo ronca.

—Puedes quedarte aquí.

Ella asintió con cierta inseguridad, y él de nuevo se dispuso a marcharse. Érika seguía sin explicarse por qué él le concedía el privilegio de disfrutar de aquella estancia, cuando debería haber aceptado su deseo de abandonarla, tras sentirse avergonzada por haberles ofendido a él y a su hermano. No podría aceptarlo sin antes haberle insistido en cuanto lo lamentaba.

—Debes pensar que soy el ser más ingrato que has conocido...

Hakon se detuvo frente a la puerta, apoyando una mano en ella. Tardó un momento en reaccionar a esas palabras, mientras reflexionaba sobre sus propias decisiones ante las acciones de aquella mujer. Se preguntaba si hacía lo correcto aceptando de buena gana que ella utilizara su casa con total confianza, y si era adecuado que ni siquiera se hubiera molestado en prohibírselo o al menos, censurarlo. Si su comentario acerca de las preferencias sexuales de Liam, debería haberle ofendido y convertirse en suficiente motivo para expulsarla de allí. Aunque había dejado claro que se sentía insultado, terminó por restarle importancia, impidiendo que ella abandonara la casa. Que era una mujer que quería para él, aunque no tenía del todo claro que fuera realmente amor lo que sentía por ella, lo admitía. Y si era ese interés amoroso lo que le obligaba a tolerar su comportamiento, quizá

debería empezar a asumir que no estaba actuando correctamente, y que debía empezar a ponerle barreras, al menos hasta que ella, si es que llegaba a hacerlo demostrara algún interés por él. ¿Se estaba convirtiendo, al menos en esa noche en un hombre ciego por ella, o tal vez fue aquel vino que le hacía perder la cabeza? Si lo pensaba bien, Liam se comportaba con ella de una forma similar y sin embargo, no estaba enamorado de ella. Su hermano siempre había defendido que Érika era un ser de buenos sentimientos, y Liam no podía estar equivocado. Hakon respiró hondamente antes de volverse hacia la figura femenina que le miraba iluminada por el fuego. A pesar de que no era más que un bulto envuelto en pieles, cuya rubia cabeza aparecía desgañada, Hakon sentía en ese momento que era lo más deseable que podría presentarse ante sus ojos. Nada le habría gustado más, que ver cómo ella dejaba caer toda aquella ropa en el suelo, y con dulces palabras llamarle a su lado. Debía estar perdiendo la cabeza por esa mujer, que inmóvil y en silencio, esperaba mientras él seguía allí dentro y aún sin decir nada. Se estaba debatiendo, si... Entre comportarse como era debido, dejándole claro que no volvería a consentirle nada que no hubiera pedido antes, o... En realidad lo que más le apetecía era ir hasta ella, besar esos labios que deseaba tanto y esperar que la vikinga le aceptara de buen grado. Pero el vino le engañaba tal vez, porque estaba seguro de que Érika se resistiría al mínimo contacto, y que esa decisión no habría servido más que para echarla de su lado. Y se preguntaba... De qué iba a servirle molestarse en conquistarla, cuando si no estaba equivocado ella era la mujer con pieles de lobo. Cuando la madre de su hermano le hizo saber de su predicción, y le habló de una mujer que pariría hijos de Liam, debía estar refiriéndose a Érika. Y si aquella madre conocía bien la condición de su hijo, pues fue ella misma quien se la hizo saber a Hakon... ¿verdaderamente podría esperar que Liam tuviera hijos? El mismo Liam rechazaba aquella predicción.

La vikinga parecía impacientarse mientras él se debatía en silencio, entre si actuar como debía o perder la cabeza. Hakon era un hombre cabal finalmente.

—Como bien reconoces tú misma, he sido demasiado generoso contigo. No me pesa, y realmente no me importa demasiado que te tomes ciertas confianzas... Pero a partir de ahora, pedirás el permiso debido. En cuanto a Liam, no me interesan tus opiniones sobre él. He debido pensar que estabais lo suficientemente unidos como para que ya hubieras advertido qué es realmente lo que le ocurre. Eso que a ti te lleva a pensar que se trata de un invertido.

Pero si es eso lo que te ha parecido, puedes pensarlo y sentirte satisfecha. Esta noche te he hablado de sus sentimientos, y del pesar que siente porque le rechazas... Lo he hecho porque le quiero, y porque su dolor me duele a mí. Y si... aunque ya es un hombre, le trataré toda la vida como si fuera un niño, o para ti... una niña, quizá. Pero tú haz como si no te hubiera dicho nada y sigue huyendo de él.

—Hakon.

Por enésima vez se volvía hacia la puerta, y ella detenía su intención de salir. Sin embargo, esta vez no se volvió para mirarla, manteniendo su mano en el tirador a punto de abrir.

—No me disculpo porque tenga miedo a perder tu generosidad. —Explicó, y sujetando su capa se acercó a la espalda de él. —He querido tanto a Liam que no lo creerías, y me reconozco a mí misma que aún le aprecio... Si le rechazo es sólo porque... porque me avergüenzo de mí misma...

Hakon se volvió.

—¿Tu vergüenza es porque no soportas haber estado enamorada de lo que tú crees un invertido?

Érika se vio sorprendida por aquella pregunta. Que supiera, únicamente Bersk había sospechado sus verdaderos sentimientos. Y aunque Hakon había estado a punto de estar acertado, no era exacto del todo. Bajó la mirada para huir de los ojos de él.

—No. —Respondió, y sin ser consciente dejó escapar todo lo que realmente sentía. —Le rechazo porque me enamoré de él y no fui correspondida. Porque me obstiné en conseguir su amor, y Liam sólo podía corresponder con cariño. Y me avergüenzo, porque solamente ahora, y mientras observo el comportamiento de Bersk contigo, advierto que yo tampoco quise aceptar que no me amaban.

Respiró hondo Hakon, completamente sorprendido por aquella confesión que jamás habría esperado de la vikinga. Y tal vez, debía reconocer que él mismo la había llevado a verse obligada, o puede que ella hubiera llegado a un momento en que le reconocía como un ser con el que podía sincerarse... O quizá, y más bien... fue el maldito vino, lo que les había llevado a los dos a esa conversación. Asintió y sonrió tranquilizador, pero sin saber muy bien qué decir.

—Dime entonces... ¿Qué es eso que le ocurre a Liam? —Preguntó ella.

Él aspiró hondamente y negó con la cabeza. La tenía tan cerca y en tanta intimidad...

—Eso es asunto de Liam, no mío. Será mejor que le preguntes a él, aunque... Si no te lo ha dicho ya, te recomiendo que no lo hagas.

Iba a marcharse cuando una mano le retuvo tomándole de un brazo. Hakon miró esa mano, que le liberó suavemente, arrepentida quizá por haberse tomado la confianza, y luego se volvió para mirarla.

—Lo siento.

Él no entendió aquella disculpa. Qué extraña e incompresible le resultaba a veces.

—¿Por qué?

—No he debido retenerte... tocarte...

Hakon rió suave y silenciosamente.

—No ha sido tan malo. —Respondió casi divertido. —De hecho...

Tú puedes tocar y retenerme tanto y cuando quieras... Hakon no se atrevió finalmente a terminar la frase, y por suerte, pensó, logró dejarla guardada en sus pensamientos. Aquella mujer era el ser más esquivo, y a veces extraño que había conocido, y uno no sabía muy bien cómo acogería lo más mínimo que se le pudiera ocurrir decirle.

Ella miró al suelo. Ya no oía aquella suave risa, pero estaba segura de cuales habían sido las palabras que él se había guardado en su interior. Y de pronto, no se entendió a sí misma, pues supo que de haberlas oído no le habrían desagradado.

Hakon tomó aire. Pensó que si de nuevo hacía el intento de salir, ella le retendría. No habría nada mejor que pudiera ocurrirle, siempre y cuando, aquella retención sirviera para algo más que para seguir una conversación que a él no le interesaba ya. ¿Por qué no volvía junto al fuego, a su cama de esterillas? ¿A qué esperaba ahí parada y sin mirarle? Se preguntó si debía marcharse y dar por terminada aquella extraña reunión... La tenía tan cerca... Le sorprendía no sólo que se hubiera atrevido a tocarle, cuando por desgracia para él, se sabía el ser más indeseable para ella. Y que ahora no tuviera la necesidad de apartarse de su lado, y se mantuviera tan cerca... Hakon se dedicó a observar el cabello enmarañado, mientras el aroma de la mujer le llegaba tan próximo, y sin que ella se hubiera apartado a pesar del largo silencio. Y de pronto y por primera vez desde que supo de su propio interés por la nórdica, se sintió preparado para ser rechazado de por vida.

Una de sus manos agarró suavemente la capa de piel que la cubría. Como ante ese contacto, no hubo un solo movimiento, se decidió a apartar la prenda del todo y dejar que cayera al suelo. No hubo respuesta, ella seguía mirando al

suelo, y Hakon se sintió tan inseguro como la primera vez que tocó a una mujer. Habría esperado que ante el menor roce de su mano, ella actuara como un animal salvaje, que ataca o huye de la mano del hombre. Pensó que si no lo había hecho ya, no era probable que terminara haciéndolo. Pero le vino a la mente un gato que ronronea plácidamente agradecido por una caricia, hasta que algo le inquieta y sale corriendo después de dar un zarpazo. Estaba seguro de que ella actuaría así finalmente... Y si lo hacía... Al diablo con todo...

Dejó que su propia manta se deslizara hasta caer junto a sus pies, y dio un paso más. A pesar de que Érika seguía inmóvil, él supo que estaba aceptando aquello que él tuviera que ofrecer. La tomó del rostro entre las manos, haciéndolo ascender, y miró fijamente aquellos ojos que ahora sí le miraban. Érika le tomó entonces de ambos brazos, y cuando él creía que iba a ser rechazado, ella levantó el mentón ofreciéndole sus labios. Y Hakon la besó. Primero con la inseguridad de no saber muy bien, si podría seguir haciéndolo, y luego con la avidez de poseer por fin algo que había deseado tanto. Y Érika sintió que por primera vez en su vida, deseaba los besos que recibía. Gimió suavemente, y él no deseó esperar más. La soltó sólo para sacarse él mismo la camisa, y con celeridad, pero sin olvidarse de hacerlo cuidadosamente siempre esperando el zarpazo del gato, hizo ascender con una suave caricia la camisa que la cubría a ella. Luego la alzó tomándola de las piernas por encima de él, y sin dejar de besarla, la llevó hasta aquellas esterillas que antes habían servido de cama. Se estremecieron al sentir el calor del fuego tan cerca, y sólo dejaron de besarse cuando él la soltó en el suelo. Ambos se dejaron caer de rodillas. Con una mano la tomó del cuello para besarla ahora ávidamente, y ella sintió el placer de acariciar el cuerpo endurecido del hombre. Una de sus manos bajó entonces desde el vientre hasta la ingle, y el dorso acarició levemente el miembro encendido. Hakon gimió de placer e impaciencia, cuando aquella mano pasó rozando y sin advertirlo por una cicatriz en el muslo. La mano que portaba la espada que una vez abrió esa brecha, era la misma que ahora la acariciaba...

Y Hakon la tomó de los hombros para hacer que se tumbara, sin saber que tocaba una costura en la piel. Una herida ya curada, que él mismo había provocado con su propia espada, el mismo día en que a él le herían en el muslo.

Ella abrió las piernas, y él se acomodó entre ellas. La luz del fuego iluminó sus cuerpos unidos, en un placentero movimiento. Cuando el placer recorrió el cuerpo de la vikinga, un sentimiento olvidado por su cuerpo

durante largo tiempo, gimió y él la siguió.

Un momento se mantuvo Hakon sobre ella. Aunque durante aquellos breves instantes, siempre había esperado el zarpazo del gato, no llegó finalmente. Sus cuerpos desnudos, calentados por el fuego tan cercano, se separaron por fin cuando él se apartó para dejarse caer al lado de ella. Durante varios minutos en que sus respiraciones agitadas se fueron suavizando, se mantuvieron en silencio. Cada uno sumido en sus propios pensamientos.

Érika disfrutaba del placer obtenido, aún sin llegar a cuestionarse si se había tratado de un simple consuelo, tras un largo tiempo sin haber tenido a un hombre entre sus piernas, o si realmente había disfrutado de un hombre deseado por ella. Hakon que lo había deseado tanto y desde hacía tanto tiempo, se preguntaba si para ella, se habría tratado de una reacción provocada por el vino, o que simplemente le deseó. Respiró hondamente, y volvió la mirada hacia el perfil dorado por el fuego de ella. Érika no se movió y tampoco dijo nada. Hakon sospechaba que cuando la luz del día apareciera, ella volvería a rechazarle, y que ahora lo haría con más intensidad. Se incorporó y la miró. Los ojos grises le miraron entonces, y no había en ellos una expresión que le ayudara a conocer sus pensamientos.

—Vuelvo a mi cama. —Dijo él. —Puedes acompañarme en ella esta noche, o todas las noches que tú quieras. También puedes salir de aquí ahora, y arrepentirte de lo que hemos hecho. Mañana quizá no aparezcas en la primera comida, ni tampoco en la segunda, y asimismo en la cena. No debes preocuparte por nada, porque será para mí suficiente respuesta, y no te buscaré.

Érika dejó de mirarle. Le resultó muy reconfortante saber que él aceptaría todo cuanto ella decidiera a partir de ahora. Pero en ese momento, no era capaz de decir nada. Bersk regresó a su mente como la imagen de una amenaza, que por supuesto, reprocharía furiosa lo ocurrido, y fue invadida por la inseguridad.

Hakon supo entonces que no recibiría otra cosa que silencio y se incorporó del todo. Se vistió, y luego regresó con ella para llevarle su capa de piel, que puso sin cuidado pero suavemente sobre su cuerpo. Se dispuso a salir tras una despedida.

—Buenas noches, entonces.

Érika miró ahora desde suelo su espalda cubierta por la manta, y se incorporó bruscamente.

—Hakon...

Como tantas veces en aquella noche, él de nuevo se detuvo, pero esta vez no se volvió hacia ella.

—Bersk...

Él no dejó que terminara de decir, lo que ya había esperado oír, y ahora sí se giró para mirarla.

—Cometí el error de acostarme con esa mujer, pero no puede robarme el derecho a hacer lo que desee con mi vida, por más que en su locura crea que puede hacerlo. Tampoco a ti puede reprocharte nada, si es eso lo que temes. Si lo hace, esta vez me desharé de ella. La he respetado, pero sólo lo he hecho por ti...

Asintió insegura.

—Liam...

Hakon se encogió de hombros, ahora parecía molesto y los gestos amables de momentos antes habían desaparecido.

—¿Te preocupa lo que piense de esto? —Preguntó él. —Liam me quiere... Te quiere a ti... Y puedes estar segura de que jamás ha querido ni querrá llevarte a la cama, por lo que si estás pensando que se sentirá decepcionado, puedes ir olvidándolo. Pero... ¿es por él realmente, o es por tus propios sentimientos hacia él por lo que tienes dudas?

Ella sintió frío y se cubrió con su capa.

De pronto se sintió irritada por tanto secreto en lo que se refería a Liam.

—Liam me quiere, pero no puede aceptarme como mujer. Y todo me lleva a pensar que es un invertido, y sin embargo, no lo es... ¡Qué demonios le pasa a Liam, que no puedes decírmelo!

La exclamación sonó en voz baja y llena de desesperación. Hakon respiró hondamente. Se preguntaba si toda aquella decepción y sobre todo curiosidad, se debía a que ella seguía enamorada de Liam.

—Pregúntaselo a él, aunque no te lo dirá...

—¡No voy a preguntarle a él entonces, demonios!

Él se encogió de hombros, de pronto sentía que la idea de que ella aún quisiera a Liam, le ponía furioso. Érika se puso en pie con la clara intención de insistir. Pero Hakon habló antes de detenerse a permitir que ella insistiera.

—No chilles, la gente duerme... Y por todos los dioses a los que adores, olvídate de volver a hacerme esa pregunta.

Ella volvió el rostro molesta hacia otro lado, y Hakon supo que no iba a dejarle salir de allí finalmente. Además, dentro de sí mismo sentía la furia que aquella indeseable duda le producía. No pudo evitar la pregunta.

—¿Es simple curiosidad, o es que todavía no asumes la idea de que por más que le ames, nunca serás correspondida? —Preguntó.

Detectó una mezcla de placer por la seguridad de sus palabras, y la irremediable ira con la que habló. Furiosa por ello, no pudo evitar pagarle con la misma moneda.

—Y eso te complace, ¿no es cierto? La seguridad de que él jamás será un rival para ti. —Hakon miró hacia otro lado rechazando aquella idea en silencio, y ella continuó. —Pues sabe, señor de Coenwalh, que el amor de Liam no sería lo único que impediría que finalmente vuelvas a tenerme como esta noche.

Él asintió admitiéndolo tranquilo.

—Pues sabe tú, loba del Norte, que no es más invertido aquel que no es capaz de amarte por más que tú lo ames, que aquella que se enamora de otra mujer.

Soltó aire tras decir aquello, que si no quiso revelar nada concreto, terminó por revelarlo todo. De pronto, ella se sintió invadida por la confusión, y no supo decir nada. Hakon se volvió de nuevo para marcharse, y ella entonces corrió hacia él para detenerle. Le tomó de un brazo y él se giró molesto para mirarla.

—Por Dios... Qué maldita mujer... —Exclamó él en voz baja. —¿Cuando dejarás que salga de aquí por fin?

—Explica eso que has dicho. —Reclamó.

Él se inclinó para mirarla con un gesto burlón, que finalmente no tenía nada de alegre.

—Liam... es... una... mujer. —Recalcó cada palabra que soltaba lentamente, mientras acercaba su rostro al de ella.

Érika enfrentó su mirada y lentamente, de la ira pasó al desconcierto. Le soltó suavemente, y meneó la cabeza incrédula.

—Qué demonios inventas... —Musitó. —¿Tratas de hacerme creer que él es...? ¿Una mujer?

—Efectivamente. —Asintió él. —Como tú misma lo eres.

Érika rió, pero no había alegría en su rostro.

—No sé con qué intención inventas semejante historia, pero llegas tarde... No sólo no parece una mujer, sino que además le he visto desnudo y puedo hablarte de una aparente verga entre sus dos piernas... Y esa de la que te hablo, mostró una evidente erección ante mi cuerpo desnudo.

La seguridad con la que Érika había declarado todo aquello, se fue

difuminando poco a poco ante la firmeza que encontró en el gesto de Hakon. Si pensó que podría sorprenderle y hacer que se olvidara de seguir sosteniendo tan innecesaria y ridícula mentira, se equivocaba. Hakon la miró con toda seguridad y sin sorpresa alguna, haciéndose su sonrisa más evidente, según hablaba ella.

—Si, es cierto... Liam posee el cuerpo de un hombre. Y tal vez, esa verga a la que tanto odia ella misma, sufra erecciones que nada tienen que ver, con el placer de tener ante sí el cuerpo desnudo de ninguna mujer.

Érika meneó la cabeza sin saber qué decir, mirándole con los ojos entornados. Hakon continuó.

—Ahí tienes el secreto revelado, que solamente te he hecho saber, porque confío en que no saldrá de tu boca, y sé que si se lo haces saber a alguien aquí, creerán que estás loca. Y aun así... Si sé que esto, que hasta este momento, solamente Liam y yo sabíamos, se lo haces saber a alguien... Te cortaré esa lengua y vaciaré las cuencas de tus preciosos ojos.

—Puedes vaciar mis tripas y dárselas a los cuervos, si se me ocurre hacer daño a Liam de alguna forma... No habrías dicho nada si no confiaras plenamente en mi silencio, así que ahórrate las amenazas.

Hakon asintió.

—Bien, pues satisfecha tu curiosidad, y satisfecha también mi seguridad... ¿Dejarás por fin que me marche?

Érika se mantuvo pensativa, como si no le hubiera oído hablar.

—No puedo creer semejante historia. —Dijo. —Pero si te acompaño a tu cama... ¿me hablarás sobre ello?

Hakon se molestó.

—Puedes subir si quieres, o puedes dejarme en paz. No te necesito arriba y si subes, será por tu propia comodidad, no porque yo lo quiera y deba dar algo a cambio de tenerte conmigo.

Ella asintió simplemente en silencio, y se mantuvo donde estaba y sin dejar de mirarle, esperando que él saliera por fin para seguirle. Hakon no debió entenderlo, porque se quedó mirándola inmóvil, hasta que ella hizo un gesto con la cabeza señalando la puerta.

—Subamos entonces. —Le dijo por fin.

A pesar de aquellas palabras que parecían admitir que no habría más conversación sobre Liam, bien sabía Hakon que terminaría siendo todo lo contrario. Aún así, y aunque terminara enviándola fuera de su cama, decidió que nada le apetecía más que tenerla tan cerca.

XIX

La primavera del año 895, veintiún años antes, traería más de aquellos demonios del norte a Coenwalh. Otro ataque que no sería el único en ese año, y del que si conseguían escapar y salvar la vida, podrían sentirse aliviados hasta la próxima vez. El poco oro que quedaba estaría oculto, pero todo aquello con lo que contaban en los almacenes, desaparecería. Con un poco de suerte, los barcos serían avistados y el viejo señor de Coenwalh podría escapar y poner a salvo a su hija, que no era más que una muchacha de apenas quince años. Cada año pasaban por el mismo sufrimiento. Un invierno tranquilo, y luego la primavera... Y si aún no había ocurrido nada, habría que esperar a pasar el verano desesperados, siempre vigilando el mar. Pero aunque pasara el tiempo y no ocurriera nada, ningún año se libraban del ataque de piratas daneses. El viejo señor de Coenwalh no estaba dispuesto a seguir soportándolo, y pese a que lo arriesgaba todo y de una vez con la decisión que se atrevió a tomar por fin, pensó que debía apostararlo y encomendarse a Dios entonces. Aquel día, cuando avistaron dos barcos con cabeza de dragón, el señor de Coenwalh puso a trabajar su cocina, haciendo que se asaran docenas de pollos, algunos cerdos y corderos, verduras y panes. Hizo sacar cantidades ingentes de cerveza al patio, y dispuso que colocaran varias mesas en el patio, repletas de bebida y comida. Se vistió con sus mejores galas, e hizo que su hija, su más amado tesoro fuera vestida con la ropa que había guardado con celo durante años para su boda. Todos allí, hombres de armas, campesinos y criados, debían mostrarse también con sus mejores galas, si es que las tenían, o al menos, aparecer de forma presentable. Y pasaron algunas horas de preparativos... Suficientes para conseguir que el patio de Coenwalh, presentara una agradable bienvenida a los visitantes daneses.

Hakon tan solo tenía seis años, su madre había muerto ese invierno, y el padre le había llevado con él en esta aventura. Los daneses llegaron a tierra y se sintieron sorprendidos de no encontrar resistencia en la playa. Así que ya conocedores de la ruta hacia su destino planeado, y con cierta sospecha, caminaron hasta el pequeño señorío de Coenwalh. De camino al recinto amurallado, las calles entre las cabañas de la aldea estaban desiertas, lo cual

les hizo sospechar que las gentes del lugar habrían buscado refugio en el interior de la casa señorial. Pero cuando comprobó el grupo de vikingos que las puertas de la muralla estaban totalmente abiertas, esperaron una segura emboscada. El padre de Hakon detuvo a sus hombres, y sin dar un paso más, todos esperaron algún movimiento, un sonido que les hiciera saber qué estaba pasando. Sin embargo, nada extraño ocurría. Fue en ese momento cuando se detuvieron, que comenzó la algarabía al otro lado de la muralla, algo que les recordó al comienzo de una fiesta. Leif Hakonson, padre de Hakon dirigió a sus hombres hacia el interior del recinto y lo que encontraron, les detuvo sorprendidos. Mesas repletas de comida y bebida, gentes galantemente vestidas, y todos como si estuvieran muy seguramente esperándoles para dar la bienvenida a los vikingos. Aunque daba la impresión de tratarse todo de una trampa, Leif Hakonson se hizo paso hacia el interior de la plaza, escudo y espada en mano, haciendo que sus hombres le siguieran. Su hijo Hakon caminaba junto a él. Nadie chilló o echó a correr como debían haber esperado, y un viejo muy bien vestido parecía dispuesto a recibirles amablemente, con una copa en la mano. Tal sorpresa se llevaron los vikingos, que durante un largo momento se mantuvieron detenidos sin dar un paso más. Fue entonces cuando el señor de Coenwalh les invitó a continuar, con un gesto de la mano y su más agradable sonrisa. Una muchacha de largo pelo negro, que parecía vestida de novia, permanecía junto al viejo, temblando y luchando para no dejarse llevar por el llanto. Daba la sensación de ser la única que se sentía atemorizada.

Di a estos hombres, que están invitados a mi fiesta, y que después quiero ofrecerles algo que va a interesarles...

Aquellas palabras fueron traducidas por un fraile que hablaba el idioma de los daneses, cuando el grupo de hombres se detuvo muy cerca del viejo. En ese momento, la algarabía había dado paso a un silencio lleno de inquietud. Ya nadie estaba dispuesto a seguir con la farsa, que su señor había ideado. Leif, el capitán de aquella expedición quiso saber antes de nada, qué era lo que aquel viejo iba a ofrecerles. Que él supiera, en ese momento todo lo que allí había ya era suyo y de sus hombres. Sin embargo, decidió escuchar al hombre, cuando habría sido de esperar que levantara la espada y le abriera la cabeza, en nada interesado por el ofrecimiento del hombre. Le invitaron a beber ofreciéndole un vaso, que él tomó para solamente mirarlo un momento, y luego devolverlo al señor de Coenwalh con una sonrisa llena de suspicacia.

Bebe tú antes, viejo.

Esa fue su respuesta, y el hombre que trataba de esconder el pánico que sentía, atendió a las palabras traducidas por el fraile y bebió. Comprobado que no había veneno en la bebida ofrecida, el capitán danés rió y bebió.

Señor de Dinamarca, os ofrezco esta mesa a vos y a vuestros hombres, y cuando estéis saciados, os ofreceré algo más. Comed entonces...

El fraile tradujo aquello, y el capitán danés asintió divertido.

Come tú antes, viejo.

Y el pobre hombre comió y de esa forma, quedó demostrado que no había veneno en tan agradable bienvenida. Leif Hakonson dio permiso para comer y beber y se acercó al viejo, tomando a la muchacha de cabello negro por la cintura.

Acepto tu bienvenida porque compruebo que no vas a matarnos con tu comida. Pero si lo que preparas termina siendo una trampa, y aquí dentro aparecen más hombres... Te advierto, viejo... Tengo a la chica lo suficientemente cerca, como para terminar con su vida antes de que intentes hacer algo por ella...

El señor de Coenwalh asintió tranquilo aceptando la amenaza del danés, a pesar de los temblores de su querida hija, que estaba a punto de dejarse llorar por el miedo.

De hecho, señor de Dinamarca, comprobado que a pesar de tu juventud, eres el jefe de esta expedición, igual que te ofrezco mi comida y mi bebida, también te ofrezco a mi mayor tesoro, que es la muchacha a la que tienes contigo...

El capitán danés desconfió aun más. Sonrió a medias un momento, y terminó mostrando una larga sonrisa, por la que algunos de sus hombres rieron divertidos mientras devoraban grandes pedazos de carne asada.

¿Quieres decir, viejo, que a parte de disfrutar de tu mesa, también puedo follarme a la muchacha?

Rió largamente y fue coreado por sus hombres. Continuó hablando, antes de que el anciano pudiera sacarle de dudas.

¿Y todos mis hombres también?

El viejo inglés se apresuró a negar con la cabeza, y el temor fue más evidente en su rostro. Estaba exponiendo a su querida niña, su más amado tesoro, y ahora se daba cuenta de que tal vez y aunque siempre supo que la entregaría a uno de esos animales, nunca pensó que lo que iba a hacer en realidad, sería venderla a un monstruo. La niña gimió por el miedo, pero se mantuvo inmóvil, apresada por el brazo del danés que rodeaba su cintura.

No, has malinterpretado mi ofrecimiento.

Con un gesto de su mano y tragándose su miedo, el viejo le animó a disfrutar de su fiesta. No, el danés no se fiaba, y tan conocida como era la codicia de los nórdicos, lo era también su impaciencia. El hombre no quiso impacientarle más, y le invitó a entrar en la casa entonces. Mientras la fiesta comenzaba en el exterior, los daneses disfrutando de la comida y la bebida, y los habitantes del lugar soportando el terror que estos causaban en ellos, el danés acompañó al señor del lugar al interior de la casa. El pequeño Hakon siguió a su padre, junto con el fraile que les serviría de intérprete. En la intimidad del interior, el señor de Coenwalh ofreció al danés a su propia hija en matrimonio, adquiriendo tras aquella ceremonia el mando del señorío. También ofrecería tierras para los hombres del danés. Y todo eso sería a cambio de defender y cuidar el lugar, de los posibles ataques de sus compatriotas daneses. El negocio fue aceptado de inmediato. Leif podría desconfiar de tan buena suerte, pero tenía claro que el viejo debía estar lo suficientemente desesperado como para haber llegado a esa decisión. Conocía bien el lugar y los ataques recibidos durante años. Esperar a un milagro que acabara con los daneses, o que un día alguien les enviara la suficiente ayuda militar para repelerlos, debía ser un sueño inalcanzable. Se exponía demasiado entregándolo todo a un extranjero saqueador, pero era cierto que ese danés aportaba una numerosa y eficiente ayuda militar, que de seguro lograría repeler los próximos ataques. Además, podrían ser demonios saqueadores, pero estaba claro que sus costumbres cambiarían una vez se hubieran convertido en dueños y señores de sus tierras. El capitán danés cumplió con las expectativas de aquel que ese mismo día, se convirtió en su suegro. Tras su matrimonio con la muchacha, se ocupó de Coenwalh y de sus necesidades, como si se hubiera tratado de su mayor tesoro. Sus hombres aceptaron la idea de tener tierras propias en la isla, y con el tiempo trajeron a sus familias de Dinamarca. Leif Hakonson pronto demostró que defendería y cuidaría el lugar, e incluso consiguió que la muchachita asustada le quisiera como esposo. Nadie advirtió que la esclava pelirroja de Eire, quedó prendada del capitán danés la primera vez que le vio. Tiempo después la hija del señor de Coenwalh, pariría a la primera criatura de su matrimonio con el danés, pero aparecieron problemas y tanto la muchacha como la niña que traía en su vientre murieron. Pasó el tiempo, mientras el vikingo añoraba y sufría la pérdida de la joven inglesa con la que se casó, y terminó por aceptar en su cama a la esclava pelirroja, quien era la curandera y partera del lugar desde

hacía años. De este nuevo matrimonio, no llegaba descendencia... Hubieron de pasar al menos dos años, y la antigua esclava de la casa convertida en señora, quedó preñada. A pesar de que la mujer siempre aseguró que pariría una niña, finalmente aquello que trajo al mundo terminó siendo niño...

Pasaron años... El capitán danés que durante tanto tiempo había cumplido como señor del lugar, murió y dejó a su última esposa a cargo de dos niños. Fue entonces cuando la gente del lugar, ahora que el antiguo señor y el danés habían muerto, perdieron el respeto a la señora del lugar, que no era para ellos más que una antigua esclava, y comenzaron a murmurar sobre ella. Se decía que la extranjera pelirroja era una bruja, que se enamoró del capitán danés la primera vez que le vio, y se empeñó en conseguirle desde ese momento. Que siendo una buena partera, permitió que la muchacha muriera con la intención hacer que el danés se enamorara de ella. Años después, la sanadora sufrió una enfermedad que no fue capaz de curarse a sí misma, y nadie o muy pocos, se molestaron en ayudarla. Una noche llamó a sus hijos. A Hakon que siendo hijo de otra mujer, le había cuidado como si se hubiera tratado de su propia madre, y a su pequeño Liam que ya contaba con siete años. Apenas le quedaba aliento. Era una mujer joven, pero la larga enfermedad la había convertido a la vista en una vieja bruja. Se despidió de Liam, hablándole en la lengua de su país y le hizo salir de la alcoba para quedarse a solas con el hijo de su esposo. Su niño lloraba, pero era poco el tiempo que la mujer tenía para irse, y no le permitió un momento más. Hakon ya era casi un hombre de dieciséis años.

¿He sido una madre para ti, Hakon?

La espaciosa alcoba principal estaba oscura, solamente iluminada por el potente fuego del hogar, en el que día y noche ardían las llamas para conservar el calor y así calentar el consumido cuerpo de la mujer, oculto bajo una gruesa capa de mantas. La ventana estaba cerrada con un pergamino encerado, que dejaba pasar el murmullo del viento otoñal, y muy a lo lejos el aullido de los lobos. Olía a rancio por toda la estancia, tras el largo tiempo de encierro y enfermedad. La irlandesa tenía sus dos brazos extendidos sobre las mantas, y las huesudas y venosas manos blancas como la nieve antes, habían tomado un tono oscuro, convirtiéndose en algo parecido a dos garras azuladas. El largo pelo de color rojo, que en pocos días se había vuelto ceniciento, ahora estaba enmarañado bajo una cofia blanca, que dejaba escapar algunas hebras grises. El precioso rostro en el que lucieron tiempo atrás dos joyas verde esmeralda, se había transformado en algo parecido a una calavera cubierta por una desagradable piel blanquecina. Aunque no habría sido para menos, Hakon no

sintió repulsión por aquella desagradable figura, pues había llegado a querer a aquella mujer que siempre fue una madre para él. Los lloros de Liam se oían al otro lado de la puerta, y luego los golpes de sus puños, hasta que alguien debió llevárselo de allí, porque se oían sus gritos y protestas cada vez más lejanos. La mujer de aspecto de vieja bruja, pareció encogerse por el dolor de oír la desesperación de su hijo, y luego miró al muchacho que se sentaba en la cama a su lado. Ella volvió a hacer su pregunta, y el chico asintió con dolor en los ojos. Había perdido antes a su madre cuando no era más que un niño, y aún lamentaba profundamente la muerte del padre pocos años antes. Perder a esta mujer, pese a que pocos en Coenwalh la habían respetado cuando murió su esposo, y sabía de todo aquello que se comentaba sobre ella, le dolía inmensamente. Ella movió una huesuda mano sobre las mantas. No le tocaría con esa espantosa garra, si él no lo deseaba, y aquel gesto fue suficiente para que Hakon tomara aquella mano entre las suyas.

Si he sido una madre para ti, puedo irme satisfecha entonces. Me voy cuando no es mi momento, y padezco esta enfermedad porque he de pagar aquí antes de enfrentar a los dioses que me esperan con sus castigos. No he sido buena, Hakon...

El chico meneó la cabeza negando aquello como cierto, y ella no le permitió decir nada. Acarició su mano y miró hacia el resplandor del fuego frente a ella, mientras parecía sumirse en sus recuerdos.

He hecho cosas malas... Fui bendecida con el poder que los dioses otorgan sólo a unos pocos, y aunque me he servido de ello para ayudar a todos cuanto lo necesitaban, también lo utilicé para hacer el mal. Todo empezó cuando aquel apuesto danés, tu padre, cruzó la puerta de Coenwalh armado y seguido por un pequeño ejército. En aquel momento decidí que deseaba ofrecerme a él, a pesar del daño que venía a causar en este lugar. Pero se casó con aquella pobre muchacha que de no haber sido por mi maldad, habría parido hermanos tuyos, y tal vez hoy estaría viva... Hakon, aquella jovencita traía una criatura enredada en la placenta, habría muerto de todas formas, y sin embargo, es un contratiempo que yo sabía resolver. Soy una buena partera, lo era en ese momento... Pero ahora te confieso que la dejé morir, porque sabía que su esposo, el hombre del que yo me había enamorado, estaba encaprichado y ciego de amor por la jovencita. El dolor que le embargaba por la pérdida de su esposa, me llenaba de ira, y tras un largo tiempo que a mí me pareció suficiente para haber superado el duelo, intenté acercarme a él. Me rechazó y creo que habrían pasado años, y

habría seguido haciéndolo. Incapaz de soportar su rechazo, decidí servirme de mis conocimientos y le atraje hasta mi corazón, con conjuros de amor. Siempre debiste creer que tu padre me amaba, él también debió pensarlo sin advertir jamás que le había hechizado. La gente de Coenwalh no me ha querido nunca como señora, y es que siempre sospecharon lo que había ocurrido en realidad. Aquel amor que no era puro, fue condenado por mis dioses, y me negaron la maternidad. Habían pasado dos años, y ninguna criatura bendecía nuestro matrimonio... Cualquiera hombre habría acabado rechazando a una esposa que no era capaz de darle un hijo, pero tu padre... Leif estaba embrujado y no me lo reprochó, ni siquiera le dio importancia, o tal vez, el encantamiento le obligaba a concedérmelo todo. Yo quería... necesitaba darle al menos un hijo a mi amado señor.. Quería tener una hija, una niña que heredaría mi poder para ver más allá de lo que todos podéis ver, y que aprendería de mis artes. Así que fui a implorárselo a mis dioses... No muy lejos de aquí, hay una antigua construcción de enormes piedras, donde le hablo a la “Oscura Señora” y ella me atiende. Y me concedió lo que le supliqué, aunque yo sabía que aquella concesión tendría un alto precio. Los dioses se burlaron de mí, y volvieron a castigarme... No nació mi preciosa hija, aquella niña de Dinamarca y Eire, que yo esperaba... En cambio nació un niño... Liam, mi amado Liam... Decidí entonces que debía conformarme, y le quise de igual forma... Mi esposo era feliz. Yo no imaginaba aún que la diosa se había burlado de mí. ¿Recuerdas cuando Liam rechazaba la compañía de los niños, y gateaba hasta donde las niñas jugaban con sus muñecas de trapo? ¿Recuerdas aquella vez, cuando lloraba y se preguntaba por qué era la única niña que debía vestir como los hombres? Quería llevar bonitas túnicas como las mías... Cubrí su boquita con una mano para impedir que siguiera diciendo esas cosas, y ambos, tú y yo guardamos el secreto... En ese momento advertí el castigo que me habían enviado los dioses. Me habían concedido a la niña que pedí, pero me la dieron en el cuerpo de un hombre. Recordarás cuando tu padre le regaló espadas de madera y quiso que comenzara su instrucción. Liam odiaba aquello, pero yo ya le había hecho entender que algo no había salido bien, y que deberíamos vivir con ello. Ambas sabíamos que era una mujer, pero no tendríamos otra opción que llevarlo en secreto. Ella trataría de vivir como un hombre, mientras yo la instruía para desarrollar la capacidad de entender sus propias visiones, y le enseñaba el arte de la curación. Muero cuando es demasiado pequeña, sin tiempo para instruirla, y me temo que

pasará toda su vida sin saber descifrar las visiones que vengan a su mente para terminar atormentándola.

El muchacho atendía incrédulo a las palabras de su madrastra, escuchando la debilitada voz que trataba de aprovechar el poco tiempo del que disponía, para marcharse sin haber olvidado ninguna de las revelaciones que quería hacer a su hijastro. Poco a poco Hakon comenzaba a entender el extraño comportamiento de su hermano, que siempre le había irritado y confundido.

Recordarás cuando tú mismo tratabas de adiestrarle en el arte de la espada... Cuando todavía y ya que empiezas a ser un diestro soldado, intentas que aprenda de tus enseñanzas, y él se niega a hacerlo... Los demás niños se burlan de él a escondidas, y sé que le llaman “El invertido”. Sé que has golpeado a más de uno de esos niños, e incluso a los muchachos de tu edad, cuando les has sorprendido mofándose de tu hermano. Como también sé que tú mismo no soportas su actitud, y terminas golpeándole porque no desea ser instruido... Y porque te avergüenzas de él...

El chico se estremecía de pensar en aquello que para él era una total aberración. Miró fijamente a los ojos de la mujer, que se apagaban poco a poco, y la interrumpió.

¿Puede eso ser cierto? ¿Puede ser Liam una mujer? ¿Y esa criatura no puede haber salido del infierno?

Ella esbozó una leve sonrisa.

Ese infierno del que te hablan, mi niño... Como ese dios único, y el Valhalla de tu padre no existen...

¿Y tu diosa, esa Señora Oscura, si?

Suspiró y sintió dolor en el pecho la moribunda, antes de responder a la atenta pregunta del muchacho, que creería todo cuanto aquella mujer que era la única madre por la que recordaba haber sido amado, le dijera.

Yo al menos la veo... Pero son muchas mis peticiones y revelaciones contigo, y tengo poco tiempo... Lo sé, porque ya veo a aquellos que vienen a buscarme... No, no intentes ver a nadie, cariño, tú no puedes verlos. Tampoco te asustes. Solo escucha... Intenta instruir a tu hermano, al menos lo suficiente para que el resto del mundo le vea como el hombre que creen que es. Que coja la espada, si, pero no trates de convertirle en un soldado, porque nunca lo será. Ya ha comenzado su interés por mis artes, y a partir de ahora aprenderá solo. Permite sus partidas al bosque en soledad, en donde los dioses le hablaran y aprenderá a escuchar y a utilizar al bosque. Pero esto no lo olvides... Ulidia, la isla que me vio nacer cerca de Eire, le

está reclamando, y no tardará mucho en querer atender a esa llamada. No lo permitas, no dejes que se vaya de aquí. Escucha... él creerá que allí le esperan otros como nosotros, gente que podrá enseñarle todo lo que no puede aprender por su propia cuenta. Y no es eso lo que le aguarda allí. Hakon... anoche miré al fuego del hogar y vi a Liam, que siendo ya un hombre se arrojaba al suelo ante un charco inmenso de sangre para lamerlo. ¿Sabes lo que eso significa? Cuando una madre lame la sangre del suelo, está recogiendo la derramada por su hijo muerto. Un niño amado por él morirá. Tras esa visión que no había buscado, traté de ver en mis pensamientos el futuro que le espera. Hakon, vi dragones surcando las olas del mar... Vikingos en Ulidia... Y Liam apareció en aquella visión... Allí la muerte le tomará por la espalda, y un hacha separará su cabeza del cuerpo. No tiene sentido que viaje a Eire para encontrar ese final, y no creo que haya nada que se pueda hacer para cambiar el desenlace. Jamás le hagas saber lo que te he dicho, porque saberlo le hará mal, pero impide de la forma que sea, incluso cuando ya sea un hombre, que se marche de Coenwalh. No nació para sufrir y morir prematuramente, sino para atender a las necesidades de los demás. Y eso es lo que debe hacer. Esta mañana, cuando la única criada que aún me atiende, ha atizado el fuego y unas potentes llamas han invadido el hogar, he visto en su mismo centro a una loba blanca que se acercaba caminando. Luego ha salido del fuego y ha caminado hasta mi cama. La he visto trepar de un salto a los pies del colchón, para tumbarse dócilmente a mi lado. Cuando he tratado de estirar mi mano hacia ella, la loba ha saltado de la cama y se ha vuelto hacia el fuego para desaparecer de nuevo en él. Entonces se ha convertido en una mujer con pieles de lobo y una espada en sus manos, que se alejaba caminando. "Normanda, vuelve..." Le he gritado. Y ella se ha vuelto levemente para mirarme con una triste sonrisa. Las pieles que la cubrían se han retirado en su vientre, y he visto su preñez...

Hakon se apartó un poco de la mujer, mirándola asustado. De pronto era como si aquella horripilante visión que antes le había parecido hermosa a pesar de todo, se volviera tal y como realmente era. La mujer sintió que la debilidad se hacía más fuerte, y el tiempo se acababa. Tomó de nuevo la mano del muchacho, y trató de sonreír para tranquilizarle.

Atiéndeme, cariño, porque se me acaba el tiempo y debo dejar en tus manos la vida de mi pequeño antes de irme. No me temas, ni temas lo que te cuento... Siempre he sido buena contigo y te he querido, y tú a mí...

Hakon que de pronto había advertido el olor a rancio, sintió que poco a poco se iba convirtiendo en un dulce aroma a lavanda, el aroma que siempre acompañaba a aquella mujer, que se hacía intenso ahora y que quedaría para siempre en el recuerdo del muchacho.

He sabido que esa loba del Norte amará a Liam, y que si él consigue amarla, será la mujer que acepte la verdadera condición de mi hija. Y sí... ella le dará hijos. Esa mujer me dará nietos, hombres supongo, porque he sabido que mi poder y el de Liam se perderán para siempre, pero al menos no morirá de forma tan horrible. He visto parir a la loba cuando llegaba el Ocaso. Sin embargo... la diosa ha entrado en forma de cuervo por esa ventana...

La ventana está siempre cerrada por el pergamino, madre... No ha podido entrar ningún cuervo.

La mujer asintió concediendo, pero sin tiempo para dar importancia a las dudas del chico.

La diosa se ha convertido en mujer y me ha dicho esto... “No podrás impedir el destino ya escrito de tu hija, mujer. Pero sabe que cuando la loba descubra que no parirá más cachorros y la oigan aullar a la luna su pena, el tuyo estará a punto de devolverme la sangre que presté para que pudiera existir.”

Suspiró y cerró los ojos después. El chico la miró y sintió el dolor de haberla perdido, pero aquella mano que sujetaba entre las suyas, se movió levemente. La miró, huesuda, venosa y azulada, y la vio como la mano más hermosa que hubiera tocado. El aroma a lavanda se hizo intenso y fresco, transportándole a una inmensa pradera de colores verde y morado. La mano le acarició con un suave y leve movimiento, y Hakon volvió a mirar a la mujer. Los ojos ya cerrados, y la boca se abrió para susurrar unas últimas palabras.

Cuida de mi Liam, y siempre recuerda cada revelación que te he hecho. Cuando vuelvas a verla, mira en sus ojos fijamente... Verás a la mujer que es. Te he amado, dulce Hakon...

XX

Hakon jamás olvidó aquella noche, en que la única madre a la que recordaba, abandonó la vida. Todas las revelaciones que trató de tener presentes y recordar siempre, tanto como aquel aroma a lavanda que jamás le abandonaría. Fue aquella noche, cuando dejó a la mujer y bajó a la gran sala para informar de su muerte, y encontró a Liam sujeto por quien ahora era el viejo Oswald. Entonces Liam con los ojos encharcados en lágrimas, detuvo su llanto para mirar al hermano, y este atendiendo a las palabras de la madre, miró atento aquellos ojos del color de la miel. Lo que vio en ellos, le trastornó por un momento... No era un niño quien lloraba, sino una dulce niña desolada por la muerte de su madre. Pasaron al menos dos años, hasta que el muchacho le hizo saber a su hermano pequeño que conocía su secreto, y le habló de las confesiones de la madre, omitiendo tal y como ella le había insistido, el desenlace que tendría su viaje a Eire.

Hakon cumplió durante todos aquellos años con las peticiones de la mujer. Trató de instruir en la espada mínimamente a su hermana, y le permitió dedicarse a aprender las artes de la curación y los poderes de las plantas. También atendió a sus visiones, que si no solían ser efectivas pues el mismo Liam no siempre llegaba a comprender todo aquello que llegaba a su mente, al menos hubo veces en que sirvieron para guiarles en sus decisiones. Y tal y como la mujer suplicó, por más que Liam, siendo ya un hombre pedía su aprobación para viajar a Eire con la intención de buscar a esas gentes que podrían instruirle, Hakon se lo impidió. Cuando Liam escapaba, el hermano mayor salía en su busca y lo devolvía a casa, frustrado sobre todo por no poder explicarle la razón, y más aún porque nadie en Coenwalh podía comprender aquella obstinada obsesión por negárselo.

Ahora y en aquella misma alcoba, ya pasada más de una década, Hakon revivió ese momento en el que no le gustaba sumergirse demasiado. El fuego ardía bien alimentado por troncos de madera, y sentado en su sillón frente al hogar, él mantenía su mirada fija en las llamas, recordando la visión de la loba. Durante un largo silencio, desvió la mirada desde esas llamas hacia la rubia cabeza de la mujer, que había permanecido largo rato sentada en unas

pieles a su lado, y que también mantenía la mirada en el fuego. Había llegado la medianoche, y aún estaban despiertos.

Finalmente ella le había seguido hasta su alcoba, con la clara intención de interrogarle sobre Liam, por más que él se negaba a revelarle nada más. Cuando abrieron la puerta de aquella habitación contigua a la gran sala, para luego salir en silencio, Sheldon todavía despierto y simulando dormir, que había visto entrar primero a la vikinga y luego a su señor, ahora se sorprendió de verles subir juntos a la planta de arriba. Se asombró inmensamente, pero terminó encogiéndose de hombros y decidió que si la intrusa ahora estaba debidamente vigilada por su señor, él podría dormir por fin tranquilo.

Hakon no la habría invitado a acompañarle, para otra cosa que no fuera dormir y sobre todo, dejar de hablar. Pero ella no parecía dispuesta a consentir que el tema fuera zanjado. Era cierto que una vez en la alcoba, le siguió a la cama desnuda, y quien sabía por que, pero deseó volver a sentirse besada y acariciada por él, lo cual sorprendió gratamente a Hakon, quien atendió con placer a sus demandas. Esta vez el juego de caricias y besos fue más largo y satisfactorio para ambos, y fueron como dos lobos devorándose mutuamente de la forma más placentera. Un momento en que Hakon la tuvo sobre él, miró aquellos ojos grises que parecían desearle con avidez, y el recuerdo de la loba le dolió en el pecho. La tomó del mentón para hacerla descender hasta sus labios, y la besó largamente, consiguiendo una agradable respuesta que le ayudó a olvidar a aquella loba. Si Érika era la loba, como había empezado a sospechar tiempo atrás, ella le pertenecería a Liam y no a él.

Más tarde y tras un largo rato de descanso bajo las mantas, él salió de la cama y tomó asiento frente al fuego. Érika le siguió y sin decir nada, se sentó a su lado sobre unas pieles. Pasó un largo rato de silencio, mientras Hakon recordaba la noche en que murió la madre de Liam, y Érika trataba de asimilar la confesión hecha por él apenas una hora antes. *Liam... es... una... mujer...*

Ella suspiró cansada, de pronto molesta por tanto silencio mientras cientos de preguntas se agolpaban en su cabeza, y sabiendo de antemano que no serían respondidas. Alzó la mirada para verle, y lentamente los ojos de él descendieron para enfrentar a los grises ojos. Sabía que habría preguntas que no deseaba responder, y mirándola comprobó que parecía indecisa y como si no encontrara la forma de comenzar a hablar. A pesar de aquella leve molestia que empezaba a invadirle, Érika no encontró otra cosa en su mirada que un gesto en el que se detectaba una dulce satisfacción. Dejó de mirarle, y él supo

que entonces oiría su voz.

—No es posible que Liam sea una mujer... No sé con qué intención has dicho algo así... Pero al menos, si tú lo crees... Si él lo cree...

—Basta. Es Liam quien debe explicártelo si es que lo desea, no yo. —Su voz sonó serena y sin un rastro de molestia. Se puso en pie y fue hasta la cama. —No sé en qué estaría pensando cuando lo he dicho. Pero te advierto que será mejor que lo olvides. Has subido hasta aquí con la clara intención de interrogarme sobre ello. ¿Creías que dándome placer conseguirías la respuesta que buscas?

Érika se levantó de las pieles tranquila, y no se ofendió por la pregunta.

—He subido porque deseaba tenerte de nuevo. —Respondió con tanta sinceridad que sorprendió a Hakon. —Pero es cierto que necesito que me convenzas de que me has mentado, o que me expliques qué significa eso sobre Liam.

Hakon entró en la cama, cubrió su cuerpo desnudo y acomodó las almohadas en silencio. Ella llegó hasta allí, y se instaló junto a él sin necesidad de una nueva invitación. El calor de la piel masculina le resultó tan agradable que pegó su cuerpo contra la espalda que él le ofrecía, y Hakon tomó aquel contacto con placer.

—Hakon...

—No.

—Escucha antes... Me gusta la forma en que me tratas. ¿Es por que me quieres, o serías así con cualquier mujer con la que solamente quisieras fornicar?

Hakon no dejaba de sorprenderse por tanta sinceridad. Se volvió en la cama y la miró. Sonrió y miró aquellos dos ojos grises que esperaban una respuesta con total paciencia.

—Sé que te quiero para mí. —Respondió—. Y quizá te trato de la misma forma que trataría a cualquier mujer, por la que sintiera un interés más allá de un simple revolcón. Pero también es cierto, que por el momento, no me he dejado perder la cabeza para entregarle mi amor a alguien, que no sé que busca de mí... ¿Simplemente fornicar porque le apetezco en este momento? ¿La verdadera respuesta a una confesión que no debí hacer antes?

—Perdiste la cabeza al venir a buscarme al campamento de mi padre aquella vez. —Recordó ella. —Quisiste recuperarme y pusiste tu vida en peligro...

Él dejó de mirarla un momento y asintió admitiéndolo.

—Te quiero para mí desde el momento en que crucé con mi mano, esa cara de loba peligrosa y herida, que me había pateado la entrepierna y luego me partió el labio. Jamás me había topado con una mujer capaz de hacerlo. Mucho menos con una mujer que tiempo atrás, consiguió reducirme con dos estúpidos cuchillos. Imagino que por más que te odiara por ello, aquello consiguió deslumbrarme... Pero creo que siempre he sabido, incluso después de lo ocurrido esta noche, y mientras te veo a mi lado y en tanta intimidad, que aunque consiguiera hacer que me quisieras, tendría que olvidarme de tenerte...

—La miró un buen rato en silencio. —¿Todo esto te interesa realmente? ¿Por qué has preguntado?

Ella se encogió de hombros, ahora no le miraba.

—¿Querrás tenerme aquí mañana? —Preguntó.

—Mañana y todas las noches, hasta que ya no pueda ser. ¿Has dejado de amar a Liam?

Érika sintió que ahora todo lo referente a Liam confundía su mente, hasta el punto de no saber muy bien qué sentía. Se encogió de hombros y le miró.

—Dejé de amarle para sentir únicamente rechazo... Después de esta noche, no sé muy bien qué es lo que siento.

Hakon asintió, acomodó su espalda contra el colchón y le ofreció un sitio sobre su brazo, que ella aceptó de buen grado, acomodándose sobre él.

Amanecía cuando Érika abrió los ojos. Suspiró de placer al despertar tan cómodamente en un confortable colchón, y bajo varias mantas y pieles. La cálida piel de otro cuerpo se pegaba a su espalda, y un brazo descansaba sobre su cintura. Era la primera vez que despertaba tan plácidamente, y deseo disfrutarlo más tiempo. Sin embargo, se obligó a desperezarse para salir cuanto antes de aquella alcoba. No convenía que nadie la viera salir de allí. Puede que respetaran lo suficiente a Hakon como para guardar silencio, pero finalmente la gente hablaba, y no era conveniente que lo ocurrido aquella noche se supiera. Érika pensó de pronto en Bersk. Gimió suavemente de placer para disfrutar por última vez de tanta comodidad, y sobre todo de aquella piel junto a la suya. Poco a poco y cuidadosamente, se liberó del brazo que tan dulcemente parecía protegerla. Salió de la cama y se volvió para mirar a Hakon. Parecía dormir plácidamente, pero algo le decía que él se había despertado ante el primero de sus movimientos. Se vistió de prisa sin dejar de mirarle y él no se movía. Abrió la puerta y la cerró tras ella con mucho cuidado. Hakon abrió por fin los ojos.

Érika bajó a la gran sala con sumo cuidado, y atravesó la estancia como un

silencioso animal salvaje. Cuando salió al exterior envuelta en una piel, el cielo empezaba a clarear aún lleno de estrellas. Una brisa fresca le acarició desagradablemente y se arrebujo en su abrigo. Las puertas estaban cerradas y debía pedir que las abrieran para salir, decidida a volver a su casa. Caminó por una calle principal que llevaba a las puertas de salida, y cuando pasaba junto a la casa de Liam, se detuvo. Era una pequeña choza de madera, cuya única ventana estaba cerrada por un pergamino encerado. Érika vio luz y movimiento tras aquel pergamino y se quedó parada. Se preguntó mientras soportaba el frío de la mañana, si debía parar en aquella casa. Finalmente caminó hasta la puerta y golpeó con sus nudillos. Oyó movimiento al otro lado, y alguien abrió de pronto. Liam apareció envuelto en una gruesa manta, y sus ojos como la miel la miraron sorprendidos por la inesperada visita. Érika no dijo nada, y Liam se apartó para dejarle paso. Ella entró tiritando de frío y fue hasta el brasero que había junto a una mesa, allí se sentó. Liam cerró la puerta y se volvió para mirarla en silencio. Érika miró a sus ojos... Liam fue a sentarse frente a ella, y Érika miró fijamente a sus ojos... Fue entonces cuando la vio y se sintió embargada por un extraño sentimiento. Jamás había tenido esa sensación, pero esta vez consiguió ver a la mujer que había tras aquella figura delicada a pesar de haberse tratado de un hombre a la vista. Ahora comprendió el comportamiento que tanto le había sorprendido desde que le conoció, ahora advirtió qué fue aquello que terminó deslumbrándola... Su delicado trato y aquella sensibilidad. Liam era una mujer... La miró largamente, mientras Liam afrontaba aquella mirada sin saber qué hacer porque no entendía aquel extraño comportamiento.

De pronto Érika se puso en pie bruscamente con la intención de marcharse, y fue hasta la puerta. Liam la siguió y la detuvo tomándola de un brazo.

—¿Qué te ocurre? —Preguntó.

Ella luchó por abrir la puerta, pero Liam se lo impidió y la obligó a volverse para mirarla. Érika volvió a enfrentarse a aquellos ojos, y de nuevo vio a la mujer. Una dulce y preocupada mujer que la miraba confundida, y que le sujetaba el brazo con su masculina fuerza, impidiéndole escapar. Apartó entonces la mirada incapaz de soportar aquella visión que no comprendía, y se apoyó contra la puerta.

—¿Qué está pasando, Érika?

Ella luchó contra sí misma para no volver a mirarla, pero finalmente sus ojos se enfrentaron a los ojos del color de la miel. De pronto fue invadida por el remordimiento, y el pesar de no haber sabido comprender el rechazo de

ella, y haberse sobre todo, resistido al cariño que Liam le había ofrecido.

—Lo siento... Siento mucho cómo te he tratado todo este tiempo. —Dijo y de nuevo miró hacia otro lado. —He venido sólo porque quería decirte esto. De... Deja que me vaya.

Intentó escapar, pero Liam la agarró con más fuerza por la ropa.

—¡No! Dime qué ocurre.

Los ojos de Érika volaron lentamente hasta el color de la miel de aquellos ojos preocupados, y los miró en silencio durante el poco tiempo que resistió el impacto que causaba en su mente el evidente rostro de una mujer, que nadie era capaz de ver hasta que descubría su verdadera condición. Bajó la mirada y la presión de las manos de Liam sobre sus brazos disminuyó.

—Espero que seas capaz de perdonarme. —Dijo. —Es lo único por lo que he venido.

—¿A estas horas de la madrugada? Mírame, Érika...

Con un suave movimiento de su mano bajo el mentón de ella, intentó hacer que volviera la cara, pero Érika se negaba a mirarle.

—No lo entiendo. —Dijo Liam, moviendo la cabeza realmente confundido. —Pero no te vayas ahora. Tengo un caldo caliente para desayunar, lo compartiremos... Y hablaremos...

Ella meneó la cabeza y se deshizo lentamente de sus manos, volviéndose hacia la puerta sin que Liam la retuviera esta vez. Érika abrió y arrebujándose entre la piel de su capa, caminó deprisa hacia las puertas que cerraban la muralla. Liam la siguió con la mirada, y contempló sus rápidos y dificultosos pasos entre el aire congelado, hasta que la vio desaparecer. De pronto sintió el frío en su cuerpo, que no había advertido mientras la observaba, se estremeció y cerró la puerta, pero no se apartó de ella. No entendía por más que pensara en ello aquel comportamiento extraño. Se volvió y caminó hasta las brasas que brillaban en el brasero, y tomó asiento cerca para clavar su mirada en las ascuas de rojos anaranjados que destellaban ante sus ojos. A veces y sólo en raras ocasiones, el fuego le traía visiones que no siempre era capaz de comprender. Pero no vio nada por más que se esforzó en concentrar su mente en las brasas. Nada le venía de ninguna manera a su pensamiento, y terminó por olvidarse de ello. Tal vez y en cualquier momento cuando menos lo esperara, alguna voz le hablaría. A veces la voz de quizá su propia madre, o la voz de alguna diosa, le hablaba. Como cuando encontró a la nórdica herida, y mientras que su intención fue abandonarla a su destino, aquella voz le ordenó recogerla y cuidar de ella. Con el tiempo, y a pesar de que no podría amarla

como ella deseaba, Liam llegó a tomarle cariño, tanto como si se hubiera tratado de una querida hermana. Y entonces algo le dijo que siempre y a pesar de la distancia, estaría unida a aquella mujer del Norte. Liam había intentado por todos los medios no perderla, aunque finalmente ella no pudiendo soportar que rechazara su amor, terminó por despreciar su cariño. Ahora se sentía profundamente desconcertada, porque aunque podría haber esperado que en cualquier momento Érika olvidaría aquel rencor y volvería a tomarle afecto, desde luego, no esperaba que fuera de repente y a aquellas horas de la madrugada. Recordó su mirada de ojos grises, tan confundida a veces, como otras impresionada, incluso incapaz de sostenerla para mirarle a los ojos. Tal vez... tal vez... Pensaba... ¿Habría por fin Érika y por cuenta propia advertido su verdadera condición? ¿Vio a la mujer que había en su interior y ahora lo comprendía todo? No... No... Tanta gente que la había visto crecer hasta convertirse en un hombre a la vista de todos, jamás tuvo la mínima sospecha. ¿Por qué iba a conseguirlo la vikinga? Pero esa mirada... Liam volvió a apartar sus ojos de las mudas ascuas que no le decían nada.

XXI

Maida supervisó como cada mañana los alimentos colocados en la mesa para el desayuno, tras haber bajado desde su alcoba acompañada por las hijas de Hakon y el pequeño Harald. No olvidó, como siempre, saludar a la mujer y a su hija adolescente, que se ocupaban de preparar la mesa, a Sheldon y Oswald, que ya se habían aseado y ocupaban su lugar. Los niños reían, gritaban y se movían revoltosos como casi a cada momento del día, y tuvo que reprenderles, dulcemente como era su costumbre. Luego les hizo sentar y cuando Harald trató de tomar una torta de pan, Maida le dio un suave manotazo y con solamente una mirada le recordó cuales debían ser sus modales. El señor aún no había aparecido, y nadie empezaría a comer, a menos que la misma Maida decidiera que se hacía demasiado tarde para seguir esperando. El niño de clarísimo cabello rubio, se llevó su manita a la boca avergonzado y sonrió de todas formas, pues nada que hiciera aquella aún desconocida pero amable dama podría asustarle o molestarle. De hecho, se sentía tremendamente cómodo y complacido entre aquella familia que le había acogido de forma tan agradable. Ya apenas echaba de menos a su madre, quien nunca aparecía por allí, y se contentaba pudiendo coincidir aunque no siempre ocurría con su tía Érika.

Maida sonrió al pequeño a pesar de haberle amonestado un momento antes, y le guiñó un ojo en un gesto juguetón. Cuando el pequeño ya no la miraba, sus ojos verdes se detuvieron un solo momento en el bracito tullido del niño, y sintió compasión. Siempre que reparaba en ello, Maida se preguntaba qué habría podido ocurrirle. Y ahora, como muchas otras veces, y mientras esperaba en pie a que Hakon y Sveinn aparecieran para el desayuno, pensaba en la forma en la que el niño se sentía tan cómodo entre ellos, durmiendo junto a las niñas, comiendo entre desconocidos, y compartiendo sus juegos, sin aparentemente echar de menos a su madre.

Tenía las manos frías y las frotó suavemente para que entraran en calor. Si Hakon no aparecía pronto, ella daría orden de comenzar el desayuno. Miró a Sheldon, quien esta mañana parecía especialmente taciturno. Él la miró un momento, luego dejó de mirarla y pellizcó una torta de pan con la seguridad de

no ser amonestado como los niños. Maida se preguntaba qué podría estar preocupando al hombre, y es que no sabía, ni nadie en Coenwalh lo sabría, que la noche anterior fue espectador de un hecho que le preocupaba. La nórdica y Hakon subiendo juntos.

Una puerta en el piso superior se abrió y volvió a cerrarse, lo cual hizo suspirar a Maida de alivio, quien tomó asiento y esperó a que Hakon apareciera en la escalera.

El señor de Coenwalh lucía una extraña y especial mirada aquella mañana. Saludó a todos y besó las rubias cabezas de sus hijas, sin olvidar una leve caricia en el pelo del pequeño vikingo invitado. Tampoco olvidó mientras tomaba asiento, un gesto caballeroso hacia la dama sentada en un banco a su lado. Sveinn no estaba esperándole y su semblante pensativo ante aquel hecho no pasó desapercibido para sus acompañantes. Maida tomó una torta de pan, y con ese gesto siempre daba el permiso a todos para empezar a comer. Hakon miró a Sheldon, quien en ese momento le estaba mirando, y el caballero apartó la mirada. Hakon se encogió de hombros mentalmente, a saber qué le ocurría a Sheldon, si es que le ocurría algo. Érika tampoco estaba, lo cual le preocupó y decidió que si finalmente aparecía más tarde de lo debido sería disculpada. No sería así con Sveinn...

Sveinn apareció desde el exterior, y al abrir la puerta el aire frío se hizo paso en el interior haciendo que algunos se estremecieran. El gesto del muchacho era hosco mientras se encaminaba hacia la mesa. Maida le había enseñado modales, y el chico sabía bien que a la hora de cada comida, debía estar sentado antes de que el señor de la casa hubiera aparecido. Llegar tarde era un claro desafío a su padre, o quizá un simple descuido que daba a entender el poco respeto que le profesaba. Si al menos se hubiera disculpado... Pero Sveinn se limitó a mascullar un simple saludo y fue a sentarse en un lugar lo más alejado posible del padre en la mesa. Hakon decidió que no daría a su hijo el más mínimo margen, y que no cesaría hasta hacerse respetar como debía. Sveinn estaba a punto de sentarse, momento en que el padre esperó para hablarle.

—Mi hijo dispone de un aposento junto a esta misma sala. —Comenzó.

Sveinn detuvo su intención de tomar asiento, ya quizá preparado para ser rechazado por su padre, y se enderezó. Su gesto era desafiante. El padre señaló una estancia cerrada con una cortina a su espalda y continuó.

—Pero parece que él prefiere dormir... quién sabe en qué lugar.

—He dormido junto a algunos soldados en el establo, si es que parece

interesarte tanto, padre.

Hakon respiró hondamente para sosegar.

—No me parece mal. —Respondió—. Tal vez sí me lo parezca que mi hijo aparezca tan tarde para tomar su desayuno, cuando imagino que sabe que ya hemos empezado. Quizá se haya quedado dormido y se le ha hecho tarde, por lo que habría esperado una sincera disculpa de mi bien educado hijo. O puede que ni siquiera le preocupe y más bien se sienta en el derecho de hacer lo que le venga en gana, y así desafiar a su padre.

El gesto de Sveinn se endureció, y el temblor de su mandíbula fue evidente, mientras todos los comensales miraban al hijo o al padre, visiblemente inquietos. Los azules ojos del chico miraron fijamente a Hakon, respiró hondamente sin apartar la mirada y retrocedió unos pasos.

—Pues aquí tienes mis disculpas, padre.

Hizo un rápido asentimiento de cabeza, giró sobre si mismo y se marchó.

Hakon no hizo nada al respecto. Oswald intentó decir algo, pero el padre le hizo callar con un gesto de su mano, y el anciano asintió y se llevó a la boca el huevo hervido que momentos antes había pelado. Los niños por un momento se mostraron expectantes, pero finalmente continuaron con su desayuno. Sheldon continuaba impasible, y Maida miró a Hakon. Con un gesto de su mano, él le negó la palabra. Pero Maida, como bien solía decir Sheldon sobre ella, siempre hacía lo que quería.

—Sólo iba a decirte que hablaré con él. —Terminó protestando ella.

—Querida Maida, tú sabes cuanto agradezco que te comportes tal y como si fueras la madre de mis hijos. Pero ahora no estamos hablando de un niño. Sveinn ya es un hombre, y cambiar su actitud es ahora asunto mío.

Maida asintió como si realmente lo aceptara, aunque tenía pensado hablar con aquel muchacho al que prácticamente había criado, le gustara o no a su padre.

Érika no aparecía... Aunque el comportamiento de su hijo mayor le preocupaba, en aquel momento Hakon sólo podía pensar en la razón por la que la danesa no aparecía hoy a la hora del desayuno. Quizá estaba dormida, pues había abandonado su alcoba antes del amanecer, y era el sueño lo que la retenía en su casa. Pero aunque tal vez y muy probablemente era esa la razón, siempre le quedaba la duda que le llevaba a pensar que esa ausencia, significaba que la vikinga se había sentido arrepentida de lo ocurrido, y no volvería a aparecer. Hakon prefería siempre ser optimista. Sonrió a pesar del episodio de rebeldía de su hijo, y la no asistencia de Érika. Otro asunto de su

incumbencia bullía en su mente aquella mañana.

—Bien, Maida... —Dijo con un aire divertido para terminar con el silencio de la sala. Maida tragó con dificultad, dio un rápido trago y le miró esperando algo que no le gustaría. —Me dirás qué ha sido de tu apreciado refugiado. Hace días que no le veo por aquí. Aunque antes era uno de tus invitados a la mesa, ahora ni siquiera le veo deambular por mi casa.

Maida apartó su cuenco de gachas de un suave manotazo, se limpió la boca con un paño, y con un inquieto movimiento se colocó los dos mechones que colgaban a cada lado de su cara tras las orejas. Le miró y le vio sonreír divertido, lo cual terminó por enojarla. Respiró hondamente y respondió con aire digno.

—Ciertamente Jack de Arran era uno de nuestros invitados a la mesa, hasta que advertí que te molestaba su presencia. Creí haber encontrado en él al administrador que necesitas desde hace tiempo, pero como reparé en tu rechazo hacia él, decidí desistir en mis intenciones y le envié fuera de tu casa. Aunque es cierto que podría estar ganándose el pan que se come, finalmente vive de tu caridad comiendo nuestras sobras, y durmiendo entre mozos de cuadra y soldados de poca monta... Una pena, porque he comprobado que es infinitamente más competente que yo misma en mis obligaciones como administradora.

Hakon sonrió divertido y bebió tranquilo, mientras Maida esperaba su respuesta más inquieta de lo que le habría gustado mostrar.

—Maida, querida... Generalmente no me engañas, así que no lo hagas ahora. —Dijo sin abandonar su gesto divertido. —Las sobras de las que hablas, quisieran pillarlas el resto de compañeros que duermen junto a él en los establos. Me he informado, y sé que mientras nosotros ahora tomamos nuestro desayuno, él quizá ya lo haya terminado. Siempre le llegan las comidas a tiempo y calientes.

Maida se sorprendió, pero fingió mantenerse tranquila aunque no iba a molestarse en negar lo que parecía más que evidente. Era cierto que enviaba la comida caliente a cada momento del día, y que el extranjero estaba bien alimentado aunque durmiera en un establo de caballos. Nunca esperó que Hakon se informara sobre aquello, pero estaba claro que se equivocó. No iba a decir nada al respecto, y Hakon continuó.

—Envía a buscarle ahora mismo. —Dijo. —He de redactar un contrato de compraventa e imagino que nuestro amigo es un experto en dichos actos.

Maida no dijo nada. Miró a la joven que solía servir la mesa junto a su

madre, y esa simple mirada sirvió para hacerle saber que debía ir en busca del extranjero y traerlo a la casa. La muchacha se marchó, y Maida miró a Hakon.

—¿Qué es, si puede saberse lo que vas a vender? —Preguntó.

—Estarás presente, y lo sabrás.

Con aquella respuesta terminó toda conversación durante el desayuno. En algún momento, Hakon volvió a mirar a Sheldon incapaz de comprender su actitud, pero no dijo nada. Los niños jugaban con la comida ajenos a los asuntos que mantenían ocupados a los adultos, y el viejo Oswald comía sus gachas en silencio pero observándolo todo.

Apenas pocos minutos después y cuando la primera comida del día acababa, la joven criada abrió la puerta seguida de una brisa fresca, y tras ella el extranjero moreno, cuya apariencia ahora era mucho más aceptable que tiempo atrás cuando apareció en Coenwalh. Ropas limpias cubrían su cuerpo. Calzas y chaqueta de lana nuevas, una capa, botas de cuero. El cabello aceptablemente cortado y la barba cuidada. Todo aquello añadido a su porte de hombre criado en la nobleza, le asemejaba más a un noble vecino que viniera a visitarles. Maida se puso en guardia al verlo aparecer. Tiempo atrás le había insistido en la necesidad de comportarse de forma humilde ante el señor, y ahora dudaba que el orgulloso extranjero pudiera rebajarse lo suficiente.

Jack de Arran que no conocía el motivo por el que era llamado, entró con un gesto desconfiado. Miró a Maida tras mirar a todos aquellos que ocupaban la mesa, y su sonrisa tranquilizadora logró sosegar su inquietud.

Hakon le saludó con una sonrisa y se puso en pie para caminar hacia la pequeña estancia que utilizaba para los asuntos de este tipo. También invitó a Maida a seguirle, y los tres se encerraron en la estancia. Hakon señaló con una mano la mesa escritorio que había al fondo de la habitación, y Jack con un gesto de inseguridad miró al señor de Coenwalh y luego a Maida. Cuando ella asintió tranquila, el extranjero entendió que le hacían ocupar la silla frente al escritorio, y se dirigió hacia allí con toda la seguridad que fue capaz de mostrar a pesar de la preocupación que le invadía. Apenas miró a sus dos acompañantes; el señor de la casa, de indudable aspecto danés a pesar de sus ropas inglesas, y la dama de túnica verde oscuro... Una dama que no solía recoger su largo cabello, y que como tantas veces hoy lo había dejado suelto y lucía una ancha diadema de terciopelo bordado en la frente. A Hakon no le había pasado desapercibido aquel detalle, ni hoy ni ningún otro día, en que reconocía que la dama se preocupaba por aparecer más atractiva cada día de

lo que acostumbraba. La razón de aquel cambio en sus costumbres, para su señor era más que evidente... Maida se preocupaba por su aspecto más que nunca porque algún hombre andaba en sus pensamientos. Y ese hombre, sin duda alguna, era aquel extranjero. Se preguntaba Hakon preocupado, si el hombre habría llegado a atisbar el interés de la dama por su persona, y si había sido así y él también estaba interesado en ella, si habrían llegado a intimar. De lo que estaba seguro es que ciertamente existía una confianza entre ellos, pues ella se ocupaba de su bienestar, y él según comprobaba Hakon en aquel momento, no hacía movimiento sin antes mirarla a ella. Habría sido algo lógico si el asunto de su compromiso hubiera sido real, algo que Hakon no había vuelto a mencionar, pues tenía claro que no fue más que una invención de Maida en un momento desesperado. Y si era cierto, como Sheldon le había hecho saber, que Jack era un ser tan locuaz hasta el punto de resultar un auténtico bocazas, se sorprendía de haberle visto siempre tan callado, como ahora mismo. Hakon no confiaría en un hombre del cual apenas sabían algo, hospedado en su casa, y menos aún llevando sus cuentas y manejando su dinero. Era cierto que iba a pedirle que se ganara el pan que comía en su casa, redactando ese contrato, pero de allí no saldría esa mañana sin haber confesado su verdadera procedencia.

Jack de Arran tomó asiento con toda la seguridad que pudo manejar en sus gestos, y después colocó sus ropas ante el gesto divertido de Hakon, y la inquietud de Maida, quien apretaba sus manos sobre el regazo. Una vez sentado, Jack colocó los codos sobre la mesa y su mirada de oscuros ojos se dirigió sin vacilación alguna hacia el señor de la casa. *Ya estoy aquí... Y ahora, ¿que...?*, parecía estar queriendo decir.

Hakon asintió levemente sin saber que lo hacía. Se apoyó en la mesa que tenía a su espalda, la misma en la que todavía había dos vasos de barro y una botella vacía de vino, frente al otro hombre sentado y a cierta distancia, y entrelazó las manos sobre sus piernas estiradas. Maida le miró molesta y odió tanta incertidumbre y silencio, de los cuales Hakon parecía estar disfrutando. Miró entonces a Jack, pero él no la miraba.

—Apenas he podido verte y mucho menos conversar contigo, desde que regresé a mi casa. —Comenzó Hakon. —Has sido aceptado en mi hogar, porque mi querida Maida así lo decidió, y ahora opina que debería confiar en ti y otorgarte el honor de convertirte en el administrador de mi casa...

Ante ese pequeño instante de silencio, mientras Hakon echaba hacia atrás las manos y las apoyaba en la mesa, Jack se mantuvo en silencio y sólo hizo un

leve asentimiento. Hakon habría esperado que él aprovechara ese silencio, y se comportara como según Sheldon le había descrito, lo haría un simple parlanchín. Pero no lo hizo y eso complació al danés, quien continuó.

—Comprenderás que poner mis cuentas y mi dinero en manos de un extraño, podría llegar a ser un auténtico error... —Hizo una breve pausa en la que Jack asintió levemente, y no dijo palabra alguna. —Me dicen que te presentaste aquí de cierta manera, y que contaste una historia que nadie, ni aun mi inocente y compasiva Maida, creyó. Por lo que en este momento, te doy la oportunidad de decirnos la verdad.

La exclamación ahogada de la mujer, no recibió interés por parte de ninguno de los dos. Maida sabía que Jack era demasiado orgulloso como para permitir que Hakon le tachara de mentiroso, y era de esperar que se ofendiera hasta el extremo de rechazar todo cuanto Hakon tuviera que ofrecerle. Y efectivamente... Los oscuros ojos del extranjero se clavaron en los ojos del danés, y sus masculinas pero delicadas manos se encogieron hasta mostrar dos puños apretados sobre la mesa. Hakon ni se inmutó. Ni aún cuando Jack se puso en pie de un salto, haciendo que las cuatro patas del pesado sillón chirriaran sobre el suelo de fría y rugosa madera.

—No toleraré que se me acuse de mentiroso. —Declaró claramente ofendido. —Agradezco vuestro ofrecimiento, pero me temo que no estaré dispuesto a ser juzgado a cada movimiento que haga en esta casa. Soy Jack de Arran, quien dije ser cuando me presenté por primera vez aquí. De modo, que con todos mis respetos, Lord Coenwalh, os diré que en este mismo momento abandono vuestro hogar, no sin agradeceros a vos y sobre todo, a la dama vuestra hospitalidad. Devolveré estas ropas nuevas que se me ofrecieron, y esperaré que se me devuelvan aquellas con las que llegué.

—Son tan nuevas, que imagino que Maida las hizo coser especialmente para ti. Puedes llevártelas, porque estoy seguro que aquellas que reclamas las hizo quemar. Odia las pulgas y los piojos.

Jack asintió muy seguro. Luego miró a Maida y reconoció que la dama no deseaba verle marchar, pero él que aún no había reparado en la temeridad de abandonar aquella casa sin recursos y cuando el invierno estaba a la vuelta de la esquina, no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer y a mostrarse ante aquellos extraños al fin y al cabo, como un embustero. Se apartó de la mesa, hizo una muy cortés inclinación de cabeza y volvió a mirar a Maida.

—Milady... Mi más sincero agradecimiento por vuestros cuidados. —Dijo como si se estuviera dirigiendo a una reina. —Sois la dama más encantadora

que he conocido en mi vida.

—¿Milady? —Se preguntó Hakon con sorpresa. —Maida es una dama claramente, pero no tiene ningún título que acompañe a su nombre...

—Patán. —La voz susurrada de una Maida cabizbaja le interrumpió. —Es sólo una forma de dirigirse a mí con respeto.

—Ciertamente...

Jack comenzaba a decir algo, que Hakon interrumpió.

—Pues claro, querida... Me he dado cuenta de que nuestro amigo se expresa como un auténtico noble caballero. El mismo Eduardo *El Viejo*, nuestro rey, debería ser instruido por él antes de atreverse a conversar y dirigirse a sus súbditos. —No dejó de mirar a Jack mientras hablaba, que ahora parecía muy dispuesto y a punto de abandonar el lugar. —Es una pena que siga escondiéndose en la piel de un simple y piojoso escribano... Pero allá tú, amigo. Ve por la sombra, aunque parece que hoy no saldrá el sol.

Los oscuros ojos demostraron la ira que invadía al joven, sobre todo por el sarcasmo con el que el danés terminó su discurso. Pero Hakon no se lo tuvo en cuenta, y esperó a que abandonara la estancia, y luego los interminables ruegos que vendrían por parte de Maida para que le impidiera marcharse de Coenwalh. Asintió Jack cuando miró por última vez a Hakon, y mostró una leve inclinación ante la dama, ahora con un gesto que pareció suavizarse, y caminó hasta la puerta.

Jack... Jack... Maldito seas por verte siempre sometido a todos los males posibles por este condenado orgullo tuyo, se lamentó el joven. Ese sentimiento le impedía ceder, pero... ¡Ay... el hambre, el frío y todo tipo de calamidades que le esperaban fuera, eran más poderosos que toda la soberbia del mundo! Jamás había pasado tantas desdichas como las sufridas antes de aparecer en aquel lugar, y ser aceptado por la amable Maida. Nunca antes había conocido el hambre, y apenas más frío del soportable, ni más soledad y temores. Su cuerpo no estaba preparado para volver a pasar por todo aquello, no disponía de la recia dureza de los campesinos y los infortunados pobres, que todo lo soportaban sin problemas... O al menos, así los veía él. Bien, Jack, sincérate o muere congelado y hambriento antes de que acabe este mes.

Jack se detuvo frente a la puerta cerrada, apoyó una mano en el tirador y no dejó de darles la espalda mientras hablaba, la humillación se lo impedía. Hakon se volvió hacia él con la seguridad de escuchar algo inesperado, y Maida de pronto olvidó su desazón y también le miró.

—Me llamaban Jack de Andrei, hijo del lord de Arran. —Declaró. —Por

la devoción de mi padre, o simplemente su capricho fui ingresado en el monasterio de Arran a la edad de ocho años, y hace algo más de una década que soy el hermano Jack, contrariamente a lo que ha sido mi voluntad todo ese tiempo.

Maida no se sorprendió más que Hakon, aunque él fue más capaz de esconder su sorpresa.

—El monasterio fue atacado este verano por un ejército de daneses. No éramos más que un pequeño grupo de hombres de Dios, y no les fue difícil hacerse con el lugar. Gracias a mi astucia, cuando estaba a punto de ser golpeado por la espada de uno de esos animales, logré acuchillarle en el vientre, y salvé mi vida. Luego me vestí con sus ropas y le robé las armas. Pasé largo rato entre aquellos hombres, moviéndome tal y como veía que ellos lo hacían, saqueando... incendiando... Y cuando vi oportunidad, escapé. Podría haber vuelto tiempo después y cuando hubiera acabado el peligro, y tal vez tratar de ayudar a mis hermanos, si es que quedó alguno vivo. Pero lo cierto es que con todo mi corazón, he terminado agradeciendo la visita de los daneses, que me llevó a abandonar aquella fe que yo no sentía...

Hakon asintió satisfecho, y Maida le miró para conocer su opinión acerca de la nueva historia contada por Jack.

—Bastante más aceptable que el relato que tratabas de hacernos creer antes. —Aceptó Hakon. —¿Y este cambio de actitud significa que no deseas abandonarnos?

Jack se volvió para mirarle. Parecía tremendamente agotado, como si acabara de soltar un enorme peso.

—No duraría mucho tiempo vivo si me marchó.

—Es cierto. ¿Por qué no contaste la verdad?

—Nadie habría comprendido que un hombre de Dios hubiera abandonado a sus hermanos. ¿Quién confiaría en alguien así? Y tratar de explicar a unos desconocidos que estaba allí en contra de mi voluntad y porque mi padre me entregó a la Iglesia, se me hacía innecesario.

—Pues ya que deseabas mostrarte como un simple escribano, podrías haber ocultado tan finos modales de caballero criado en la corte.

Jack tomó aire y lo soltó pesadamente.

—Fueron los monjes quienes refinaron mi educación, no la casa de mi padre. Y por más que lo desee, me suele resultar imposible mostrarme tal como un plebeyo maleducado.

—Está bien. Por el momento te dedicarás sólo a ayudar a Maida, al menos

hasta que podamos confiar plenamente en ti. Pero hazme desconfiar un solo momento, y no saldrás con vida de mi casa.

—Perded cuidado, señor de Coenwalh, tengo siempre a ese maldito caballero pelirrojo encima de mí. —Aclaró refiriéndose a Sheldon. —Los muchachos con los que duermo, se turnan para vigilar mis movimientos cada noche, por orden de ese hombre. Han debido pensar que soy imbécil.

Hakon sonrió satisfecho por la eficacia de Sheldon, y se apartó de la mesa dispuesto a marcharse, pues aún tenía asuntos de su interés que resolver.

—Empieza a tutearnos a todos. Ninguno, excepto nuestra Maida, cuya abuela materna nació condesa, puede presumir de sangre noble en sus venas, y no necesitamos que nos trates como a reyes. Comienza si te parece bien, a redactar ese contrato que necesito, y más tarde te daré los detalles pertinentes. Ahora debo hablar con mi comprador.

— ¿A quién vas a venderle tierras?

Maida estaba por fin relajada y complacida con el desenlace de las circunstancias. Aún así no pudo evitar la pregunta. Hakon apenas se volvió para responder antes de salir de allí.

—Maida, no seas fisgona.

XXII

Hakon recorrió la plaza en dirección a las puertas que cerraban la muralla, a esas horas de la mañana abiertas de par en par, y vigiladas por varios arqueros que en realidad ahora dormían en sus garitas, esperando el cambio de guardia que no tardaría. Cuando amanecía y la luz regresaba, los vigías solían bajar la guardia, a sabiendas de que no era buen momento para atacar. La gente de Coenwalh ya estaba dedicada a sus labores diarias, y Hakon caminó entre ellos sin prestarles demasiada atención. Pasó junto a la casa de Liam, y aunque no había visto a su hermano aparecer aquella mañana, no se preocupó pues no era habitual que se presentase a todas las comidas en la gran sala. Érika tampoco había aparecido, y no era algo que soliera hacer, por lo que lo más acertado era pensar que se arrepentía de lo ocurrido aquella noche, o que simplemente deseaba poner barreras entre los dos. Hakon pensaba que lo mejor sería darle tiempo, en lugar de ir a incomodarla y con ello alejarla aún más de él. Pero en su propia incertidumbre por los pensamientos que pudiera tener la vikinga, se convenció de que únicamente la buscaba para ultimar su acuerdo en relación a la venta de aquellas tierras ofrecidas. No se engañaba, no era él quien debía buscarla para ello, sino al contrario. Pero no pudo evitarlo, aquella mujer había pasado de estar solamente en sus pensamientos a ocupar su cama y a complacerle con su piel y sus labios, y se negaba a dejar que ella permitiera que lo ocurrido se enfriara. Traspasó la muralla y transitó el camino central de los tres que se encontraban, entre viviendas y negocios de artesanos. Por fin llegó junto a la casa, cercana al taller de un herrero que ya encendía su fragua, y que le miró y saludó con un leve movimiento de cabeza. Hakon se preguntó que conclusión sacaría aquel hombretón al verle ante la puerta de la casa que ocupaban las nórdicas. Pero se mantuvo impassible, no respondió al gesto del herrero y golpeó suavemente la puerta. Esperaba que no fuera Bersk quien abriera ante su llamada.

—Está abierta.

La voz de Érika en el interior, le tranquilizó. Empujó la puerta, apenas asomó la cabeza y esperó a ser invitado a entrar. Comprobó por si mismo que se comportaba como un vasallo en sus dominios, cuando se trataba de aquella

mujer, y sin embargo, se convenció de que no le importaba demasiado.

Había un fuego bien alimentado en el centro de la única estancia que formaba aquella casa, y tras las llamas, una mujer de largo y bien cepillado cabello rubio se mostraba sentada en una cama, vestida con una camisa blanca y cubierta por pieles. El gesto de sorpresa de ella no le pasó desapercibido. No pidió permiso para entrar, comprobó que nadie más ocupaba el lugar, lo cual le tranquilizaba bastante, y se hizo paso sin esperar invitaciones. Cerró tras él, y ella se enderezó en la cama, apoyando su espalda contra la pared de barro y paja. Hakon buscó con la mirada entre la oscuridad de toda la estancia, todavía con la inseguridad de no encontrarse a solas con Érika, y ella advirtió cual era su preocupación.

—No está. —Dijo sin tener que aclarar que se refería a Bersk. —Cuando he regresado al amanecer había desaparecido.

A Hakon no le preocupaba, quizá incluso le alegraba que Bersk no estuviera y que jamás regresara, pero intuía que tal vez su hermana no opinaba de igual forma y se abstuvo de hacer comentarios sobre ello.

—¿Estás preocupada por ella? —Preguntó.

Érika respiró hondamente.

—Cuando la dejé aquí, la noche era ventosa y nada agradable para salir. Había bebido lo suficiente para no encontrarse en sus cabales, y no sé muy bien qué le ocurre, pero está enferma. No imagino de qué forma se ha alejado de la aldea porque su caballo duerme en tu establo y no ha podido entrar a por él... Anoche cuando la dejé y entré en el recinto, ya cerraban las puertas de entrada. Imagino que alguien por aquí echará de menos un caballo esta mañana, o al menos... Eso espero, porque no quiero pensar que haya podido alejarse de aquí a pie. Y sé que no se encuentra en ninguna casa de esta aldea porque nadie en este lugar la aprecia, o se fía de ella.

—Enviaré esta mañana una partida de hombres para buscarla...

—No... —Érika le interrumpió y arrojada en sus pieles salió de la cama. —Es cierto que estoy preocupada por ella, pero si está bien y la encuentran, no nos perdonará que la hayamos buscado.

Hakon asintió y la observó mientras ella iba a sentarse junto a la mesa colocada cerca del fuego. Érika se arrebujó entre la piel que la cubría y le miró.

—Estás en tu casa. —Le dijo. —Y el fuego es muy apreciado en estas frías mañanas. Siéntate.

Ante su inesperada visita, Hakon no habría esperado otra cosa que la

incomodidad de la vikinga, por lo que recibir aquel sincero ofrecimiento, le sorprendió. Aceptándolo agradecido, tomó asiento frente a ella.

—¿Por qué has venido? —Le preguntó.

—Te hablé de ofrecerte unas tierras, y tengo a un hombre esperando para redactar un contrato cuando aún ni has podido verlas y aceptarlas. He pensado que podría mostrarte el lugar en donde puedes empezar a construir tu nueva casa, y luego cabalgar hacia las tierras de cultivo.

Érika sonrió, pero no había alegría en su rostro. Daba la sensación de que por más que deseara apartar a Bersk de sus preocupaciones, no lo conseguía.

—Te tomas demasiadas molestias con este soldado extranjero, señor de Coenwalh...

Efectivamente era así. Hakon no tenía interés en vender parte de sus tierras, y solamente se las ofrecía a Érika, por una única razón. Estaba claramente interesado en ella, y si eso servía para mantenerla cerca, lo haría. Pero no necesitaban andarse con rodeos, cuando ya le había explicado de forma clara la noche anterior, cuales eran sus sentimientos y aspiraciones con ella.

Los azules ojos del danés se clavaron en la mirada de ella.

—Sueles venir para el desayuno y hoy no lo has hecho. ¿Es esa tu forma de hacerme saber que no volverás a mi cama?

Érika mostró una sonrisa que consiguió deslumbrarle, pues jamás la había visto sonreír de aquella forma, aunque el gesto de seriedad absoluta no abandonó el rostro de Hakon, ocultando su fascinación. Érika desvió entonces la mirada para clavarla en el fuego, y no dejó de sonreír.

—Tu cama es infinitamente más suave y confortable que ese jergón que ocupo. —No fue más que una respuesta irónica. Señaló con la cabeza su propia cama, y cuando volvió a mirarle la sonrisa había desaparecido. —No deseo volver a tu cama hasta que descubra la razón que me atrae hacia ella.

—Pues sinceramente espero que no sean sólo mis suaves mantas y mi mullido colchón.

Habló en tono de broma y aunque sonreía no había alegría en su rostro. Luego se puso en pie con la clara intención de marcharse de allí.

Érika alzó la mirada hacia él.

—Esta mañana he llegado a comprender el trastorno de Bersk. —Le dijo con un gesto de tristeza, y aquella declaración no del todo comprensible avivó la curiosidad de él. —Eres fuerte como un animal salvaje, Hakon, y a la vez... delicado como una leve e inofensiva mariposa. Los pocos hombres que me han

tocado, han roto mis bragas para penetrarme de forma salvaje, o me han vuelto de espaldas contra una mesa, o se han desplomado sobre mi cuerpo en el frío suelo, tras desfogarse sin tener en cuenta cuales eran mis anhelos o sentimientos. Nadie me ha besado o acariciado... Como tú lo has hecho.

Hakon se sintió invadido por un inmenso placer interior, que suavizó su semblante. No se movió de donde estaba, por más que deseara acercarse a ella. Fue Érika quien se puso en pie, dejando la piel que cubría su camisa en el suelo, para aproximarse lentamente hacia él.

—He comprendido entonces a Bersk. —Continuó ella ahora detenida a su lado. —Quien jamás se había enamorado hasta que se encontró contigo. Ni siquiera el sincero y amable amor que Aldwulf le dio, consiguió apartar el deseo de su corazón por ti. Y pudo finalmente tenerte, pero te ha perdido y no puede soportarlo. He llegado a comprender su trastorno, porque Hakon, nadie antes nos había tratado tan amablemente. Y hay amabilidad y cariño aquí, en tu hogar... El mismo Harald se ha olvidado de nosotras y no podemos verle, a menos que le busquemos en tu casa. Hakon... Bersk y yo pocas veces hemos vivido con la sensación de ser apreciadas por alguien, y nuestro pequeño tampoco. Y creo que no podemos evitar sentirnos atraídos por ti, por tu casa y por todas las personas que forman tu hogar.

Hakon la tenía tan cerca que deseó besarla, pero no se movió. Érika alzó una mano y acarició suavemente una mejilla poblada de leves canutillos de barba, y su pulgar bajó hasta el mentón para ascender hasta la boca cerrada del hombre. Sintió por primera vez en su vida el deseo de mostrar ese gesto de cariño, y sentir aquella piel bajo su mano. Él no hizo movimiento alguno, llegó a la conclusión de que no haría nada por más que lo deseara, para dejar que fuera ella quien se dejara llevar por sus sentimientos. Sus palabras le declaraban que no sabía muy bien qué era lo que sentía realmente por él, por lo que decidió que no haría nada que pudiera llevarla a decidirse.

Érika no dijo nada más, porque admitió que no hallaría respuesta a sus dudas. Se alzó hasta encontrarse con los labios de Hakon, con el irresistible deseo de besarle, y encontró la respuesta que esperaba. Gimió de placer cuando se vio alzada sobre él, y le abrazó sin apartar su hambrienta boca de aquellos labios que la besaban con un irrefrenable deseo...

—¡Vete a la mierda, hijo de una puta!

La voz de Bersk les llegó lejana y como en un sueño. Ella alzada sobre él, mientras Hakon la llevaba a la cama sin dejar de besarse. Tardaron unos instantes en reconocer que la voz que llegaba desde el exterior, era real y se

detuvieron un momento con los oídos atentos.

—¡Gordo asqueroso...! ¡Hueles a hierro y a sudor grasiento!

Hakon soltó de pronto a Érika y se apartaron el uno del otro, ahora la voz gritaba junto a la puerta. Se miraron preocupados y ella tomó de nuevo la piel, se sentó y él se apartó aún más.

—¡Fulana vikinga! ¿Quién te pidió que vinieras a mi casa?

Hakon reconoció la voz del herrero, a quien había visto momentos antes de entrar en aquella casa. Y ahora, mientras sujetaba la puerta entreabierta para entrar, Bersk pareció detenerse para responder algo, aunque finalmente no lo hizo. Abrió de golpe y se hizo paso soltando todo el aire que había entrado en sus pulmones. A pesar de la hoguera en el interior, sus ojos acostumbrados a la luz del día encontraron oscuridad en la casa. Pudo reconocer dos figuras dentro, Érika sentada frente al fuego, y una alta figura masculina cerca de la puerta, junto a la que se detuvo. Miró a Hakon, ahora olvidándose completamente del herrero, y se sorprendió de encontrarle allí dentro. Tan solo llevaba una camisa bajo una manta con la que se cubría, y estaba descalza. Se acercó al fuego y se sentó al otro lado de la hoguera frente a su hermana, todavía sin decir nada. Luego extendió sus manos hacia las llamas y por fin miró a Hakon.

—¿A qué se debe tan grata visita? —Preguntó irónica.

Hakon la miró sin ocultar su molestia.

—¿A qué venía ese escándalo? —Preguntó él.

Bersk estiró aún más sus manos hacia el fuego desperezándose, y echó hacia atrás su cabeza de largas greñas enmarañadas, con un gesto indolente.

—Esta mañana de pronto me entraron ganas de cabalgar a ese asqueroso animal. —Declaró con total tranquilidad. —Es un desagradable y maloliente cerdo, pero tiene la verga de un caballo y me sentí con un irrefrenable deseo de ser penetrada por semejante apéndice.

Érika no se sorprendió. Bersk podría cabalgar sobre cualquier cosa si estaba enfadada, y más bien, si sentía sola y abandonada como era el caso. Sí le sorprendió que lo hubiera declarado abiertamente ante Hakon, y la miró molesta. Hakon parecía asombrado y fue incapaz de decir una sola palabra.

—¿Has venido a hacernos una visita, señor de Coenwalh? —Preguntó Bersk dejando de lado lo anterior.

—Prueba tantas vergas como te apetezca, Bersk. —Fue la respuesta de Hakon. —Pero evita esos escándalos en mi casa.

El gesto de Bersk se endureció y sus ojos como violetas se enfrentaron a él

para responder.

—¿Vas a decirle lo mismo a tu asqueroso herrero?

—Por supuesto.

Tras decir aquello, Hakon miró por última vez a Érika y se marchó. Cuando el herrero le vio salir al exterior, se preocupó pensando que su señor podría ir a amonestarle por el escándalo. Detuvo su martilleo al verle, dejó las pinzas y el martillo a un lado, y se dispuso a ir a su encuentro. Hakon meneó la cabeza, dando a entender que no necesitaba excusas, y se marchó. Lo cual hizo suspirar de alivio al rechoncho hombre.

En el interior de la casa de las hermanas, pareció reinar entonces un extraño sosiego. Bersk suspiró hondamente, miró a Érika al otro lado del fuego y encontró su mirada iracunda, tal y como había esperado. El silencio incomodó a Bersk.

—¿Qué hacía Hakon aquí dentro? —Preguntó.

Érika fue invadida por una ligera inquietud, preocupada porque saber la respuesta a esa pregunta, y conocer además lo que sus propios gritos habían interrumpido, encolerizarían a Bersk. En cambio se mostró sosegada y segura.

—Voy a comprarle unas tierras. —Respondió sin valor para mirarla al otro lado del fuego. —Construiré una granja en la que podremos vivir tu y yo, si te parece bien.

Bersk no dijo nada. De pronto se perdió entre sus propias preocupaciones y de nuevo, como otras veces, se sintió como un drakkar que se hundía poco a poco en la inmensidad del mar.

—¿Cómo se te ocurre ir a cabalgar a ese hombre? Y además, chillarlo a los cuatro vientos...

Bersk se puso en pie de un salto, haciéndola callar.

—Me apeteció ser usada por un ser inmundo... Quizá había bebido demasiado... Qué más da...

—Y esos gritos...

—Debí quedarme dormida después de haber sido usada por ese maldito. Ha venido a despertarme y quería echarme de su sucia cama como si fuera una fulana. ¿Qué querías que hiciera? Puede estar contento de que no le haya atravesado su gorda tripa con mi... con...

Bersk dejó de hablar y se llevó una mano a la entrepierna. Cuando la sacó de la repentina humedad que sintió rodando por sus muslos, vio sangre entre sus dedos.

—Maldito sea... ha debido desgarrarme.

Érika se puso en pie y se acercó a ella, pero Bersk la echó de su lado.

—¿Estás bien?

—Siento un mareo horrible y ganas de vomitar, pero estoy perfectamente. Debí beber demasiado.

Érika desistió entonces sabiendo que Bersk no aceptaría su ayuda. Tomó asiento de nuevo y se dedicó a observar los perezosos movimientos de su hermana. Era evidente que no se encontraba bien, cansada y dolorida, y sus quehaceres se veían lentos. Bersk puso agua a calentar y luego comenzó a preparar un hato de ropa. Érika se mantuvo en silencio, conociendo la razón de aquellos preparativos y la observó desde su asiento junto al fuego. Bersk comprobó la temperatura del agua y comenzó a asearse. Cuando limpiaba en su entrepierna con un paño mojado, a Érika no le pasó desapercibida su propia preocupación.

—¿Y si te he hecho daño? Deberíamos...

—No deberíamos nada, hermana. —La cortó con voz hosca. —Debo estar sangrando como cada mes.

Bersk salió de la casa poco después perfectamente vestida, abrigada y armada, con el largo cabello recogido en una alta coleta, cubierta por una capucha. Su pasos al caminar, pretendían ser todo lo dignos que pudo fingir. En realidad se sentía falta de fuerzas y enferma, y tal vez no era debido al daño que el herrero pudiera haberle hecho. Decidió que tal vez el malestar del periodo menstrual, se había unido a la desmedida ingesta de cerveza del día anterior. Traspasó las puertas de la muralla con la clara intención de ir a despedirse de su hijo y luego tomar su caballo del establo. Había decidido marcharse, no sabía a donde, pero al menos a un lugar donde pasar el invierno sin tener que sentirse como un ser molesto y rechazado. Érika no fue capaz de detenerla, y desde la puerta su mirada preocupada la siguió hasta que la vio desaparecer tras las puertas de Coenwalh. Bersk era un ser desgraciado que jamás encontraría su rumbo.

Caminó con la cabeza bien alta, la espada a su espalda y un hato de ropa cargado sobre un hombro. No miró a nadie de todos aquellos a los que encontraba a su paso, perfectamente consciente de que su presencia era del interés de que cada hombre, mujer y niño, que en sus quehaceres la veían pasar.

Liam agradeció a los tres niños las raíces entregadas, y les dio unas monedas como pago. Eran muchas las veces que algunos pequeños, conociendo ya las hierbas y raíces necesarias para sus curas, se divertían

buscándolas para después entregárselas a cambio de algunas monedas. Sonriente y satisfecho, Liam les vio alejándose a la carrera, entre risas y gritos de alegría contentos por el premio recibido. En realidad, aquellas raíces estaban ya muertas y no le servirían de nada, pero los niños no lo sabían y no tuvo valor para rechazarlas. De pronto la vio, lo que borró lentamente aquella sonrisa y la miel de sus ojos, perdió todo rastro de alegría. Caminaba altiva, con aquella larga y delgada figura, cubierta por pieles de lobo, y le vino a la mente la primera vez que pudo verla. Era de nuevo aquella loba del Norte, soberbia y temeraria, que causaba tanto temor como admiración. Cuando la tuvo cerca, Liam reconoció su semblante ceniciento, los violáceos ojos hundidos entre las ojeras, y los rellenos y hermosos labios descoloridos. Pasó por delante de él y no le vio, o tal vez no quiso verle.

—Bersk...

Ella continuó su camino como si no le hubiera oído.

—¿Bersk?

—¿Qué quieres, niñita?

Se vio obligada a responder por fin, pero no detuvo sus pasos. Liam caminó tras ella preocupado, y volvió a llamarla. La loba del Norte por fin interrumpió su intención de continuar hacia su destino, y se volvió para mirarle. Liam abrió mucho los ojos al verla. Ahora que la tenía tan cerca, advirtió hasta que punto su rostro se cubría con una máscara de enfermedad. Los ojos como la miel se perdieron un momento en el violeta de los ojos de la loba, y de pronto un torrente de sangre inundó sus pensamientos, como siempre que una visión similar acudía a su mente.

—¿Qué te ocurre, niñita?

Sobre aquel rostro encapuchado, Liam vio rodar un torrente de sangre y se quedó inmerso durante un instante en sus pensamientos. Luego parpadeó y la sangre había desaparecido.

—Vas a sangrar, Bersk. —Dijo como si no fuera consciente y dueño de sus palabras.

Bersk arrugó el ceño sin comprender. Pero después sonrió irónica.

—De hecho, ya estoy sangrando. Llegas tarde en tus predicciones. Quizá no lo sepas, pero suelo sangrar con cada luna como todas las mujeres.

Liam tragó dolorosamente y meneó la cabeza, visiblemente preocupado.

—Esta vez no es esa la razón. —Declaró. —Estás enferma, Bersk, y morirás si no recibes ayuda.

Bersk pareció intentar digerir aquello, pero finalmente sonrió y le miró

con desdén.

—Déjame en paz, niña.

Se volvió para darle la espalda y continuar en su intención de buscar a Harald para despedirse, pero Liam la retuvo tomándola de un brazo. Bersk se enfureció por ello, se deshizo de él bruscamente y se giró para mirarle.

—¿Quieres dejarme en paz?

—Por favor, escúchame y ven conmigo a mi casa, cuidaré de ti. La criatura está muerta en tu vientre, es por eso por lo que quizá no te encontrabas bien...

Las dos violetas apagadas en el rostro ceniciento de la mujer se abrieron desmesuradamente.

—¿Qué... qué estás diciendo?

—Ven conmigo, Bersk y deja que cuide de ti.

—¿Estoy...? —No llegó a terminar la pregunta, llevándose una mano al vientre.

—Lo estabas. —Respondió Liam con tristeza en la mirada y negando con la cabeza. —Pero ha muerto. Ven... ven...

Bersk se sintió perdida. Era cierto que desde hacía unos pocos días se encontraba invadida por un malestar, que terminó achacando a la resaca que muy seguramente también padecía. Y quizá, ahora que Liam le había revelado el motivo, el mareo y las náuseas, parecieron acrecentarse. Sintió la humedad en su entrepierna más abundante, a pesar de que había cubierto sus bragas con varios paños gruesos. Y de pronto el miedo y la inquietud se apoderaron de ella, perdida y sin saber qué hacer en ese momento y ante tal circunstancia en la que se encontraba. Miró a Liam ahora como si estuviera dispuesta a ponerse en sus manos, o más bien, como si estuviera rogando su ayuda en silencio, y él la tomó suavemente de un brazo. Le quitó el hato de ropa para transportarlo él mismo, y la condujo hasta su casa. Una vez la dejó en el interior y junto al fuego, salió para llamar a un grupo de niños que jugaban cerca, y estos acudieron prestos a su llamada, pues los recados para Liam siempre iban acompañados de algún premio. Liam propuso un juego a los niños... Se trataba de ir en busca de Maida y traerla hasta allí sin llamar la atención de absolutamente nadie.

Regresó entonces al interior, y aunque actuó de forma sosegada con la intención de no alarmar a Bersk, estaba realmente invadido por la inquietud. En aquel momento ella se había convertido en un dulce corderillo al que podría manejar a su antojo, y comenzó a desnudarla con cuidado y suavidad, sin que ella pusiera objeción alguna. Luego la hizo tumbar en la cama, y cubrió

su cuerpo desnudo con varias mantas. Puso agua a calentar y preparó sus herramientas, mientras le dirigía palabras tranquilizadoras, pretendiendo sosegar la preocupación que parecía embargarla hasta el punto de mantenerla totalmente en silencio.

Cuando Maida apareció en la casa, Liam ya había conseguido adormecer a la vikinga tras haberle administrado el brebaje que preparaba para calmar el dolor. La joven cerró tras ella, y se quedó plantada junto a la puerta con la mirada clavada en la mujer que descansaba en la cama de Liam. En ese momento él apartaba agua caliente en un barreño y volvía a rellenar el caldero que ardía sobre el fuego.

—¿Qué es lo que pasa? —Preguntó Maida. —Los niños han dicho que tenías un secreto para mí.

Liam no la miró para responder, mientras se lavaba las manos y los brazos hasta los codos, para luego secarlos con un paño limpio.

—Lava bien tus manos, Maida. —Le dijo. —¿Recuerdas a aquella mujer que perdió a su criatura el año pasado? Bersk está en la misma situación, y debemos sacársela antes de que la mate.

Maida afirmó con un rápido movimiento de su cabeza, y se dispuso a serle útil sin detenerse a hacer preguntas, por más que sintiera curiosidad. Primero lavó sus manos, luego tomó una palangana y paños limpios y fue junto a la cama. Vio y admiró porque siempre le parecía admirable que un hombre tuviera aquellas dotes, cómo Liam separaba las piernas de la vikinga, y se disponía a actuar como una auténtica partera. Había mucha sangre, y Maida acopló la palangana bajo sus caderas, mientras Liam separaba la carne con sus manos. La nórdica estaba prácticamente sedada tras la toma de aquella potente bebida que Liam le administró, y apenas se quejaba o se movía. Arrodillada junto a la cama, Maida sujetó la palangana para recoger todo aquello que arrojara el cuerpo de la otra mujer, mientras Liam hacía entrar poco a poco sus dedos en la vagina sangrante. Tras los dedos, consiguió introducir toda la mano y despacio volvió a sacarla, esta vez tirando de una masa de sangre coagulada. Su mano ensangrentada salió y volvió a entrar, mientras la mujer parecía dolorida entre sueños, y Maida sujetaba la palangana en donde iban cayendo los restos del embrión. Después Liam limpió la sangre de sus manos, y oprimió el vientre de la mujer, haciendo salir los últimos restos de su embarazo interrumpido. Una y otra vez, hasta que apenas caía ya una simple gota en la palangana que Maida seguía sosteniendo. Fue entonces cuando Liam tomó aquel ensangrentado recipiente y lo acercó a la luz del fuego, para

reconocer los restos. Mientras Maida se dedicaba con todo cuidado y delicadeza, a limpiar la sangre que cubría a Bersk. Comprobaron la temperatura de su cuerpo y la cubrieron con mantas. Y por primera vez Liam miró a Maida.

—Ya está. —Le dijo. —Puedes irte, pero no hables con nadie de todo esto.

Ella tardó unos segundos en asentir y dar una respuesta.

—De acuerdo. ¿Qué vas a hacer con eso? —Preguntó señalando la palangana.

—Esta noche me desharé de ello.

Maida volvió a asentir y durante unos segundos, su mirada preocupada se perdió en el semblante visiblemente turbado de Liam.

—¿Estás bien? ¿Me necesitarás más tarde?

Liam negó con la cabeza, apartó la mirada de la palangana llena de coágulos, y hundió sus manos en agua caliente para lavarse.

—Gracias, Maida. Vete antes de que alguien te eche de menos en la casa.

Maida salió de allí consternada. No era la primera vez que trataban de salvar la vida de una mujer, cuyo feto estaba muerto en el vientre. Y siempre quizá era doloroso pero a la vez tan grato, saber que los conocimientos de Liam podrían salvarla cuando lo normal era que aquello matara a la madre. Pero lo que en ese momento pudiera estar afligiendo a Liam, fuera lo que fuera, llenaba a Maida de dudas. Era cierto que a pesar del éxito hasta ese momento, aún debían esperar que la fiebre no apareciera, y si era así que no terminara matándola. Y por lo que Maida había comprobado, mientras que Liam parecía sentir cariño por la otra vikinga, se diría que poco le unía a esta otra. Pero pensándolo bien, reconocía que Liam era un ser bueno y compasivo, y tal vez los temores o aquello que sintiera, podría deberse al hecho de no poder evitar a pesar de sus conocimientos, la muerte de aquella mujer.

Liam llevó la palangana junto a la puerta y la cubrió con un paño para apartarlo de la vista. Miró a Bersk, cubierta bajo la manta y con el cuerpo hacia un lado encogido por el dolor, a pesar de estar convenientemente sedada. Más tarde comprobó la temperatura de aquel cuerpo inmóvil, y como había esperado, advirtió que la fiebre había hecho su aparición. Según sus propios conocimientos, a pesar de lo que otros pensaban, ante la fiebre era necesario no avivar el calor en el cuerpo del enfermo, por lo que cubrió a Bersk tan solo con una liviana sábana, y le puso un paño mojado en la frente y el cuello. Más tarde cambiaría aquellos paños. De momento descansaría.

Tomó asiento frente al fuego y apoyó las largas piernas masculinas en un banco. Esperaría mientras se tomaba un descanso, hasta volver a comprobar esa temperatura. El brebaje sedante la mantendría un tiempo adormecida, pero el dolor sería demasiado intenso, y estaba seguro de que ella no tardaría mucho en despertarse aquejada por terribles calambres en su vientre manipulado.

Liam finalmente se durmió por el agotamiento y el agradable calor del fuego. Pero apenas había transcurrido una hora, cuando oyó los adormecidos quejidos de la mujer. Abrió sus ojos y la vio encogida bajo la sábana, temblando de frío y dolor. Liam saltó de su asiento, comprobó la temperatura y asintió satisfecho aunque el gesto de preocupación no había desaparecido de su semblante. Luego la arropó sin que ella pareciera consciente de nada, y tiernamente le acarició la frente. Ahora aquella loba era como una pobre niña moribunda, y a pesar de que no siempre sintió demasiado aprecio por Bersk, Liam se vio invadido por la compasión. Se preguntaba cuántos días habrían pasado desde que el embrión de poco más de un mes, había dejado de tener vida en el vientre de la mujer, y a pesar del malestar que ello debía haberle producido, cómo fue posible que ella hubiera podido mantenerse en pie. Lo vio en su rostro cuando la detuvo aquella mañana, el aura de sangre que rodeaba su alta figura de loba del Norte, y luego llegó a su mente la razón que terminaría provocándole la muerte. Habría muerto de haberse obstinado en continuar con su intención de abandonar Coenwalh, y aunque ahora Liam no era capaz de ver el destino de la mujer, no estaba muy seguro de que lograra escapar de un final fatal.

Regresó al fuego para avivarlo y volvió a tomar asiento. Ahora pensó en Hakon, sabiendo que por el tiempo que le calculaba al embrión perdido, él era el único responsable de la preñez de la nórdica, y decidió que su hermano jamás lo sabría.

Érika acudió aquel mediodía a la gran sala para comer. Hoy se había puesto un vestido de lana color ocre, bajo una capa de intenso granate. Llevaba el cabello recogido en una larga trenza que caía por delante hasta su cintura, y una gargantilla de fina labor nórdica. Era la primera vez que lucía en Coenwalh con ropas femeninas, y si su aparición en aquella sala habría llamado la atención de cualquier forma, hoy que se dejaba ver vestida como una dama, atrajo la atención de todos los presentes. Sheldon y Oswald, sentados junto al fuego, se volvieron para mirarla un solo momento, y cuando sus cuellos volvieron a girarse hacia las llamas, ambos hombres se miraron

desconcertados por la nueva apariencia de la vikinga. Maida intentaba atraer la atención de los tres pequeños, que jugaban sentados sobre una piel con muñecas de trapo y un pequeño carro de madera, nada dispuestos a dejar su juego para ir a la mesa. La mujer con los brazos en jarras y muy cerca de los niños, estaba a punto de soltar su última advertencia, cuando la puerta se abrió a su espalda y sus ojos se encontraron con la figura de Érika, cerrando para impedir el paso de la fría brisa. Maida la vio, saludando apenas con un leve e incómodo movimiento de cabeza, y comprendiendo quizá, la incomodidad de la rubia mujer, la recibió con una tranquilizadora sonrisa. No había nadie más en la estancia, excepto las dos mujeres, madre e hija que solían servir la mesa, y que en ese momento se disponían a repartir en hondas bandejas, el estofado que bullía sobre el fuego.

Harald entonces vio a su tía y su sonrisa se agrandó, acompañada de un grito de alegría. De pronto se olvidó de Audrey y Sibley, sus dos queridas amigas, y sus juegos, se puso en pie de un salto y corrió para aplastar su rostro contra el vestido de Érika y abrazarse a sus piernas. Ella sonrió, ocultando la pesadumbre que la invadía por él, y se agachó para besar al niño. Luego le tomó en sus brazos, apartó dulcemente el claro flequillo de la frente del pequeño que ya empezaba a necesitar ser cortado, y acercó su nariz a la diminuta naricilla para rozarla suavemente.

—¿Madre tampoco viene hoy? —Preguntó Harald.

La pregunta que menos habría deseado aquel día, y sobre todo, que menos le apetecía responder casi consigue borrarle la sonrisa. Sin embargo, y a pesar de que sus ojos grises delataban su preocupación, ella continuó sonriendo. Se alegró de que al menos por lo que parecía, nadie de los pocos que ocupaban el lugar les prestara atención. Y aquella pregunta... ¿Quería eso decir que Bersk no había pasado a despedirse de su hijo antes de abandonar Coenwalh? La sonrisa desapareció un momento, pero de nuevo se alojó en sus labios, mientras respondía en voz baja.

—Madre ha debido salir de Coenwalh para servir a un gran señor de Dinamarca. —Mintió, poniendo un toque de misterio y diversión en la voz. —Volverá, pero pasará un tiempo...

El gesto de Harald se ensombreció de tristeza, tanto como su voz.

—¿Ha salido como cada verano? —Preguntó. —Pero ahora hace frío... Y no ha venido a despedirse, como siempre hace...

Los ojitos tristes se clavaron en la mirada gris, que trataba sin conseguirlo de ocultar su angustia. Érika buscaba en su mente la respuesta que lograra

tranquilizar y satisfacer al niño, sin encontrar ninguna con la que no terminara engañándole. Suspiró, y vio como de pronto el semblante de Harald era invadido por un gesto de ilusión. Fue él quien parecía haber encontrado aquella respuesta.

—¡No se ha despedido porque volverá pronto! —Exclamó él. —¿Verdad, Érika?

Ella sonrió y luego apretó aquel cuerpecillo contra su pecho.

—Así es, mi pequeño, así es. —Mintió.

Fue suficiente para Harald. De pronto parecía haber olvidado que su madre se había marchado, y debía pensar que no tardaría mucho en volver a verla. Érika le dejó entonces en el suelo, y el niño corrió a sentarse a la mesa, junto a las dos pequeñas. Ella le miró sin poder ocultar ahora su pesar. Bersk se había marchado y probablemente para siempre... ¿Cómo haría cuando su ausencia comenzara a ser demasiado larga, y el niño quisiera saber de su madre?

La puerta de la pequeña estancia que había ocupado la noche anterior, se abrió de pronto, y la figura de Hakon apareciendo tras ella, seguido de aquel extranjero de barba morena llamado Jack, la sacó de pronto de sus pensamientos. Él la vio y fue como si nadie más ocupara aquella sala, sus ojos apenas dejaron de mirarla durante unos instantes, y parecía no solo complacido de su presencia, también de su femenino atuendo. Sonrió a la vikinga, no pudo evitarlo, y asintió levemente como si con aquel mudo gesto, agradeciera su asistencia.

Todos fueron a ocupar sus lugares en la mesa, y Hakon ya sentado, señaló a Érika un lugar en el banco junto a su sillón. Ella asintió insegura y de la misma forma, fue a sentarse. Pensó que Hakon se comportaba de forma demasiado familiar con ella ante la vista de los demás, como si no le importara que pudieran descubrir que habían llegado a intimar. O tal vez, pensó, solamente estaba siendo amable con su invitada. Aquel era el lugar que siempre ocupaba Liam, y por lo que parecía tampoco acudiría para comer.

Un humeante y sabroso potaje de verduras y carne salada, fue servido y la comida comenzó con el silencio de los adultos, roto por los juegos y risas de los tres niños. Hakon tomó el cucharón hundido en la fuente cercana a su plato, y se sirvió mientras comenzaba a comentarle a Maida la última revisión de sus cuentas, que acababa de hacer junto a Jack. El hombre estaba sentado al lado de Maida, en silencio y a la espera de su turno para poder servirse la comida, hoy por primera vez desde hacía tiempo compartiendo mesa con el señor del

lugar. Una vez se hubo servido el señor, pasó el cucharón a la danesa como si se hubiera tratado de la señora de la casa, pensó Érika. Pero miró a Maida, quien atendía a las observaciones de Hakon, aparentemente sin hacer aprecio a aquel detalle, por lo que finalmente pensó que ese gesto no era más que una cortesía hacia su invitada. Todos comenzaron a comer una vez servidos sus platos, los niños comían ahora en silencio, y a pesar de que a veces hundían los deditos en el caldo, Maida no les reprendió como era su costumbre, pues la conversación entre los comensales sobre temas acontecidos en la guerra pasada ese verano, mantenía a todos y a ella también, demasiado ocupados. Sólo Jack, quien se sentía como un extraño en aquella mesa, se mantenía en silencio y a la escucha de cada comentario como si realmente le interesara. Érika mantenía la misma actitud, y a pesar de haber participado en aquella guerra de la que se hablaba, no abrió la boca en ningún momento para hablar, y tampoco se molestó demasiado en fingir que atendía a la conversación. Pensaba en Bersk, lamentándose ahora que empezaba a sospechar que tal vez ella misma había contribuido en su marcha, con su propia indiferencia ante las tribulaciones de su hermana. Hakon pronto perdió también el interés por la charla, y ahora que las voces de unos y otros llenaban el lugar, Érika le habló en un tono apenas audible para el resto de comensales.

—Bersk se ha marchado. —Susurró. —Para siempre, me temo.

Hakon apenas ladeó la cabeza para mirarla. No había mejor noticia que pudieran haberle dado aquel día, y se alegraba tanto que su gesto pareció iluminarse. *Tanto mejor si es para siempre*, pensó. Pero la voz de Érika no demostraba ninguna satisfacción ni alegría, y se guardó el comentario, incluso ocultó en su semblante lo que realmente sentía, cuando ella le miró.

—¿Y eso te hace sentir mal? —Preguntó.

La mirada de Érika descendió hacia su plato, del que apenas había podido comer. Por más que Hakon intentara ocultar el placer que le causaba aquella noticia con un gesto de preocupación, era bastante evidente lo que realmente sentía. Y por más que ella lo comprendiera, se le hacía insoportable.

—Me preocupa su viaje a ninguna parte con este frío. —Respondió—. Que consiga llegar a algún lugar sin perder la vida. No quiero que le ocurra nada malo, y sobre todo... Si no vuelve jamás, no sé cómo le explicaré a Harald la ausencia de su madre. Eso es lo que más me inquieta.

Hakon asintió comprensivo y miró al pequeño, feliz entre sus hijas.

—Harald será criado como un miembro más de esta familia. Me ocuparé de que sea instruido y se convertirá en un hombre de provecho, por eso no

debes preocuparte.

La mirada de Érika agradeció en silencio aquella promesa, y Hakon dio por terminada la conversación. Ahora que ella no le miraba, sonrió satisfecho por la marcha de aquella mujer a la que tarde o temprano, él mismo se habría visto obligado a expulsar de su casa.

—Eres demasiado amable conmigo. —Susurró ella tras un breve lapso de silencio entre los dos. Él la miró confundido, pero no dijo nada y ella se explicó. —No se trata de tu compromiso con la educación de mi sobrino. Me refiero a tu comportamiento conmigo ante toda esta gente. Quiero decir que te muestras complacido por mi llegada... Me das un lugar a tu lado en la mesa... Hablas en susurros conmigo, mientras los demás comentan temas importantes a los que no prestas atención... Y todo ante la presencia de tu gente. Como si no te importara que puedan llegar a sospechar que ha habido algo entre nosotros.

Hakon que la había estado escuchando sin comprender, terminó encogiéndose de hombros, y volvió la mirada a su plato ya vacío.

—Podríamos subir a mi cama ahora mismo y a nadie le importaría. —Declaró con total tranquilidad. Ahora clavó su mirada en ella. —Por cierto... ¿Vendrás esta noche?

—Puede que a ti no te importe, pero yo no quiero que lo sepan.

No estaba molesta por la indiferencia de él ante sus preocupaciones, sólo trataba de hacerle ver lo que sentía. Él asintió comprensivo.

—Tienes razón. Tal vez pienses que con mi comportamiento, lo único que consigo es convertirte en mi ramera a la vista de todos...

—Eso no me preocupa. —Le interrumpió ella con total sinceridad.

Hakon la miró ahora molesto.

—Entonces... ¿Qué es lo que te preocupa?

Aquellas dos voces seguían siendo susurros, pero tan larga se hacía la conversación, que los comensales perdieron pronto el interés por su propia charla y aunque no dejaron de hablar, no había nadie ya que no les prestara atención. Maida que estaba lo suficientemente cerca como para llegar a entender alguna de las palabras que se decían, trató de esconder su interés, aunque sus oídos se mantuvieron atentos.

Érika no dijo nada. Hakon apartó la mirada de ella, fingió estar interesado en la charla de Oswald, que en este momento era aparentemente escuchado por todos, y volvió a mirarla para continuar.

—¿Quieres no volver a mi cama? Esta mañana, hasta que Bersk apareció para interrumpirnos, me pareció lo contrario. O quizá... ¿Quieres que aquella a

la que todos pueden ver como la fulana que me acompaña a la cama, se convierta en mi esposa? —Ella le miró sorprendida, pero no dijo nada. —Te pediré la mano si es lo que quieres, en cuanto acabe esta comida, y ante la mirada de todos.

Los ojos de ella se abrieron inmensos ante la declaración que no había esperado. Pero no estaba más sorprendida que la misma Maida, que esta vez pudo oír todas y cada una de las palabras que escaparon molestas, y se atragantó mientras bebía. Hakon ni siquiera se dio cuenta, y Érika que la tenía sentada frente a ella, apenas la miró. De pronto se cortó la conversación y todos, excepto Hakon y Érika se centraron en la repentina indisposición de Maida, quien saltó del banco y tosió sobre una servilleta. Jack de Arran también se puso en pie.

—¿Estás bien, Maida? —Preguntó y le ofreció un vaso para que bebiera, que ella rechazó con una mano.

Hakon miró entonces a la dama.

—¿Qué te ocurre? —Preguntó.

Maida por fin pareció relajarse, meneó la cabeza y volvió a tomar asiento. Jack de Arran la siguió, y Hakon volvió a mirar a Érika para continuar con lo que habían dejado antes.

—¿Es eso lo que quieres? —Susurró a la vikinga.

Ella le miró aún impresionada.

—¿Lo harías?

Hakon clavó su mirada en ella y asintió. Luego advirtió el silencio que inundaba la sala, incluso los niños que no imaginaban nada de lo que ocurría, se mantenían mudos y atentos a los rostros de los adultos.

—Lo hablaremos después. —Respondió.

Por fin se dio cuenta de que no era el momento ni el lugar para comentar el asunto. Pero Érika le dio su respuesta.

—No aceptaría. —Dijo.

Hakon respiró hondamente molesto y ahora desvió su atención. Nadie hablaba y no habría conversación a la que unirse, además había terminado de comer, por lo que apartó su plato y se puso en pie. Miró a Maida, quien con los ojos inundados en lágrimas tras el golpe de tos, le miraba desde su asiento.

—¿Estás mejor, Maida? —Preguntó, y como ella asintió y aunque le desconcertaba el gesto impresionado en la mirada de la dama, él pareció satisfecho. —Bien, pues me marchó. Voy a ver a mi hermano.

La ausencia de Liam le tenía preocupado. Maida se apresuró a impedir

aquella visita que Liam no agradecería, ahora que teniendo a la otra nórdica convaleciente en su casa, pretendía mantenerlo en secreto.

—No vayas...

Hakon detuvo sus pasos y se volvió a medias ante la voz de Maida. Ella le miró intentando parecer sosegada y segura, mientras su mente buscaba una explicación que darle. Tragó saliva la mujer, y por más que hubiera conseguido mostrar seguridad, Hakon la conocía demasiado bien. Él terminó volviéndose del todo para mirarla inquisitivo.

—¿Por qué no iba a ir...?

Maida le interrumpió y se puso en pie. Una de sus manos se apoyaba sobre el tablón de la mesa, y Hakon reconoció la ansiedad que ella parecía querer ocultar.

—Le he visitado esta mañana. —Explicó ella. —Me pidió que dijera que está inmerso en no sé qué cosas importantes, y que necesita tranquilidad y soledad. Creo que vendrá esta noche por aquí...

—¿Y por qué me está pareciendo, Maida, que me ocultas algo?

—No... no oculto nada. —Sonrió tranquilizadora. —Es solo que... Olvidé decirte que Liam me pidió que informara de que no quería ser interrumpido en sus cosas. Lo siento. Sabes que suelo olvidar esas cosas.

Hakon asintió convencido. Muy propio de Maida.

XXIII

La puerta se abrió de forma tan suave, que habría sido necesario estar despierto para haber percibido el sonido. Pero este fue un ruido que nunca le llegaba en sueños, y esto era suficiente para haberle despertado. Se cerró de la misma manera, y Hakon abrió los ojos pero no se movió. Apenas quedaban más que unas pocas brasas en el hogar, por lo que supo que era bien entrada la madrugada. Y la escasa luz que desprendían era lo suficientemente sobrada para poder atisbar en las sombras que invadían la estancia, a la figura que tras cerrar, parecía mantenerse detenida a la espera de que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. La mano de Hakon se deslizó suavemente entre las sábanas, consiguiendo que el roce fuera apenas audible, hasta alcanzar el cuchillo que dormía bajo una almohada, y se preparó para recibir al inesperado visitante. Su respiración pausada continuó como si durmiera, y el cuchillo salió delicadamente de su escondite. Le vio caminar lentamente, procurando que cada paso fuera inaudible, y a apenas un metro de distancia, reconoció que se trataba de una mujer por la larga melena apenas recogida, y la forma de su figura. Continuó respirando como si durmiera, y la intrusa ya junto a la cama se inclinó lentamente hacia él. La miraba con los ojos bien abiertos, consciente de que a ella le era imposible verlos. Una mano lenta y temblorosa se separó de la cadera femenina, para aproximarse a él. Hakon oyó la intranquila respiración de la inesperada visitante muy cerca, y su mirada se centró en aquella mano desnuda y vacía que se le acercaba. Continuaba respirando como en sueños, pero su respiración se alteró en el pecho con la cercanía de aquella mano, y aunque fue mínimamente, la intrusa reconoció el cambio, lo cual le hizo variar en su determinación de acercársele. Iba a echarse hacia atrás, pero no logró apartar la mano lo bastante rápido. Hakon agarró el brazo de la desconocida, tiró de él y consiguió sin demasiado esfuerzo hacerla caer en el colchón a su lado. Ágilmente se sentó sobre aquel cuerpo que no trató de luchar. Con la mano libre le aplastó la cara en el mentón, y puso la hoja del cuchillo en el cuello. Ella seguía sin resistirse, ni hizo movimiento alguno.

—Maldita seas, Bersk... ¿Qué pretendías?

Habló con los dientes apretados y habría deseado pasar el cuchillo por la palpitante arteria en el cuello. Pero lo apartó inmediatamente y dejó de presionar contra el mentón, cuando la figura inmóvil y jadeante bajo su cuerpo le habló.

—Maldito seas tú, Hakon. Has podido partirme el brazo y la mandíbula.

La quejumbrosa voz de Érika consiguió relajarle y desconcertarle a la vez.

—Y quítate de encima. —Pidió ella. —Me estás aplastando.

Hakon obedeció lentamente en silencio. Guardó el cuchillo en su lugar, y tras cubrirse el cuerpo desnudo pues la habitación estaba fría, relajó su espalda contra una almohada. Vio que Érika saltaba de la cama tras mascullar una protesta por el dolor en su cuerpo tras el ataque recibido, y aún sin saber qué decir, la observó mientras ella se deshacía de su propia ropa y entraba rápidamente en la cama, buscando el calor de las mantas.

—Puede que mi hermana esté loca, pero no creo que se le ocurriera nunca intentar matarte. —Aclaró ella.

Hakon seguía mudo por el desconcierto. Bajó la mirada hacia el rostro apenas reconocible en la oscuridad, lo único que ella no había cubierto con las mantas, y se preguntó si lo que acababa de ocurrir no sería ciertamente un sueño.

—¿Qué te ocurre? —Preguntó Érika confundida por su silencio.

Hakon respiró hondamente, hizo descender su cuerpo hasta apoyar la cabeza en la almohada, y por fin dijo algo.

—¿Qué otra cosa puedo esperar aparte de un ataque a estas horas de la madrugada, cuando una oscura y silenciosa figura se hace paso hasta mi cama? —Preguntó. —¿A qué se debe esta visita como si no necesitaras mi permiso?

—¿Lo necesito? Lo pediré entonces. Tenía frío en esa pequeña y gélida cabaña. —Respondió ella. —Los lobos rondan la aldea en busca de desperdicios, y se pueden oír sus pisadas y gruñidos. Esas fieras me aterran desde que mataron y despedazaron a mi caballo ante mis ojos, hace algún tiempo. Fue una suerte que se conformaran con matar solamente al animal, y me permitieran escapar. Y ha sido una suerte también que esta noche se hayan espantado al verme salir de la cabaña. Ahora me doy cuenta que ha sido una temeridad salir. Deberías organizar una partida de caza en los próximos días, disminuir su número o al menos expulsarlos de las cercanías. La comida escasea para ellos, y se convierten en un peligro...

Hakon hizo caso omiso a todas aquellas palabras. Desde la caída del sol hasta mucho después del amanecer, las puertas que cerraban la muralla

permanecían atrancadas y custodiadas por guardias, y nada excepto una orden de Hakon podría abrirlas durante la noche.

—¿Quién te ha abierto las puertas? —Preguntó interrumpiendo sus palabras.

Érika ladeó la cabeza para mirarle. Ambos se miraban pero no lograban ver con claridad sus rostros. Dejó de mirarle, sabiendo que no le agradaría la respuesta que iba a recibir.

—Escalé la muralla. —Respondió. Aunque Hakon se removió inquieto, ella continuó. —Mañana también deberías amonestar seriamente a la guardia, y tal vez ahorcar a alguno de ellos públicamente para que sirva de ejemplo. Es bastante sencillo colocar la cuerda y ascender hasta aparecer en el adarve. Desde ahí y con la misma cuerda, descender hacia la plaza. Luego y a pesar de los perros que ladran y persiguen amenazadores entre las calles, es fácil llegar hasta la puerta de la casa. Nadie, ni siquiera los guardias parecen percatarse de que esos animales advierten de intrusos rondando en la noche. Y amenazan con atacar, pero se espantan ante movimientos desafiantes...

La furiosa inquietud que recorría a Hakon, era reconocible por el ritmo agitado de su respiración. Volvió a incorporarse y lo hizo bruscamente, interrumpiendo a Érika de nuevo.

—Hay un hombre junto a la puerta de la casa durante las horas de oscuridad...

—De hecho, el buen hombre duerme con la espalda apoyada contra esa puerta, por lo que sería difícil traspasarla sin que él lo advirtiera. —Explicó ella sin ningún tipo de emoción en la voz. —También sería imposible sorprenderle en silencio, pues los tablones de la escalinata crujen demasiado y su sueño es ligero.

—¿Te permitió entrar?

—¿Por qué no? No sería la primera persona en este lugar que buscara un espacio en tu salón, huyendo del frío de la noche. Preguntó de donde venía a esas horas, claro... Le hice creer que había estado en la casa de Liam. Le dije que él no dormiría esa noche y que la luz de sus velas me molestaban. Es cierto que a estas horas, todavía lucen velas en esa cabaña...

Hakon deseó pellizcarse y comprobar que todo aquello era producto de una incómoda pesadilla. Con una mano se frotó los ojos, moviendo la cabeza en un gesto de incredulidad, luego miró a la figura inmóvil a su lado y con un brusco movimiento volvió a acomodarse bajo las mantas, resolviendo finalmente dejarlo todo para la mañana y continuar con su sueño.

Érika le vio tumbarse, arrojarse y darle la espalda y no entendió su silencio.

—¿Vas a darme la espalda? —Preguntó.

—Da gracias si no te echo de aquí. —Fue su respuesta, y se volvió un momento hacia ella. —Nunca... ¿Me oyes? Nunca vuelvas a poner a prueba la seguridad de mi casa. Y mucho menos vengas aquí para hacerme saber qué clase de idiotas la custodian.

Érika lo aceptó de buen grado. Al fin y al cabo tenía razón y estaba en su derecho. Empezaba a percatarse de que su idea de asaltar el lugar para ir a la cama de Hakon, no había sido una idea muy adecuada si se tenía a sí misma como una persona cabal. Y asumiendo su error, ella se incorporó entonces y apartó las mantas dispuesta a marcharse. Sin embargo, se vio retenida por la mano de Hakon que la tomó de un brazo.

—Quédate. —Soltó como si ordenara, antes de volver a darle la espalda.

Ella respiró hondamente, asintió y volvió a cubrirse. También se volvió hacia otro lado, y apenas había pasado una hora, cuando despertó a medias, sintiendo su espalda protegida por el cuerpo cálido de Hakon. Sonrió complacida por aquel abrazo y se giró suavemente hacia él. No sabía si estas nuevas sensaciones terminarían bien para ella, pero ahora era incapaz de escapar de ellas.

Tal y como había observado Érika en su camino a la casa esa madrugada, las luces seguían brillando en la casa de Liam. Poco antes de la cena, Maida se había acercado hasta allí a escondidas, con una olla de barro en la que humeaba un sabroso potaje y una jarra de cerveza. Un muchacho la seguía portando aquella cena, al que envió después a buscar algunos cubos de agua. El chico no entraría en la casa de Liam, para evitar que nadie excepto ella misma, pudiera ver a la nórdica convaleciente. Bersk dormía en aquel momento, ayudada por el brebaje sedante, pero despertaría dolorida poco después y aún sin apetito. Más tarde y cuando logró que ella volviera a descansar, Liam se marchó para acudir a la cena en la casa señorial, en la que no se demoraría demasiado. Si fue hasta allí, fue para evitar que tarde o temprano, Hakon se presentara en su casa para saber de él.

Bersk se durmió de nuevo hasta bien entrada la madrugada, y Liam despertó de su sueño sobre unas pieles en el suelo, y encendió velas. En ese momento, Érika caminaba cerca, sigilosa y seguida por los perros a los que logró espantar, al fin y al cabo, la vikinga ya era conocida por los animales, y terminaron por no verla como una amenaza a pesar de que recorría el lugar

como una furtiva. Liam oyó ladrar a los perros, pero no prestó atención a nada que no fueran las quejas de Bersk. Ella sentía horribles calambres en el vientre, siempre que se terminaba el efecto sedante, y se incorporaba entre gemidos dolorosos, tratando de abandonar la cama. No lo lograba, y sintiéndose impedida por un profundo mareo, volvía a tumbarse. La fiebre no volvió, y por fin tenía hambre, lo cual resultó una esperanzadora señal para Liam. Tratando de atender a las débiles quejas de Bersk, con gestos y palabras de alivio, él la acomodó con la espalda bien apoyada contra las almohadas, y la arropó antes de darse prisa en calentar algo de comida. Luego portó un cuenco de humeante caldo y se sentó junto a ella, dispuesto a hacerle comer. Por un momento, Bersk se sintió confundida por la amabilidad del joven, y le costó entender que él estuviera dispuesto a alimentarla como si se hubiera tratado de un niño. Liam sacaba la cuchara del cuenco, soplabla para enfriar el caldo y luego se lo llevaba a boca. Bersk terminó por aceptarlo y comió muy poco. Se sentía tan cansada y mareada, que necesitaba volver a tumbarse. Liam lo comprendió. Tan atentamente como la había alimentado, apartó la comida y la ayudó a tumbarse, arropándola después. Había una mezcla de agradecimiento y recelo en el gesto con el que Bersk le miró, mientras él acomodaba las mantas. No entendía su preocupación y amabilidad, y es que finalmente no había logrado conocer del todo a Liam.

Le siguió con la mirada mientras él añadía un tronco al fuego. La voz de Bersk escapó ronca y apagada de su garganta.

—Me duele otra vez. —Dijo. —¿Vas a darme un poco más de ese brebaje tuyo?

Liam detuvo la mano que azuzaba las brasas, y levantó su mirada hacia la mujer. Apenas la veía al otro lado del fuego que empezaba arder, pero ella sí podía verle iluminado desde el rincón que ocupaba la cama. Le vio sonreír agradablemente.

—Aún no. —Respondió—. Te he hecho beber demasiado durante todo el día y terminará por dejar de hacer efecto si abusamos de él. Esperaremos unas horas. ¿Te duele mucho?

Ella respondió con un movimiento negativo de su cabeza, que él no distinguió en la oscuridad. En realidad sí sentía dolor, pero aún podía soportarlo.

Liam se apartó del fuego. Había un candelabro de pie con una gruesa vela junto a la puerta, y otra vela sobre la mesa, que pretendía apagar para volver a dormir.

—Inglés...

Liam no llegó a apagar la vela del candelabro y se volvió para mirar hacia el oscuro bulto que ocupaba su cama. Por primera vez en mucho tiempo no le llamaba niñita, como era su costumbre.

—Nunca soy amable contigo... —Continuó ella. —Y no he mostrado por ti ningún tipo de afecto... ¿Por qué cuidas de mí y lo haces tan atentamente?

Liam apagó la vela del candelabro y fue hasta la mesa.

—Es lo que hago siempre cuando alguien que necesita de mis cuidados, cae en mis manos. —Respondió—. A esto me dedico.

Apagó la vela que lucía en la mesa, y fue a acomodarse en su improvisada cama en el suelo.

—¿Siempre prestas tu lecho para terminar durmiendo como un pobre mendigo? —Preguntó ella con su apagada voz. —¿Pasas parte de la noche en vela, y te dedicas a alimentar a los enfermos?

—Sí, si es necesario. Duerme un poco, el caldo que has comido te adormecerá.

En ese momento vinieron a la mente de Liam recuerdos de la convalecencia de la otra vikinga en aquella cueva. También le había prestado su cama, había curado sus heridas, y la alimentó. Érika igualmente se había sorprendido de haber sido atendida tan amablemente por él. Pero en aquel momento, aquella vikinga no solo era una extraña, sino que se había tratado además de una enemiga. No habría sido tan atento con ella, y ahora lo sabía plenamente, de no haber sabido que Érika sería importante en su vida futura.

Bersk le sacó de aquellos pensamientos, cuando ya estaba acomodado en su lecho de pieles, cerca de la cama.

—¿Es porque sientes que tienes alguna responsabilidad?

Liam tardó unos instantes en hablar.

—¿Qué responsabilidad iba a...?

—La criatura era de tu hermano.

Él aspiró hondamente y se arropó. Aquel detalle del que Hakon no era y tal vez jamás sería consciente, no le agradaba.

—Te cuido como lo haría tratándose de cualquier otra mujer en tu situación. —Respondió—. Da igual quien seas y qué hombre haya sido el responsable.

Bersk asintió con la cabeza como si comprendiera, a pesar de que él no podía verla. Liam trató de relajarse aunque el asunto mencionado por ella, le afectaba profundamente. El silencio deseado no duró demasiado tiempo.

—Quisiera irme mañana. —Informó ella. —Quiero que mi hermana siga pensando que he dejado Coenwalh, y me gustaría abandonar el lugar sin ser vista. ¿Esa mujer mantendrá en secreto que estoy aquí?

—¿Qué mujer? ¿Maida? No dirá nada, descuida.

—No llegué a despedirme de mi hijo. ¿Crees que ella podría traerle para que pueda verle antes de irme?

—Bersk... —Su voz sonó cansada. —Ni mañana, ni tal vez en dos días más estarás lista para cabalgar y enfrentarte a un duro viaje. Ahora duerme un poco y descansemos ambos. Me ocuparé de que Maida traiga a Harald en secreto, y de que puedas abandonar Coenwalh sin que nadie lo sepa, si es que ese es tu deseo. Pienso que tal vez deberías confiar en Érika, pero no seré yo quien te obligue a decidir lo contrario.

Bersk no dijo nada y se acurrucó bajo las mantas, aceptando el deseo de descansar de Liam y dando por terminada la conversación. El dolor parecía avivarse poco a poco, y encogió su cuerpo encontrando algún alivio. No le molestaría para pedirle que le administrara el brebaje aliviador, hasta que no fuera del todo insoportable aquel dolor. Pensó en la última reflexión de Liam, y por más que decidiera que no tenía motivos para ocultarle a su hermana lo que estaba ocurriendo, y que tal vez debería hacérselo saber, algo en su interior rechazaba aquella idea. Bersk terminó por dormirse profundamente a pesar del malestar, y cuando despertó ya había despuntado el alba. Se oían gritos en la plaza, que poco antes habían desvelado a Liam, que ahora se vestía rápidamente para salir de la casa. Bersk no tuvo tiempo para hacerle alguna pregunta, antes de verle cerrando tras él, y aún adormecida sintió los insoportables calambrazos en su vientre.

Liam se abrigó cerrando bien su capa y caminó deprisa hacia el barullo de gente, desde el que le habían llegado aquellos gritos que le despertaron. En el centro de la plaza, frente a la casa señorial, la gente más madrugadora y que aún no había empezado con sus quehaceres, se arremolinaba en torno a aquellos gritos. *¡Porque permito que mis hombres duerman y no vigilen en la noche! ¡Porque permito que mis hombres duerman y no vigilen en la noche!*

Eran aquellos gritos los que le habían sacado de su sueño, y cuando llegaba junto a la aglomeración de gente, oyó la voz de Hakon, que mandaba despejar el lugar. Hombres, mujeres y niños, que alguno había a esas horas, obedecieron apartándose de allí, y entonces Liam se detuvo en seco para observarlo todo con los ojos muy abiertos por la impresión. El jefe de la guardia mantenía sobre su cabeza un madero, no demasiado grueso, sujeto por

ambas manos, y sin detener sus rápidos pasos rodeando la plaza, gritaba aquello como si se le hubiera obligado a explicar la razón de su castigo. *¡Porque permito que mis hombres duerman y no vigilen en la noche!* Sus hombres, también guardias nocturnos, le observaban formando un grupo cerca de allí con los rostros apesadumbrados, algunos ni se atrevían a mirarle. Liam encontró a Hakon entonces, ahora que el lugar se había despejado. Parecía satisfecho, aunque más bien estaba furioso, y su hermano reconoció el poco agrado que sentía por haber aplicado aquel castigo. De camino hacia la casa, Hakon vio también a su hermano, y no sintió ninguna satisfacción por su presencia en ese momento. Liam le esperó, y el hermano danés pasó junto a él sin ningún deseo por someterse a las esperadas preguntas que vendrían.

—¿Qué es esto, Hakon?

No se detuvo para responder, y Liam caminó tras él.

—Mis guardias nocturnos duermen tranquilamente, dejando la muralla a merced de cualquiera que quiera traspasarla. Si no castigo de alguna forma al responsable, será como si las defensas de mi casa no existieran. El dolor de varias horas caminando con ese pesado tronco, y la humillación de gritar a todos su ineptitud será suficiente para remediarlo.

Liam no comprendió del todo. Trató de hacer alguna pregunta, y Hakon decidió que expondría sus razones rápidamente, si con ello lograba eludir un interminable interrogatorio. Detuvo su caminata y se volvió hacia el hermano menor. Un momento miró al hombre que cargando con su castigo, seguía gritando su incompetencia, y después sus ojos azules se clavaron en la confundida mirada de color miel.

—Anoche Érika asaltó la muralla y llegó hasta mi cama sin que nadie la viera o si la vio, la detuviera. Los centinelas no la advirtieron, y tampoco atendieron a los ladridos de los perros.

Liam no recordaba ahora aquellos ladridos nocturnos que aunque llamaron su atención por un momento, no llegó a darles importancia. Y si lo recordaba, era algo que carecía de importancia, ante el hecho de que Érika hubiera escalado una muralla para llegar a la cama de Hakon. Porque él había dicho cama...

—¿Quieres decir que...?

Trató de preguntar no sabía qué. Luego tragó saliva mientras Hakon asentía lentamente, y terminaba de explicarse.

—Llegó a mi cama con la intención de pasar la noche en ella, si. Ahora lo sabes... No sé muy bien qué es lo que quiere de mí esa mujer, pero mientras

que rechaza mis ofrecimientos, parece que me echa de menos en la noche, y es capaz de trepar una muralla y enfrentarse a la flecha que habría recibido de haber estado mi guardia despierta y atendiendo a sus obligaciones.

Liam parpadeó confundido.

—¿A qué ofrecimientos te refieres? —Preguntó.

—Parece que le incomoda que la gente sepa que comparto mi cama con ella... —Los ojos de Liam se abrieron inmensos, mientras Hakon se encogía de hombros. —No esperaba que tuviera tantos reparos, al fin y al cabo, no se trata de una dulce y casta damita. Así que le ofrecí matrimonio...

La boca de Liam se abrió por la sorpresa, y miró un momento hacia otro lado como si tratara de digerir lo que acababa de oír.

—Sabía de tu interés por ella, pero... —Liam bajó la voz y levantó la mirada hacia los ojos de su hermano. —¿Cuándo se ha interesado ella por ti? ¿Y hasta el punto de asaltar una muralla para estar contigo? Si ella te despreciaba tanto... No perdonaba que estuvieras a punto de rebanarle el cuello aquella vez.

Hakon sonrió divertido por la sorpresa de Liam, y complacido a la vez de poder hacerle saber este último acontecimiento. Adoraba a esa dulce muchacha, que ahora le hablaba con su voz masculina, pero que en ese momento a solas, se comportaba tal y como lo que era realmente, una mujer. No dijo nada, y la joven impresionada continuó.

—¿Y le ofreces matrimonio a alguien que tal vez, no busca en ti otra cosa que fornicar durante un tiempo?

La sonrisa de Hakon se difuminó de pronto. Puede que Liam se jactara de conocer muy bien a Érika, pero él no había presenciado los momentos casi cercanos a la ternura de la vikinga. Aun así Hakon siempre solía tener presente las dotes de intuición de su hermano.

—¿Es eso lo que crees? —Preguntó realmente interesado en su opinión.

—Puede... no lo sé. Reconozco que me siento verdaderamente desconcertado... Podría haber esperado cualquier cosa y no esto... —Le miró de nuevo. —¿Qué ha estado ocurriendo y desde cuando?

—Hace dos noches me abrió sus brazos, y como es de esperar no rechacé ese regalo. O más bien, digamos que intenté ver si los abría y lo hizo.

Hakon mencionó brazos en lugar de piernas, puesto que era plenamente consciente de estar hablando con una mujer. Liam asintió inseguro y todavía incapaz de comprender. Dos noches antes, recordaba ahora, Érika había aparecido en su casa para pedirle perdón por... sólo los dioses sabían la

razón. Si podía existir alguna relación con lo que Hakon acababa de confesarle, ahora no la encontraba.

—Bersk no debe enterarse... —Musitó como si hablara para si mismo.

—Descuida. —Dijo Hakon con una sonrisa. —Bersk se marchó ayer.

—Claro...

Liam tragó saliva.

—Y... ¿dónde está Érika ahora? ¿Es consciente de ser la responsable de que ese pobre hombre esté siendo castigado?

Hakon esbozó una sonrisa divertida.

—Imagino que duerme plácidamente bajo mis cálidas mantas, sin ser consciente de nada que no sea el placer de una agradable y gran cama para ella sola.

Su sonrisa se acentuó mientras recordaba el agradable despertar de aquella mañana, tras el cual, él abandonó el dormitorio permitiendo que ella pudiera seguir descansando.

—Ten cuidado, hermano con tus acciones cuando se trate de la mujer que ocupa tu corazón. ¿Desde cuando te dedicas a castigar a tu gente? A él le castigas, y a la culpable de todo, le permites dormir plácidamente.

—Liam, no has descansado bien, o aún no has terminado de despertar. Ella es la responsable, pero de no haberlo hecho, yo habría seguido pensando que mis guardias eran efectivos en la noche. Es un hecho que debo castigar. Y ante la vista de todos. Al fin y al cabo, sólo es un cierto agotamiento lo que sentirá después, y la humillación de ahora mientras es observado por sus vecinos. Sería más correcto enviarle fuera de mi casa, o incluso haberle ahorcado, como sugirió Érika.

Liam pareció meditarlo un momento, y terminó asintiendo, pero Hakon ya había iniciado su caminata de regreso a la casa.

XXIV

Fueron tres días más los que necesitó Liam para asegurarse de que Bersk podría emprender su marcha. Aunque desde hacía al menos dos, ella ya parecía tan completamente restablecida y dispuesta a marcharse, quejándose por el encierro mientras deambulaba por la reducida casa. Llegado el momento en que los cuidados de Liam dejaron de ser tan constantemente necesarios, él prefirió ausentarse tanto como podía de su propia casa, con tal de no tener que soportar las protestas de la vikinga, quien si no podía tolerar aquel encierro, tal y como Liam le había hecho saber una vez perdidos los nervios, nadie la obligaba a permanecer escondida. Podía salir si así lo deseaba porque él no tenía intención de retenerla. Solo debía recordarle que aventurarse a viajar en su estado, le costaría muy ciertamente la vida. Bersk solía calmarse entonces y olvidaba sus quejas, llegando alguna vez a admitir la generosidad de Liam.

Aquel día ya bien entrada la mañana, Maida apareció en la casa. El golpe de sus nudillos fue perfectamente reconocido y Liam abrió la puerta confiado. Maida entró de prisa en la casa. En una mano sujetaba un fardo y con la otra, agarraba la manita de un desconcertado Harald. Liam cerró de prisa tras ellos, y Bersk corrió para tomar en brazos a su hijo, quien chilló cuando sus azules ojillos encontraron a la inesperada figura de su madre. Bersk besó a su emocionado niño, lo estrechó contra su cuerpo y luego le sentó en la mesa. Sonriendo como si fuera feliz, ella revolvió los cabellos del pequeño.

—¡Vaya, mi pequeño guerrero! Veo que han recortado tus cabellos y te visten como al príncipe de York...

Harald asintió feliz y señaló a Maida sin mirarla.

—Maida lo ha hecho.

Bersk miró un momento a la mujer, que esperaba junto a la puerta al lado de Liam, y su gesto feliz se desvaneció un momento. Asintió como si agradeciera los cuidados de Maida hacia su hijo, y cuando volvió a mirar al niño, de nuevo pareció feliz.

—Te fuiste sin despedirte, madre.

—Sí... Esta vez la misión encomendada requería rapidez y no tuve tiempo

para verte antes. —Mintió.

—Has vuelto...

Harald se echó a los brazos de su madre, apretujándose contra ella, y Bersk resistió las lágrimas abrazándole. Una de sus manos en la cabecita rubia, y la otra en la espalda, acariciaban tiernamente al niño. Miró un momento a Maida y Liam, y su gesto doloroso les hizo compadecerse. Maida tenía los ojos encharcados en unas lágrimas que luchaba por retener. Bersk apartó dulcemente a Harald y le miró a los ojos, preparada para engañarle.

—Harald, amor mío... Me voy otra vez. Si he venido ha sido sólo para verte, puesto que tardaré algo más en regresar.

Harald frunció el ceño de clarísimas cejas, y su gesto feliz se evaporó.

—Pero hace frío. —Protestó. —Tu siempre te vas cuando el frío se marcha, y vuelve el sol.

Bersk asintió. Luchó por retener sus lágrimas, pero una de ellas escapó y fue incapaz de evitarlas. Tragó saliva, y el nudo en su garganta se lo impedía. Miró hacia un lado y cuando volvió a mirar al niño, este levantó una manita hasta el rostro de su madre para limpiarle las lágrimas.

Maida se enjugó los ojos, y Liam le acarició los hombros, también luchando para no llorar. Era evidente que la madre se despedía de su hijo para siempre, y que intentaba engañarle. Cómo explicarle que tal vez no volvería a verla nunca...

—¿Por qué te vas? Aquí estamos muy bien...

—Harald... Harald... Es preciso que haga algunas cosas...

Se interrumpió así misma ante las negaciones del niño, y le acarició la cabeza antes de abrazarle.

—Tal vez lo entiendas cuando seas un hombre... —Le apartó para mirarle, ahora que había conseguido retener sus lágrimas. —Escúchame. Sé un buen niño y vuelve con Maida, pero no le digas a nadie... ¿Me oyes? No le digas a nadie que me has visto. Es un secreto...

—¿Por qué? —La interrumpió pasándose la manga por la cara para secar sus lágrimas.

Bersk frotó aquella manga manchada, y suave y delicadamente le reprendió.

—Un niño bien educado no limpia su nariz con costosas ropas, Harald. —Le besó en la frente. —Recuerda... No le hables a nadie sobre mí, ni siquiera a Érika.

Harald asintió aunque no comprendía nada, pero muy dispuesto a atender a

los deseos de su madre. Bersk entonces y sin apartarse de él, miró a aquellos dos que la miraban francamente compadecidos.

—¿Puedo irme entonces? —Preguntó a Maida.

Ella asintió y se acercó para dejar el fardo que portaba sobre la mesa.

—Ahí hay comida para unos pocos días. —Le dijo. —Tu caballo está en el establo de la aldea, lo hice llevar allí el mismo día en que... El día en que viniste a Liam. Hakon suele pasar casi cada día por su propio establo, y habría sospechado de haber visto tu caballo allí.

Bersk asintió agradecida, y sorprendida por la ayuda de aquella mujer con la que no podría decirse que hubiera congeniado nunca.

—Hakon ha salido hace un rato, y tu hermana también. Evita el camino del oeste, que es el que han tomado ellos. No creo que puedan verte...

Bersk frunció el ceño y la interrumpió.

—¿A donde han ido?

—Pues parece que Hakon va a venderle unas tierras, creo que han ido a verlas.

Liam aspiró hondamente plenamente aliviado. Aquella respuesta fuera cierta o no, complacería la curiosidad de Bersk. Y es que si llegaba a sospechar algo sobre la relación que había comenzado entre Hakon y su hermana, Liam estaba seguro de que aquella partida se aplazaría, al menos hasta que Bersk hubiera reaccionado y actuado quien sabía de qué forma.

Bersk bajó al niño de la mesa y se arrodilló para besarle y abrazarle, luego lo apartó suavemente de su lado y con todo el dolor de su corazón lo llevó junto a Maida.

—La gente me verá por aquí... —Comenzó.

Liam la interrumpió tranquilizándola con su respuesta.

—La gente en Coenwalh sentía curiosidad por vosotras dos, hasta que se acostumbraron a veros y dejaron de sentirla. A nadie le importa si vas o vienes, Bersk. Ni siquiera saben si te fuiste o no.

Bersk asintió y miró a Harald dolorosamente, y luego a Maida.

—Idos pues. —Les dijo. —Te quiero, Harald.

Maida sacó al niño de la casa al que mansamente llevó de la mano. Los sollozos del pequeño le hicieron daño, y se preguntó si aquella madre tendría mejores cosas que hacer lejos de allí para tener que separarse de su hijo.

Ahora a solas, Bersk habría abrazado a Liam agradecida por su ayuda, pero no estaba en su naturaleza derrochar esos gestos de cariño. Aun así sus ojos demostraron tanto agradecimiento como sentía, y mirando fijamente a

aquellos de color miel, resolvió que aquel no era como ningún otro hombre al que hubiera conocido y que había algo extraño en su interior. Pero dejó pronto de pensar en ello, agarró el fardo que tan generosamente le había preparado Maida y llevó una mano hasta el hombro de Liam.

—Gracias, inglés.

Apretó ese hombro, y Liam sonrió.

—Gracias a ti, has dejado de llamarme niña...

—No lo merecías. Eres un gran hombre.

—Ve con cuidado.

Asintió y salió. La luz de la mañana le hizo daño en los ojos tras tanto tiempo de encierro en aquella casa, y de camino hacia las puertas de la muralla, se sintió observada por las gentes de Coenwallh. Decidió que como Liam le había dicho, nadie le prestaría demasiada atención y se dio prisa en ir a por su caballo.

Liam la observó mientras se alejaba, con un gesto de compasión. Ese viaje era innecesario y tal vez sólo le serviría para terminar muriendo de frío, devorada por las fieras, o atacada por desalmados. Pero era cierto que tal vez era su propio sentido del honor, lo que la obligaba a desaparecer. Su amor por Hakon se había convertido en una obsesión, que no le había servido más que para convertirse en un ser que pronto sería despreciado por todos aquellos que la rodeaban, y apartarse de él quizá era la mejor opción. Sobre todo ahora, que sólo los dioses podían saber por qué, Érika había sucumbido ante Hakon. Convertida en una pequeña figura por la lejanía, y envuelta en pieles Bersk desapareció de su vista, y Liam entró en su casa con aquel gesto de compasión en su rostro, a pesar de que ella ya había desaparecido de sus pensamientos. Ahora era la otra vikinga quien los ocupaba. Supo en su momento, que Hakon terminó por sentirse atraído por ella, pero desde luego, ni en sueños llegó a pensar que ella terminaría sintiendo lo mismo. En su mente se alojó la idea de que ella solamente se estaba dejando querer, y que sus sentimientos no eran del todo recíprocos. Y si lo eran... Si realmente lo eran, ¿por qué veía cosas que le llevaban a pensar lo contrario?

Liam miró a las titilantes brasas y pensó en Eire. Siempre que lo hacía, y si conseguía concentrar su mente llegaba la misma visión. Corría por un angosto y serpenteante sendero en la noche, entre verdes y frescas enredaderas, y a pesar de la oscuridad de la noche, podía ver cada hoja, cada rama y los colores de las flores. Una loba aullaba con desesperación, y la voz de Érika se mezclaba con sus risas, y el llanto de un bebé. Liam corría... Cada

vez más cerca hacia aquellas voces, en una noche de brillantes colores.

Miró las brasas fijamente, y ya no las veía, ahora estaba en Eire.

De pronto el sendero desaparecía y la frondosidad verde abría paso a un amplio escenario iluminado por un fuego inexistente. En lo alto de un risco, la loba dejaba de aullar para mirarle. Tras aquel enorme y hermoso animal, que le miraba dolorido, lucía una gran luna roja. Miraba a la loba, siempre lo hacía como si esperase que ella le hablara. Pero tras clavar sus amarillos ojos en él, esos ojos llenos de dolor, la loba se giraba lentamente para desaparecer en la gran luna. Abajo y al pie de aquel risco, Érika desnuda bajo pieles de lobo, acunaba a un bebé. *Érika... Érika...* Ella jamás respondía, era como si no le viera ni le oyera. Pero no podía caberle duda alguna, de que ella estaba en Eire.

Siempre que la llamaba terminaba saliendo bruscamente de la visión. Miraba las brasas, y de nuevo volvió a verlas, solamente brasas sin visiones extrañas. Se frotó los ojos. Odiaba tener visiones que nunca sabía descifrar, aunque a veces le hacían saber cosas que no habría esperado. Desde la primera vez que tuvo aquella visión, poco después de haber regresado a Coenwalh, supo que aunque Érika se hubiera distanciado de él y hubiera descartado ya la idea de acompañarle a Eire, finalmente algo ocurriría que cambiaría todo y ella terminaría marchándose con él. Si antes la idea le había complacido, ahora que descubría que Hakon parecía haberla conquistado, sentía un cierto desasosiego por su hermano. La hubiera conquistado o no, Érika se iría, y deseó con todas sus fuerzas que si realmente era amor lo que Hakon sentía por ella, que ese sentimiento hubiera desaparecido antes de que ella le abandonara.

Bersk tomó el camino del Norte, que era el que siempre pensó tomar. Pero finalmente y a pesar de la recomendación de Maida, quien le había advertido que Hakon y Érika habían cabalgado hacia el Oeste, ella terminó girando hacia ese punto. Soplaban una fría pero leve brisa, que apenas tocaba su cara cubierta por una capucha. Debería seguir su camino, aquel que había decidido tomar horas antes. Cabalgar hacia el Norte hasta llegar al Danelaw y si, a pesar de que tal vez no sería buena idea, aparecer en las tierras de Erik *Ojos de Hielo*. Era consciente de cometer una temeridad presentándose allí tras lo ocurrido con su familia, pero a donde podía ir a parar ahora, en una tierra desconocida y a punto de entrar el invierno. Padre estaba muerto, y *Compasivo* era ahora el jefe de la familia. Estaba segura de que él debía haber enviado a alguno de sus hermanos a gobernar aquellas tierras, porque sabía que Erik *el Compasivo* no

las habría dejado escapar. Si había finalmente dejado a alguno de los hermanos en el Danelaw, Bersk pensó que lo más acertado habría sido dejar allí a Sigurd. Y si, su apreciado hermano con el que había tenido algo más que una relación fraternal, seguramente la despreciaba por haber matado al padre, pero si lo pensaba bien, Sigurd era un ser que solía olvidar pronto las penas. Más aún si de ellas había podido sacar algún partido. Bien, como había pensado, tal vez se buscara un castigo mortal si se atrevía a aparecer por allí. Pero en ese momento, no habría otra cosa que hubiera deseado más que regresar junto a su familia.

Recorrió sin demasiada prisa el sendero del bosque, siempre atenta a cualquier sonido humano, y dejó atrás un conjunto de casas en donde vivían algunos campesinos. Las tierras de labranza estaban cerca, y si realmente el objeto de su búsqueda se había dirigido hacia allí, no faltaría mucho para encontrarlo. Evitó el campo abierto para no ser vista, y volvió a internarse en el bosque, estaba muy cerca y aún no había visto a nadie por allí. Fue entonces cuando oyó algo. Una exclamación femenina, una risa masculina... Bersk por fin se detuvo, salió del camino y dejó atado el caballo para acercarse caminando. Lentamente entre la vegetación avanzó hacia el lugar desde el que ahora podía oír perfectamente aquellas voces. No eran demasiado altas, pero perfectamente audibles dado a la cercanía. Claramente se trataba de los juegos amorosos de un hombre y una mujer...

Bersk sintió entonces una honda puñalada en su ya herido corazón. Se detuvo, agazapada tras el recio y ancho tronco de un árbol. El corazón comenzó a latir como si fuera a escaparse de su lugar en el pecho, y el violento latir retumbó en sus oídos. Era una pesadilla... No podía ver nada, y tan cerca estaba de aquellos dos, que asomarse tras el árbol, tal vez habría sido suficiente para que la hubieran sorprendido. Seguían hablando... Jugando como una pareja de jóvenes enamorados... Él trataba de besarla, y ella jugaba a rechazarle. Bersk con los dedos enguantados clavados en el rugoso tronco, movió lentamente el cuerpo para asomar su cabeza tras el obstáculo que le impedía la visión. Era imposible que aquel despliegue de juegos amorosos, estuviera siendo interpretado por aquellos dos cuyas voces reconocía, y tal vez le engañaban sus oídos. Apenas sus ojos vieron un momento lo que ocurría a pocos metros de ella, porque volvió a ocultarse al verlos. Era Hakon, sin duda alguna, quien tomaba en brazos a una dama que fingía sentirse ofendida y ella lo apartaba de su lado, y que a pesar de ello, terminaba tomándole de la cara para aceptar su beso. La dama fingidamente ofendida podría haber sido

cualquiera, y le habría dolido tanto, pero no, nunca debería haber sido su hermana. Bersk quiso gritar, y comenzó a llorar amargamente apoyándose en el tronco del árbol. No necesitaba volver a verlos, y por más increíble que le pareciera, estaba segura de haber visto bien. Parecía que aquellas dos voces se alejaban de ella, pero ya ni era capaz de notarlo. Bersk cayó en el suelo con la espalda apoyada en el árbol, y un terrible llanto que nadie escuchó. Traidora... Traidora... Sonó en su corazón. De pronto llegó una imagen a su mente... Apenas tenían ambas cinco años, y Bersk hundía la cabeza de su hermana en un ancho barreño de agua. Peleaban por una muñeca de trapo que una de las hijas legítimas de *Ojos de Hielo* había desechado, y una pequeña Bersk decidió deshacerse de su rival con tal de no tener que compartir la rechazada muñeca. Entonces llegaba Ingunn para tomar a Bersk de su corta melena rubia, y apartarla de su hija. La niña sin madre era arrojada contra una pared, y Érika a punto de la asfixia era atendida por su madre. Fue la primera vez que trató de matar a su hermana... Siendo ya adulta nunca se sintió orgullosa, pero ahora que aquella imagen llegaba a su mente, deseó que aquel día y mientras trataba de ahogar en el agua a Érika, Ingunn jamás hubiera aparecido.

Bersk se convirtió ahora en un ovillo entre pieles en el suelo, que lloraba amargamente y odiaba tanto que deseaba matar. Las voces de los enamorados desaparecieron y su llanto se hizo más fuerte.

XXV

Pasaron cinco días de desagradable viaje en soledad. Cabalgando en la noche para evitar toda presencia humana, y durmiendo una vez en posadas o granjas, y otras en abrigos en el monte. Soportando el frío que anunciaba nieve, el viento y a veces la lluvia, Bersk entró en el Danelaw sin haber sido detenida por los peligros que habría podido esperar, y llegó a las tierras de Erik *Ojos de Hielo*. La casa amurallada en un alto sobre el mar, apareció ante su vista haciendo que su corazón que había vivido como detenido durante días volviera a palpitar. Violentamente, haciéndose notar en su pecho mientras ella observaba aquel lugar en lo alto, cabalgando lentamente y bien cubierta por pieles. Nadie la detuvo hasta llegar a las puertas que cerraban una empalizada de maderos. Pero mientras recorría tranquila el camino que llevaba hacia las puertas, pudo ver dos figuras que aparecían para esperarla. La habían divisado desde que abandonó el camino frondoso y apareció en el camino. Junto a las puertas dos hombres armados le impidieron el paso. Bersk se sacó la capucha y fue reconocida por dos hombres, que habían podido conocerla aquella vez en que llegó al lugar para pedir ser recibida por su hermana Érika.

—Soy Bersk Hija de *Erik Ojos de Hielo*, ¿Quién es ahora el señor de este lugar?

Uno de los hombres mostró una burlona sonrisa de dientes podridos.

—Erik *el Compasivo* es nuestro señor. —Respondió—. ¿Quieres de verdad que le anunciemos tu visita?

Aquella irónica pregunta le hizo saber que en ese lugar se sabía que tanto Bersk como Érika, eran personas indeseadas. Sería un buen momento para desaparecer, pero Bersk decidió arriesgarse.

—Llebadme junto a mi hermano.

El risueño hizo una burlona reverencia y le permitió paso. Sin embargo, el otro la detuvo tomando las riendas de caballo.

—Baja de ahí y dame tus armas, o no entrarás.

Bersk obedeció. Bajó de la montura, sacó la espada que llevaba colgada a la espalda, y el cuchillo en la cintura. El hombre tomó las armas y miró a su compañero.

—Regístrala, no sea que lleve sorpresas entre la ropa.

El otro rió mientras Bersk abría los brazos en cruz y se dejaba palpar, sin poner objeciones antes las manos que tocaban más allá de lo necesario. Una vez limpia de toda amenaza, el hombre que portaba sus armas la invitó a acompañarle. *Ineptos...* pensó. Seguía habiendo un puñal en su bota derecha.

Bersk siguió al hombre hasta el interior, recorriendo la plaza ahora desierta por el frío del final de la tarde, que le recordó a aquella vez en que llegó desde Dinamarca junto a su hijo. De camino a la casa, el corazón daba brincos de inquietud, ahora que sabía que tal y como jamás habría esperado, su hermano Erik estaba allí. Podría significar su muerte, pero si así era lo aceptaría.

Subieron los pocos peldaños de la escalinata que subía a la casa, y el hombre abrió el portón. Manteniéndose a la espalda de él, Bersk oyó la algarabía de la cena y le llegó el olor de la carne asada. Las voces parecieron apagarse levemente ante la inesperada interrupción, y tras la voz del hombre y sus palabras se haría el silencio.

—Bersk *Hija de Erik*, pide ser recibida...

Silencio absoluto ahora mientras Bersk seguía sin dar un paso tras aquel hombre. Incluso las voces de los niños parecían haberse congelado. El hombre retrocedió unos pocos pasos hacia el exterior, y Bersk vio que asentía ante alguna orden silenciosa que debió recibir.

—Espera aquí. —Le dijo.

El hombre volvió a su puesto y Bersk quedó sola ante aquella entrada, ahora escuchando los pasos de unas botas que avanzaban desde el interior. Su oído de cazadora le habló de dos hombres acercándose. Cerró los ojos, se cubrió con la capucha y esperó cabizbaja. Cuando aquellos pasos cesaron muy cerca, la mirada de ojos como violetas ascendió ante dos altas figuras que se detuvieron en la puerta. Erik *el Compasivo* mantenía sus ojos azules clavados en aquella figura con un gesto de desprecio, mientras los ojos grises de Sigurd parecían más bien desconcertados.

—¿Qué haces aquí, mujer?

La voz de Erik la fustigó cruelmente. Bersk entonces se dejó caer sobre sus rodillas y bajó la cabeza en señal de sometimiento.

—Vengo en busca de mi familia. —Dijo.

Erik dio un paso más hacia la figura arrodillada.

—¿Qué familia? —Preguntó con los dientes apretados. —Alguien que mata a su propio padre no tiene familia.

—Mátame si lo deseas...

—Vete y sal de mi vista o lo haré. ¡Levanta esa puta cara de serpiente venenosa! Quiero ver tu mirada y saber qué movimiento harás.

Bersk levantó lentamente su mirada de ojos color violeta, y puso sus brazos en cruz.

—Jamás te haré daño. —Declaró su voz dolorosa. —Busco tu perdón o tu castigo, hermano.

Erik sonrió con sarcasmo.

—Buscas un lugar donde pasar el invierno, y te importa muy poco en donde sea, con tal de no morir de hambre y frío, maldita loca venenosa. Te creía muerta, pero eres como una alimaña. ¿Dónde está tu hermana? Y tu hijo... ¿Lo has perdido y dejado morir? Maldito el día en que esa criatura inocente nació de vientre tan podrido.

Los ojos de Bersk se inundaron de lágrimas mientras le miraba.

—Mi hijo está a salvo con mi hermana. —Respondió.

Aquella noticia cambió por un momento el semblante de Erik, llegando a suavizarlo levemente. Sigurd seguía allí y en silencio, sin que Bersk le hubiera mirado aún.

—Levanta del suelo, alimaña. Márchate de aquí y llévate la deuda que tenemos pendiente, antes de que decida cobrarla. El frío, el hambre y la soledad se ocuparan de hacerlo.

Bersk asintió ahora cabizbaja. Lentamente se puso en pie, y mientras lo hacía, tanto Erik como Sigurd se prepararon para encontrar una reacción de la que tuvieran que defenderse. Pero Bersk no hizo otra cosa que apartarse unos pocos pasos.

—Sólo defendí mi vida.

Erik se acercó un poco más, y Sigurd le tomó de un brazo.

—Hermano, está bien...

Compasivo se deshizo de la mano de su hermano con un brusco movimiento, interrumpiendo aquello que hubiera querido decirle.

—Sigurd, ve dentro y déjanos, o volverás a Dinamarca.

El hermano asintió lentamente aceptando la advertencia. Bersk se preguntó sorprendida, qué habría ocurrido para convertir a aquel cuyo apodo había sido *el Compasivo*, en este nuevo Erik. Sigurd obedeció y les dejó a solas, desapareciendo hacia el interior de la casa después de una última mirada a su hermana que no fue correspondida. La mirada llorosa de Bersk, permanecía clavada en Erik, y a pesar de que ya le había dejado claro que no sentía ningún

tipo de compasión por ella, hizo un último intento por conseguir su perdón.

—Hermano...

—¡Hermano! —Gritó él con un gesto de incredulidad. —No vuelvas a llamarme así. Yo no soy nada tuyo, y aquí no hay nada para ti.

Bersk se removió inquieta. Estaba tan malherida en el fondo de su corazón que si él hubiera decidido matarla, ella lo habría aceptado de buena gana. Pero no estaba dispuesta a salir de allí y a pasar un día más sola.

—Tengo oro, mucho... Te lo daré todo a cambio de que no me dejes volver a salir de aquí. Necesitarás hombres para la próxima guerra, lucharé por ti... ¡Pero no me dejes salir de aquí o moriré!

Erik la odiaba tan profundamente, que sentía asco y una ira muy fuerte ardiendo en su interior, sólo de oírle hablar. Quería verla fuera de allí cuanto antes, y su insistencia consiguió enfurecerle. Se acercó a ella con un brusco e inesperado paso, y cogiéndole de la pechera de su ropa, la hizo ascender hasta que sus caras estuvieron frente a frente.

—¿Qué morirás dices? —Preguntó con los dientes apretados. —¿Y crees que esa posibilidad no me satisface, alimaña?

La soltó con tanta fuerza que Bersk estuvo a punto de perder el equilibrio. Volvió a dejarse caer sobre sus rodillas, y tuvo que levantar la mirada para asegurarse de que aquel hombre era su compasivo hermano.

—Tu espada sacó los intestinos de mi padre, y mi madre tuvo que llorar sobre ellos... ¡Fuera de mi casa!

—Erik...

La voz de la esposa de Erik, que apenas asomaba tras la puerta, pareció relajarle un momento. Pero volvió a mirar a Bersk y fue como si nadie antes hubiera hablado. La esposa salió y tras ella, la esposa de Sigurd, caminaron lentamente hasta la figura femenina arrodillada. Ante la tan asombrada como furiosa mirada de *Compasivo*, Sigrid y Helmi tomaron a Bersk cada una de un brazo, y la ayudaron a ponerse en pie. Bersk rota por el dolor comenzó a llorar amargamente.

—¿Qué demonios hacéis? Sigrid, vuelve adentro. Y tú, Helmi, ve con tu esposo.

Sigrid era una mujer de baja estatura y tan delgada, que parecía una pequeña hada de cabello negro y ojos verdes como esmeraldas. Daba la sensación de ser una muñeca endeble, cuando en realidad era una joven dura y enérgica que a sus poco más de dos décadas de vida, ya había parido dos hijos, y se encontraba en su quinto mes de embarazo. Helmi en cambio, era

alta, y algo más joven. De cabello rubio y ojos azules, en un rostro que parecía de alabastro, si no resultaba una verdadera belleza, no dejaba de parecer atractiva. No era tan fértil como Sigrid, y tras parir a su primer hijo, había sufrido dos abortos.

Por un momento, Helmi se dispuso a obedecer a su cuñado, al que en muy raras ocasiones le había visto mostrar aquel duro e inamovible comportamiento. Erik *el Compasivo*, siempre había hecho honor a su apodo, y sin embargo, desde que regresó a Dinamarca tras la guerra, con el cuerpo de su padre descomponiéndose bajo un sudario, su carácter parecía haberse endurecido. Pero era cierto que eran pocas las ocasiones en que Erik sufría aquellos momentos de ira, y era abandonado por su verdadera naturaleza dulce y compasiva. Esta era una de esas ocasiones en que Helmi, prefirió obedecer y soltó el brazo de Bersk. Aquella loca casi tan alta como su esposo, que era como un hermoso animal salvaje y seguro de sí mismo, ahora parecía convertida en un débil pájaro herido deseoso por morir. Helmi había compartido momentos de amor con esta Bersk a la que ahora no reconocía, y a su propio esposo con ella, y sintió deseos de ayudarla. Desde el primer momento en que Sigrid le pidió que la acompañara con esa intención, ella se sintió plenamente dispuesta. En cambio, ahora que miraba al nuevo *Compasivo*, y recibía aquel gesto de advertencia, se vio imposibilitada para hacer otra cosa que no fuera obedecer. Sigrid sin embargo, no soltó a Bersk.

—Esposo, dale al menos cobijo. —Rogó. —Pronto llegarán las nieves, y no creo que te sientas complacido si un día encuentras en tus tierras, su cuerpo congelado.

—Sigrid, ven aquí.

La orden fue tajante, y el gesto en el rostro del hombre no daba opción a más conversación. Aún así, Sigrid frunció el ceño, y no soltó el brazo de Bersk.

—Ve con tu esposo, Sigrid.

La sugerencia de Bersk sonó con una voz apagada. Helmi se sintió inquieta y temblaba, más quizá por el frío pues ninguna de las dos se había abrigado para salir, pero tal vez la inquietud que sentía era la mayor de las razones. Sigrid se recogió las faldas, y sin apartar la mirada de su esposo, obedeció hasta detenerse frente a él. Levantó sus ojillos de hada para mirarle, respiró hondamente y las negras cejas volvieron a fruncirse. Él dejó de mirarla y su gesto pareció ahora complacido, mientras observaba a Bersk girándose para marcharse, cubriendo su cabeza con la capucha de pieles, y tratando de

mantener altivo su camino hacia las puertas. Helmi apenas se volvió para mirarla, y sintió una punzada de pesar. No olvidaba las veces en que aquella mujer abatida ahora, había besado sus labios y le había dado placer a su cuerpo.

Sigrid advirtió una leve pero visible sonrisa de complacencia tras la corta barba de su marido, que no la miraba, y no se molestó en averiguar qué era lo que provocaba ese cambio en su gesto. Helmi pasó por delante de ellos, en dirección a la casa.

—¿Quieres mirarme, Erik? —Reclamó Sigrid.

Los ojos de él descendieron lentamente hacia la pequeña figura de la joven y no dijo nada.

—¿Desde cuando me hablas así? —Preguntó ella molesta por el silencio de él. —Esa mirada de advertencia que me has hecho ver... ¿Amenazas con castigarme? ¿Lo harías?

Erik clavó su mirada en aquella pequeña que levantaba su mentón amenazador y casi llegó a sonreír.

—Podría partirte la cara un día de estos, harto de soportar que me desafíes en público. —Respondió él tranquilo. —Pero no soportaría verte dañada por nada, y mucho menos por estas manos que te aman. Sigrid... El apodo de *Compasivo* me ha hecho más daño que bien, durante toda mi vida. Y mientras mi padre vivía, podrían haberme llamado Erik *el Idiota*, sin que eso hubiera servido para convertirme en un tonto inofensivo ante los demás. El mundo temblaba ante Erik *Ojos de Hielo*, yo era el más querido de sus hijos y era intocable para cualquiera. Antes podía vivir relajado, pero ahora debo demostrar que *Compasivo* es sólo un apodo, y que soy un digno sucesor de *Ojos de Hielo*...

—Tu padre era un hombre cruel, que además disfrutaba con ello. —Le interrumpió ella. —No te querría así.

Erik no se molestó por la observación de su mujer, por más que hubiera querido a su padre, jamás se había engañado a si mismo. Asintió lentamente con la cabeza.

—Sigrid, respeta mis órdenes y no me repliques nunca en público. Si mi esposa no teme mi ira, el mundo tampoco lo hará, y me convertiré en un blanco fácil para cualquiera que me quiera muerto o fuera de aquí. En Dinamarca éramos respetados, pero si vamos a quedarnos en esta isla, nuestras costumbres deben cambiar. Si lo que más amo, me obedece, respeta e incluso, me teme, los demás me respetarán. Pero si permito que mi propia esposa me

replique en público, daré a entender que *Compasivo*, es un idiota fácil de manejar.

Aquello no lo replicó, estaba de acuerdo con él y pareció relajarse. Sigrid entonces se volvió y descubrió que Bersk se alejaba hacia las puertas. De nuevo miró a su esposo, y sus pequeñas manitas blancas, ahora ateridas de frío tomaron las manos de Erik. Él sintió el frío de aquellas manos, y las cubrió con las suyas para hacerla entrar en calor.

—Ve dentro como te he dicho, o enfermarás.

—De acuerdo, Erik. Pero no dejes que se vaya. —Suplicó ella. —En los establos de la aldea no molestará a nadie...

Erik inclinó la cabeza hasta casi apoyar su nariz en la enrojecida naricilla de su esposa, y apretó algo más aquellas manos en un gesto de advertencia.

—Vete... mujer.

Sigrid le miró un momento con cierta incredulidad por aquella silenciosa voz que parecía cargada de amenazas. Como el gesto de Erik no cambió, finalmente tomó aire, lo soltó lentamente y se deshizo del apretón de aquellas cálidas manazas. Sigrid diría algo más y ahora lo haría en voz muy baja.

—Es justo y comprensible que la odies por haber matado a tu padre. Y tal vez te honre y hable de tu buen corazón, el hecho de que lo único que vas a hacer para vengarte es entregarla al frío y a las bestias, para sean ellos quienes venguen a *Ojos de Hielo*. Al fin y al cabo, nadie puede reprocharte que termines rebanándole el cuello o colgándola de un poste como castigo, y no lo has hecho. Pero quiero que pienses en esto, Erik... Cuando llegué a tu familia, tuve que preguntarme muchas veces, qué clase de bestia horrible era aquel padre que disfrutaba insultando y humillando a las dos. Sus dos sucias bastardas, como le encantaba decir a *Ojos de Hielo*, cada vez que hablaba de Bersk o Érika. Apenas han sido cinco años viviendo todo aquello, y todavía me cuesta explicármelo. Imagino que tú, que lo has presenciado durante toda tu vida, incluso cuando eran dos niñas, lo tendrás aún más presente que yo. Y sé bien, que si te ocupaste siempre de proteger a las dos, fue porque no soportabas el trato que recibían... Ellas, el pequeño Harald...

—Basta.

La mandíbula de Erik se mostró apretada y tembló. No la miraba, y no la miraría.

—Algo más, Erik. Te amo porque eres el hombre más maravilloso que pisa la tierra. Y hagas lo que hagas, te amaré siempre. Sé que te duele porque la quieres, y que si no la has matado, es sólo porque sabes perfectamente como

yo lo sé, que defendió su vida y vengó las humillaciones a las que ella misma y su hijo, se vieron sometidos. No puedes hacer otra cosa que castigarla con tu indiferencia, porque la memoria de tu padre no te permite darle el cobijo que deseas realmente darle. Pero recuerda, Erik, porque hay algo más sobre tu padre que no debemos olvidar, si pensamos en tus dos pobres hermanas... Aquel día *Ojos de Hielo* nos dijo que apenas había zarandeado a Ingunn y que esta cayó y se golpeó. Sigurd lo vio todo, y no habríamos necesitado que él nos hablara de lo que vieron sus ojos, para saber qué es lo que realmente ocurrió con la madre de Érika.

Apenas un momento Erik la miró. A pesar de la mandíbula temblorosa, que indicaba la furia que podría estar recorriéndole por dentro, el dolor en sus ojos azules era más que evidente. A Sigrid le dolió aquel gesto en su corazón. Era tan pequeña que sólo podía besar a su esposo cuando este se inclinaba hacia ella, y por más que tratara de alzarse poniéndose de puntillas, no llegaría a alcanzar sus labios si él no lo permitía. Aunque lo hubiera intentado esta vez, él no se inclinaría para recibir aquel beso, y Sigrid se conformó con acariciar su rostro de rubia barba. Luego se recogió las faldas y caminó de regreso a la casa, pasando por delante de él en silencio.

—¡Sigurd!

El bramido de Erik sobresaltó a Sigrid, quien por un momento detuvo sus pasos, y tras tomar aire continuó su camino. Sigurd atendió rápidamente a la voz de su hermano, y esta vez apareció con una capa sobre sus hombros, como si hubiera sabido de antemano que tendría que salir en algún momento.

—Llévala a los establos del exterior, y que se quede allí sólo hasta el momento en que empiece a darme problemas.

Los ojos de Sigurd se abrieron inmensos, pero en ningún momento demostró su sorpresa, pues no miró a Erik, mientras que él seguía con la mirada puesta en la figura que ya había llegado junto a las puertas. Asintió en silencio, y estaba dispuesto a cumplir la orden, cuando la voz de Erik le detuvo.

—Dice que tiene dinero. —Continuó. —Si aún conserva el dinero que se llevó de aquí, nos vendría bien recuperarlo. Aunque imagino que ya se lo ha bebido y jugado todo. Que te entregue lo que tenga. Pero adviértele que no quiero verla por la casa nunca.

Sigurd asintió de nuevo sin decir una palabra, y no se demoró en ir a hacer el mandado. Arrebujado en su capa, corrió hacia las puertas. Bersk ya tomaba las riendas de su caballo, pero una señal de aquellos hombres, la detuvo y se

giró para descubrir a Sigurd que se acercaba a grandes zancadas. Creyó que su hermano había decidido despedirse de ella, y trató de mostrar una agradecida sonrisa, a pesar de la aflicción que poblaba sus ojos. Sigurd se detuvo junto a ella, su gesto era esperanzador, pero no dijo nada. Tomó las riendas de sus manos y comenzó a caminar llevando el caballo. Bersk caminó junto a él, sin imaginar por qué la acompañaba.

—Habría sido mejor dejarme matar por él aquel día, ¿verdad?

La voz de Bersk sonó lenta y dolorosa. Sigurd tardó en responder. Se detuvo, soltó las riendas y se puso frente a ella.

—Os ensañasteis con él, Bersk. —Dijo de pronto. No había un rastro de reproche en aquella voz, pero era como si él hubiera deseado poder decirlo algún día. —Corrí entre combatientes ingleses, gritando su nombre... Mi hacha era incapaz de apartar a tantos como me salían al paso, mientras veía impotente lo que hacíais ambas con él. Nunca le he dicho a Erik, ni a nadie que pude verlo todo. Pero en aquel momento, desee salvar la vida de mi padre. Cuando Erik pudo verle, ya estaba muerto. *Ojos de Hielo* se había convertido en algo parecido a un animal que ha sido atacado por lobos. Alguien dijo que fuisteis las dos, yo lo habría llamado imagino, o no... No sé qué sentía en ese momento...

Bersk miró hacia otro lado. Sus ojos hundidos y cansados se habían secado, y no salió una sola gota de ellos, a pesar del dolor de su corazón.

—Era un cabrón, Bersk. —Continuó él. Tomó aire y un momento miró hacia el cielo blanco que anunciaba los primeros copos de nieve. —Pero mi madre le amaba, y sus gritos ante aquel cuerpo hediondo que le entregamos en Dinamarca, desgarró nuestros corazones. Le amaba... A pesar de que se casó con otras mujeres, que además le obligó a aceptar en su propia casa, como a la madre de Snorri. Incluso, sabiendo que era un auténtico cabronazo que ha fornicado y forzado a medio mundo. Aquí mismo, hay dos niñas preñadas a las que violó nada más poner un pie en esta casa. Y le amaba, a pesar de tantos y tantos hijos como ha hecho traer ese hombre al mundo. Tú misma no pediste que violara a tu madre. Y Érika... Le odiabais con razón. Como podría haberle odiado Snorri, que siendo hijo legítimo, pasó media vida soportando sus insultos, y otra media chupándole el culo como un perrillo maltratado por su amo.

Sigurd levantó una mano y acarició el rostro de su hermana que siguió en silencio para escucharle.

—A todos nosotros, los hijos de mi madre, nos ha amado. A *Compasivo*,

su hermoso hijo tan bellamente moldeado, y tan bondadoso y justo como un auténtico dios. A mí, a *Pecoso* y a mis cuatro hermanas. Todos le hemos amado porque a pesar de que a vosotros os despreciaba, era tan distinto con nosotros. Pero era un canalla. Yo mismo le habría robado de haberme encontrado en vuestra situación de hijos despreciados. Y quizá no sólo habría defendido mi vida aquel día en la batalla, sino que además me habría ensañado con él por tantos años de insultos y desprecios. Bersk, cada vez que vuelve a mí el recuerdo de veros a las dos, asesinándole como dos salvajes, siento rabia... Y sin embargo... es entonces cuando vienen a mí otros recuerdos, que aminoran esa rabia. —El pulgar de su mano se movió suavemente por la mejilla de ella. —Os veo insultadas y despreciadas desde que erais tan pequeñas... Veo a Érika, esperando toda una noche para ser llevada hasta una horca, desde la que su propio padre pretendía vaciarle las tripas como castigo, antes de haber muerto estrangulada. Veo a la madre de Érika... Padre dijo que Ingunn se había caído. Así se lo dijo a mi madre... Pero yo estaba allí y lo vi todo. Cuando supo que Érika y tú habíais matado a su hermano, y os habíais llevado el oro, fue a por aquella mujer, cuyo único delito había sido caer en manos de aquel salvaje cuando era una muchacha. Vi como la agarraba por los pelos, y una y otra vez golpeaba su cabeza contra una mesa, hasta que ella se desplomó. No emitió un solo grito y tampoco luchó. Fue como si ella agradeciera por fin que llegara el final de aquella desgraciada vida que le habían obligado a vivir. Quisiera haberle detenido, pero me fue imposible moverme...

Sigurd la agarró suavemente de la cabeza y la estrechó contra su cuerpo. Bersk agradeció aquel abrazo, y sus brazos rodearon al hermano.

—Erik está en un dilema. —Continuó él sin soltarla. —Debería castigar el asesinato de su padre, pero si es honesto consigo mismo, tiene que admitir que el cabrón fue castigado. Al fin y al cabo, no se trata de dos extraños, a los que habría perseguido y asesinado hace tiempo, sino de sus dos hermanas.

Se apartó de ella y sus manos ahora la tomaron de los brazos. Sonrió con aquella maravillosa boca de conquistador de la que pendían dos largos bigotes rubios, y Bersk le miró aún en silencio. La besó en la frente, y la apartó suavemente.

—Te quiero, pequeña berserker.

Todavía creyendo que sería enviada al frío bosque, y agradeciendo aquel gesto de amor, Bersk le abrazó fuertemente. Cuando se apartó de él, ya con la intención de abandonar el lugar, la sonrisa de Sigurd se agrandó.

—Te acompañaré. —Dijo. —Sigrid ha sido lo suficientemente insistente y

convinciente con su esposo, y Erik te permite quedarte. Estarás en los establos de la aldea, no es muy acogedor, pero es bastante mejor que el bosque.

El alivio invadió a Bersk. Sigurd tomó de nuevo las riendas del caballo, y cogiéndola de los hombros, la llevó hasta el lugar que sería su hogar durante el invierno.

—Allí viven algunos hombres de armas, y mozos. Tienen unos braseros para calentarse y cocinan gachas todos los días. A veces se les envían guisos de carne desde la casa. No estará peor que uno de esos campamentos en los que ya has vivido más de una vez. No te acerques por la casa. Si Erik decide perdonarte, te buscará él. Y... ¿Conservas algo del oro que sacasteis de aquí?

Bersk se detuvo y asintió.

—Cinco bolsas de oro, mi parte del botín.

Los ojos grises se abrieron inmensos y emitió un suave silbido.

—Por Odín y todos los dioses...

—Si, el tío Balder guardaba en sus arcas, más de lo que padre le habría permitido quedarse.

XXVI

Las primeras nieves de octubre cubrieron todo de blanco. Y Noviembre y Diciembre congelaron el mundo, fuera de las potentes chimeneas y braseros encendidos. A veces, cuando el temporal impedía abandonar los hogares, las familias se resignaban a permanecer todo aquel tiempo de encierro, y buscaban cualquier tipo de entretenimientos que les mantuvieran ocupados.

Bersk abandonó aquel establo que tan gratamente la había acogido, poco después de que Octubre hubiera dado paso al siguiente mes, y muy lentamente y con reparo, fue acogida en la familia. A pesar del dolor que todavía sentía en su interior, aquel cambio en su vida logró animar al menos un poco su corazón. Todos, excepto Erik, quien se comportaba como si ella no existiera, la habían acogido amablemente. Compartía mesa con toda la familia, y durante la noche dormía en el interior de la casa. Ya se hacían planes sobre las obligaciones que traería la primavera. Una de ellas y la más importante, sería la guerra contra los ingleses que volvería a llamarles. Aunque aún no lo había mencionado, Bersk planeaba acompañarles, una vez hubiera regresado con su hijo al que pretendía recuperar cuando hubieran desaparecido las nieves.

La vida en Coenwalh no era muy diferente. Pero hubo algún acontecimiento inesperado. Poco antes de que concluyera el año, se celebró una boda que animó y alegró a todos. Hakon se había dedicado a observar a su recién nombrado administrador, cada vez que le veía junto a su querida Maida. Por más que ambos trataran de ocultar lo que con toda seguridad ocurría entre ellos, para el hombre era más que evidente que la intimidad que compartían, había cruzado el límite de simples caricias y tímidos besos cuando nadie podía verles. Si un día Maida trató de proteger al extraño, presentándole como su prometido, ahora se diría que estaba muy cerca de serlo ciertamente. Y por lo que Hakon sospechaba, el hombre ya disponía del amor de Maida sin haber pedido su mano, lo cual según le parecía a él, debería ser remediado. Maida era viuda y no era una jovencita, y desde hacía unos pocos años, deseaba volver a convertirse en esposa y tener hijos. Deseos que Hakon, habiendo enviudado también, no le concedió por más que ella los hubiera reclamado en silencio. Cuando parecía que Maida se había olvidado de él, y que todos sus

anhelos estaban puestos en Jack de Arran, se preguntaba Hakon si el hombre habría creído que podría seguir disfrutando en secreto de las atenciones de Maida sin complicaciones, o si tal vez, no había pedido su mano por falta de valor. Estaba resuelto a plantearle todas sus dudas al administrador, pero no llegó a hacerlo cuando debía. Y es que el mismo Hakon pasaba aquellos tiempos de frío, más centrado en sus propios momentos de arrumacos junto a su irreconocible y amorosa nórdica, que en otros asuntos. Así que llegó un día en que Hakon se quedó mirando a Maida, y pensó que la mujer había empezado a propasarse con la comida hasta el punto de dejar que aumentara su peso considerablemente... O quizá y más bien... Era que las carantoñas de Jack habían llegado demasiado lejos y pronto terminarían por dar su fruto. Terminó por culparse a sí mismo por haberlo permitido, y se sintió ofendido y engañado en su propia casa por un extraño. Y aunque Érika acababa burlándose de él, porque no entendía tanta preocupación por una relación tan corriente y parecida a la que ellos mismos mantenían, Hakon decidió una mañana que ese mismo día se celebraría una boda consentida con agrado por ambos contrayentes, o Maida terminaría pariendo un niño de padre muerto. Jack de Arran consintió sin reticencias, y no porque aquel hombre pareciera estar preparado para enviarle a la otra vida, si no lo hacía.

Para ese momento, Érika que ya no se escondía del resto para ir cada noche a la cama de Hakon, parecía haber asumido el papel de esposa, aunque a la vista de todos no era más que la amante del señor. Asunto que a ella no le preocupaba, mientras que a Hakon le incomodaba sumamente. Puede que en Dinamarca aquella relación se hubiera visto con buenos ojos, pero allí, si no habían pasado por un altar, Érika no pasaba de ser la fulana que calentaba la cama de Hakon.

Una fría noche de Enero en el dormitorio principal de la casa no se oía otra cosa, que el viento soplando por las rendijas de la ventana, y el crepitar de un potente fuego. Hakon estaba sentado en su sillón junto al hogar, y envolvía su cuerpo vestido solamente con un calzón, en una gruesa manta. En una mano apoyada en el brazo del asiento, sujetaba un vaso de barro, en el que aún quedaba un poco de aquel vino que solamente bebía algunas noches y en raras ocasiones. Miraba hacia las llamas, pero no las veía ni pensaba en ellas, ni siquiera reparaba demasiado en los movimientos de la mujer que le acompañaba en el dormitorio, a pesar de que sus pensamientos estuvieran tan cerca de ella. Se acercaba la primavera más deprisa de lo que Hakon hubiera deseado, pues tenía la sensación de que el invierno transcurría demasiado

rápido. Pensaba en Liam. Pronto se iría a Eire, y él había prometido no impedirselo esta vez. Pero si le permitía por fin aquel temido viaje, estaría permitiendo también el fin de sus días... Tal como le había hecho saber la madre de Liam, no podría referirle nada de todo aquello que ella le había contado sobre sus visiones. Y si no lo hacía, enviaba a una muerte segura a su hermano, o más bien a su querida y dulce hermana escondida tras el cuerpo de un hombre. Qué podía hacer... A veces, contemplaba la idea de hablarlo con Érika, contarle todo cuanto sabía. Sin embargo, estaba seguro de que con ello no conseguiría nada, a parte de poder desahogarse y dejar escapar todo aquello que tanto le preocupaba.

Y pensaba en Érika... Y en aquella loba a la que la madre de Liam se había referido, como la mujer que pariría hijos de Liam, o así lo había entendido él... A veces dudaba tanto que aquella mujer hubiera estado plenamente en sus cabales mientras le hacía saber sus predicciones... ¿Y si no fue más que un delirio poco antes de la muerte? *Cuando la loba descubra que no parirá más cachorros...* Aquella revelación estuvo siempre presente en su mente, más que ninguna otra cosa. Esas palabras parecían hacerle saber que ese sería el momento en que Liam se encontraría con su desgracia. Pero ella, la mujer dijo... *más cachorros...* Como si en algún momento de su vida antes, aquella loba hubiera tenido hijos.

Érika soltó el peine de plata en la mesa que utilizaba de tocador, como si con el paso de los días en aquel dormitorio, finalmente se hubiera convertido en una dama, aunque seguía siendo ruda en sus movimientos, soltándolo bruscamente. Con ello sacó un momento a Hakon de sus pensamientos, quien apenas movió un breve instante sus ojos hacia ella, y de nuevo regresó su mirada al fuego. No la miró cuando ella tomó entonces el espejo de plata, a juego con el peine, sabía qué estaba haciendo tras tantas noches compartiendo su dormitorio. Se miraba en el espejo, junto a la vela que iluminaba su tocador, un mueble y sus utensilios, heredados de la anterior señora de Coenwalh. A Hakon le sorprendía que ella nunca hubiera pedido reponer todos aquellos objetos por otros nuevos, y que no se quejara de haberlos heredado de la esposa muerta. Le resultaba curioso, porque sabía que cualquier otra mujer se habría comportado de forma diferente a ella. A Érika parecía no importarle, o tal vez, ni siquiera reparaba en ello. Volvió a mirarla, pero esa mirada fue tan breve como antes, y casi llegó a dibujarse una sonrisa en sus labios. Le gustaba aquel espejo y reflejarse en él, aunque soliera decir que su reflejo era más nítido y real en un cubo de agua, que aquella imagen

distorsionada que recibía del espejo. Lo soltó, tan brusca como acostumbraba y se puso en pie. Él siguió mirando al fuego, y en su estómago sintió la inquietud que le producía no saber de qué forma recibiría ella la pregunta que iba a hacerle. No la miraba, pero podía atisbar su larga figura envuelta en una rica bata de seda, ribeteada con blancas pieles, que las mujeres de Coenwalh habían confeccionado para ella, como regalo de bodas aunque nunca llegó a casarse. No la miró cuando la tuvo al lado, y ella, como solía ser su costumbre se sentó en las pieles que cubrían el suelo junto al hogar, entre las piernas de Hakon que le hizo separar para apoyar la cabeza en uno de sus muslos. Hakon se inclinó para dejar el vaso en el suelo, luego apartó el cabello de Érika de uno de sus hombros y lo acarició. Ahora ambos acariciaban cicatrices hechas por ellos mismos, como tantas otras veces, sin ser conscientes de que fueron sus propias espadas quienes hicieron aquel daño ya cicatrizado.

Hakon tomó aire y su caricia se detuvo.

—¿Alguna vez has tenido hijos?

Érika dejó de respirar por un momento y se estremeció bajo la mano de él. Pareció apartarse un poco, como si de pronto rechazara su contacto, o más bien como si temiera que finalmente sería rechazada por él. Hakon no intentó recuperarla. Ciertamente era como una loba, por más que se intentara amaestrar a la fiera, por más que hubiera conseguido convertirla en un dócil animal, siempre acabaría escapando ante cualquier movimiento que le hiciera sentirse amenazada. Aquella pregunta le hacía sentirse así.

Lo había esperado... Érika sabía que tarde o temprano, le oiría preguntar algo como aquello. Habían pasado al menos tres meses desde la primera vez que unieron sus cuerpos, y aún seguía sangrando cada mes. Y el embarazo de Maida, no hacía más que avivar aquella duda, incluso para ella misma. Sabía que algún día Hakon empezaría a impacientarse con ello, y es que cualquier hombre deseaba hijos, y una mujer que era incapaz de parir, con el tiempo podría hacerle perder todo interés en ella. Por más que Hakon la quisiera, querría hijos y se cansaría de ella si no era capaz de dárselos.

—Entiendo que... —Se detuvo un momento, no sabía muy bien como explicarse con él. —Entiendo que quieras hijos, y que el hecho de que pueda ser estéril te moleste... Pero si eso...

—No. —Dijo para interrumpirla. —No. Sólo quiero saber si alguna vez los has tenido.

Ella levantó la mirada hacia él confundida.

—No, nunca he tenido hijos. Pero...

Hakon acarició de nuevo su hombro y no la miró.

—Tengo tres hijos, y Harald parece que aumentará finalmente ese número. No tengo necesidad de más, era simplemente una pregunta.

Le miró durante un breve instante, y dejó de hacerlo para devolver la vista al fuego. No era sólo una pregunta, eso era más que evidente, pero Érika no intentaría averiguar nada.

Hakon continuó acariciando ese hombro en silencio. La idea que de pronto le hacía pensar que tal vez ella no era aquella loba, o que quizá la madre de Liam no había hablado más que de sus propias alucinaciones antes de la muerte, pareció tranquilizarle al menos por esa noche.

Amaba a esa mujer, y la sentía suya.

Una tarde de Marzo cuando los rayos de sol parecían querer atravesar las oscuras nubes, siempre descargando lluvia, el poblado de *Ojos de Hielo* en el Danelaw, se vistió de fiesta. Para dar la bienvenida a la primavera y decir adiós al duro invierno, se organizó una celebración en una pradera para todos aquellos que habitaban el lugar. Mesas repletas de comida, bebida, y música alegrarían los corazones apagados tras el tedioso encierro invernal. Bersk disfrutó de aquello tanto como el resto de su familia, vestida como una mujer, y bailando a veces entre ellas. Parecía feliz, y aunque no lo era del todo, se le veía radiante. Alguna vez entre todos aquellos bailes, se atrevió a mirar a su hermano Erik, aunque él seguía aparentemente distante con ella.

Entre tanto, en Coenwalh no era más que una tarde rutinaria. Los niños que habían pasado las tardes de invierno tomando lecciones de escritura, lectura y cálculo, a cargo de Jack de Arran, hoy se dedicaban a leer cuentos que habían escrito con ayuda de Maida y Jack mientras eran escuchados por algunos hombres, sentados a la mesa en la gran sala. Hakon, Sveinn, quien ya no iba a casarse pues su prometida había muerto aquel invierno, Oswald y Sheldon, acompañados de unas jarras de cerveza, escuchaban los cuentos de los niños y reían a veces divertidos. Liam también les acompañaba, aunque no prestaba demasiada atención, mientras se dedicaba a revisar sus hierbas y pociones, y apuntaba en un pergamino todas aquellas cosas que debía ir a recoger o a comprar en el mercado más cercano. Érika no era feliz con su tarea de aquella tarde, pero cuando decidió que deseaba compartir su vida con Hakon, aceptó que no habría otro remedio que asumir las tareas a las que antes se había estado dedicando Maida. No estaría nunca sola, pues la dama seguiría prestando su ayuda.

La puerta principal se abrió de repente para terminar con tan sosegada

tarde familiar. La esposa de un vecino cercano, una muchacha primeriza, estaba pariendo desde hacía más de veinticuatro horas, y el esposo suplicaba la ayuda de Liam. Eran conocidas por los alrededores las dotes de Liam como partero, y a pesar de tratarse de un hombre, nadie que se encontrara en la situación de un parto dificultoso, se detenía a cuestionarle o plantearse la idea de prescindir de sus cuidados por serlo. Estaban al menos a cuatro horas de viaje a caballo, y aunque a estos asuntos siempre solía acompañarle Maida, finalmente resultaba un camino demasiado largo, y necesitarían cabalgar velozmente, y no sería fácil ni mucho menos recomendable dado al estado de la dama. Mientras Liam preparaba sus herramientas y medicinas a toda prisa, Hakon se ofreció a acompañarle y propuso a Érika como ayudante en sustitución de Maida. A pesar de que no era el momento más propicio en medio de un parto dificultoso, una visita vecinal para comentar el pasado invierno, y los detalles de la próxima guerra, siempre podía ser conveniente.

En una alcoba falta de luz, de ambiente irrespirable y poblada de gente innecesaria, una muchacha sudorosa, con el semblante ceniciento y ojeroso, había dejado de luchar. Falta de fuerzas tras varias horas intentando parir, la pobre niña se había rendido a sus dolores, y ahora apenas emitía algún leve quejido. Cuando Liam entró seguido por Érika, hizo salir a toda aquella gente y únicamente permitió la presencia de dos damas que servirían de ayuda. El gesto de Liam al encontrarse con aquella debilitada figura se ensombreció, y cuando levantó las mantas que la cubrían y descubrió la sangre que teñía su camisa hasta la cintura, respiró hondamente mientras en sus ojos se alojaba un profundo pesar. Era tarde y lo sabía, aunque jamás se rendía ante la segura aparición de la muerte. Comenzó a trabajar con rapidez, sin haber dicho una sola palabra, mientras era observado por Érika y las dos damas. El calor era sofocante, pero no convenía abrir ventanas, así que se olvidó de este desagradable detalle y pidió candelabros llenos de velas cerca de la cama para combatir la oscuridad.

Liam no tardó mucho en averiguar que la criatura estaba muerta en el interior del vientre de su madre, y pensó como siempre en estos casos que debía sacarla de ahí y tratar de salvar al menos a la muchacha. Pero por más que lo intentó y puso en ello todo su empeño y cuidado, amanecía cuando la chica dejó escapar su último suspiro. Liam maldijo en voz baja y estampó uno de sus puños llenos de sangre en el colchón. Érika estaba junto a él, ambos arrodillados sobre la cama cerca de las piernas separadas de la ahora inerte chiquilla. Se había dedicado a ayudarle, mientras que las dos damas, ya

seguras desde hacía horas que perderían a la joven madre, lloraban desconsoladamente una a cada lado de los inmóviles hombros de ella. Érika se sintió desolada por el fatal desenlace de este primer parto para ella, acontecimiento que jamás había vivido y que además se había visto obligada a participar en él. Y aunque no era la primera vez que Liam se encontraba con algo tan triste, siempre terminaba afligido y sobre todo, disgustado por no haber podido hacer nada para evitar tan trágico final. Miró un momento a Érika y comprendiendo los sentimientos que la embargaban, la ayudó a lavarse la sangre que la cubría desde los dedos a los codos, y la envió a descansar. El señor de la casa les había proporcionado una alcoba cerca de allí en la que poder alojarse durante el tiempo que durara el alumbramiento, y Hakon estaría durmiendo seguramente en ella. Liam se ocuparía sin necesidad de su ayuda de limpiar a la muchacha, e informar al esposo. Érika agradeció poder salir de allí por fin.

Una vez cerró tras ella le pareció que de nuevo volvía a respirar. Corría una leve pero muy fría brisa por aquel pasillo desierto a aquellas horas y apenas iluminado, pero era gratamente recibida por ella, tras abandonar el desagradable y caluroso ambiente de la alcoba. Cerró su chal sobre los hombros estremecida mientras caminaba contando las puertas que dejaba atrás, en dirección a su destino. Era muy temprano, pero no todo el mundo en aquella casa habría dormido esa noche, y desde la gran sala le llegaba un suave murmullo y leves movimientos. Estaba cerca, con el corazón encogido tras el duro acontecimiento de la noche, y oyó una puerta cercana abriéndose. Apareció una muchacha en el corredor que cerraba tras ella. La presencia de Érika pareció llamar su atención un momento, y se detuvo, como si hubiera intentado en un primer momento saludar humildemente, pero de pronto el semblante de la chica pareció tornar de la humildad al asombro, y sus grandes ojos se abrieron inmensos, la sonrisa se congeló en sus labios y desapareció. Érika se detuvo entonces desconcertada por el cambio de actitud, y sus ojos volaron hacia la puerta que la joven había cerrado tras ella. Luego volvió a mirarla, y ella ya había comenzado a alejarse por el corredor como si inesperadamente estuviera huyendo. El corazón de Érika palpó violentamente entonces en su pecho. El odio, la rabia o cualquier sentimiento que la embargaba por primera vez en su vida, la obligó a perseguir a la chica que con pasos más rápidos de lo que habría querido mostrar, trataba de escapar. Tenía un largo cabello rojo suelto hasta la cintura, y a pesar de la manta que llevaba sobre los hombros, era evidente que bajo esa prenda no había nada que

cubriera su piel lechosa poblada de pecas. Érika no pensó en lo que hacía, solamente en la ira que movía su cuerpo, y alzó una mano para tomar bruscamente aquel largo cabello. La pelirroja chilló ante el doloroso tirón que la detuvo y la hizo volverse bruscamente hacia la otra mujer. Con aquel movimiento, una moneda que había agarrado fuertemente entre sus dedos, cayó al suelo atrayendo toda la atención de Érika, quien se quedó mirándola mientras esta rodaba por el suelo, y de nuevo sus ojos volaron hacia la pequeña y asustada muchacha, que trataba de liberar su largo cabello de aquella mujer que la miraba enfurecida desde su larga figura. El grito había atraído la atención de alguien, que abrió una puerta y salió al corredor. Hakon quedó sorprendido ante aquella escena, en la que Érika agarraba del pelo a la muchacha, y esta trataba de escapar de ella.

—Érika... —Su voz sonó suavemente para no atraer la atención de otros en las distintas habitaciones que podrían estar ocupadas. —Suéltala...

Ella no le oyó, ni siquiera se dio cuenta de que él se le acercaba a grandes zancadas. Hakon consiguió desenredar aquella furiosa mano del cabello de la chica, sin que aún Érika hubiera reaccionado, y ambos vieron como la pelirroja se agachaba para recuperar su moneda y luego escapaba de allí a toda prisa. Ahora ella pareció poder reaccionar, y se volvió para mirarle con un gesto cargado de tanto odio como incredulidad, respiró hondamente y fue hasta la puerta abierta para entrar en la alcoba. Quería gritar, romper todo aquello que encontrara a su paso, o mejor aún, romper la cara de Hakon a puñetazos. ¿Era posible que se hubiera acostado con aquella pelirroja mientras ella ayudaba a Liam en tan terrible momento? Él entró tras ella, cerró y se apoyó en la puerta, sabiendo perfectamente a qué se enfrentaba pero sin saber muy bien, de qué forma lograría solucionar lo que para él no era más que un malentendido. Paciencia, pensó. Paciencia mientras observaba en silencio todos sus movimientos. Estaba furiosa, y tanto que parecía que no encontraba la forma de calmar todo lo que hervía dentro de ella. Se le cayó el chal porque ya no lo sujetaba, y con las manos apoyadas en las caderas y la cabeza gacha, como si estuviera meditando, logró detenerse frente a una ventana cerrada con un pergamino encerado. No hablaba, y ahora tampoco se movía y esto impacientó a Hakon. Caminó hasta ponerse tras ella.

—Érika...

Lo sabía... Hakon sabía que ella no iba a reaccionar hasta haberle oído hablar, por eso y a pesar de no saber muy bien cual sería la reacción de ella, se decidió a hablar. Sólo su nombre, lo suficiente para conseguir que ella se

volviera para mirarle como si la hubiera movido un huracán. Se enfrentó a él mostrando una mandíbula apretada y unos ojos entornados por un odio y un dolor muy profundos.

—¡Maldito seas! —Gritó.

Levantó las manos directas al pecho de Hakon pero él las detuvo tomándola de las muñecas, antes de recibir el duro golpe que le habían enviado. Entonces ella se resistió y trató de luchar para lograr golpearle, que era lo único que parecía que iba a lograr calmar su furia y dolor.

—Escúchame...

La voz de Hakon escapó en un silencioso murmullo de ruego, y la fuerza con la que trataba de detenerla disminuyó. Érika se deshizo de él entonces y se echó hacia atrás sin dejar de mirarle. Sus ojos despedían llamas de furia, mientras su pecho subía y bajaba impulsado por una frenética respiración.

—Cómo has podido... ¡Miserable! Paso toda esta noche intentando ayudar a esa pobre niña a parir, mientras tú aprovechas para fornicar con una pequeña zorra...

Hakon intentó acercarse y ella se lo impidió con un gesto. Estaba seguro de que terminaría atacándole si le tenía lo suficientemente cerca.

—Espera que te explique y verás que no es nada de lo que has pensado.

—¿Ah no? —La voz escapó furiosa de su garganta, y se volvió dándole la espalda. Tomó aire y por un momento ella misma sintió como si hubiera podido relajarse. —Sal de aquí ahora mismo. Me prepararé para abandonar este lugar, y vengas tú o no, regresaré para recoger a Harald y hoy mismo abandonaremos Coenwalh.

—No.

Érika se volvió para mirarle, de nuevo parecía haber sido movida por un huracán.

—Si. Y déjame ya. No tendrás forma de explicar qué hacía aquí una mujer medio desnuda. Y qué hacía esa moneda en su mano... ¿Vino a colocar las sábanas y perdió la camisa por el camino? —Sonrió o eso pareció, aunque no había rastro de alegría en su rostro. —Imagino que le diste esa moneda, no por sus servicios, sino para que pudiera comprarse algo con lo que cubrir su desnudez.

Hakon suspiró, apartó un momento la mirada y después volvió a posarla en aquella criatura llena de furia que nunca y a pesar de sus dificultosos comienzos, le había mirado como lo estaba haciendo en ese momento. Estaba más herida y decepcionada que furiosa finalmente, y aunque ahora era

invadida por todos aquellos sentimientos que la mantenían firme, al fin y al cabo estaba claro que terminaría dejando escapar aquellas lágrimas que parecían querer huir de sus ojos vidriosos. Hakon odió aquel momento y casi llegó a odiarse a si mismo por no saber cómo hacer para conseguir que ella se detuviera a escucharle. Dio un solo paso, y el gesto de advertencia de ella, le hizo detenerse.

—Le di la moneda, si, para que me dejara en paz...

—Te odio. —Soltó. —Sal de aquí porque lo único que deseo en este momento, es poder patearte la cara y cortarte esa lengua de mentiroso.

—Me iré cuando me hayas escuchado.

Érika le dio la espalda y buscó un hatillo en el que había llevado ropa limpia. Comenzó a desliarlo en silencio, y a pesar de que Hakon siguió hablando, ella se comportó como si estuviera sola en aquella alcoba y nadie le hablara.

—No creo que supere la quincena de edad, y debe hacer bastante tiempo que la ofrecen a cada visitante que aparece por aquí. Imagino que al principio fue un suplicio para la muchacha, pero es seguro que las monedas que consigue por ser cariñosa con cada hombre que visita a su señor, pueden más que su vergüenza. La he visto en otras visitas, y siempre se me ha ofrecido...

Érika se giró para mirarle, y eso hizo que por un momento él detuviera sus palabras. Iba a decirle que se marchara, que no quería saber nada de todo lo que estaba diciendo, pero Hakon le rogó un momento con un gesto, y finalmente ella volvió a darle la espalda y se ocupó de desliar una camisa limpia sobre una mesa, aparentemente sin prestarle atención, aunque más bien y en su más profundo interior debía reconocer que estaba deseando saber qué era lo que tenía que decir.

—Siempre le he dado una moneda... a cambio de nada, y jamás se me ha ocurrido sucumbir a sus sugerencias. Pero anoche no se la di... No ha venido a acomodar ninguna sábana...

Érika se quitó la túnica y la dejó sobre la mesa en silencio. Parecía no estar escuchándole, aunque en realidad necesitaba con urgencia seguir atendiendo a todo lo que él dijera. Se sacó la ensangrentada camisa, y aunque Hakon miraba aquella espalda desnuda, no sintió placer al observarla. Era como si esa visión de hermosos hombros y cintura bien delineada, de pronto hubiera dejado de pertenecerle, convirtiéndose en algo inalcanzable. Érika sin decir nada a pesar del largo silencio de él, pasó una camisa limpia por su cabeza y la delgada y bien formada visión de su espalda desapareció.

Hakon tragó saliva, tenía miedo a perderla por un desafortunado incidente del que él no era ni mucho menos culpable. Continuó con su explicación.

—Obviamente sabía que aún no habíais terminado con el parto de su joven señora, y que yo me encontraría solo en esta alcoba. Ha subido apenas hace unos pocos minutos y se me ha metido en la cama. Creí que eras tú... Pero esa pequeña fulana roñosa, huele a humo y a pescado rancio, y no ha conseguido engañarme... Le he dicho que se marchara. No quería que la encontraras aquí conmigo, pero se me ha enredado como una maldita serpiente. He salido de la cama para coger mi bolsa de monedas, le he arrojado una, que es lo único que estaba buscando y se ha marchado.

Érika seguía en silencio, y se puso una túnica limpia. Él continuó.

—La casualidad ha querido que aparecieras en ese momento y que todo haya parecido lo que no...

Le interrumpió incapaz de seguir escuchándole. Se volvió mientras colocaba de nuevo su cinturón, y no le miraba pero parecía realmente calmada.

—Señor de Coenwalh, eres un hombre tan gentil que no me extraña en absoluto que esa zorrilla te busque cada vez que apareces por aquí. Gentil y... templado, hasta el punto de tener en tu cama a una anhelante muchachita de generosos pechos, y ser capaz de tener la templanza suficiente para rechazarla. —Le miró. Por más que tratara de parecer sosegada, sus ojos inundados ya de lágrimas retenidas declaraban sus verdaderos sentimientos. —Y como decía, tan gentil que en lugar de sacarla de aquí a patadas y sin miramientos, porque no es más que una sucia sirvienta, le ofreces una moneda para que te deje en paz. —Sonrió y se volvió para enrollar su ropa sucia. Un poco más y las lagrimas inundarían su rostro. Su voz tomó un tono sarcástico. —Eres tan maravilloso que ahora comprendo por qué me enamoré de ti.

—Es la primera vez que lo admites...

Ella suspiró y el corazón se le llenó de amargura. No debería estar llorando, pero no pudo evitarlo. Trató de ocultarlo, haciendo que su voz sonara calmada.

—Debo admitir que no lo he sabido con certeza hasta hoy. —Terminó de hacer el hato de ropa sucia, y limpió sus lágrimas. —Es una lástima que igual que he tenido esa revelación, todo lo que sentía por ti, se haya convertido en cenizas.

Se volvió por fin, a pesar de las lágrimas que no quería mostrar, sintió que necesitaba mirarle para decirle lo que sentía.

—Una vez creí odiarte, Hakon de Coenwalh... Pero descubro ahora que en ese momento no sabía lo que era odiar.

—Debes creerme. —Suplicó mientras ella se limpiaba las lágrimas como si rechazara llorar. —¿En serio crees que me habría dejado seducir por esa zorrilla maloliente? Esa muchacha no ha visto un cubo de agua desde el mes pasado, y no quiero saber cuántos hombres han entrado y salido de entre sus piernas en todo ese tiempo...

—Olvidaba que eres un hombre escrupuloso en ese sentido. —Su voz sonaba con sarcasmo. —Aún recuerdo en aquel campamento en el que nos encontramos... Se decía que mantenías a sueldo a tu propia ramera, para evitar que fornicara con otros.

—¿Crees que soy el único que lo hace? Es inevitable que finalmente terminen contagiándote todo tipo de males.

Érika no se detuvo a reflexionar sobre aquello.

—Ve a consolar a tu vecino. —Dijo como si lo anterior hubiera perdido toda importancia. —Su joven esposa ha muerto y el bebé también.

Por un momento, Hakon sintió que tan trágica noticia no le interesaba, pero terminó por asumirlo y asintió con pesar.

—Iré sí. Pero no te marches, nos iremos juntos. Piensa en lo que te he dicho y por favor, admite que no necesitaba dejarme llevar por mis deseos por más que ella lo hubiera intentado. Tengo a la mujer que amo siempre que quiero, incluso cuando no la necesito, también la tengo. Estoy plenamente satisfecho con lo que tengo, y una sucia y pedigüña jovencita sólo ha conseguido hacer que me sintiera agobiado. Le he dado la moneda que buscaba, sí, pero de igual forma que cuando le arrojo un hueso a cualquier perro que se me acerca para pedir comida a mi mesa. Para que dejara de incordiarme...

Érika se giró y le dio la espalda. Estaba llorando y trataba inútilmente de ocultarlo. Hakon dejó de hablar y dio varios pasos hacia ella con la intención de acercarse, pero un solo gesto de la mano de Érika le detuvo. Él asintió comprensivo, tal vez necesitaba tiempo para asumir lo que había ocurrido y llegar a la conclusión de que no le había mentado.

—Iré a consolar a ese pobre hombre.

El regreso a Coenwalh fue incómodo y silencioso. Liam se sentía frustrado y apenado, como le ocurría siempre que una vida se le escapaba de las manos. Más aún cuando se había tratado de una jovencísima madre y su bebé, que nunca llegó a ver la luz. Se lamentaba de no haber sido llamado antes,

sabiendo que con unas horas de antelación cuando la muchacha todavía habría podido disponer de fuerzas, tal vez el desenlace habría sido distinto. No tenía ánimos para comentar lo sucedido, y tampoco para advertir lo que ocurría a su alrededor porque el hecho de que Hakon y Érika se mantuvieran en silencio durante todo el trayecto, no llamó su atención. Hakon parecía apesadumbrado, e incluso a veces enfadado. Érika había llorado durante largo rato, a juzgar por la hinchazón de sus ojos, y se mostraba afligida. Y si en algún momento Liam era capaz de advertir aquellos comportamientos, terminaba pensando que el triste acontecimiento había conseguido afectarles, por lo que no llegó a sentir ninguna curiosidad. Fue cuando llegaron a Coenwalh, al final de la tarde grisácea y húmeda, cuando por fin Liam comenzó a sospechar que estaba ocurriendo algo más que él no conocía. Érika soltó su caballo y corrió hacia el interior de la casa sin haber dicho una palabra. Hakon no trató de detenerla, desmontó y se quedó observándola abatido, hasta que la vio desaparecer tras la puerta cerrada. Liam también la miró, y tras desmontar se acercó a su hermano. Por el semblante que encontró supo que algo grave había ocurrido entre ellos, y que nada tenía que ver con la trágica muerte que habían presenciado. No tuvo que preguntar nada, Hakon no se demoró en responder a su gesto impaciente.

—Cree que he podido ofenderla acostándome con una de las muchachas de la casa. —Dijo. —Va a abandonarme y piensa llevarse con ella a Harald. Si trato de detenerla, no conseguiré otra cosa que su desprecio, así que no lo haré. Ofrécele un lugar en tu casa, y tenla contigo hasta que pueda reflexionar y admitir que se equivoca. Sé que sabrás convencerla.

—¿Lo has hecho?

Hakon miró a su hermano con un gesto irónico que borró por un momento su pesar. Sin demasiados detalles le habló de lo sucedido aquella mañana, y Liam asintió comprendiendo perfectamente.

—Tú sabes que no es la primera vez que me quito a esa pedigüeña de encima con una moneda. —Continuó. —Si no he sentido ninguna necesidad de yacer con una sucia ramera cuando no tenía una mujer... ¿Por qué iba a hacerlo en este momento, y con Érika tan cerca? Sólo quería que se marchara y que no la sorprendiera allí dentro, como finalmente ha ocurrido.

—Está bien. Iré a buscarla y la llevaré conmigo.

Aunque lo que más deseaba Érika en aquel momento era desaparecer de Coenwalh, y perder de vista para siempre a Hakon, finalmente aceptó la proposición de Liam y se instaló en su casa, dejando a Harald en la casa

señorial. Pensaba irse de todas maneras, o eso decía y creía, pero tan destrozada interiormente como estaba, y sin planes de ningún tipo, lo más correcto sería esperar y abandonar el lugar cuando hubiera podido recuperarse de su dolor y planeado algún destino. La ausencia de Érika aquella noche para la cena, no tuvo preguntas por parte de nadie, y durante los días que siguieron mientras ella no aparecía por allí, permaneciendo siempre con Liam en su casa, tampoco fue motivo de preguntas o comentarios, a pesar de que la curiosidad invadía a todo el mundo. Sólo Sveinn se atrevió a hacer algún comentario, por lo que fue fulminado por la silenciosa mirada de su padre. El gesto unas veces hosco, y otras apesadumbrado de Hakon no pasaba desapercibido, y aunque habría podido ocultar sus sentimientos para ahorrarse las miradas de curiosidad, decididamente no tenía fuerzas ni ganas para evitarlo.

En la primera noche y tras una frugal cena, mientras ambos permanecían envueltos en mantas junto al brasero, Liam decidió terminar con el silencio que ya duraba al menos una hora. Mientras con una suave y sosegada voz comentaba lo que había sabido por parte de Hakon, ella no se molestó en interrumpirle, y de hecho, era como si en realidad no le escuchara. Tenía sus enrojecidos ojos grises clavados en las potentes brasas, y en ningún momento le miró. Liam dejó un largo rato de silencio, como si esperase que Érika asumiera lo que se suponía que había escuchado, pero ella no hizo ni dijo nada. Liam sacó una mano de debajo de la manta que le cubría y la posó en el brazo abrigado de ella. Por fin Érika le miró. Y lo hizo largamente y en silencio, clavando sus enrojecidos ojos en la mirada del color de la miel. Cada vez que se detenía a mirarle así, veía a la mujer que había en su interior, y se sentía impresionada por poder admitir que aquella condición pudiera ser cierta. No pensaba en lo que él, o más bien ella, le había estado diciendo y de pronto sólo podía preguntarse la razón que una vez la llevó a enamorarse de Liam y ser incapaz de reconocer que no era realmente un hombre. Liam no podía saber qué era lo que se movía en aquella cabeza en ese momento, mientras ella se dedicaba a simplemente mirarle a los ojos, pero estaba seguro de que nada de lo que había intentado tratar con ella ocupaba su mente.

—Estaré encantado de tenerte conmigo unos días. —Continuó. —De ayudarte a comprender que lo que ha sucedido no es realmente lo que piensas...

—¿Quién lo dice?

Liam se sorprendió de verla salir por fin de su extraño letargo con aquella

pregunta, y fue incapaz de responder. Aunque finalmente abrió la boca para hablar, ella que ahora ya no le miraba, continuó hablando impidiéndoselo.

—Yo vi a la muchacha saliendo medio desnuda de la alcoba. Vi la moneda... Puede que consiguiera creer la explicación que Hakon nos ha dado por lo visto a ambos, pero no dejaré de tener presente aquella escena en que una odiosa pelirroja de grandes pechos, salía después de haber estado con... con...

Fue incapaz de seguir diciendo nada. De pronto pasó del odio a la pena. Y Liam supo que sería difícil convencerla y hacer que el mal desapareciera de su cabeza. Esperaba que con el tiempo consiguiera poder ayudarla.

—Yo lo digo. Si no eres capaz de creer a Hakon, piensa que yo no te engañaría.

Volvió el rostro de pronto, y hubiera deseado no demostrar tanta furia en sus ojos mientras le miraba. Se arrepintió del gesto y desvió de nuevo la mirada. Liam asintió para sí mismo. No era el momento.

—Bien, tranquila, estarás aquí conmigo.

—¿Cuándo te irás a Eire?

No le miró para hacer aquella pregunta, y Liam ya sabía cuales serían las palabras de ella tras su respuesta.

—Todo estará dispuesto la semana que viene.

—Me iré contigo.

Liam cerró los ojos y respiró hondamente. Lo había esperado desde antes de haberse sentado junto a ella aquella noche. Hakon no conocería al menos de momento aquella decisión, pues sabía que eso le hundiría profundamente, y mientras pasaban los días, Liam se esforzaría por hacer que aquellas imágenes que perturbaban la mente de ella impidiéndole pensar con claridad, desaparecieran.

No consiguió nada. Por más que ella deseara creer que debía olvidar lo ocurrido y regresar junto a Hakon, la imagen de aquella pelirroja medio desnuda la atormentaba cada día y cada noche en sus sueños mientras dormía. Liam lo intentó sin descanso y de todas las maneras posibles. Trataba de convencerla de que no tendría que reprochar nada a Hakon, y que todo habría sucedido tal y como él les había explicado. Pero abatido finalmente debió admitir que ella no lograría curarse del mal que la aquejaba interiormente. Esta era la primera vez que amaba a un hombre, y por tanto, la primera que fuera cierta o no su traición, sufría por algo así.

Hakon trató de verla en aquellos días sin descanso. Y cuando Liam por fin

le hizo saber que ella estaba empeñada en abandonarle, intentó desesperadamente recuperarla. Esperaba poder impedir que se marchara a Eire, más aún cuando sabía o así parecía que iba a ser, Liam no tendría allí un buen final. Unas veces se desesperaba, otras incluso se enfurecía y culpaba a Liam por permitir que le acompañara. Y si, puede que en un primer momento y durante los primeros días tras el inoportuno suceso, Liam hubiera puesto todo su empeño en convencerla para que creyera a Hakon y olvidara su intención de viajar a Eire. Pero esa intención cambió una mañana, y si Hakon le acusaba de aceptar y permitir aquella decisión, no estaba nada desencaminado.

El día anterior antes de la partida, Hakon se presentó ante la puerta de Liam en un desesperado intento por detener aquel viaje. Aunque había tratado de ver a Érika en otras ocasiones, siempre sin conseguir nada, esta vez estaba dispuesto a echar la puerta abajo si era necesario. Érika se negó a salir, y fue Liam quien apareció en el umbral finalmente, para encontrar a un hombre atormentado. Liam le condujo hasta un lugar alejado de su casa, y allí le hizo saber que no habría forma de impedir que ella le abandonara. Como si hubiera llegado a creer que era el mismo Liam quien animaba a Érika a acompañarle a Eire, el rostro de Hakon se endureció mientras se dedicaba a mirar aquellos ojos dorados de mujer, en silencio hasta que terminó por estallar.

—Maldita egoísta... —Soltó como si escupiera. Era la primera vez que se dirigía de aquella forma a Liam, y una de las pocas ocasiones en que utilizaba términos en femenino. —Ella quiere irse y tú estás tan encantada con ello, que no has movido un solo dedo para evitarlo...

Liam se sintió herido por la forma en que su hermano le hablaba por primera vez. Pero era cierto al fin y al cabo. Había tratado de convencer a Érika en un primer momento, hasta unas noches después en que la diosa volvió a hablarle. La diosa... su propia madre muerta... o aquella a quien perteneciera la voz que a veces le hablaba en su interior. La misma que la obligó a recoger a la vikinga herida un año antes, cuando él la habría abandonado a su suerte. Esta vez y sin palabras como era habitual, le había hablado de olvidarse de tratar de hacer que la vikinga cambiara sus intenciones, y además, alentarla a acompañarle. La razón no la conocía. Pero era cierto que en su interior, tal y como había hecho saber alguna vez, sabía que si había librado a Érika de la muerte aquel día fue con un propósito, desconocido por él mismo, pero realmente importante. Siempre estarían juntas por el motivo que fuera. Supo en ese momento, que la realidad no podría tratar de explicársela a Hakon, pues si no la habría entendido normalmente, en esas circunstancias en que se

encontraba furioso y desesperado por perder a Érika, sería un intento imposible. No pudo decir nada, y Hakon terminó por regresar a la casa sin haber dicho una palabra más.

Partirían al día siguiente, mientras Hakon se encontraría lejos de Coenwalh, donde no tendría que verles marchar. Esa misma mañana comenzó con su tarea en los preparativos para la próxima guerra, y junto a Sveinn y Sheldon, partió hacia las aldeas cercanas con la intención de reclutar hombres para su ejército.

XXVII

Ulidia, Eire

Primavera de 917

En una pequeña isla de la región de Ulidia, poblada por una sola pequeña aldea de casas dispersas, aún conseguía mantenerse en pie la cabaña de barro y paja de la anciana Eithne, que aunque no llegaría a cumplirlo, estaba muy próxima al siglo de vida. Cercana a la aldea pero aislada y oculta en el interior del bosque, la antigua casa aparecía engullida por la vegetación y totalmente destartalada, tras un largo y estrecho sendero entre matorrales al que se accedía desde el camino principal. Tiempo atrás la vivienda se había mantenido cuidada y limpia de vegetación, con un pequeño huerto y un corral para unos pocos animales, ya desaparecido. Pero desde hacía muchos años, y sobre todo, desde que la vieja moradora se vio impedida, la casa se fue echando a perder hasta convertirse en lo que ahora era, la ruinoso morada de una anciana que esperaba la muerte. Durante casi dos siglos fue el lugar al que los aldeanos acudían para buscar remedios, curas y a veces incluso, las visiones de la curandera. Primero la abuela de Eithne, luego su madre, y después ella misma se habían ocupado de prestar sus conocimientos a cambio de dinero o regalos. Pero hacía mucho tiempo que Eithne se negaba a recibir visitas, y únicamente permitía la entrada a su casa, y porque realmente le era necesario, de la joven Keira. Esta muchacha jamás se había casado y no tuvo hijos, pues gracias a los conocimientos adquiridos junto a la vieja, lograba interrumpir cada embarazo que se le había presentado. Keira planeaba convertirse en la hechicera de la zona y vivir de sus ingresos a base de las curas y remedios vendidos a los aldeanos, tal y como Eithne y sus antecesoras habían hecho durante tanto tiempo. Era esa la razón por la que cada día acudía dos veces a aquella destartalada cabaña, para cuidar de la vieja. La habría abandonado a su suerte, y esta habría muerto desatendida en pocos días, ahora que ya había adquirido los conocimientos suficientes como partera, sanadora y vendedora de ungüentos, unas veces acertadamente y otras y si no había sabido de qué forma solucionar el problema, elaborando algún brebaje inofensivo

para venderlo como la solución a la dolencia planteada. También aseguraba y sólo a algunos aldeanos de confianza, haber sido instruída por la vieja en el arte de la adivinación, y a veces obtenía pagos en especies por engañar a todo aquel iluso que creía en sus poderes mentales. En los casi diez años que dedicó a cuidar de la anciana, era cierto que había aprendido lo suficiente para lograr ganarse la vida con sus conocimientos, pero si había algo que realmente deseaba Keira, era obtener los poderes de la mente de aquella mujer. Algo que nunca ocurriría, pues el poder de Eithne fue entregado por la diosa y era algo que se transmitía de madres a hijas.

Igual que sus antecesoras, Eithne jamás se casó y únicamente tuvo una hija a la que instruyó en sus artes para la curación, y en saber manejar el poder de su mente, un privilegio concedido por la diosa sólo a algunos mortales, y que era heredado de la madre. Por lo tanto, por más que Keira se empleara en su afán jamás conseguiría nada. Eithne la engañaba cuando aseguraba que un día lograría ver las imágenes pasadas, presentes y futuras en el fuego, que su mente podría oír los pensamientos de la gente... Y Keira que quizá a veces llegaba a la conclusión de que estaba siendo engañada realmente, terminaba por ser cegada por su codicia y se armaba de paciencia para seguir las instrucciones de la anciana con la determinación de que poco a poco lo lograría. Se impacientaba en cambio cuando advertía que la mujer era demasiado vieja, y que cualquier día la encontraría rígida y fría en aquel camastro que ocupaba todas las horas de su vida, habiéndose marchado al infierno sin transmitirle sus conocimientos.

Eithne despreciaba a Keira, y se contentaba sabiendo que la joven moriría antes de que acabara aquella primavera. Ella misma quería morir. Había visto morir a su hija, ya anciana también unos años antes, y había sabido de la temprana muerte de su nieta Niamh en Inglaterra. Con tantos lustros a sus espaldas, imposibilitada para cuidar de su viejo cuerpo sin ayuda, anhelaba la muerte como ninguna otra cosa. Hacía mucho tiempo desde que quedó postrada en un camastro, pues sus gastados huesos no la mantenían en pie, y necesitaba de la ayuda de Keira para alimentarse, limpiar las micciones y excrementos que ya no era capaz de retener y curar de las úlceras que inevitablemente aparecían en su piel. Se habría dejado morir, y habría disfrutado sumamente despachando a la odiosa Keira de su casa para siempre, pues ya no la habría necesitado, pero no podía abandonar la vida sin antes haber tenido ante sí a la *Cervatilla con cornamenta de semental*. La había estado llamando desde hacía años, le había hablado desde el interior de su

mente, y a veces había conseguido que sus consejos fueran escuchados por la *Cervatilla*. Así se refería a su bisnieta. Aquella joven sucesora creció sin madre y por tanto sin la compañía de alguien que pudiera guiarla e instruirla. Si Eithne no moría a pesar de su gastado cuerpo, era sólo porque esperaba conocer a su *Cervatilla* y poder emplear el tiempo que la diosa le permitiera seguir viviendo, para enseñarle a trabajar con su mente. Si nadie lo hacía, la joven viviría desgraciadamente, siendo acosada por visiones que no sería capaz de descifrar. Visiones que con la edad irían siendo más claras y frecuentes, más atormentadoras tal vez si se veía incapaz de comprenderlas.

Era temprano aquella mañana cuando Keira apareció en la cabaña, pero más tarde de lo que acostumbraba. Un parto nocturno la había retenido durante demasiadas horas y apenas pudo descansar, de modo que la falta de sueño y el cansancio la habían despertado fastidiada, y a punto estuvo de no aparecer y dejar a Eithne a su suerte. Resultaba tenebrosa la visión de aquella casa ruinoso entre la oscuridad de la vegetación, e imaginaba Keira mientras la observaba al acercarse con sus azules ojos entornados por la luz de la mañana, que nadie se atrevería a atacar a la vieja en la noche. Abrió la puerta como siempre, de un empujón y sujetando su chal de lana clara con una mano, y se hizo paso hacia el interior. Oscuridad como siempre, humedad a pesar del brasero que dejaba encendido cada tarde y que aparecía apagado en la mañana, y hedor, algo que solía disminuir una vez que Keira había aseado a la vieja. La miró un momento, inmóvil en su camastro, y como cada mañana con el temor de que se hubiera convertido en una rígida figura, algo que aunque sería un alivio cuando ocurriera, no resultaba conveniente para Keira todavía. Un gemido desde la cama le hizo saber que seguía con vida.

—Llegas tarde... —Musitó la voz de la anciana.

Keira tomó aire y se dispuso a comenzar con su quehacer diario sin pararse a dar explicaciones. Apenas había dormido, pero eso a Eithne no le importaría. Nunca le importaba nada de cualquier cosa que Keira tuviera que decir, así que sin expresar una sola palabra, dejó su chal a un lado y comenzó con la rutina de cada mañana. Primero debía lavarla, tratar las úlceras de la piel y vestirla con una camisa limpia. Luego prepararía unas gachas y tras dar de comer a la mujer lo poco que su cuerpo pudiera admitir, Keira tomaría su ración.

Una vez estuvo todo dispuesto, tomaba sus gachas en silencio. Más tarde y si Eithne tenía fuerzas, trataría de convencerla para que le hablara de como hacer para atraer a las visiones en el fuego. Estaba sentada en un pequeño

banco junto al brasero de bien alimentado fuego.

—¿Hoy tampoco has visto a la *Cervatilla*?

La maldita pregunta de cada mañana y que tanto odiaba Keira. Dejó un momento de comer, finalmente tragó y en silencio negó con la cabeza. Continuó comiendo, oyendo sin desearlo la desagradable respiración ahogada de la mujer. Había decidido que esa mañana se marcharía pronto a descansar, aunque no dejaría de comentar sobre su falta de progresos en el arte de la adivinación, el único motivo por el que soportaba el suplicio de cuidar de Eithne día tras día. Terminó rápidamente de comer y se dispuso a recoger con celeridad.

—Anoche estuve mirando en la lumbre. —Dijo sin detener su quehacer. — No veo otra cosa que las figuras que forman las llamas... Y aunque a veces creo ver hasta criaturas danzantes, no sabría explicar qué es lo que me muestra el fuego.

—No sirve. —Respondió la vieja desdeñosa. —No es ni más ni menos que tu imaginación, como cuando los niños creen ver formas de animales en las nubes.

—Hace años que miro esas malditas llamas, como me dices y no consigo...

—¿Tampoco has visto a ningún extranjero?

Eithne la interrumpió sin miramientos a sabiendas de cuanto le molestaba aquello a la joven. Keira se volvió para mirarla y despreció aquella figura de cortos cabellos cenicientos, que ella misma cortaba cada mes. Cubierto de mantas aquel consumido cuerpo que apenas se movía, se preguntaba cómo era capaz de seguir viviendo. Meneó la cabeza para dar una respuesta negativa a la pregunta. Decidió que hoy no sería el día para hablar sobre sus propios intereses y que regresaría en breve a su hogar. De pronto recordó a los extranjeros que había encontrado en el camino principal, cuando se dirigía a la cabaña. Y aunque se habría ahorrado la molestia de comentárselo a la anciana, decidió que por más que la despreciara, finalmente la temía lo suficiente como para no guardarse para sí misma una información que aunque no tendría demasiada repercusión, sería mejor no tratar de ocultar.

—Bueno... —Comenzó. —Me he encontrado con un hombre y una mujer. Llevaban un niño pequeño. Claramente la mujer y el niño eran nórdicos. ¿Se puede asemejar algo a lo que tú llamas *Cervatilla*? Aunque siempre preguntas lo mismo, nunca sé a qué te refieres.

Detectó un suave movimiento de inquietud bajo las mantas, y eso llamó su atención. Keira se acercó a la cama.

—El hombre... ¿Cómo era él?

Keira se mantuvo pensativa un momento. Sólo los dioses sabrían qué era lo que esperaba la mujer de unos extranjeros, qué demonios era la *Cervatilla*, y qué era lo que la impacientaba tanto. Advertía ahora que su encuentro con aquellos tres, era una noticia que bien podría haberse detenido a relatarle, pero quizá su intención de dedicarse únicamente a sus intereses aquel día en el tiempo que pasaría con Eithne, le había hecho olvidarlo. Podría haberse parado a contarle que unos extranjeros le habían preguntado por la curandera del lugar, y que cuando ella misma se dio a conocer como la persona que buscaban, el hombre la había mirado fijamente con sus ojos dorados, para terminar meneando la cabeza y decirle que no era ella a quien esperaban. Tal vez ese rechazo, por más que hubiera sido sin rastro de desdén, había ofendido a Keira y prefirió olvidarlo. Si, no lo contaría.

—El hombre era inglés o incluso irlandés. Aunque hablaba nuestra lengua, tenía un claro acento extranjero...

—Sus ojos... —La interrumpió con urgencia. —¿Eran como los míos?

Keira frunció el entrecejo y miró a los ojos de la vieja. Aunque había encendido varias velas cerca de la cama, le resultaba imposible ver su rostro con claridad, y a pesar del tiempo que había pasado con ella, no podría haber dicho cómo eran aquellos ojos hundidos en sus dos cuencas y cubiertos por una capa cristalina. Se inclinó un poco hacia la anciana como disponiéndose a mirarlos de cerca, y Eithne se desesperó, como siempre que hacía o decía algo que la llevaba a pensar que no era más que una necia.

—No seas tonta, muchacha. —Keira se enderezó rápidamente. —¿Eran dorados sus ojos?

—Sí, dorados y... jóvenes... —Sintió un enorme deseo de maldad. —¿Cómo pretendes que los compare con los tuyos?

—Ve entonces a buscarle. ¡Rápido!

Keira la miró incrédula.

—¿Adonde quieres que vaya? —Preguntó en un grito. —Les encontré en el camino...

—Sal de aquí ahora mismo, muchacha inepta y recorre cielo y tierra para traérmelo, o será esta la última vez que vengas por esta casa.

Keira respiró hondamente. Contempló airada aquella decrepita y desagradable imagen un momento, y finalmente se volvió en silencio. Arrebujada en su chal cerró la puerta tras ella y comenzó el recorrido del angosto sendero. Lucía el sol vagamente y el tiempo aún era fresco, así que se

cubrió también la cabeza. Maldita fuera la vieja, y maldita también la dichosa *Cervatilla* a la que esperaba. Salió al camino principal que llevaba a la aldea, y por un momento decidió que se iría a dormir y abandonaría finalmente a la vieja. Ya había adquirido conocimientos suficientes para ganarse la vida, y empezaba a no necesitar de sus enseñanzas para nada. Al demonio con la condenada vieja... Pero se estremeció... No sabía si por el ambiente fresco, o si fue el temor a lo que Eithne y sus poderes pudieran hacer con ella si no obedecía. Estaba segura de que ya era tarde para encontrar a los extranjeros, y se preguntaba cómo tendría que apañárselas para localizarlos allá a donde hubieran ido. Pero tuvo suerte. Cuando llegó a la aldea, formada por no más de diez casas desperdigadas en un claro, encontró a los dos jinetes acompañados del niño. Se habían detenido para comprar provisiones, y en ese momento terminaban la compra de dos pequeños quesos y unos panes. Keira llamó su atención. Alguien quería verles. Una curandera que tal vez y como no ocurrió con ella cuando se prestó a ayudarles, lograría satisfacer sus demandas. El hombre y la mujer accedieron a acompañarla, y aunque él que debía ser un caballero muy gentil, se ofreció a llevarla en su caballo, Keira rechazó el ofrecimiento y caminó rápidamente junto a ellos. Puede que por un momento hubiera deseado abandonarlo todo, incluso su deseo por aprender a leer en el fuego, pero finalmente y a pesar de que la vieja poco le enseñaba y muy posiblemente se burlaba de ella, estaba dispuesta a no perder la oportunidad de obtener aquel conocimiento. Además se moría de ganas por averiguar qué era ese asunto de la *Cervatilla*, que tanto parecía preocupar a Eithne.

La visión de lo que parecía ser una choza abandonada, les sorprendió a la vista, pero el humo que escapaba por algún orificio les dio a entender que alguien la habitaba. Desmontaron cerca y Keira abrió la puerta y se asomó al interior.

Liam miró a Érika. En sus ojos como la miel era patente la gran inquietud que recorría su interior. Aquella pequeña isla, lugar de nacimiento de su madre, fue su más ansiado destino desde hacía años, y ese mismo día había podido sentirla bajo sus pies. Sabía que provenía de mujeres dedicadas a la curación, con poderes mentales para ver más allá de lo que cualquier otro mortal podía ver, y que si aún quedaba alguna de ellas viva, debía morar en aquella isla. Buscando a la sanadora del lugar, tal vez daría con curanderas mediocres, como aquella que les había llevado hasta la choza, incluso con estafadoras. Contaba con ello, pero también con la grata posibilidad de

encontrar verdaderas mujeres sabias, que podrían ayudarle a manejar y entender sus visiones.

Keira se volvió para hacerles entrar, y Liam se encaminó lentamente hacia el interior. Érika le seguía con Harald de la mano.

—Sólo él. Keira, tú puedes irte ya. Y la nórdica que espere fuera.

La voz de Eithne ronca y anciana, no pudo esconder su inquietud. Keira maldijo para sus adentros y obedeció, saliendo junto a la vikinga. Había deseado tanto poder conocer qué se traía entre manos la vieja, que descubrir que iban a impedirselo la irritó. Y aunque Eithne la había enviado a su casa, la joven prefirió desobedecer y permanecer cerca de allí.

Liam se mantuvo cerca de la puerta, mientras era cerrada por la mujer que les había llevado hasta allí. Bajo unas velas colocadas en hornacinas en la pared, una pequeña cama, soportaba el leve peso de lo que parecía una anciana mujer consumida por una cantidad de años insuperable. Cubierta con mantas, y alzada con almohadas, tan solo podía verse con claridad un arrugado y oscuro semblante coronado por corto y rizado cabello ceniciento. La mujer movió apenas una mano para alentarle a acercarse, y era evidente que aquel pobre brazo que apenas se alzó no tenía demasiada fuerza.

—*Cervatilla*...—Musitó. —Siéntate cerca de mí, quiero verte bien.

Indeciso Liam tomó un pequeño banco y lo acercó a la cama. Se sentó en él y miró a los ojos dorados añosos y vidriosos, que le miraban con una cierta devoción. En la boca totalmente desdentada de Eithne, se formó una sonrisa por primera vez en muchos años.

—Si... Eres tú. —Admitió ella asintiendo con la cabeza.

Le miró detenidamente. Su corto cabello despeinado, del que pendía una fina trenza desde la sien. Los tiernos ojos como la dorada miel, la bella boca de generosos labios, y la despoblada y corta barba cobriza que apenas cubría su bien proporcionado rostro.

—Habrías sido un hombre apuesto, *Cervatilla*.

—¿Tú lo sabes?

Era la primera vez que Liam se atrevía a articular palabra desde que entró en aquella casa.

—¿Si sé que eres la hija de mi nieta Niamh? —Asintió como respuesta. —Te he esperado todo este tiempo, pequeña. ¿Tú oías mi voz cada vez que te hablaba?

Liam estaba tan emocionado como impresionado. Era ella, aquella anciana mujer la que tantas veces había entrado en su mente para hablarle, y a la que

había confundido con una diosa, o con su propia madre. Asintió con la cabeza emocionado, y respondió.

—Te oía como si estuvieras dentro de mi mente... ¿Cómo puedes hacerlo?

—Ay... Te veía en mis sueños... Vuelo hacia ti solamente cuando estoy dormida, y es entonces cuando puedo hablarte y tú me oyes.

—Me has estado llamando durante años... Yo quería venir...

—Tu madre trató de impedirlo. —Eithne apartó sus viejos ojos dorados, y estos volaron hacia el desvencijado techo con un gesto pensativo. —Pude verla morir... Maldita fuera por lo que nos ha hecho a todos con sus caprichos...

—¿Por qué dices eso?

Liam de pronto se vio sorprendido por aquellas palabras, y su espalda se enderezó. Eithne volvió a dirigirle la mirada, y Liam comprobó que la agradable expresión que había mostrado todo el tiempo, ahora había cambiado por un gesto de ira retenida.

—Niña, hemos venido a este mundo tocadas por la gracia de la diosa. Los conocimientos y poderes que se nos han otorgado, únicamente deben utilizarse para el bien del resto de los mortales. Nunca... nunca... nunca en nuestro propio beneficio. Ay... —Suspiró y pareció relajarse un momento, mientras dejaba de mirarle. —El amor por un hombre no nos está permitido, pues este es el único y verdadero motivo por el que podemos llegar a olvidar nuestra misión en este mundo. —De nuevo volvió a mirar a Liam. —Esa estúpida de Niamh se enamoró de tu padre, y ahí comenzó nuestro suplicio... El tuyo, y el de todas nosotras. Primero dejó morir en el parto a la esposa del nórdico, tu padre, cuando podría haberla salvado... Utilizó sus conocimientos para embrujar al hombre...

—Basta. —Su voz fue apenas audible.

Se puso en pie y durante un breve instante en que la vieja respetó el silencio que pedía, le dio la espalda. Luego se volvió para mirarla, pero fue incapaz de decir nada por más que cientos de preguntas se agolpaban en su mente.

—No digo nada que no sea cierto, Cervatilla. No moras en el cuerpo de un hombre por el capricho de una diosa, sino por su castigo. Tu madre fue castigada, tú has sido castigada... Y yo que ya debería haber muerto, sigo aquí padeciendo. ¿Crees que me gusta permanecer en este camastro durante todas las horas de mi vida, sin otra cosa que hacer que mirar al techo? Dependo cada día de esa mala persona que te ha traído hasta aquí, que me alimenta y

limpia mis inmundicias, cuando lo que realmente necesito es abandonar este mundo. Pero he debido esperarte porque me necesitas.

Liam tomó aire. Nada de lo que había encontrado en Eire hasta ahora, era lo que había esperado. Nunca pensó que encontraría a la abuela de su madre aún con vida, totalmente impedida pero aguardando su llegada para guiarla. Mucho menos las revelaciones sobre las feas acciones de su madre, que según le aseguraba la vieja, eran la razón de su condición de mujer en el cuerpo de un hombre. Decidió relajarse y escuchar. De nuevo tomó asiento.

—Dices que la esposa de mi padre murió en el parto porque mi madre no la ayudó, y que después se sirvió de sus conocimientos para embrujar a mi padre, y que por esa razón nací en el cuerpo de un hombre...

—Así es. Por esas acciones se le negó la maternidad. Pero ella rogó poder ser madre a cualquier precio. Y los dioses siempre castigan las malas acciones... Concedieron, pero finalmente se burlaron de ella y parió un niño cuando esperaba una niña. Nosotras sólo parimos niñas.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Cuando Niamh descubrió que había parido un niño, decidió que ese había sido su castigo. Parir un varón significaba el fin de nuestro linaje de mujeres tocadas por la diosa, pero no le importó. Fue cuando descubrió que había una mujer en ti, que la muy estúpida comprendió hasta que punto había sido castigada y burlada. Entonces envió a un hombre que hablaba nuestro idioma, para relatarnos a mí y a mi hija lo ocurrido. No podíamos ayudarla. Aun así le pedimos que nos enviara al niño, y ella se negó. Así que esperé a que muriera, lo haría pronto, pues ese era uno de los castigos a los que tendría que enfrentarse... La muerte tras una larga y desagradable enfermedad. Y entonces empecé a llamarte en mis sueños.

Con la mirada baja y las manos entrelazadas, Liam dijo algo.

—Fue una buena madre que amó a su esposo. Mi hermano que no era su hijo llegó a quererla.

Asintió Eithne.

—Tanto amó a su esposo que todos tuvimos que pagarlo. La joven esposa murió, él mismo murió cuando no le correspondía. Tú eres un hombre, y yo que debería estar muerta, sigo viva sólo por esperarte y poder ayudarte.

Liam no levantó la mirada. De pronto pensó que habría preferido vivir en su ignorancia, y sólo ese gesto fue suficiente para que Eithne comprendiera y le hiciera abandonar aquellos pensamientos. Iba a decir algo, pero él se le adelantó. De nuevo volvió a mirarla.

—¿Fuiste tú quien me habló para que salvara la vida de la nórdica? ¿Eres tú quien me ha obligado a traerla conmigo?

—Si... —La mirada de la vieja se clavó en los ojos de su bisnieta. —Ibas a dejarla morir después de haberla desvalijado. Algo perfectamente comprensible, pues no era más que un maldito demonio del Norte. Pero soñaba contigo en aquel momento, y la vi...

Se silenció la vieja unos segundos sin haber apartado la mirada de la cabeza gacha de la joven. Ante aquel silencio, Liam hizo ascender sus ojos hacia la vieja y ella continuó.

—No era más que una asesina ladrona, y sin embargo... no podía morir. Nació marcada, querida Cervatilla, para ser quien recibiera tu mal. Por eso te pedí que la salvaras.

Liam tragó saliva. Por más que a veces viera el futuro de las personas que conocía, en este caso había estado totalmente ciego. No dijo nada, porque no había comprendido el significado de aquellas palabras, y sabía que no serviría de nada intentar indagar sobre ello. La abuela continuó.

—Está preñada... ¿Lo sabías?

Liam afirmó con la cabeza y respondió.

—Lo he visto en su semblante. Suele ser bastante evidente para mí, en todas las mujeres cuando apenas han pasado unos pocos días.

Eithne asintió despacio, y parecía mostrar una leve sonrisa.

—¿Ella lo sabe ya?

—No, es demasiado pronto.

—Y... ¿Sabes cómo hacer para interrumpir la preñez? Si no sabes hacerlo, Keira es una gran experta... Sé que lo ha hecho varias veces para sí misma...

Liam que había estado escuchándola sin atreverse a decir nada, mientras sus ojos se abrían inmensos por el asombro, de pronto se puso en pie tan bruscamente, que el banquillo que había ocupado se desplomó en el suelo.

—¿Sugieres que le haga perder el hijo que espera?

—Así es, Cervatilla. Puede que la diosa se burlara de nosotras y nos castigara haciendo que ninguna más de nuestras hijas naciera. Eres un hombre y no puedes parir para hacer que nuestra descendencia continúe... Pero no puede reprocharnos que te conviertas en padre, ya que te negaron la maternidad. Ella parirá a esa niña que se nos ha negado...

—No. El niño que espera es hijo de mi hermano...

—No notará nada... Simplemente lo perderá sin saber siquiera que estaba preñada...

—¡No!

El grito silencioso de Liam interrumpió a la mujer. Dio algunos pasos hacia atrás, alejándose de ella y mirándola con tanta incredulidad como ira.

—Tú hablas de las maldades de mi madre, cuando lo que planeas hacer con esa mujer en tu propio beneficio no es ni mucho menos más aceptable.

El gesto de la vieja se endureció. A pesar de que resultaba una figura desagradable a la vista, el semblante dulce y amoroso que había mostrado todo el tiempo ante su bisnieta, había logrado suavizar tan repugnante visión. Pero ahora su oscurecido rostro lleno de manchas, se convirtió en una desagradable máscara.

—Nadie puede reprocharnos que luchemos contra los designios de los dioses. Ellos envían sus maldiciones, pero ellos mismos fueron quienes nos otorgaron estos poderes de los que podemos servirnos para escapar de ellas. Una nórdica será tu escudo ante la muerte, por eso está viva ahora. Lo he visto... La loba del Norte que muy seguramente atormentó a tu madre en sus últimos momentos, es esa mujer que ahora espera al otro lado de la puerta. Pero esa mujer pertenece a otro hombre que vendrá finalmente a buscar lo que es suyo... Por esa razón ha de perder el niño que espera. Tres veces... ¿me oyes?

Liam interrumpió a la abuela.

—No entiendo nada de lo que dices, pero empiezo a arrepentirme de haber venido hasta aquí...

—Tres veces los dioses unieron sus caminos... —Continuó ella como si no le hubiera oído. —Ambos se marcaron a espada el uno al otro, y llevan las cicatrices en la piel de ese primer encuentro...

Liam tomó aire recordando aquella primera vez en plena batalla, en que Hakon y Érika se habían atacado el uno al otro, y de cuya fatal casualidad, solamente él era conocedor.

—Una segunda vez, volvieron a unir sus destinos. —Continuó ella. —Él sufrió, ella escapó...

De nuevo la casualidad de haberse encontrado ambos en mitad de un bosque, en el que Érika terminó robando a Hakon. Encuentro casual que nunca le había sorprendido demasiado.

—Una tercera vez... Ella sufrió, él no la mató finalmente... Sus destinos estaban ya unidos... Se les ha unido para apartarla de ti, cuando es la mujer que esperábamos. Ella podrá darte una hija, y ella... Una nórdica con pieles de lobo te librá de la muerte que muy seguramente te espera... Te he esperado,

niña, durante todo este tiempo en estas inmundas condiciones para algo...

—Mi hermano no me permitía venir... —Dijo de pronto, como si hablara para si mismo. —Tal vez mi madre supo todo esto y se lo hizo saber a Hakon...

—Tu madre debió ver que morirías en esta isla... Pronto, dos naves con cabeza de dragón surcarán la playa y muchos morirán... Pero en esta casa aislada estarás a salvo... Tú y la nórdica, que si sigue con vida es sólo porque yo te animé a salvarla, sabiendo que la necesitaríamos más adelante...

En ese momento la espalda de Liam se hallaba apoyada contra la puerta cerrada. De pronto comprendió la razón por la que Hakon había luchado tanto para impedir que él pisara aquella isla, y ya la desagradable figura encamada e inmóvil, desapareció de sus pensamientos. Ahora lo comprendía todo. Su viaje hasta allí carecía de sentido, y si se había empeñado tanto en ir con el propósito de encontrarse con gente parecida a él, que podrían instruirle y ayudarle a manejar su mente, fue porque aquella figura desagradable le había estado llamando. Tanto empeño y disgustos por los delirios de una loca muerta en vida, que había estado manejando su mente, pensó.

Liam volvió a tomar interés por la figura inerte que le miraba furiosa, porque ya conocía su decisión e imaginaba sus intenciones. Caminó despacio hacia ella. Sus ojos dorados se llenaron de lágrimas, mientras posaba suavemente una mano en la frente de la anciana, cuyos ojos del mismo color le miraban ahora entornados.

—Vuela libre. —Musitó. —Vuela...

Se volvió para marcharse sin atender a los débiles y furiosos gritos de la vieja. Pasó una mano rápida por su rostro para limpiar las lágrimas, y abrió la puerta. Apenas la entornó cuando salió a la claridad del día, y sin haber dicho nada se encaminó hacia los caballos.

Érika que tratando de entretener al pequeño Harald le hacía saltar entre sus brazos, se volvió ante la aparición de Liam, sorprendida por los gritos ahogados de la anciana. Dejó al niño en el suelo y se quedó mirando a Liam cuando él pasaba junto a ella. Trató de preguntar, pero él no respondió sabiendo que ella le seguiría de todas formas.

Keira que había permanecido sentada en un tronco de árbol cortado, observando curiosa a la nórdica y al niño en silencio, de pronto se puso en pie. Miró a Liam interesada, y luego corrió hacia la cabaña para saber de la anciana. Antes de que hubiera puesto un pie en el interior, los gritos se apagaron de repente y cuando llegó hasta la desagradable y pequeña figura cubierta con mantas, se encontró con aquella visión que había esperado

descubrir cada mañana. Eithne, la vieja hechicera por fin había volado a otro mundo.

El paso de Liam a caballo era lento y silencioso. Érika no dijo nada en todo el trayecto y con el niño junto a su cuerpo, se limitó a seguir el paso de su acompañante. Cruzaron el bosque y aparecieron en la playa. Liam desmontó de un salto y caminó hacia la arena mojada por las olas, sin que Érika le perdiera un momento de vista. Desmontó y tomó al niño en sus brazos para dejarle en el suelo. La brisa marina acarició sus rostros, mientras unas blancas nubes cubrían la luz del sol y oscurecían el paisaje para teñirlo de gris. Ella caminó hacia la figura masculina que miraba hacia el horizonte, dejando que las olas acariciaran la punta de sus botas. Se detuvo junto a él en silencio y no dijo nada. Harald sonrió feliz mientras miraba la playa. Su bracito sano cortaba los tallos de flores amarillas, mientras que el corto brazo tullido se pegaba contra su pecho. La brisa movía su cabello de color platino, y rió feliz sin imaginar lo que estaba ocurriendo.

De pronto, la voz de Liam se impuso al rumor de las olas.

—Regresamos a Coenwalh, a casa. Estaba engañado y os he traído a Harald y a ti a una muerte segura. —La miró por fin. —Hakon tenía motivos para tratar de impedir que viniera hasta aquí, y es ahora cuando lo veo. No vendrá ningún barco a esta maldita isla... Tal vez alguna balsa, la misma que nos ha traído, nos cruce el estrecho y desde Eire podamos regresar a casa.

XXVIII

—Señor...

Hakon observaba la hilera de hombres en su patio interior. La mayor parte de lo que veía no eran más que campesinos. Todos habían acudido con sus propias armas, y ver a tantos hombres armados con simples herramientas de trabajo, le decepcionaba profundamente. Había hecho llamar a todos aquellos que podría presentar como combatientes en la guerra, y ahora cuando no faltaba mucho para abandonar Coenwalh y tomar posiciones, descubrir lo poco con lo que podría contar hacía que se sintiera cansado y sin ánimos para partir. Contaba con hombres de armas, perfectamente armados e instruidos, pero eran tan pocos. Hacía días que trataba de entrenar a todos aquellos pobres campesinos, y tal y como había esperado, no conseguía demasiados progresos.

El hombre apareció a su espalda llamándole, y Hakon se volvió.

—Una nave vikinga, señor. —Consiguió decir sofocado por la carrera que le había llevado hasta allí. —Es una knorr...

Una knorr era una nave vikinga de comerciantes, que a pesar de ello, siempre podría traer saqueadores. Hakon palideció. Cuando se estaban preparando para acudir a la guerra, muy seguramente recibían el primer ataque vikingo en la misma puerta de casa. Miró al hombre, y a punto estaba de comenzar a preparar la defensa, cuando este le detuvo con más noticias.

—Han desembarcado, pero no vendrán hasta aquí. Sólo un hombre y una mujer se acercan caminando, y han asegurado venir sin ánimo de lucha o cualquier otra acción...

—¿Has hablado con ellos?

—Llamaron a la guardia antes de adentrarse en la zona, como si esperasen que pudiera haber alguien vigilando el lugar. Y me pareció que no había motivos para temer nada.

—¿Han dicho algo más?

El hombre, un vigía que permanecía durante varias horas al día observando el horizonte cerca de la playa, asintió.

Sheldon se acercó a Hakon para escuchar.

—La mujer se ha presentado como Bersk, *Hija de Erik*...

Se interrumpió ante los gritos que llegaron desde los hombres que vigilaban en lo alto de la muralla. Hakon se volvió hacia la puerta de entrada, desenvainó y se encaminó hacia allí. Sus hombres de confianza, y el mismo Sveinn le siguieron. No llegaron a cruzar la puerta, y ante la pregunta de los guardias, sobre si cerrar el paso, Hakon negó con la cabeza. Ahora podía ver a las dos figuras que habían llamado la atención de sus hombres. Era Bersk la mujer vestida con ropa masculina, quien caminaba hacia allí con la compañía de un hombre. Hakon cruzó la puerta seguido por algo más de diez hombres armados, y cuando se detuvo, estos permanecieron a su espalda. Los ojos de Bersk se clavaron en su mirada, ya a muy poca distancia de él. Hakon miró al hombre que le acompañaba, y le reconoció como uno de los hermanos de las vikingas. De ojos grises y larga y alta trenza rubia apareciendo tras unas sienes rapadas. Era Sigurd. Bersk se detuvo a pocos pasos y miró al hombre al que una vez amó, y al que ahora odiaba profundamente.

—Guarda cuidado y envaina tranquilo, señor de Coenwalh. —Fueron sus primeras palabras. —Ya hemos dicho a tu vigía que venimos en son de paz. He venido para recuperar a mi hijo.

Hakon meneó la cabeza lentamente.

—Harald está en Eire. —Respondió—. Érika se lo llevó con ella.

Bersk se sorprendió tanto por saber que su hermana había abandonado finalmente a aquel hombre para ir a Eire, que la indignación por no encontrar allí a su hijo como esperaba, pasó a segundo plano por un momento. De pronto sus ojos se abrieron inmensos, y luego parecieron entornarse mientras sus finas cejas rubias se fruncían. No pudo decir nada en cambio... ¿A quién de allí y en aquel momento iba a pedirle cuentas?

Había acompañado a Sigurd en su viaje a Dinamarca para llevar excedentes, y regresaba con la idea de llevarse a su hijo. Pero la maldita Érika a la que se había dedicado a odiar durante tanto tiempo como pasó desde que abandonó Coenwalh, se lo había llevado. Miró a Sigurd de pronto, y él negó con la cabeza sin haber necesitado oír ninguna pregunta. Se le había ocurrido que podrían navegar hasta Eire para regresar con Harald, pero en aquel momento en que estaban a punto de prepararse para una guerra, la idea resultaba imposible de cumplir. Bersk se tragó su ira, aunque deseó chillar. Tal y como Sigurd le dijo ahora, se marcharían de allí sin esperar un momento más, y ella asintió sintiéndose obligada a aceptarlo. Iría a esa guerra y esperaría a su final para poder viajar entonces a Eire y recuperar a Harald.

Miró en silencio a Hakon sin llegar a ocultar el odio y el reproche, que la embargaban al tenerle tan cerca. Él lo soportó sin emoción alguna en el rostro, esperando a que ella decidiera obedecer a su hermano, y así ver partir a los dos nórdicos por fin. Pero Bersk no se movía, a pesar de la impaciencia que parecía sentir su hermano junto a ella. No era que deseara seguir mirando a Hakon, ni que estuviera planteándose algunas últimas palabras que decirle sobre él. En realidad, su presencia en Coenwalh, tenía otro motivo además del deseo por recuperar a su hijo. No era tan importante como el primero, pero no se iría sin intentar lo que se había propuesto. Lo había meditado en el viaje, y decidió que por más difícil e inalcanzable que pudiera resultar, ella confiaba en Liam y en sus conocimientos lo suficiente como para plantearle la idea y pedir su ayuda. Pero si Érika estaba en Eire, Liam también se habría ido.

—Está bien. —Aceptó librando por fin a Hakon de aquella incómoda mirada. —Nos iremos entonces... Buena suerte en la guerra.

—Lo mismo te deseo.

Bersk advertía claramente el dolor que aquejaba a Hakon en su interior, del cual no había conseguido recuperarse. Tal vez estaba sufriendo la ausencia de Érika, quien le habría abandonado finalmente para acompañar a Liam en su viaje a Eire. Le odió por ese sufrimiento que según ella, su hermana no merecía, y a la vez... Lo disfrutó.

¿Por qué no desaparecía por fin?, pensaba Hakon mientras ella continuaba mirándole, de nuevo con aquel gesto lleno de reproches.

—Quería hablar con Liam, pero imagino que él no está aquí. —Dijo de pronto, y su semblante pareció libre de aquel gesto que incomodaba a Hakon.

Hakon asintió lentamente y en silencio. Sigurd que no conocía los motivos de su hermana para haber preguntado por aquella persona, volvió el rostro rápidamente para mirarla, y a punto estaba de hablar cuando Bersk continuó dirigiéndose a Hakon.

—¿Podría entonces ver un momento a esa mujer que seguía las enseñanzas de Liam?

Hakon pareció meditarlo un momento. Miró al hombre de alta trenza rubia, y reconoció por la impaciencia y el gesto desconcertado que mostraba el nórdico, que la petición de su hermana no había estado nunca dentro de sus propios planes.

—Será un momento, y nos iremos. —Insistió Bersk, y miró a ambos hombres.

Hakon hizo un gesto de asentimiento por fin aunque se mostraba inseguro, y

luego hizo llamar a Maida.

No tardó la mujer en aparecer en la plaza caminando junto a Jack, y Bersk se quedó mirando su vientre hinchado. Cuando ella y su acompañante se detuvieron junto a Hakon, Bersk hizo otra petición al hombre.

—A solas, si es posible. —Pidió.

Hakon no dijo nada. Se volvió para mirar a Maida y así conocer su opinión. La mujer recordaba unos últimos momentos junto a la nórdica, que terminaron siendo amistosos, y sonrió amablemente aceptándolo. No tenía una mínima sospecha de la razón por la que deseaba aquel momento a solas con ella, pero el semblante de la otra mujer era serio, y casi llegaba a imaginar qué asuntos le preocupaban que requerían de su consejo tal vez. Maida afirmó con la cabeza y se alejó del grupo, sabiendo que Bersk la seguiría, hasta un lugar en el que nadie oiría su conversación.

Una vez a solas, pero a la vista del resto del grupo de hombres, Maida se detuvo y levantó la mirada hacia la altura de la nórdica. Bersk volvió a mirar aquel vientre hinchado que la mujer acariciaba inconscientemente, luego la miró a los ojos y tomó aire. Le costaba y no sabía de qué forma afrontar el asunto. Pensó que tal vez con Liam habría sido algo más fácil, pero él no estaba y según sabía, aquella mujer había aprendido de los conocimientos de él. Intentaría plantárselo a Maida.

—Necesito tu ayuda, mujer. —Dijo. —Quisiera tener otro hijo y... no lo consigo.

Bersk miró hacia otro lado entonces, como si no se atreviera o no quisiera ver la reacción que su declaración podría causar en la otra mujer. Le avergonzaba que Maida pudiera censurarla o burlarse de ella, aunque lo hiciera mentalmente. Una mujer vestida de hombre, y esperando a la próxima guerra para unirse a ella... Una mujer cuyo hijo había abandonado en Coenwalh para ir a quién sabía donde... Cómo podía siquiera atreverse a pedir ayuda con esa intención...

Bersk se atrevió a mirarla de nuevo, y reconoció que Maida parecía confundida y sin saber qué decirle. No le explicaría sus motivos, pues no tendría curiosidad por ellos y tampoco era necesario expresarlos. Bersk iría a esta guerra porque se había comprometido a hacerlo, y si volvía de ella, colgaría la espada por fin. Recuperaría a su hijo, y si era posible, tendría algunos más y dedicaría su vida a criarlos. Así se lo había prometido a sí misma, y así se lo había hecho saber al hombre cuyo corazón, le pertenecía desde antes de que llegara la primavera. No estaba enamorada, no al menos

como lo estuvo de Hakon, y quizá esta nueva relación le recordaba mucho a aquellos momentos que compartió con Aldwulf. Él la quería, y ella se dejaba querer. Se trataba de uno de los hombres de armas del poblado de Erik en el Danelaw. Tras haberse sentido durante tanto tiempo sola, despreciada y muchas veces siendo objeto de compasión, cuando aquel hombre se acercó a ella, fue como encontrarse rescatada del mismísimo infierno, y ahora se había convertido en un ser al que no deseaba perder de ninguna manera. Él iría a la guerra porque ese era su cometido, pero no la quería a ella allí. Bersk quizá había llegado por primera vez en su vida al mismo deseo del hombre, y le había prometido que si se quedaba en cinta antes de que tuvieran que partir, no tendría otro remedio que colgar la espada y dedicarse a esperarle hasta que él regresara. Contrariamente a lo que habían sido sus intereses tiempo atrás, Bersk esperaba con toda sinceridad y anhelo, que aquello ocurriera. Sin embargo, desde que compartía su vida con aquel hombre, ya había sangrado dos veces como cada mes, y empezaba a sospechar que no lograría quedarse embarazada antes del comienzo de la guerra, y que él terminaría abandonándola porque no estaría dispuesto a compartir campamento con la que era su mujer. Deseaba por primera vez ser una mujer como las demás, como aquella que ahora tenía delante, olvidar la espada y darle hijos a aquel hombre que la había rescatado del dolor y la tristeza a la que estuvo sometida.

Maida la miraba y no decía nada. Al menos, pensaba Bersk, podría haber hecho alguna pregunta. Sin embargo, se mantenía en silencio como si no supiera qué decir, o no se atreviera a hacerlo. Y Bersk que habría evitado dar demasiados detalles, terminó por tratar de explicarse.

—Deseo quedarme preñada antes del comienzo de la guerra... Pero siempre termino sangrando. He podido comprobar dos veces en mi propia piel el don de Liam, y sé que te instruyó en sus artes... Igual que existen remedios para acabar con la preñez, imagino que hay otros para conseguir lo contrario cuando el cuerpo de una mujer no parece demasiado dispuesto a concebir. ¿No es cierto? Brebajes... Rezos a los dioses...

Maida había tenido claro desde el principio, lo que la mujer demandaba. Sólo se había sentido desconcertada porque no era algo que habría esperado de Bersk, y menos aún que hubiera confiado en ella para tal asunto. Y si se había mantenido en silencio, fue porque ahora descubría que Bersk no fue informada en su momento, y por lo que parecía, Maida se veía obligada a hacerle saber lo que Liam había preferido callar.

Maida solía decir que las mentiras piadosas, no solamente eran algo así

como un acto de bondad. Además en muchas ocasiones, servían para escabullirse de una situación que podría resultar incómoda. En esta ocasión, Maida ni siquiera necesitaría mentir, y solamente estaría ocultando una información que el mismo Liam había evitado dar a conocer. Respondió...

—Liam me ha instruido en sus artes. Pero mis conocimientos son limitados y lamentablemente, no conozco esos brebajes de los que hablas. Tampoco poseo el don con el que Liam nació... No sé nada sobre ofrendas y rezos a los dioses...

No estaba mintiendo, ni siquiera piadosamente. Decía la verdad, pero estaba ocultando información, y su conciencia empezaba a lanzarle reproches. Maida no tuvo valor finalmente. Se interrumpió a sí misma y se dijo que sería sincera con aquella mujer.

—Liam... No te lo dijo, ¿verdad? —Preguntó.

El gesto de la vikinga se endureció, como si ya supiera que lo que iba a oír terminaría disgustándola. Y Maida se preguntaba si sería correcto, más por su propio bien, ser del todo sincera con ella. Bersk meneó la cabeza negando temerosa. Maida entonces abrió la boca para hablar, y le fue imposible por un momento. Miró hacia otro lado y se preparó para dañar el corazón de aquella mujer, que era lo que muy seguramente conseguiría por más que a ella misma le doliera. Liam habría tenido sus razones para callarlo, y quién era ella para decidir que Bersk debía saberlo. Pero... quién demonios eran ellos para permitir que aquella desdichada mujer viviera esperanzada por un imposible.

—Tras el parto de Harald debiste quedar imposibilitada para concebir. — Se atrevió a decir. —Tu vientre está roto, Bersk. Conseguiste quedar embarazada después, y tal vez en algún momento vuelvas a conseguirlo. Pero no llegará a su fin y será como la última vez... Lo perderás y tu vida estará en peligro.

Con los ojos como violetas clavados en la otra mujer, Bersk asintió comprendiendo aunque realmente no había llegado a asimilar lo que había oído.

—¿No hay forma entonces?

Maida meneó la cabeza, mostrando un gesto de impotencia, y trató de ocultar su compasión.

—Es más... deberías evitar volver a quedarte preñada o peligrará tu vida. Créeme, porque Liam siempre sabe estas cosas.

Bersk la miró fijamente en silencio, incapaz de ocultar el dolor interior que sentía. Miró aquel vientre hinchado de nuevo, y con un simple

asentimiento de cabeza silencioso, en el que se adivinaba un gesto de gratitud, se despidió de la mujer. Regresó a donde la esperaba Sigurd junto a Hakon, y sin detenerse a mirar a este último dejó escapar unas breves palabras de despedida.

—Suerte en la guerra.

Sigurd se sintió aliviado de poder abandonar el lugar por fin. Bersk pasó junto a él y ya había comenzado su camino de regreso al barco, así que el hermano se despidió del nórdico inglés con un enérgico movimiento de su cabeza, y se volvió para seguir a su hermana.

Maida regresó y se detuvo junto a Hakon con un semblante que declaraba su desánimo. Ambos observaron a la mujer que caminaba alejándose junto al vikingo de larga trenza rubia.

—¿Qué quería? —Preguntó Hakon sin mirarla.

—Un milagro. —Respondió Maida con la voz apesadumbrada, y le miró aunque él seguía con la mirada puesta en la vikinga. —Quiere quedarse preñada, pero... Esa loba jamás volverá a parir más cachorros...

Hakon se volvió del todo hasta ponerse frente a Maida, y de forma tan brusca que ella se sobresaltó. De pronto fue como si aquella frase le hubiera golpeado duramente en la cabeza, como si después de haberla oído tantas veces en su interior, ahora hubiera tomado forma en la voz de Maida para llevarle a una realidad que él había creído dormida.

—¿Qué has dicho?

—Que...

Hakon no necesitó que lo repitiera. Aquella frase había vivido en su mente durante años. Esa era la señal que le haría saber que Liam estaría en peligro... *Y recuerda... cuando la loba descubra que no parirá más cachorros...*

—¡Bersk!

El grito de Hakon sonó tan desesperado y urgente, que ambos hermanos se volvieron hacia él como si hubieran esperado algún tipo de ataque. No se movieron de ahí en donde se habían detenido, mientras Hakon se acercaba rápidamente a ellos con un gesto en su mirada tan lleno de desesperación como lo había sido su grito. Varios hombres le seguían en su carrera, y tanto Bersk como Sigurd se prepararon para desenvainar aunque sin hacer ademán de ello, suponiendo algún ataque inesperado.

—Habéis traído un barco. —Les dijo al llegar junto a ellos. —Necesito que me llevéis a Eire. Pagaré por ello...

Sigurd negaba con la cabeza ante las palabras en perfecto danés que había

oído, mirando a aquel hombre con las rubias cejas fruncidas. Bersk le miró perdida, preguntándose qué podría haber ocurrido desde que se despidieron de él apenas unos segundos antes, para que ahora la buscara con tanta desesperación.

—De pronto he sabido que Liam está en peligro, y necesito llegar antes de que el lugar en el que se encuentra reciba un ataque nórdico.

—No entiendo nada, Hakon... Pero no podemos ayudarte...

—Bersk, tu hijo está con Liam y por lo tanto su vida también corre peligro.

Bersk de pronto cayó en la cuenta de ello. Por que venía a decírselo ahora y no lo había hecho momentos antes, era un misterio. Pero si Harald estaba en peligro, su interés cambiaba. Regresaban de Dinamarca, y su llegada al poblado en el Danelaw ya se había retrasado porque Sigurd había accedido a su petición de ir a Coenwalh para recuperar a Harald. Un viaje a Eire sería un retraso imperdonable para Erik, quien ahora debía estar esperándoles impaciente, mientras preparaba su marcha a la guerra. Lo que ese hombre les pedía era impensable.

Sigurd meneó la cabeza ante la mirada que Bersk le dirigió, y por si no lo había pensado ella, le hizo saber la imposibilidad que se les planteaba, por más que el pequeño Harald estuviera en peligro.

Hakon lo comprendía perfectamente, ni siquiera él mismo estaba en situación de perder unos días en ese viaje, y de exponer la vida de ninguno de los pocos hombres de armas con los que contaba para ofrecer en la guerra. Pero cuando durante buena parte de su vida, había estado preparado para recibir cualquier señal que le recordara a la frase dicha por la madre de Liam, y ahora que la había oído con total exactitud de la boca de Maida, no podría resignarse a dejar que la premonición de aquella mujer terminara en un final fatal para Liam. Además pensaba en Érika, que le había abandonado, pero que tarde o temprano siempre esperó que regresaría a él.

Puede que aquellos nórdicos se dedicaran al comercio y que el pillaje no hubiera estado nunca en sus planes de viaje, allá a donde hubieran dirigido sus barcos, pero Hakon era plenamente consciente de la codicia vikinga. La idea de viajar a Eire y regresar con las manos vacías, y tal vez con pérdidas humanas tan innecesarias en ese momento, no resultaría atractiva. Pero quizá pudiera conseguir que la disposición de aquel vikingo de larga trenza rubia, cambiara.

—Imagino que habrá un drakkar allí a donde quiero ir... El barco y el botín que seguramente carga, serán para vosotros una vez hayamos acabado con toda

la tripulación.

Tentador... Aquel pensamiento pareció cruzar por los grises ojos del nórdico, pero terminó meneando la cabeza de nuevo.

—Ese viaje me retrasará demasiado, y estamos a punto de ser llamados a la guerra. —Dijo. —Mi hermano nos dará por muertos, y preparará su marcha sin nosotros. Cuando consigamos regresar puede que alabe mi decisión por poder contar con un barco de guerra, y un botín más o menos interesante... Pero finalmente terminará castigando mi atrevimiento. También existe la posibilidad de que no sólo no regrese con ese nuevo barco, sino que además pierda mi knorr y a todos los hombres de mi hermano en la aventura.

—Pagaré por todo ello...

—Si no mueres en el intento. —Le interrumpió Sigurd. —¿Quién pagará entonces?

—Se te pagará de todos modos. Regresarás a este lugar y mi gente te entregará lo acordado.

Sigurd pareció meditarlo, por más que su sentido común le obligara a borrarlo de su mente. Se trataba de la vida del pequeño Harald, más que de la obtención de un botín que por el momento no dejaba de ser imaginario. Pero no era más que un niño pequeño y tullido, por más que su madre le amara, y exponer la vida de tantos hombres necesarios y un costoso barco por salvar la vida de un niño, sería una locura.

—Lo siento. —Dijo por fin.

—Yo iré de todas formas. —Soltó Bersk inquieta. —De la manera que sea, no dejaré que mi hijo muera.

—Puedes hacer lo que quieras...

—Nos retrasará, Sigurd, lo admito. —Intentó de todos modos convencerle. —Pero Erik ya cuenta con que podamos encontrarnos con problemas que demorarán nuestro regreso. Si además aparecemos con un barco de guerra, y un posible botín que portará muy seguramente, después de haber recorrido la costa desde Escandinavia hasta Eire, tal vez...

—Somos comerciantes. —La interrumpió Sigurd sintiéndose importunado por la insistencia. —No piratas. Vivimos de nuestro trabajo y no del saqueo. Por mi parte, me parecería interesante, pero sabes cuales son los intereses de tu hermano, aquel al que ambos servimos.

Con un gesto de despedida, Sigurd miró al señor de Coenwalh y se giró para marcharse. Bersk dirigió un momento su inquieta mirada hacia Hakon, y luego se volvió hacia la espalda de su hermano.

—¿Cuánto tiempo hace que no te embarcas en un barco de pillaje y te alejan de la aventura, Sigurd? —Le preguntó sabiendo cuanto añoraba su hermano aquellos tiempos. —Cuando regresemos tendrás tu propio barco... Sigurd se detuvo y se volvió bruscamente.

—¡Por Odín y por Cristo, mujer! —Exclamó. —¿Qué ocurrirá si regreso sin barcos y sin hombres? ¿Qué ocurrirá si no regreso? Tengo una esposa que me espera.

Fue Hakon quien respondió esta vez.

—Si lo haces y no hay barco ni botín, yo pagaré el precio de una granja y terrenos en el Danelaw de tu propiedad.

Había dado justamente en el clavo. Era evidente que aquel hombre odiaba la idea de encontrarse supeditado a las órdenes de su hermano, y que una granja de su propiedad le convertiría en un hombre liberado de su familia, lo cual debía satisfacerle enormemente.

Sigurd pareció meditarlo un momento, mientras una de sus manos jugueteaba inquieta con el martillo de metal y la cruz de madera que pendían desde distintos cordones de su cuello. Luego miró a Hakon.

—Partimos, pues. —Dijo por fin. —Hay espacio para quince hombres, no más.

XXIX

Con tan sólo una larga camisa blanca y descalza, Érika corría y bailaba en la orilla de la playa, en donde morían las olas mojando sus pies. Harald también iba vestido de la misma forma, y seguía feliz a su tía en sus juegos, gritando y riendo. Había amanecido una calurosa mañana y mientras sus ropas lavadas en un arroyo cercano, se secaban extendidas sobre matorrales, se dedicaban a disfrutar del potente sol que lucía hoy. Liam recogía moluscos cerca de allí, que les servirían de comida, y a veces les miraba y reía.

Hacía pocos días desde que abandonaron a la vieja Eithne, e instalados en una pequeña cueva junto al mar, esperaban la llegada de alguna balsa a la isla, que les llevaría a Eire, desde donde partirían barcos hacia Inglaterra.

Nunca esperaron que apareciera un barco en la pequeña y olvidada isla de Ulidia, y mucho menos un barco con cabeza de dragón y velas vikingas. Al menos, Liam no esperó que apareciera antes de que hubieran abandonado el lugar. Porque sabía que aparecería... Eithne se lo había dicho, le había hablado de la premonición de Niamh, su madre...

Desde hacía rato, la brisa marina traía voces lejanas hasta sus oídos, que siempre creyó que estaban en su imaginación. Fue cuando tras arrancar de una roca un grupo de mejillones enredados en algas, se volvió sonriente hacia la mujer y el niño que momentos antes reían y que ahora permanecían inmóviles y en silencio. Érika corrió para alcanzar a Harald jugando, hasta que él se detuvo y señaló hacia el agua sin decir nada. Ella se volvió entonces, y el estómago se le encogió. De pronto uno de aquellos barcos semejante a esos en los que ella misma había navegado para sembrar el terror, se convertía en algo aterrador a sus ojos. Liam dejó caer su recolección al suelo de arena blanca, y con el corazón detenido por un momento, gritó para llamarles.

Se encontraban en una pequeña cala entre rocas, por lo que no pudieron ver el barco hasta que este rodeó la roca, y apareció en la playa a pocos metros de la orilla. En cuestión de pocos minutos, aquellos hombres cuyas intenciones serían dañinas y desastrosas, alcanzarían la playa.

Érika se volvió hacia el grito desgarrador de Liam, y tomando al niño en sus brazos corrió obedeciendo a sus desesperadas señales. Ambos

comenzaron a vestirse apresuradamente, mientras Harald aún con tan sólo una camisa hasta las rodillas, seguía mirando con sus azules ojillos hacia el dragón que surcaba las olas. Durante toda su corta vida, había visto dos barcos similares en la playa del abuelo *Ojos de Hielo*, por lo que aquel drakkar le resultaba tan familiar, que no comprendía qué era lo que asustaba tanto a los dos. Tras ponerse una túnica de lana clara, un cinturón y unas botas, Érika se ató el cabello y cuando se disponía a vestir al niño, Liam detuvo su intención.

—No hay tiempo. Llévalo así. —Le dijo y corrió hacia los dos caballos seguido por ella con Harald en sus brazos. —¿Recuerdas el camino hacia la cabaña de Eithne? Cabalga hasta allí tan rápido como puedas, y mantente oculta durante el tiempo que sea necesario, hasta que sepas que el barco ha abandonado la playa, o hasta que yo vaya a buscarte. Una vez llegues al sendero que conduce a la casa, desmonta y espanta al caballo, y haz ese camino a pie.

Érika asintió con un movimiento rápido. Ella misma habría caído en la cuenta de deshacerse del caballo una vez hubiera llegado al estrecho sendero que conducía a la casa, pues si en algún momento este camino era descubierto, el caballo delataría su presencia cerca.

—¿Tú no vas a venir? —Preguntó preocupada.

Liam la urgió con un gesto para que montara, y cuando Érika obedeció, él alzó al niño para sentarlo por delante de ella.

—Tomaré el camino contrario una vez hayas desaparecido, y cuando estén lo suficientemente cerca como para desembarcar y decidirse por seguirme a mí. De esa forma se olvidarán de ti, y además iré a la aldea para dar aviso a toda esa pobre gente.

—Pero la cabaña es un lugar seguro. —Insistió ella. —Eso dijiste... ¿Para qué vas a tomar otro camino?

—Para dar tiempo a que tú logres escapar y puedas esconderte... Márchate.

Liam no dijo del todo la verdad. Según la premonición de su propia madre, él encontraría la muerte en Ulidia a causa de un ataque nórdico. Si hoy había llegado el día, sería mejor encontrarse lejos de Érika y el niño.

Érika le miró desde lo alto fijamente hacia aquellos ojos dorados, en los que un sentimiento del que ella no era consciente, se ocultaba. Suspiró y un momento miró hacia el drakkar que saltaba sobre las pequeñas olas, que se formaban en la tranquila playa. Iba cargado de hombres que ya podían

distinguirse por la cercanía, igual que sus voces inquietas por el próximo desembarco. Miró de nuevo a Liam, y descubrió que él conocía el desenlace de esta última aventura. Tal vez sabía que no volverían a verse.

—¡Vete!

Érika meneó la cabeza y extendió una mano hacia el rostro de Liam, para acariciar su mejilla.

Advirtió que tal vez no había conseguido ocultarle sus temores, y que ella había llegado a la conclusión de lo que estaba sintiendo realmente en su interior, mientras esperaba un seguro final para él. No esperó a perder más tiempo, finalmente palmeó duramente el anca del caballo, y este echó a correr alejándose de allí. Luego Liam montó de un salto, paseó cerca de la playa al animal en un trote inquieto, y tras una rápida mirada hacia el barco con cabeza de dragón repleto de hombres dispuestos a saltar al agua, espoleó al caballo y le hizo correr en dirección a la aldea.

Érika cabalgó a todo galope sobre la arena poblada de matorrales, sujetando al pequeño contra su pecho. Tras los cascos del animal, la fina tierra ascendía y caía como polvo dejando apenas una leve pero evidente huella de su paso. Poco después se internó en el bosque tomando un camino no muy transitado, poblado de matorrales y troncos caídos, lo que la obligó a frenar al caballo y aminorar el paso. De pronto encontró una masa de árboles secos que cerraban finalmente el camino, detuvo al animal y miró hacia atrás. Podía arriesgar un salto o regresar por donde había llegado y buscar un sendero más fácil. Esto retrasaría su huida y tal vez les llevara a toparse de bruces con los tripulantes del dragón. Volvió la cabeza hacia el frente de nuevo, miró el alto obstáculo que había detenido su camino, y finalmente respiró hondo. Apretó contra su cuerpo la pequeña figura del niño que se mantenía en silencio, y sin haber dicho alguna cosa que le hiciera saber cual era su estado de ánimo. Pensó que Harald estaba demasiado acostumbrado a la aventura, y que además en ningún momento podía llegar a sentirse atemorizado por el barco que resultaría tan familiar para él. Érika oyó voces cercanas y entonces descubrió que tal vez Liam había conseguido hacerse perseguir como pretendió, pero jamás esperó que el grupo se dividiera en dos y terminara rastreando a los dos. La opción de volver sobre sus pasos quedó descartada entonces. Hizo retroceder al animal, aferró con más fuerza al niño y tras un largo suspiro cargado de oraciones, chilló y espoleó brutalmente. El caballo obedeció y cargó contra la pila de troncos de árbol muertos, pero finalmente el miedo detuvo al animal, que frenó su carrera antes de hacer el salto. La brusca

detención le hizo acabar rozando el suelo con la parte posterior de sus patas traseras, soltando un relincho aterrador. Y sin que su amazona pudiera ya dominar la situación, agarrando con fuerza las riendas y apretando al pequeño contra su cuerpo, el animal se desplomó de costado. Gritando Érika se dejó caer hacia un lado del caballo, sin haber soltado a Harald, evitando que terminaran siendo aplastados por el animal. Cuando su cuerpo chocó contra el suelo, golpeándose su cabeza contra un árbol derribado, aún mantenía el cuerpecillo del niño apretado contra ella. Perdió el sentido y quedó extendida sobre su espalda, mientras la inerte figura del pequeño resbalaba para caer junto a ella. El caballo cuyas patas se habían lastimado, resopló dolorosamente y trató de ponerse en pie sin conseguirlo, hasta dejarse caer finalmente sobre el costado respirando jadeante. Pocos segundos después Érika recobró mínimamente el sentido, abrió apenas los ojos y los cerró ante el cielo de altas ramas y hojas verdes. Su cuello dolorido se giró lentamente hacia un lado, y al abrir de nuevo los ojos, pudo verle junto a ella. De la pequeña boquita cerrada, con los labios apenas separados, asomaba una larga gota carmesí, rodando lentamente hacia la barbilla como en una caricia. El rostro angelical de ojos azules abiertos e inexpresivos. La mirada abierta del niño por un momento hizo sonreír de alivio a la mujer, que aún se encontraba dolorida y desorientada, pero se mostraban aquellos ojos tan perdidos en alguna inmensidad que de pronto la visión logró llevarla a la realidad. Érika quiso gritar, pero nada salió de su garganta. Trató de moverse para acercarse al pequeño, y apenas logró hacer un leve movimiento con sus brazos. Gimió dolorosamente, trató de incorporarse sin conseguirlo, y el nombre de Harald apenas consiguió escapar de su boca.

Varias botas pisotearon el suelo de tierra y matorrales secos cerca de allí, y el caballo se inquietó resoplando nervioso, y de la misma forma que su dueña, trató de incorporarse sin conseguirlo. Érika entonces supo que estaban perdidos, y que si no estaba muriendo en aquellos dolorosos momentos, esperaba que la muerte llegara rápidamente. Harald... Harald...

Una maliciosa risa masculina se detuvo cerca, al tiempo que lo hacían las pisadas de varias botas, y Érika cerró los ojos y se mantuvo inerte. Otra risa...

—No sé de qué te ríes... El caballo ahora no nos servirá, y ella también se ha roto. Hemos seguido a esta zorra rubia para nada. Ni siquiera ha durado el tiempo suficiente para conducirnos a su aldea...

Por la lengua del único hombre que habló, Érika supo que eran noruegos.

—Pobre muchachito... —Dijo otro mirando al pequeño inmóvil de ojos

abiertos. —Me recuerda a mi hijo pequeño. Tan rubio...

—Si, no parecen irlandeses. Serán esclavos nórdicos.

Un cuarto hombre que se estaba dedicando a inspeccionar en el caballo, desenvainó la espada de Érika y la levantó para mostrarla.

—¿Una esclava con una espada como esta? —Se preguntó admirando el pomo finamente trabajado. —Para mí.

—Para ti, no. —Habló el quinto hombre. —Esa espada es parte del botín que repartiremos en su momento.

—Está bien... Está bien... —Admitió el otro desabrochando del caballo el cinto y la vaina. —Al menos deja que la use ahora.

Este mismo hombre siguió rebuscando en las alforjas mientras el animal parecía resistirse a la intromisión del extraño, tratando de ponerse en pie sin que sus patas rotas se lo permitieran. Sacó dos cuchillos, una cantimplora que desechó arrojándola lejos, y luego sus ojos como esmeraldas, se abrieron inmensos ante el tacto de lo que parecían varias bolsas de monedas. Finalmente terminó por decidir que se llevaría las alforjas sin necesidad de seguir rebuscando en ellas, pero antes de desengancharlas, sacó un cuchillo y lo hundió varias veces en la yugular del animal que se inquietaba y luchaba ante la cercanía de aquellos extraños, mientras sus patas rotas le impedían zafarse de ellos. El caballo de Érika resopló y terminó por dejarse llevar por el agotamiento, ante los chorros de sangre que escapaban de su cuello formando un inmenso charco de rojo oscuro. Entre dos hombres lograron hacerse con las alforjas y luego las ocultaron entre matorrales, con la intención de recogerlas antes de abandonar la isla.

—Salgamos de aquí y busquemos otro camino. Este es una mierda que no nos llevará a ningún sitio.

El resto que eran siete, asintieron. Todos menos aquel que había encontrado la espada, y que se quedó mirando a la figura inerte de la mujer.

—¿Hacia donde vamos? —Preguntó uno de ellos. —Los que han seguido al hombre que acompañaba a esta, no llegarán a ningún lugar, seguro. Estaba claro que pretendía hacer que le siguiéramos para alejarnos de la mujer y el niño.

Asintió quien parecía tener el mando del grupo.

—De todos modos, tomaremos ese mismo camino... ¿Qué demonios haces?

La pregunta la dirigió al hombre que había matado y desvalijado al caballo. Éste terminó por agacharse hacia el cuerpo de Érika para tomarlo del suelo y cargarlo sobre sus hombros.

—No está muerta, la he visto respirar.

—¿Para qué la quieres? —Preguntó otro de los ocho. —Si no muere en breve, seguro que está toda rota por dentro.

Sonrió aquel que la cargaba sobre su hombro.

—¿Quién sabe? Tal vez despierte y esté sana. Me niego a retozar sobre los cuerpos de esas pequeñas rojas y pecosas, que encontraremos en la aldea.

No era que no tuviera demasiadas fuerzas para nada. Ni para tratar de defenderse, ni para detenerse a llorar por la muerte de su pequeño y amado sobrino. Si se mantuvo inmóvil, a pesar de que su respiración fue detectada por el hombre que ahora la cargaba al hombro, fue sólo porque no existía nada en ese momento que la impulsara a luchar. Se dejó llevar y cuando se alejaban por aquel angosto camino, abrió los ojos para ver resoplar a su caballo desangrándose, junto a la pequeña forma blanca e inmóvil en que se había convertido Harald. Quería morir y cerró los ojos dejándose llevar, hasta que de nuevo perdió el sentido.

Llevado por una cabalgada urgente y desesperada, Liam apareció en la aldea gritando. Ante sus gritos y el golpeteo de los cascos de su caballo, la vida pareció detenerse durante unos segundos de confusión, hasta que de nuevo cobró vida. El herrero detuvo su martillo y con la herramienta férreamente apretada en su recia mano, apareció de debajo del toldo que cubría su fragua. Otro hombre soltó el cordero que pretendía sacrificar, y con su cuchillo de matarife salió del corral en el que sus animales gritaban agrupándose contra las tablas, como harían ante el ataque del lobo. La azada de un campesino se quedó clavada en la tierra, para después emerger lentamente, y sin soltarla el hombre salió de su huerto. Los niños abandonaron asustados sus quehaceres o juegos, y corrieron para apretarse contra las faldas de sus madres. Algunas mujeres, muchas de ellas con esos niños tirando de sus ropas, se apresuraron hacia el interior de las casas con la intención de recoger sus pertenencias más valiosas y ponerlas a salvo.

Liam se detuvo en el centro de la plaza sobre el animal que se movía en círculos y levantaba inquieto sus patas.

—¡No hay tiempo! —Gritó. —¡Nooooo, dejad vuestras cosas! ¡Corred al interior del bosque si queréis estar a salvo!

Alguna de aquellas mujeres, prefirió continuar con sus intenciones y tras detenerse un momento a mirar al jinete que les prevenía del ataque, se volvían hacia las puertas de sus casas para desaparecer en el interior.

Liam miró hacia el grupo de hombres armados con sus herramientas de

trabajo, todos reunidos muy cerca de él.

—¡No tenéis ninguna posibilidad! —Les gritó. —¡Son demasiados y vienen armados con hachas! ¡Coged a vuestras familias y sacadlas de aquí! ¡Vamos!

El herrero gritó a su esposa para hacerle salir de la casa, y como esta no obedecía, hubo de entrar para sacarla y sacar de allí a tres niños pequeños. Alguna mujer apareció en la plaza con un hatillo de pertenencias, y sus hijos tras las faldas, y ya varios de los aldeanos estaban dispuestos para escapar.

Liam había colocado el carcaj de flechas a su espalda, y ya llevaba el arco en una mano. Con él señaló hacia el norte, en donde se apreciaba un disperso grupo de árboles como entrada al espeso bosque.

—¡Corred hacia allí! ¡Yo les detendré!

Dispuestos a obedecer comenzaron su carrera y entonces les llegaron los aterradores aullidos, que detuvieron su huida. Llegaban desde varios puntos de entrada a la aldea, y acompañadas de aquellas voces, aparecieron las terribles bestias vestidas de cuero y pieles con largas hachas en alto. Formando un círculo apretado, las familias se vieron rodeadas e imposibilitadas para escapar. Liam cargó el arco y disparó a un vikingo en su carrera hacia los aldeanos, y este cayó muy cerca del grupo. La manada de lobos rabiosos se aproximaba deprisa, unos hacia aquellos pobres desdichados para cargar con sus hachas contra todo cuerpo que encontraban, y otros desaparecían en el interior de las casas para rebuscar en ellas. El herrero alcanzó el hacha del enemigo caído, y con ella entre sus dos recias manos, se dedicó a detener a cada larga figura armada que se le acercaba. Liam disparó de nuevo y erró. Uno de los vikingos, que en ese momento aparecía tras la puerta de la casa del herrero después de no haber encontrado nada de valor en ella, descubrió al jinete armado con arco y pensó en reducirle. Pero finalmente sonrió tranquilo y sin prisa, aquella aldea no disponía de defensa alguna, y no habría necesidad de demasiados compañeros para tomarla. Cuantos más noruegos cayeran tras las flechas del jinete, más botín habría para repartir. El vikingo dejó de mirar un momento a Liam, tomó una antorcha apagada y la hundió en las brasas del taller del herrero. No dejó de observarle con sus verdes ojos de animal del Norte, y con la antorcha encendida se acercó al techo de paja de la casa. Rió largamente mientras el resto de nórdicos pasaba el hacha por las cabezas de los hombres, o ya se hacían con alguna de las mujeres. Se encaminó hacia el techo de otra casa que ya había inspeccionado antes, y arrojó la antorcha sobre él. A lomos de un caballo inquieto y asustado, el jinete cargaba el arco ante la

mirada interesada del vikingo, que por primera vez sacaba el hacha de detrás de su espalda. Otra flecha hería a un normando, y el jinete volvía a cargar el arco sobre su inquieta montura. Tres bajo las flechas, uno con la cabeza machacada por el hacha que portaba el herrero, y otro al que habían acuchillado entre varios aldeanos. Cinco hermanos de viaje de los veinte que había traído el barco. Si había algo que un vikingo sabía hacer bien era contar... Sonrió el noruego satisfecho por la pérdida de aquellos compañeros, que con su ausencia, harían algo más abundante su propio botín. Este era el mismo que había acarreado el cuerpo inerte de Érika hasta la aldea, y que antes de aparecer como un perro rabioso para aterrorizar a las familias que la poblaban, la había depositado en el suelo. Acarició el mango de su hacha vikinga sin abandonar la misma sonrisa de satisfacción, y con la mirada clavada en el jinete al que pronto detendría. O quizá esperaría para permitir que sus flechas redujeran aún más el número de hermanos. De pronto sus ojos de salvaje, detectaron un movimiento inesperado, y dejó de mirar hacia el arquero. La mujer a la que había dejado inmóvil, se había puesto en pie y con cierto esfuerzo caminaba hacia allí. Frunció el ceño por un momento sorprendido, pero después regresó aquella sonrisa. Como siempre había imaginado, la mujer no estaba malherida tal y como parecía, y podría convertirse en parte de su botín. El noruego perdió todo interés por la lucha de sus compañeros, mientras apenas unos pocos hombres trataban de luchar para defender la vida de sus familias. Algunas mujeres pataleaban en el suelo mientras eran violadas, o asesinadas si resultaban demasiado difíciles de domar, mientras los niños corrían a esconderse en el interior de las casas o lloraban y luchaban para defender a sus propias madres. Miró a la mujer rubia a la que pensaba probar en ese mismo momento, y que tal vez se convertiría en su esclava durante el tiempo que pudiera complacerle. Caminaba cabizbaja y dolorida, con el largo cabello suelto cubriendo a medias su rostro, pero resuelta a conseguir su objetivo que era llegar hasta el barullo de gente en el centro de la aldea. Los largos bigotes rubios del nórdico formaron una sonrisa de placer, dejó de acariciar con ambas manos el mango de su hacha, y la envainó a la espalda. La mujer no escapaba, sino que se atrevía a luchar, lo cual le llenaba de tanta admiración como satisfacción. El noruego miró un momento más al jinete, y advirtió que el ataque de sus flechas había sido descubierto por uno de sus compañeros, que por fin se lanzaba a por él con el hacha en alto. Se encogió de hombros y sin abandonar su sonrisa, se lanzó a por la mujer de su propiedad.

Érika no tenía fuerzas para nada, y si había alguna motivación que la impulsara a caminar hacia la lucha sin ningún tipo de energía en su cuerpo magullado, y sin armas, sólo los dioses podrían saberlo. Levantaba la mirada y lo único que veía era un desorden de gente moviéndose cerca, entre gritos, lloros e incluso risas. Le vio aparecer ante ella pero fue como si pretendiera continuar con su camino, atravesando aquel cuerpo como si se hubiera tratado de una simple sombra. El noruego detuvo sus pasos poniéndose frente a ella, y Érika levantó la mirada recorriendo la gran altura del vikingo, hasta detenerse a mirar sus ojos. Él sonreía y la tomó de un brazo, sin que ella hiciera ademán de zafarse. Aquel nórdico podría ser cualquiera de todos aquellos compañeros de pillaje con los que había coincidido en todas las aventuras de su vida, y le sintió cercano. No tuvo ningún tipo de inquietud por verse a su merced, y por lo que pudiera ocurrirle por ello. Estaba mareada y el cuerpo le dolía. Harald... Harald había muerto. Su pequeño cuerpecillo yacía tendido en el suelo sin nadie que cuidara de él... Gimió por el dolor que la recorrió en su interior, y el mareo que la aquejaba la atacó con más fuerza. Estuvo a punto de desvanecerse, pero el noruego volvió a cargarla en su hombro. Ella no luchó por liberarse, ni tuvo deseos de atacar a aquel desconocido. Se vio llevada hacia el centro de la aldea, y cuando se le ocurrió mirar hacia el barullo de gente, vio a un jinete que hacía descender su arco en dirección a un hombre que se lanzaba a por su caballo con un hacha en la mano. No recordó a Liam, y ni siquiera reconoció al dueño de aquel arco, que logró alcanzar a su atacante, y su mirada descendió hacia el suelo que el vikingo pisaba con rápidos pasos. La descargó bajo el techado de lo que momentos antes había pretendido ser una humilde tienda de verduras y quesos, y sin soltarla hizo sitio a manotazos en la mesa, arrojando el género al suelo. La hizo volverse y tomándola del cabello devoró su boca sin encontrar resistencia ni movimiento alguno. Luego la soltó de bruces en la mesa, con el vientre pegado al tablón y los pies tocando el suelo. Seguía sin luchar ni hacer movimiento para tratar de detenerle. Apenas oía el roce de los cordones abriendo las calzas del hombre, entre gritos y exclamaciones de terror cercanas. Supo que levantaba sus faldas sobre la espalda, luego un cachete en una nalga que sintió ligeramente a pesar de la fuerza empleada, y tan solo emitió un suave quejido. Otro cachete y una mano entre sus muslos, los separó bruscamente. Sintió el suave y húmedo ariete rozando su carne, y por fin pareció cobrar conciencia del ataque que estaba a punto de sufrir. Sus dedos crispados arañaron la mesa y trató de incorporarse, pero una mano aprisionó su espalda inmovilizándola. Chilló

intentando zafarse mientras una mano la mantenía apresada contra la mesa, y un brazo rodeaba uno de sus muslos para separarlo del otro. No tenía fuerzas, y por más que tratara de luchar, su atacante era más fuerte. El ariete atravesó brutalmente la puerta cerrada entre sus muslos, y Érika chilló dolorosamente. Le oyó gemir sobre ella, mientras se movía hacia adelante y hacia atrás, chocando su pelvis contra sus nalgas, y un apéndice no invitado se inmiscuía en su cuerpo. No podía luchar contra su fuerza mientras le oía disfrutar de su ataque, pero de pronto, este se detuvo bruscamente y la férrea fuerza que la retenía disminuyó hasta desaparecer. Oyó el reconocido chasquido que producía el metal al partir un hueso, y luego el peso del cuerpo agresor golpeó su espalda al derrumbarse sobre ella, para terminar rodando hasta desplomarse en el suelo. Un líquido caliente la embadurnaba desde el cuello, y poco a poco y ahora sin nada que la retuviera trató de incorporarse. Alguien la tomó entonces de la cintura para ayudarla, y cuando se volvió la visión que tuvo ante sus ojos le hizo abrirlos inmensos. Jamás habría esperado que hubiera sido Bersk quien separó la cabeza del cuerpo de aquel hombre con su espada, y por los grandes ojos abiertos de color violeta que la miraban, supo que su hermana tampoco la había reconocido cuando su intención fue salvar a una desconocida que estaba siendo forzada. Tras haber sido violada en tres ocasiones en su vida, la segunda por más de un hombre, si había algo que Bersk odiaba era la visión de una mujer siendo forzada. Y cuando el grupo al que acompañaba por fin tomó la playa, en donde el drakkar noruego esperaba, y corrieron en busca de la aldea con la intención de detener el ataque, lo primero que vieron sus ojos al alcanzar el lugar, fue a aquel hombre moviendo su cuerpo sobre la figura de una mujer echada de bruces contra una mesa. Bersk corrió hacia allí con la espada en alto y rebanó de un golpe la cabeza del hombre. Jamás esperó cuando hizo volverse a la mujer, que encontraría a su propia hermana. De la sorpresa pareció pasar a la total relajación.

—Bersk... ¿Qué haces aquí? ¿Estamos vivas?

Ella sonrió a medias y sin alegría ante las preguntas de su hermana. Parecía tan cansada y mareada, que estaba claro que debía haber padecido tanto hasta encontrarse totalmente desorientada, y quizá haber llegado a pensar que ya estaba muerta.

—¿Estás bien? —Preguntó. —¿Ha llegado a entrar dentro? Te dolerá unos pocos días pero pasará.

Érika asintió no sabía muy bien a qué. Y Bersk comprendió su confusión.

—Está bien. Quédate por aquí. —Le aconsejó. —Esto acabará pronto.

Érika la vio alejarse hacia el grupo de gente que peleaba. Un momento su mirada descendió hacia el cuerpo inmóvil y sin cabeza, desde el que la sangre escapaba como un torrente palpitante, y luego miró aquel semblante de ojos abiertos descansando sobre una mejilla a un metro del cuerpo al que había pertenecido. De nuevo vio al jinete y reconoció a Liam disparando una flecha. Sigurd partía una frente noruega con su hacha y su cara era salpicada de roja sangre. Hakon detenía el ataque de un hacha manteniendo con fuerza su escudo contra el golpe del arma, y girando sobre si mismo, pasaba la espada por el cuello vikingo. De pronto toda aquella escena plagada de gente a la que no había esperado, sorprendió a Érika de tal forma que pensó estar sumida en una extraña pesadilla. Dio unos pasos fuera de lo que había sido una tienda, alejándose del cuerpo inmóvil y separado del nórdico, y entonces lo vio. Liam dirigía su arco cargado hacia un noruego, cuando otro tiraba de su pierna y le hacía caer del caballo. Apenas quedaban noruegos en pie, tras la llegada del barco de Sigurd cargado de daneses e ingleses, pero reinaba la confusión. Liam perdió el arco y con una rodilla en el suelo, se vio ante la sonrisa de un noruego que levantaba el hacha hacia su cabeza. Cerró los ojos, tal y como se había dispuesto, su vida acabaría tras el ataque de un dragón en esa isla, y había llegado el momento. Érika gritó perdiéndose su voz entre los gritos y exclamaciones que llenaban el lugar. Bersk que estaba cerca, levantó su espada y la dejó caer en el hombro del noruego. Cuando la sacó lo hizo cortando parte del cuello, y la sangre salpicó el rostro de ojos cerrados de Liam. Cayó el hombre tras el ataque, y otro noruego, que no sabía que era el último con vida entre los suyos, quiso vengar la muerte de su compañero. Sigurd gritó el nombre de Bersk y corriendo hacia ella, lanzó el hacha con la intención desesperada de detener aquel ataque. Pero aunque logró alcanzar la espalda del noruego, ya era tarde. Hakon corría hacia allí a grandes zancadas, con la espada en alto. A pesar de todo, Bersk sintió el metal quemando y abriendo su cintura tras ella. Aquel momento fue observado por todos aquellos que trataron de evitar el ataque. Fue como una escena que se movía lenta ante sus ojos, y que a pesar de la lentitud con la que todo parecía ocurrir, nadie llegaba a tiempo para evitar el fatídico final. Bersk gritó por el dolor, dejó caer la espada y se llevó la mano al lugar en el que sintió el fuerte dolor. Érika también gritó su nombre, y corrió hacia ella como si de pronto, y aunque no portara armas, creyera que podría evitar lo que ya no tendría solución. Bersk se miró la mano que tocaba su herida y vio que ésta se llenaba de abundante líquido rojo, y sus piernas perdieron la fuerza para sostenerla. Liam se

enderezó a tiempo para evitar que ella cayera al suelo. La abrazó para sostenerla y sin soltarla se dejó caer con ella. Érika hincó sus rodillas junto a ellos, miró tan solo un momento, lo que pudo soportar el gesto negativo de Liam y luego apartó suavemente la mano con la que Bersk cubría su propia herida. Era sangrante y tan profunda que casi podían adivinarse sus vísceras. Tal y como le hizo saber el gesto de Liam, no habría solución ni cura, y mientras él la mantenía entre sus brazos, ella puso sus dos manos en aquella herida como si pretendiera impedir que la vida se le escapara por la brecha sangrante y mortal.

—¡No! —Gritó apretando sus manos contra aquella herida. —¡No... no... no! ¡Bersk!

No quedaba un solo noruego vivo, que no estuviera agonizando y próximo a la muerte. El herrero herido pero con fuerzas, se dedicó a martillar las cabezas de cada uno de aquellos vikingos que quedaron con vida y luchaban contra la segura muerte. Algunas mujeres lloraban ante los cuerpos de sus hombres, o de sus hijos masacrados, mientras aquellos que llegaron para detener el ataque, daneses e ingleses, se arremolinaban ante el cuerpo agonizante de Bersk entre los brazos de Liam.

Sigurd se arrodilló junto a ellos, y Hakon incapaz de soportar la agonía de aquella mujer, se alejó de allí. Liam apartó suavemente las manos con las que Érika trataba de impedir llorando desesperadamente el sangrado, y movió la cabeza en un gesto negativo.

—No trates de retrasar lo inevitable. —Musitó.

—¿Voy... voy a morir esta vez, inglés?

La voz de Bersk sonó sosegada y tal vez con un dejo de burla, como si no temiera una respuesta fatal.

Liam que la mantenía entre sus brazos, levantó una mano para acariciar su cabello y asintió sin decir nada. Sigurd maldijo en voz baja, aunque conocía el final de aquella herida, y no habría necesitado oír una respuesta. Érika tomó a su hermana de los brazos de Liam para acunarla, y Bersk levantó una mirada perdida hacia ella.

—¿Dónde está Harald, hermana? —Preguntó. —No le he visto por aquí. Ha muerto... ¿verdad?

Érika fue sacudida por el llanto y sin decir nada, asintió con la cabeza. Bersk afirmó suavemente, sintiendo que la vida se le escapaba lentamente sin que eso le importara.

—Está bien. Vendrá conmigo... Ponlo a mi lado y nos iremos juntos...

Érika la abrazó contra su cuerpo y apoyó su mejilla en la frente cálida de la berserker moribunda, llorando amargamente. Tomó una de sus manos y la apretó contra el pecho de Bersk, sin dejar de acunarla. Ante la tan enfurecida como dolorosa mirada de Sigurd, los ojos de Bersk parpadearon suavemente, y apenas lograron abrirse lo suficiente para mirarle. Le sonrió con los ojos entornados y Sigurd llevó una mano hasta su mejilla, y la acarició levemente con la punta de los dedos. Sus ojos grises le mostraron una mirada de seguridad, que la hicieron sonreír.

—Te espera un paraíso, pequeña. —Fueron sus palabras. —A ti, y a tu pequeño. Nos veremos pronto.

Bersk asintió y con una sonrisa, su mano libre ascendió para acariciar el rostro de su hermano, pero perdió toda su fuerza, y antes de que cayera, él la tomó y se la llevó a los labios para besarla. Bersk le miró sonriente entre sus párpados entreabiertos, y se deshizo de la mano de Sigurd para llevar la suya hasta mejilla mojada de lágrimas de Érika. La acarició levemente, y esta cayó sobre su regazo mientras sus ojos de párpados medio cerrados, mostraron ahora unos ojos de color violeta perdidos. Entonces Sigurd cerró aquellos párpados, se puso en pie y se apartó de allí furioso y dolorido. Érika abrazó con más fuerza el cuerpo inerte y se dejó llorar con el abrazo consolador de Liam.

Hakon miró aquella escena y por un momento odió a aquellos dos. La vikinga aparecía tumbada a medias en el suelo, con ambas piernas y un brazo extendidos, y la cabeza ladeada con un gesto sereno, mientras de su cintura manaba la sangre formando un charco en la tierra. Érika mantenía el cuerpo inerte entre sus brazos, con una mano entrelazada con la de su hermana, apoyada en el pecho de la mujer, y lloraba amargamente con la mejilla sobre en el cabello de Bersk. Liam permanecía a su espalda, abrazándola y a pesar de alguna lágrima, tratando de no dejarse llevar por el llanto. Bersk había dado su vida por la de Liam de la forma más inútil e innecesaria, cuando la batalla había terminado. Hakon le observó recordando que siempre había sabido que el viaje a Ulidia terminaría costándole la vida a su hermano, tal y como Niamh le había hecho saber, y sin embargo, él se empeñó en ir hasta allí por más que trató de impedirselo. Finalmente no murió porque Bersk se interpuso entre Liam y la muerte, sin haber imaginado que salvarle la vida, le costaría perder la suya. Odió a Liam por ello. Miró a Bersk y el corazón se le encogió mientras un cúmulo de imágenes pasadas cruzaban su mente. Pasó la hoja ensangrentada de su espada por la ropa de un noruego caído, y una vez

limpia, mientras en su mente sonaba la voz de Bersk en momentos pasados con ella, la envainó. Miró al danés de larga trenza, que parecía haber olvidado la escena que presentaban sus dos hermanas en el suelo, o quizá no deseaba volver a mirar aquello, y les daba la espalda mientras limpiaba su hacha. Él nunca quiso hacer ese viaje, aunque quizá nadie echaría de menos demasiado a Bersk y su pérdida no le acarrearía problemas, Hakon supo que en este momento se estaba lamentando por una decisión que tomó por la insistencia de la misma Bersk. El único motivo de ella había sido recuperar a su hijo, cuando en realidad el niño estaba muerto. Y se preguntaba Hakon, si según las visiones de Niamh, Liam moriría en Ulidia, por qué fue Bersk quien murió...

Los hombres de Sigurd preparaban su marcha, y Hakon dejó de mirarles para recorrer lentamente el lugar con la mirada. Hombres muertos, niños y alguna mujer. Todos llorados por sus seres queridos, mientras un grupo de veinte hombres noruegos, poblaba el suelo ensangrentados e inmóviles. Se acercó a Sigurd, que ya estaba reuniendo a sus hombres. El danés de larga trenza se mantendría de espaldas a la lamentable visión que presentaban sus hermanas. Hakon abrió la boca para hablar, pero Sigurd se le adelantó.

—No hemos perdido hombres, exceptuando la pérdida de mi hermana. — Le dijo. —Así que podremos partir ya, sin necesidad de ayudar a esta gente a recoger a sus muertos. Suficiente hemos hecho, librándoles de los noruegos.

Sigurd se volvió para mirar de frente a Hakon por fin, cuando este le habló.

—Quisiera organizar un funeral para Bersk, si es que no tienes pensado llevártela y prepararlo en tu poblado.

Sigurd asintió aceptando la idea.

—Está bien, pero que sea rápido y partiremos entonces. Me llevaré el drakkar y lo que contenga, como acordamos... —Como Hakon aceptó, Sigurd continuó. —Yo navegaré directamente hacia el Danelaw, y la knorr os llevará a tu hogar junto con algunos de mis hombres. Una vez hayáis desembarcado, el barco volverá a casa.

—Así se hará.

Una anciana cuya única familia eran su hija y su nieta adolescente, se ofrecieron para preparar el cadáver de la nórdica para el funeral. Los cuervos sobrevolaban la zona, e incluso alguna gaviota revoloteaba por allí, mientras entre llantos los aldeanos recogían a sus muertos. Hubieron de arrebatarse el cuerpo de su hermana a Érika, quien terminó siguiendo abatida a los dos hombres que lo transportaban hasta la cabaña de las mujeres. Hakon envió a

buscar el cuerpo de Harald cuando supo que había muerto en la huida, y poco después apareció Sheldon transportando el cuerpecillo inmóvil, junto con un apesadumbrado Sveinn que limpiaba sus lágrimas obligándose a ocultar su debilidad. Hakon apretó sus ojos un momento ante la visión del niño, sujeto entre los fuertes brazos del hombre pelirrojo. Y Sigurd chasqueó la lengua, y con una maldición pateó la cabeza de un noruego muerto.

El interior de la cabaña se había iluminado potentemente con velas, y mientras Érika observaba en silencio y sin más llanto posible el trabajo de las mujeres, estas comenzaron desvistiendo a la madre y al pequeño para lavar sus cuerpos. Consiguieron una túnica blanca para vestir a Bersk, y camisa y pequeñas calzas para el niño. Cubrieron sus pies con zapatillas de tela blanca, confeccionadas en esos momentos por la más joven de la familia. Luego peinaron el cabello de Bersk en dos trenzas, que colocaron extendidas sobre su pecho y hasta el vientre, y lo adornaron con florecillas blancas y azules, recogidas por unos niños. Fue cuando ya estaban preparados, el momento en que Érika volvió a colocar el cordón del que pendía el martillo de Thor en el cuello de Bersk, sobre el escote circular de la túnica, y su anillo de plata con motivos nórdicos.

—Son como una diosa y su pequeño ángel. —Musitó dulcemente la anciana una vez terminaron con su trabajo.

Érika besó la frente de Bersk, y fue incapaz de besar la carita de su querido Harald sin dejarse llevar por el llanto.

Mientras se realizaba este trabajo, en el exterior daneses e ingleses, preparaban una alta pira a base de finos troncos de árbol junto a la playa. Y como si no participar en todo aquello le alejara del pesar por la pérdida, Sigurd se dedicó a inspeccionar el drakkar. Afortunadamente iba cargado de piezas de oro y plata, y monedas, por lo que su retraso en el regreso al Danelaw, si bien le traería problemas, al menos sería suficiente para que su hermano Erik se detuviera a considerar el botín y el barco.

Cuatro hombres transportaron en una especie de balsa fabricada a base de cañas, los dos cuerpos hasta la playa. Liam y Érika les acompañaron seguidos sólo por las tres mujeres que se habían encargado de disponer a la madre y a su hijo, mientras el resto de los hombres esperaba en la playa. Sigurd se volvió a medias para mirar aquello que transportaban, y Hakon apenas lo miró, pues sus ojos se detuvieron en Érika. Si alguna vez pensó que deseaba verla regresar a Coenwalh, ahora se preguntaba por qué.

Fueron necesarias unas escalas para colocar la balsa que transportaba los

dos cuerpos inertes sobre la pila de troncos, y una vez hecho, fue Érika quien subió para terminar de disponerlo todo. Sobre la blanca túnica y entre las manos cruzadas, puso la espada de Bersk rodeando el pomo entre los dedos inertes. Luego colocó sus cuchillos junto a los pies calzados con finas zapatillas de tela, y otros elementos de ajuar donados por los aldeanos. Miró al niño por última vez, acostado junto al costado de su madre y se preguntó si habría habido manera de evitar la muerte del pequeño. La gente la observaba allí arriba, incluso Sigurd miraba aquella figura de lentos movimientos, con su túnica cubierta de sangre seca a la espalda, y el cabello también manchado, suelto y movido por la brisa marina. Una vez hubo colocado todo aquello que desde abajo le entregaban, Érika apretó una mano de Bersk y dijo unas palabras que nadie oyó. No tocó al niño, y apenas pudo mirar su pequeña carita de gesto sereno. Cuando bajó de allí, Liam la estaba esperando para prestarle sus brazos y ambos se apartaron ante las cuatro antorchas que acercaron sus llamas a la pira. Los cuervos graznaron cerca y nadie prestó atención a aquellas negras figuras que sobrevolaban sus cabezas, pues cuando el fuego hubiera terminado con todo, no quedaría nada para aquellos animales hambrientos. Todos observaron las llamas que con la ayuda de la brisa, engullían con celeridad la pila de maderos. Y la mente de Sigurd se perdió en sus recuerdos...

En el funeral del padre de Erik *Ojos de Hielo*, se había construido una pequeña barca a modo de drakkar, en la que se acostó al anciano junto a una esclava que accedió a acompañarle en su viaje, para lo que fue apuñalada por varios hombres. Junto a numerosas ofrendas entre animales y objetos de ajuar, el anciano y la chica muertos, se alejaron lentamente de la orilla del mar, mientras varias flechas cargadas con llamas eran disparadas hacia el barco. Y este en llamas, se perdió suavemente en el mar oscuro de la noche. Cuando el pequeño drakkar fue liberado para alejarse, y este tomaba las olas, *Ojos de Hielo* comenzó a recitar una oración de funeral, que únicamente oyeron los niños aquella vez en su vida. Apenas tendrían entre ocho y diez años, cuando los hijos de *Ojos de Hielo* la oían en la voz de su padre. Sigurd recordó a la huérfana Bersk, con la que en ese momento ya compartía momentos de juego, y la imagen de su rostro de niña iluminado por el fuego llegó a su mente ahora. Minutos después, subieron por las rocas para observar el pequeño drakkar desde las alturas, y Bersk le dijo algo que aunque había olvidado durante años, ahora llegaba a sus pensamientos.

Cuando yo muera, quiero que digas esa oración... ¿Lo recordarás, Sigurd

Ojos de Hielo?

*No lo creo, Érika Berserker... ¡Yo seré un guerrero y moriré antes que tú!
¡Yo seré una guerrera!*

Tú eres una niña... Las niñas no son guerreras...

¿Lo recordarás? La voz de una Bersk adulta inundó su mente. Sigurd no apartó sus ojos grises de las llamas que lentamente engullían la pila de troncos. Dio unos pasos hacia atrás y chilló algo cuando nadie esperaba oírle hablar.

—¡Érika *Berserker* siempre fue lo que los cristianos llaman pagana! ¡Jamás obedeció a las órdenes de la fe de Cristo, y como pagana ha de ser despedida! ¡Ahí va tu oración, Érika, a la que siempre llamaron Bersk!

Tras unos momentos de silencio, Sigurd comenzó la oración.

—He aquí que veo a mi padre... He aquí que veo a mi madre... A mis hermanas y a mis hermanos...

Érika *Ojos de Hielo* se acercó a su hermano, y le acompañó con su dolorosa voz, mientras las llamas devoraban la alta pila.

He aquí que veo el linaje de mi pueblo hasta sus principios...

y he aquí que me llaman,

me piden que ocupe mi lugar entre ellos en los atrios de Valhalla,

el lugar donde viven los valientes para siempre

XXX

El sol descendía lento para esconderse tras el horizonte, y su color enrojecido, se mezcló con el anaranjado de las llamas que iluminaban los rostros de todos aquellos que en silencio, ahora despedían a la *berserker* y a su pequeño. Érika permaneció muy cerca de Liam, o más bien fue lo contrario, pues se diría que él pretendía arroparla con su presencia, sabiendo de su soledad entre tanta gente y el vacío que la madre y su hijo habían dejado en ella con su marcha. Apenas alguna lágrima más apareció en los ojos grises, mientras las llamas ascendían engulléndolo todo, alimentadas por una suave brisa. El crepitar de la madera que rápidamente se convertía en negro carbón y cenizas, con un desagradable aroma a carne y maderos quemados, dolían en el corazón de Érika, que ya no tenía más llanto para dejar escapar. Un momento miró a Liam, y vio que a pesar de permanecer aparentemente tranquilo, su rostro era surcado por un torrente de lágrimas. Su mirada estaba fija en las llamas.

Cuando llegó la negra noche y la pira se había convertido en brillantes brasas, se encendieron unas pocas hogueras cercanas a la playa, mientras se disponía la partida. Primero partió el drakkar capitaneado por Sigurd, que dejó allí un pequeño grupo de sus hombres, aquellos que llevarían a Hakon y a su gente a Coenwalh antes de regresar al Danelaw. Aunque había culpado desde un principio a Érika de ambas muertes, finalmente Sigurd decidió que había sido el destino quien dispuso y terminó despidiéndose de su hermana, pero en ningún momento se molestó en saber cuales serían sus planes a partir de ese momento. Ella contempló el drakkar iluminado con sus lámparas, alejándose lentamente de la playa de la pequeña isla, y tan sólo en algún momento observó los preparativos de Hakon, mientras Liam parecía perseguirle con algún ruego que ella no conocía. Cual sería su destino ahora, era un misterio incluso para ella misma. Regresó hasta la extensión de brasas, y comprobó que estaban prácticamente apagadas, dado a la brisa y la humedad marinas. Con una pala prestada por las gentes de la aldea, comenzó a cavar en la arena para enterrar aquellos pocos restos de cenizas y metal, y alguien que apareció a su espalda, le arrebató con suavidad aquella herramienta. Érika se

volvió entonces para encontrarse con la gran figura de Sheldon, que mostrándole una comprensiva sonrisa, tomaba la pala y comenzaba con la tarea de recoger aquellos restos para enterrarlos en la arena. Le mostró una tenue e insegura sonrisa, pero él ya no la miraba. La brisa nocturna llegaba helada, y Érika se abrazó a sí misma para combatir el frío. Sheldon la miró un momento con aquellos claros ojos azules, en los que se detectaba un gesto compasivo.

—*Ojos de Hielo...* Así te llaman, creo. —Le dijo sin detener el ritmo de la pala. —Deberías abrigarte...

Ella asintió en silencio, aunque recordó que en ese momento no contaba con nada más que las ropas que ahora cubrían su cuerpo. Sheldon entonces pareció comprender sus pensamientos, porque clavó la herramienta en el suelo, desenganchó la capa que cubría sus anchos hombros y fue a ponerla sobre los hombros de ella. Érika sintió con placer la calidez de aquel ropaje, pero no tanto como llegó a sentir el detalle de aquel hombre.

—Gracias, Sheldon.

El pelirrojo no detuvo su trabajo mientras respondía.

—No hay de qué. Si debías recibir algún castigo por algo, lo has padecido con creces, y este yace entre estas cenizas... No pediste que vinieran a buscarte, y si te llevaste al niño fue porque se convirtió en tu responsabilidad cuando la madre se marchó. Murió cuando tratabas de ponerle a salvo, e imagino que estarías dispuesta a cambiarte por él si fuera posible.

No entendía que el hombre se molestara en decirle todo aquello, como si excusara lo que otros habían reprochado. Ella misma se culpaba por aquellas cenizas, y aceptaba el reproche de todos aquellos que se lo habían hecho ver de esa manera. Estaba hundida por todo, y que Sheldon la eximiera de toda culpa con sus palabras, alivió al menos un poco a su corazón herido. Por qué lo hacía cuando apenas habían tenido trato desde que se conocían, le pareció extraño. No sabía que Sheldon había oído parte de la conversación que Liam aún mantenía con su hermano. Seguían conversando a lo lejos, o más bien, Hakon se movía en sus quehaceres mientras su hermano menor le perseguía.

Poco después y mientras Sheldon terminaba su trabajo en silencio, Hakon apareció junto a ella y tomándola de un brazo suavemente, la separó del montículo que habían formado los restos de la cremación y la arena de la playa. Una vez lo suficientemente apartados como para poder hablar sin que sus palabras fueran oídas por otros, él se detuvo frente a ella. De su rostro no había desaparecido la ira, pero era cierto que tal vez parecía haberse

suavizado.

—Liam quiere regresar a Coenwalh. —Comenzó.

—Esa opción no parece satisfacerte demasiado...

—Quizá no, en este momento. Pero debe entender la ira que me produce todo esto. He pasado media vida tratando de impedir su maldito viaje a Ulidia, hasta que me vi obligado a dejar que todo esto ocurriera finalmente. Y han debido morir una madre y su hijo, para que decida que quiere regresar a casa.

—La voz de su vieja abuela no dejaba de llamarle, y él obedeció. —Era apenas un hilillo de voz lo que escapaba de sus labios, y no se atrevía a mirarle. —Cuando advirtió su error, ya sólo podíamos esperar una balsa que nos sacara de esta isla.

—Todo eso, ya me lo ha dicho él mismo.

Ella asintió con la cabeza y miró hacia la oscuridad de la noche, que se le presentaba tras la espalda de Hakon.

—Me ha dicho más cosas... —Por fin le miró, y entre el dolor de su mirada apareció una pizca de curiosidad, pues daba la sensación de que iba a hacerle algún tipo de revelación que no era capaz de imaginar. —Te salvó la vida aquella primera vez, porque la vieja había visto que una nórdica le serviría de escudo, muriendo ella para salvarle a él, en aquel fatídico final que le esperaba, según también las premoniciones de la madre de Liam. Siempre tuvieron presente en sus visiones, a una loba que en realidad simbolizaba a una mujer del Norte. Pero no se trataba de una sola mujer, sino de dos. Salvarte a ti significó tener la presencia de otra nórdica, tu hermana, que sería aquella que moriría por él. Bersk nunca habría pisado esta isla, de no ser porque en tu vida te topaste con la de Liam. Bersk era la loba que descubriría que no volvería a parir... Y había otra loba... Una que aceptaría la condición de Liam, y que finalmente le daría nietos a Niamh, su madre. Como la mujer esperaba, te enamoraste de Liam, y tal como creía... Le darías nietos. Al fin y al cabo, también fue mi madre... Liam lo ha visto todo claramente, mientras las llamas devoraban esa pila de maderos.

Érika le miraba sin comprender nada, y se mantuvo en silencio.

—Fuera como fuera, Bersk debía estar en la vida de Liam, no tú, como él pensaba. Y todo, porque finalmente sería ella quien le salvaría la vida. Por esa razón la vieja siempre te quiso junto a su nieto, porque te confundió con tu hermana.

—Liam dice que siempre estaremos juntos él y yo...

—Tal vez... —Suspiró—. Pero hoy ha terminado todo aquello que atormentaba a Liam. El fuego le ha contado todo esto, y jamás volverán las voces, ni las visiones...

Ella asintió y de nuevo se atrevió a mirarle.

—¿Vas a permitir que Liam regrese contigo a Coenwalh? —Le preguntó.

—Sí.

Ella respiró hondamente y bajó la mirada.

—Me ha rogado que vuelva a aceptarte... —Le dijo él.

Érika sintió un enorme alivio al saberlo, pero era necesario conocer el parecer de Hakon, antes de sentirse consolada porque no acabaría abandonada en aquella isla como podría esperar. No dijo nada, y se dedicó a observarle en silencio. Hakon no tardó en responder a la muda pregunta que le hacían.

—No voy a castigarte dejándote desamparada en este lugar, a pesar de que me abandonaste, acusándome de algo que no había podido ofenderte porque realmente no ocurrió. Y no puedo negarme a llevarte a Inglaterra, al fin y al cabo el barco pertenece a tu familia...

—Pero no me aceptarás de nuevo...

—Vendrás a Coenwalh, quieras o no, porque Liam me ha dicho que estás preñada...

La impresión que invadió el rostro de Érika, le dio a entender que ella aún no había advertido su estado. Se llevó una mano al vientre, mirándole confundida y él no le dejó hablar.

—Sólo por esa razón, me veo en la obligación de ocuparme de ti. —Continuó él. —Una vez hayas parido, decidirás continuar en Coenwalh, o marcharte... sin el niño, claro está.

Se apartó para marcharse, y ella le retuvo tomándole de un brazo. Hakon apenas se volvió para mirarla.

—Sería feliz si me perdonaras. —Le dijo.

Hakon sintió que nada le agradaba más que oír aquella voz que le rogaba, pero decidió que por mucho que deseara perdonarla, se daría un tiempo a si mismo.

—Yo también si pudiera. —Respondió—. Pero el dolor de verte odiándome por algo que no había hecho, y ver cómo te ibas de mi lado quizá para siempre, no podré olvidarlo.

Érika levantó la mirada y sintió su aroma tan cerca, que deseó acariciar su rostro y poder abrazarle, pero su gesto era hosco y no daba lugar a ningún acercamiento.

—Te he echado de menos... mucho. A pesar de que odiaba aquella imagen que me obligó a alejarme de ti... Íbamos a regresar, y estaba dispuesta a pedirte perdón. Tenía miedo a volver y ver que ya no tuvieras sitio para mí.

Hakon sonrió aunque no había alegría en su rostro.

—Me satisface mucho oírlo. —Dijo. —Te quiero, *Ojos de Hielo*, como no he querido a ninguna otra mujer. Pero temo que eso que me haces sentir, finalmente conseguirá hacerme daño. Esa loba amorosa que veo en ti ahora, tarde o temprano, saltará a mi cuello y terminará devorando mi corazón. Tienes un lugar en Coenwalh, durante el resto de tu vida, si así lo quieres. Pero por más que me duela decirte esto, nuestra historia terminó el día en que me abandonaste.

Érika miró aquellos ojos en los que ahora no había otra cosa que un dolor inmenso.

—Si ciertamente me quieres...

Él la interrumpió.

—Acepté tus reglas. No quisiste casarte, porque deseabas seguir siendo libre. Asegurabas que seguirías siendo un soldado a sueldo, y que irías a la próxima guerra... Y lo acepté, pero ahora no estoy dispuesto a aceptar...

—No iré a esa guerra.

—Estás preñada... —Recordó él con una sonrisa irónica. —¿Cómo ibas a pretenderlo siquiera?

Con un leve movimiento de su cabeza a modo de despedida, Hakon dio por terminada la conversación y se alejó de ella.

Horas después amanecía y los primeros rayos de sol sobre el agua oscura, iluminaron la knorr que les llevaba de regreso a casa. Bajo una manta, Érika intentó dormir junto a Liam durante aquel tiempo, desde que vieron alejarse la playa de Ulidia. Pero apenas logró dormitar muy poco, y ahora que una suave luz comenzaba a iluminarles, abrió los ojos y desde su lugar junto a Liam, miró a Hakon. Vio sus ojos cerrados, sentado y cubierto con una capa de lana sobre los hombros, y supo que no dormía a pesar de todo. Pensó en todo lo que había sido su vida antes de conocerle. Ingunn, su propia madre pocas veces había demostrado quererla... *Ojos de Hielo*, su padre la había despreciado siempre... Pocos de sus muchos hermanos habían sentido algún afecto hacia ella, y la misma Bersk se le había mostrado indiferente, al menos hasta que comenzó su aventura en Inglaterra. Era cierto que Erik *el Compasivo* la había querido, y también Erik *el Pecosito*... Harald la había amado como si se hubiera tratado de su madre... Su vida desde que siendo apenas una

adolescente, y comenzó a dedicarse al pillaje, había sido una continua aventura peligrosa y solitaria. Hasta que conoció a Liam, y tiempo después él le demostró su cariño. Y entonces un día se dio cuenta de que Hakon era el hombre más admirable que había pasado por su vida, y supo que le quería... Y se sintió amada por primera vez, y era tan feliz que fue incapaz de advertirlo. No quería perderle... No deseaba volver a verse sola en el mundo. Ahora que además ya no contaba con una madre, con una hermana y el pequeño... Ahora que ninguno de sus hermanos la aceptaría a su lado... No estaba dispuesta a volver a tomar una espada, matar y recibir heridas. No, y menos aún si como Liam había sabido incluso antes que ella misma, iba a ser madre...

Se removió entre la manta que compartía con Liam y le miró. Él abrió a medias los ojos y volvió el rostro hacia ella. Érika bajó la mirada hacia su vientre cubierto por el abrigo que compartían, y lo acarició suavemente.

—Yo aún no soy consciente de esto y tú ya lo sabías. —Le dijo. — ¿Cuándo lo descubriste?

—Navegábamos ya hacia Eire cuando lo vi en tu rostro. —Respondió con la voz adormilada. —De haberlo visto antes, no te habría permitido acompañarme... supongo. En realidad, mis visiones en el fuego me traían imágenes de ti con el retoño en los brazos y en Ulidia. Debí haber sabido entonces que estabas preñada y que parirías en esa isla. Y debí también impedir que me acompañaras, pero algo me empujaba a llevarte conmigo.

Ella asintió con la cabeza.

—De no haberte acompañado, Bersk jamás habría navegado hasta esa isla para recuperar a su hijo, y tú estarías muerto. Alguien trató de impedir tu muerte.

—Viviré siempre con esa culpa. El maldito destino... Y la maldita partida entre esas fuerzas a las que llamamos dioses, y unos cuantos mortales, que se sienten capaces para desafiarles y escapar de sus sentencias. Mi madre fue castigada, y yo nací castigado... Deberíamos habernos resignado a nuestro destino.

—Hakon me ha hablado sobre esas visiones que has visto en la pira funeraria...

Liam sintió un escalofrío que no era del todo provocado por la brisa marina del amanecer.

—Lo he visto todo tan nítido como nunca... Desde el principio hasta el final. Cómo y por que apareciste en mi vida... Como dijo la vieja abuela aquel día, tres veces tu camino se unió al de Hakon, y la única intención del destino

fue unirte a él para separarte de mí.

—Y... ¿sobre tú y yo? ¿Has visto algo? Decías que siempre estaríamos juntos...

Liam asintió y suspiró profundamente.

—He sabido que lo último que verán mis ojos antes de morir, serán tus lágrimas en unos viejos y gastados ojos grises. Pero todo lo que he visto en el fuego hoy, han sido mis últimas visiones... He renunciado a ese poder, y con ello a cualquier tipo de dios.

Érika se relajó ahora, y de nuevo volvió a acariciar su vientre. Una preocupación se alojó en su mente y no se atrevió a mencionar nada sobre ello.

—Sé que desde hace tiempo conoces mi verdadera condición... —Liam la sorprendió con esta revelación, y Érika levantó la mirada, pero él no la miraba. —Sé que sabes quien soy realmente en mi interior... —Por fin la miró y sonrió a pesar de su gesto lleno de tristeza. —Seremos hermanas.

Se abrazaron fuertemente durante algunos segundos, y de nuevo volvieron a relajarse bajo la manta. Érika se preguntaba si debía hablarle sobre su preocupación, pero Liam dijo algo más. Su voz sonaba en un tono de amargura.

—Bersk se ha ido en paz. No nos guarda rencor, y eso me consuela enormemente.

Ella volvió a mirarle con la urgencia de querer hacer preguntas sobre ello, pero Liam continuó sin necesidad de haberle oído hablar.

—La he visto incorporarse entre las llamas... Era como una dorada diosa de la guerra, con cota de malla y casco nórdico de oro... Un largo cabello caía en cuatro trenzas hasta sus caderas... Nos ha mirado y ha sonreído. Luego la he visto hincar una rodilla para abrazar y besar a su hijo. Él la miraba feliz... Bersk entonces se ha puesto en pie y me ha dirigido una dulce y cariñosa sonrisa. Luego ha alzado la mano como despedida, y se ha vuelto para desaparecer en una enorme luna de plata.

Érika comprendió entonces aquel torrente de lágrimas que había visto en Liam, mientras las llamas engullían los dos cuerpos. Creía sin duda alguna que él era capaz de haber visto aquello de lo que hablaba, pero algo llamó su atención.

—¿Dices que Bersk ha abrazado a Harald y luego ha desaparecido sin él?

Liam sonrió a pesar de la tristeza en su gesto, tomó una de las manos de ella y asintió.

—No trates de averiguar más de lo que puedo decirte. —Soltó su mano y se arrebujó bajo la manta. —Ahora ve con Hakon.

Ella meneó la cabeza.

—Él no me quiere a su lado.

—Ve de todos modos, como te he dicho.

Érika no se movió. Miró un momento hacia el lugar en el que Hakon parecía dormido envuelto en una capa, y ahora que la luz del amanecer comenzaba a iluminarles, consiguió distinguir su figura. Le vio sentado, sus piernas emergían estiradas de debajo del abrigo que le cubría hasta la cabeza, ladeada contra un hombro. Volvió a menear la cabeza, y miró a Liam, decidida a hacer la pregunta que tanto le había estado preocupando. Se volvió levemente hacia el rostro que ya había cerrado sus ojos.

—Liam... —Él la miró. —Caí del caballo cuando escapábamos... Sé que algunas mujeres pierden a sus hijos tras una caída, y...

Una de las manos de Liam se introdujo bajo la manta hasta alcanzar una de las manos de ella, y la palmeó suavemente en un gesto tranquilizador. Sacó aquella mano, se arropó y volvió a cerrar los ojos como si pretendiera dormir tras haber respondido.

—Tendrá el cabello claro como el trigo, y le llamarás Harald. —Dijo. —Tranquila, está a salvo.

Érika le miró sorprendida.

—Decías que habías renunciado a tus visiones...

El suspiro cansado de Liam la interrumpió.

—Y así es. No es ahora cuando lo he sabido. Ve con Hakon.

Ella se removió inquieta y nada dispuesta a hacerlo. Liam pareció haberse dormido, y finalmente Érika decidió escuchar su consejo. Se arrebujó en su manta y se puso lentamente en pie. Sintiendo el balanceo del barco bajo sus pies, caminó hasta el lugar que ocupaba Hakon y se detuvo frente a él. Él detectó al momento su presencia, abrió los ojos y la miró desde abajo.

—¿Que haces aquí? —Preguntó.

—Tengo frío. —Fue su respuesta, pues no sabía de qué forma acercarse a él.

Hakon asintió con la cabeza, y abrió la manta que le cubría.

—Puedo prestarte un lado bajo mi abrigo.

—No quiero que me lo prestes sólo porque tengo frío.

De nuevo asintió y cerró la manta, dejando claro que si la aceptaba no era por deseo de tenerla cerca.

—Quiero que me lo prestes porque me deseas a tu lado.

Tiritaba bajo su propia manta, y en su voz se detectaba claramente el frío que sentía. Pero Hakon había cerrado sus ojos, sin hacer aprecio a las últimas palabras de ella.

Érika tomó asiento a su lado, definitivamente dispuesta a aceptar la falta de interés por parte de él, que ya había esperado antes. Hakon no la quería a su lado. Suspiró profundamente y sus manos ateridas de frío, sujetaron la manta con la que trataba sin conseguirlo de combatir la gélida brisa.

—Me instalaré en la casa de Liam. —Dijo. —Y cuando regreses de esa guerra, te estaré esperando.

No esperaba que hubiera una respuesta y bien abrigada, o tanto como le era posible, cerró los ojos y trató de descansar.

Hakon abrió los ojos por fin. Le habría prestado su abrigo porque en su voz se detectaba cuanto necesitaba de su calor, pero cuando se acercó a ella y la cubrió con su manta no lo estaba haciendo por simple generosidad. Con una mano, tomó las que ella mantenía ateridas de frío junto a su vientre y trató de hacerlas entrar en calor. Pasó un brazo sobre los hombros de ella, y la abrazó contra su cuerpo. Érika acogió aquellos cuidados con cierta sorpresa, y no hizo movimiento alguno.

—Te instalarás en la mía. —Aclaró él.

Érika sonrió aliviada pero no le miró. Enterró su rostro en el cuello de él, se acurrucó contra su cuerpo, y acarició aquella mano que trataba de hacer entrar en calor las suyas.

Liam abrió los ojos y contempló la escena con una sonrisa de satisfacción. Si la envió junto a Hakon, fue porque tenía la seguridad de que él terminaría aceptándola a su lado, y es que no habría nada que más deseara su hermano en ese momento que tenerla cerca. Miró aquellos dos bultos envueltos en una manta, y luego sus ojos observaron al niño que apoyaba su cabecita rubia en el regazo de Érika. No era la primera vez desde hacía rato que veía aquella figura borrosa, moviéndose entre ellos y siempre cerca de Érika. Él o más bien ella, era la única que podía ver el pequeño espectro que ciertamente se parecía al pequeño Harald. Pensó que había renunciado a sus premoniciones y que estas no volverían, pero por lo que parecía seguiría conservando su poder para ver a los muertos. Sonrió ante aquella figurilla cuya presencia nadie, ni la misma Érika quien la tenía sobre ella, podía advertir, sabiendo que durante varios meses seguiría tras los pasos de la nórdica hasta desaparecer un día. Cuando desapareciera, un nuevo Harald volvería a nacer.